



Universitat Autònoma de Barcelona

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons:  http://cat.creativecommons.org/?page_id=184

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons:  <http://es.creativecommons.org/blog/licencias/>

WARNING. The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=en>

Tesis doctoral

Departament d'Antropologia Social i de Prehistòria

**APROXIMACIÓN ARQUEOLÓGICA AL MANTENIMIENTO
Y LA TRANSMISIÓN DE NORMAS SOCIALES EN GRUPOS
CAZADORES-PESCADORES-RECOLECTORES MEDIANTE
EL ANÁLISIS DE LAS INTERRELACIONES ESPACIALES:**

CONTRASTACIÓN CON EL EJEMPLO
ETNOARQUEOLÓGICO DE TIERRA DEL FUEGO

Alberto García Piquer

Jordi Estevez Escalera

Índice

Introducción	1
1 El registro arqueológico del Paleolítico Superior y Mesolítico: discusión de la cuestión	5
1.1 Región noreste	11
1.2 Región norcentral.....	13
1.3 Región noroeste	15
1.4 Región escandinava.....	20
1.5 Región suroeste.....	22
1.6 Región mediterránea oriental.....	23
1.7 Balance	24
2 La división sexual del trabajo: una revisión del debate en antropología y arqueología.....	29
2.1 La división sexual del trabajo desde una perspectiva antropológica.....	33
2.1.1 Teorías fisiológicas o biodeterministas	33
2.1.1.1 El modelo Cazador-Recolector, o ¿por qué las mujeres no cazan?	34
2.1.2 Teorías de base ideológica	39
2.1.3 Teorías materialistas	42
2.1.4 La comparación transcultural sistemática.....	47
2.2 La división sexual del trabajo en la Prehistoria	51
2.2.1 Modelos sociales	54
2.2.1.1 La invención de la producción.....	55
2.2.1.2 Teoría de la contradicción principal o del factor movilizador interno	57
2.3 A modo de valoración	60
3 La organización del espacio en la etnografía	67
3.1 Revisión crítica del registro etnográfico	75
3.1.1 Grupos nómadas ganaderos.....	76
3.1.2 Grupos cazadores-pescadores-recolectores.....	80
3.2 Conclusiones	105
4 Una revisión de la aproximación etnoarqueológica a la organización del espacio	109
4.1 Principales modelos etnoarqueológicos	114
4.1.1 El modelo de círculos concéntricos.....	114
4.1.2 Modelos de estructura situacional.....	120
4.1.3 Modelo refinado de hogar exterior.....	128
4.2 Otros estudios etnoarqueológicos	133

4.2.1	Tundra y taiga ártica.....	133
4.2.1.1	Slavey Dene (Territorios del Noroeste, Canadá)	133
4.2.1.2	Inupiat (norte de Alaska).....	136
4.2.1.3	Yupik-Ingalik (suroeste de Alaska).....	137
4.2.1.4	Chipewyan (norte-centro de Canadá).....	139
4.2.2	Desierto australiano	140
4.2.2.1	Pintupi (Australia Occidental)	140
4.2.2.2	Alyawara (Australia central).....	144
4.2.2.3	Kukatja/pintupi (noroeste de Australia).....	148
4.2.3	Sabana Africana.....	153
4.2.3.1	Hadza (Tanzania)	153
4.2.3.2	Kua Barsawa (Botsuana).....	157
4.2.4	Selva tropical	162
4.2.5	Litoral tropical	164
4.2.6	Tundra y taiga siberiana	165
4.2.6.1	Yamal nenets (Península Yamal)	165
4.2.6.2	Evenki (Trans-Baikal)	169
4.2.6.3	Dukha (norte de Mongolia)	170
4.3	El fin del principio o el principio del fin: valorando la aportación de la Etnoarqueología.....	173
5	Propuesta teórico-metodológica para una aproximación arqueológica a las normas sociales en sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras.....	183
5.1	Posición teórico-metodológica	185
5.1.1	La teoría sustantiva: el materialismo histórico	185
5.1.1.1	Materialismo y dialéctica	188
5.1.1.2	Primer antagonismo: la dialéctica producción-reproducción.....	189
5.1.1.3	Segundo antagonismo: la dialéctica producción-consumo	192
5.1.1.4	La sociedad, una totalidad abstracta y concreta.....	193
5.1.1.5	El universo temporo-espacial y el espacio social	195
5.1.2	Las teorías de la observación en arqueología	205
5.1.2.1	Contextos arqueológicos y unidades “ideales”	207
5.1.2.2	Espacio-tiempo, espacio y localización	208
5.1.2.3	Las subdivisiones del espacio social	210
5.1.2.3.1	Las unidades de la arqueología espacial: áreas de actividad y unidad doméstica	211
5.2	Propuesta de modelización de la organización del espacio social en asentamientos cazadores-pescadores-recolectores.....	214

5.2.1	Áreas internas de una unidad de ocupación.....	215
5.2.2	Modelo general de una secuencia de producción y consumo.....	221
5.2.3	Los elementos arqueológicos: residuos y desechos	225
5.2.4	El cálculo del valor social de un producto.....	227
6	Contrastación con el ejemplo etnoarqueológico de Tierra del Fuego.....	229
6.1	Los grupos yámana.....	229
6.1.1	Breve nota sobre el registro etnográfico	229
6.1.2	Estrategias organizativas y normas sociales	232
6.1.2.1	Procesos de trabajo que realizan individuos adultos masculinos.....	233
6.1.2.2	Procesos de trabajo que realizan individuos adultos femeninos.....	235
6.1.2.3	Individuos infantiles y adolescentes	236
6.1.2.4	Compartidas	237
6.1.3	La producción de bienes materiales.....	237
6.1.3.1	Producción de objetos de uso para el trabajo reproductivo (medios de vida) 238	
6.1.3.2	Adecuación física y social del cuerpo humano.....	240
6.1.3.3	PRODUCCIÓN DE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL E IDEOLÓGICA	243
6.1.3.4	PRODUCCIÓN DE BIENES.....	245
6.1.3.5	INSTRUMENTOS DE OBTENCIÓN.....	249
6.1.3.6	BIENES CONDICIONANTES: ÚTILES DE MANTENIMIENTO	257
6.1.4	La organización del espacio social.....	263
6.1.4.1	Uso normativizado del espacio social	265
6.1.4.2	Localización de áreas de producción y consumo	267
6.2	El registro arqueológico del canal Beagle (Tierra del Fuego).....	269
6.2.1	El medio natural	269
6.2.2	El medio histórico.....	271
6.2.3	El proyecto de investigación sobre etnoarqueología en la costa norte del canal Beagle	271
6.2.4	Los yacimientos analizados	273
6.2.5	El yacimiento de Túnel VII	274
5.2.5	El yacimiento de Lanashuaia I	277
7	Métodos.....	279
7.1	Modelización de los procesos de producción y consumo.....	279
7.2	El cálculo del valor social.....	282
7.2.1	Índices para el cálculo del valor real de los bienes materiales	282
7.2.2	Propuesta de índices cárnicos para el cálculo del valor de uso de los bienes de consumo directo.....	283

7.3	Análisis de las interrelaciones espaciales.....	286
7	Resultados y discusión	289
7.1	El cálculo del valor real.....	289
7.2	Lanashuaia.....	294
7.3	Túnel VII.....	310
8	Conclusiones.....	315

Figuras

Figura 1.1 Mapa de las regiones en que se ha dividido el área de estudio, con la localización de los yacimientos revisados. En la esquina superior se muestra un detalle del Pskov Oblast (Rusia).....	9
Figura 2.1 Modelo del desarrollo de la división sexual del trabajo, según Leibowitz (1986), de Sanahuja Yll 2002: 104.	56
Figura 2.2. Modelo a partir de la Teoría de la Contradicción Principal (Argelés y Vila 1993; Estévez et al. 1998).	60
Figura 3.1. (Izq.) Ilustración de Alexander Buchan (enero de 1769) que se incluye en la relación de los viajes del capitán Cook y que muestra una representación de corte romántico sobre los habitantes del sur de la Tierra del Fuego. (Der.) Grabado «A view of the Indians of Tierra del Fuego in their hut», de Francesco Bartolozzi (Hawkesworth 1773: plancha 1), a partir de una ilustración de Giovanni Battista Cipriani basada en el dibujo de Buchan, fallecido durante el viaje del Endeavour en abril de 1769. Nótese las figuras añadidas para equilibrar la composición.	68
Figura 3.2. Algunas fotografías del primer tercio del siglo XX: (a) Hombre y mujer en la entrada de una cabaña Efe Mbuti (Paul Schebesta, 1929. Fuente: ÖNB, Österreichische Nationalbibliothek); (b) El interior de un iglú o «snow hut» (Fuente: Jenness 1922: 62, fig. 12); (c) Vista del malu en el interior de una vivienda Evenki (P. G. Poltoradnev, c. 1930. Fuente: Sirina 2006: 130); (d) Abrigo Selk'nam (Alberto María De Agostini, 1910-1920. Fuente: Alvarado Pérez et al. 2007:198).	70
Figura 3.3. Frecuencias de determinadas variables relativas a la segregación espacial en 51 sociedades de la SCCS.	74
Figura 3.4. Planta de una tienda beduina (a), marroquí (b), argelina (c) y bereber (d), a partir de Faegre (1979).	76
Figura 3.5. Izq. Planta de una tienda rendille (a partir de Grum 1995: 158); Der. Planta de una tienda mahria (a partir de Holter 1995: 132).	78
Figura 3.6. Izq. sección y planta de una tienda tibetana (a partir de Faegre 1979: 59). Der. planta de una yurta mongola (a partir de Faegre 1979: 91).	79
Figura 3.7. Organización interior de la vivienda saami: a) planta del kâhte según Scheffer (1704; a partir de Yates 1989: 252); b) y c) detalles de las ilustraciones de Leem (1767; a partir de Grøn 2017: 4); d) planta del kâhte según Rånk (1949, a partir de Faegre 1979: 124).	80
Figura 3.8. Planta de una «Snow hut» o iglú individual con «dance-house» frontal. Pertenecía a Ulöksak, «a famous shaman», y sus dos mujeres. Cada una disponía de un lado de la cabaña, donde tenían su propio equipo de cocina y secado (a partir de Fig. 14, Jenness 1922: 66).	82
Figura 3.9. Planta del iglú (a) y de la tienda de Inuttiaq (b), a partir de Briggs, 1970: 76. *Lugar del hijo mayor o de un invitado (Yiini = Jean Briggs).	84
Figura 3.10. Planta básica de los diferentes tipos de vivienda en los grupos Cree de Mistassini (a); organización del espacio social en (b) vivienda unifamiliar, (c) multifamiliar, (d) multifamiliar con número impar de unidades sociales (a partir de Tanner 1979: figs. 3, 4, 6, 9 y 10).	87

Figura 3.11. Ejemplos de organización interior de viviendas de grupos de América del Norte (a) y (b) planta de un tipi (según Faegre 1979:161 y 144, respectivamente).	88
Figura 3.12. Planta del interior de la cabaña Evenki (Shirokogoroff 1929, cf. Sirina 2006: 129).90	
Figura 3.13. Normas Evenki sobre el uso del espacio de la tienda (a partir de Grøn 2014: 33). 91	
Figura 3.14. El campamento de una noche de Ludmilla y Valeria Malchikiov en el lago Chikalowski (Siberia, 1997). Como es costumbre en grupos Evenki, el hombre (Valeria) se acostaba más cerca del hogar y la mujer detrás. En la fotografía, Valeria muestra cómo dormía; la parte de la cama de Ludmilla ya ha sido desmontada para ir a pescar (a partir de Grøn 2014: 30).	92
Figura 3.15. Planta de una vivienda (chum) nenet (a partir de Stammer 2005: 86).....	94
Figura 3.16. Planta de un asentamiento andamanese: a. Chozas de personas casadas; b. «Bachelor's hut» ; c. «Spinsters' hut» d. Lugar público de cocina; e. Patio de baile (Izq. según Man 1885: 40; Der. según Radcliffe-Brown 1964: 34).	95
Figura 3.17. Cabaña para la ceremonia de una boda. A la derecha el novio y otro de los jóvenes. La novia está a la izquierda del hogar, con otras dos jóvenes. Un tercer joven se ha sentado a la izquierda en lugar de permanecer en el lado de los hombres (Marshall 1959: fig. 7).	99
Figura 3.18. Área comuna masculina en la periferia de un asentamiento hadza (norte de Tanzania, 1986, extraída de O'Connell et al. 1991).	100
Figura 3.19. Planta general de un asentamiento de agregación (22 de junio de 1933, Konapandi). Señala la posición de 231 de 256 personas que habían acudido para la celebración de las ceremonias de iniciación Pitjantjatjara. La mayoría de las estructuras estaban orientadas buscando la protección de los vientos del sudeste (a partir de Tindale 1972: 244).....	101
Figura 3.20. Planta de dos asentamientos temporales de un grupo Nakako en inicios y finales de abril, respectivamente, de 1957 (a partir de Tindale 1974: 98-99). Los informantes Pitjantjatjara pudieron reconstruir las diferentes unidades sociales que ocuparon las estructuras, incluido que en (a) una de las adolescentes acababa de finalizar el período de menstruación (por el uso de ocre rojo), y las actividades llevadas a cabo. El otro asentamiento (b) se interpretó como posterior por el cambio de la orientación de las estructuras para protegerse del viento del sudeste.....	102
Figura 3.21. Planta de una choza Selk'nam. Lecho (W) de la mujer, (M) del hombre y (K) de los niños (a partir de Gusinde 1931: fig. 17).....	103
Figura 3.22. Distribución de lugares de hombres, mujeres y niños en viviendas (a) Selk'nam, (b) Kawésqar, (c) Yámana y (d) Yámana con dos mujeres.....	104
Figura 4.1 Modelo de círculos concéntricos de un campamento !Kung, las diferentes áreas detectadas y una selección de las actividades en ellas llevadas a cabo (en David y Kramer 2001b: fig. 9.1).	116
Figura 4.2 Patrón agregado de la distribución de (a) cenizas, (b) restos de fauna, (c) restos vegetales y (d) desechos de procesado de nueces de mongongo en 73 áreas de actividades nucleares de los 16 campamentos !Kung estudiados por Yellen (1977). Cada categoría de restos se ha adscrito a la estructura de habitación más cercana y todas las distribuciones han sido orientadas sobre el eje entrada-hogar frontal (a partir de Whitelaw 1994: fig. 11.3).....	119
Figura 4.3 Izq. Distribución de los huesos superpuesto al modelo de disposición de los asientos en torno a los hogares del yacimiento Mask, situado en el Paso Anaktuvuk, Alaska (a partir de	

Binford 1978a: fig. 16). Der. modelo ideal de zonas drop y toss en base al comportamiento observado en este yacimiento (a partir Binford 1988: fig. 89).	122
Figura 4.4 Plano de las densidades de las astillas de hueso (izq.) y de las lascas procedentes de la manufactura de útiles de piedra (der.) localizadas dentro y alrededor de una casa esquimal de invierno (Casa Palangana), en el Lago Tulugak, Alaska (a partir de Binford 1988: fig. 117-118). Nótese que ambas categorías aparecen más densamente concentradas en las áreas marcadas como “A” y “B” (izq.), interpretadas como los espacios donde se sienta el hombre (B) y la mujer (A) de la casa.	125
Figura 4.5 Reconstrucción de la organización espacial del área más frecuentada de la Casa Palangana (a partir de Binford 1988: fig. 119). Los símbolos que representan figuras de individuos sentados indican los lugares de asiento más importantes, identificados por la distribución de las astillas de hueso y de piedra (véase la figura 4.4). Los individuos nº 8 y 9 representan una misma persona (probablemente hombre) que cambia ligeramente de posición respecto al fuego, según esté ocupado en consumir alimento (8) o en actividades artesanales (9). Los asientos nº 3 y 5 seguramente son utilizados por la mujer de la casa para realizar o reparar artefactos (3) o acceder al hogar (5).	126
Figura 4.6 Modelo de tres zonas de evacuación de los desechos producidos en torno a un hogar exterior, según Stevenson (1991: fig. 2 y 3). La longitud de las flechas está correlacionada positivamente con el tamaño de los restos (arriba). Perfil esquemático de un área de combustión abandonada mostrando las distribuciones horizontales y verticales de restos con tres tamaños distintos (abajo).....	131
Figura 4.7 Mapa de contornos de la longitud media de objetos no textiles (izq.) y densidad desechos total (N= 972, der.) en el área de actividad del household de hombres de Apulla en el yacimiento de Bendaijerum (a partir de O’Connell 1987: fig. 111 y 112). La cuadrícula es de 2 m ²	147
Figura 4.8 Campamento ocupado por los “nueve Pintupi”, una unidad social aislada que habitó en el desierto de Gibson (Australia) hasta 1984. Estaba formada por dos co-esposas (el marido había muerto) y 7 hijos adolescentes, 4 hombres y 3 mujeres. La planta irregular se debería según los autores a la topografía del emplazamiento (contra la cresta de una duna), aunque bien podría deberse a la particularidad social de este grupo (a partir de Nicholson y Cane 1991: fig. 23).....	151
Figura 4.9 Planta de los campamentos 3 (izq.) y 1 (der.) del yacimiento de Nabulabanda (a partir de Nicholson y Cane 1991: fig. 14 y 16).	152
Figura 4.10 Distribución de áreas de actividad de household y comunitarias en el asentamiento hadza de Umbea B, 13 abril 1988	155
Figura 4.11 Representación esquemática de un grupo de households compuesto por dos household clusters y las principales áreas de descarte primario de restos de fauna (a partir de Bartram et al. 1991: fig. 3).	159
Figura 4.12 Planta de las dos ocupaciones documentadas en el yacimiento de Kunahajina, estación seca templada, 1986 (a partir de Bartram et al. 1991: fig. 15). La primera ocupación duró 8 noches (A); la segunda ocupación (B), tres semanas más tarde, se prolongó durante 3 meses. La estructura suroriental B se formó tras el abandono de la estructura que llevaba más tiempo siendo usada, desde la primera ocupación (etiquetada como “A & B”).	162

Figura 4.13 Distribución de estructuras y acumulaciones de desechos en Ngalidjibama, un sector del complejo de hogares de Djabalali, cerca de la desembocadura del río Blyth en Arnhem Land, Australia (a partir de Meehan 1975: fig. 7:5).	165
Figura 4.14 Planta del yacimiento Slope camp – lower, en Yangana Pe, mirando al norte (a partir de Svoboda et al. 2011: fig. 6). Las letras indican las áreas principales identificadas. A-B: interior de las áreas domésticas (“chums”); C-D: áreas de actividad exterior; E-G: áreas toss periféricas; H: periferia. La flecha en B marca un área de juego infantil en la chum.	168
Figura 4.15 Izq. Diagrama general de la organización del espacio de una ortz de los grupos dukha del norte de Mongolia. Der. Distribución de cada persona a lo largo del período de observación en una ortz concreta (a partir de Surovell y O’Brien 2018). Nótese, además, las concentraciones de puntos correspondientes a las camas en el lado occidental.	172
Figura 5.1. Esquema conceptual de la relación entre base (B) y superestructura (S) en el proceso de cambio histórico de la sociedad concreta 1 a 2: una conceptualización mecánica (arriba) y una dialéctica, según la “ley de desarrollo en espiral” o de la “negación de la negación” (abajo).	204
Figura 5.2 Modelización básica de las áreas internas de una UDO y su relación con las categorías histórico-sustantivas. Las flechas indican la dirección de la inferencia, de abajo a arriba, es decir, partiendo de las unidades de observación socialmente significativas (y sus elementos arqueológicos, no incluidos en este esquema) hacia las cuestiones de índole social e histórica.....	216
Figura 6.1 Mapa de Tierra del Fuego donde se representa la distribución de los distintos grupos etnográficos.....	231
En cuanto a normas sociales directamente relacionadas con el ordenamiento o la división del espacio social (la localización de individuos en un lugar determinado), la información etnográfica recoge tres aspectos. En primer lugar, tal y como se expuso anteriormente (capítulo 3; ver también la Figura 6.2), existía una división sexual del espacio, aunque no estricta, en base al eje de la entrada: hombre y mujer solían sentarse a cada lado de la entrada.	265
Figura 6.3 Mapa del canal Beagle con la localización de los dos yacimientos tratados en este trabajo	273
Figura 6.4. Arriba: plantas de las ACs de Túnel VII Abajo: secciones EW en la coordenada Y (N-S) = 150 cm mostrando las superposición de los sucesivos fogones. Las líneas punteadas representan los fogones que son cortados en otra coordenada Y.	275
Figura 6.5. Túnel VII mostrando el área AC1 (a) y dos superficies de sedimentos termoalteradas superpuestas. Estructuras de combustión de Lanashuaia I: sección E–W del área de combustión central AC3 (c); guijarros termoalterados junto a sedimentos con elevado contenido graso (d); Otra acumulación de guijarros termoalterados al occidente sin asociación de sedimentos grasos (e).	277
Figura 7.1 Esquema-base para la modelización de los procesos de producción y consumo yámana.....	281
Figura 8.1 Círculo de barras que muestra los diferentes bienes materiales producidos por los grupos yámana, el promedio de su valor de real o de producción. Están agrupados según el tipo de bien.	289
Figura 8.2 Círculo de barras en que se muestra el valor producido por cada agente social en la producción de los bienes materiales yámana.....	291

Figura 8.3. Gráfico de dispersión del valor producido y consumido por cada agente social, así como por ambos sexos agrupados.....	292
Figura 8.4. Gráfico de barras en que se contraponen el valor total de bienes producidos y bienes consumidos en función del agente social.....	292
Figura 8.5. Distribución del valor real por secuencias de trabajo en función del tipo de bien material (FA = Femenino adulto; FI = Femenino Infantil; MA = Masculino adulto; MI = Masculino infantil).....	293
Figura 8.6 Distribución del valor real por secuencias de trabajo en función del área interior del asentamiento y del agente social que las lleva a cabo (FA = Femenino adulto; FI = Femenino Infantil; MA = Masculino adulto; MI = Masculino infantil).	293
Figura 8.7 Predicción sobre el grado de meteorización con el paquete spatstats de R.	294
Figura 8.8. Distribución de los restos con marcas de rodado (asterisco azul) o pisoteo (cruz roja)	294
Figura 8.9 Grapho de las subunidades, las conexiones representan remontajes. El tamaño de los nodos (subunidades) está en función del degree o grado de conexiones (= remontajes). C5 (en negro en el centro) corresponde al conchero principal. Los colores corresponden a las diferentes subsecuencias de ocupación.	295
Figura 8.10 Interpolación de la restos asociados a la categoría general fauna.	298
Figura 8.11. Interpolación del número de restos de pinnípedo.	299
Figura 8.12 Interpolación del valor de uso de los residuos y desechos de pinnípedo con superposición de remontajes.....	300
Figura 8.13 Interpolación de los residuos y desechos de pescado y superposición de instrumentos con huellas de uso de trabajo de pescado.	301
Figura 8.14. Interpolación de residuos y desechos de cetáceo.	302
Figura 8.15. Interpolación de los residuos y desechos de guanaco, y superposición de remontajes.	303
Figura 8.16. Interpolación de los residuos y desechos de ave con superposición de remontajes correspondientes a cormorán (puntos verdes), aves marinas grandes (puntos lilas); Pingüino rey (en el centro del AOP).	304
Figura 8.17. Distribución de los elementos diagnósticos en materia ósea.....	305
Figura 8.18. Distribución de 1 = alisador-pulidor de materia prima dura; 2 = percutor usado; 4 = yunque usado; 5 = desecho de núcleo bipolar; 6 = desecho de producción de instrumentos de piedra.	306
Figura 8.19. Distribución de instrumentos con huellas de uso de haber trabajado: 1 = pigmentos; 2 = plantas; 3 = valva; 4 = piel seca (raspar); 5 = Percutor para tallar cinturas (pesos de línea); 6 = Peso de línea; 7 = piel fresca (cortar)	307
Figura 8.20 Distribución de 1 = cuchillo de carne (carnicería); 2 = Cuchillo de piel; 3 = Punta de flecha usada; 3 = cuchillo de carne (posible descarnado).....	308
Figura 8.21 Distribución de los instrumentos con huellas de uso de haber trabajado hueso ..	309
Figura 8.22 Propuesta tentativa de áreas internas de Lanashuaia a partir del análisis de las interrelaciones espaciales. El área del centro a rayas se propone como área de descanso o reproducción.	310

Figura 8.23 Grapho a partir de los remontajes de Túnel VII. Los dos últimos episodios aparecen más aislados (culo de botella de la parte inferior del gráfico) mientras que el resto subunidades están muchas más interconectadas, lo cual nos informa de lo complejo de la secuencia..... 311

Figura 8.24 Análisis de remontajes de restos de pinnípedo en un mismo episodio (E), de arriba a abajo: restos de cráneo y mandíbula; restos de las aletas; y fragmentos costillas 312

Figura 8.25 Algunos ejemplos de interrelaciones espaciales recurrentes en Túnel VII, arriba a abajo: trabajo de madera; producción de cuentas de hueso en ave (naranja) y huesos de ave susceptibles de ser materia prima (azul); raspadores que han trabajado piel y elementos anatómicos de animales asociados a trabajo de despellejamiento. En el centro, superposición de todas las áreas de combustión del yacimiento. 313

Tablas

Tabla 3.1. Variables relacionadas con el uso del espacio en función del sexo en las diferentes bases de datos etnográficas.	73
Tabla 4.1. Tabulación de publicaciones etnoarqueológicas sobre aspectos relacionados con la dimensión espacial hasta ca. 2000 (a partir de David y Kramer 2001b: 257).	113
Tabla 4.2 Categorías funcionales de 176 bienes producidos por grupos ingalik (a partir de Boismier 1991: 193, tabla 2).	138
Tabla 4.3 Actividades documentadas etnográficamente, mediante informadores, y su evidencia arqueológica en los yacimientos australianos de Ngarulurutja y Walukaritji (a partir de Spurling y Hayden 1984: 233-35).	142
Tabla 4.4 Actividades que generan desechos en un asentamiento hadza según sexo (H = hombre, M = mujer) y tipo de área (a partir de O'Connell et al. 1991: 70-71).	156
Tabla 4.5. Principales hipótesis sobre la organización del espacio extraídas de los modelos u otros estudios etnoarqueológicos de grupos cazadores-pescadores-recolectores, organizadas temáticamente. ¹ INF = grado de inferibilidad de menor (-) a mayor (+), propuesto de manera intuitiva.	180
Tabla 5.1. Correspondencia entre el objeto de trabajo y la secuencia de trabajo del modelo general de producción y consumo.	222
Tabla 6.1 Localización de determinados procesos de producción y consumo según los datos etnográficos sobre los grupos yámana.	267
Tabla 6.2 Materiales observados (etnográfica y/o arqueológicamente) en concheros yámana	268
Tabla 6.3. resumen de los datos contextuales y estacionales de las áreas de combustión de Túnel VII.	276
Tabla 7.1 Pesos por edad de las dos especies de pinnípedo en el canal Beagle.....	283

Introducción

*In the desert there is no sign that says, Thou shalt not
eat stones*
Proverbio sufi

La pregunta no es nueva. La pregunta es simple. O parece simple: ¿Es posible acceder arqueológicamente a las normas sociales?

De momento, la única respuesta es, en realidad, dos nuevas preguntas: ¿Qué son las normas sociales? Y, tal vez menos evidente, por pre-asumida, ¿qué significa “acceder arqueológicamente”? Formulado de otra manera, ¿de qué instrumentos o métodos conceptuales se ha dotado la arqueología en relación con esta cuestión a lo largo de sus *grosso modo* doscientos años de existencia?

Comenzando por esta segunda pregunta, y si se toma como ejemplo la postura que han tenido (y tienen) respecto a estos interrogantes las tres corrientes más influyentes en Arqueología, se puede ver una evolución. La Arqueología tradicional, bebiendo de los postulados histórico-culturales, asumió que este acceso estaría limitado, de entrada, por la inmaterialidad de *lo social*. Por su parte, el optimismo científico de la *New Archaeology* y, más en general, los planteamientos procesuales exploraron la posibilidad, aunque partieron de una visión igualmente restringida de *lo material*. Para solventar este déficit, se planteó y desarrolló una nueva disciplina, denominada Etnoarqueología.

La reacción a un énfasis funcionalista y a la extracción mecánica de inferencias sobre las relaciones sociales de las sociedades prehistóricas (y, como consecuencia, sobre los grupos contemporáneos estudiados por estos trabajos etnoarqueológicos) llegó en la década de 1980 de la mano de las diferentes propuestas que se han englobado bajo el epígrafe de arqueologías post-procesuales. Éstas pusieron *lo social e ideológico* en el centro del debate, significando un giro radical, por ejemplo, respecto a la manera de plantear la etnoarqueología o a denunciar la “invisibilidad” de la mujer. Así, en las últimas décadas, la presencia de conceptos con connotaciones sociales como *household*, espacio social o género ha sido muy importante. En consonancia, el conocimiento sobre

la organización social de las sociedades prehistóricas del pasado debería haber avanzado en comparación con los años ochenta. ¿Pero es así?

En paralelo a la dinámica mencionada, desde finales de la década de 1970 y especialmente durante los años ochenta, varios/as investigadores/as de la Universitat Autònoma de Barcelona y del CSIC han desarrollado un enfoque propio partiendo desde posiciones vinculadas al materialismo histórico y al feminismo materialista. En el marco de una reflexión sobre la definición del modo de producción de las sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras, se propusieron dos hipótesis generales: la “teoría de la contradicción principal o del factor movilizador interno” (Argelés y Vila 1993; Estévez et al. 1998), que daba cuenta de la contradicción existente en aquellas sociedades entre el potencial productivo (es decir, de la reproducción de los recursos naturales) y reproductivo, que debía haberse saldado en el control de la reproducción propia (mediante el control del agente reproductivo: las mujeres) o en la transformación de la sociedad (control de la reproducción de los recursos naturales). También se propuso la denominada “hipótesis espacial” (Estévez et al. 1984) según la cual la distribución de los procesos de producción y consumo no es azarosa sino que está organizada en el tiempo y en el espacio. En este sentido, y recuperando la pregunta realizada al inicio, se definió “normas sociales” como el conjunto de reglas sociales e institucionales que se usan como mecanismo para regular el comportamiento de los individuos en el marco de estas estrategias organizativas.

Prácticamente 40 años después, nos hemos planteado cuál es el estado de la investigación arqueológica en la actualidad, cómo ha evolucionado desde aquel escenario de replanteamiento de los postulados funcionalistas y de crítica a la arqueología que se había hecho hasta el momento. Es por ello por lo que el presente trabajo de investigación vio necesario empezar por una revisión del registro del Paleolítico Superior y Mesolítico europeo. En base al planteamiento de la “hipótesis espacial”, y vista la centralidad que está teniendo en los últimos años los análisis denominados *intra-site* o del espacio interno de un asentamiento, se vio adecuado centrarse en aquellos yacimientos que habían sido trabajados de tal manera como para poder hacer inferencias sobre el uso del espacio y la organización social.

Al nivel general, en el capítulo 1 se puede observar cuál es la situación actual en arqueología prehistórica en cuanto al estudio del espacio (social) de las sociedades que

basaban su modo de subsistencia en caza y recolección. Como el mismo lector comprobará, esta revisión dibuja un panorama más bien pobre, en base al cual no es posible plantear elementos en clave de dinámica histórica, apenas siquiera en clave de comparación regional. Es por ello por lo que nos hemos visto obligados a replantear el recorrido de la investigación. Antes de intentar plantear determinadas hipótesis a la evidencia arqueológica, se hace necesario saber qué es lo que se le puede preguntar.

Por lo tanto, en el capítulo segundo, nos hemos propuesto retroceder hasta el origen de un debate clave, como es la cuestión de la división sexual del trabajo y las diferentes teorías que han tratado (con mayor o menor fortuna) de explicar su aparente universalidad, tanto desde la antropología como desde la primatología o la arqueología. El siguiente capítulo se ha centrado en el análisis del registro etnográfico de grupos móviles, y especialmente cazadores-pescadores-recolectores, con el objetivo de contrastar, a modo de “encuesta etnográfica” (sensu Vila-Mitjà 2011), la “hipótesis espacial”. Los resultados positivos de este capítulo conducían lógicamente a dirigirse hacia los diferentes trabajos etnoarqueológicos en sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras con el objetivo de destilar indicadores arqueológicos o las contribuciones particulares de la teoría de alcance medio, algo que se ha hecho en el capítulo cuarto.

Este recorrido obligado, a la hora de esclarecer determinadas cuestiones y tratar de ofrecer una conclusión a ciertos debates en arqueología, justifica la estructura atípica de la presente tesis. Los capítulos 1-4 como una discusión que conduce a plantear una propuesta teórico-metodológica concreta, enmarcada y articulada de manera coherente con una teoría sustantiva. De esta manera, cabe advertir al lector que no será hasta el capítulo 5 que se discutirán algunos de los conceptos que aparecen de manera tangencial en los capítulos anteriores, pero que juegan un papel importante en la propuesta que realizamos.

El objetivo de esta propuesta teórico-metodológica y, por tanto, el objetivo principal de este trabajo de investigación es la elaboración de un modelo (una hipótesis general) para el análisis de las “interrelaciones espaciales” (partiendo, por tanto, de la propuesta original de Wunsch 1992) en sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras, e igual de importante, su contrastación con un ejemplo etnoarqueológico. Cabe señalar que se utiliza el término etnoarqueología en el sentido propuesto por Estévez y Vila (1996), entendido no como la observación “en vivo” de un grupo etnográfico desde una

perspectiva arqueológica sino como la contrastación de fuentes etnográficas y arqueológicas de una misma sociedad con la intención de calibrar y desarrollar la metodología arqueológica.

El caso escogido corresponde a los grupos yámana de Tierra del Fuego (Argentina) y, en particular, a dos yacimientos etno-históricos emplazados en la costa norte del canal Beagle: Túnel VII y Lanashuaia I. Pese a las similitudes esperables en ambos yacimientos, puesto que corresponden a respectivos asentamientos yámana, que se caracterizan por la presencia abundante de conchero, su análisis arqueológico previo ha indicado diferencias. Mientras que Túnel VII correspondería a múltiples episodios de reocupación de una misma área de ocupación, Lanashuaia I ha sido interpretado como una ocupación larga, vinculada a la explotación de una ballena varada. Esta diferencia permitirá verificar la viabilidad del modelo propuesto.

En el marco de esta contrastación, cabe destacar dos objetivos concretos. Por un lado, se busca la identificación de las áreas internas mediante la reconstrucción de las interrelaciones espaciales. Ello, gracias a la información proporcionada por las fuentes etnográficas, y en particular a los datos sobre la división sexual del trabajo, debería permitir inferir el agente social que la realiza. Por otro lado, se espera que la aplicación del análisis de las interrelaciones espaciales en combinación con otros métodos como el cálculo del valor social de la producción y el consumo, permita identificar la recurrencia de determinadas normas sociales y, así, constatar las variables definitorias de la sociedad yámana. Esto acontecerá en el capítulo final de este trabajo, del que extraeremos las conclusiones que lo cierran.

1 El registro arqueológico del Paleolítico Superior y Mesolítico: discusión de la cuestión

Un primer paso de esta investigación ha sido llevar a cabo una revisión de la bibliografía existente sobre yacimientos del Paleolítico Superior y Mesolítico. Se pretendía con ello establecer un estado de la cuestión, partiendo de diferentes trabajos de síntesis (Jelinek 1982; Kind 1985; Soffer 1985; C. Gamble 1990; Ramos Muñoz 1999; Desbrosse y Kozłowski 2001; Djindjian 2013), y por tanto del análisis de yacimientos en cierta manera ya icónicos en el estudio de la prehistoria europea. Sin embargo, no se ha querido obviar la evolución de la investigación arqueológica en estas primeras décadas del siglo XXI, más bien al revés, se ha tratado de incorporar el máximo de datos relativamente nuevos (aunque en ocasiones de yacimientos excavados en el siglo pasado) o de áreas geográficas que han recibido una atención menor. La interlocución directa con los datos hacía posible *discutir* la cuestión, y no sólo plantearla, evaluando los cambios (en caso de detectarlos) en el enfoque de la problemática de la organización del espacio social.

La pretensión inicial era comprobar hasta qué punto se había realizado o era factible, con el registro existente, realizar una lectura social que nos acercase a la problemática de la división sexual de la sociedad a través del estudio de la repartición espacial de los restos de producción y consumo.

Las aproximaciones antiguas realizadas a partir de extrapolaciones de una teoría general evolutiva basada en el materialismo histórico que se realizaron durante los años del socialismo real en Europa oriental eran muy intuitivas. La dificultad y el alcance máximo de una lectura más precisa a partir del registro existente al final del siglo XX queda muy clara en el libro de Ramos (1999).

El resultado de nuestra revisión actual ha sido la selección de 142 yacimientos distribuidos fundamentalmente por el centro, este y norte de Europa (**¡Error! No se encuentra el origen de la referencia.**). Los criterios de selección tenidos en cuenta, además de las consideraciones arriba expresadas, han sido el origen de los datos

arqueológicos (excavación en horizontal más o menos comprensiva) y el tratamiento de los mismos, siendo un aspecto primordial la aplicación de algún procedimiento de análisis espacial o, como mínimo, la publicación y descripción de una planta del yacimiento con la distribución y localización de parte de la evidencia recuperada. Asimismo, hay que ser consciente del sesgo inherente a una selección de este tipo, habida cuenta de dificultades físicas y/o lingüísticas de acceso a la bibliografía, así como de factores propios a la historia y condiciones de la investigación que llevan a concentrar la atención en ciertas áreas y cronologías. En definitiva, en comparación con la panorámica que se ha dibujado en otros trabajos de síntesis, el resultado puede considerarse representativo del estado de la investigación en esta materia. Sin embargo, el hecho de que no se haya llevado a cabo un registro del número total de yacimientos por área de estudio y marco temporal (lo cual excedería el objetivo de nuestro trabajo), hace imposible evaluar la representatividad de la muestra seleccionada en términos históricos y geográficos (evaluación que, insistimos, no entraba dentro de los parámetros de esta fase de investigación).

En cualquier caso, esta revisión sí que ha permitido valorar el limitado alcance de cualquier posible aproximación cuantitativa al total o a una muestra de los datos reunidos en busca de correlaciones o patrones significativos. Además, hace falta considerar la dificultad de establecer variables para una comparación global, dadas las diferentes prácticas arqueológicas y la heterogeneidad en el tratamiento de los datos arqueológicos, así como en la presentación de los resultados. Llevándolo un poco hasta el extremo, podría decirse que hay casi tantos modelos espaciales como yacimientos. Trabajos anteriores con aproximaciones de este tipo han llegado a conclusiones parecidas. Tampoco existen demasiados ejemplos en los que haya habido un ensayo de interpretación social basada en análisis cuantitativos con categorías de análisis significativas. Por ejemplo, Kind (1985) llevó a cabo una comparación cuantitativa de 176 concentraciones de artefactos líticos (morfológicamente y tipológicamente clasificados) de todo el registro paleomesolítico, aunque en la práctica la gran mayoría correspondía a yacimientos del Paleolítico Superior final y del Mesolítico de Europa Central.

En este trabajo, Kind llevó a cabo un análisis comparativo de las distribuciones de las frecuencias acumuladas, acompañado en un número importante de casos de análisis del vecino más próximo. Los resultados de este análisis permiten al autor identificar una

tendencia de los yacimientos del Paleolítico Superior a un patrón de distribución no homogéneo de los artefactos líticos caracterizado por una forma básica oval, con agrupaciones de artefactos particularmente densas en áreas periféricas asociadas a un hogar. Kind calcula que el rango de tamaño de la superficie ocupada oscila entre 30-70 m², aunque no percibe ningún tipo de correlación entre la cantidad de instrumentos o núcleos y el tamaño de la superficie. Asimismo, estima la extensión de la vivienda en base a la anchura de la distribución de los artefactos en el área de los hogares, proponiendo un área cubierta de unos 10-16 m² en la que cabrían de 5 a 10 personas. Sin embargo, en ocupaciones más largas se espera una mayor actividad de mantenimiento y limpieza del espacio, lo cual Kind identifica en concentraciones secundarias generalmente semicirculares y opuestas al hogar, en yacimientos con un número relativamente importante de artefactos. Asimismo, Kind detecta, a inicios del Mesolítico, un cambio parcial en la distribución de los artefactos líticos, fenómeno que atribuye o bien a una intensidad mayor de las alteraciones secundarias o bien a cambios en las relaciones sociales de los grupos mesolíticos. Finalmente, el análisis del vecino más próximo sobre la distribución de las distintas clases de instrumentos permite resultados limitados, mostrando un fuerte solapamiento. Aunque algunas categorías muestran una correlación mayor que otras con el área del hogar. El análisis factorial y el análisis de *clusters* no aportan resultados significativos. En definitiva sus conclusiones sólo alcanzan a caracterizar *posibles* estructuras de habitación.

Recientemente, Fretheim (2017) ha llevado a cabo una aproximación cuantitativa a más de un centenar de yacimientos en una cronología y área relativamente acotada como el mesolítico del interior y la costa de Noruega. Sin embargo, a pesar del considerable peso de la base empírica y de un objetivo más o menos concreto (reconocer evidencias de la variación temporal y geográfica de las hipotéticas estructuras de ocupación o “viviendas”) los resultados muestran una ambigüedad importante que da testimonio de la complejidad de estos fenómenos espaciales.

Lo anterior no implica que una aproximación de este tipo no pueda ofrecer resultados relevantes o informativos. Lo que indica es que obliga a un tratamiento muy amplio de la evidencia arqueológica y a una relectura de los datos arqueológicos revisados, con el objetivo de diseñar categorías equivalentes en términos comparativos y sobre todo más significativas en términos de procesos de producción, consumo y información social. Aunque no se descarta llevar a cabo este trabajo en el futuro, en el presente trabajo se ha

optado por una aproximación cualitativa que puede parecer que contenga un mayor potencial de inferibilidad.

A continuación, se exponen de manera sintética aquellos yacimientos *más relevantes* en los que la configuración espacial representada en el registro arqueológico identificado (estructuras y/o restos materiales) aporta elementos sustanciales a la discusión. Para una exposición ordenada pero coherente de los datos se ha seguido, además de una ordenación cronológica, el sistema regional propuesto en su momento por Gamble (1990: 87-88), que integra «los efectos que ejerce el aumento de la latitud sobre la duración de la estación de crecimiento» y «las fronteras regionales [que] están determinadas por los factores de continentalidad, relieve y el patrón de cuencas de drenaje». Aunque no se comparten las consecuencias teóricas de este modelo, cabe destacar que presenta unos criterios explícitos de ordenación que, indiscutiblemente, son igual de válidos que los que sostienen la ordenación territorial (política) o las subdivisiones de raíz histórico-culturales. Puesto que este sistema se centra en Europa continental, ha sido necesario añadir una última región, definida en un sentido laxo como “región escandinava”, y que incluiría los actuales países nórdicos.



Figura 1.1 Mapa de las regiones en que se ha dividido el área de estudio, con la localización de los yacimientos revisados. En la esquina superior se muestra un detalle del Pskov Oblast (Rusia).

Las regiones son: NE - Noreste; SE - Sureste; NC – Norcentral; NO – Noroeste; ES – Escandinava; SO – Sudoeste; AL – Alpina; MO, MC y ME – Mediterráneo oeste, central y este, respectivamente. Los números de los yacimientos corresponden a:

- | | | |
|------------------|---------------------|-------------------------|
| 1 Abri Pataud | 7 Vieux Coutets | 13 Le Cerisier |
| 2 Barbas III | 8 El Juyo | 14 Le Flageolet II |
| 3 Champ-Parel 3 | 9 Grotte d'Isturitz | 15 Le Mas (Cabin 1 y 2) |
| 4 Combemenué | 10 Guillassou | 16 Plateau Parrain |
| 5 Cueva Morín | 11 La Garma | 17 Solvieux |
| 6 Le Flageolet I | 12 Laugerie-Basse | 18 Grotte du Mas-d'Azil |

19	Liencres	61	Yudinovo	103	Smolín
20	Varennés-lès-Mâcon	62	Kamennaya Balka II	104	Pavlov I
21	Kokorevo I	63	Kiev-Kirillovskii	105	Picareiro
22	Sprendlingen	64	Klementowice	106	Benámer
23	Andernach-Martinsberg	65	Kostenki XI- Anasovka II	107	Font del Ros
24	Cepoy	66	Mezhirich	108	Muge
25	Dreieich-Götzenhain	67	Mezin	109	Bilancino II
26	Eyserheide	68	Zamostje 2	110	Riparo Salvini
27	Gönnersdorf	69	Stránska skála III	111	Ohalo II
28	Haule V	70	Vedrovice V	112	Ålyst
29	Kanne	71	Dolní Věstonice I	113	Bare Mosse I, II
30	Kettig	72	Dolní Věstonice II	114	Barmose I
31	Les Étiolles	73	Dolní Věstonice III	115	Dokkfloy
32	Marsangy	74	Grub/Kranawetberg	116	Fløyrlivatn 9,7,6A,6B
33	Niederbieber IV	75	Grubgraven AL1	117	Holmegård IV
34	Oldeholtwolde	76	Jaksice II	118	Lavrings Mose
35	Orp East	77	Kraków Spadzista Street	119	Lolikhuse
36	Petersfels	78	Krems-Wachtberg	120	Lundby II
37	Pincevent	79	Lubná 2	121	Målsnes I
38	Verberie	80	Milovice	122	Mollegabet II
39	Le Closeau (locus 46)	81	Milovice IV	123	Myrvatn I (D, K)
40	Saleux	82	Předmostí	124	Nivå 10
41	Culverwell	83	Předmostí III	125	Riihimäki
42	Doel-Deurg. J/L, C3	84	Pavlov VI	126	Rørmyr II
43	Lommel	85	Saladorf	127	Smakkerup Huse
44	Meer	86	Stadice 1	128	Sujala Site
45	Rekem	87	Berlin-Tegel IX	129	Sværdborg II
46	Tietjerk-Lytse Geast I	88	Blanice 6	130	Svanemosen 28
47	Tillet (2-NW)	89	Borneck-Ost	131	Svevollen
48	Verrebroek	90	Hostim I	132	Tågerup
49	Calowanie	91	K?lna Cave	133	Timmeras
50	Avdeevo	92	Loštice I	134	Ulkestrup I y II
51	Khotylevo 2	93	Oelknitz	135	Užavas Celmi
52	Kostenki I/1	94	Putim	136	Vaenget Nord
53	Kostenki IV Alexandrovka	95	Targowisko 10	137	Vaenget Nord
54	Kostenki VIII Tel'manskaya	96	Wilczyce	138	Vuollerim
55	Pushkari I	97	Deby 29	139	Champréveyres
56	Valea Morilor	98	Dolní Poříčí 2	140	Monruz
57	Zaraysk	99	Duvensee (1,5,6 y 8)	141	Gramari
58	Berdyzk	100	Haverbeck	142	Mollendruz
59	Dobranichevka	101	Mokracz		
60	Gontsy	102	Reichwalde		

1.1 Región noreste

Hay que comenzar destacando los yacimientos Paleolítico superior antiguo de la denominada “cultura Kostentki-Adveevo” del norte de Ucrania y la cuenca del Don (Rusia), especialmente en lo que se refiere al uso de huesos de mamut como material constructivo. Los yacimientos más antiguos (30.000 – 25.000 BP) son Kostenki VIII-2 y Yurovichi. A partir del 25.000, a inicios del Último Máximo Glacial, se encuentran los yacimientos más conocidos: Khotylevo II y Pushkari I, en la cuenca del Dnper-Desna; Adveevo, en el margen occidental de la llanura central rusa; y Kostenki I-1, XIII, XIV-1, VIII y Gagarino en la cuenca media del Don.

Aunque estos yacimientos fueron los primeros en aportar evidencias de elementos constructivos en estructuras de habitación en Europa, su interpretación continúa provocando debate y controversia. En su momento, las estructuras (hoyos periféricos, hogares alineados, disposición centrípeta de huesos de mamut) de yacimientos como Kostenki I y Adveevo fueron interpretadas como grandes unidades de habitación bajo una misma cobertura, al estilo de las “casas largas” o “casas comunales” de la etnografía (Efimenko 1958). Esta interpretación ha sido cuestionada (Klein 1969: 120-21; Klein 1973: 100-104), y se han propuesto otras reconstrucciones como que los hoyos periféricos, de 2-4 m² y hasta 6-8 m² de superficie, podrían haber sido pequeñas viviendas semisubterráneas (formando «des véritables villages»: Desbrosse y Kozlowski 2001: 54) dispuestas de manera oval en torno a la línea central de hogares. En las últimas décadas, con la excavación de yacimientos como Kulichivka, Kostenki IV o Gagarino se han identificado ligeras depresiones circulares u ovals de varios metros de anchura y conteniendo un hogar central y grandes cantidades de restos materiales, similares a las de los yacimientos checos pavlovienses (Hoffecker 2002: 227).

También se ha documentado la construcción de grandes estructuras de habitación utilizando huesos de mamut como material constructivo en los yacimientos del Paleolítico Superior Final (17.000 – 10.000 BP) del sur, suroeste y centro de la llanura rusa: Elissevichi, Mezin, Dobranichevka, Gontsy, Mezhirich, Kiev-Kirillovskii (Pidoplichko 1998); Yudinovo (Abramova 1992; Pidoplichko 1998); Kostenki XI / Anosovka II (Praslov y Rogachev 1982); así como en Crimea y el Cáucaso

septentrional: Kammennaya Balka 1-3 (N. B. Leonova y Min'kov 1988; N. Leonova et al. 2015).

En algunos de estos yacimientos se han llegado a documentar hasta 5 estructuras construidas con huesos de mamut, sin superposición, aunque su contemporaneidad no está asegurada. Estas estructuras tienen una planta circular u oval, y varían en diámetro desde los 3,5 hasta los 8 metros. En general, se usaron huesos largos para su construcción, y contenían al menos un hogar. En base a su tamaño, se ha propuesto una distinción entre unas estructuras más grandes (ca. 25 m²) llamadas tipo “Kostienki-Anosovka”, y unas más pequeñas (ca. 12 m²) o tipo “Mezhirich-Mezin” (Desbrosse y Kozlowski 2001: 55; Hoffecker 2002: 231).

Yacimientos como Kiev-Kirillovskii o Gontsy fueron descubiertos a finales del siglo XIX y excavados antes de 1930. En el segundo, por ejemplo, los restos de mamut fueron interpretados como acumulaciones de desechos alimentarios, lo que ha minado cualquier posible reconstrucción de las estructuras (Soffer 1985: 57). En el caso de Mezin, 4 de las 5 estructuras también fueron excavadas en el período 1907-1916 y posteriormente en los años treinta. Los otros yacimientos fueron excavados más adelante, a partir de 1950, aunque la investigación de estos yacimientos también se focalizó en las estructuras en sí y en su interior. El debate versó fundamentalmente sobre la reconstrucción de la estructura, recurriendo a analogías con los grupos etnográficos siberianos y sus cabañas en domo (“*yarangas*”) o cónicas (“*chooms*”); duración y estacionalidad se infirieron a partir de estas analogías etnográficas o de cuantificaciones a partir del número de los restos de fauna, asumiendo que todos habían sido consumidos, algo que también ha sido discutido (véase un resumen de los principales elementos del debate en la introducción de Pidoplichko 1998; Soffer 1985). Asimismo, se ha propuesto una gradual jerarquización de las relaciones sociales a partir de la interpretación (en clave descentralización-centralización) del número y localización de las estructuras/hoyos de almacenaje (Soffer 1985), aunque los datos más recientes no parecen encajar bien con este modelo.

Desafortunadamente, la inadecuada documentación y publicación de los restos materiales imposibilita el análisis de su distribución y de las relaciones espaciales entre estructuras y hogares. La información sobre el uso del espacio interior de las estructuras y del exterior es escasa. Se ha señalado alguna evidencia de organización del espacio

interior, como la división en dos partes mediante huesos yuxtapuestos y alineados de la “habitación” núm. 1 de Anosovka II (Bosinski 1990: 156-57). En Mezin se hallaron tanto hogares interiores como exteriores. En Dobranichevka se documentaron cuatro estructuras de hueso de mamut, áreas de trabajo y un complejo de hoyos. En el exterior de las tres estructuras de Mezhirich se documentaron grandes hoyos, hogares, acumulaciones de huesos de mamut y áreas de trabajo de sílex y hueso (Soffer 1985: 69). En Yudinovo, excavado en 1964 y posteriormente en 1980, no se encontraron “áreas de actividades especiales” (Abramova 1992: 392). En Kammennaya Balka II sí que se ha podido llevar a cabo un análisis de la distribución de los restos de fauna y de sílex, y la relación de éstos con los hogares (N. B. Leonova y Min’kov 1988; N. Leonova et al. 2015). Por un lado, se distinguió entre estructuras de almacenaje y acumulaciones de desechos de alimentación; por el otro, se ha propuesto una reconstrucción del límite de la estructura de habitación, conteniendo dos entradas y dos áreas opuestas espacialmente formadas por un hogar y concentraciones de sílex.

1.2 Región norcentral

En esta zona destacan los yacimientos de la secuencia gravetiense (ca. 30.000 – 20.000 BP), localizados especialmente en el sur de la región checa de Moravia y en Austria. Se ha propuesto su definición en una misma “cultura pavloviana”, denominada así a partir del yacimiento moravo de Pavlov I.

Dicho yacimiento fue excavado entre 1952 y 1972 (Klíma y Svoboda 1994; Klíma 1997), descubriéndose una amplia extensión (700 m²) separada en dos sectores (sureste y noreste) en los que se identificaron 11 y 2 estructuras, respectivamente. Estas estructuras, interpretadas como “viviendas”, se definieron a partir de la combinación de indicadores: básicamente la presencia de hoyos, de uno o varios hogares, de una depresión en el terreno, la disposición de los huesos grandes a lo largo de un eje y la concentración de artefactos. Originalmente interpretado como un asentamiento de agregación, hipótesis apoyada por la importante cantidad de elementos figurativos en arcilla recuperados (Soffer 2000: 69), la excavación de un nuevo sector en los años 2013-14 dio pie a la reinterpretación de la dinámica de ocupación del yacimiento (Svoboda et al. 2016). Ello fue confirmado por el análisis de la distribución de los restos recuperados en el sector sureste (Novák 2005; 2006) y noroeste (Jarosová 1997),

concluyéndose que Pavlov I era el resultado de múltiples reocupaciones y definiéndolo como un “palimpsesto” (Novák 2006).

Muy cerca de Pavlov I se encuentran los yacimientos de Dolní Věstonice. El yacimiento original fue excavado antes de la II Guerra Mundial por Absolon, quien identificó “selecciones” de huesos de mamut pero no halló ninguna estructura (cf Jelinek 1982: 229). En la década de 1950, Klíma, que había retomado la excavación, puso al descubierto dos estructuras de habitación (Klíma 1963). La estructura nº II presentaba un interés particular al estar situada lejos del foco de la excavación, formando una cubeta profunda en la parte superior de una fuerte pendiente. En la periferia de esta estructura se detectaron agujeros de palo, que indicaban la existencia de un techo. En el centro se había dispuesto un hogar rodeado y parcialmente recubierto de una cúpula de arcilla cocida: «Dans ce four, 2.200 statuettes et fragments en terre cuite ont été trouvés ce qui a amené B. Klima à considerer cette hutte comme celle d'un sorcier ou chaman qui fabriquait des objets rituels» (Desbrosse y Kozłowski 2001: 52). En 1987, se excavó Dolní Věstonice II (Svoboda 1991), identificándose tres “unidades de asentamiento” con hogares centrales, hoyos y depresiones, y concentración de industria lítica, así como el enterramiento de un individuo masculino. Aunque similar en muchos aspectos, este yacimiento se diferencia de los anteriores por la ausencia de representaciones figurativas, y por una menor producción de arcilla cocida, lo cual ha sido interpretado como indicador de ocupaciones más breves (Svoboda 1991: 54).

Desafortunadamente el método de registro de la localización de los restos arqueológicos seguido en ambas excavaciones, con cuadrículas de 1x1 o 2x2 m, ha limitado el análisis de la distribución de restos, especialmente en Dolní Věstonice. Excavaciones más recientes, como la de Pavlov VI (Svoboda et al. 2009; Novák 2011) o Předmostí Ib (Novák 2013), han analizado la configuración espacial de estructuras similares a partir de remontajes del material lítico, de mapas de densidad de categorías individuales de materiales arqueológicos (generales -lítica, fauna- o según morfología tipológica o materia prima de piezas líticas) y coeficientes de correspondencia entre estas mismas categorías. Estos análisis, en general, se han centrado en detectar estructuras constructivas y tendencias de distribución y asociación de las diferentes categorías, sin realizarse a partir de ellas inferencias sobre la organización social de los grupos (más allá de la vinculación de determinados elementos con un supuesto comportamiento ritual).

1.3 Región noroeste

Sin lugar a duda, esta región presenta el mayor número de estudios espaciales en Europa continental. En el extremo occidental de la llanura europea, aunque no presenta las excelentes condiciones de preservación de las estepas orientales, el loess también ha favorecido la conservación de los yacimientos al aire libre. Paradójicamente, el desarrollo más tardío de la excavación en horizontal, sumado a la ausencia de estructuras “arquitectónicas” que focalizaran la atención en detrimento de la evidencia menos *espectacular*, ha llevado al desarrollo de varias aproximaciones interesantes al estudio espacial de los restos arqueológicos y a un debate rico en ejemplos.

En esta región destacan por la cantidad y calidad de la investigación tres focos: la cuenca parisina, la cuenca media del Rin y la meseta limosa del sur de Bélgica. La práctica totalidad de yacimientos corresponde a la secuencia final del Paleolítico Superior, correspondiendo a las que se han denominado culturas magdalenienses y azilienses y particularmente la cultura “*Federmesser*”.

Desde el descubrimiento de Pincevent por Leroi-Gourhan y Brézillon (1966), la cuenca parisina (Francia) ha sido objeto de una creciente investigación que ha puesto al descubierto un número importante de yacimientos interpretados como magdalenienses, con un intervalo cronológico de 11500 – 13000 BP a partir de las dataciones del 14C para los principales yacimientos de Étiolles, Pincevent y Marsangy (Audouze 1992). El modelo de ocupación de la habitación nº1 de Pincevent (Leroi-Gourhan y Brézillon 1972) es sobradamente conocido, tanto como el debate que se generó en torno a la existencia y el tipo de “estructura de habitación” inferido (p. ej. Binford 1983). Básicamente, Leroi-Gourhan divide el espacio global ocupado por tres unidades de habitación en: el hogar, estructura evidente y origen de la repartición de los testimonios domésticos; espacio de actividad doméstica (interior y exterior); espacio retirado (zona de reposo); espacio de evacuación cercano (1-2 m) / disperso (3-4 m) / alterado (5-6 m); y espacio de restos aislados. El resultado final del estudio, en base a las tres unidades de habitación delimitadas, configura el denominado “modelo teórico” de Pincevent (Leroi-Gourhan y Brézillon 1972: 247-50).

Los trabajos de Leroi-Gourhan, devenidos en paradigmáticos, representan la tentativa de establecer una “etnología prehistórica” (Leroi-Gourhan y Brézillon 1972: 257-58),

centrada en el estudio del hábitat (como sinónimo de espacio habitado). Ello ha dado lugar a lo que se conoce como “reconstrucción” o “interpretación paleoetnográfica”. Si bien se inspiró originalmente en las interpretaciones de autores soviéticos se revirtió el materialismo histórico para fundamentarse en un posicionamiento estructuralista, con un componente más o menos idealista, y una acusada tendencia a la taxonomía y a la utilización mecánica de la información etnográfica, como sustrato de un esquema interpretativo de tipo inductivista (véase una completa crítica a esta aproximación en Wunsch 1992). En cualquier caso, el “modelo teórico” de Pincevent y la terminología propuesta (p. ej. estructuras evidentes/latentes, estructuras homogéneas/heterogéneas, hogar central/satélite...) han tenido una influencia considerable en trabajos posteriores. Entre otros ejemplos (p. ej. Lumley 1969), esta influencia, por el magisterio directo ejercido en sus discípulos y discípulas, es indiscutible en el caso de los otros yacimientos de la cuenca parisina, incluidos el resto de yacimientos de Pincevent.

La diferencia principal con los trabajos actuales, además de ligeras re-interpretaciones de las estructuras constructivas (tiendas poliédricas tipo yurta o paravientos tipo selk'nam en lugar de las tiendas cónicas de Leroi-Gourhan) parecería ser a nivel instrumental, aunque tampoco ha habido modificaciones esenciales. El llamado “análisis topográfico” de los primeros trabajos, es decir, a partir del establecimiento de una “microtopografía” de la superficie habitada y de su posterior análisis visual, basado únicamente en criterios observacionales, ha dado paso a la aplicación de una mayor variedad de formas de visualizar la distribución de las diferentes categorías de la evidencia arqueológica. El análisis de los remontajes y rearticulaciones para la reconstrucción de la cadena operativa de la industria lítica y ósea sigue siendo una de las técnicas fundamentales para entender la relación entre las diferentes áreas de un yacimiento.

En el yacimiento cercano de Étiolles, en la cuenca parisina, se ha aplicado esta aproximación para el análisis de varias unidades de habitación, definidas a partir de las respectivas estructuras de combustión: U5 (Pigeot 1987), P15 (Olive 1988), A17 (Larrière-Cabiran 1993), Q31 (Christensen y Pigeot 2004). En el caso de la unidad U5, a partir de la distribución de los restos de talla y de la reconstrucción de las cadenas operativas mediante remontajes, se propone un “modelo social” a partir de “normas culturales” en la organización social de la producción lítica. Así, Pigeot distingue en el espacio interior una disposición en anillos concéntricos, en la que talladores

experimentados se sentarían cerca del fuego y los talladores inexpertos, en la periferia. Sin embargo, este modelo no parece observarse en la unidad contemporánea P15 (Olive y Pigeot 1992). En lo que respecta a la unidad Q31, sí que se distingue una talla elaborada, simplificada y «maladroite» que se interpreta respectivamente como perteneciente al ámbito masculino/colectivo/zona taller, femenino/individual/habitación y jóvenes (Christensen y Pigeot 2004: 105). Sin embargo, se propone un “relajamiento de las normas sociales”, como en P15, ya que los restos de producción de láminas líticas no se adecua al modelo (*ibíd.*). Pese a estas diferencias, se señala que la distribución espacial es idéntica a lo largo de las sucesivas ocupaciones de las unidades, llegando a la conclusión de que un mismo grupo de individuos volvía a instalarse sobre restos todavía visibles de la estancia anterior (*ibíd.*: 26).

Volviendo a Pincevent, cabe destacar los trabajos más recientes. En el nivel IV20, se ha interpretado un episodio de agregación en otoño para la caza y procesamiento de renos. En este sentido, se han identificado cuatro unidades de habitación interpretadas como abrigo y diversas áreas de actividad periféricas, sin estructura. Los autores observan la existencia de relaciones entre estas diferentes concentraciones, lo que sugiere a los autores una gestión global del espacio del asentamiento y, por tanto, la organización de actividades de carácter comunitario:

«La tentation est forte de voir dans cette proximité spatiale des groupes apparentés complémentaires, avec peut-être plus de chasseurs en V105 ayant réparé leurs sagaies barbelées et, en T112, plus d'individus spécialisés dans les travaux de transformation. On imagine alors plutôt des femmes – adolescentes non encore mariées, veuves ou femmes âgées, comme le suggèrent les exemples ethnographiques (...) Quoi qu'il en ait été, et compte tenu de la présence hautement vraisemblable de femmes et d'enfants qui semble démontrée, il est possible de supposer que les tâches étaient réparties en fonction des sexes : aux hommes la chasse, la préparation et l'entretien des armes et, peut-être, le découpage des carcasses, aux femmes, l'entretien des vêtements et de l'équipement domestique et la préparation de la nourriture, sans compter les productions liées à la sphère du monde végétal (Julien y Karlin 2002: 1409-10).»

Asimismo, en el último nivel de ocupación de Pincevent, el IV0, se ha encontrado una organización del espacio inversa a la anterior, con un uso intensivo del espacio circundante a la unidad T125 y una importante presencia de actividades de mantenimiento del espacio. Esta unidad ha sido interpretada como una ocupación de invierno. Además, la gran cantidad de restos de producción de ornamentos ha sido interpretado como indicador de presencia de trabajo femenino (Bodu et al. 2006: 156)

A orillas del Rin, el yacimiento magdaleniense de Gönnersdorf, excavado entre 1968 y 1976, destaca por su excelente estado de conservación y por una importante cantidad de lajas con grabados representando figuras zoomorfas o femeninas (Bosinski 1981; Bosinski 1992; Bosinski et al. 2001), comparable solamente a yacimientos contemporáneos en cueva. Cuatro concentraciones principales de materiales arqueológicos fueron descubiertas (K-I-K-IV), habiendo sido objeto de numerosos y variados estudios. La fase de ocupación principal ha sido datada en 16.000 – 15.000 cal BP.

Los diversos análisis espaciales llevados a cabo en Gönnersdorf se han centrado en resolver el debate sobre la sincronía o diacronía de las cuatro concentraciones mediante la combinación de remontajes de los restos líticos y su materia prima y clasificación morfológica (Sensburg 2007; Sensburg y Moseler 2008; Moseler 2011), obteniendo resultados contradictorios. Otro aspecto que ha centrado el interés de los análisis espaciales es la cuestión de la existencia de un espacio cubierto o descubierto; mediante remontajes y mapas de densidad, explorando posibles alineaciones en los límites de las concentraciones de material lítico, así como la presencia de piedras interpretadas en base a analogías etnográficas como piedras basales de una tienda, se ha propuesto la existencia de una estructura rectangular, en K-IV (Moseler 2011), o poligonal, como en K-I, K-IIa, y tal vez K-III (Jöris y Terberger 2001).

Curiosamente, y a pesar de la gran cantidad de piedras termoalteradas, los hogares no son directamente perceptibles, en el sentido de “estructuras evidentes” (Jöris et al. 2011). Por el contrario, sí que se han podido identificar diferentes áreas de trabajo, de reposo y de evacuación de los desechos. En la concentración K-IIa, Sensburg ha identificado una sucesión de áreas individuales de trabajo en el área de actividad principal, que ocurren en concentraciones limitadas y en determinados y recurrentes patrones de distribución (Sensburg 2007: 197). El trabajo más reciente ha implicado el análisis de la composición y los remontajes de restos de fauna, cuyas principales conclusiones también son a nivel de temporalidad de las concentraciones y a la búsqueda de alineaciones del tipo “efecto barrera” (Street y Turner 2013).

El yacimiento cercano de Niederbieber (Gelhausen 2011), descubierto en 1980, también presenta unas características particulares. Cubriendo una extensa superficie de ca. 930 m² y varias decenas de concentraciones discretas de restos materiales, básicamente

líticos, este yacimiento quedó sellado por una capa de pumita de hasta 1 m de grosor a raíz de la erupción del volcán del lago Laach hacia el 12.900 BP. Niederbieber ha sido datado en 13.100 cal BP y su material lítico atribuido a la cultura Ferdemesser. El análisis espacial de las diferentes concentraciones de restos presumiblemente *in situ*, en lo que respecta a procesos post-depositacionales, ha permitido distinguir el perímetro de una cabaña trapezoidal en base a la distribución diferencial de microrestos líticos y fragmentos de fauna, en el caso de la concentración IV (Gelhausen et al. 2004). Posteriormente también se han identificado evidencias de estructuras en otras concentraciones, interpretadas como «short term, relatively contemporaneous single task activity áreas» usadas en general para «hunting preparation, food consumption and processing of usable remains». Asimismo, los análisis de densidad y remontajes han detectado:

comparatively uniform structure of the individual concentrations, which is characterized by at least two opposing zones of maximum find density, the existence of hearths which are mainly fueled by bones, the dominance of bucket pieces within the lithic tool inventories and their general distribution in the immediate vicinity of the hearth, and the almost identical stratigraphic position of the majority of lithic artifacts (Gelhausen 2011: 283).

Wenzel (2009) ha llevado a cabo un estudio comparativo de 6 concentraciones (más 4 integradas en la discusión) correspondientes a yacimientos de Alemania, Bélgica y Francia datados como magdalenienses o azelienses. Wenzel desarrolla una aproximación analítica cualitativa, basada en el análisis de remontajes y la búsqueda de cambios bruscos de densidad en las concentraciones de artefactos líticos. Ello le permite proponer los límites de una estructura trapezoidal cubierta en tres casos: en Orp East, yacimiento magdaleniense; en Rekem 10 y Berlin-Tegel IX, yacimientos azilienses. Wenzel encuentra similitudes entre estas últimas y las estructuras trapezoidales, hexagonales o poligonales/circulares interpretadas para otros yacimientos azilienses cercanos (Andernach 3, Niederbieber I, Niederbieber IV, Bad Breisig). Asimismo, el autor detecta que todas estas estructuras son apreciablemente más pequeñas que las grandes estructuras trapezoidales magdalenienses marcadas por anillos periféricos de grandes piedras. Por su parte, los otros tres yacimientos estudiados no mostraron evidencias de dichos límites (Cepoy, Geldrop 3-2, Harmannsdorf 26-1). Es interesante apuntar que todas las concentraciones de restos analizadas se estructuran a partir de un hogar central, en torno al cual se podía distinguir instrumentos y residuos de producción de dos zonas de trabajo presentando restos de distintas áreas de actividad, solapadas.

Aunque en ambas zonas se encuentran los mismos artefactos líticos existe un patrón espacial de infrarrepresentación y su tendencia opuesta, lo que es interpretado como áreas de trabajo complementarias:

The persons present at the site had different focuses of activity, whereby specific artefact types were not limited to a single working area. In the majority of cases, the particularly abundant waste from the production of hunting equipment is concentrated in only one area. The work zones complement each other to a certain extent, since tools which are poorly represented in one area are more common in the other, while other find categories are present in the same quantity (Wenzel 2009: 135).

The activity zones of the find concentrations mentioned above testify to the emphasis placed on different activities, where certain artefact types were not restricted to only one work place. The wide distribution of particular tool types may be due to clearing activities, to the fact that most activities were not gender-related (Janes 1983, 71) and because work areas may have been multi-functional (Janes 1983, 79; Binford 1984, 194). However, these find concentrations with a central hearth contain only one particularly prominent accumulation of projectile points, and combinations of work areas are not repeated within one of these concentrations. *If one actually assumes that the activity »preparation of hunting weapons« was done by men* (Grøn 1995, 53) and in addition, in each case, a »complementary« work place exists where different tasks were performed, then it seems plausible to interpret the find concentrations concerned as remnants of the (perhaps repeated) stay of a nuclear family (Wenzel 2011: 154).

Wenzel compara este patrón con otro hallado en algunos yacimientos magdalenenses y mesolíticos (p. ej. Pincevent) en el que se han hallado varios hogares circundados por distribuciones prácticamente idénticas de restos. El autor concluye que se pueden interpretar estos últimos como una ocupación de “varias familias”, mientras que los estudiados por Wenzel podrían corresponder a la ocupación de una “familia nuclear”.

1.4 Región escandinava

En lo que respecta al poblamiento mesolítico, el área de Escandinavia, en su sentido más extenso, presenta la mayor concentración de yacimientos, como resultado del interés generado por la “vivienda mesolítica” a partir de 1970. En claro contraste con el resto de las regiones, en este caso muchos de los yacimientos quedaron sumergidos con el aumento del nivel del mar, por lo que su excavación ha permitido recuperar partes de elementos constructivos en madera o corteza, como suelos de cabaña u otros, así como restos de procesamiento vegetal.

Cabe destacar, para comenzar, los trabajos comparativos realizados en el área danesa (Blankholm 1987; Grøn 1995). A lo largo de varios trabajos, Grøn (1995; 2003; 2011; 2017) ha propuesto un modelo de organización del espacio de la vivienda, combinando

diversos ejemplos etnográficos y el análisis de la distribución de los microresiduos de producción lítica, que en estas estructuras mesolíticas aparecen en una gran cantidad, supuestamente por la habilitación de un piso con material vegetal o pieles. Según este modelo, Grøn ha identificado dos patrones de organización del espacio en función del sexo en las viviendas “maglemosienses” (11.000 – 8.000 BP) que, en realidad, serían una variación de la misma, según si se trata de una unidad social (tipo Ulkestrup I) o dos unidades sociales compartiendo vivienda (tipo Ulkestrup II).

La excavación del yacimiento sumergido de Møllegabet II (Skaarup y Grøn 2004), atribuido al inicio del periodo Ertebølle (7.300 – 5.950 BP), ha permitido el análisis espacial combinado de categorías de restos materiales (micro-residuos líticos, fauna, material vegetal y restos quemados), así como la documentación en el sector norte de la cabaña de una plataforma cubierta por fragmentos de corteza. Todo ello ha llevado a proponer la identificación de dos hogares yuxtapuestos y cinco áreas de trabajo individuales. Estos “asientos” corresponderían a dos unidades sociales y estarían organizados según el sexo, de manera simétrica; una excepción sería el quinto “asiento”, que los autores interpretan como un área de trabajo condicionado por el acceso de luz de la entrada.

A partir de la concentración de puntas de flecha en el sector sur, debajo de la plataforma, y mediante analogía etnográfica, Skaarup y Grøn (2004: 71) asocian estas áreas de trabajo con trabajo masculino y, por deducción, las áreas del sector norte con trabajo femenino. Asimismo, también recurren a analogía etnográfica directa (y explícita, en este caso) para proponer un patrón de organización espacial diurno, con esta división bipartita, y uno nocturno, con los miembros de ambas unidades sociales durmiendo en la plataforma (*ibíd*). Otro yacimiento ertebølliense, Nivå 10, se asemeja a Møllegabet II tanto en la posible presencia de una plataforma como en una estructura espacial parecida, con dos áreas despejadas de restos, una en la antedicha plataforma, y la otra en el suelo asociada a puntas de flecha.

Sumado a otros resultados, todo ello ha llevado a Grøn a proponer una ampliación de su modelo de organización del espacio para los yacimientos atribuidos a Ertebølle (7.300 – 5.950 BP). En este modelo la división mínima del espacio también se produce en función del sexo, aunque puede aumentar el número de unidades sociales que ocupan una misma vivienda. La diferencia principal sería la división “física” del espacio, con la

preparación de una plataforma en la parte de la vivienda que corresponde al área de trabajo femenino (Grøn 2003; Grøn 2017). En todos estos análisis del espacio la aplicación del modelo pasa por la detección de áreas individuales de trabajo, indicadas por una concentración de microresiduos líticos, y su relación con otras categorías de restos y/o elementos constructivos.

Sin embargo, otros yacimientos excavados recientemente como Ålyst, en Dinamarca, o Årup, en el sur de Suecia, presentan un patrón similar al anterior, con un área de la vivienda despejada y otra que alberga el área de actividad principal, aunque el primero ha sido datado respectivamente en 8.870 ± 65 BP (8.240 cal ANE) y el segundo ha sido interpretado como correspondiente a la transición del Paleolítico Superior al Mesolítico. Asimismo, a diferencia de otros yacimientos mesolíticos escandinavos, en Ålyst se ha excavado el interior y el exterior de las supuestas estructuras, evidenciando en el caso de las áreas cubiertas I y II (delimitadas por presencia de agujeros de palo) la realización de un amplio espectro de actividades en oposición al uso del espacio exterior, caracterizado únicamente por la producción de microlitos (Casati y Sørensen 2011). En cualquier caso, ambas estructuras I y II presentan una orientación de la entrada y una organización del espacio similar, aunque en la segunda sólo se ha podido identificar la presencia de una estructura “latente” de combustión, mediante la combinación de residuos indirectos, en el exterior de la estructura.

Finalmente, en el yacimiento sueco de Vuollerim el análisis de la distribución de los restos materiales ha permitido interpretar una estructura de habitación formada por dos “households”, cada uno ocupando una mitad, con un mismo patrón de descarte. Dentro de cada uno de estos “households” no se podrían inferir divisiones, ni funcionales ni de género (Loeffler 1999; Loeffler 2003).

1.5 Región suroeste

Esta región ha atraído la atención de la investigación arqueológica desde el siglo XIX, aunque por la misma razón las excavaciones se han orientado hacia yacimientos en cueva. A partir del trabajo de Simek (1984) y su aplicación de la técnica de *clustering*, en concreto basado en el procedimiento del *K-means*, a los restos del yacimiento en cueva del Paleolítico Superior Final de Le Flageolet I, comenzaron a desarrollarse toda una serie de trabajos con métodos similares en esta región, tanto en yacimientos en

cueva o en abrigo como al aire libre (Koetje 1987; Koetje 1994). Aunque estos trabajos han servido para interrogarse sobre el patrón de ocupación de las diferentes secuencias estratigráficas (p. ej Simek 1984 y los niveles VIII-1 y VIII-2 de Le Flageolet I), también han demostrado que técnicas que requieren de una hipótesis previa (como la técnica del *K-means* y el número de *clusters* en el que dividir los datos) están limitadas si se usan de manera aislada, aún más en el caso de yacimientos sin estructuras “evidentes” como hogares que permitan una jerarquización *de facto* del espacio.

También en el área de Dordogne, aunque en este caso con cronologías que remontan a inicios del Paleolítico Superior, a la considerada cultura aurignaciense y en algunos casos a la denominada châtelperroniense, cabe destacar un conjunto de trabajos más recientes que se ha centrado en yacimientos al aire libre. En general, estos yacimientos (Barbas III, Vieux Coutets, Champ-Parel 3: Rios-Garaizar y Ortega Cordellat 2014) se caracterizan por una pobre conservación que ha impedido la preservación de material de origen orgánico o estructuras de combustión. Aun así, en estos yacimientos, que en su momento habían sido considerados como talleres líticos de corta duración, el análisis espacial, incluido un importante análisis tafonómico previo, en conjunción con el análisis de huellas de uso en una muestra de las piezas recuperadas ha permitido evidenciar la presencia de trabajo de materias óseas, el trabajo de la piel y de la madera, y en menor medida de carnicería y de proyectil. En algunos casos, como en Barbas III (Ortega et al. 2006) o en Vieux Coutets incluso se ha podido discriminar en áreas de actividad; en el segundo yacimiento, por ejemplo, se ha propuesto una diferenciación espacial en el nivel châtelperroniense, entre el denominado “locus 1”, con puntas líticas, y el “locus 2”, en el que el trabajo de materias orgánicas está mejor representado y la cantidad de lascas es mayor (Grigoletto et al. 2008).

1.6 Región mediterránea oriental

El número de yacimientos al aire libre en el área mediterránea es mucho menor en comparación con los de la gran llanura europea y los de la región escandinava, algo que puede explicarse por las diferencias en los procesos de sedimentación como en las condiciones de aridez y conservación en general.

Aun así, hay excepciones, como el yacimiento semi-sumergido de Ohalo II, en la orilla del mar de Galilea (Weiss et al. 2008; Nadel et al. 2011). Este yacimiento cubre una

extensión de más de 2000 m² y se hace corresponder con las “últimas” sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras atribuidas a la cultura natufiense, apareciendo ya indicios de una recolección intensiva. El estado de conservación es muy bueno, lo que ha permitido la conservación de material orgánico y la identificación de varias concentraciones de hogares al aire libre, así como de seis superficies de ramas y material vegetal interpretadas a la manera de las típicas cabañas etnográficas hechas con ramas flexibles de arbustos y cobertura vegetal. El análisis de la distribución espacial de los restos en una de estas superficies de ocupación ha permitido detectar dos áreas claramente diferenciadas, caracterizadas respectivamente por la abundancia de microrestos líticos y de residuos vegetales como semillas. Ello, a su vez, y en base a paralelismos etnográficos, ha llevado a proponer una división sexual del espacio del tipo hombre/lítica y mujer/material orgánico (Weiss et al. 2008; Nadel et al. 2011).

1.7 Balance

No es una tarea fácil tratar de formular una evaluación global de los diferentes trabajos de investigación arqueológica que represente fielmente la diversidad de perspectivas y matices, tanto por condicionamientos regionales-objetivos como por intereses y tradiciones, que conforman las diferentes aproximaciones a lo que se puede entender, en definitiva, como el modo de vida de uno o varios grupos históricos concretos articulado en la dinámica de ocupación de un yacimiento. En las siguientes líneas se tratará de ofrecer algunos planteamientos compartidos, de manera explícita o implícita, por estas diferentes aproximaciones, así como algunos déficits detectados que limitan (o trasmutan) el posible alcance de las inferencias sobre la organización social del espacio.

A principios de los años ochenta, Wunsch (1992) señaló la existencia de tres enfoques en los estudios espaciales: la “interpretación paleoetnográfica” (que en parte bebía de la tradición “arqueográfica”), la perspectiva “cuantitativa heurística” y la “aproximación etnoarqueológica”. Una primera conclusión de esta revisión es que casi tres décadas después los dos primeros enfoques no sólo persisten, sino que han consolidado su influencia en la investigación arqueológica del registro paleomesolítico. Ello contrasta con los debates y el abandono de los postulados funcionalistas de la “aproximación etnoarqueológica” en la última década del siglo pasado, y con el truncamiento por causas histórico-políticas de las líneas de investigación desarrolladas durante varias décadas por la arqueología soviética. De hecho, como se ha visto, los planteamientos de

la denominada “arqueología espacial” (centrada en el espacio como “variable”) y los conceptos teóricos de la “interpretación etnográfica” (derivados de analogías etnográficas directas aplicadas tanto a elementos arquitecturales como a rasgos sociales) son actualmente el principal medio de aproximarse y explicar de qué manera se presenta la evidencia arqueológica en el espacio.

Ello no significa que la investigación no haya evolucionado en las últimas décadas. Al contrario, a nivel de métodos y técnicas de análisis el avance es constante (sólo hace falta seguir la trayectoria de los sucesivos trabajos, Hodder y Orton 1972; Hietala 1984; Blankholm 1991; Barceló y Pallarés 1998; finalmente, Lancelotti et al. 2017 presenta una completa síntesis para el nuevo milenio).

Otro aspecto en que el avance es notable es en la discusión y conceptualización sobre los denominados “*site formation processes*” (“procesos de formación del yacimiento”). En los ochenta se introdujo el concepto de *palimpsesto* para denotar una secuencia temporal de múltiples episodios depositacionales, enfatizando de esta manera la imposibilidad de diseccionar el registro arqueológico (Bailey 1981; Binford 1981; Foley 1981). Los concheros se convirtieron en un ejemplo paradigmático de yacimiento arqueológico con un excelente grado de preservación en el que los sucesivos episodios depositacionales obliteraban de manera variable las configuraciones iniciales de los depósitos iniciales. Desde entonces, este concepto ha sido usado por diferentes autores como antítesis de la expresión anglosajona “*living floor*” (traducido normalmente como “suelo de ocupación”). En realidad, se trata de otro concepto clave que en los años sesenta diferentes autores introdujeron desde el registro etnográfico (Clark, de Lumley, Stekelis: cf Malinsky-Buller et al. 2011), y que ha sido usado con frecuencia para referirse a una superficie de ocupación discreta e inalterada, en la cual «the spatial configurations of remains reflect primarily or exclusively the behaviors of prehistoric groups over a short-duration single episode» (según la definición de Dibble et al. 1997). Actualmente, se está proponiendo una visión menos dicotómica según la cual todos los depósitos arqueológicos son palimpsestos, y lo que varía es su resolución temporal. (Bailey 2007: 209; Lucas 2012: 119).

El análisis de los procesos post-depositacionales, geoarqueológicos y tafonómicos con el objetivo de “descifrar” el palimpsesto es una de las áreas donde el enfoque estrictamente cuantitativo heurístico está siendo muy productivo, especialmente en

yacimientos del Paleolítico Inferior o Medio (p. ej. D. Henry 2012; Bargalló et al. 2016; Sánchez-Romero et al. 2017; Gabucio et al. 2018; Malinsky-Buller et al. 2011), pero también en cronologías más recientes (véase Marín, 2003; Bertran et al. 2017; Shahack-Gross 2017; Achino y Barceló 2018).

El peso del “modelo teórico” de Pincevent (Leroi-Gourhan y Brézillon 1972) es especialmente importante en los yacimientos del Paleolítico Superior Final y del Mesolítico europeo. Su influencia es explícita en muchos casos, comenzando por todos los trabajos llevados a cabo en la cuenca parisina, pero también sostiene gran parte los trabajos expuestos. El uso de conceptos como estructuras “latentes” o “evidentes” (especialmente las estructuras de combustión, aunque en muchos casos no son tan evidentes y se trata de asociaciones de residuos cuya posición primaria hay que demostrar) responde a la idea de que se puede subdividir la superficie habitada en diferentes espacios que responden a una funcionalidad presupuesta. Cabe matizar que Leroi-Gourhan (Leroi-Gourhan y Brézillon 1972) señala que se trata de evidenciar la “jerarquización” del espacio, entendiendo que el estudio de las estructuras de hábitat puede conducir a una definición funcional de las diferentes partes del hábitat. Sin embargo, las estructuras son consideradas como unidades aisladas, autoexplicativas, lo que sumado a la atención específica sobre las “estructuras evidentes” (hogares, agujeros de palo, cubetas...) constituye un ejemplo de tendencia a la “jerarquización” del espacio previa al proceso analítico.

Asimismo, la adscripción funcional de las estructuras, y por extensión del espacio, no es el resultado de un proceso de análisis concreto, sino que simplemente procede de una extrapolación etnográfica, utilizando como modelo el tipo de cabañas conocidas. La preocupación por la reconstrucción de la “superestructura” debe entenderse en este sentido: en el que la forma conduce al tipo, y el tipo a la función. En este aspecto confluyen prácticamente todos los enfoques, incluido los etnoarqueológicos funcionalistas y no ha ido mucho más allá de lo que lo hizo la arqueología soviética

Como se ha podido ver, el resultado es que, o bien los análisis espaciales evitan inferencias teóricas y sobre las relaciones sociales (o al menos pretenden hacerlo), o acaban proponiendo interpretaciones mediante el recurso a analogías etnográficas (en muchos casos de “brocha gorda”), de manera explícita-razonada (p. ej. Grøn 1989 y el resto de sus trabajos), explícita-pasiva (con frases del tipo “es fácil caer en la tentación

de”) o, las más de las veces, implícita. Parecería a partir de esto que cualquier inferencia posible sobre la división sexual del trabajo o la organización del espacio social depende de analogías etnográficas. Sin embargo, existen otras vías que se están comenzando a explorar. El caso más claro son los análisis de huellas de uso, que informan directamente sobre la función de un instrumento, y por lo tanto son una vía de acceso a la determinación de la función de las áreas de actividad o de trabajo (siempre y cuando se haya concluido que están *in situ*). Aunque esta propuesta no es nueva (p. ej. Cahen et al. 1979; Vila-Mitjà y Argelés 1986), sorprendentemente ha sido obviada por gran parte de los análisis espaciales, que han seguido recurriendo a las categorías morfológicas tradicionales para inducir el uso, o se han basado en la reconstrucción de la cadena operativa. En cualquier caso, ejemplos recientes (Rios-Garaizar y Ortega Cordellat 2014; Osipowicz 2017) muestran el potencial de un acercamiento funcional de este tipo, así como sus límites cuando se usa de manera aislada.

2 La división sexual del trabajo: una revisión del debate en antropología y arqueología

Una de las ideas más absurdas que nos ha transmitido la época de la ilustración del siglo XVIII es la opinión de que en el origen de la sociedad la mujer fue la esclava del hombre (...) Puedo añadir que los relatos de los viajeros y de los misioneros a cerca del excesivo trabajo con que se abruma a las mujeres entre los salvajes y los bárbaros, no están en ninguna manera en contradicción con lo que acabo de decir. La división del trabajo entre los dos sexos depende de otras causas que nada tienen que ver con la posición de la mujer en la sociedad. Pueblos en los cuales las mujeres se ven obligadas mucho más de lo que, según nuestras ideas, les corresponde, tienen a menudo mucha más consideración real hacia ellas que nuestros europeos.

F. Engels, *El origen de la propiedad privada, la familia y el Estado* (1884: 111-113)

The women of hunter-gatherer societies *do* have higher status than women in most of the world's societies, including industrial and post-industrial modernity. This status is expressed in greater freedom of movement and involvement in decision-making and a lower incidence of domestic violence against them when compared to women in farming, herding, and agrarian societies (Leacock 1978, 1982, Lee 1982). Nevertheless variation exists: wife-beating and rape are recorded for societies as disparate as those of Alaska (Eskimo) and northern Australian Aborigines (Friedl 1975, Abler 1992) and are not unknown elsewhere; nowhere can it be said that women and men live in a state of perfect equality.

R. B. Lee and R. Daly,
The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers (1999: 5)

Las dos citas que abren este capítulo permiten introducir los elementos claves de la discusión en torno a la posición de la mujer en sociedades no-capitalistas. De hecho, aunque separados por más de un siglo, ambos textos presentan un tono sorprendentemente parecido. En ambos, la “posición” o “estatus” de la mujer en estas sociedades (salvajes, simples, igualitarias o *foragers*, según el vocabulario al uso en la literatura científica del momento) se relativiza mediante su contraposición con la existente en otras formaciones económicas y, en particular, en la sociedad capitalista occidental.

Mientras que el discurso de Engels gira en torno al trabajo y su división (espontánea, natural) en el seno de la unidad familiar, Lee y Daily (1999) mencionan como

elementos distintivos la libertad de movimiento, la participación en la toma de decisiones o una baja incidencia de la violencia doméstica. También el registro etnográfico en el que implícitamente se apoyan ha cambiado durante el siglo que los separa: las “tribus” iroquesas del Estado de Nueva York estudiadas por Morgan (1874) han sido substituidas por los grupos cazadores-recolectores ju’ hoansei (referidos en la literatura etnográfica con diversos nombres, el más difundido es !kung: Lee and DeVore 1979) o bambuti (Turnbull XX); y más recientemente por los grupos *forager* batek o agta . Todas estas sociedades tienen en común que ninguna de ellas puede considerarse “paradigmática” de una forma de vida cazadora-pescadora-recolectora (véase Binford 2001: tabla 5.01). Por supuesto, eso no convierte a ninguna de ellas en menos válidas para su estudio, aunque ignorar u obviar la dinámica histórica de estas sociedades puede fácilmente conducir a su “fossilización” y su transferencia acrítica para tratar de entender el pasado. Especialmente cuando se habla de división sexual del trabajo, un terreno pantanoso en la que no con poca frecuencia se confunde descripciones por explicaciones, consecuencias por causas.

Hace exactamente medio siglo que Lee y DeVore publicaron *Man the Hunter* (1968), volumen de la célebre conferencia que había tenido lugar bajo el mismo título dos años antes. A un lado y otro del telón de acero, 1968 es un año de la historia reciente cargado de simbolismo, que representa el emerger de los llamados nuevos movimientos sociales de los años 1960: las luchas por los derechos civiles, los derechos de los afroamericanos, los movimientos pacifistas, los movimientos estudiantiles, la nueva izquierda y los movimientos de descolonización (Nash 2004: 163). Junto a ellos, aunque las más de las veces de forma paralela, emergió el Movimiento de liberación de las mujeres, la denominada segunda ola del movimiento feminista en Occidente. En Estados Unidos, en 1968 surgió por primera vez la famosa consigna *Sisterhood is Powerful*, «La hermandad de las mujeres es poderosa», que comenzó a corearse junto al no menos célebre *Black is beautiful*, «Lo negro es hermoso» (*ibid*: 165).

En este contexto, no es de extrañar que *Man the Hunter* abogara por el replanteamiento, bajo una mirada crítica con el pasado colonial —que por aquél entonces todavía era demasiado presente—, de los estudios de aquellas sociedades primitivas o simples que habían sido puestas como ejemplo de lo peor de la especie humana. En este sentido, 1968 es el punto de inicio de hasta tres décadas fundamentales en el desarrollo de los estudios etnográficos, arqueológicos y etnoarqueológicos de lo que comenzarán a

denominarse sociedades cazadoras-recolectoras. Sin embargo, 1968 también es significativo en otro sentido. Aunque ni la conferencia ni el volumen se destacaran de otros trabajos antropológicos anteriores en lo que hace referencia a la invisibilidad de la mujer, y a pesar de que los editores trataran de justificar el título matizando «that ‘man’ refers to all humans and ‘hunter’ is shorthand for hunting and gathering» (Richard B. Lee y DeVore 1968; cf Sterling 2014: 4), el sesgo androcéntrico era evidente¹. Seguramente en otro contexto no habría tenido mayores implicaciones, pero *Man the Hunter* sucedió, como se ha señalado, en un momento en que el feminismo político era muy visible y la representación de las mujeres en antropología estaba aumentando.

La reacción al modelo androcéntrico del hombre cazador fue aflorando a lo largo de la década de 1970 (Hiatt 1974; Slocum 1975; Tanner and Zihlman 1976; Dahlberg 1981). Esta primera fase ha sido calificada de “correctiva” (cf Sterling 2014: 7), centrándose en denunciar el sesgo androcéntrico y en visibilizar a las mujeres. El final de la década de 1970 marca el inicio de la antropología feminista, y un número de publicaciones cada vez mayor comenzó a desarrollar la investigación sobre las mujeres y primates hembra, buscando los orígenes de la discriminación de la mujer (Rosaldo y Lamphere 1974; Reiter 1975; Voorhies y Martin 1975; Lamphere 1977; Reiter 1977; Tabet 1979; Falcón 1981; Amorós 1985; Mathieu 1985). Como se verá en el siguiente apartado, durante el último tercio del siglo XX se produjo un aumento considerable de los estudios antropológicos y etnográficos sobre la división sexual del trabajo.

En arqueología, la crítica al sesgo androcéntrico y la necesidad de visibilizar a la mujer en el registro arqueológico se planteó de manera pionera a finales de la década de 1970, particularmente desde la arqueología feminista noruega (p. ej. Bertelsen et al. 1987; véase la especificidad del caso noruego en Engelstad 2007). También tuvo un papel pionero en aquellos años la aportación desde el movimiento feminista de Barcelona (Vila-Mitjà et al. 1991). El impacto de los postulados feministas en el mundo angloamericano se retrasó una década, siendo fundamentales para ello las publicaciones desde la arqueología de género en el mundo angloamericano (Conkey y Spector 1984; Gero y Conkey 1991; Balme y Beck 1995). Estas aproximaciones cuestionaron la concepción moderna de la ciencia y su pretendida objetividad señalando que la

¹ La única mujer que participó en la conferencia, Lorna Marshall, fue a la vez «the only person to address any social factors in gathering» (Sterling 2014: 4).

invisibilidad arqueológica de las mujeres es, en buena medida, una consecuencia de los discursos androcéntricos y etnocéntricos de las epistemologías previas.

En parte por la influencia de estos trabajos previos, en parte por las iniciales afinidades entre las teorías feministas y el postmodernismo², buena parte de los trabajos feministas que han aparecido desde entonces se han enmarcado dentro de la corriente de pensamiento postprocesual, enfatizando los significados constituidos contextualmente y la defensa de una arqueología interpretativa (cf Pallarés 2000). Cabe señalar que esta relación no ha sido recíproca, habiendo sido más bien escasa la atención que ha recibido el género, como principio estructurador de la sociedad, en la mayoría de los trabajos postprocesuales hechos por hombres (Engelstad 2007). Es más, tal y como se ha señalado, el uso del género en estas aproximaciones sin una perspectiva crítica condujo a que:

instead of refreshing new interpretations, new ways of thinking about social relations, we end up with masculist stories. These stories underpin and perpetuate images of active, dominant men with high-status male ancestral lines, created from the archaeological material in ways which lead the reader to believe in a natural, subordinate condition for women (Baker 2000: 66).

Haciendo un balance de medio siglo, desde la publicación de *Man the hunter* ha habido un incremento en la atención académica al género en estudios cazadores-recolectores, particularmente en trabajos etnográficos. Como señala Sterling (2014), el estudio del “género” solo se volvió prioritario en antropología cuando investigadores mujeres entraron en el campo en un número mayor y empezaron a estudiar a las mujeres. Sin embargo, en lo que respecta a la arqueología de cazadores-recolectores, y aunque es más difícil ignorar estas cuestiones en la actualidad que en 1968, no ha habido un gran cambio de paradigma. El “género” se trata en secciones separadas de las publicaciones, o incluso en libros separados. Como hace ya prácticamente una década que resaltó Engelstad (2007: 219):

gender archaeology appears to have become a sub-discipline comparable to other sub-disciplines such as ecological-, evolutionary-, symbolic-, behavioral-, processual-, post-processual- archaeologies. Despite the significant gains in engendering research and practice, gender archaeology is at risk of becoming a narrow specialty with little left of its initial critical feminist and theoretical edge (...), gender archaeology is at risk of losing its ability to disrupt traditional archaeological interpretations and make new theoretical and substantive contributions to archaeology — in general.

² Desde un punto de vista epistemológico, en sociología y filosofía se ha discutido ampliamente hasta qué punto el feminismo y el postmodernismo pueden ser considerados aliados conceptuales y políticos (véase p. ej. Benhabib 1995).

En definitiva, como se podido ver en el capítulo anterior, en pleno siglo XXI se continúan reproduciendo en arqueología ciertos apriorismos, sesgos y maneras de trazar analogías a lo cual se suma la hegemonía de categorías supuestamente menos restringidas, menos políticas, más neutras. En algunos aspectos el desarrollo de la investigación arqueológica (y en ciencias sociales en general) del último medio siglo recuerda la máxima del gatopardismo: “Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie”.

2.1 La división sexual del trabajo desde una perspectiva antropológica

2.1.1 Teorías fisiológicas o biodeterministas

La cuestión de la división sexual del trabajo ocupó un lugar central en los esfuerzos de los antropólogos y teóricos sociales del siglo XIX, desde Spencer y Morgan hasta Marx y Engels, con el objetivo de entender los orígenes de la familia y de la sociedad. Marx escribió en el tomo I de *El Capital* que

Dentro de una familia, y luego de desarrollo posterior dentro de una tribu, surge una división natural del trabajo a partir de las diferencias de sexo y edad, o sea sobre una base estrictamente fisiológica (Marx 1975: 428).

La literatura antropológica del siglo XX vio un interés todavía mayor en este tema. Para Durkheim entre los más primitivos (tanto en el tiempo pasado como en el presente) los hombres y las mujeres son bastante similares en fuerza e inteligencia, y bajo estas circunstancias eran económicamente independientes y sus “relaciones sexuales pre eminentemente efímeras” (1893: 61). Con el “progreso de la moralidad”, las mujeres se hicieron más débiles y sus cerebros más pequeños. Su dependencia de los hombres aumentó, y la división del trabajo según el sexo cementó la unión conyugal. Así pues, para Durkheim ésta última, necesariamente acompañada de la división sexual del trabajo, fue un “prototipo” de la integración y solidaridad que se observaría en posteriores sistemas sociales más amplios.

Desde otras posturas, y más adelante, Murdock (1949: 7) también defendió que todas las sociedades humanas han desarrollado especialización y cooperación entre sexos en base a esta división determinada biológicamente:

By virtue of their primary sex differences, a man and a woman make an exceptionally efficient cooperating unit. Man, with his superior physical strength, can better undertake

the more strenuous tasks (...) not handicapped, as is woman, by the physiological burdens of pregnancy and nursing, he can range farther afield to hunt, to fish, to herd, and to trade. Woman is at no disadvantage, however, in the lighter tasks which can be performed in or near home.

Otros autores han ofrecido teorías “psicológicas” concernientes a la división sexual del trabajo. Malinowski sugiere que las mujeres, debido a su docilidad, han sido forzadas a realizar las actividades más tediosas y monótonas: «Division of labor is rooted in the brutalization of the weaker sex by the stronger» (1913: 287).

Por su parte, Boas y sus discípulos, especialmente Mead, estudiaron la variabilidad de los roles de sexo desde un punto de vista comparativo cultural. Aunque también basaron parte de sus argumentos en factores psicobiológicos (p. ej. «Women have a capacity for continuous monotonous work that men do not share, while men have a capacity for the mobilization of sudden spurts of energy, followed by a need for rest and reassemblage of resources»: Mead 1949: 164) los interpretaron de manera diferente. Argumentaron que la especie humana era enormemente maleable y que las diferencias anatómicas y fisiológicas entre sexos no eran suficientemente importantes como para impedir una casi infinita flexibilidad en la expresión de los rasgos culturales y en el comportamiento culturalmente asignado a los sexos.

Basándose en la observación de Durkheim de que la «sexual division of labor is the source of conjugal solidarity» (1893: 56), Lévi-Strauss (1956: 277) también sugirió que la división del trabajo hace el matrimonio económicamente indispensable porque garantiza la interdependencia de los cónyuges. Lévi-Strauss, considerando que la unidad familiar (nuclear) funciona hasta cierto punto como una unidad de producción y consumo y que ciertas tareas son incompatibles, propone que la división sexual del trabajo es un mecanismo para hacer a los sexos mutuamente interdependientes y mejorar la eficiencia y la productividad. De esta manera, para Lévi-Strauss, esta interdependencia no proviene tanto de diferencias sexuales como de prohibiciones impuestas culturalmente que impiden a un sexo hacer las tareas asignadas al otro.

2.1.1.1 El modelo Cazador-Recolector, o ¿por qué las mujeres no cazan?

A finales de la década de 1970, tuvo lugar el inicio de la antropología feminista y el desarrollo de la investigación en mujeres y primates hembras (Reiter 1975; Falcón 1981; Amorós 1991; Mathieu 1985; Leibowitz 1986). Como es de esperar, todo ello

tuvo una repercusión importante en el debate sobre la división sexual del trabajo. Sin embargo, como se verá a continuación, gran parte de los argumentos siguieron girando en torno a postulados biodeterministas.

Para Watanabe (1968) la diferente forma de adquirir los recursos vegetales y los animales y su explotación sincrónica llevó a la separación entre ambos sexos. Esta separación, así como «the selection for hunting ability on the basis of physical and psychological differences resulted in the allocation of hunting to males and collecting to females» (*ibid*: 77). Con una idea similar, Flannery (1968) sugería que la necesidad de especialización es necesaria a la hora de explotar recursos altamente diversos: «there are times of the year when a number of resources are available simultaneously, producing a situation in which there is conflict for the time and labor of the group. Division of labor along the lines of sex, with men hunting and women collecting, is one common solution to these conflicts» (*ibid*: 75).

Poco más tarde, Brown, en una contribución breve pero fundamental, trata de explicar las dos conclusiones centrales a las que han llegado los estudios sobre la división sexual del trabajo: 1) que la división del trabajo según el sexo es universal; 2) en comparación con los hombres, existe un “narrow range of subsistence activities in which women make a substantial contribution” (Brown 1970: 1076). Estas actividades serían la recolección, la agricultura con azada y el comercio. Brown, aunque no ignora que existen diferencias innatas entre hombres y mujeres, afirma que estas diferencias fisiológicas y psicológicas, no son determinantes respecto a la asignación sexual de las tareas. Sí que lo es, en cambio, el hecho de ser, en tanto que reproductoras, las responsables primeras del cuidado infantil. Para Brown, es posible predecir que en todas las sociedades etnográficas la división sexual del trabajo dependerá de una serie de limitaciones logísticas relacionadas esta actividad: «Repetitive, interruptible, nondangerous tasks that do not require extensive excursions are more appropriate for women when the exigencies of child care are taken into account» (Brown 1970: 1077). Como ha señalado Peacock (1991: 344), el valor clave de la contribución de Brown es que presenta por primera vez una explicación de la división del trabajo según el sexo que constituye una hipótesis explícita contrastable en el registro etnográfico.

Muchos de los trabajos antropológicos sobre la división sexual del trabajo producidos a partir de esta fecha fueron inspirados por Brown, especialmente en el campo de la investigación transcultural sistemática (véase más abajo §1.4).

Friedl (1975) sugirió que en sociedades móviles las mujeres no cazan por un conjunto interconectado de condiciones. En primer lugar, la incompatibilidad de la caza y la recolección en base a que ambas estrategias requieren orientaciones visuales diferentes (rastrear el suelo y el horizonte en busca de trazas de animales grandes frente a reconocer las pistas de la existencia de raíces, plantas y animales pequeños), así como la más determinante limitación de cargar el producto recolectado:

what no one, regardless of sex, can do while on a hunt is to gather and carry plant foods in sufficient quantities for feeding those left back in camp (...) The effect of the limitations on simultaneous carrying and hunting is that if a surplus of food is to be brought back to camp, any particular foraging expedition must concentrate either on hunting or on gathering (*ibid*: 16).

Evidentemente, la incompatibilidad entre ambas actividades no explica su asignación sexual, siendo posible la alternancia. Sin embargo, «Women bear children in two senses: as carriers of the fetus during pregnancy, and as carriers of the infants and children for at least the first year or two of the young one's life» (*ibid*). Así, Friedl argumenta que la función natural de las mujeres como alumbradoras y transportadoras de niños («child-bearers» y «child-carriers», *ibid*: 18) las hace incompatibles con la caza. Aunque ello no afectaría a todas las mujeres, las mujeres más jóvenes carecerían de fuerza a la vez que las mujeres sin dependientes a su cargo serían pocas, debido a que el limitado tamaño demográfico de los grupos cazadoras-recolectores comportaría que «virtually all the women would need to be pregnant or nursing throughout their child-bearing years» (*ibid*). Finalmente, Friedl vincula la variabilidad observada en la contribución proporcional de cada sexo a la subsistencia del grupo a las diferencias entre medios geográficos.

Desde el campo de la antropología médica, Dobkin de Rios propuso que los olores asociados a la menstruación y, en general, el olor corporal de las mujeres adultas «may have operated in early hunting societies to alert animal species to the presence of hunting groups» (1976: 261). Según ella, minaría el éxito cinegético de las mujeres. Aunque los hombres adultos también generan olores corporales que pueden ser un obstáculo para la caza, según esta investigadora «Both semen and perspiration can be

controlled to some degree in low-energy societies in a way that blood, breast milk, vaginal odor of pregnancy, and vaginal malodorants cannot» (*ibid*).

Poco después, Hayden (1981: 403) incluiría este argumento en el listado de tres hipótesis básicas que explicarían la prevalencia de la división del trabajo según el sexo. La primera hipótesis de Hayden es, citando a Flannery (1968), la especialización necesaria para explotar simultáneamente recursos diferentes. La segunda hipótesis básica, que Hayden considera que complementa la anterior, son en realidad una serie de argumentos fisiológicos y psicológicos que abarcan casi todos los expuestos anteriormente: mayor predisposición innata de los hombres para la caza, y de las mujeres para la recolección, puesto que las últimas serían más sedentarias y menos agresivas al dedicar más tiempo y energía al cuidado de las crías; el olor corporal femenino podría ser en ocasiones un obstáculo importante en condiciones de caza primitivas; finalmente, la lactancia, cuidado y transporte de los niños perjudicaría la elección de la caza frente a la recolección, una actividad que implica menos movilidad y también menos riesgo para las mujeres fértiles y sus dependientes. En tercer lugar, Hayden propone que la división sexual del trabajo funciona fundamentalmente como un mecanismo regulador del crecimiento demográfico. En efecto, las cargas de trabajo elevadas impedirían a las mujeres gestionar (de media) más de un individuo dependiente a la vez, al margen de la disponibilidad de recursos. Para Hayden esto explica «the apparent life of ease that males sometimes enjoy in comparison to females» (1981: 403-4) descrita en múltiples ejemplos etnográficos.

Así pues, para Hayden, la división sexual del trabajo refleja «different requirements of hunting and foraging strategies and the different aptitudes of males and females. The rigidity with which the division of labor- and age-specific work structures are enforced among females may serve to limit population size in various habitats» (Hayden 1981: 419).

Poco después estos dos autores publicarían un trabajo combinando sus tesis (Dobkin de Rios y Hayden 1985). Así, por un lado, defienden que «high frequencies of resource stress were strongly associated with the low status of women» (*ibid*: 225) ya que, en estas condiciones de elevado estrés económico, cualquier factor que hubiera disminuido la eficiencia de la caza «would have been under strong selection pressure to be eliminated» (*ibid*). Así, concluyen que «there is evidence for a physiological basis in

human odorous differentiation which may have been *one* important factor responsible for the origin of the sexual division of labor.» (énfasis en el original, *ibid*: 226). De esta manera, la menor capacitación de las mujeres para la caza habría llevado a que ésta fuera asumida por los hombres, siendo esta dedicación a la caza lo que otorgaría a los hombres mayor estatus en detrimento de la mujer en los grupos cazadores-recolectores.

Graham (1985), basándose en estudios actualísticos que indicaban una relación entre el ejercicio intensivo y la supresión de la ovulación en atletas femeninas, propuso que la actividad de correr implícita a la caza perjudicaría la fertilidad de las mujeres. Este argumento, de hecho, permite evidenciar la flaqueza de la propuesta anterior: si las mujeres que cazan no ovulan porque no menstrúan, la hipótesis de los olores quedaría descartada.

De forma más genérica, se ha propuesto que la caza afecta de manera adversa el “éxito reproductivo” o “Reproductive Fitness” de las mujeres (M. Hurtado et al. 1985). Tomando el caso de los Achés (región oriental del Paraguay), Hurtado et al. llegan a la conclusión de que la “solución óptima” elegida por el “comportamiento femenino” es una estrategia de recolección que implica relativamente poco coste energético a la vez que permite estar cerca de los niños dependientes, lo cual por un lado aumentaría la supervivencia de éstos y, por otro, aumentaría las reservas de grasa de las mujeres, reduciendo los intervalos entre nacimientos. Asimismo, al ocuparse del transporte de todo el equipo del campamento residencial (una media de 15 kg) y de los hijos (5-24 kg) de la unidad social, además de las presas capturadas por los hombres, «probably increase men’s foraging efficiency, since hunters can reduce search costs by ranging further» (M. Hurtado et al. 1985). Finalmente, consideran que las mujeres optan por técnicas de adquisición que requieran una menor velocidad y desplazamiento corporal: «Women seem specifically to avoid taking resources that increase altricial health risks to their young» (*ibid*).

En base especialmente a estos datos, Jochim (1988) plantea en el marco de la *Optimal Foraging Theory* o “Teoría de forrajeo óptimo”, que cada sexo persigue un objetivo adaptativo diferente y que, por tanto, en determinadas situaciones, son necesarios dos modelos separados de forrajeo, uno por cada sexo (aunque matiza que no serían del todo independientes, 1988: 133). Desde esta perspectiva, y en base a los mismos argumentos presentados más arriba, las mujeres optarían por los recursos más inmóviles,

abundantes, concentrados y predecibles. Dependiendo del entorno, cuando la mayoría de los recursos disponibles no cumplen estas condiciones, las mujeres adoptarían distintas soluciones: subdividir las tareas, aumentando su participación en el procesamiento de alimentos adquiridos por los hombres (p. ej. en latitudes septentrionales); subdividir las técnicas de adquisición (p. ej. trampear / mujeres, caza móvil / hombres); u obtener recursos menos óptimos pero que optimizan la subsistencia de las mujeres.

2.1.2 Teorías de base ideológica

Como ya se ha señalado, a partir de la década de 1970 comienzan a aparecer críticas al modelo del Hombre Cazador, lo que condujo a una importante revisión de información antigua a la luz de las nuevas teorías formuladas desde perspectivas feministas.

Rosaldo y Atkinson (1975) propusieron desde una postura universalista y estructuralista la existencia de una asimetría recurrente en el carácter de la influencia ritual (o “espiritual”) que hombres y mujeres pueden ejercer recíprocamente en los dominios productivos y reproductivos. Estas investigadoras postulan que las categorías de “varón” y de “mujer”, de “macho” y “hembra”, se definen de manera diferente en cada sociedad, por lo que tienen que dejar de considerarse categorías *a priori*, universales:

Pensamos que los hombres y las mujeres están definidos en todas partes en relación unos con otros, y que una oposición entre dadores de vida y tomadores de vida es a menudo la forma en que esta relación se expresa. Sin embargo, es necesario examinar la relación de esta oposición en cada caso concreto, preguntarse cómo los mitos, metáforas y símbolos que la expresan están relacionados con el contexto social y cultural, y mostrar cómo funcionan para orientar, interpretar, transformar o legitimar las preocupaciones cotidianas de los actores (M. Z. Rosaldo y Atkinson 1975: 44; traducción de Narotzky 1995: 32).

Estas autoras plantean una teoría general de la oposición entre lo «dador de vida» (*life-giving*) y lo «tomador de vida» (*life-taking*). La capacidad reproductora de las mujeres es, en todos los lugares, un elemento fundacional de lo “femenino” (*femaleness*), asignando a la mujer un papel como “dadoras de vida” simbólicamente opuesto a, y menos valorado que lo “tomador de vida” asociado a las actividades masculinas de caza y guerra. La influencia de la mujer específicamente en estas actividades aparece señalada universalmente como dañina. De esta manera, las categorías de feminidad y la metafísica del tabú se conforman mutuamente y parecen tener como objetivo precisamente impedir a las mujeres ejercer estas actividades (cf Brightman 1996: 719).

Un poco más tarde, Collier y Rosaldo (1981) revisarían esta teoría. En este trabajo estudian la información etnográfica de Australia, América, Asia y África, llegando a la conclusión de que se pueden distinguir unas sociedades de tipo “*brideservice*” y otras de tipo “*bridewealth*”. Esta distinción correspondería *grosso modo* a la distinción más convencional, basada en tipologías tecnológicas, de sociedades cazadoras-recolectoras y cazadoras-horticultoras respectivamente (*ibid*: 279). Collier y Rosaldo proponen que en sociedades de tipo *bridewealth* existe, efectivamente, una preocupación por las capacidades reproductivas de la mujer: las mujeres son valoradas como madres a la vez que temidas por su sangre contaminante. Sin embargo, en sociedades *brideservice*, que podríamos asociar a cazadoras-recolectoras:

there is little to fear -or respect- about mothers; birth rituals are virtually lacking; women celebrate sexual prowess; and adults of both sexes acknowledge that men, through their knowledge and skill as providers, are the people who nurture and order a problematically heterosexual world (Collier y Rosaldo 1981: 279).

Así, añaden que ni los hombres ni las mujeres de estas sociedades celebran «women as nurturers, or women’s unique capacity to give life. Rather, Man the Hunter, which we thought to be *our* myth, turned out to characterize *their* conception of maleness.” (*ibid*: 275).

Al otro lado del océano, Tabet (1979) critica que la división sexual del trabajo es con frecuencia definida como una relación de complementariedad, de reciprocidad o de cooperación, en el sentido específico y positivo de una división equilibrada, no orientada, de tareas igual de importantes. Además, añade que generalmente se insiste en «le caractère naturel et biologique, donc sur la nécessité objective de cette division, et l'on accepte comme un fait établi qu'elle soit en tout cas fondée sur les « limites » que la nature imposerait aux femmes» (*ibid*: 7). Frente a esto, Tabet revisa la información etnográfica sobre sociedades cazadoras-recolectoras bajo la hipótesis de que existe una diferencia cualitativa y cuantitativa de las herramientas puestas a disposición de cada sexo, y de que esta diferenciación está relacionada con la propia división del trabajo y la dominación de un sexo sobre el otro:

On doit en effet se demander ce que signifie le fait que l'un des deux sexes détient la possibilité de dépasser ses capacités physiques grâce à des outils qui élargissent son emprise sur le réel et sur la société, et que l'autre, au contraire, se trouve limité à son propre corps, aux opérations à main nue ou aux outils les plus élémentaires dans chaque société. Ne serait-ce pas là une condition nécessaire pour que les femmes puissent être utilisées elles-mêmes matériellement comme outils dans le travail, dans la reproduction, dans l'exploitation sexuelle ? (Tabet 1979: 13).

La conclusión a la que llega Tabet (Tabet 1979: 50-51) es que la exclusividad del trabajo de materias primas “duras” por los hombres pone en evidencia la piedra angular sobre la que se fundó la dominación masculina: se trata del control de las técnicas y de las materias primas sin las cuales no es posible para las mujeres fabricar armas ni tampoco fabricar la casi totalidad de los instrumentos de producción (y en las pocas excepciones con una tecnología arcaica). Así, el control por los hombres de la producción y del empleo de las herramientas y las armas se confirma como la condición necesaria del poder masculino sobre las mujeres, basada a la vez en la violencia (monopolio masculino de las armas) y en el infra-equipamiento de las mujeres (monopolio masculino de las herramientas).

Por su parte, Testart (1986) incide en la crítica a la división sexual del trabajo en tanto que un rasgo natural, añadiendo que aunque el debate de las décadas anteriores ha llegado al consenso de que es una división *social* del trabajo, las diversas teorías siguen teniendo una base natural. Sin embargo, en su opinión «La division sexuelle du travail chez les chasseurs-cueilleurs est un fait massif et universal qui semble échapper à toute détermination formulée en termes écologiques, techniques ou économiques» (*ibid*: 22). Y añade, a modo de pregunta: «Quoi de plus irrationnel, en terms d’efficacité économique, que ces femmes qui font la chasse sans armes adéquates ?» (*ibid*: 23). Desarrollando este pensamiento, Testart propone la teoría alternativa de que la división sexual del trabajo en sociedades cazadoras-recolectoras está motivada por un elaborado tabú menstrual o, como lo define Testart (Testart 1986: 69), una *ideología de la sangre*.

Siguiendo a Tabet, Testart identifica la división sexual del trabajo como el producto de tabús que prohíben a las mujeres el uso de las armas de caza. No obstante, a diferencia de Tabet, este autor no percibe la existencia de un infra-equipamiento de las mujeres ni tampoco que esta condición conduzca a la dominación sexual (Testart 1986: 89). Por el contrario, y apoyándose en White et al. (1977), propone que la separación entre la «sangre animal» y la «sangre de la mujer» se consigue mediante un mecanismo de inclusión-exclusión que tiende a separar ambos sexos. En efecto, la prohibición del uso de las armas conlleva la exclusión a las mujeres de los procesos de trabajo que requieren herramientas que trabajen de una manera análoga a las armas de caza (p. ej. cortar, perforar) o de determinados lugares (p. ej. de los *kill-site*). En sus propias palabras, existe una «idéologie de l’inclusion-exclusion qui exclut les femmes non seulement des gestes de la mise à mort sanglante dans la chasse mais aussi de tous les gestes qui sont

analogues.» (1986: 69). En este sentido, se hace necesario señalar que Testart identifica que la división sexual del trabajo separa de tal manera ambos sexos que hombres y mujeres «semblent se mouvoir dans deux univers différents : les outils, les gestes, les matières premières, les habitudes de travail, sont répartis entre les uns et les autres» (*ibid*: 75). Volveremos más adelante sobre la cuestión de esta separación sexual.

Para acabar, Testart propone la universalidad de esta *ideología de la sangre*, fundamento de la división sexual del trabajo, aunque señala que dicha ideología (y por tanto su consecuencia productiva) se manifiesta con más fuerza en los lugares en que el peligro es mayor, es decir, en aquellas sociedades cuya supervivencia depende de la explotación animal (1986: 79). Knight (1991) ha defendido unos argumentos similares.

2.1.3 Teorías materialistas

La obra *Primitive Societies* del antropólogo Lewis H. Morgan (1877) suscitó el entusiasmo de Marx y Engels. A su parecer, representaban la primera tentativa de ordenar de manera científica el saber etnológico de la época, desde una perspectiva evolucionista que se apoyaba en un conocimiento enciclopédico de los materiales entonces disponibles. Habiendo muerto Marx, fue a Engels que le correspondió la tarea de popularizar las principales tesis en 1884, en una obra que iba a convertirse en un referente para generaciones de marxistas que se interesaran por este tema: *El Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.

Según Engels, la armonía inicial entre los sexos habría terminado con el inicio de las sociedades de clase, entre los pueblos metalurgistas que habrían generado tanto las desigualdades materiales como la propiedad privada, condenando así el destino de las mujeres:

El derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo. El hombre empuñó también las riendas en la casa; la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción (...) Para asegurar la fidelidad de la mujer y, por consiguiente, la paternidad de los hijos, aquélla es entregada sin reservas al poder del hombre (Engels 2008: 125).

Ya se ha señalado (§1.1) respecto a la división sexual del trabajo en sociedades “comunistas primitivas” que Engels la concibe como complementaria, en base a las características fisiológicas de cada sexo: «La división del trabajo es en absoluto espontánea: sólo existe entre los dos sexos» (Engels 2008: 292).

Durante las décadas que siguieron a la redacción de *El origen de la familia*, el marxismo continuó siendo una doctrina viva, que sus partidarios no temieron revisar en función de los descubrimientos nuevos. El propio Engels mismo remarcó en 1892 que lo que había escrito en 1884 tenía que ser revisado en función de los “importantes progresos” en el conocimiento del pasado:

Los catorce años transcurridos desde que apareció su obra capital [de Morgan], han aumentado mucho el acervo de nuestros datos históricos acerca de las sociedades humanas primitivas. En adición a los antropólogos, viajeros e investigadores profesionales de la prehistoria, han salido al palenque los representantes de la jurisprudencia comparada, que han aportado nuevos datos y nuevos puntos de vista. Algunas hipótesis de Morgan han llegado a bambolearse y hasta a caducar. Pero los nuevos datos no han sustituido en parte alguna por otras sus muy importantes ideas principales. El orden introducido por él en la historia primitiva subsiste aún en lo fundamental (Engels 2008: 64-65).

En la primera década del siglo XX, Luxemburg (1925: 48-85)³ ampliaba el análisis sobre “las formas económicas más antiguas y más primitivas” en base a los nuevos datos etnográficos al tiempo que criticaba determinado “materialismo” mal entendido:

Que nous sachions uniquement qu'un peuple vit de la chasse, de l'élevage ou de l'agriculture, ne nous fait rien connaître de ses rapports de production et de sa civilisation. Les Hottentots actuels du Sud-Ouest Africain que les Allemands ont privé de leur source d'existence en leur prenant leurs troupeaux, et qu'ils ont munis en échange de fusils, sont par force redevenus des chasseurs. Mais les rapports de production de ce « peuple de chasseurs » n'ont pas le moindre point commun avec ceux des chasseurs indiens de Californie qui vivent encore dans leur isolement primitif, et ceux-ci à leur tour n'ont guère de ressemblance avec les compagnies de chasseurs du Canada qui livrent industriellement des peaux de bêtes aux capitalistes américains et européens (Luxemburg 1925: 63-64).

Asimismo, Luxemburg critica a Morgan por haber tomado como medida de la historia de la humanidad el desarrollo técnico, argumentando que para estudiar las formas de producción de una sociedad es necesario analizar la organización social de la producción:

Si nous savons qu'un peuple primitif connaît le tour du potier et fait de la poterie, c'est là une chose très caractéristique du degré de civilisation atteint par ce peuple. *Morgan* fait de ce progrès très important de la technique le signe significatif de toute une période de la civilisation qu'il caractérise comme le passage de l'état sauvage à la barbarie. Mais nous ne pouvons guère juger encore de la forme de la production chez ce peuple d'après ce fait. Il nous faudrait pour cela connaître toute une série de circonstances, savoir qui

³ A partir de octubre de 1907 Rosa Luxemburg enseñó economía política e historia económica en la Escuela Central inaugurada en Berlín en 1906 por el Partido Socialdemócrata. Durante el período de su prisión en Wronke, en 1916-1917, Rosa Luxemburgo elaboró sus notas de clase y dio forma a los manuscritos de la "Introducción a la economía política". Sin embargo, nunca llegó a terminar completamente su obra: en enero de 1919 fue detenida y asesinada. Gran parte de los manuscritos recuperados fueron publicados por Paul Levi en 1925.

dans cette société pratique l'art de la poterie, si tous les membres de la société ou seulement une fraction, une famille par exemple, ou les femmes, pourvoient la communauté en pots, si les produits de la poterie ne sont utilisés que par la communauté elle-même, le village par exemple, pour son propre usage ou s'ils servent à l'échange avec d'autres, si les produits de chaque personne faisant de la poterie sont utilisés par elle seule ou si tous les objets produits servent en commun à tous les membres de la collectivité (cursiva en el original; Luxemburg 1925: 78-79).

Unos años después, Kollontai (1921) propone un desarrollo histórico de la división sexual del trabajo y de la dominación masculina diferente al de Engels, considerando que la división y la distribución del trabajo por sexos constituían las causas materiales de la opresión de las mujeres, otorgándole a la propiedad privada tan sólo un papel de refuerzo. Ello la llevó a fuertes desavenencias con Engels y Lenin y a plantear directrices políticas diferentes (cf Sanahuja Yll 2002a: 21).

Así, para esta autora, en el “comunismo primitivo” no había ninguna diferencia entre la situación del hombre y la de la mujer, dedicándose ambos a la caza y recolección. Kollontai insiste en que en esa época «la femme ressemblait physiquement à l'homme et jouissait d'une force et d'une endurance pratiquement égales». Asimismo, el nacimiento de hijos solo comportaba «une brève interruption de ses occupations habituelles, c'est-à-dire la chasse et la cueillette des fruits» (1921: 4). Los rasgos más característicos de las mujeres no se habrían desarrollado hasta momentos posteriores, vinculado a su papel de “paridora” («pondeuse»: *ibid*).

Kollontai adopta la tesis de Bebel (1891) sobre la existencia de una correspondencia directa entre la participación de la mujer en la producción y su situación en la sociedad. En base a esta tesis, distingue entre unas sociedades agrícolas sedentarias que dependerían del trabajo de la mujer⁴ y otras sociedades nómadas, pastorales, donde el trabajo del hombre sería fundamental y, por consiguiente, la posición de la mujer se vería muy devaluada:

Les peuples bergers n'ont aucun respect de la femme. C'est l'homme qui règne, et cette domination, le patriarcat, existe encore de nos jours. Il suffit d'examiner plus attentivement les tribus de pasteurs et de nomades des Républiques fédérales de l'URSS : les Bachkirs, les Kirghizes et les Kalmouks. La situation de la femme dans ces tribus est particulièrement désolante. Elle est la propriété du mari qui la traite comme du bétail. Il l'achète tout comme il achèterait un mouton (Kollontai 1921: 8).

Sin embargo, en ambos tipos de sociedades «La maternité les reléguait [a las mujeres] dans une position particulière et fut à l'origine d'une division du travail reposant sur la

⁴ Kollontai las asocia, siguiendo los trabajos etnográficos de Marianne Weber (*Das Mutterrecht*), a un “matriarcado”.

différence des sexes». A su vez, esta «*division naturelle du travail*»⁵ (énfasis añadido, *ibid*: 6) comenzaría a ensanchar las diferencias corporales e intelectuales entre hombres y mujeres. Así pues, según Kollontai, la introducción de la propiedad privada y la división de la sociedad en clases no habrían conducido a la esclavitud de la mujer si éstas no hubieran sido previa y gradualmente desplazadas mediante la división del trabajo a encargarse de tareas secundarias (*ibid*: 11).

La discusión no se retomó –aunque tímidamente– hasta los años 1970, especialmente en Estados Unidos, donde el renacido interés por la cuestión del origen de la opresión de las mujeres estaba generando abundante literatura. En ese contexto, «un certain nombre d’intellectuels choisirent de se battre bet et ongles pour tenter de prouver que cet immense afflux de données ethnologiques ne remettait pas en cause les schémas hérités d’Engels» (Darmangeat 2010: 25).

En el campo de la antropología marxista-feminista norteamericana, Sacks (1976) y Leacock (1978) trataron de explicar por qué se percibía desigualdad sexual en grupos cazadores-recolectores. En algunos casos habría sido consecuencia del contacto con la economía capitalista, que había transformado de manera rápida y drástica las relaciones igualitarias entre hombres y mujeres. En otros casos la desigualdad era producto de un sesgo androcéntrico o de un «state bias» (Sacks 1976: 565) por parte de los observadores occidentales, que no eran capaces de entender que la división sexual del trabajo no implicaba necesariamente desigualdad entre sexos: «The possibility that women and men could be “separate but equal” is seldom considered» (Leacock 1978: 141).

Una de las aportaciones más interesantes de la antropología marxista de estos años proviene de la crítica a un determinado “darwinismo social” que malinterpreta las relaciones sociales, especialmente las jerárquicas, como consecuencia de tendencias humanas innatas, en lugar de concebirlas como productos sociales e históricos. En este sentido, Sacks (1979) propone un modelo para analizar la posición de la mujer en sociedades sin clase, distinguiendo entre dos modos de producción: uno que llama *comunitario* («communal») y otro que llama *corporativo basado en parentesco* («kin

⁵ Natural en tanto que basada en las características físicas e intelectuales de hombres y mujeres. Queda claro de la exposición de Kollontai que estas características no son innatas a la especie sino que se han desarrollado histórica y socialmente.

corporate»)⁶. En el primero, que podría representar en general a grupos cazadores-recolectores, tanto hombres como mujeres comparten la misma relación con la producción y, por tanto, existen relaciones igualitarias entre sexos. En el segundo modo de producción, asociable a grupos ganaderos u horticultores, la posición de la mujer depende de su relación con los grupos organizados en base al parentesco que controlan los medios de producción (hermanas o esposas, dependiendo en este último caso de sus maridos).

Aunque enfocada en sociedades agrícolas, una de las aportaciones más ambiciosas desde el campo de la antropología marxista-feminista, en este caso francesa, es la teoría evolutiva de la comunidad doméstica de Meillassoux (1975). Según este autor, el control sobre el trabajo de seres humanos individuales es más importante que el control de los medios de producción a la hora de definir las relaciones de producción en sociedades agrícolas donde las fuerzas productivas no están muy desarrolladas. De esta manera, la reproducción de la comunidad doméstica depende de la reproducción de seres humanos y, por tanto, depende del control de los “medios de reproducción”, es decir, de las mujeres.

Desde los años setenta en adelante, se han producido constantes acercamientos y, a su vez, conflictos continuos entre feminismo y marxismo. Aunque, en un principio, las dos ramas más influyentes en el movimiento feminista (feminismo radical y el feminismo socialista) estaban influenciadas por el marxismo, muchas feministas radicales, más pronto o más tarde, se distanciaron o divorciaron de él, salvo aquellas que lo «reelaboraron» para poder así estudiar las relaciones entre los sexos o las que unieron de manera simbiótica el análisis feminista y el marxista (cf Sanahuja Yll 2002a: 21).

Pese a las diferencias profundas entre las diversas corrientes del feminismo materialista, más o menos heterodoxas, coinciden en la defensa de que 1) las causas de la subordinación de las mujeres son materiales y no ideológicas y se concretan en las relaciones de producción y reproducción en las que las mujeres están involucradas; 2) La categoría clásica de producción no tiene en cuenta muchas actividades realizadas en la actualidad por las mujeres ni tampoco la reproducción biológica a cargo de estas últimas; 3) La división sexual del trabajo, considerada más o menos explícitamente

⁶ Se adopta la traducción de ambos términos publicada en Thurén (1992).

como algo natural, ha de formar parte de la denominada división social del trabajo (*ibid*: 30-31).

2.1.4 La comparación transcultural sistemática

Hasta ahora las diferentes teorías que se han ido reseñando tenían en común lo que se puede denominar una aproximación anecdótica a la evidencia etnográfica. En la mayoría de los casos, las diferentes propuestas se han basado en comparaciones de grupos cazadores-recolectores, horticultores, agrícolas o nómadas pastorales seleccionados y analizados de manera no sistemática. Con la excepción del trabajo primerizo de Tylor (1889), no es hasta mediados del siglo XX que comienza a desarrollarse una metodología diferente, los llamados “*cross-cultural studies*” o estudios transculturales de base estadística⁷ (Murdock 1949). El núcleo en torno al que se irán desplegando estos trabajos es el *Ethnographic Atlas* (Murdock 1967), más tarde rebautizado como *Atlas of World Cultures* (Murdock 1981), y especialmente la selección geográfica de 186 sociedades (Murdock y White 1969) que se realizaría con el objetivo de evitar “el problema de Galton”⁸.

En el contexto de la discusión sobre la división sexual del trabajo en las décadas de 1970 y 1980, los estudios transculturales fueron percibidos por parte de algunos investigadores como una manera “objetiva” de analizar la correlación entre la asignación de tareas según el sexo y variables económicas, sociales o geográficas/ecológicas, así como la significancia estadística de esta correlación. Así pues, uno de los objetivos fue la búsqueda de las causas en la asignación de tareas a un sexo concreto.

El primer trabajo en este sentido, y el que ha tenido sin lugar a dudas mayor relevancia, es el análisis de Murdock y Provost (1973). Los autores analizan la presencia/ausencia en la asignación sexual de 50 “actividades tecnológicas” de 185 sociedades de la *Standard Cross-Cultural Sample* (SCCS). Los autores presentan los resultados de los análisis distribuidos en relación a un índice porcentual donde el valor máximo es una

⁷ Se utiliza el término según su traducción del inglés en *Diccionario de Antropología* (Barfield 2000: 201).

⁸ Francis Galton, en respuesta al trabajo de Tylor (1889), sugirió que los casos de éste representaban sociedades con una historia en común, no eran casos independientes y no debían ser comparados como tales (Barfield 2000: 201-202).

actividad realizada siempre por hombres y, consecuentemente, el valor mínimo es una actividad realizada siempre por mujeres (Murdock y Provost 1973: tabla 1). En una segunda fase del artículo, Murdock y Provost analizan estadísticamente los resultados desde el punto de vista de las diferencias geográficas, distinguiendo cuatro subconjuntos de actividades: “estrictamente masculinas”, “casi masculinas”, “intercambiables” y “casi femeninas”. Por último, los autores realizan un análisis factorial de los resultados, llegando a la conclusión de que los factores que denomina “Masculine Advantage” (fuerza, movilidad) y “Femenine advantage” (inspirados en Brown 1970, véase §1.1.1) son los que explican la asignación de actividades en los extremos hombre/mujer, mientras que aquellas actividades “intercambiables” se explicarían por factores relacionados con el grado de movilidad/sedentarismo o con la tecnología/especialización/agricultura.

Posteriormente, White et al. (1977) cuestionaron la importancia explicativa que los anteriores autores le otorgan a la fuerza física de los hombres en la asignación de tareas, argumentando que: «there is great plasticity in the development of physical strenght, allowing for large cross-cultural diversity in the degree of difference between adult males and females on physical strength», y que además «many tasks require relatively little physical strength» (White et al. 1977: 2-3). Por el contrario, estos autores proponen la existencia de un proceso de optimización de la asignación de personas a las tareas, basado en los contextos sociales y las localizaciones geográficas en las que éstas se llevan a cabo. De esta manera, una misma tarea puede ser asignada a hombres o bien a mujeres según su contexto (p. ej. en función de la distancia respecto al campamento o el peligro que conlleva). Para contrastar su hipótesis, los autores aplican un «Entailment analysis» a los mismos datos de Murdock y Provost (1973).

Los resultados les permiten identificar diversas agrupaciones de actividades relacionadas e inferir a partir de éstas cuatro “restricciones” que operan en la asignación de tareas. En primer lugar, concluyen que las tareas adyacentes en la secuencia de producción suelen ser realizadas por un mismo sexo. En segundo lugar, también de tipo técnico, los autores observan una relación entre la asignación de tareas vinculadas al procesado de materias primas (p. ej. descuartizado) y la manufactura de bienes. En tercer lugar, White et al. perciben una limitación en la participación femenina en las primeras fases de la secuencia de producción que ellos interpretan como resultado de su hipótesis de partida, es decir, de que las mujeres evitan actividades que comporten

«distance and danger» (1977: 19). Asimismo, en los pocos casos en que las mujeres realizan las primeras fases de la secuencia de producción la tendencia es que realicen el resto de las secuencias. Finalmente, la cuarta restricción coincide con el último factor de Murdock y Provost (1973): a medida que la sociedad se vuelve “más compleja” la asignación sexual de las tareas especializadas (cerámica, pieles, construcción de la vivienda, agricultura) va siendo cada vez más masculina.

Más de una década después, Bradley (1993) retomó la problemática de la división del trabajo desde una perspectiva transcultural. Sin embargo, esta autora incorporó de forma novedosa en este campo la cuestión del trabajo infantil. De esta manera, Bradley analiza de la división del trabajo entre hombres, mujeres, niños y niñas a partir de 15 actividades en una muestra de 91 sociedades del SCCS, con un énfasis particular en las sociedades agrícolas y ganaderas.

Bradley infiere a partir de los resultados tres reglas básicas que regulan transculturalmente las relaciones entre el trabajo infantil (de 6 a 10 años) y el trabajo adulto:

Los individuos infantiles tienden a realizar el trabajo apropiado para adultos de su mismo género. Es el caso de actividades como «Land clearing, soil preparation, all animal husbandry activities, hunting, housekeeping, and fire tending» (1993: 75)

Los individuos infantiles de ambos géneros realizan con más frecuencia actividades asociadas a la mujer, debido a que: a) las y los adolescentes jóvenes ocupan normalmente el mismo espacio que la mujer; b) permite aumentar la productividad de la mujer; c) el trabajo mantiene ocupado a los y las más pequeñas; d) los niños a veces toman el lugar de la mujer en grupos masculinos de trabajo (p.ej. transportando agua o cocinando).

Los individuos infantiles femeninos hacen más actividades asociadas a la mujer y raramente actividades masculinas, como puede ser «crop tending, gathering, child care, cooking, fuel gathering, and water carrying» (*ibid*).

Puesto que el objetivo de Bradley es analizar el trabajo infantil en estas sociedades, concluye que niños y niñas son un recurso laboral («pool of labor»: Bradley 1993: 79) controlado principalmente por las mujeres. Así, propone que «a crucial component to understanding high fertility would be knowing who controls and benefits from the labor

of children (...) Women control children's labor, because this socializes and controls the children as well as helps the mother» (1993: 80).

Los últimos trabajos que abordan la división sexual del trabajo con una metodología transcultural sistemática lo hacen desde aproximaciones muy diferentes.

Korotayev (2001) recupera el análisis de Murdock y relaciona con la residencia postmarital las primeras hipótesis sobre la residencia postmarital, en las que se relacionaba la aportación a la subsistencia por parte de las mujeres con residencia matrilocal (Murdock 1949: 206). Aunque ninguna de los posteriores test ha confirmado la existencia de esta relación (cf Korotayev 2001: 80):

Hence, it is hardly surprising that a considerable number of previous cross-cultural tests have shown that there is a significant positive correlation between female contribution to subsistence and polygyny (...) It is not surprising that sororal polygyny is associated with the female contribution to subsistence much less significantly than the non-sororal one (Korotayev 2001: 86).

En resumen, Korotayev encuentra una asociación significativa entre división del trabajo (i.e. contribución a la subsistencia por parte de la mujer) y residencia postmarital, siempre y cuando se tenga en cuenta el factor desviador de la poliginia no sororal. Este último se asociaría tanto a la residencia patrilocal como a una alta contribución femenina a la subsistencia.

El trabajo de Sanderson et al. (2005) se propone, con un espíritu más sociológico que antropológico, contrastar las hipótesis que sostienen las principales teorías sobre el origen de las desigualdades de género: teorías militaristas («The greater the prevalence of warfare, the lower the status of women»); teorías marxianas («The greater the control women have over the products of their own labor, the higher their status» y «The greater the degree of stratification, the lower the status of women»); teorías materialistas no-marxianas (seis hipótesis que incluyen factores ecológicos, tecnológicos y económicos). De esta manera, los autores analizan tomando como muestra las 186 sociedades de la SCCS y mediante diferentes test estadísticos, la correlación entre estas hipótesis y cuatro variables dependientes. En concreto, tres variables («Domestic authority of women»; «Ritualized female solidarity»; «Control over women's marital and sexual lives»). La última es una medida combinada de las anteriores y que los autores definen como «Composite gender inequality variable» (Sanderson et al. 2005: 1429).

Por un lado, los resultados permiten a los autores descartar las teorías militaristas, al no detectar correlación entre la importancia de la guerra y la posición de la mujer. Por el otro, les permiten sugerir que, aunque la variable marxiana de estratificación de clase tiene importancia explicativa, son las variables materialistas no-marxianas las que tienen mayor potencia a la hora de explicar las variaciones en la posición de la mujer en las sociedades analizadas. En concreto, destacan la correlación entre agricultura intensiva, baja participación económica de la mujer y desigualdad de género (2005: 1439).

Para acabar, Waguespack (2005), en el marco de la crítica a la invisibilidad de la mujer en los trabajos de arqueología paleoindia (donde se interpreta la existencia de «large-game-focused societies»), recurre a los datos transculturales publicados (Keeley 1995; Murdock y Provost 1973; Murdock 1981) así como directamente a la información etnográfica (véase Waguespack 2005: 669 tabla 1) para tratar de contestar a la pregunta: ¿Qué hacen las mujeres en sociedades que dependen de manera casi exclusiva de la carne? Con este objetivo selecciona como variable dependiente la “dependencia de la caza” y tres variables independientes (tipo de recursos vegetales que recolecta la mujer; tiempo dedicado por la mujer en actividades de subsistencia; cantidad de actividades no-subsistenciales asignadas al sexo femenino).

La conclusión de Waguespack es que, a medida que el porcentaje de carne en la dieta aumenta, se produce un cambio tanto en el tipo de recursos que la mujer adquiere (mayor selección de los recursos vegetales, concentrándose en los de alto rendimiento) como en la cantidad de tiempo dedicada a actividades no-subsistenciales de las mujeres (2005: 672, fig. 3).

2.2 La división sexual del trabajo en la Prehistoria

Hasta ahora se han expuesto los trabajos más importantes en el campo de la antropología, fundamentalmente, y haciendo referencia a sociedades conocidas a través de la información etnográfica. En el presente apartado van a recogerse las diferentes explicaciones sobre el origen de la división sexual de trabajo desde una perspectiva evolutiva o histórica. Sin embargo, la línea entre ambos campos, entre antropología y arqueología, es estrecha. Como ha sido señalado por diversos autores, ambas disciplinas

tienen el mismo objeto de estudio, las sociedades humanas, lo que ha conllevado un «trasvase acrítico» (Vila, Toselli, et al. 2006) de observaciones, teorías y categorías. Tradicionalmente, se ha intentado solventar los (presupuestos) déficits inherentes a la evidencia arqueológica mediante el recurso explícito o, más frecuentemente, implícito de “analogías etnográficas” (véase crítica al abuso de éstas en Wylie 1985; Gandara 2006; Vila et al. 2006). Pero también se ha facilitado este trasvase desde el campo de la antropología tratando de explicar la división sexual del trabajo en los grupos modernos cazadores-recolectores por causas concebidas en la mayoría de los casos de manera ahistórica, es decir, como consecuencia directa de cualidades intrínsecas a los individuos, al grupo y/o a su entorno.

Los modelos sobre los orígenes de la humanidad están estrechamente vinculados con los orígenes de la división sexual del trabajo. La concepción (o, mejor dicho, proyección) de unos homínidos machos que inventan nuevas armas e instrumentos para cazar/proveer y defender a *su* familia, y unas hembras pasivas con un papel restringido a la reproducción y cuidado de las crías, está presente en todas las teorías de la evolución desde el *The Descent of Man* (1871) de Darwin:

In this work, Darwin pointed out that sexual selection, as an aspect of natural selection, could explain human secondary sexual characteristics (sexual dimorphism). But there is a curious discrepancy in his argument. When describing the process of sexual selection among all animals save the human species, he not only describes competition among males for females but also stresses the importance of female choice (...) However, when Darwin approaches the discussion of sexual selection among humans, male choice is now assumed, and it is female beauty which is seen as attracting the male. In accounting for this presumed reversal, he writes: ‘Man is more powerful in body and mind than woman, and in the savage state he keeps her in a far more abject stage of bondage than does the male of any other animal; therefore it is not surprising that he should have gained the power of selection.’ (citado en Zihlman 1981: 78).

Ya avanzado el siglo XX, Dart (1925) consolidó la imagen del homínido agresivo, que únicamente podía sobrevivir en un mundo hostil gracias a sus instintos asesinos desarrollados por el uso de las armas. Esta imagen sería, más tarde, popularizada por Ardrey (1961) e incorporada al “sentido común” (entendido en términos gramscianos) hasta nuestros días. Por su parte, los primeros estudios del comportamiento de los primates comportaron la elevación de ciertas observaciones, como las relaciones de dominación y la agresividad de los machos babuinos, a la categoría de rasgos característicos de las sociedades de primates (Zuckerman 1932; DeVore 1963; Kummer

1971). Las mismas observaciones sesgadas se extrapolarán a la humanidad en los posteriores postulados de la sociobiología (Wilson 1975).

Así pues, durante estas décadas, y apoyándose directamente en extrapolaciones etnográficas, etnohistóricas o en la etología de primates, las sociedades cazadoras prehistóricas se caracterizaban como sociedades agresivas y patriarcales, en contraste con el culto a la fertilidad y a las mujeres de los agricultores neolíticos:

Paleolithic tools and weapons mainly were addressed to movements and muscular efforts: instruments of chipping, hacking, digging, burrowing, cleaving, dissecting, exerting force swiftly at a distance; in short every manner of aggressive activity. The bones and muscles of the male dominate his technical contributions (...) Under woman's dominance the neolithic period is pre-eminently one of containers: it is an age of stone and pottery utensils, of vases, jars, vats, cisterns, bins, barns, granaries, houses, not least the great collective containers like irrigation ditches and villages (Mumford 1961:25).

La arqueología o, mejor dicho, *los* arqueólogos, refractarios a los cambios, tardaron en cuestionar el binomio hombre/caza y su papel protagonista en los orígenes de la humanidad. Tanto el modelo del hombre cazador como la tesis de la caza como motor del desarrollo cultural estuvieron presentes en todas las teorías modernas sobre la evolución desarrolladas hasta la década de los setenta (Sahlins, 1960; Ardrey, 1961, 1970, 1976; Isaac, 1976; Pfeiffer, 1972; Tiger, 1969, 1970; Morin, 1973; Moscovici, 1972; Washburn y Lancaster, 1968; cf Sanahuja Yll 2002: 92-96).

A partir del modelo recolector propuesto en antropología (Slocum 1975) varias investigadoras comenzaron a cuestionar el binomio hombre/caza y su papel protagonista en los orígenes de la humanidad. Tanner y Zihlman (1976), Zihlman (1978; 1981) propusieron un modelo según el cual la caza habría emergido tarde en el proceso de la evolución humana y a partir de una base social y una tecnología recolectoras. Así, las homínidas hembras habrían sido las principales proveedoras al ser la recolección una estrategia subsistencial fundamental; habrían inventado los primeros útiles, palos cavadores y recipientes para transportar vegetales y bebés; y habrían jugado un papel primordial al seleccionar «more social, food-sharing, nurturing males» (Zihlman 1981: 110).

Según Zihlman (1981: 110), la potencial flexibilidad del comportamiento de ambos sexos sugiere que «At the earliest stages of human evolution, a pronounced division of labor by sex is unlikely». No obstante, la mayoría de los investigadores partidarios del

modelo cazador lo adaptaron convirtiéndolo en un modelo mixto (homínida/recolección-homínido/caza) en el que machos y hembras serían mutuamente dependientes y compartirían la comida (Isaac, 1980; Lancaster, 1975, 1976, y 1978; Leakey, 1981). La división sexual-natural del trabajo siguió siendo, pues, un comportamiento intrínseco a los grupos cazadores-recolectores de la actualidad y (por consiguiente) del pasado, desproveyendo de esta manera tanto a estos grupos como a la división sexual del trabajo de cualquier dimensión histórica.

A principios de la década de 1980 también se plantearon «nuevos modelos androcéntricos» (cf Sanahuja Yll 2002: 98) que incidían sobre el comportamiento reproductivo. Lovejoy (1981) desligó el bipedismo de la caza y lo vinculó a una estrategia de supervivencia que habría permitido a las homínidas un menor espaciamiento en los nacimientos. Este hecho habría implicado una reducción en la movilidad de las hembras y, por tanto, una mayor dependencia de los machos respecto a la provisión de los alimentos. Cabe señalar, una vez más, que este modelo traslada a las primeras homínidas (en concreto, a la especie *Australopithecus afarensis*) la hipótesis de la inmovilidad reproductora de las mujeres discutida en antropología para cazadores-recolectores modernos (§1.1). Lovejoy, además, hizo coincidir este cambio con la pérdida de celo de las homínidas, la individualización de los símbolos sexuales y la formación de parejas monogámicas, convirtiendo la familia nuclear en «un comportamiento genéticamente programado» que «constituye una adaptación fundamental de los primeros homínidos/as» (Sanahuja Yll 2002a: 99).

Fisher (1982), focalizando también en la necesidad de protección y provisión de las homínidas hembras y sus crías, propuso que la prolongación de la época de celo y la posibilidad de actividad sexual permanente habría llevado a la formación de la familia nuclear, en base a la que esta autora denomina un “contrato sexual” de mutuo acuerdo (como todo contrato, se entiende).

2.2.1 Modelos sociales

Pocos modelos desde la Arqueología han planteado que la división del trabajo no es natural, es decir, no se relaciona con el dimorfismo sexual de los primeros grupos de homínidas/as ni con la dependencia biológica de las crías.

2.2.1.1 La invención de la producción

Leibowitz, una antropóloga física, propuso una explicación alternativa según la cual la producción fue la invención principal de los homínidos/as y no la especialización del trabajo por sexo y por edad (1986). Esta investigadora elabora un modelo biosocial que se desarrolla desde la aparición de los australopitécidos hasta la población humana moderna (Figura 2.1), partiendo de tres premisas:

1. «While production was un-specialized and undifferentiated a regular sexual division of labour was simply unlikely and unnecessary» (1986: 43);
2. La emergencia de innovaciones tecnológicas (control del fuego, armas de caza arrojadas) llevó al desarrollo de diferentes procesos productivos y, por primera vez, a una «pragmatic division of tasks» (*ibid*: 44) informalmente basada en habilidades y sexo. Las nuevas técnicas productivas acabarían llevando a una institucionalización y formalización de esta división sexual del trabajo.
3. A la vez estas nuevas técnicas productivas fueron la base para una reorganización de las relaciones de reproducción («incest prohibitions, contractual marriage, kinship designations, and family arrangements»: *ibid*) que, a través del intercambio de individuos entre grupos, llevará a la institucionalización de la división sexual-formal del trabajo («marriage contracts and kinship systems became the vehicles of political and economic transactions»: *ibid*).

Leibowitz se apoya en varias evidencias indirectas, especialmente procedentes del campo de la biología. Una de ellas es que, pese al pronunciado dimorfismo sexual de los primeros grupos homínidos, la mayoría de los individuos no vivirían lo suficiente como desarrollar estas diferencias sexuales. De modo que los grupos habrían estado formados en su mayoría por «young and physically undifferentiated» (1986: 45). Asimismo, las diferencias de tamaño entre sexos observadas en primates terrestres y semi-terrestres no se correlacionan con ninguna forma particular de organización social, y en ningún caso con los patrones de emparejamiento (1986: 51). No hay que olvidar las tesis puramente biológicas de correlación etológica entre la forma de organización de los grupos de reproducción y el dimorfismo sexual (Domínguez Rodrigo 1994). Por otro lado, Leibowitz también se apoya en la evidencia de una rápida y sobre todo reciente disminución de las diferencias en tamaño entre homínidos machos y hembras, y su

correlación con la aparición de evidencias de control del fuego y técnicas de caza a distancia (1986: 45).

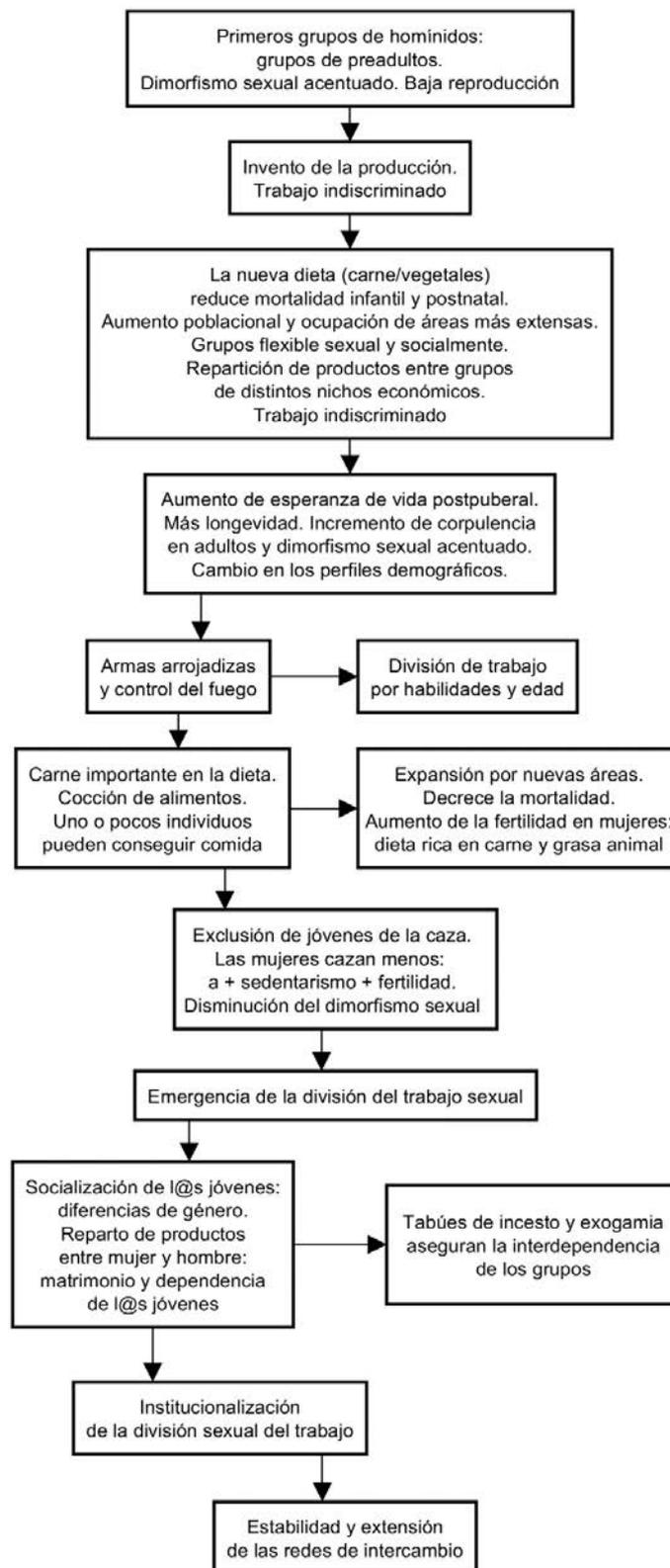


Figura 2.1 Modelo del desarrollo de la división sexual del trabajo, según Leibowitz (1986), de Sanahuja Yll 2002: 104.

2.2.1.2 Teoría de la contradicción principal o del factor movilizador interno

Una segunda explicación fue planteada, desde el campo de la arqueología feminista por Argelés y Vila (1993)⁹. Estas investigadoras parten de una denuncia a la aceptación tácita del uso de la analogía etnográfica, un “método acientífico” (*ibid*: 68), en la interpretación arqueológica. Por un lado, «Les societats actuals políticament adjectivades de primitives no són, com es preté, reductes fòssils sinó el producte d’un procés històric propi, deturat a més per la irrupció occidental» (*ibid*). Por el otro, la extrapolación desde una perspectiva androcéntrica de situaciones actuales a comunidades cazadoras-recolectoras prehistóricas ha permitido justificar la situación actual de las mujeres al remontarla a la Prehistoria. Sin embargo, las autoras también señalan que «encara que l’anàlisi de les comunitats actuals es realitzi des d’una perspectiva feminista, això no justificarà l’ús de l’analogia» (*ibid*).

Según Argelés y Vila (1993), si la arqueología feminista quiere acceder a un conocimiento objetivo del proceso histórico ha de realizar un replanteamiento de los marcos teóricos generales y construir una vía de análisis propia. Ello requiere de la elaboración de instrumentos conceptuales. En el marco de esta primera fase, las autoras proponen una *tesis de la contradicción principal o factor movilizador interno* para las sociedades cazadoras-recolectoras. Esta contradicción «es la relación dialéctica específica establecida entre las condiciones sociales de los procesos de producción de bienes materiales y de los procesos de reproducción biológica y social» (Estévez et al. 1998: 10).

Esta contradicción sería una consecuencia estrictamente histórica que se habría desarrollado a partir de condiciones y contradicciones de otro signo preexistentes (Figura 2.2). Una primera contradicción básica, muy próxima a la contradicción universal de todas las especies, se plantea entre los grupos de homínidos (su reproducción biológica) y el entorno (las condiciones para sobrevivir). Esta contradicción inicial habría partido de la naturaleza diferencial de las condiciones biológicas existentes entre machos y hembras en estos grupos de antropoides homínidos: una estrategia reproductiva consistió en que los machos, la parte del grupo más prescindible a la hora de asegurar la reproducción, debieron asumir el papel de

⁹ La Teoría de la Contradicción Principal se ha desarrollado posteriormente en Estévez et al. (1998); Vila y Estévez (2010).

defensores del grupo. Otra forma de contrarrestar las pérdidas de la depredación por parte de los carnívoros del Pleistoceno pudo ser un proceso adaptativo para incrementar la capacidad reproductiva del género Homo (Vila y Estévez 2010: 16). Asimismo, se habrían desarrollado medios de subsistencia (instrumentos de trabajo y de defensa) para mantener el equilibrio en esta contradicción inicial:

«Sobre esa base biológica, de elevada capacidad de reproducción y ligero dimorfismo sexual, se estructurará la sociedad humana original. Cuando el desarrollo instrumental y organizativo alcanzó un nivel suficiente, la contradicción entre la especie y su entorno quedó resuelta» (Estévez et al. 1998: 10)

El desarrollo de las fuerzas productivas (instrumentos de trabajo y de defensa, especialmente el fuego) volvió irrelevante el papel del macho defensor (y por consiguiente del dimorfismo sexual) y permitió acceder a los grupos proto-humanos a nuevas áreas, climas y recursos. La solución a esta primera contradicción, pues, liberó un enorme potencial, tanto reproductivo como productivo. Los nuevos instrumentos y medios de producción pudieron ser fabricados y usados por cualquier adulto entrenado (Estévez et al. 1998: 11). No obstante, ello generó una nueva *contradicción principal*, planteada esta vez en el seno de la sociedad, entre el desarrollo constante y progresivo de las fuerzas productivas (que amenaza la reproducción de los recursos alimentarios, en la que los procesos de trabajo aún no habían logrado incidir directamente) y las condiciones de reproducción (el aumento poblacional, que repercute en el aumento de la fuerza de trabajo y de número de consumidores). En otras palabras: la reproducción social entraría en conflicto con la gestión de las estrategias productivas (Vila y Estévez 2010: 16).

Para que el sistema pudiera mantenerse en equilibrio habría sido necesario regular, controlar, los dos extremos de esta ecuación. Es decir, se debieron poner en práctica mecanismos de regulación de las condiciones en las que se desarrollan los procesos de producción de bienes materiales y los de reproducción biológica y social (Argelés y Vila 1993: 70). Por un lado, las relaciones *naturales* de reproducción basadas en las diferencias biológicas de ambos sexos comienzan a inscribirse dentro de las formas sociales que progresivamente dominan la conducta biológica de la especie, articulándose en relaciones *sociales* de reproducción:

El proceso de reproducción humana, que integra relaciones sexuales/embarazo/parto/crianza no tiene una forma o mecanismo universal como tendría si fuera un proceso estrictamente biológico natural, sino que está manipulado (mediatizado) socialmente: existen medios de estímulo, regulación o presión (...)

Dentro de estos mecanismos, la división del trabajo en función del sexo puede ser utilizada tanto para estimular (generando dependencias) como para restringir la regularidad y frecuencia de las relaciones entre hombres y mujeres. Pero, más allá de influir directamente sobre la fecundabilidad, esta división del trabajo permite separar conceptualmente el producto del trabajo por sexos y por tanto valorizarlos independientemente (Vila y Estévez 2010: 16-17).

En efecto, los dos elementos, producción / reproducción, no constituyen un sistema en equilibrio sino una unidad dialéctica en la que existen unas relaciones de contradicción dialéctica interna. Así pues, la división social del trabajo de base sexual no se puede entender por motivos intrínsecos a la producción ni tampoco por condiciones biológicas de la reproducción: «Si allò que ens determinava fóra la biologia no hagués estat necessari de desenvolupar tota una sèrie de concepcions idològiques que ratifiquessin l'evidència» (Argelés y Vila 1993: 70). Por el contrario, esta división social del trabajo constituyó el aspecto fenoménico del control social practicado sobre la reproducción, es decir, sobre el elemento reproductor: las mujeres. Este mecanismo social habría posibilitado la desvalorización de las mujeres a través de la infravaloración de su aportación productiva, sea cual sea dentro de las estrategias de organizaciones histórico-particulares de cada comunidad. Al mismo tiempo, esta discriminación debió funcionar por comparación, de modo que se sobrevaloró a los hombres mediante la sobrevaloración de los trabajos que llevaban a cabo, lo que les permitió constituirse en el grupo detentor de poder (*ibid*).

Será esta contradicción la que, al desencadenar determinadas articulaciones de las relaciones sociales de producción y reproducción, permitirá entender la dinámica de cambio en estas sociedades. En ese proceso se experimentaron diferentes estrategias de gestión de la reproducción. En esa lucha por mantener el equilibrio sólo las sociedades cazadoras-recolectoras recientes debieron tener éxito. En otras la ruptura del equilibrio debió conducir directamente a su desorganización, y sólo algunas superaron revolucionariamente ese estado. Así, con el desarrollo de la agricultura, «les dones a més de productores de béns materials ho són també de la força de treball, que ara té valor d'ús i sera acumulable. L'opressió i la discriminació existents continuaren i, en desplaçar-se la contradicció essencial al nivell econòmic, se'ls afegí l'explotació» (Argelés i Vila 1993: 70).

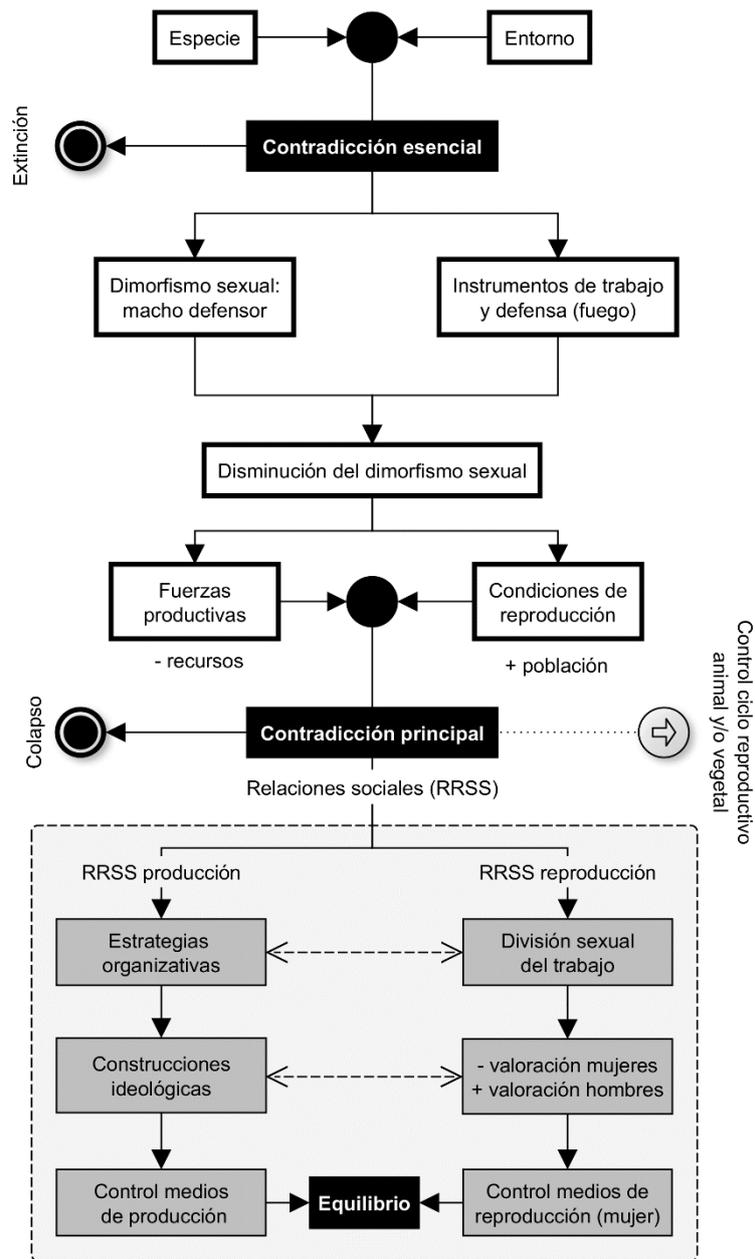


Figura 2.2. Modelo a partir de la Teoría de la Contradicción Principal (Argelés y Vila 1993; Estévez et al. 1998).

2.3 A modo de valoración

En este capítulo se ha tratado de exponer de manera completa pero sintética las principales explicaciones a la división del trabajo en función del sexo y su (debatida) universalidad. Muchos de estos trabajos contienen las hipótesis o postulados teóricos que permitieron e impulsaron el desarrollo de la práctica etnográfica, etnoarqueológica y, en menor medida, arqueológica en sociedades cazadoras-recolectoras, y que se ve

materializada (de manera explícita o implícita) en un número importante de trabajos que vieron la luz fundamentalmente a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX.

Gran parte de las teorías sobre la división sexual del trabajo se han centrado en intentar explicar por qué en casi todas las sociedades cazadoras-recolectoras etnográficas estudiadas la caza de animales grandes es una actividad masculina e incluso, en muchos de estos casos, existe un rechazo manifiesto entre esta actividad y todo lo relacionado con el sexo femenino (véase Brightman 1996). Las cualidades biológicas intrínsecas a los sexos han sido los argumentos protagonistas de las primeras explicaciones (p. ej. Darwin, Engels, Durkheim), pero también de las primeras teorías feministas o críticas (Brown 1970; Friedl 1975; Hayden 1981) y de las más recientes tesis neo-darwinistas de la ecología evolutiva (Hurtado et al. 1984; Jochim 1988).

No hace falta insistir, por supuesto, en el androcentrismo evidente de gran parte de la investigación antropológica, incuestionado hasta la década de 1970, que naturalizaba las diferencias entre hombres y mujeres y se bastaba de su propia realidad euro-americana para explicar las diversas situaciones observadas. Éstas «eran sólo matices o grados de una misma diferencia biológica-natural, que en aquellas sociedades “extrañas” se encontraba casi en estado puro» (Vila y Estévez 2010: 11). De hecho, esta falta de cuestionamiento no es un vestigio del pasado, en muchos casos se siguen tomando justificaciones (normas sociales) por explicaciones:

This is also why observers' laments over the "hard lot" of the northern woman "who is forced to work day and night" have an absurd ring. According to tundra etiquette, it's the other way round: an idle woman looks inept, disharmonious, and unattractive. If a woman wants to please a man, she first of all starts to work. Even a blind old woman will try to sew up the very end of her life. The movements of women govern "the life of the tent," just as men's activity determines "the life of the tent on the tundra." (Golovnev y Osherenko 1999: 42).

Entre quienes sí que han tratado de ofrecer una explicación a la división sexual del trabajo, los argumentos han funcionado de la siguiente manera. Por un lado, se ha planteado la adecuación de las características fisiológicas (tamaño, velocidad, fuerza muscular, capacidad pulmonar) o psicológicas (agresividad hormonal) masculinas para las actividades cinegéticas. A su vez, y por comparación, se ha postulado una menor adecuación de las características psico-fisiológicas de las mujeres. También se ha propuesto que los olores corporales y/o menstruales de las mujeres socaban el éxito de la caza. En todos los casos, puesto que las mujeres cazan *menos eficientemente* (no sé

sabe muy bien en base a qué criterio) estas teorías concluyen o bien que las mujeres no cazan; o bien que, en aquellas sociedades que viven de la caza y la recolección, y debido a una obligada especialización en las estrategias de adquisición de recursos, los hombres cazan y las mujeres recolectan.

Si en este sentido la caza femenina compromete la producción, la otra batería de argumentos biodeterministas se ha centrado en la caza en tanto que actividad que comprometería la capacidad reproductiva de las mujeres que la practican. En este caso son las cualidades intrínsecas del sexo femenino, su papel como elemento reproductor (biológico), pero también su papel asumido como agente reproductor (social), en lo que se refiere a los cuidados infantiles. Así, por un lado, se ha argumentado que la actividad cinegética aumentaría la mortalidad femenina y la probabilidad de un aborto espontáneo; que perjudicaría la fertilidad femenina (p. ej. Graham 1985); o que aumenta la mortalidad infantil. Por el otro, que el embarazo, la lactancia y el trabajo de cuidar y/o transportar a los individuos infantiles dependientes es incompatible con la movilidad necesaria para cazar.

A pesar de que estos argumentos siguen en la actualidad presentes de manera implícita en algunas interpretaciones, sobre todo en trabajos arqueológicos, la mayoría de estos argumentos biodeterministas han sido ampliamente desmontados (véase una completa crítica en Brightman 1996). La discusión ha girado en torno a ejemplos etnográficos que demuestran la falsedad de ciertas incompatibilidades o explicaciones. Baste señalar que los diferentes datos etnográficos de cazadores-recolectores dibujan un panorama complejo y diverso, que no sostiene los argumentos biodeterministas. En primer lugar, los argumentos sobre la fuerza muscular, la velocidad u otras características físicas obvian que existe un claro solapamiento de ambos sexos en estos aspectos, al menos en el grado necesario para cazar (Brown 1970):

Individual or small group hunting, in fact, requires patience and skill more than strength; and plant collecting, especially digging for tubers, can be a physically demanding task (and frustrating if done with children in tow). So, strength, endurance, or patience does not explain why women do not regularly hunt large game. (Kelly 2013: 2019)

En efecto, en la mayoría de las comunidades las mujeres se ocupan de actividades que requieren tanto fuerza como movilidad, ya sea el transporte de objetos pesados (enseres de campamento, presas, leña, agua y, por supuesto, niños/as: p. ej. Gusinde 1937; Hurtado et al. 1984; Peacock 1991, entre otros muchos), o las distancias que recorren en

la recolección (A. M. Hurtado y Hill 1990; Binford 2001). En general, las descripciones etnográficas, las más antiguas, pero también las más recientes, evidencian que las mujeres pueden llevar a cabo los trabajos más agotadores y tediosos (p. ej. para el desierto del Oeste australiano Gould 1969; Gould 1970; Tindale 1972). Lo más importante es que tanto las habilidades necesarias para la caza como la predisposición son resultado del entrenamiento y la socialización de los individuos (Brightman 1996). Existen numerosos ejemplos de mujeres que cazan o pescan con destacada habilidad, ya sea en las comunidades Inuit (p. ej. Jenness 1922: 88; Briggs 1970: 271-72; Saladin d'Anglure 1986) o entre los grupos subárticos (Brightman 1996 cita ejemplos de mujeres ojibwa, montagnais y tutchone; para grupos dene, véase Brumbach y Jarvenpa 1997).

La versatilidad de estas mujeres era en muchas ocasiones el resultado de la práctica de socializar algunas hijas tanto en trabajos femeninos como masculinos, cuando las mujeres no tenían hijos o adultos varones; en otras ocasiones era el resultado de la necesidad, cuando los hombres estaban enfermos, muertos o mostraran incompetencia (cf Brightman 1996: 693). En el caso de los grupos Nunamiut, también se documenta la presencia de:

unmarried girls who are taken along on hunting trips (...) These girls were described as being a "big help" in camps and on hunting forays. Older men commented on the presence of young girls on hunting trips as follows: (a) it is good for them to know what men have to do when they get married, and (b) it is important that they know to hunt *in case of emergencies* in later life. (énfasis añadido, Binford 1991: 120)

Es interesante el apunte de Brightman, que interpreta esta práctica como un ajuste compensatorio requerido precisamente por la división del trabajo, es decir, por el hecho de que la fuerza de trabajo cazadora haya sido arbitrariamente reducida al excluir a las mujeres de él en comunidades que precisamente dependen de la caza para sobrevivir (1996: 693). Es un argumento inverso, y mucho más convincente, que el proporcionado por Hayden (1981), según el cual a mayor dependencia de la caza mayor exclusividad de la caza masculina (excluyendo de esta actividad a las mujeres cazadoras por su bajo rendimiento).

La misma constatación de existencia de normas y ruptura esporádica de las mismas se puede observar en otras regiones, como p. ej. en el caso de los grupos siberianos:

Although I never saw a woman slaughter a deer with a knife, women in northern Yamal indeed do slaughter deer for subsistence by strangling them when there are no men to do

this work. For example, I saw Natasha and Alla Okotetto, a mother and her daughter, strangling a reindeer, even though they knew that they were not adhering to the ‘law of the tundra’ (Stammler 2005: 88).

One must distinguish between a person’s formal social role and his/her real role in the group. According to my own observations, the more traditional of the Evenki in Siberia in their duktchars (tipi type of tents) and modern canvas tents maintain an organisational pattern where the kitchen storage area (Tjungal) is inside the entrance in the women’s side of the dwelling. Thus the formal organisation of the dwelling-space clearly relates the women to food preparation. Meanwhile it is quite normal that women hunt – even big game – and in some families the wife is actually the family’s main hunter (Grøn 2003: 701).

E incluso en casos que han servido de ilustración al modelo hombre-cazador / mujer-recolectora:

Nevertheless, in a previous field session, a woman was once observed using the more dangerous technique of hand hunting coatis. The woman was also carrying an infant at the time. This event suggests that Ache women *are capable of hunting but avoid doing so most of the time* (énfasis añadido M. Hurtado et al. 1985: 24).

Efectivamente, sobre las teorías de la inmovilización maternal, se ha señalado (Testart 1986; Brightman 1996) que sólo aciertan a explicar por qué las mujeres no pueden cazar durante el embarazo y la lactancia, pero no durante el resto de su vida o entre estos momentos. Además, hay que tener en cuenta que el embarazo no acostumbra a ser un impedimento para continuar con las mismas arduas tareas (véase p. ej. Gusinde 1937; Peacock 1991). Por otro lado, se ha destacado recientemente el papel de los “cuidados cooperativos” a la hora de permitir llevar a cabo determinadas actividades a las mujeres con individuos infantiles dependientes a su cargo. Kelly (2013: 220) lo utiliza como argumento para justificar algunos casos, como que las mujeres Aka formen partidas de caza con red (Noss y Hewlett 2001), o que las mujeres Agta sean relativamente activas en la caza. No obstante, aunque la ayuda de las adolescentes y las mujeres Efe en el cuidado infantil es muy importante (Peacock 1991), ello no implica que el tiempo “liberado” (dedicado a otros procesos de trabajo) de las mujeres se destine a actividades de caza; ocasionalmente las mujeres Efe participan, como batidoras, en la caza (*ibid*). Por tanto, aunque no se puede plantear una relación directa entre caza femenina y cuidados infantiles cooperativos en el sentido que sugiere Kelly (2013: 220), está claro que éstos permitirían solventar si fuera necesario la supuesta inmovilidad de las mujeres con lactantes o individuos infantiles dependientes.

Las mujeres del grupo Agta Nanadukan (Cagayan, Filipinas) se han convertido en un emblema de mujeres que cazan activamente, sobre todo con perros y machete, pero en

algunos casos también con arco y flecha (Estioko-Griffin y Griffin 1981, 1985; Estioko-Griffin 1985,1986; Goodman et al. 1985). Según estos autores, tanto hombres como mujeres Agta Nanadukan pescan y el 85% de las mujeres cazan el mismo tipo de animales que los hombres. Sin embargo, según se ha señalado, menos de 100 mujeres Agta han reconocido haber cazado alguna vez de una población de 9.000 en la isla Luzón. La mayoría de mujeres que reportaron haber cazado ya no cazaban durante el período de observación etnográfica, y «and most late-twentieth-century Agta had never heard of women hunters». Los datos sobre actividades de caza solo existen en una muestra de seis mujeres cazadoras (Goodman et al. 1985).

En cualquier caso, sin necesidad de «doblar el palo» en el sentido contrario, lo queda bien reflejado en el registro etnográfico es que no hay impedimentos biológicos para realizar determinados procesos de trabajo. El problema principal en todas estas explicaciones sobre la división del trabajo en función del sexo es que generalmente han restringido su atención a las denominadas actividades de subsistencia (caza, recolección, pesca). La pregunta de Waguespack (2005), ¿qué hacen las mujeres en sociedades cazadoras?, deja en evidencia lo restringido de este planteamiento, al fijarse sólo en una parte de la realidad de estos grupos.

Gran parte del debate en torno a la situación de la mujer se ha basado en intentar demostrar que “la opinión de que en el origen de la sociedad la mujer fue la esclava del hombre” es errónea. El problema es que lo ha hecho usando como prueba el ejemplo de sociedades que no pueden responder a la pregunta sobre el origen de la división sexual del trabajo, porque (como en el caso de la sociedad capitalista occidental) entre su tiempo y el “origen” median varios miles de años. En efecto, la dinámica histórica de estos grupos y el contacto traumático (con violencia directa y violencia estructural: Vila-Mitjà 2014) con la sociedad industrial y colonial llevó en muchos casos a la desestructuración de estas sociedades y, por tanto, a la transformación de las relaciones entre hombres y mujeres. Aunque no en todos los casos este contacto implicó un empeoramiento de las condiciones de la mujer (Endicott 1999).

En cualquier caso, la única manera de responder a esta pregunta es mirar hacia el registro prehistórico, y la única metodología que puede hacerlo es la arqueología. La “teoría de la contradicción principal”, a diferencia del resto de explicaciones, ofrece hipótesis históricas que pueden ser verificadas mediante el análisis del registro

arqueológico. Por desgracia, en el capítulo anterior se ha visto el alcance limitado que de momento tienen las inferencias de índole social mediante la propia metodología arqueológica (y no analogías etnográficas). Ello hace más urgente la necesidad de proponer nuevos instrumentos conceptuales y de análisis, contrastarlos y calibrar así la metodología arqueológica.

3 La organización del espacio en la etnografía

En las últimas décadas se ha llegado a un consenso sobre la dimensión ideológico-social de la que están imbuidos, en las sociedades agrícolas y ganaderas, el espacio o los espacios que componen una vivienda (Bourdieu 1972a; Moore 1986; Heyman 2009). En contraste, se ha impuesto una visión funcionalista en la interpretación de las viviendas de las sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras actuales o sub-actuales. Con algunas excepciones (Grøn 1989; Whitelaw 1994), en general la investigación de este tipo de sociedades ha adoptado, bien con entusiasmo bien con resignación, la perspectiva formulada elocuentemente por Kent (1990a; 1991; 1998) según la cual «cross-cultural data show that not all societies separate space and activities by gender. The majority of societies that do so are the more socio-politically complex ones» (Kent 1998: 45). Como con otros aspectos de la investigación, esta hipótesis sostenida sobre inferencias de determinados grupos actuales ha minado ciertas aspiraciones de la arqueología de cazadores-recolectores.

El corpus etnográfico cuenta con abundantes descripciones de las viviendas de los grupos móviles, semi-móviles o nómadas (“cabañas”, “chozas”, “tiendas” o “abrigos”), aunque fundamentalmente desde una perspectiva arquitectónica y cultural (p. ej. Rapoport 1969). En efecto, la búsqueda filosófica y antropológica de la “primera cabaña” (Viollet-le-Duc 1875, cf Ingold 2000: 182) desde la perspectiva de la historia de la arquitectura centró de manera natural el interés por las “exóticas” o “miserables”. Ya desde el siglo XVII, tanto el exterior como el interior de algunas de estas estructuras fueron documentados mediante ilustraciones generalmente muy idealizadas y sujetas a añadidos y modificaciones en sucesivas reproducciones (Figura 3.1). A partir de finales del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX, es común encontrar en las diferentes etnografías un apartado – bajo el epígrafe de “habitación” (*Habitation*) o “vivienda” (*Dwelling*) – conteniendo detalladas descripciones sobre el proceso de construcción de estas estructuras, quién lo llevaba a cabo y que elementos de la *materia cultural* de estas comunidades formaban parte de su mobiliario o equipamiento (véase, como ejemplo, Mann 1883; Boas 1888; Murdoch 1892; Morice 1910; Jenness 1922; Gusinde 1937; Birket-Smith 1953). En 1881 Lewis H. Morgan publicó su *Houses and house-life of the*

American aborígenes (1965) en el que se insistía en las “long-houses” de la comunidad Seneca-Iroquesa y su modo de vida comunal. Las “communal huts” de las comunidades Andamanes también han sido un foco de atención (Man 1883; Radcliffe-Brown 1964). Disponemos de una considerable documentación etnográfica respecto a las tiendas de los grupos de pastores nómadas norafricanos (Feilberg 1944; Rackow y Caskel 1938; Andrews 1971), persas (Edelberg 1966; Ferdinand 1959; Dupree 1973) y sobre la Yurta mongola (Kharuzin 1896); las “snow-hut” o las casas semi-subterráneas de los grupos inuit (Jenness 1922; Birket-Smith 1927 [1983]; Balikci 1970; véase un compendio reciente en Lee y Reinhardt 2003) y, por supuesto, los *tipis* característicos de los grupos nómadas de las Grandes Llanuras (Morice 1910; Laubin y Laubin 1957; Parker 1975). Muchos de estos grupos también levantaban otras estructuras más efímeras, o menos espectaculares, como paravientos o cabañas, recibieron comparativamente poca atención. Este tipo de estructuras se consideraba arquitectónicamente más “primitivo” y, por tanto, como propio de los grupos menos complejos. Así, por el contrario, la temporalidad de la vivienda y el pragmatismo de su uso fueron detalladamente descritos en las etnografías de grupos australianos, “pigmeos”, “bosquimanos” o fueguinos (p. ej. Turnbull 1965; Gusinde 1937).



Figura 3.1. (Izq.) Ilustración de Alexander Buchan (enero de 1769) que se incluye en la relación de los viajes del capitán Cook y que muestra una representación de corte romántico sobre los habitantes del sur de la Tierra del Fuego. (Der.) Grabado «A view of the Indians of Tierra del Fuego in their hut», de Francesco Bartolozzi (Hawkesworth 1773: plancha 1), a partir de una ilustración de Giovanni Battista Cipriani basada en el dibujo de Buchan, fallecido durante el viaje del Endeavour en abril de 1769. Nótese las figuras añadidas para equilibrar la composición.

La atención de los etnógrafos se ha dirigido principalmente a los aspectos arquitectónicos, el mobiliario, el número y la composición de las unidades sociales en una misma vivienda o la estructura del asentamiento. La segregación sexual del espacio mediante estructuras especializadas, como las casas comunes masculinas (p. ej. el

qargiq inuit), las cabañas menstruales y de parto, o las cabañas para individuos solteros. En comparación, se ha descrito más bien poco o nada la división social-sexual del espacio en el interior de las viviendas, mejor dicho, en el espacio socialmente considerado como vivienda (ya esté en el interior o en el espacio circundante a una estructura). Ello se debe, en parte, a una naturalización de estas relaciones observable tanto en el sujeto (etnógrafo) como en el objeto de estudio (la comunidad etnográfica). Más adelante se volverá sobre esta segunda afirmación. En cuanto a la primera afirmación, no es necesario repetir lo expuesto en el capítulo anterior en relación con el debate sobre la división sexual del trabajo. Baste con señalar, que, en general, la asociación entre mujer/privado/interior y hombre/público/ exterior era *la* división sexual del espacio explícita o implícitamente asumida:

Como es *natural*, son las mujeres quienes pasan la mayor parte del tiempo entre las paredes de su casa. Los esquimales se levantan temprano (...) Las mujeres están siempre de pie antes que los hombres, para encender la lámpara; pero no bien aquéllos se han marchado, el día les pertenece (Énfasis añadido; Birket-Smith 1983: 162-3).

Sin embargo, no se trata únicamente de que no se haya percibido o de que no se haya considerado necesario documentarlo. Muchas descripciones etnográficas consisten en observaciones puntuales más o menos largas, sostenidas en información procedente de otras fuentes, incluidas los propios sujetos estudiados. Se ha observado que en algunos grupos el uso del espacio puede variar a lo largo del día o en ocasiones determinadas (Kent 1998; Grøn 2014), entre la cuales está la presencia de invitados. Además, con alguna excepción (Briggs 1970), los y las etnógrafas generalmente han pernoctado en espacios aparte. Por si fuera poco, en las etnografías más antiguas las limitaciones técnicas y las convenciones sociales hacían que la cada vez más importante fotografía etnográfica optara por retratos y posados en escenas exteriores, en detrimento de los interiores oscuros y con poco espacio de las viviendas. Hubo, por supuesto, alguna excepción, sobre todo en el caso de escenas interiores-exteriores frente a paravientos o grandes entradas (Figura 3.2).

Habida en cuenta de sesgos y limitaciones, no es de extrañar que los datos etnográficos que pueden ayudarnos a vislumbrar el uso del espacio en los grupos cazadores-pescadores-recolectores sean mucho menos importantes que respecto a otros aspectos de la vida de estas comunidades.

Esto último es algo a tener muy en cuenta, dada la discusión sobre la organización del espacio y la división sexual del espacio en grupos cazadores-recolectores ha girado en torno a inferencias extraídas de un número reducido de casos de estudio. Whitelaw (1991), Grøn (1989) y Kent (1990a) son unas excepciones. El primer trabajo, sin embargo, aborda básicamente aspectos relacionados con la estructura espacial del asentamiento. Por su parte, Grøn presenta un número importante de ejemplos etnográficos, si bien probablemente su énfasis en argumentos socio-psicológicos, así como su no pertenencia a la investigación Anglo-Americana, han limitado el impacto de sus trabajos. Finalmente, la propuesta transcultural de Susan Kent ha sido con diferencia la que más influencia ha tenido hasta la actualidad.

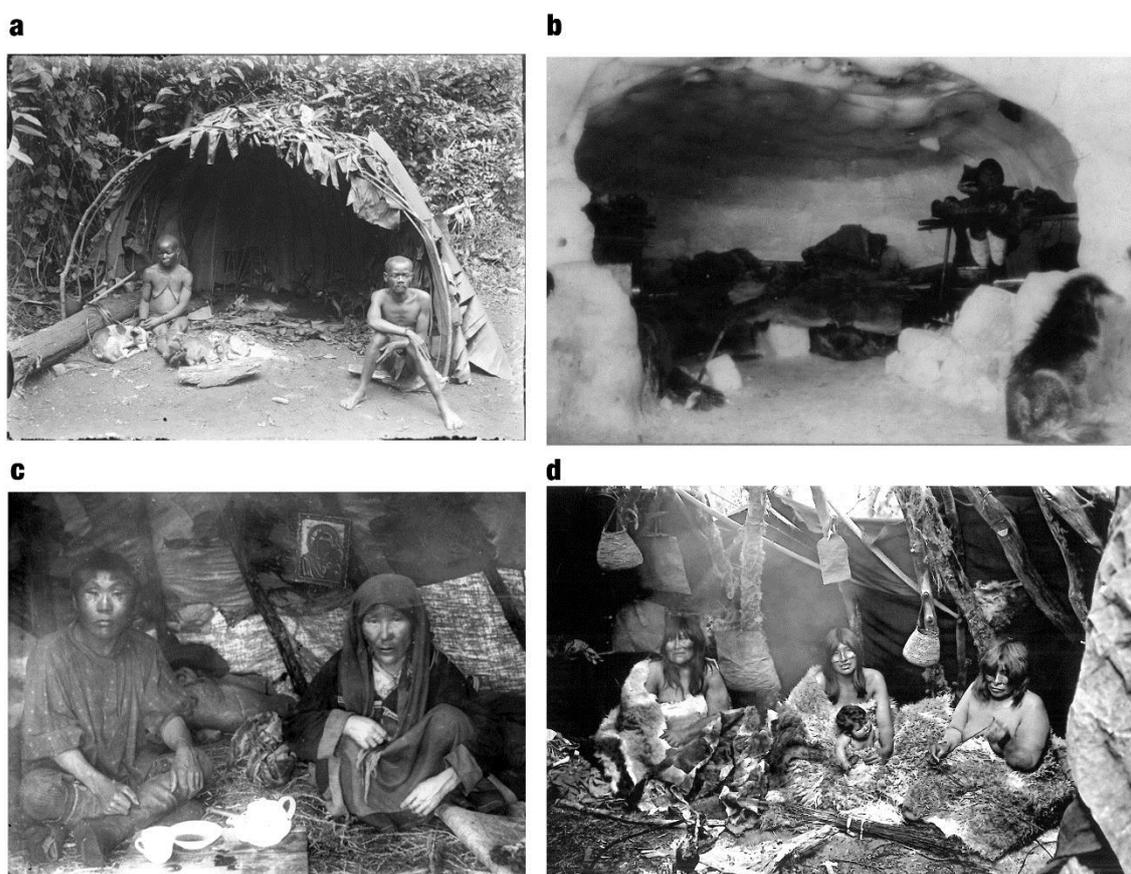


Figura 3.2. Algunas fotografías del primer tercio del siglo XX: (a) Hombre y mujer en la entrada de una cabaña Efe Mbuti (Paul Schebesta, 1929. Fuente: ÖNB, Österreichische Nationalbibliothek); (b) El interior de un iglú o «snow hut» (Fuente: Jenness 1922: 62, fig. 12); (c) Vista del malu en el interior de una vivienda Evenki (P. G. Poltoradnev, c. 1930. Fuente: Sirina 2006: 130); (d) Abrigo Selk'nam (Alberto María De Agostini, 1910-1920. Fuente: Alvarado Pérez et al. 2007:198).

En su trabajo, Kent desarrolla su propuesta presentada en publicaciones anteriores (por ej. Kent y Vierich 1989) según la cual la segregación del espacio, funcional, en base al sexo o la edad, es resultado de la sedentarización y/o segmentación de las propias sociedades, volviéndose “complejas” (Kent 1990a). En sociedades no segmentarias, por

consiguiente, no debería haber segregación espacial o, si la hay, es tan puntual en el tiempo que no puede llegar a dejar una evidencia material (como plantea en Kent 1998). Para probar su hipótesis Kent selecciona 73 sociedades «that have different levels of sociopolitical complexity» (1990a: 128), agrupadas según I-V categorías sociopolíticas. El grado más bajo está formado por 6 casos (*Basarwa, Mbuti Pygmi, Hare Athapaskan, Hadza, Yahgan, Agta*). Del análisis de estos casos, y en consonancia con su propuesta, Kent concluye que en las sociedades cazadoras-recolectoras igualitarias no hay segregación del espacio. No obstante, como ya se ha señalado (Whitelaw 1994: n. 4), alguna de la información referida por la propia autora, como en el caso de los Hadza, contradicen esta afirmación. En otros casos, como los Basarwa, Kent ignora u obvia determinadas observaciones etnográficas; sobre los Yámana, la frase que se cita en apoyo no está completa, pudiendo ser la frase original objeto de diferente interpretación (como se puede leer en el apartado precedente). Por último, en el caso de los grupos Agta la evidencia se sostiene en una comunicación personal, lo que imposibilita su contrastación; el resto de los estudios etnográficos citados no incluyen observaciones sobre el uso del espacio. Prácticamente el resto de los casos corresponde a sociedades agrícolas en grado mayor o menor de dependencia. Las pocas excepciones son Copper Inuit, Navajo, Blackfoot, Ainu y sociedades tradicionalmente consideradas “complejas” del Noroeste del Pacífico como Tlingit y Nootka. Un año después Kent (1991) desarrollaría más ampliamente la argumentación de su tesis, a partir de la comparación de tres casos de estudio: Basarwa/San, Navajos y Euroamericanos de los EEUU.

Seguramente el éxito del trabajo de Kent se deba a que es el único que ha abordado la división sexual del espacio desde una perspectiva transcultural cuantitativa. Ello se percibe con claridad cuando se miran los datos codificados de las principales bases de datos transculturales. Por ejemplo, hasta la fecha de publicación de este trabajo, de las aproximadamente 2000 variables introducidas en la *Sample of Cross-Cultural Societies* (Murdock y White 1969) solamente 14 (un 0,7%) están relacionadas con el uso social-sexual del espacio, directa o indirectamente (Tabla 3.1). De estas variables, sin embargo, ninguna considera la división sexual del espacio en las viviendas.

Ello no es un problema exclusivo de la SCCS. De las 53 sociedades cazadoras-recolectoras descritas en Lee y Daly (1999) sólo en 2 casos (Nayaka, Ngarrindjeri) se hace referencia indirectamente a la segregación espacial de los sexos, en ambas para negar su existencia. En contraste, la segregación del espacio ceremonial o la separación

de las ceremonias, así como la existencia de estructuras segregadas, es un tema recurrente. La misma desproporción se percibe en la base de datos codificada por L. W. Binford (2001) y en el *Western North American Indian dataset* de Jorgensen (1999) se percibe la misma desproporción (ver Tabla 3.1).

Teniendo en cuenta este escenario desalentador, se decidió hacer un breve análisis cuantitativo exploratorio a partir de los datos de la SCCS, que contenía un mayor número y diversidad de variables. De las 187 sociedades etnográficas que componen la muestra de SCCS, se escogió un total de 51 sociedades. El criterio de selección fue la categoría principal de subsistencia (a partir de Barry III y Schlegel 1982) distribuidos de la siguiente manera: recolección (10), caza (16) y pesca (23). Dos sociedades definidas como dependientes de animales domésticos fueron añadidas a la muestra por tratarse de pastores-cazadores de renos (Nenets y Yukaghir).

La Figura 3.3 muestra los resultados de un análisis exploratorio en base a las variables de la presentadas en la Tabla 3.1. Como se podía esperar, pocas son las conclusiones que se pueden extraer. Un primer aspecto que destacar es la ausencia de datos, superior al 40% en la mayoría de las variables, en consonancia con la situación descrita anteriormente. En segundo lugar, cabe señalar uno de los principales problemas de estas aproximaciones, que es, pese a la apariencia de objetividad, el peso del criterio del o la investigadora a la hora de formular las preguntas y variables, y a la hora de codificar la información. Variables muy similares arrojan resultados significativamente diferentes (p. ej., var566 / var665). Hay que tener en cuenta que, en muestras pequeñas, como es el caso de la SCCS y aún más el subconjunto aquí seleccionado, es muy complicado obtener resultados significativos. Aun así, este análisis superficial de los datos sugiere que en un número importante de grupos cazadores-pescadores-recolectores se llevan a cabo prácticas de segregación del espacio, de diferentes maneras. Una de las más interesantes es la existencia de grupos de trabajo segregados en función del sexo. La variable sobre “Disposición de las comidas”, de la que en cierto sentido se podría inferir más claramente la existencia de una división sexual del espacio de la vivienda, no ha sido incluida porque prácticamente en el 80% de los casos se carecía de la información. Por encima de todo, este análisis superficial de los datos contenidos en el SCCS nos informa sobre los intereses que ha tenido la investigación etnográfica. Es ineludible, por tanto, llevar a cabo una revisión cualitativa de la evidencia etnográfica. Los resultados de la misma se expondrán en el siguiente apartado.

Tabla 3.1. Variables relacionadas con el uso del espacio en función del sexo en las diferentes bases de datos etnográficas.

DB	VAR	DESCRIPCIÓN	REFERENCIA
EA	38	Segregación de adolescentes masculinos	Murdock (1967)
SCCS	242	Segregación de adolescentes masculinos	Murdock (1967)
SCCS	565	Segregación menstrual	Paige et al. 1981
SCCS	566	Prácticas de segregación masculina	Paige et al. 1981
SCCS	587	Grupos de trabajo comunitarios exclusivamente masculinos	White 1978
SCCS	588	Grupos de trabajo comunitarios exclusivamente femeninos	White 1978
SCCS	589	Grado de segregación de las actividades subsistenciales	White 1978
SCCS	665	Segregación masculina	Sanday 1981
SCCS	933	Disposición para dormir de adolescentes femeninas	Frayser 1985
SCCS	934	Mujeres casadas: dónde duermen los esposos	Frayser 1985
SCCS	935	Disposición de las comidas	Frayser 1985
SCCS	939	Restricciones personales y grado de aislamiento social de la mujer durante la menstruación	Frayser 1985
SCCS	943	Localización de la mujer en el parto	Frayser 1985
SCCS	1712	Segregación sexual en áreas de dormitorio infantiles	Divale et al. 1998
SCCS	1713	Segregación sexual en áreas de dormitorio de adolescentes	Divale et al. 1998
WNAI	377	Reclusión de parturientas	Jorgensen 1999
WNAI	389	Lugar de reclusión de ritos femeninos relacionados con la pubertad	Jorgensen 1999
LRB	boyseg38	Segregación de adolescentes masculinos antes de su iniciación o en la época de pubertad	Binford 2001
LRB	comstfun	Funciones y propiedades de estructuras con funciones específicas a nivel comunitario	Binford 2001
LRB	initm	Escala e inversión social en ritos de pubertad masculinos	Binford 2001
LRB	initxm	Grado de exclusividad de rituales masculinos (observación o participación femenina)	Binford 2001
LRB	initf	Escala e inversión social en ritos de pubertad femeninos	Binford 2001

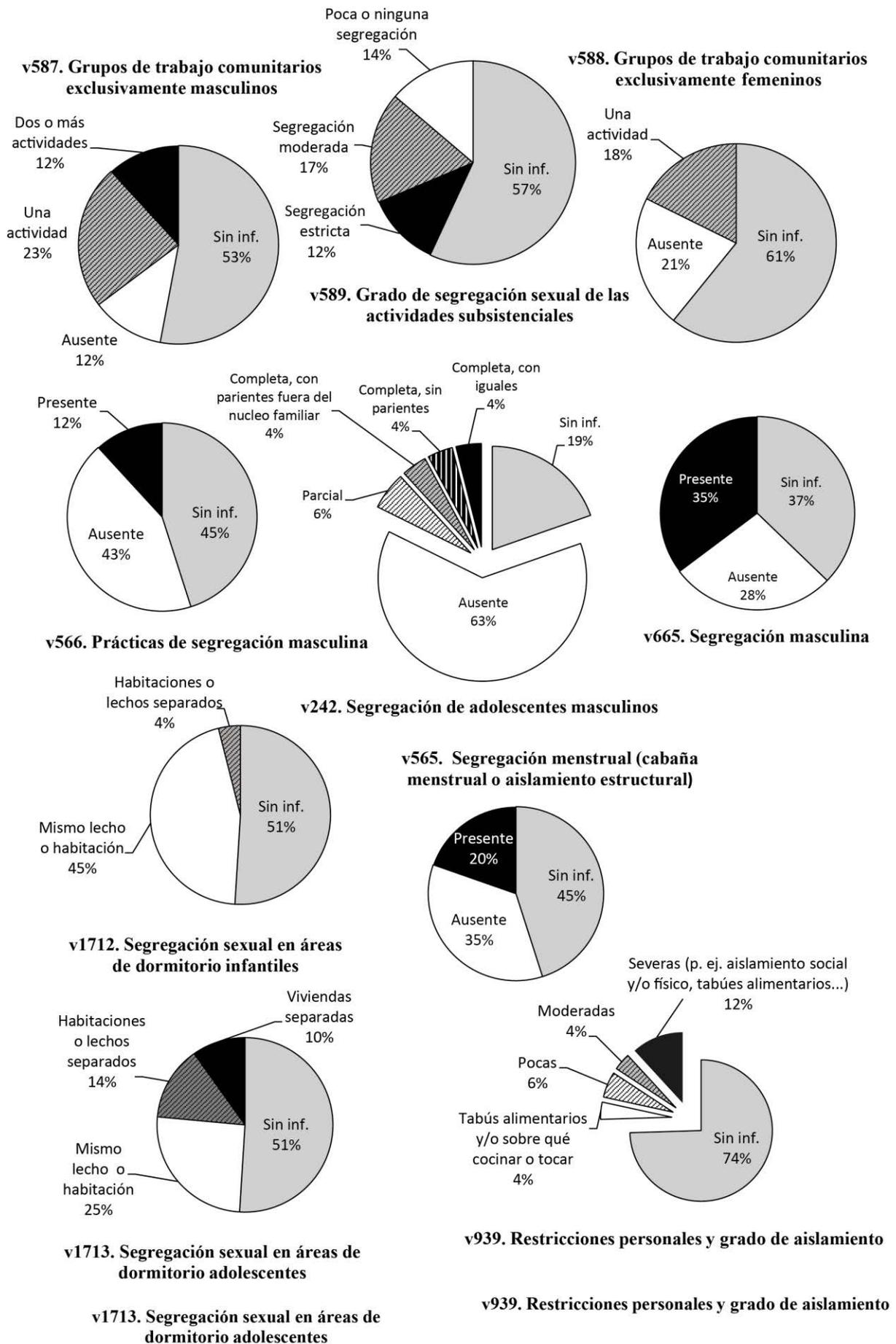


Figura 3.3. Frecuencias de determinadas variables relativas a la segregación espacial en 51 sociedades de la SCCS.

3.1 Revisión crítica del registro etnográfico

Una aproximación a la división social-sexual del espacio y, en particular, a la organización interior de la vivienda en grupos cazadores-pescadores-recolectores deberá partir, por un lado, de la información que se puede inferir del análisis del material gráfico disperso, principalmente representaciones del siglo XVIII, esbozos y fotografías de entrada el siglo XX. Por otro lado, y en esencia, de las observaciones contenidas en el amplísimo corpus literario formado durante más de dos siglos de investigación etnográfica.

Esta revisión está estructurada básicamente en dos partes. En la primera, analizaremos la información etnográfica relativa a los grupos nómadas ganaderos o pastores. Aunque estos grupos se diferencian en aspectos fundamentales de los grupos cazadores-recolectores-pescadores, también lo hacen respecto a los grupos agrícolas en aspectos igualmente fundamentales. En cualquier caso, ha parecido adecuado a los objetivos de esta revisión considerar de qué manera se puede organizar el espacio interior de estructuras temporales, relativamente pequeñas y sin elementos arquitectónicos divisorios. Salvando distancias, son similares a las estructuras que se han observado en grupos cazadores-pescadores-recolectores con medios de transporte terrestre (p. ej. trineos). Es por ello que algunas de estas estructuras, como la Yurta, han servido como modelo para la interpretación de la evidencia arqueológica (capítulo 1).

En la segunda parte de este apartado se estudiarán los datos etnográficos correspondientes a grupos cuya subsistencia, al menos en el momento de los primeros estudios, dependía de manera substancial de actividades como la caza, la pesca y/o la recolección. Las últimas décadas han puesto de relieve la flexibilidad económica de estos grupos, que en muchos casos practican ciertos tipos de agricultura, ganadería o comercio (ver p. ej. Lee y Daily 1999; Binford 2001). En cualquier caso, no es este el lugar para discutir la adecuación de ciertas categorías económico-etnográficas. Baste con señalar que se ha seguido la caracterización convencional de la literatura etnográfica, priorizando grupos unas características espaciales comunes (estructuras más o menos temporales, de dimensiones reducidas, sin particiones). No obstante, dada la escasez de datos etnográficos sobre la organización del espacio, se ha antepuesto la exhaustividad a la coherencia interna de la muestra. Finalmente, se ha optado por exponer los datos siguiendo una ordenación principal geográfico-climática y una

ordenación cronológica secundaria (fecha de publicación o época del trabajo de campo). Ello debería permitir detectar al hilo de la argumentación tanto la evolución general de la investigación como las diferentes tradiciones etnográficas regionales.

3.1.1 Grupos nómadas ganaderos

La división sexual del espacio en la denominada «tienda nómada», característica de las comunidades ganaderas del norte de África y Próximo Oriente, está suficientemente documentada en el registro etnográfico (Steadman 2005: 95). Rapaport (1969: 55) describe cómo los roles sexuales se reflejan en el diseño de las tiendas de las comunidades nómadas **Tuareg**. La entrada a su tienda está al sur, con los hombres situados al este y las mujeres al oeste. Faegre (1979) aporta diversos ejemplos de esta división sexual del espacio en las tiendas nómadas (Figura 3.4).

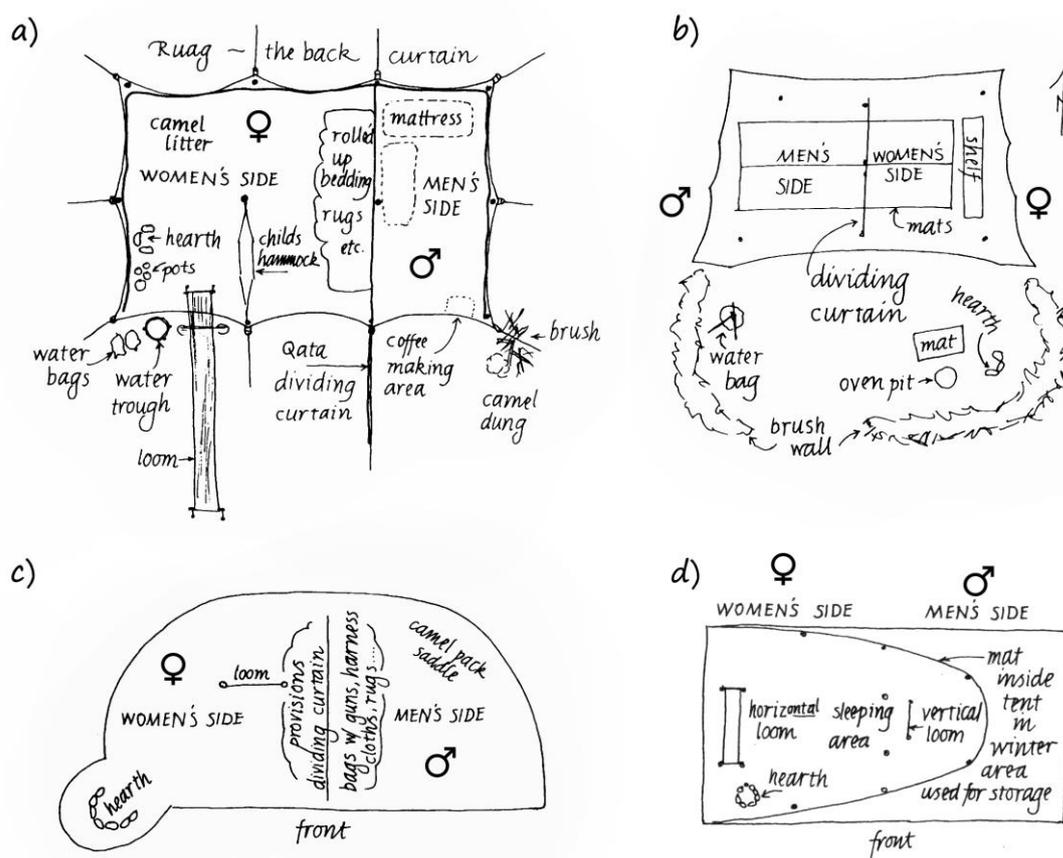


Figura 3.4. Planta de una tienda beduina (a), marroquí (b), argelina (c) y bereber (d), a partir de Faegre (1979).

En un estudio reciente, se ha descrito una división sexual del espacio similar en la tienda **beduina** (Na'amneh, Shunnaq y Tasbasi 2008, 156–57):

The way the Bedouin tent is divided reflects the social value of male and female (...) The two domains of men and women are to be kept separated. Male and female roles are different but complementary (...) Children can move within the tent freely, but girls at the age of adolescence should observe the same rules that apply to the mature women of the tent. Younger women spend less time in the men's section (...) In the evening, both women and men share the same place and spend time together in the men's section, as long as there is no male guest present in the tent.

En todos estos casos la separación entre ambos lados de la tienda, con frecuencia definida estructuralmente por una cortina divisoria, es considerablemente estricta (Steadman 2015b). De los grupos de pastores de camellos del África subsahariana también se dispone información abundante. En los grupos **Rendille** del norte de Kenia, la vivienda es una estructura desmontable y transportable. El interior está dividido en una sección occidental delantera, con una función más pública y utilitaria, y una sección oriental trasera, más privada. A su vez, en un eje perpendicular norte/sur, el espacio se divide en función del sexo (Figura 3.5). A diferencia de las anteriores, la vivienda es un único espacio, en el sentido de que no está físicamente particionada, aunque «it is clearly divided into several symbolic and functional spaces» (Grum 1995: 158). En el caso de los grupos **Mahria** de Sudán, también pastores de camellos altamente móviles, la división se plantea entre interior/exterior, siendo toda la tienda el área de la mujer (Holter 1995: 124). La vivienda no está dividida por cortinas o alfombras, aunque cuando llegan visitas al campamento y son invitados a la tienda, o bien los hombres o bien las mujeres, según el caso, permanecen fuera. En las festividades, los hombres normalmente se reúnen en el exterior mientras que las mujeres en el interior de la tienda (*ibid*: 138).

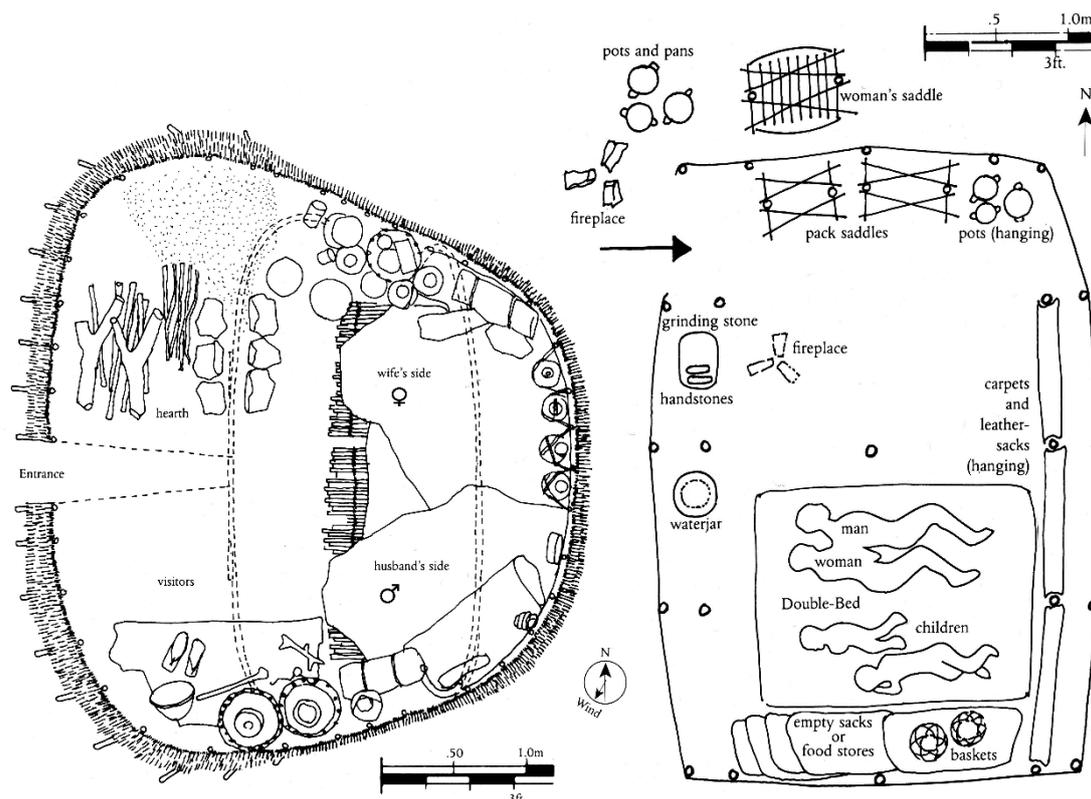


Figura 3.5. Izq. Planta de una tienda rendille (a partir de Grum 1995: 158); Der. Planta de una tienda mahria (a partir de Holter 1995: 132).

La división sexual del espacio de la tienda también se ha documentado en las comunidades de pastores nómadas de las estepas de Asia Central y Oriental (Figura 3.6). La **Yurta mongola** ha sido objeto de interés desde las primeras etnografías (p. ej. Kharuzin 1896), en parte por lo elaborado de su fabricación, en parte por el sentido sagrado y cosmológico que sus moradores daban a cada uno de los elementos estructurales y mobiliarios que la conformaban (ver Faegre 1979). Ello, por supuesto, incluía también su ordenamiento interior:

Everyone and everything in the yurt has its appointed place. The women's side is the eastern half of the yurt and the men's side -where visitors sit- is the western half. There is a place of honor- in the back of the hearth away from the cold. The young and animal newborn sit close to the doorway. Saddles, guns, and ropes are placed on the men's side while the churn, kitchen utensils, and the cradle sit on the women's side (Faegre 1979: 92).

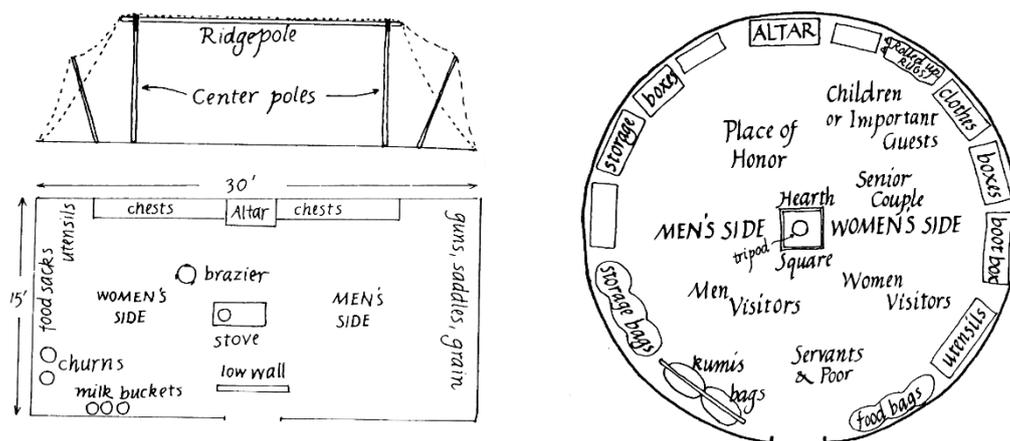


Figura 3.6. Izq. sección y planta de una tienda tibetana (a partir de Faegre 1979: 59). Der. planta de una yurta mongola (a partir de Faegre 1979: 91).

Un último ejemplo corresponde a los grupos **saami**, pastores de renos nómadas o semi-nómadas, que habitan el norte del área geográfica denominada Fenoscandia. Rånk (1949) en su trabajo sobre la vivienda saami (*kåhte*) identificó un patrón general consistente en tres grandes áreas subdivididas (a veces físicamente, con leños) en nueve zonas sociales separadas (Figura 3.7). El hogar (*arran*) era el centro de esta estructura. Aunque con diferentes nombres, esta misma estructura interna se mantuvo en el tiempo al menos desde las primeras observaciones en el siglo XIX (Scheffer, cf. Yates 1989) habiéndose observado su continuidad en las aldeas de verano saami actuales (Yates 1991: 251). Sobre la división sexual del espacio en la vivienda saami, este último autor escribe:

The divisions of the Saami *kahte* articulated the system of values and authority upon which Saami society was based. Inherent in these was the opposition of male and female, and of men's power over women, for although there was an emphasis in Saami society upon equality between the sexes, in the rules of bilaterality, property and inheritance (Pehrson 1957), women were distinguished from men both conceptually and in practice. Gender differentiation is marked and pervasive in Saami society - there are even separate verbs for male and female urination (Pehrson 1957: 32) - and this differentiation can be shown to structure the internal space of the *kåhte* (*ibid*).

El *kåhte* disponía de dos entradas (Figura 3.7). La delantera (*uksa*) era más grande y se usaba cotidianamente, especialmente por la mujer, ya que ésta tenía prohibida el paso a través de la otra entrada, localizada en la parte trasera de la cabaña. Este acceso (*påssjo*) estaba restringido a los hombres y tenía una connotación ideológica (p. ej. los animales cazados tenían que entrarse por aquí). En la zona común (*loide*) hombres y mujeres también estaban separados, en algunos casos incluso físicamente (Yates 1991: 252). Los hombres se sentaban y dormían en la parte trasera, las mujeres en el lado de la entrada

(Rånk 1949: 111). Aunque exhibe una variación mayor, también existía una división generacional entre padres e hijos pequeños, a un lado, e hijos mayores, al otro. En los casos en que más de una familia ocupaba el *kåhte*, cada familia escogía un lado, reproduciendo las tres divisiones (Yates 1991: 254).

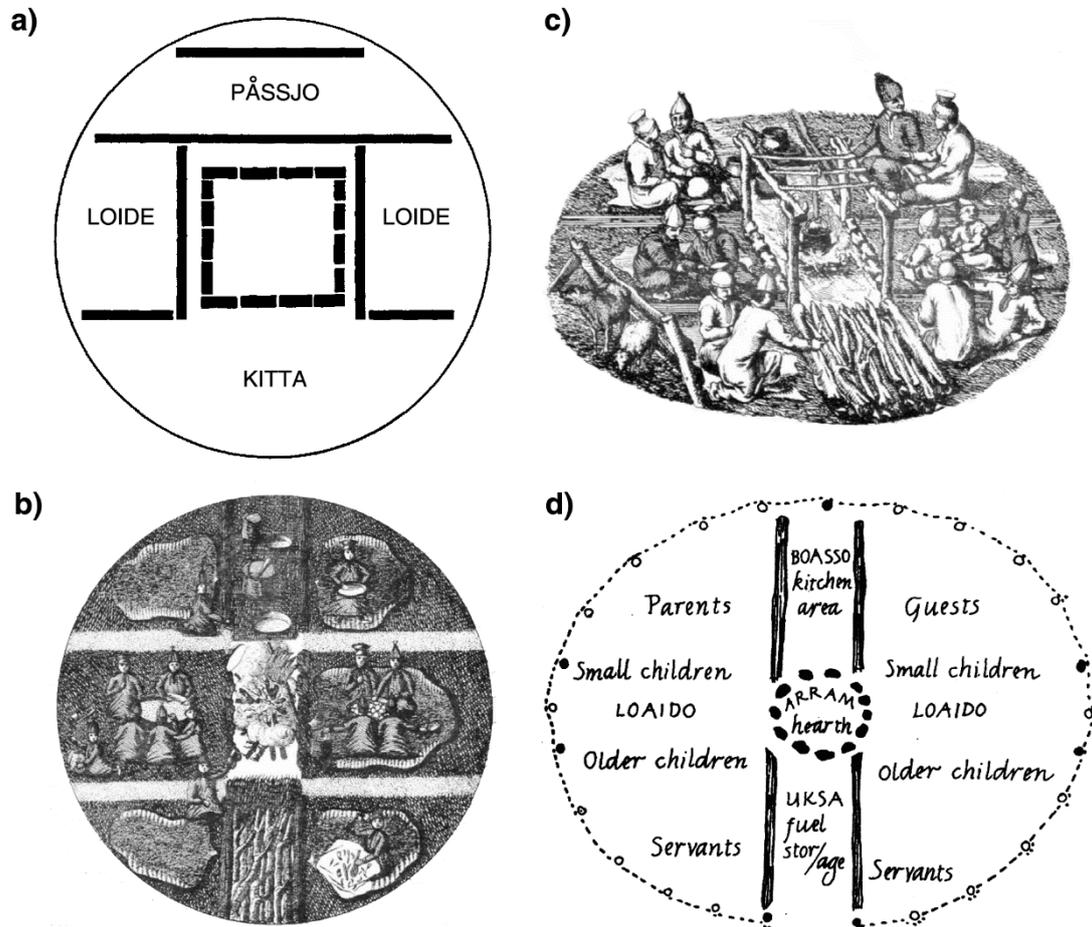


Figura 3.7. Organización interior de la vivienda saami: a) planta del *kåhte* según Scheffer (1704; a partir de Yates 1989: 252); b) y c) detalles de las ilustraciones de Leem (1767; a partir de Grøn 2017: 4); d) planta del *kåhte* según Rånk (1949, a partir de Faegre 1979: 124).

3.1.2 Grupos cazadores-pescadores-recolectores

Los datos etnográficos referentes a la organización interna de las viviendas de grupos cazadores-pescadores-recolectores son, en general, menos detallados. Asimismo, y a diferencia de la mayoría de los ejemplos que se han visto en el apartado anterior, ningún elemento físico marca la división sexual del espacio. Una división, sin embargo, y como se verá a continuación, efectivamente documentada en contextos sociales y geográficos muy diferentes.

Los estudios etnográficos clásicos sobre las comunidades inuit observan una contraposición entre el espacio interior de la vivienda, bajo el “dominio” de las mujeres (de la *housewife*), y el mundo exterior netamente masculino (y económico, político-ritual, público). Más arriba se ha señalado como Birket-Smith (1983: 162-3) da por natural dicha separación. Posteriormente, y desde una perspectiva muy diferente, se ha propuesto que las viviendas son “femeninas” en base a una asociación explícita entre mujeres, casas y fetos (p. ej. Saladin D’Anglure 1986). Sin embargo, como se ha señalado críticamente (Bodenhorn 1993) esta asociación mujer/casa contrasta con la información etnográfica disponible en muchos otros casos.

Efectivamente, ya en las primeras etnografías se apunta a una división entre hombres y mujeres del espacio de la vivienda. Franz Boas (1888: 546), en referencia a las viviendas de invierno que observó en el Estrecho de Davis comenta que «These huts are always occupied by two families, each woman having her own lamp and sitting on the ledge in front of it, the one on the right side, the other on the left side of the house». Por su parte, John Murdoch (1892: 75) en su estudio sobre los grupos Iñupiat del norte de Alaska, describe:

Two families usually occupy such a house, in which case each wife has her own end of the room and her own lamp, near which on the floor she usually sits to work (...) The furniture is always arranged in the same way. There is only one rack on the right side of the house and two on the left. Of these the farther from the lamp is the place for the lump of snow. In this same corner are kept the tubs, and the large general chamber pot and the small male urinal are near the trap door. Dishes of cooked meat are also kept in this corner. This leaves the other corner of the house vacant for women visitors, who sit there and sew. Male visitors, as well as the men of the house when they have nothing to do, usually sit on the edge of the banquette.

La etnografía de Diamond Jenness (1922) es una de las más completas realizadas sobre un grupo inuit. Aunque originalmente interesado en la antropología física, la tecnología y la arqueología (ver la introducción en *ibid*), las observaciones y diagramas de Jenness sobre la vivienda de grupos Copper Inuit permiten extraer algunos datos:

Every inmate has certain definite duties to perform, and a definite place on the sleeping platform. The woman sleeps in the corner beside her lamp, and the little children lie between her and her husband. Outside of him sleep the older children, then any guest whom they may happen to entertain. One old man, however, would always change places with his wife at night after they got into bed, so that she would not disturb him when she rose in the morning to light the lamp and attend to her household duties. His

position in the corner, too, had another advantage — it was less convenient for him than for his wife to turn out in the night when the dogs created a disturbance (*ibid*: 85).

Jeness observa la repetición de este mismo ordenamiento interior en las viviendas de invierno, verano y primavera, con la diferencia de que “In fine weather cooking takes place out of doors, but whenever it is cold or windy a hearth is made just inside the doorway.” (*ibid*: 79-80). Asimismo, cuando dos familias comparten una única habitación, práctica frecuente especialmente en invierno, “each as a rule kept to its own side of the hut, though there was never anything to mark a division between them” (*ibid*: 74). En este caso, o cuando hay una segunda esposa (Figura 3.8), “another lamp and its outfit is set up in similar fashion on the opposite side of the hut” (*ibid*: 62).

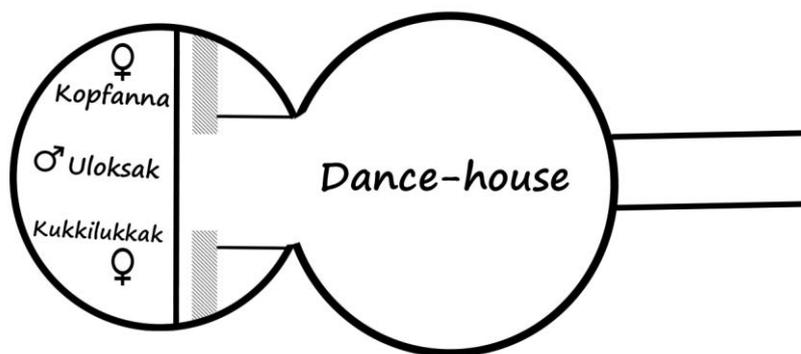


Figura 3.8. Planta de una «Snow hut» o iglú individual con «dance-house» frontal. Pertenecía a Uloksak, «a famous shaman», y sus dos mujeres. Cada una disponía de un lado de la cabaña, donde tenían su propio equipo de cocina y secado (a partir de Fig. 14, Jenness 1922: 66).

Respecto a la comunidad Sugpiaq de los grupos Alutiiq, en la costa suroccidental de Alaska, Birket-Smith describía la organización interior de las «smoke houses» multifamiliares de otoño y verano de la siguiente manera¹⁰:

All indoor work seems to have been performed there (...) An unmarried girl slept with her parents so that the mother could watch her. Infants likewise slept together with their parents of course, but when they grew older, boys and girls of each family had separate sleeping rooms. Sometimes the children of one family would spend the night in the room of another family's children of the same sex, but it frequently happened that boys sneaked into the girls' rooms at night. Guests slept in the bathroom of the village chief, but we were also told that they might sleep in the main room between the fire and the sleeping rooms. Perhaps the former statement refers to visiting families and the latter to single travellers. One (?) of the small rooms was used as a workshop for the women (Birket-Smith 1953: 55-56).

Más adelante, en su detallada descripción sobre la vida de una familia Utku, Jean L. Briggs (1970) también observa que cada miembro de la familia tenía su propio puesto, tanto de día como de noche, en el *ikliq* (una plataforma elevada donde sólo los miembros de la familia dormían y se sentaban). De nuevo, la distribución no variaba

¹⁰ Véase también sobre estos grupos el trabajo de Salius Gumà sobre el *kasgiq* o casa de hombres (2013).

según la estación ni la forma de la vivienda (Figura 3.9). Además, Briggs destaca que «the ordering of these places is standard in all Utku families, as it is, with occasional variations in other Eskimo groups, as well» (1970: 77). Es interesante el apunte de Briggs de que durante el día, cuando la casa estaba llena de visitantes, tenía la impresión que los hombres y las mujeres se ignoraban mutuamente, «except when a man gave instruction to his wife (or daughter or sister) to perform some service for him (...) Women did not participate in men's conversations; they sat *at the periphery* and listened. Or else while the men were gathered in one circle, playing cards, joking, reminiscing, and planning hunting and trading trips, the women brought their sewing to another spot, where they gossiped together» (énfasis añadido, *ibid*: 80). En otros momentos puntuales, como a primera hora de la mañana, o a la hora de dormir, «the separate circles meshed» (*ibid*).

En su trabajo sobre los grupos inuit Netsilik, Asen Balikci describe cómo «Inside the tent the housewife sat at one extremity of the sleeping area while her husband occupied the middle» (1970: 27). Tanto en invierno como durante los meses más cálidos, cuando la familia extendida constituía una “unidad comensal”, las comidas principales reunían a todos los miembros; hombres y chicos a un lado, mujeres, chicas y niños pequeños al otro (*ibid*: 79-80). Estos dos mismos grupos se formaban en la comida comunal que, en un campamento de verano, seguía a una pesca colectiva (*ibid*: 36).

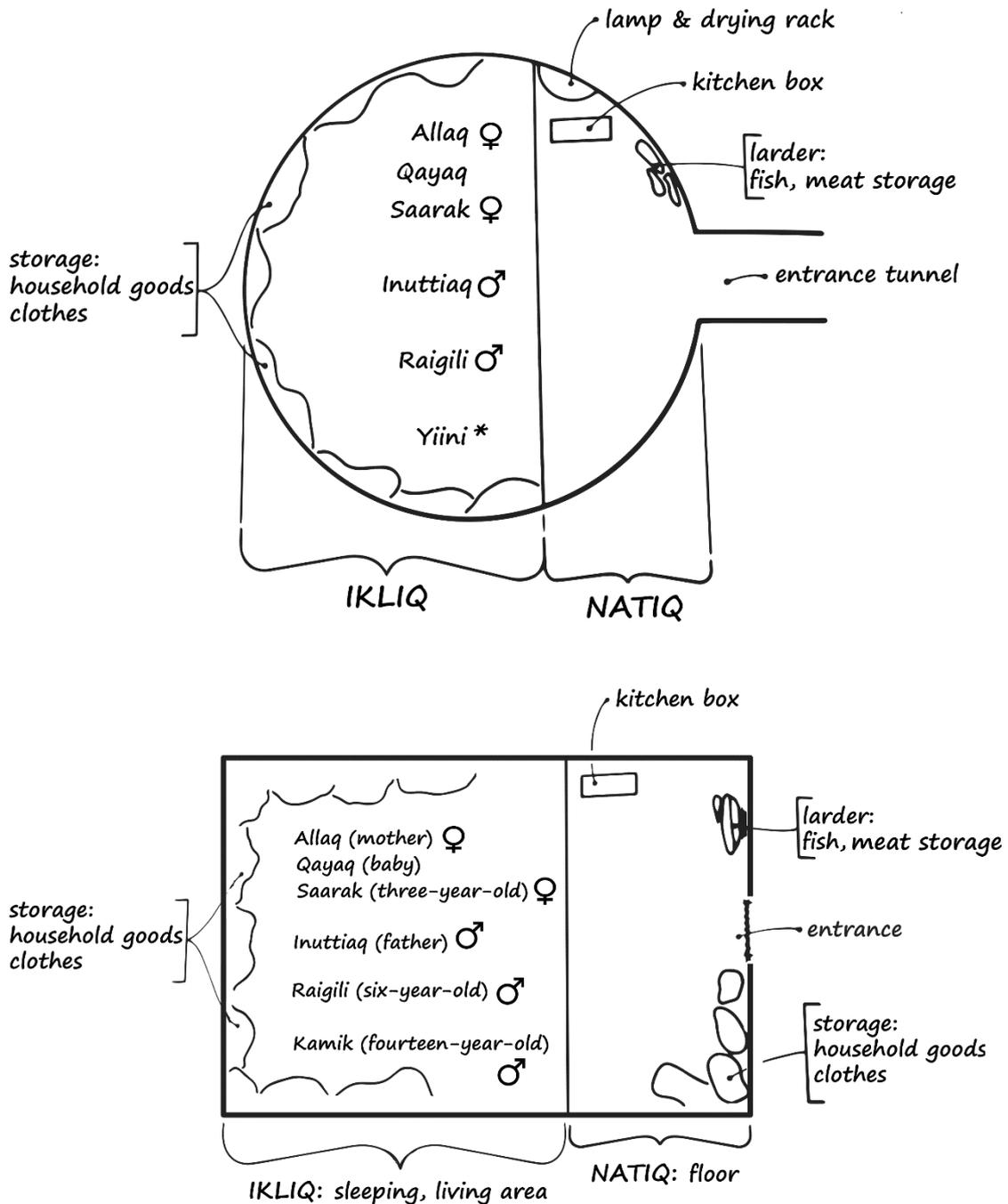


Figura 3.9. Planta del iglú (a) y de la tienda de Inuttiaq (b), a partir de Briggs, 1970: 76. *Lugar del hijo mayor o de un invitado (Yiini = Jean Briggs).

La información relativa a los grupos no inuit del ártico o subártico americano es menos homogénea. La etnografía ha tendido a resaltar la existencia de un «seat of honour» en las viviendas de estos grupos, frecuentemente asociado al hombre y situado al fondo de la misma (Paulson 1952; ver Figura 3.11a). En su etnografía sobre los grupos Dene que habitan los Territorios del Noroeste (Canadá), Adrien G. Morice (1910: 149) recoge la siguiente observación:

As to the house etiquette, it was not complicated, but what there was of it was very strictly observed (...) The space near the door is for the menials, the orphans, the widows, and the dogs. To place a stranger there, especially if a man of some note, would be nothing short a gross insult.

En su obra sobre la vivienda en los grupos nativos norteamericanos, Lewis H. Morgan (1881: 102) recoge varias observaciones de autores anteriores relativas a la existencia generalizada en éstos de una «separation of the sexes at their meals». En el caso de los grupos iroqueses, y refiriéndose a la adopción de modo de vida de los colonos, Morgan dice que una de las dificultades principales habría sido cambiar «the old usage and accustom themselves to eat together» (*ibid*: 99). Morgan, que estudió la comunidad seneca-iroquesa, señala que una costumbre todavía existente es que hombre y mujer utilizan el mismo plato y cubierto, comiendo el hombre primero y luego la mujer (*ibid*: 100).

En relación con los grupos Cree, David G. Mandelbaum (1940: 211) señala que «Ten or twelve people usually lived in a single tipi. The fireplace was in the center, the place of honor being behind the fire, opposite the door». Por su parte, Julius E. Lips (1947: 32) ha señalado sobre los grupos Innu (Naskapi) del lago Saint-Jean y del lago Mistassini (región subártica oriental del Canadá) que «The Indians eat in informal fashion, without consideration of age or rank and without any specific seating order».

En la misma región, aunque más adelante, Adrian Tanner (1979) llevó a cabo uno de los análisis más completos (sino el que más) en lo que respecta a la organización del espacio por parte de grupos cazadores-pescadores-recolectores. En efecto, uno de los focos de atención de este autor es la construcción ideológica del espacio social en las comunidades Cree del lago Mistassini. Estos grupos cazadores-tramperos muestran una alta movilidad residencial. En verano se agregan en grandes comunidades, mientras que en invierno se dispersan en pequeños grupos de caza de unas pocas familias por territorios habituales específicos (Rogers 1963; 1972; Pothier 1965; Tanner 1979). A pesar de esto, Tanner observa que «the Cree foster the illusion that their place of residence never changes (...) the standardized internal arrangement is such that the dwelling seems to always occupy the same space» (1979: 73). Así pues, la organización social del espacio es en esencia la misma en las viviendas individuales (para la unidad social básica, i.e. un matrimonio, hijos, y familiares solteros o viudos) y en las comunitarias. En ambos casos, la estructura básica es un hogar en el centro, una entrada

en un lado del hogar, y la zona de vivienda propiamente en el lado opuesto del hogar respecto a la entrada (*ibid*: 76, ver Figura 3.10a).

Tanner observa una estricta división sexual del espacio: «All the males of the family, with the possible exception of small infants, remain on the male side, and women stay on the female side» (*ibid*: 77). Es más, existe un orden espacial en cada lado, con el matrimonio en el centro y los individuos dependientes del mismo sexo ocupando el lado correspondiente, ordenados de menor a mayor edad (Figura 3.10b). De esta manera, el orden espacial de un lado es la correspondencia exactamente inversa del otro (*ibid*: 79). Así pues, la posición de cada residente es la misma en todo momento, trabajando, durmiendo, relajándose y también comiendo: «At meal times people move together slightly, in a semi-circle around the food, which is placed on a cloth laid out on the floor, but each retains his position relative to the others» (*ibid*: 76-77). Cuando hay trabajos que requieren más espacio, «the other people present make room for the person doing the work, but each retains his or her position relative to the others» (*ibid*: 80).

Aunque en las viviendas multifamiliares la oposición frontal-trasero es más bien centro-periferia, la organización social del espacio es la misma, dividiéndose el espacio de cada unidad social en un lado masculino y femenino (Figura 3.10c). La posición de cada familia depende del estatus relativo de cada una, así como de una regla explícita según la cual las familias adyacentes deben evitar el contacto inmediato entre miembros del sexo opuesto. Según Tanner, esta regla se observa hasta el punto en que en situaciones en que una vivienda está ocupada por un número impar de unidades sociales, se construye una ampliación en la pared trasera con el fin de obtener una separación de las familias en cada lado (*ibid*: 86, ver Figura 3.10d). Otra solución es emplazar a todos los hombres solteros («who are, in a sense, the cause of the problema»: *ibid*) en esta ampliación trasera. Asimismo, en campamentos de verano, a veces los hombres solteros de diversas familias comparten una tienda, aunque cada una sigue comiendo con su propia familia.

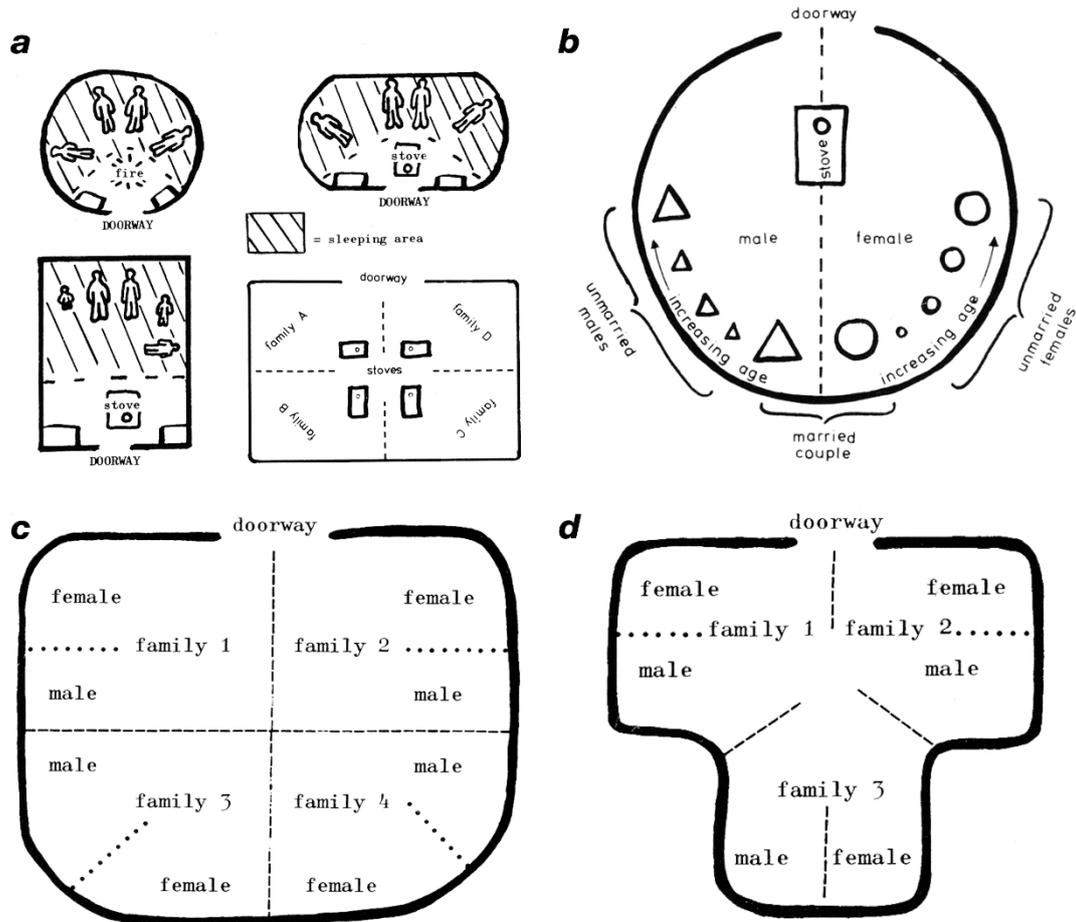


Figura 3.10. Planta básica de los diferentes tipos de vivienda en los grupos Cree de Mistassini (a); organización del espacio social en (b) vivienda unifamiliar, (c) multifamiliar, (d) multifamiliar con número impar de unidades sociales (a partir de Tanner 1979: figs. 3, 4, 6, 9 y 10).

Respecto a las comunidades de las Grandes Llanuras de América del Norte, existe una importante cantidad de descripciones etnográficas sobre el tipi, especialmente desde la perspectiva arquitectónica. Sobre la distribución interna de los tipos de los grupos Blackfoot, Clark Wissler (1910: 105-6) comenta «The bed on the south side is occupied by the man and woman, small children sleeping on another bed at the foot and larger children, guests, etc., on the opposite side of the tipi (...) The space at the rear of the tipi between the back-rests is reserved for ceremonial objects and trophies. These are usually the property of the man». En general, se ha destacado que la organización del tipi estaba sujeta a reglas de conducta bien establecidas: «Its space was carefully allotted to each inmate, and it was required that this space, and the place for all utensils and clothing be respected. » (Parker 1975: 29). Aunque evidentemente no se puede aplicar a todos los grupos, esta organización interna parece también comportar una división sexual del espacio (Figura 3.11b):

men sat on the north side of the tipi and women on the south. The owner's seat was against the rear south back rest (...). If he had a son, the son's seat was the other back rest (...). If he had no son, this was reserved for guests, and often both rear back rests were given to guests and the host moved farther over to the right so that the guests were on his left, or heart side. On entering a tipi, a man moved to the right to his designated place, a woman to the left. (Laubin y Laubin 1957: 118-119).

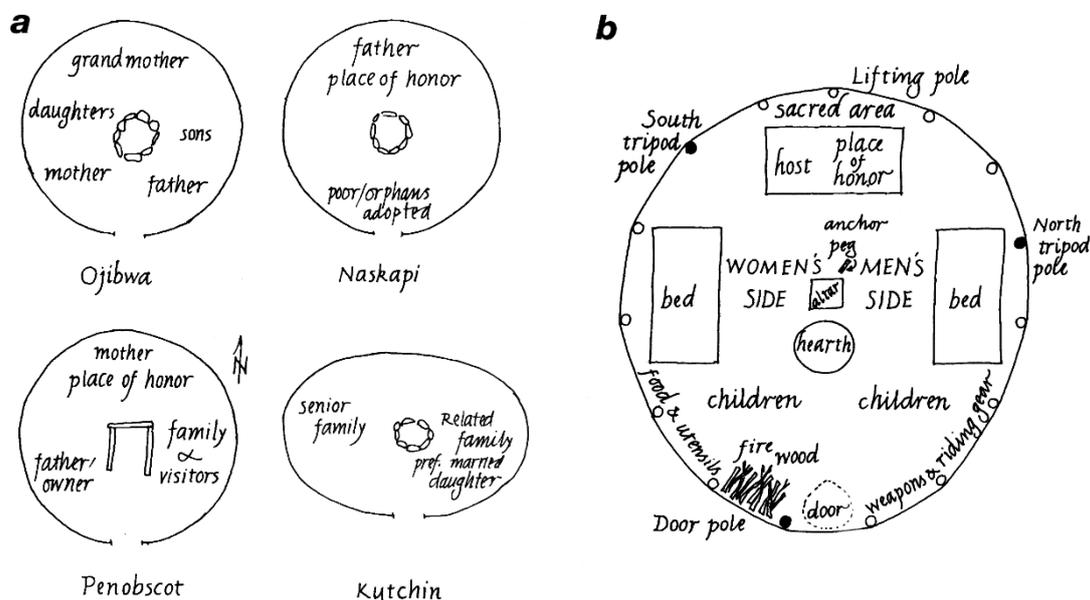


Figura 3.11. Ejemplos de organización interior de viviendas de grupos de América del Norte (a) y (b) planta de un tipi (según Faegre 1979:161 y 144, respectivamente).

Existe una amplia información etnográfica sobre los grupos cazadores-recolectores y pastores de renos de Siberia. Los observadores del siglo XIX y principios del XX documentaron con interés las diferentes estructuras de habitación. Aunque fundamentalmente con un énfasis en la descripción de la *cultura material*, algunos autores también dejaron constancia de la manera de organizar socialmente el espacio de las viviendas. Así, por ejemplo, sobre la organización de las viviendas semi-subterráneas de los grupos costeros Koryakos (península de Kamchatka), Waldemar Jochelson (1908: 460) señalaba: «The children are kept on the skins under the raised tents, and the women also sit there with their work (...) The men sit, during the day, on logs in front of the tents, unless they are 'lounging in bed.» Respecto de la manera de acceder a la vivienda semi-subterránea, este autor señala una norma similar a la descrita más arriba para los grupos saami, aunque a la inversa:

A round opening sufficiently large for a man to get through is left on the roof of the entrance-room (see Fig. 62, W). This opening is called na/ucfiin. Women and children often get in and out of the house through this opening, in order to avoid going up and down the ladder. The men consider it incompatible with their dignity to enter the house through this opening. In olden times, men 'transformed' into women (kavaul) used to go

in and out through this opening. Provisions, dogs' harness, and other articles, are lowered down through it. Besides, it serves as a draught-hole (Jochelson 1908: 458).

Jochelson también estudio con detalle las yurtas de los grupos Yakutas (Siberia oriental), de las que comentó que se dividían en dos mitades, masculina y femenina, situadas respectivamente a la derecha y la izquierda desde la entrada (1933: 137).

Los grupos Evenki del centro y este de Siberia, también denominados en la literatura etnográfica como Orochen y Tungus, fueron objeto de detallados trabajos en el primer tercio del siglo XX. S. M. Shirokogoroff (1929: 255, cf Sirina 2006) aporta la descripción más detallada de la organización interior de una cabaña Evenki (Figura 3.12). En el centro estaba el hogar (*aran*), substituido gradualmente por estufas de hierro desde principios del siglo XX. El lugar opuesto a la entrada se denomina *malu* en todos los dialectos. Es un área asociada con los espíritus y ligada a diversas prohibiciones. Por encima de todo, el *malu* es «a place of honour»:

As a rule, only men have the right to sit at the *malu*. Moreover, they should either be single (unmarried) or elderly. Male guests were usually invited to sleep in that spot. Outsiders or relatives adopted by the family were forbidden from taking the *malu* space (énfasis en original; Sirina 2006: 129).

Las dos zonas que quedan a izquierda y derecha de la entrada (*chona*) están destinadas a la cocina y a los utensilios domésticos. Durante el día, es el lugar donde suele estar «The mistress of the lodge». Las mujeres casadas generalmente estarían a la izquierda de la entrada y las solteras a la derecha. Entre las zonas *chona* y *malu* se encuentra el área para descansar durante el día y para dormir de noche (*be*). La distribución de los miembros de la familia varía entre grupos Evenki, aunque una tendencia general es que los padres ocupen el *be* izquierdo y los hijos mayores el otro *be*. Si éstos últimos son de sexo diferente, los hombres jóvenes duermen en el *malu* y las mujeres permanecen en el *be* derecho (Sirina 2006: 129).

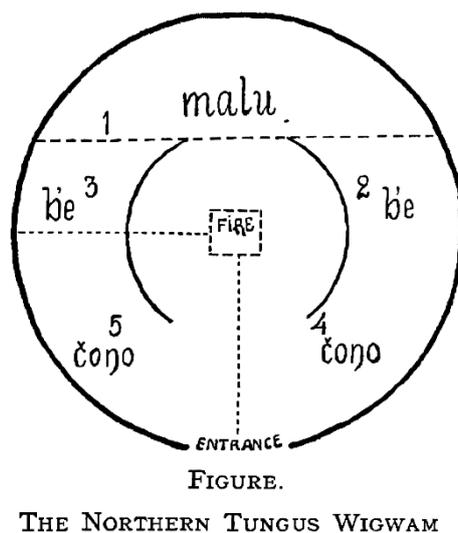


Figura 3.12. Planta del interior de la cabaña Evenki (Shirokogoroff 1929, cf. Sirina 2006: 129).

El período postsoviético ha visto la profusión de estudios etnográficos entre grupos siberianos como los evenki o los nenets. El hecho de que algunos de estos grupos todavía sigan llevando, al menos durante una parte importante del año, un modo de vida cazador-pescador-recolector (con una estrategia nómada posible gracias a los renos domesticados que utilizan como animales de arrastre) ha impulsado en las últimas décadas su interés desde una perspectiva etnoarqueológica (Anderson 2006; Grøn y Kuznetsov 2003; Kuznetsov 2007; A. Henry y Théry-Parisot 2014; Haakanson 2000; Svoboda et al. 2011).

La comparación entre los primeros datos etnográficos y las observaciones más recientes permite concluir que la organización interna y funcional de las viviendas evenki se ha mantenido remarcablemente inalterada (Sirina 2006: 128). Durante sus proyectos etnoarqueológicos con los grupos Evenki de la región Trans-Baikal, Grøn y Kuznetsov (2003: 217-18) documentaron un patrón prácticamente idéntico al descrito más arriba (Figura 3.13). Estos autores además destacaron que las elaboradas normas que determinan la organización espacial de la vivienda y del asentamiento estaban formalmente explicadas por la cosmología y la mitología evenki: «Often the centre of the universe is described as a central pole in the world tent» (Grøn et al. 2002). De acuerdo con este concepto siempre permanecen en el mismo lugar y, por consiguiente, sus diferentes asentamientos están en el mismo lugar, *son* el mismo lugar, organizándose de la misma manera. Asimismo, Grøn (2014) ha destacado que la organización espacial de la vivienda, especialmente de las tiendas, pero también en

estructuras más efímeras (Figura 3.14), mostraba una uniformidad geográfica sorprendente:

According to my own observations, the spatial organisation of the dwelling – especially the tents – of the Siberian Evenk displays surprising uniformity over an enormous area. According to the Evenk, this strict and uniform spatial code is necessary to avoid situations in which ‘one makes a fool of one-self when visiting other Evenk’. The fact that they speak a dialect which other Evenk may not be able to understand, and that their culture varies in other aspects, is not important. But if a person takes up a position in the dwelling which is incorrect in relation to his or her status, sex etc., this is extremely embarrassing.” (Grøn 2014: 33)

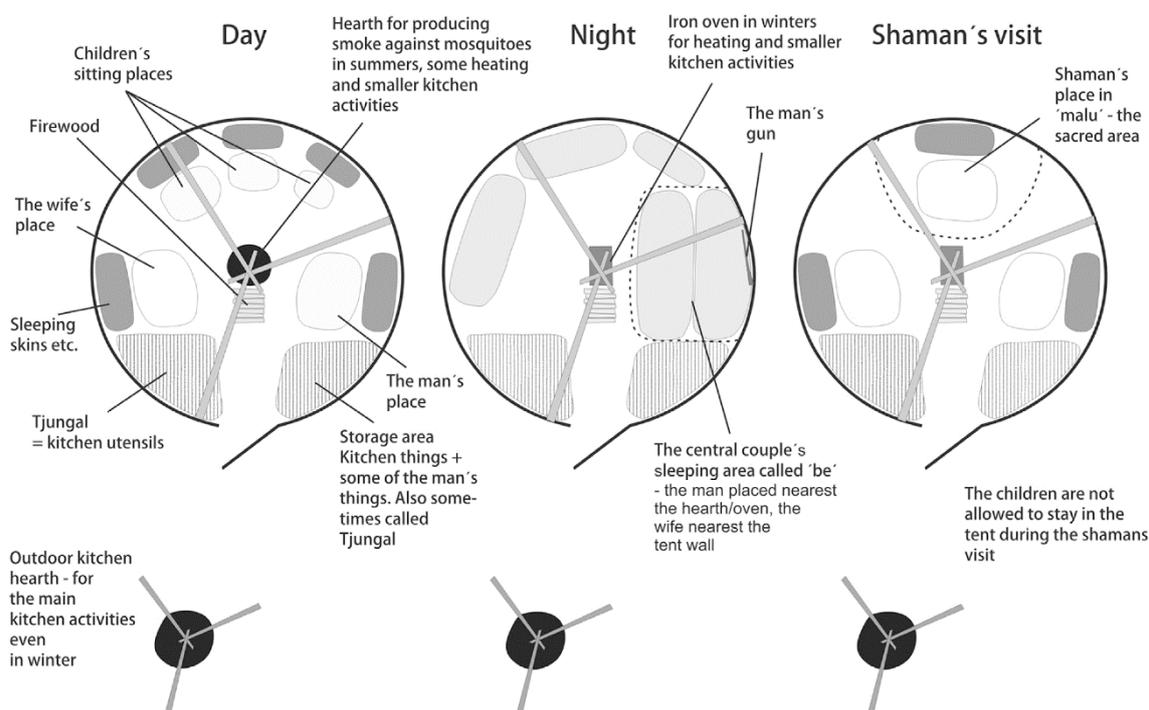


Figura 3.13. Normas Evenki sobre el uso del espacio de la tienda (a partir de Grøn 2014: 33).

Pese a la uniformidad descrita, en muchos grupos evenki la accesibilidad a nuevos materiales de construcción del período postsoviético ha comportado cambios (Anderson 2006). Uno de los más evidentes es la sustitución de las tiendas cónicas familiares por pequeñas tiendas cuadrangulares de lona, que ha comportado la dispersión de la unidad social básica y, por tanto, «gendered and status activity that would have been structured under the roof of one tent in the recent past has now been broken up into different spaces» (*ibid*: 12). No obstante, el espacio sigue estando estructurado:

Men tended to create or repair tools in certain areas outside the tents, or in the case of bad weather, at the doors of the tents they usually used. Similarly, the two women tended to prepare food repeatedly in the same spaces outside, or within the spaces in their tents that they usually used (*ibid*).

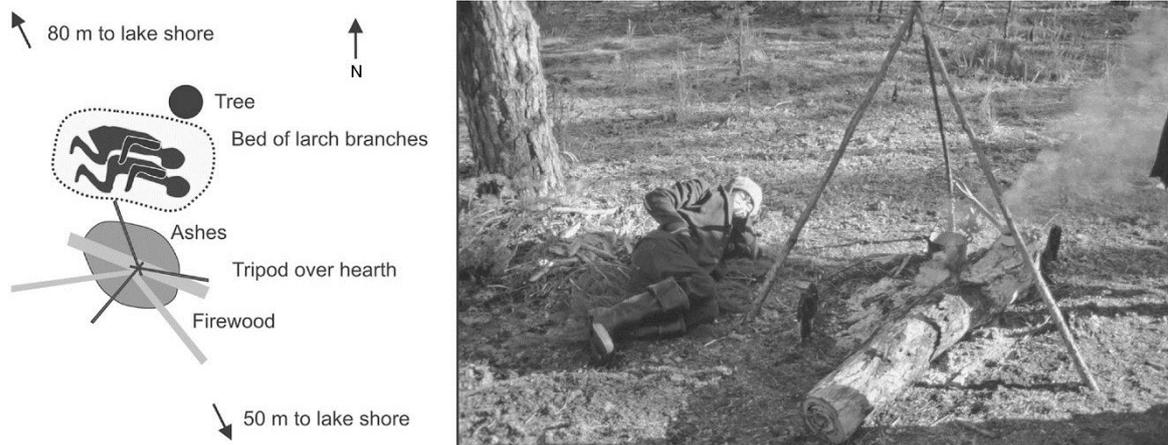


Figura 3.14. El campamento de una noche de Ludmilla y Valeria Malchikitov en el lago Chikalowski (Siberia, 1997). Como es costumbre en grupos Evenki, el hombre (Valeria) se acostaba más cerca del hogar y la mujer detrás. En la fotografía, Valeria muestra cómo dormía; la parte de la cama de Ludmilla ya ha sido desmontada para ir a pescar (a partir de Grøn 2014: 30).

Los grupos nganasan de la península de Tamyr (norte de Siberia) muestran una organización del espacio de la vivienda similar:

The Nganasan place planks or logs on either side of the hearth demarcating a work area between them and dividing the tent into two rooms, one for the women and one for the men. The area just behind the hearth and against the back wall are designated "clean" or sacred areas where ritual offerings are placed to propitiate the gods of the tribe (Popov 1966, cf. Faegre 1979: 112).

Asimismo, entre los grupos nómadas nenets de la península de Yamal (noroeste de Siberia) las normas sociales sobre la vida en la tundra se articulan en base a las relaciones entre los sexos: «Today, some customs might be followed or avoided (depending on personal inclination), but these ideal behavioral types and patterns predominate. Most nomadic Yamal people, and especially the aged, adhere to them in ritual and in day-to-day life» (Golovnev y Osherenko 1999: 31-32). Las dimensiones del espacio masculino y femenino en la vivienda (*chum*) y en el campamento se originan y divergen desde el centro, el hogar. El eje determinado por la entrada crea un círculo ideal que refleja la estructura del mundo y divide tanto el espacio interior como el exterior (Figura 3.15). La *chum* como tal se considera un área femenina, mientras que la tundra circundante es un área masculina. En correspondencia, en el campamento la mujer no puede cruzar esta línea imaginaria, mientras que en el interior de la vivienda es el hombre quien no debería hacerlo (Stammler 2005: 85). Aunque, en la práctica, este eje no restringe el movimiento a los otros miembros de la familia o a los invitados, en sendas áreas las actividades siempre son iniciativa del sexo que le corresponde. Asimismo, las niñas suelen jugar dentro de la tienda, mientras que los niños fuera (ibid: 32).

Esta línea imaginaria también sirve para dividir el espacio de dos familias que habitan la misma *chum*. Dentro de cada mitad, «the sleeping and sitting place of the main herder is in the middle behind the table, whereas every incoming male guest is given the ‘honorary’ place next to him towards the sacred place» (Stammler 2005: 85).

En el caso de una *chum* habitada por una unidad social básica (padres y 2-3 hijos), el interior de la *chum* está dividido en un área masculina (*si*, “lejos de la entrada”) y femenina (*nio*, “cerca de la entrada”). En realidad, la mujer se mueve preferencialmente en torno al hogar central, mientras que la zona interna opuesta a la entrada es un área sagrada y estrictamente masculina. El lecho conyugal se encuentra en el espacio entre el *si* y el *nio* (Golovnev y Osherenko 1999: 36). El área para sentarse y trabajar de la mujer es el lugar donde trabajan y guardan sus pertenencias. El área central es una zona común para sentarse, comer o dormir, y si es necesario el lugar donde el hombre trabaja en los días de condiciones meteorológicas adversas (Haakanson 2000: 119). Como en otros grupos, Khariutschi distingue maneras diferentes de entrar a la *chum* en función del sexo (2001:36, cf. Stammler 2005: 87).

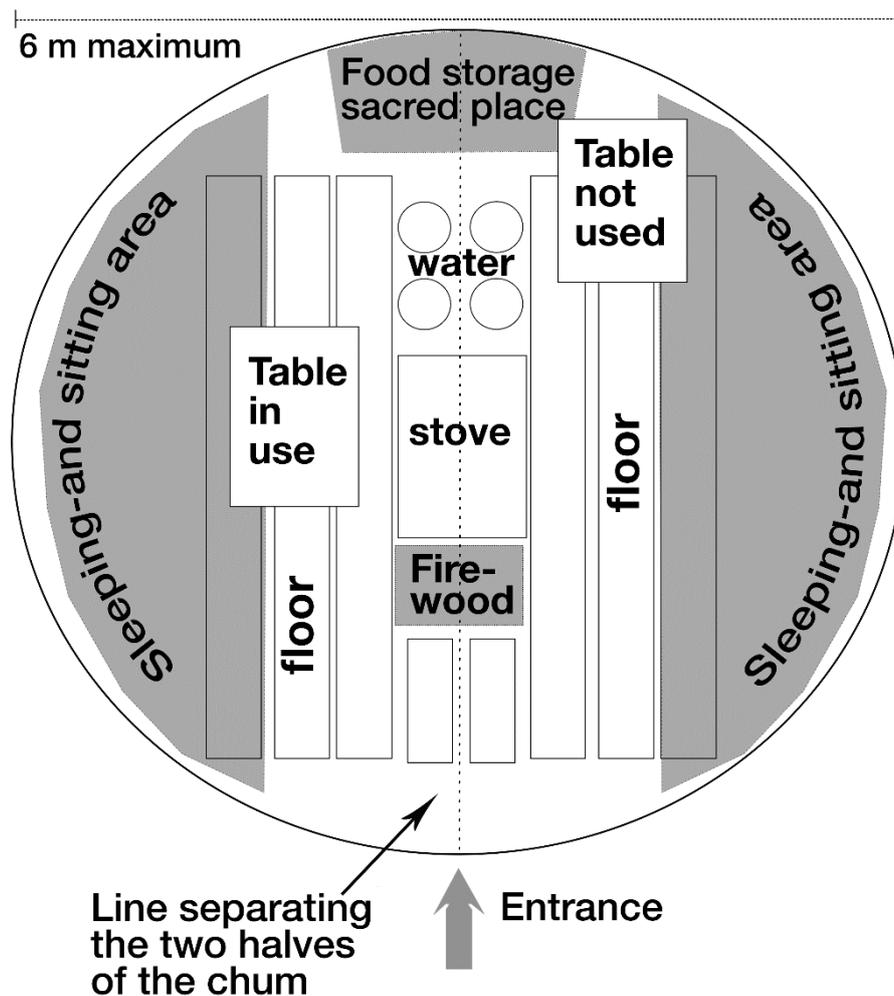


Figura 3.15. Planta de una vivienda (chum) nenet (a partir de Stammer 2005: 86).

Los grupos andamaneses (islas de Andamán y Nicobar, en el sudeste de Asia) son un claro ejemplo de lo anterior. Desde sus primeros momentos, la etnografía ha dedicado vastas descripciones a las chozas comunales de estos grupos (Man 1885; Radcliffe-Brown 1964). No obstante, los pocos datos disponibles parecen indicar que existía una organización del espacio interno de las chozas o cobertizos: «Even at the homes they are careful to maintain this order, viz. : of placing the bachelors and spinsters at either end of the building, and the married couples in the space between» (Man 1885: 40, nota 1). La formación de un campamento reproducía esta misma división. Según Man (1885: 40) los hombres solteros («Bachelors») y las mujeres solteras («Spinsters») estaban en cabañas separadas. Radcliffe-Brown (1964: 34-35) también observa esta segregación a nivel del campamento, aunque sólo en el caso de los hombres solteros o viudos sin hijos: «What unmarried females there were, I found attached to one or other of the families of the village, each one living in the hut of some married relative, generally the parent or foster-parent». La planta de estos campamentos es relativamente ovalada, con

las chozas mirando hacia un espacio público central (Figura 3.16). En ocasiones en este espacio se levanta una cabaña comunitaria para proteger de la lluvia. En su interior se reproduce de nuevo la misma estructura: las diferentes familias se distribuyen en torno a un espacio central, cada una tiene un espacio reservado y delimitado con leños. Frecuentemente el «public cooking place» se encuentra dentro de la cabaña, y es el lugar reservado para los hombres solteros (*ibid*: 35).

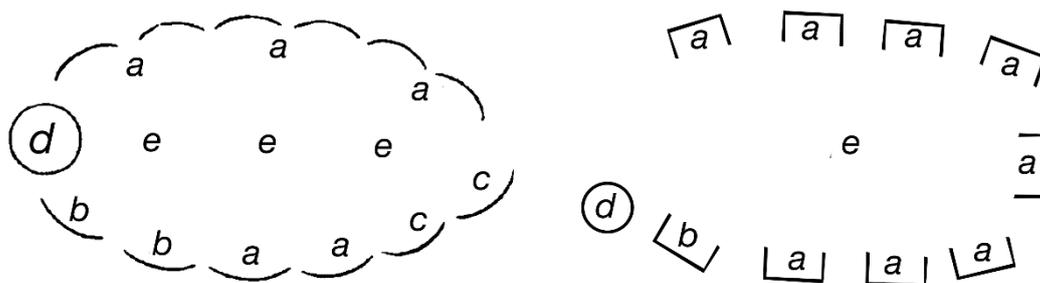


Figura 3.16. Planta de un asentamiento andamanese: a. Chozas de personas casadas; b. «Bachelor's hut» ; c. «Spinster's hut» d. Lugar público de cocina; e. Patio de baile (Izq. según Man 1885: 40; Der. según Radcliffe-Brown 1964: 34).

En general, la ausencia de datos etnográficos relativos a la división social-sexual del espacio de la vivienda ha sido interpretada como prueba de su inexistencia. Es el caso de los grupos cazadores-pescadores-recolectores que viven en ambientes tropicales o áridos, habitualmente asociados al modelo *forager* (Binford 1980), y caracterizados en los diferentes modelos de clasificación antropológica como sociedades igualitarias, no estratificadas o no segmentarias. Un problema añadido es que en muchos de estos grupos la información etnográfica disponible sobre el uso del espacio proviene de trabajos con una perspectiva etnoarqueológica, enfocados en la identificación de “áreas de actividad” y sus correlatos materiales (ver Wünsch 1989).

De esta manera, Kent (1990a: 131) sostiene que en los campamentos agta de la isla de Luzón (Filipinas) no se han encontrado «functionally restricted, gender-specific, or age-segregated areas». Las actividades se concentran en torno a los hogares, con mayor intensidad en los hogares dentro de las cabañas durante la estación lluviosa, de manera menos consistente en torno a los hogares frontales de los cobertizos rectangulares de la estación seca. No obstante, en ocasiones tanto adolescentes masculinos como femeninos levantan sus propias viviendas en el campamento (*ibid*).

Entre los grupos nayaka (Tamil Nadu, del sur de la India) la organización del espacio tampoco parece estructurarse en función del sexo o de cualquier otro criterio, al menos

desde que comenzaron a ser estudiados en 1978-9 por el antropólogo Nurit Bird-David (2009). Excepto durante la estación lluviosa, prácticamente todas las actividades (incluido dormir, cocinar o comer) se llevan a cabo fuera de las viviendas, en torno a pequeños hogares que arden durante toda la noche (2009: 206-207). Se ha destacado, por encima de todo, la ausencia de áreas designadas para actividades específicas: «Every task or activity took place in a different location according to people's social choice of with whom they wish to share their space and actions at that specific moment» (Friesem y Lavi 2017: 5). En lo que respecta a dormir, tampoco hay ninguna división evidente:

Adults and children commonly slept together; sexual intercourse took place in the forest, or occasionally quietly beside the children. Old widows slept with adolescents. Teenagers slept with one another. Neither age nor gender differences were a barrier. Sleeping-alone was a graver matter than mixed-gender or mixed-aged co-sleeping (Bird- David 2009: 208).

Esta diversidad en los grupos tropicales asiáticos también ha sido observada entre los grupos cazadores-recolectores y horticultores itinerantes del Amazonas colombiano-brasileño. Los grupos tucanos viven en casas comunales (*malocas*) rectangulares divididas en áreas masculinas y femeninas (Hugh-Jones 1979, cf. Kent 1990). El extremo femenino es redondeado, en contraste con el extremo masculino. Durante el día los hombres acostumbran a usar el extremo masculino de la estructura, mientras que las mujeres el espacio cercano a la entrada femenina, y ambos sexos la parte central de la casa. Las familias nucleares ocupan compartimentos separados que tienen un hogar y hamacas, mientras que jóvenes solteros duermen en la parte abierta de la maloca (*ibid*: 48-9). Las comidas comunales se comen en el área abierta donde el grupo formal de hombres también queda por la noche y se procesa coca y manioca.

En el caso de los grupos nukak la situación parece diferente:

«the symbolic dimension of the shelter and its metaphorical value are not established with the depth achieved by other Amazonian groups. One reason is that the shelter and the camps do not seem to be as charged with symbolism related to social organization or ideational order as are the “malocas.” This does not mean that they have no social-symbolic connotation, or that they have no relation to the supernatural. However, the facts that these aspects are neither obvious nor evident and that our knowledge of the language and of the ideational world is partial mean that we are unable to capture in depth such symbolism» (Politis 2009: 100).

Sin embargo, estos grupos sí que construyen pequeñas estructuras circulares en forma de domo, con una única entrada. Estas estructuras se ocupaban brevemente -casi siempre durante menos de un día- por mujeres menstruantes (*ibid*: 119).

Aunque los datos son escasos, aparentemente el uso del espacio interno de la vivienda y del asentamiento de los grupos bambuti de la selva de Ituri (nordeste del Zaire) no está estrictamente dividido según sexo, edad o función (Kent 1990a: 131). Las viviendas, por tanto, no contienen particiones físicas ni sociales. La etnografía ha diferenciado básicamente entre los grupos Efe, cazadores con arco, y los grupos Aka, cazadores con red. Entre los segundos «Women are vital to the Hunt and have their own part to play in it» (Turnbull 1965: 212). En lo que se refiere al uso del espacio, sin embargo, ambos grupos tienen un comportamiento bastante parecido: «The family hut is merely a place for sleeping: all other family activity takes place outside» (*ibid*). Sobre los grupos Efe, señala:

The huts are built by women, and each woman regards this part of the camp as her property. It is there that the family lives: the food is prepared and cooked over a fire in front of the hut entrance; the children play near the hut; *the husband sits by the fire*, doing odd jobs, guarding the food in his wife's absence, or helping her in some way or another (énfasis añadido, Turnbull 1965: 176).

Asimismo, Schebesta ha señalado que, aunque la familia normalmente come junta, el padre puede comer aparte con sus hijos (cf. Turnbull 1965: 177), aunque Turnbull matiza que «separation by sex at meal times is more of a villager custom». Aunque no se menciona explícitamente ninguna dimensión espacial, Peacock (1991) describe grupos de mujeres reunidas durante el día para combinar determinados trabajos, como la manufactura y el cuidado de los hijos. Por otro lado, al anochecer, los hombres Aka se reúnen en grupos sexo-específicos (*ibid*: 212). Según Turnbull ninguno de los grupos Mbuti tienen «bachelor huts or huts for unmarried girls or widows, and no religious structures» (*ibid*: 195) aunque «the bachelors» generalmente duermen cerca del hogar principal, en el área central del asentamiento.

En lo que respecta a los ambientes de estepa árida, los grupos cazadores-recolectores del desierto del Kalahari, en Botsuana, han sido usadas como ejemplo de sociedades igualitarias, especialmente desde la publicación de *Man the Hunter* (Lee y DeVore 1968). En consecuencia, los diversos grupos han sido objeto de numerosos estudios etnográficos y etnoarqueológicos desde entonces (p. ej. sobre grupos Ju/'hoansi,

Marshall 1959; Richard B. Lee y DeVore 1976; Yellen 1977; sobre grupos G/wi, Silberbauer 1963; sobre grupos Kua Barsawa, Kent y Vierich 1989).

Las viviendas de estos grupos no están particionadas. La mayoría de actividades, incluida la preparación de la comida, se llevan a cabo en torno al hogar localizado justo en el interior o en frente de la cabaña (ver Kent y Vierich 1989). Las viviendas se usan fundamentalmente para almacenar, dormir y protegerse de la lluvia, siendo sustituidas por paravientos durante la estación seca. Como en las cabañas, los hogares de los paravientos son el centro de gravedad de las actividades. En general, se ha considerado que las áreas de actividad en torno a la vivienda de estos grupos son multipropósito y no están divididas en función del sexo o la edad, ni dentro ni fuera de la vivienda (Kent 1990: 131):

Often several men will work together to make and poison arrows, or several women and girls will cooperate to fashion beads from a broken ostrich egg shell; but these joint ventures usually do not take place in distinct and separate areas (Yellen 1977: 91).

Aparentemente, a medida que los grupos Basarwa, como en el caso de los Kua (Kent y Vierich 1989) o de los horticultores del río Nata (Hitchcock 1987), se sedentarizan y entran en contacto con sus vecinos Bantu-parlantes comienzan a aparecer más áreas funcionalmente restringidas, como plataformas de almacenaje y cabañas.

En contraste con las observaciones respecto a los lugares de trabajo, en los grupos Ju/'hoansi (aunque al parecer no en otros grupos Basarwa, ni siquiera en los vecinos G/wi) se ha documentado la existencia de normas sociales relativas a la división sexual del espacio en torno a la hoguera de la vivienda:

!Kung men and women must sit on opposite sides of the fire. They believe that if male and female genital organs should touch the same spot on the ground the man's hunting powers would be vitiated and the woman would get a sickness in her genito-urinary tract, not an ordinary, human, communicable disease but a magical one. The woman's side is to the left as one faces the entrance to the scherm, the men's to the right. The fire is always in front of the entrance if the scherm is built, but, more often than not, if the weather is good, or the people are travelling and staying only one night, or the wife is lazy, she hangs the family belongings in a bush and does not build a scherm. Then it is the custom to thrust two upright sticks into the ground to represent the entrance, so that the family may orient itself (Marshall 1959: 354).

Esta norma social se desplegaba al anochecer en torno al hogar, antes de irse a dormir (Kent 1998: 45), o en determinadas ocasiones formales, como en las ceremonias matrimoniales (Figura 3.17). En cualquier caso, era aparentemente poco estricta y no impedía a las personas moverse en torno al fuego para evitar el humo (cf. Grøn 1989).



Figura 3.17. Cabaña para la ceremonia de una boda. A la derecha el novio y otro de los jóvenes. La novia está a la izquierda del hogar, con otras dos jóvenes. Un tercer joven se ha sentado a la izquierda en lugar de permanecer en el lado de los hombres (Marshall 1959: fig. 7).

Los grupos Hadza del norte de Tanzania muestran un uso del espacio similar al descrito para los grupos Basarwa, aunque se han observado diferencias entre los asentamientos de estación húmeda, más pequeños y breves, y los grandes asentamientos agregados de la estación seca:

In small camps, there is usually no segregation by sex; everyone sits and talks together. Men still hunt alone, and women go foraging with other women, but in camp all socialize together. A couple will spend much time together as well, especially in the early morning and once it starts to get dark, since they sleep together. In larger camps, couples also spend those hours together, but during the rest of the day, the sexes are often more segregated, not just while foraging but also in camp. Men sit together at the men's place under one tree, working on arrows, while women sit together under another tree, processing food, sewing, or grooming children and one another (Marlowe 2010: 53-54).

En efecto, en estos últimos se han detectado áreas segregadas en función del sexo, como áreas comunes masculinas (Figura 3.18) en la periferia del asentamiento para trabajar o para jugar (O'Connell et al. 1991).



Figura 3.18. Área comuna masculina en la periferia de un asentamiento hadza (norte de Tanzania, 1986, extraída de O'Connell et al. 1991).

En un ambiente relativamente similar, los numerosos grupos de aborígenes australianos también han sido ampliamente estudiados por la etnografía. Los datos evidencian una clara clara división sexual del trabajo, descompensada en detrimento de las mujeres, por lo menos desde el punto de vista de los etnógrafos (p. ej. Chewings 1936; Gould 1969; Gould 1970; Bowdler 1976; Tindale 1972). También se documenta una fuerte segregación en los espacios rituales en función del sexo: «the male and female principles in some contexts are mutually dangerous and mutually antagonistic» (Kaberry 1939: 277; ver además Berndt 1950; Goodale 1971; Tindale 1972; Bell 1993).

En general, entre estos grupos se pueden encontrar diversas unidades sociales que se agregan y dispersan según estación o necesidad: la unidad social básica, articulada en torno a un hombre y su/s esposa/s e hijo/s; las unidades formadas por hombres solteros y las formadas por mujeres solteras. También se han documentado viviendas ocupadas únicamente por parejas de ancianos que dependen de lo aportado por otras unidades. Sobre la organización del espacio “interior” de las estructuras de habitación, fundamentalmente paravientos, pero también otros tipos de estructuras según el área geográfica y la estación (véase p. ej. fot. 1-3), las observaciones de los etnógrafos son escasas. Sin embargo, existe un abundante material fotográfico cuya inspección sugiere cierta normatividad en el uso de la vivienda, en particular del área del hogar exterior (fot. 1-1/4/6 y 2-1).

Norman Tindale (1935) documentó con detalle los preparativos y la celebración de una ceremonia de iniciación Pitjantjatjara (Desierto Central, noroeste de Australia meridional). La anotación de la posición dentro del paravientos de los aproximadamente 250 hombres, mujeres y niños que se reunieron en el asentamiento en motivo de la celebración permite inferir, de nuevo, un uso del espacio particularmente normativizado (Figura 3.19). Esta organización interna del espacio junto a los pequeños hogares para dormir (Figura 3.20) también parecer estar presente en campamentos pequeños de pocos días de duración (Tindale 1974: 98-99).

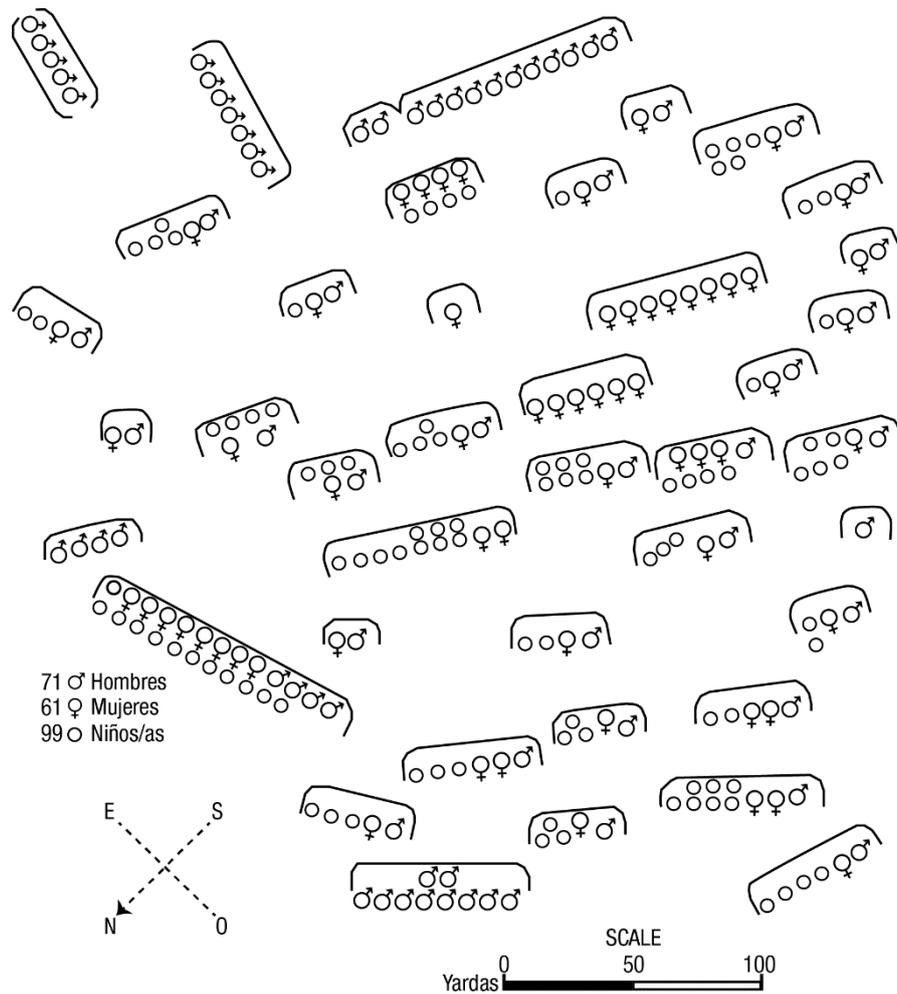


Figura 3.19. Planta general de un asentamiento de agregación (22 de junio de 1933, Konapandi). Señala la posición de 231 de 256 personas que habían acudido para la celebración de las ceremonias de iniciación Pitjantjatjara. La mayoría de las estructuras estaban orientadas buscando la protección de los vientos del sureste (a partir de Tindale 1972: 244).

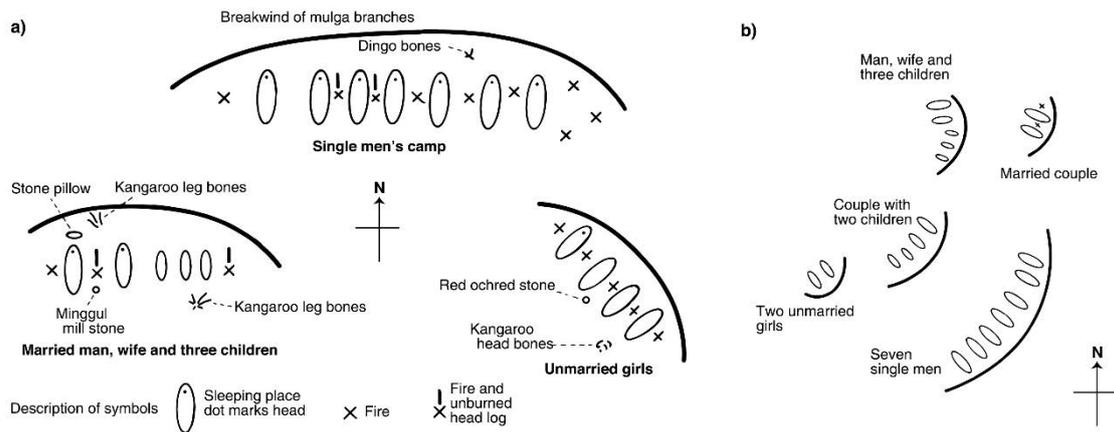


Figura 3.20. Planta de dos asentamientos temporales de un grupo Nakako en inicios y finales de abril, respectivamente, de 1957 (a partir de Tindale 1974: 98-99). Los informantes Pitjantjatjara pudieron reconstruir las diferentes unidades sociales que ocuparon las estructuras, incluido que en (a) una de las adolescentes acababa de finalizar el período de menstruación (por el uso de ocre rojo), y las actividades llevadas a cabo. El otro asentamiento (b) se interpretó como posterior por el cambio de la orientación de las estructuras para protegerse del viento del sudeste.

Para acabar esta indagación etnográfica sobre la organización del espacio interior y circundante a las viviendas, con un interés especial en la dimensión social-sexual, queda por analizar los datos disponibles para los grupos cazadores-pescadores-recolectores de Tierra del Fuego, en el extremo sur del continente americano. Los grupos de esta área geográfica comparten muchos aspectos al tiempo que presentan algunas diferencias fundamentales en cuanto a determinadas estrategias organizativas, pudiéndose distinguir a grandes rasgos entre grupos pedestres (Selk'nam, Haush) y grupos canoeros (Yámana, Kawésqar).

Los grupos Selk'nam habitaban la costa e interior de la Isla Grande de Tierra de Fuego, siendo su principal recurso el guanaco, al que cazaban con arco y flecha. Altamente móviles, vivían en cabañas cónicas o, por lo común, en paravientos hechos con piel de guanaco que las mujeres transportaban (Gusinde 1931). También se conoce bien la construcción de grandes cabañas cónicas para determinadas ceremonias, como el *Hain*, en las que la dimensión sexual se enfatizaba y segregaba (Piqué i Huerta y Mansur 2012). El etnógrafo austríaco Martin Gusinde describe la disposición de los miembros de la unidad social básica en la cabaña (Figura 3.21) de la siguiente manera:

La mujer arma su lecho junto a la entrada. Allí también se mantendrá acurrucada durante el día, y le bastará alzar levemente la cortina para echar una ojeada afuera. El lugar que sigue al suyo lo ocupa el esposo, vale decir que éste se sitúa aproximadamente frente a la entrada de la choza. Junto a la pared interior de la choza, en el otro extremo, de esta semicircunferencia se prepara un lecho para los niños. Por lo general, los varones yacen desordenadamente, ya sea hechos un ovillo o al menos levemente encogidos, y bien arrimados unos a otros. El temor al frío nocturno les aconseja esta

posición. En cuanto a las niñas, es frecuente que la madre les deje algo de lugar al lado o delante de su propio lecho (Gusinde 1982: 183)

La mayoría de las fotografías de grupos fueguinos, incluido los Selk'nam, son posados en el exterior de las viviendas. Las pocas excepciones corresponden a cabañas ceremoniales o a paravientos. Entre estas últimas puede observarse la distribución descrita más arriba por Gusinde (Fot. 7-1), aunque también vemos otras posibilidades.

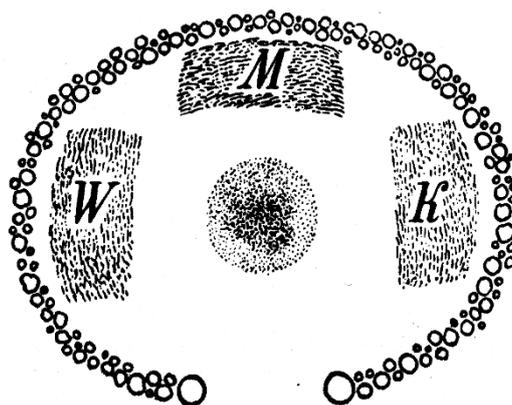


Figura 3.21. Planta de una choza Selk'nam. Lecho (W) de la mujer, (M) del hombre y (K) de los niños (a partir de Gusinde 1931: fig. 17).

Gusinde también nos informa de la posición de los diferentes integrantes de la unidad social básica para el caso de los grupos canoeros Yámana:

No conocen una distribución de lugares determinada y obligada. A diferencia de las costumbres de los selk'nam, el hombre gusta de sentarse de un lado de la entrada y la mujer del otro, pues ambos desean otear constantemente lo que los circunda. Esto deja el fondo de la choza libre para los niños. En caso de que los rigores del tiempo o una mayor incomodidad u otra circunstancia aconsejaran un cambio de lugar, todos están dispuestos a ella sin el menor reparo. Pero si un hombre tiene dos mujeres, es a la primera de ellas a la que corresponde el lugar entre él y la entrada a la choza (Gusinde 1986: 368).

Y Kawésqar, otro grupo canoero:

Sobre este piso [de la cabaña] pasa su tiempo cada uno de los miembros de la familia, tanto de día como de noche. Generalmente el marido ocupa un lugar en uno de los costados cercanos a la entrada; la esposa, con los niños más pequeños, permanece comúnmente en el fondo; el espacio intermedio, entre los dos padres, lo comparte, según su libre elección, el resto de los niños; por lo regular es habitual que los muchachos se acomoden cerca de su padre y las muchachas de la madre (Gusinde 1991: 178).

En general, los datos de Gusinde indican la existencia de convenciones a la hora de ocupar el espacio de la vivienda, si bien flexibles y especialmente variadas entre estos grupos fueguinos (Figura 3.22). Estas convenciones parecen más estrictas en el caso de

los grupos Selk'nam. En el caso de los grupos Yámana, mujer y hombre ocupan respectivamente un lado de la entrada, aunque pueden cambiar de posición. En cualquiera de los casos, se resalta su separación respecto al eje de la entrada. Asimismo, es interesante lo que Gusinde destaca respecto a la organización interior del espacio cuando hay dos mujeres, estando la posición de la primera mujer claramente normativizada (y, si se puede especular a partir del tono de las palabras de Gusinde, privilegiada). En una serie de fotografías tomadas por Charles W. Furlong en 1907 se puede ver el interior y exterior de una vivienda Yámana. Aparentemente corresponde a una unidad social formada por dos cónyuges (Asagyinges y Julie), otro hombre, dos mujeres y tres niños. En la fotografía del interior de la cabaña (Fot. 7-2) se puede ver Asagyinges en el centro, flanqueado por su esposa y el otro hombre, los tres al fondo de la cabaña. Las otras dos mujeres y los niños se encuentran distribuidas en ambos laterales. Es interesante la comparación con el retrato de la misma unidad social en el exterior de la cabaña (Fot. 7-3), en la cual ambos cónyuges siguen teniendo una postura central, ahora reforzada por estar de pie. Sin embargo, en esta ocasión las dos mujeres y los niños están sentadas juntos y claramente separadas del otro hombre, sentado del lado de Asagyinges. Desafortunadamente, el desconocimiento de la relación existente entre cada uno de los cónyuges y el resto de los miembros de la unidad social impide profundizar en el análisis.

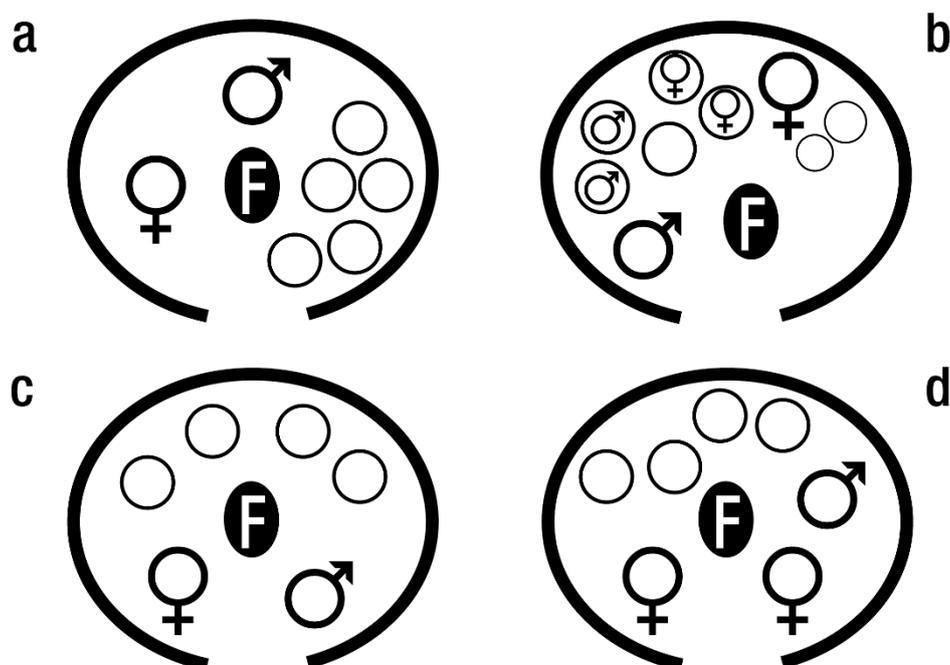


Figura 3.22. Distribución de lugares de hombres, mujeres y niños en viviendas (a) Selk'nam, (b) Kawésqar, (c) Yámana y (d) Yámana con dos mujeres.

3.2 Conclusiones

En contraste con lo expuesto respecto a los datos cuantitativos albergados en las diversas bases de datos transculturales, la revisión cualitativa de la información etnográfica esboza un escenario mucho más alentador. En efecto, se ha podido comprobar que la organización interna de la vivienda y del espacio circundante (incluso de todo el asentamiento) en función del sexo no sólo no son aspectos ajenos a los grupos englobados bajo la etiqueta de cazadores-recolectores-pescadores, sino que además es un fenómeno frecuente. Desafortunadamente, como ya se ha indicado más arriba, de la mayoría de los grupos no se disponen datos sobre la organización del espacio de las unidades sociales básicas, o éstos se reducen a observaciones demasiado generales. La ausencia de datos explícitos, sin embargo, no puede ser interpretada como ausencia de evidencia (p. ej. Kent 1990).

La revisión etnográfica realizada en este trabajo ha comportado el análisis de aproximadamente 40 casos, una treintena parte de los cuales se pueden considerar cazadores-recolectores-pescadores según los criterios convencionales (Richard B. Lee y Daly 1999). En la mayoría de los estudios etnográficos las observaciones son escuetas y superficiales. Asimismo, la inferencia a partir de fuentes como la fotografía debe realizarse con una precaución igual, sino mayor, al del texto escrito. Finalmente, pese a que la información reseñada en los apartados precedentes es exhaustiva, el tamaño de la muestra, así como la diversidad en origen y formulación de dicha información dificulta la obtención de variables para una comparación cuantitativa de los resultados.

Habida cuenta de estos reparos, es posible proponer la existencia de una normativización del espacio interno en estas comunidades que puede adoptar una o varias de las siguientes expresiones:

- Segregación espacial en una misma ceremonia o mediante separación de la propia ceremonia
- Áreas segregadas (con o sin estructura delimitante)
 - para miembros/as solteros/as del grupo
 - para mujeres menstruantes
 - para mujeres embarazadas

- para un sexo específico
- División sexual del espacio (*tiempo*)
 - En el momento de la comida principal
 - Durante la noche/comiendo/socializando/durmiendo
 - Durante el día/trabajando/descansando/socializando
- División sexual del espacio (*lugar*)
 - Sobre una oposición entrada/fondo
 - Sobre un eje perpendicular a la entrada
- División sexual del espacio (*modo*)
 - Unimodal (sexo)
 - Bimodal (sexo y edad/condición social)
 - Trimodal (sexo, edad/condición social, invitados)
- Diferencias en el modo de acceso a la vivienda en función del sexo

En general, la simpleza estructural de las viviendas cotidianas no impide que algunos de estos grupos levanten estructuras comunitarias o ceremoniales con mayor o menor intermitencia, ni que se agreguen en campamentos colectivos en torno a determinados recursos esporádicos o estacionales. Lo que sí ha comportado es que, en general, la atención de los etnógrafos ha sido captada por estas últimas estructuras o episodios en detrimento de las usadas por las unidades sociales básicas en el día a día. Como se discutirá en profundidad más adelante, la división entre cotidiano/económico y ceremonial/social es un lugar común en la literatura etnográfica y arqueológica. En algunos de estos grupos *foragers*, *sensu* Binford (1980), el espacio frontal a la estructura parece reflejar la organización existente en otros casos en el interior: pudiéndose encontrar, por ejemplo, una división del espacio sobre el eje fogón exterior – entrada.

Cabe señalar que la división social-sexual del espacio de la vivienda no implica únicamente el espacio contenido por la estructura física. Las estructuras de habitación de los cazadores-recolectores que habitan en ambientes de selva tropical o de estepa

árida son construcciones arquitectónicamente más simples. Ello es resultado de diversos condicionantes. El primero de ellos es funcional. Más que para resguardarse del frío, el objetivo de estas estructuras parece ser proteger -a las personas y sobre todo al fuego- de la lluvia o del viento. Causa o consecuencia, la ausencia de medios de transporte, como los trineos inuit o evenki, y de animales de tiro también suele estar correlacionado.

Asimismo, cabe señalar que la división del espacio según el sexo no es un fenómeno derivado estrictamente de una concepción metafísica, sino todo lo contrario. Desde un punto de vista materialista, son las necesidades y su satisfacción mediante estrategias sociales lo que construye y se reproduce a través de las concepciones metafísicas.

Así la justificación de la división sexual del espacio responde a ciertas necesidades de producción y reproducción que se han estructurado en razón de los dos sexos por un motivo fundamental, la reproducción del grupo: ésta implica en primera instancia el control de las relaciones sexuales y esto se consigue mediante el control de la actividad de las mujeres y de la infravaloración de su estatus. A partir de esta premisa la función de la división sexual del espacio de habitación debe pretender cumplir estas necesidades: control de las relaciones sexuales, ayudar a que no se infrinjan las normas de las relaciones sexuales i a remarcar el diferente status de hombres y mujeres, al tiempo que se faciliten los lugares apropiados para desempeñar esos diferentes trabajos.

Esto último puede variar en función de la estacionalidad de los trabajos y de las condiciones materiales para realizarlos en cada estación, así como de las condiciones climáticas en cada lugar del planeta. Si los trabajos se realizan siempre en el exterior, como en los grupos del Kalahari, o las relaciones sexuales se producen alejados del campamento, como en los grupos bambuti, es obvio que la división del espacio interno puede ser mucho más laxa que en caso de asentamientos de larga duración, invernales, en grupos inuit. Por lo mismo, tampoco será lo mismo en una estructura eventual que en una de carácter más permanente.

En definitiva, la variabilidad en forma e intensidad con la que se expresan estas relaciones sociales-sexuales en los distintos grupos estudiados refleja la complejidad del uso del espacio. Sin lugar a duda, estos resultados señalan la necesidad de llevar a cabo una revisión crítica más amplia de la literatura y el material gráfico acumulado durante casi dos siglos de investigación etnográfica. No obstante, y desde una perspectiva

arqueológica, lo fundamental es ver de qué manera esta organización interna del espacio puede materializarse en el marco de las estrategias organizativas de un grupo cazador-pescador-recolector. Para ello debemos recurrir a las conclusiones planteadas por los diferentes trabajos etnoarqueológicos llevados a cabo a partir de la década de 1970.

4 Una revisión de la aproximación etnoarqueológica a la organización del espacio

Como respuesta o toque de atención respecto a los abusos el uso de la analogía etnográfica etnográfica y metodológica de la arqueología tradicional, la década de 1970 vio consolidarse con y en la *New Archaeology* norteamericana la disciplina que acabará siendo conocida como Etnoarqueología. El concepto de «Arqueología como Antropología» dio pie a que la dirección básica del cambio en Arqueología apuntara, en Norteamérica, hacia la reconsideración del papel de la Etnografía y sus métodos (Vila i Mitjà 2006: 64-65). En general, la “aproximación etnoarqueológica” ha englobado diferentes líneas de investigación que tienen en común la propuesta de que la observación, directa en vivo o indirecta a través de la información directa, de la relación «conducta concreta-restos materiales específicos» de los grupos actuales (cazadores-recolectores o agrícolas y ganaderos) puede facilitar el conocimiento de las conductas del pasado. Las siguientes páginas van a abordar las reflexiones y resultados de esa primera aproximación, también conocida como *arqueología viva* («living archaeology», sensu Gould 1980) o *arqueología etnográfica*.

En relación con el estudio de la organización del espacio, la premisa de que existe una correlación entre determinados atributos conductuales y determinados elementos materiales permitió formular y contrastar métodos o hipótesis arqueológicas a través de datos etnográficos. En este sentido, los trabajos pioneros de John E. Yellen (1977) y Lewis R. Binford (1978a), prácticamente en puntas opuestas del mundo, tuvieron un impacto importante en la interpretación arqueológica. Por un lado, el “modelo de círculos concéntricos” de Yellen (1977) supuso una primera propuesta sugerente centrada en el estudio de campamentos !Kung de Botsuana como un intento de valoración de las relaciones entre el registro etnográfico y el arqueológico. Por su lado, Lewis R. Binford (1978a; 1978b), trabajando con grupos Nunamiut del norte de Alaska, elaboró una serie de conceptos que rápidamente pasarían a formar parte de la terminología al uso en literatura de cazadores-recolectores, como *forager* y *collector*, movilidad residencial y logística, tecnologías expeditivas y *curated*, zonas “drop” y

“toss”, “site furniture” (equipo permanente de un yacimiento), o índice de utilidad cárnico. También le permitió proponer una serie de modelos espaciales, el más famoso de los cuales es el “modelo de hogar exterior de hombres”.

A estos trabajos pioneros se le sumaron durante poco más de una década un número importante de estudios etnoarqueológicos llevados a cabo principalmente en Australia (Hayden 1979; Spurling y Hayden 1984; O’Connell 1987), África (Fisher y Strickland 1989; Hitchcock 1987; Kent y Vierich 1989), Canadá (Janes 1983; Jarvenpa y Brumbach 1983; C. Chang 1988) y el Sudoeste norteamericano (Kent 1984; Graham 1994). En general, estos trabajos con diferentes orientaciones y objetivos comparten un interés por la investigación de sociedades cazadoras-recolectoras, así como una perspectiva funcionalista. Una preocupación principal es contrastar la segregación espacial de las actividades llevadas a cabo en el área residencial, intentando comprobar si los patrones espaciales en los materiales depositados durante dichas actividades permitían acceder a la naturaleza de éstas o, menos frecuentemente, a la de quienes las llevaron a cabo. Este debate condujo a la reflexión desarrollada alrededor de la búsqueda de las “áreas de actividad” (Activity Areas Research) a partir de la aplicación de “modelos etnoarqueológicos” centrados en la utilización del espacio (debate cristalizado en Kent 1987). No obstante, las conclusiones de los trabajos más emblemáticos se acabaron convirtiendo, ya desde sus inicios (Yellen 1977), en lo que Gould señaló como «cautionary tales» (1980: 27), moralejas, que precavían sobre el uso de determinadas asunciones barajadas tradicionalmente en la arqueología prehistórica, y que resultaban poco útiles o incluso engañosas frente al reto (aparentemente más simple) de interpretar a partir de la evidencia material un yacimiento cuyos procesos de formación antrópicos eran relativamente conocidos.

El año 1991 puede considerarse un punto de inflexión. Esta es la fecha de publicación de dos importantes compilaciones de trabajos centrados en la etnoarqueología de sociedades cazadoras-recolectoras y, en menor medida, de nómadas pastoriles (C. S. Gamble y Boismier 1991; Kroll y Price 1991). Paradójicamente, aunque contienen un detalle de análisis elevado y conclusiones provechosas para la interpretación arqueológica, los trabajos de ambos volúmenes han pasado relativamente desapercibidos, durante prácticamente dos décadas (Heyman 2009; Domínguez-Rodrigo y Cobo-Sánchez 2017).

Una de las razones puede ser que, a finales de la década de 1980, se comienza a cuestionar la existencia de grupos cazadores-recolectores con dinámicas históricas autónomas o aisladas de las de los grupos agrícolas, ganaderas o industriales; o incluso la propia “pureza” de las dinámicas históricas de estos grupos. El llamado “debate revisionista” que se generó en relación a los grupos !Kung San (Wilmsen 1989; Solway y Lee 1992; Richard Borshay Lee 1992) ilustra los principales argumentos de esta discusión.

Asimismo, las conclusiones aparentemente negativas que presentaban estas «cautionary tales» etnoarqueológicas fueron mitigando el súbito interés despertado por los modelos espaciales y ayudaron a reforzar una idea ya asentada inconscientemente en la investigación prehistórica, a saber, que las características de la evidencia material y los procesos deposicional y post-deposicionales a los que era sometida hacen prácticamente imposible “visibilizar” las relaciones sociales en contextos de grupos cazadores-recolectores o móviles. A ello se le añadía ahora otro argumento, según el cual, además, no se podía esperar observar determinadas relaciones sociales porque en las sociedades “igualitarias” no existía una organización (espacial) en función de categorías sociales-sexuales (Kent 1998).

Todo ello, y de manera entrecruzada, se inscribía en un contexto de auge de la arqueología procesual y de tantos otros movimientos intelectuales encontrados en torno al paradigma posmoderno: posestructuralismo, hermenéutica, neo- y post- marxismo, teoría crítica, postfeminismo, poscolonialismo... En efecto, la arqueología procesual se originó en el Reino Unido a finales de la década de 1970 y de principios de 1980, fundamentalmente desde la investigación arqueológica de cronologías recientes. En neta contraposición tanto a la perspectiva científica procesual (cuyas influencias positivistas, deterministas y colonialista se denunciaban activamente) como a su focalización en las sociedades cazadoras-recolectoras, los estudios etnoarqueológicos post-procesuales enfatizaron los aspectos simbólicos e ideológicos en la cultura material (Hodder 1982a; Hodder 1982b) y se interesaron por sociedades agrícolas, de clase o protohistóricas. Influenciadas por propuestas estructuralistas previas, especialmente por el análisis de la casa kabila de Bourdieu (1972a), y desde los postulados feministas con un peso relativamente creciente en arqueología, varias investigadoras postprocesuales estudiaron las “relaciones de género” en tanto que relaciones de poder inscritas en los patrones espaciales de las viviendas y asentamientos de grupos agrícolas africanos (Donley 1982;

Moore 1982; Moore 1986; Donley 1987; Moore 1987; Donley-Reid 1990; Lyons 1992) y, más adelante, centro y sudamericanos (Hernando 2000; Nelson et al. 2002; Bowser y Patton 2004).

Proféticamente, si durante las décadas de 1970 y 1980 las propuestas de la *New Archaeology*, que en su origen habían sido concebidas como un desafío a los consensos tradicionales en arqueología, habían acabado deviniendo en *Establishment* (Meltzer 2011: 18), una dinámica similar ha sucedido con determinados postulados, conceptos, términos e intereses post-procesuales. Más arriba se ha discutido sobre la inicial alianza entre discursos feministas y arqueología postprocesual, y como ésta se ha vuelto en cierto sentido un arma de doble filo, propiciando la disolución de los planteamientos feministas fundamentales en un discurso *mainstream* (capítulo 2). Uno de los terrenos en que este fenómeno se ha manifestado de manera evidente es en la denominada “arqueología del *household*”, sobre el que volveremos más adelante (véase más adelante §5.1.2.3.1).

Volviendo a los estudios etnoarqueológicos sobre la estructuración y el uso del espacio, éstos han presentado desde sus inicios una distribución geográfica pobre, con el 60 por ciento llevadas a cabo o bien en África subsahariana o bien en el sudoeste de Asia (Tabla 4.1). Además, si se tiene en cuenta el énfasis en el estudio de los grupos agrícolas africanos a partir de mediados de 1980 y la década de 1990, y el predominio de los estudios sobre grupos de pastores nómadas en el sudoeste de Asia, el lector podrá hacerse una idea general del número de estudios etnoarqueológicos en contextos de cazadores-recolectores.

Con el cambio de milenio, el número de trabajos vinculados a cuestiones espaciales de cazadores-recolectores o de grupos móviles desde una aproximación tipo “arqueología etnográfica” o “arqueología viva” ha sido reducido en comparación a otros contextos. En lo fundamental, dichos estudios se han concentrado en Siberia (Haakanson 2000; Grøn et al. 2002; 2003; Surovell y O’Brien 2016; Svoboda et al. 2011; Brien y Surovell 2017; Haas et al. 2018). Otros trabajos se han aproximado a aspectos del espacio en grupos de Sudamérica (Politis 2009; González-Ruibal et al. 2011), Australia (Coddington et al. 2016) o sur de la India (Friesem et al. 2016), aunque desde perspectivas que escapan el interés del presente trabajo. Ello se debe, por un lado, a la dificultad de integrar el estudio espacial de las actividades sociales desde el concepto de

“household”. Por otro lado, se inscribe en una tendencia más general vinculada a la reducción de sociedades y modos de vida tradicionales o no industriales, a los procesos de etnogénesis, y el paulatino avance de la globalización. Ello ha sido acompañado por la reorientación de los estudios etnoarqueológicos hacia sociedades agrícolas, rurales, suburbanas; o incluso segmentos o fracciones de las sociedades contemporáneas occidentales (p. ej. Alexianu 2013; Fewster 2007; Vargas Díaz 2010). Cabe señalar, sin embargo, y tomando prestadas las palabras de Politis (2015: 69), que para algunas de estas tendencias nuevas el estudio de la materialidad de las sociedades actuales es un objetivo en sí mismo, sin ninguna pretensión de formar parte de un razonamiento analógico (Hamilakis y Anagnostopoulos 2009: véase; Harrison y Schofield 2010; González-Ruibal 2014).

En las siguientes páginas, se procederá a analizar los principales modelos espaciales etnoarqueológicos, seguido de una revisión crítica de los datos etnoarqueológicos acumulados a partir de la década de 1970. La muestra seleccionada recoge, para conocimiento del autor, todos los estudios relativos a la organización del espacio en grupos cazadores-pescadores-recolectores, en sus múltiples formas y grados, cuya aproximación haya comportado aspectos metodológicos propios de la *arqueología viva* o *arqueología etnográfica*. Los trabajos de Boismier (1991) y Stevenson (1985; 1991) son una excepción.

Tabla 4.1. Tabulación de publicaciones etnoarqueológicas sobre aspectos relacionados con la dimensión espacial hasta ca. 2000 (a partir de David y Kramer 2001b: 257).

PERIODO	VAR	NAM	MAM	SAM	NAFR	SubSah. AFR	EUR	SO ASIA	S ASIA	SE ASIA	AUST	N
(a) Estructuración del espacio y áreas de actividad												
1968-81		2		1			1	2				6
1982-9	4	4		1	1	10		3		1	6	30
1990-8	1	1	5		1	8		5	1			22
N	5	7	5	2	2	18	1	10	1	1	6	58
(b) Arquitectura y espacio doméstico												
1968-81		1		1		2		3				7
1982-9		1			1	3		10				15
1990-8		1				7		4	2		1	15
N		3		1	1	12		17	2		1	37
© Combinadas (a + b)												
N	5	10	5	3	3	30	1	27	3	1	7	95
%	5,3	10,5	5,3	3,2	3,2	31,5	1,1	28,4	3,2	1,1	7,4	100,2

El segundo ha sido incluido porque presenta un modelo espacial original elaborado a partir de las observaciones directas de trabajos etnoarqueológicos previos. El primero,

aunque sigue una metodología etnoarqueológica diferente, recurriendo a materiales de una excavación etnohistórica y revisándolos en base a la información extraída del registro etnográfico, se ha seleccionado por el interés de la aproximación teórico-metodológica que presenta. Pese a su interés, no se han incluido otros trabajos que han combinado excavaciones de yacimientos etnohistóricos con información etnográfica (p. ej. en áreas polares Graham et al. 1982; J. M. Savelle 1984; Waguespack 2002) al no aportar elementos nuevos a la discusión.

En general, por tanto, se ha prestado una atención especial a aquellos trabajos que contienen propuestas de modelos espaciales etnoarqueológicos, así como aquellos trabajos que formularon hipótesis específicas y contrastables en relación con la distribución primaria y secundaria de los desechos dentro de un yacimiento o en torno a una unidad de ocupación, y su relación con la organización social/sexual de los procesos de producción y consumo.

4.1 Principales modelos etnoarqueológicos

4.1.1 El modelo de círculos concéntricos

El estudio de Yellen (1977) fue una primera y sugerente propuesta de valoración de las relaciones entre el registro etnográfico y el arqueológico. Por su tratamiento de la analogía, del asentamiento y de la estructuración del espacio, ha sido considerado como una de las principales contribuciones del período de la «New Ethnoarchaeology» (David y Kramer 2001b: 261). Así, fuente de inspiración para la investigación arqueológica, ha sido ampliamente descrito y también discutido (véase Whallon 1978; Wunsch 1989; Whitelaw 1994).

El objetivo de Yellen era evaluar la naturaleza de la organización espacial de diferentes “unidades sociales” dentro de un campamento, teniendo en cuenta la localización de las diversas “áreas de actividad”. Para ello, durante el período 1968-1970, Yellen estudió, entre otros aspectos, las actividades llevadas a cabo en 16 campamentos !Kung (Botsuana). Todos los campamentos son de estación húmeda y, por tanto, breves, abarcando desde uno o dos días de duración (la mayoría) hasta un máximo de 10-12 días. Entre otros datos, Yellen documentó, principalmente mediante entrevistas a posteriori, las actividades realizadas cada día de ocupación en los diferentes campamentos. Asimismo, transcurrido un tiempo desde su abandono, Yellen volvió

al lugar de ocupación para registrar la posición de los restos materiales que habían quedado en superficie y la información sobre los residuos “culturales”, vegetales y de fauna. Ello le permitió discriminar entre un área “central” de actividad comunitaria, áreas de actividad nuclear (asociada a una unidad social, y conteniendo normalmente una cabaña y un hogar) y áreas de actividad especializadas situadas en la periferia del campamento (Yellen 1977: 95; Figura 4.1).

Además, partiendo de la delimitación de diferentes subdivisiones en la distribución de los desechos y de la identificación subjetiva de agrupaciones (*clusters*) de restos, Yellen procede a examinar las relaciones cuantitativas entre diferentes variables: la duración de la ocupación, el número de ocupantes, la distancia entre las cabañas y la distancia entre los hogares, la estacionalidad o el número de restos y su diversidad. Ello le permite proponer algunas “ecuaciones predictivas” (Yellen 1977: 108-25) sintetizadas en un *ring model* o “modelo de círculos concéntricos” (Figura 4.1). Más concretamente, Yellen propone que el “límite total del área nuclear” (*limit of nuclear area, total: LNAT*), en tanto que suma de las áreas nucleares individuales ocupadas por cada unidad social, refleja fundamentalmente el aspecto demográfico. Asimismo, también propone una correlación entre la superficie exterior de dispersión de los restos (*absolut limit of scatter, ALS*) y la duración de la ocupación, debido a que aumentan las probabilidades de que se lleven a cabo actividades de mantenimiento o especializadas.

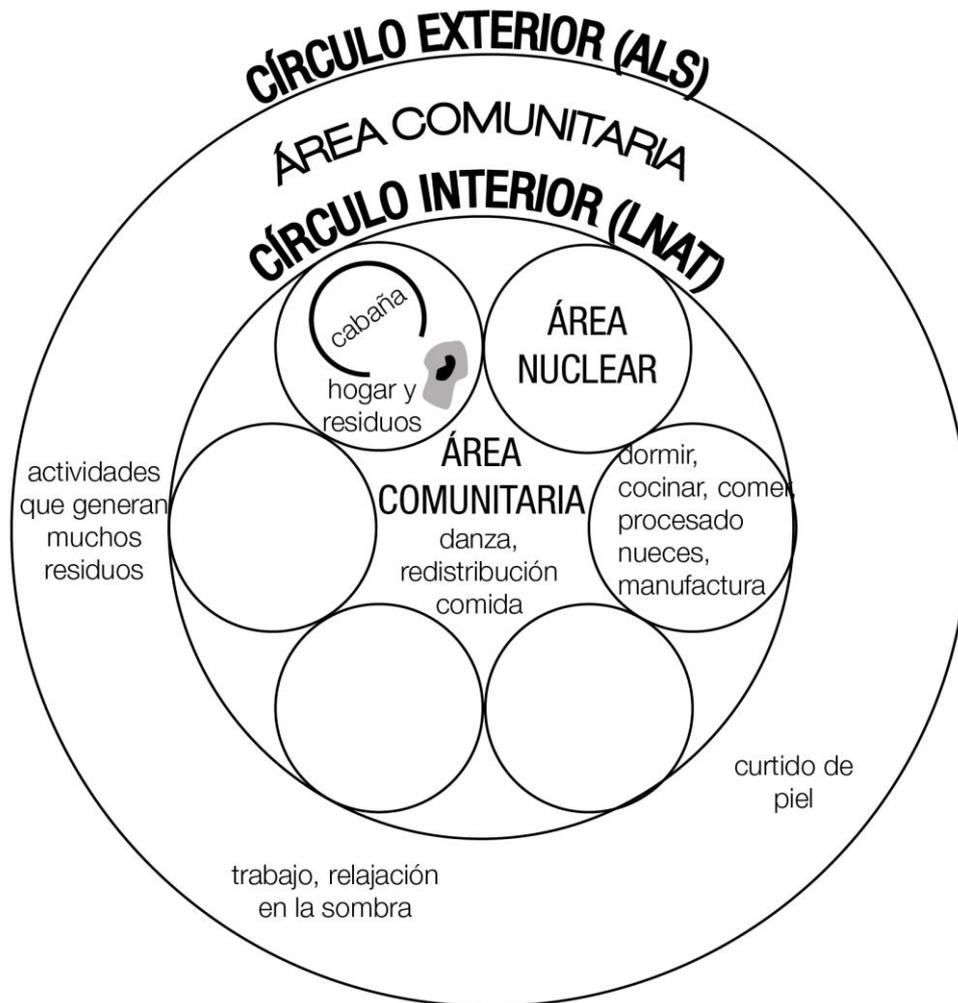


Figura 4.1 Modelo de círculos concéntricos de un campamento !Kung, las diferentes áreas detectadas y una selección de las actividades en ellas llevadas a cabo (en David y Kramer 2001b: fig. 9.1).

Por último, y en contraste con las expectativas arqueológicas del momento, Yellen observa poca segregación espacial en las actividades que ocurren en las áreas de actividad nuclear y que dejen evidencia material. Por ejemplo, los yunques usados para romper nueces de mongongo y las astillas de hueso de animales consumidos se encuentran juntos, aunque provienen de actividades diferentes. Yellen concluye que esta relación espacial se debe a que en los campamentos !Kung las actividades no se llevan a cabo en “grupos especializados” sino en el contexto “corporativo” de una familia nuclear. Además, Yellen concluye que no hay razón para dudar que el patrón espacial observado «is not limited to one time, place, or environment» (1977: 97). De este modo:

Let me end on an encouraging note (...) the archaeologist may move directly from scatters of debris to questions of basic social organization. Paradoxically, the seemingly easier step of reconstructing specific activities based on association of stone tools and other types of remains may prove more difficult and not serve, as many have suspected,

as a necessary step or building block for more abstract kinds of speculation (Yellen 1977: 97)

Uno de los puntos fuertes del trabajo de Yellen es que sus observaciones de campo quedaron sintetizadas en los planos de distribución de los 16 campamentos y una base de datos que incluye todos los datos brutos (1977: Apéndice B). Ello ha permitido una comprobación factual de sus hipótesis e incluso proponer explicaciones alternativas.

El primero en hacerlo fue Robert Whallon (1978) que cuestionó la aseveración de que «the probability of any particular maintenance activity's taking place is purely a function of length of occupation». Este autor señaló que sólo en el 45 por ciento de los casos la diferencia en el número de “áreas de actividad especial” se explica por la duración de la ocupación, y que otras correlaciones igualmente débiles son posibles como entre ciertas actividades especializadas y el ambiente en el que sitúa el campamento. Whallon, además, criticó que, pese a la aproximación cuantitativa, Yellen no explicita ningún procedimiento objetivo para la definición de las agrupaciones.

Más adelante, Germà Wünsch (1992) destacó el carácter sugerente de esta propuesta, pero critica varios puntos de especial relevancia. Por un lado, contrariamente a la conclusión de Yellen, señala que se trata de un modelo particular que no puede ser generalizado mecánicamente y acríticamente, puesto que incluye particularidades más o menos importantes pertenecientes al contexto socio-económico que representa. Una de éstas es la especificidad de las relaciones sociales de producción y reproducción que condicionan el tipo de “unidades sociales” (en el caso !Kung, familias nucleares).

Por otro lado, y en relación al potencial explicativo del modelo en su propio contexto socio-económico, este autor señala que Yellen no tiene en cuenta la eventual incidencia de los factores que pueden determinar la localización de los diversos procesos de trabajo y, por lo tanto, de las actividades desarrolladas. Wünsch critica una visión únicamente descriptiva, «un inventario que evidencia, eso sí, el carácter complejo del conjunto de interacciones que se pueden establecer entre una actividad específica y su ubicación espacial» (1989: 171). Más aún, el problema reside en que Yellen únicamente evidencia correlaciones entre variables con supuesto contenido “social” (tamaño del grupo, tipo de organización, duración de la ocupación) y variables con supuesto contenido “material” (restos abandonados en la superficie). No obstante, no explicita o evalúa la explicación de los mecanismos de interacción entre ellas, para obtener una interpretación de su alcance real en términos de las estrategias organizativas implementadas.

En este sentido, Todd M. Whitelaw (1994) ha vuelto a los datos de Yellen para discutir este modelo espacial y plantear algunas interpretaciones alternativas. En general, Whitelaw coincide en que el patrón microespacial observado en los campamentos reflejan un comportamiento normativo, no variando en lo fundamental pese a cambios en la composición y número de unidades sociales (1994: 198).

En lo que se refiere a la distribución de la evidencia arqueológica, la dispersión de las cenizas define el hogar principal frente a la estructura de habitación (Figura 4.2^a), así como otros depósitos secundarios más periféricos, normalmente presentes en las ocupaciones más largas y resultado de actividades de mantenimiento. En cuanto a los restos de fauna (Figura 4.2b), su distribución se corresponde relativamente bien con el modelo de zona “drop” de Binford (ver **¡Error! No se encuentra el origen de la referencia.**), con áreas primarias de depositación asociadas a los lugares para sentarse en torno al arco anterior del hogar, cerca de la estructura de habitación. Los desechos vegetales (Figura 4.2c) están particularmente concentrados en arco opuesto del hogar, en el área que Binford (1988: 165) interpretaría como “parte trasera de la zona toss”. Esta distribución diferencial permitiría distinguir entre restos de fauna descartados durante el consumo directo, y restos vegetales depositados en el contexto de procesamiento y preparación de la comida previa al consumo (Whitelaw 1994: 198-99).

La aplicación de un modelo espacial general (como el de los anillos concéntricos del propio Yellen o las zonas drop/toss de Binford) a la evidencia arqueológica no permite desarrollar más la interpretación. Sin embargo, desde el punto de vista de Whitelaw el análisis de esta misma evidencia dentro del contexto social y simbólico sí que permite avanzar en su interpretación. A partir de la información etnográfica (véase síntesis en capítulo 3), Whitelaw propone un modelo de estructuración del espacio !Kung en el que, además del área de actividades comunitarias o espacio público, distingue dentro de cada área de actividades nucleares un espacio semi-público en torno al hogar frontal y un espacio “privado” (aunque «the privacy recognized is symbolic rather than effective») correspondiente a la estructura de habitación. Asimismo, también distingue un segundo eje, transversal al anterior, que divide el espacio femenino y el espacio masculino (Whitelaw 1994: 202 ver también capítulo 3).

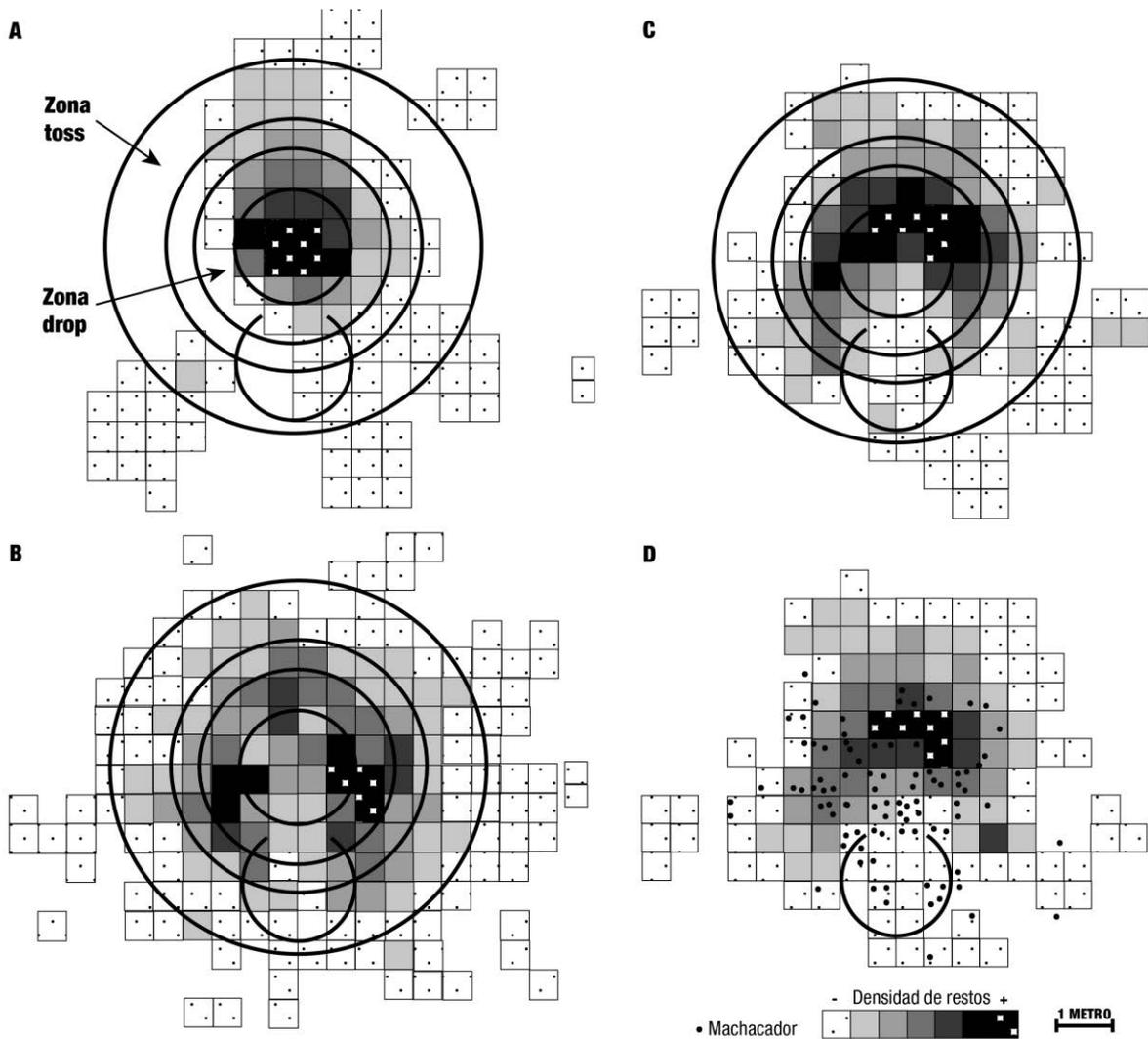


Figura 4.2 Patrón agregado de la distribución de (a) cenizas, (b) restos de fauna, (c) restos vegetales y (d) desechos de procesado de nueces de mongongo en 73 áreas de actividades nucleares de los 16 campamentos !Kung estudiados por Yellen (1977). Cada categoría de restos se ha adscrito a la estructura de habitación más cercana y todas las distribuciones han sido orientadas sobre el eje entrada-hogar frontal (a partir de Whitelaw 1994: fig. 11.3).

La distribución de desechos de procesado de alimentos parece explicarse por la intersección entre los modelos “simbólicos” y “funcionales”. Particularmente, Whitelaw observa en los campamentos !Kung estudiados por Yellen una concentración estadísticamente significativa de los residuos de procesamiento de nueces de mongongo en el sector posterior izquierdo del hogar frontal (Figura 4.2d), patrón que se explicaría por ser el derecho el lado del hogar más usado recurrentemente por las mujeres. A su vez, no hay una distinción válida estadísticamente entre izquierda y derecha en la distribución de piedras rompenueces (Figura 4.2d). Whitelaw concluye, por tanto, que en el caso de los campamentos !Kung es posible identificar la división del espacio hombre/mujer a partir de una categoría concreta de material arqueológico, aunque, a su vez, esa distinción no es válida estadísticamente en las piedras

rompenueces, otra categoría de desechos procedente de la misma actividad. Sin embargo, tal y como avisa, esta distinción es particular y no se puede trasladar a otros contextos arqueológicos, «unless the analyst was willing to make the assumption that women were those primarily involved in processing vegetal food» (Whitelaw 1994: 203).

4.1.2 Modelos de estructura situacional

Una contribución mucho más integrable desde la perspectiva de la metodología arqueológica vino de la mano de Lewis R. Binford (1978a; 1978b). Durante los trabajos etnográficos llevados a cabo entre 1969 y 1973 en los grupos nunamiut del centro-norte de Alaska, Binford tuvo la oportunidad de observar y analizar la organización interna de las actividades y la depositación de los artefactos en el yacimiento Mask. Este yacimiento, localizado cerca del asentamiento actual de Anaktuvuk, era un puesto de vigilancia para la caza de caribú ocupado por un número de hombres variable.

Binford estuvo presente un total de 34 horas: 11 horas en 1971 y 23 horas durante los días de 4-7 de julio de 1972. Entre ambos períodos de observación el puesto fue mapeado e inventariado. Binford centró su atención en aquellas acciones que resultaban en la depositación o redepositación de “ítems”. Además, durante las 23 horas de los días 4-7 de julio Binford realizó un registro de las actividades observadas, su posición y el tiempo dedicado a ellas. A partir de toda esta información, propuso la distinción entre 4 dimensiones conductuales potencialmente independientes que habrían interactuado para generar la estructura interna de la evidencia arqueológica en Mask: las actividades realizadas, la organización tecnológica (tipo de ítems presentes y/o arqueologizados), los modos de depositación, y la organización del espacio (Binford 1978a: 348).

De manera muy resumida, se reportarán a continuación algunas de las conclusiones a las que llega Binford en este trabajo. Respecto a la organización tecnológica, señala:

The particular patterns of technological organization conditioned the degree to which it did not go into the archaeological record as a direct consequence (...) I think the reader can easily appreciate how vastly different the content of the archaeological record would be given such organizational changes, while activities, site functions, identity of occupants, etc., might remain the same (Binford 1978a: 343).

Por otro lado, Binford observó cinco maneras de depositar los “ítems”: dejar caer (*dropping*), arrojar ítems de forma individualizada (*tossing*), arrojar un conjunto de ítems en masa (*dumping*), poner en el suelo (*resting*), guardar o esconder (*positioning*). Las tres primeras acciones son las que conforman la estructura interna de la evidencia arqueológica, *tossing* afectando a los restos grandes y las otras dos a restos pequeños. Asimismo, pese a la variación en la distancia respecto al foco de la actividad, las tres acciones corresponderían a una depositación primaria, aunque sólo la zona drop indicaría restos de actividad *in situ*.

Respecto a las actividades, los ocupantes de Mask dedicaron la mayor parte del tiempo a la “vigilancia de caza” (24%) y a “comer y hablar” (37%); en menor medida, a “disparar a objetivos” (8%), jugar a cartas (12%), artesanía (tallado de madera y marfil, coser... 10%) y esporádicamente dormir (2%). El tiempo restante consistiría en cazar fuera del puesto (8%). Binford intentó registrar la posición de los hombres en el yacimiento durante la ejecución de las diferentes actividades. En este sentido, aunque documenta cinco hogares, observó que rara vez se usaba más de un hogar simultáneamente, y nunca más de dos. Los hombres se sentaban en semicírculo en torno al hogar. La dirección del viento determinaba cuál de los hogares se usaba y el lado vacante del mismo, donde nadie se sentaba. Así pues, la disposición de los asientos condicionó el patrón de dispersión de los restos en Mask, distinguiéndose una “zona drop” en semicírculo en torno al fuego y una “zona toss” trasera (Figura 4.3). Este patrón espacial particular correspondía a la actividad de comer y socializar, y en menor medida a la manufactura o reparación de objetos.

El resto de las actividades se llevaban a cabo en áreas diferentes. Sobre este punto, Binford (1978a: 352) detecta que: 1) las actividades realizadas simultáneamente se organizan independientemente en el espacio; y 2) con el tiempo, determinadas actividades muestran una tendencia estadística a ser localizadas recurrentemente en los mismos lugares, aunque estos focos no sean exclusivos de una única actividad. Así, Binford, criticando la visión dicotómica de Yellen entre “áreas de actividad especializadas” y “áreas de actividad de uso generalizado”, afirma: «Quite clearly there is a basis in “reality” for seeking patterns in the archaeological remains which derive from spatial segregation of activities» (1978a: 353). En otras palabras, Binford detecta “áreas generales de actividades” pero puesto que determinadas actividades interfieren con otras, y que otras actividades requieren de mayor espacio, número de participantes o

generan más desechos o más suciedad (olor o ruido), existe una tendencia a la segregación. Binford lo formula a modo de regla: «the degree that activities will be spatially separated at any one time can be expected to vary with the number of different activities simultaneously performed by different persons» (1978a: 354). El resultado es que se pueden prever diferencias significativas entre restos de diferentes actividades incluso en yacimientos con “áreas generales de actividades”. Aunque Binford detecta una excepción: el patrón de disposición de los “artefactos”, útiles usados u olvidados, el cual está inversamente relacionado a los patrones de intensidad de uso.

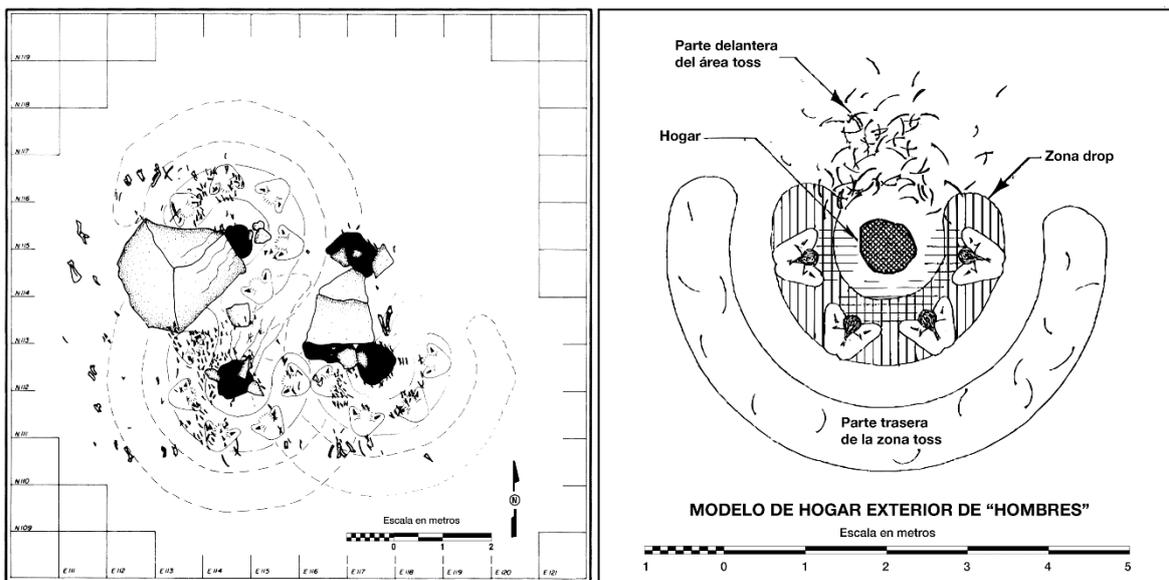


Figura 4.3 Izq. Distribución de los huesos superpuesto al modelo de disposición de los asientos en torno a los hogares del yacimiento Mask, situado en el Paso Anaktuvuk, Alaska (a partir de Binford 1978a: fig. 16). Der. modelo ideal de zonas drop y toss en base al comportamiento observado en este yacimiento (a partir Binford 1988: fig. 89).

En general, el modelo de Mask ha sido considerablemente inspirador en la interpretación espacial de los yacimientos prehistóricos. Sin lugar a duda, la fortaleza de este modelo (la estructura e interrelación entre hogares y zonas drop/toss) reside en su razonamiento analógico, el comportamiento humano y las características físicas de un yacimiento, el cual han permitido su aplicación sin temor a cometer transgresiones temporales. Sin embargo, hay que tener en cuenta ciertas limitaciones de este modelo. En primer lugar, se ha señalado que el número de observaciones de estas actividades fue breve y estacionalmente limitado (David y Kramer 2001b: 258). En segundo lugar, cabe señalar que Mask es un yacimiento no residencial especializado, ocupado sólo por hombres que realizan actividades muy determinadas. Por ejemplo, a excepción de la extracción de tuétano, no se procesan alimentos. Binford, cuyo objetivo era demostrar que hay diferencias fundamentales entre yacimientos según su función (1978a: 357), es

consciente de esta particularidad. Todo ello debe alertarnos sobre el peligro de generalizar indiscriminadamente el modelo Mask.

El propio Binford (1988: 154-203) vuelve sobre este modelo y lo compara con otros datos nunamiut, así como con otros materiales etnoarqueológicos, en un intento de construir una teoría aplicable a la estructura situacional. Su premisa es que «los rasgos definitorios del carácter de las actividades, la organización del trabajo que implican y la utilización prevista de un lugar están codificados en la organización de la estructura del yacimiento» (1988: 156). En este trabajo, dicho autor propone una serie de modelos espaciales o modelos de “estructura situacional”, que supuestamente evidencian la existencia de rasgos subyacentes característicos de la organización espacial:

los bosquimanos !Kung, los esquimales nunamiut y los aborígenes ngatatjara, vemos que los espacios ocupados por la casa, las áreas dormitorio y el hogar exterior son muy semejantes. La razón de esta gran similitud en las dimensiones obedece simplemente a que el factor que las condiciona es el mismo en todos los casos: el cuerpo humano (Binford 1988: 185)

El razonamiento analógico entonces es claro, disponiendo «de una base para hacer inferencias acerca del pasado, por lo menos a partir del momento en que nuestros antepasados tuvieron un cuerpo similar al nuestro.» (Binford 1988: 155)

El primer modelo que Binford presenta se centra en la disposición de un individuo o de un grupo en torno a un hogar. En el primer caso Binford detecta un modelo básico espacial, «universal» (Binford 1988: 159), con el individuo sentado a una distancia aproximada de 1 metro y una distribución de restos en perpendicular al hogar. El patrón cambia con la disposición en semicírculo de un grupo, remitiéndose Binford al ya discutido “modelo de hogar exterior de hombres” del yacimiento Mask.

Tomando como ejemplo arqueológico el yacimiento de Pincevent, Binford demuestra la importancia de diferenciar entre hogares al aire libre y en interior, puesto que en los primeros la influencia de la dirección del viento determina el lado usado o, en el caso de restricciones al movimiento, a desplazar el hogar (1988: 170). En este sentido, dicho autor resalta que la distribución de restos alrededor de un hogar permite determinar, entre otras cosas, si la actividad en cuestión tuvo lugar al aire libre o en el interior de una casa (Binford 1988: 167), ya que las prácticas de mantenimiento difieren en ambos contextos.

A partir de ejemplos etnográficos (Ngatatjara australianos y Mrabri de Tailandia) en el que se observa la alternación de hogares y lechos individuales o dobles, y en la disposición y tamaño de lechos extraída del registro etnográfico, Binford plantea un modelo de “área dormitorio” basado en las dimensiones del cuerpo humano y la necesidad de calor. Posteriormente aplica este modelo al yacimiento prehistórico del Abri Pataud, a partir del cual acaba interpretando diferencias en la función del yacimiento y la estructura de la unidad social, del tipo temporal/hombres y residencial/familia (1988: 173-74).

Asimismo, Binford destaca que el área dormitorio es, en realidad, un área personal que puede servir para reparar útiles, aislarse o consumir alimentos en momentos concretos (“desayuno”) o de animales pequeños. Así, la distribución de los restos de las comidas individuales y comunitarias aparece diferenciada (1988: 178). Ello sucedería, según Binford, aún al margen de las tareas de mantenimiento: en el caso de los grupos !Kung, por ejemplo, los restos ingeridos en el interior de la estructura de habitación se arrojan cada mañana a un vertedero en la entrada (*ibid*).

Un tercer modelo presentado por Binford es el denominado “modelo de área de actividad extensa” y parte de la premisa de que las actividades que se realizan de pie comportan una gran dispersión de restos (17-24 m² en un hoyo para asar alyawara o 30 m² en el caso nunamiut del descuartizamiento caribú), conformando un clásico modelo circular con una zona de trabajo y circulación central y una concentración de los desechos en la periferia. Además, las actividades que requieren gran cantidad de espacio, como asar, descuartizar o el curtido de piel, se llevan a cabo generalmente en áreas periféricas, lejos de las áreas usadas cotidianamente.

Un aspecto destacable del trabajo de Binford es que apoya algunas de sus hipótesis con observaciones derivadas de la excavación arqueológica de tres yacimientos residenciales nunamiut, lo que permite proponer «otras maneras de organizar la preparación y consumo del alimento» así como de disponer de los desechos (Binford 1988: 186). Dos de estos yacimientos habían sido ocupados hacia 1880 y Binford contó con informadores nativos que aportaron datos sobre la función del yacimiento, la duración de la ocupación y la descripción generales de los ocupantes. El yacimiento de Tulukkana es un campamento de verano (Binford 1978b: 339-405) en el que se documenta una tienda y un hogar-cocina situado al aire libre. A partir del análisis del

mapa de densidades de los huesos, Binford detecta que un lado del hogar está muy limpio, siendo interpretado como el acceso al hogar por parte de la “cocinera”, mientras que los restos procedentes de la preparación de alimentos se concentran al otro lado del hogar (zona toss), en lo que Binford llama «distribución de restos tipo mariposa» (Binford 1988: 147). Las comidas podrían haber sido consumidas tanto en el exterior como en el interior, dependiendo de las condiciones climáticas, lo que habría resultado en una zona de desechos que se extiende a ambos lados de la pared de la tienda.

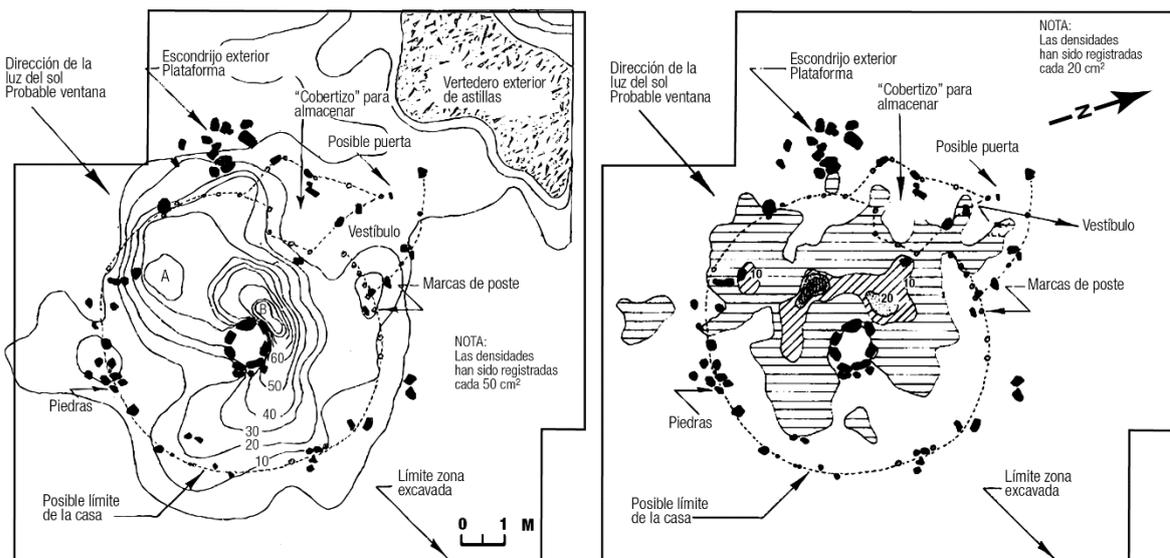


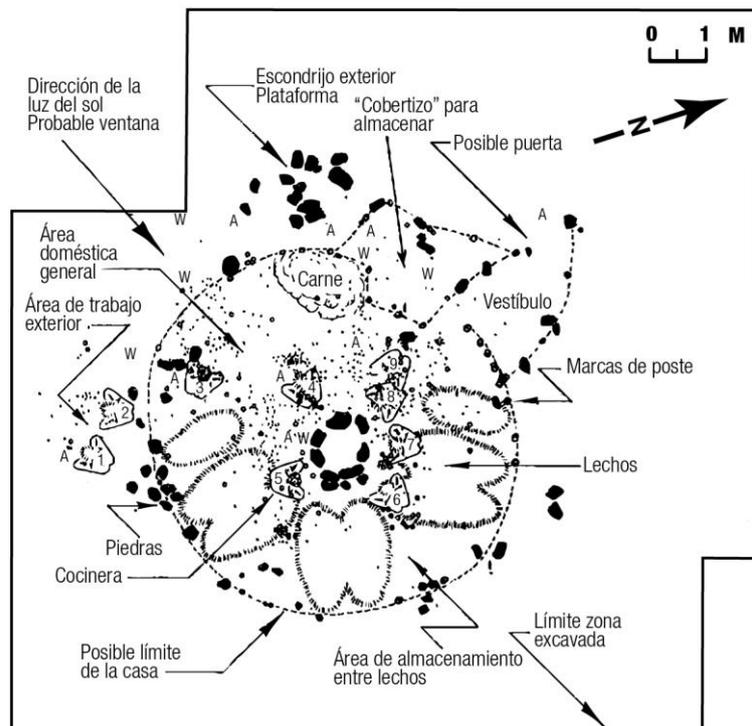
Figura 4.4 Plano de las densidades de las astillas de hueso (izq.) y de las lascas procedentes de la manufactura de útiles de piedra (der.) localizadas dentro y alrededor de una casa esquimal de invierno (Casa Palangana), en el Lago Tulugak, Alaska (a partir de Binford 1988: fig. 117-118). Nótese que ambas categorías aparecen más densamente concentradas en las áreas marcadas como “A” y “B” (izq.), interpretadas como los espacios donde se sienta el hombre (B) y la mujer (A) de la casa.

El yacimiento Palangana, localizado en la cordillera de Brooks en el interior de Alaska, es una “casa de invierno” ocupada por una familia nunamiut (Binford 1978b: 431). Está caracterizado por un hogar central interior en cuyo lado norte se observa una mayor densidad de astillas de hueso (zona drop). El lado sur del hogar está más limpio, aunque existe una concentración de lascas de piedra en la esquina sudoeste (Figura 4.4). En base a la distribución de los restos, de los modelos espaciales presentados y de la detección de “elementos auxiliares” en torno al cual se organicen las actividades (p. ej. una posible ventana, Binford 1988: 155), Binford concluye a) que en torno al hogar se realizan las actividades derivadas de, o relacionadas con, el consumo de alimento que tiene lugar en las horas de oscuridad, y b) que las actividades llevadas a cabo durante el día como la fabricación de útiles están localizadas, dentro del espacio doméstico, en áreas próximas a la entrada de luz (Figura 4.5). Curiosamente, Binford también detecta

que los útiles aparecen agrupados en pequeños montones situados al norte del hogar, en el área poco iluminada del hogar, contrastando con la presencia escasa y dispersa observada al sur y oeste del hogar, lo que interpreta como “pequeños escondrijos” u objetos olvidados debido a la falta de luz (Binford 1988: 194). A nivel de estructuración general del yacimiento, Binford distingue en Palanga un área interior usada intensivamente y compartimentada; un área exterior poco diferenciada; y una zona exterior periférica con actividades que necesitan más espacio y funcionalmente más especializadas.

Finalmente, Binford destaca en comparación con el yacimiento de Tulakkana la ausencia de zona toss asociada al hogar interior de Palangana. Ello se explica por diferencias en el mantenimiento del espacio, ya que en Palangana los restos grandes se evacúan a un basurero en el exterior de la casa de invierno. Un basurero exterior similar y un “vertedero de puerta” se pueden observar en el yacimiento nunamiut de Clean Lady¹¹ (Graham et al. 1982; Binford 1988: 161).

Figura 4.5 Reconstrucción de la organización espacial del área más frecuentada de la Casa Palangana (a partir de Binford 1988: fig. 119). Los símbolos que representan figuras de individuos sentados indican los lugares de asiento más importantes, identificados por la distribución de las astillas de hueso y de piedra (véase la figura 4.4). Los individuos n° 8 y 9 representan una misma persona (probablemente hombre) que cambia ligeramente de posición respecto al fuego, según esté ocupado en consumir alimento (8) o en actividades artesanales (9). Los asientos n° 3 y 5 seguramente son utilizados por la mujer de la casa para realizar o reparar artefactos (3) o acceder al hogar (5).



¹¹ No ha sido posible precisar la cronología de este yacimiento, puesto que dicha información no aparece en Binford (1988) y no se ha podido acceder a Graham et al. (1982). No obstante, se le puede suponer anterior a 1960, cuando los grupos nunamiut se asientan de manera permanente en Anaktuvuk Pass (véase Binford 1991).

Estos ejemplos de “análisis de la estructura situacional” (Binford 1988: 184), especialmente la interpretación del yacimiento Palangana, permiten a Binford plantear una serie de conclusiones. En primer lugar, que la organización del espacio dentro de una casa se articula, principalmente, en base a dos factores: el calor y la luz (1988: 196). Esta estructura situacional está condicionada por la temperatura, ya que cuanto mayor sea la necesidad de refugio, más limitada será la cantidad de luz disponible y, por tanto, mayor la intensificación y compartimentación del espacio iluminado. También será cierto en el caso inverso: cuanto mayor la disponibilidad de luz, mayor el uso extensivo del espacio, como ejemplificaría la búsqueda de sombra en los campamentos !Kung.

Binford también aporta elementos interesantes sobre la generación de desechos y las actividades de mantenimiento. Por un lado, coincide con Yellen (1977) en que las tareas que requieren cierto tiempo o que generan muchos subproductos se relegan generalmente a áreas que pueden ser monopolizadas. Excepto en ocupaciones largas o cuando hay intención de reocupar el lugar, en estas áreas los subproductos permanecen *in situ*. Así, Binford formula la existencia de una correlación entre la duración de la ocupación y el número de áreas en las que se llevan a cabo actividades especializadas y/o la cantidad de áreas a gran escala, situadas en la periferia del área de actividad principal, a las que se les dedica un mantenimiento cuidadoso. Por otro lado, en lo que se refiere a las áreas de uso intensivo, Binford diferencia entre un mantenimiento “preventivo” (*tossing* o *dumping*) y unas estrategias de limpieza o mantenimiento “*post hoc*”. Estas últimas estarían relacionadas con la intensidad de la utilización de un área concreta y, por tanto, «cuanto menor sea la movilidad de un grupo o más acusado su sedentarismo, mayores serán las probabilidades de conflictos en la escala y duración de las actividades desarrolladas en cualquier lugar» (1988: 201).

Un tercer aspecto que destacar es la propuesta de aproximación al análisis espacial de Binford, comenzando por reconstruir lo que denomina la “morfología del esqueleto del yacimiento” (Binford 1988: 155). En efecto, la ordenación de los “elementos auxiliares” (estructuras, hogares, agujeros de poste, caminos o avenidas de acceso) de un yacimiento serán el esqueleto en torno al cual se organizarán las actividades.

Pese al innegable interés, siempre que se mantengan como hipótesis, de las propuestas y modelos de Binford, cabe señalar ciertas limitaciones a la hora de construir su teoría de la estructura situacional. En general, Binford (1988: 23) plantea que la búsqueda de

relaciones entre las actividades humanas (lo dinámico) y sus consecuencias materiales (lo estático) es prioritaria para entender el registro arqueológico. Dicha investigación debe realizarse a través de la etnoarqueología (entre otras líneas de investigación de alcance medio) mediante el estudio de grupos actuales, ya que los instrumentos teóricos para explicar el nexo existente entre la “dinámica” y la “estática” no pueden surgir del registro arqueológico (Binford 1988: 27).

En la práctica, Binford se aproxima por tres vías diferentes al análisis de la estructura situacional. En primer lugar, mediante hipótesis extraídas de observaciones directas de “pautas de comportamiento particular”, como en su primer y más difundido “modelo de hogar exterior de hombres” o en el “modelo de áreas de actividad extensa”. En segundo lugar, Binford recurre al uso de analogías “funcionales” entre los datos arqueológicos y generalizaciones empíricas de datos etnográficos. Es el caso de la aplicación del “modelo de área de dormitorio” al yacimiento del Abri Pataud. En este caso, por mucho que se justifique el razonamiento analógico en la mecánica y las dimensiones del cuerpo humano, el enfoque es restringido y termina derivando en especulaciones de carácter social. Una tercera aproximación de Binford es mediante el análisis de la evidencia arqueológica de yacimiento etnohistóricos. En estos casos, por ejemplo, Binford se apoya en la información etnográfica para interpretar la división del espacio en función del sexo. Sin embargo, aunque dicho autor insiste en la importancia espacial de factores como la “organización tecnológica” (Binford 1978a) o la división del trabajo en función del sexo y de la edad (Binford 1988: 196), no propone en ningún caso herramientas analíticas que posibiliten contrastaciones independientes y permitan superar el componente subjetivo inherente a los enunciados observacionales sobre la distribución de los restos materiales. Este es un aspecto fundamental, sobre el que volveremos a tratar más adelante.

4.1.3 Modelo refinado de hogar exterior

Marc G. Stevenson (1985) ha propuesto un modelo arqueológico que, pese a que no emana de constataciones etnográficas directas, se sostiene sobre observaciones documentadas en contextos etnográficos. En este sentido, la propuesta de Stevenson está basada en el “modelo de hogar exterior de hombres” de Binford (1978a; 1983), al que le añade una “zona de desplazamiento”. Esta zona adicional es «where items

additionally discarded in their areas of use were displaced towards the periphery of activity areas because of the potentially disruptive nature of refuse buildup in the ‘drop-zone’» (Stevenson 1985:75). Stevenson pretende así modelizar todos los patrones de descarte en los yacimientos, incluidos aquellos patrones de descarte documentados por O’Connell (1979; 1987) y Jarvenpa y Brumbach (1983).

Stevenson contrasta este modelo con los datos del yacimiento de Peace Point, localizado a orillas del río Peace (norte de Alberta, Canadá). Se trata de un yacimiento prehistórico (ca. 2500 BP) caracterizado por una preservación considerablemente buena, debido a la rápida sedimentación del río, y por un elevado grado de integridad estructural (Stevenson 1985: 69). Aproximadamente el 95% de los restos líticos recuperados son restos de talla primaria y secundaria indicando el peso predominante de la producción de herramientas de piedra en este yacimiento.

Un aspecto importante de este modelo es que permite a Stevenson considerar «the distinct possibility that remains produced at various times during the occupation of a site are not subject to identical degrees or type of cultural disturbance» (1985: 68). Así, un aspecto a destacar de esta propuesta es que valora el impacto de los procesos depositacionales en la distribución de los restos, tras el abandonamiento de la ocupación, pero también durante el desarrollo de la misma. Stevenson distingue entre tres fases de ocupación de un asentamiento cazador-recolector: una fase inicial, una fase de ocupación o explotación, y una fase final o de abandono (Stevenson 1985: 64; Stevenson 1991: 282).

En la fase inicial se llevan a cabo las actividades de habilitación del asentamiento (Stevenson 1991: 282). Los restos líticos típicamente asociados a esta fase son herramientas usadas o “curated” hechas con materias primas no locales y los residuos resultantes de este mantenimiento. También se pueden encontrar restos primarios de la producción de herramientas expeditivas con materia prima locales (Stevenson 1985: 66-67). La fase de ocupación o explotación sería la más larga, caracterizada por el desarrollo del grueso de actividades de obtención, procesado y mantenimiento (Stevenson 1991: 275). Se puede esperar, por tanto, que durante esta fase los restos arqueológicos destaquen en cantidad y variedad, con un predominio importante de restos de fauna o vegetales. Finalmente, Stevenson (1991: 282) distingue una breve fase de abandono. Los restos líticos de esta fase corresponderían fundamentalmente a la

preparación de nuevas herramientas y al descarte de las anteriores, hechas con materias primas locales y no locales, y su disposición debería ser más concentrada y sin relación funcional o espacial con actividades anteriores (Stevenson 1985: 68).

En la primera y última fase el descarte de material es expeditivo, oportunista. Un ejemplo sería el barrido del área en torno al hogar exterior, o el “tossing” de los restos. Estas zonas “toss” tenderán a ser concentraciones menos densas de restos de mayor tamaño, localizadas en el área más alejada del hogar o en el sector del hogar a favor del viento (Stevenson 1991: 275). Por el contrario, a la fase principal de ocupación suele corresponder una actividad de mantenimiento del espacio organizada y sistemática, comportando posiblemente la producción de depósitos de desechos secundarios en la periferia de áreas de actividad intensiva o repetidamente ocupadas. Este mantenimiento secundario en conjunción con la zona “toss” podrían generar un área de desechos de magnitud creciente. Este patrón de descarte está más presente a medida que aumenta la duración de una ocupación. Sin embargo, como señala Stevenson, también está presente en muchos asentamientos etnográficos considerados de corta duración, no siendo el tiempo de ocupación la variable discriminante (Stevenson 1991: 276).

Además, el modelo de Stevenson también tiene en cuenta el efecto de los procesos de “size-sorting”, es decir, ordenación por tamaño, en sus tres dimensiones (Stevenson 1991: 270). Este autor distingue, por un lado, unos procesos involuntarios que sucederían indirectamente como consecuencia de “scuffage” (desplazamientos horizontales debido al tráfico de personas o animales) o del “trampling” (desplazamiento vertical por pisoteo en zonas transitadas). El primero afecta sobre todo a objetos grandes, que suelen acabar en los márgenes vegetales de los caminos o frenados por otro tipo de barreras, habiéndose comprobado una mayor dispersión horizontal en sustratos duros que en sustratos de arena poco consolidados. El segundo se traduce en el “embedding” o penetración de los restos en la matriz de la superficie ocupada. Diversos estudios (cf Stevenson 1991: 272) muestran que el trampling afecta tanto a objetos grandes como pequeños, pero que existe un ordenamiento vertical según el cual estos últimos suelen penetrar con mayor profundidad que aquéllos, más próximos de la superficie; aunque, de nuevo, la compactación del sustrato y el tamaño del grano afectan, habiéndose observado un patrón inverso en depósitos de arena poco consolidados.

Por otro lado, Stevenson (1991: 273-76) se refiere a la existencia de procesos intencionales de ordenación por tamaño de los desechos, que serían consecuencia directa de actividades de mantenimiento expeditivas como el “tossing” o el “brushing” (barrido con la mano o el pie). Los restos desplazados por este segundo proceso terminarían en una zona intermedia entre la zona “drop” y “toss”, que Stevenson denomina “zona de desplazamiento”, y que se caracterizaría por una densidad mayor y una mayor variación en tamaños respecto a la zona toss. En cuanto al mantenimiento intensivo, como es evidente también tiene un impacto importante al evacuar los objetos más grandes o disruptivos de las áreas ocupadas. Finalmente, otro proceso mencionado por Stevenson que explicaría el desplazamiento de objetos grandes de las áreas de actividad está relacionado con los juegos infantiles (1991: 273).

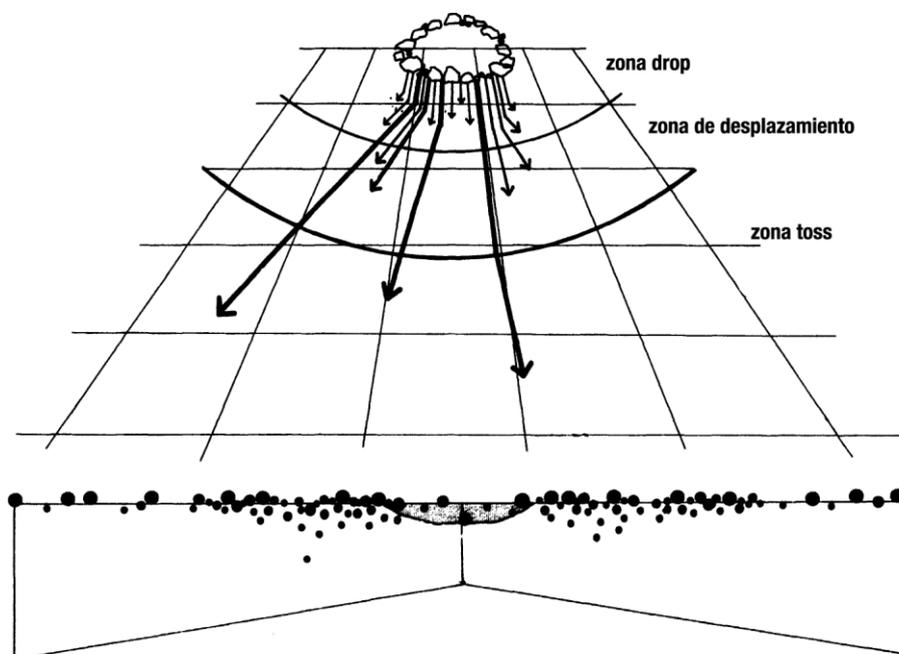


Figura 4.6 Modelo de tres zonas de evacuación de los desechos producidos en torno a un hogar exterior, según Stevenson (1991: fig. 2 y 3). La longitud de las flechas está correlacionada positivamente con el tamaño de los restos (arriba). Perfil esquemático de un área de combustión abandonada mostrando las distribuciones horizontales y verticales de restos con tres tamaños distintos (abajo).

Teniendo en cuenta todos estos aspectos, Stevenson formula una serie de «units of some potential behavioral significance» (1991: 280-81):

- 1) Los restos de tamaño grande, o que interfieren con el desarrollo de actividades, concentrados en la superficie de “zonas drop” probablemente indican actividades que ocurrieron con posterioridad a restos comparables dispersos por los “zonas toss”.

- 2) Los restos hundidos en la matriz sedimentaria en las “zonas de desplazamiento” corresponderían a actividades que ocurrieron con anterioridad a las que produjeron restos de tamaño equivalente concentrados en la superficie de la “zonas drop”.
- 3) En cualquier zona, los restos hundidos en la matriz sedimentaria corresponderían a actividades anteriores a las que generaron los restos del mismo tamaño hallados en superficie.
- 4) Los conjuntos de restos más dispersos y dañados son anteriores a conjuntos en mejores condiciones y más concentrados.

Estas cuatro hipótesis explicarían la variación en tamaño y dispersión de los restos dentro de un yacimiento y podrían ser usados para plantear hipótesis sobre la formación espacial y temporal de los restos (líticos) en torno a los hogares u otras estructuras exteriores (Stevenson 1985: 74). En efecto, el propósito del modelo de las tres zonas no es únicamente identificar las localizaciones de estas tantas zonas de descarte, sino también identificar la fase de ocupación a la que corresponden las agrupaciones de restos. El autor es consciente de que las sucesivas reocupaciones de un mismo yacimiento pueden alterar la integridad estructural de los conjuntos arqueológicos. Sin embargo, igual que sucede dentro de una misma secuencia de ocupación, los restos más recientes se deberían poder distinguir al exhibir una mayor integridad espacial. De hecho, Stevenson afirma que, junto con técnicas como el análisis de remontajes o de la meteorización de los restos óseos, el análisis de la distribución general del descarte y del “size-sorting” es una herramienta para investigar la contemporaneidad de las diferentes ocupaciones de un yacimiento (Stevenson 1991: 294).

Todavía más, para Stevenson «The utility of the perspective advocated here is limited only by imagination» (1991: 295), pudiendo ser una valiosa vía de acceso al análisis de las relaciones sociales. En este sentido, Stevenson pone dos ejemplos: en asentamientos de agregación cazador-recolector la identidad de grupo puede ser exagerada durante la primera fase de la ocupación, particularmente si los grupos no están relacionados, difuminándose o transformándose espacialmente estas relaciones a medida que avanza la ocupación. En el segundo ejemplo sucede al revés:

as a consequence of resource stress during terminal phases of occupation, men and women would not be able to fulfill their mutually dependent socioeconomic roles (...) [Therefore] the ritual organization of space along age and sex lines would be expected

to be most pronounced under conditions of resource stress. Such use of space during times of scarcity would be needed, too, as a way of maintaining gender roles, societal order, and the hunting mode of production (Stevenson 1991: 291).

Aunque esta hipótesis, todavía más que la anterior, asume unas estrategias organizativas y unas relaciones sociales históricamente particulares, como son las sociedades árticas y subárticas en que el papel de la caza especializada efectuada por partidas de hombres es central, su interés radica en el método propuesto y en la concepción dinámica de las actividades desarrolladas durante una misma ocupación.

4.2 Otros estudios etnoarqueológicos

4.2.1 Tundra y taiga ártica

4.2.1.1 *Slavey Dene (Territorios del Noroeste, Canadá)*

En 1975, Robert y Priscilla Janes convivieron durante 16 semanas con siete familias slavey dene en el asentamiento de Willow Lake, en los Territorios del Noroeste de Canadá (Janes 1983). Este asentamiento se ocupaba estacionalmente durante los meses de primavera (de 4 a 6 meses), haciendo la función de campamento base desde el cual se organizaban las partidas de caza, pesca, recolección y trampeo. Durante el período de estudio, los autores reunieron una destacable cantidad de información detallada sobre el descarte de desechos, la construcción de las estructuras de habitación, los yacimientos especializados, y los correlatos materiales de la división sexual del trabajo y de las áreas de actividad de un asentamiento. Por todo ello se ha considerado este trabajo que constituye «the earliest significant ethnoarchaeological consideration of gender – special purpose sites, tool manufacture, and, of special concern here, variation in structures and in their use» (David y Kramer 2001a: 286).

Usando una metodología ecléctica que incluía observación participante, entrevistas y registro con mapas, los autores ponen de manifiesto el carácter flexible y complejo de las estrategias desarrolladas por el grupo Willow Laker, llegando a extraer 77 “expectativas” para la investigación arqueológica. En lo que se refiere a la distribución espacial de la evidencia arqueológica, éstas son fundamentalmente negativas. Empezando por las actividades de mantenimiento de los desechos, Janes remarca lo siguiente:

There is one simple conclusion that can be drawn from the Willow Lake data on refuse disposal. That is, the Willow Lake Dene do not live among their garbage any more than we do. Obvious as this may seem, much of archaeological thought is, or used to be, based upon the tacit assumption that the locations of artifacts in a site correspond to their locations of use. To begin with, much of the material record in the form of refuse simply does not survive the intentional disposal methods of the Willow Lake Dene . . . Excavating only in areas where the artifacts are most abundant may be more stimulating, but one can only do this by ignoring the increasingly contradictory observations emerging from ethnoarchaeology (Janes 1983: 34).

Se documentó la eliminación sistemática de desechos del interior del área habitada mediante barridos diarios de las casas, pero también en las áreas exteriores con limpiezas periódica y quema de desechos. Además, las acumulaciones de desechos en hoyos o montículos en superficies podían corresponder a los restos de una única unidad social, por varias o incluso de manera comunitaria, sin posibilidad aparente de distinción. Por si fuera poco, se llegó a documentar puntualmente la recolecta de desechos domésticos en un saco y su transporte posterior mediante canoa hasta un lago a 19 km del asentamiento (Janes 1983: 32).

Frente a la información etnográfica sobre los grupos dene de inicios del siglo XX, que indica la existencia de ciertas convenciones en la localización de los lugares para dormir en el interior del tipi en relación a la entrada de éste (véase capítulo 3), las observaciones etnográficas de 1974 y 1975 documentan variabilidad en la localización de la entrada o la presencia de múltiples entradas en los tipis (Janes 1983: 61). En general, los tipis se conciben como centros de actividad generalizada, donde éstas se llevan a cabo individualmente o simultáneamente, sin una definición espacial estricta asociada. Ello no sucede solo en el interior de los tipis, sino que prácticamente todas las áreas de actividad del asentamiento son multifuncionales: « In short, different tasks are performed at different times and at different places within the same área» (Janes 1983: 70). La «considerable fluidity in the use of space» (*ibid*), sumado al hecho de que la mayoría de las actividades se llevaban a cabo de manera compartida por ambos sexos, hacía imposible según los autores la existencia de espacios sexualmente segregados dentro del asentamiento.

Una flexibilidad similar se documentó arquitectónicamente, con la coexistencia de tipis y cabañas de madera rectangulares de tipo euro-canadiense. Pese a las evidentes diferencias formales, estas estructuras no se diferenciaban funcionalmente. Las cabañas de madera requerían un menor mantenimiento, y su construcción es más fácil en un bosque de coníferas cuando se dispone de hachas de acero y motosierras. Por otro lado,

algunas familias continuaban usando los tipis « for ideological, aesthetic and functional reasons» (Janes 1983: 58), como el ahumado y secado de la carne.

Respecto a las implicaciones arqueológicas de este estudio, se ha llamado la atención sobre el énfasis pesimista en la valoración de los autores de este trabajo. En palabras de Gould (1984: 1017): «Dealing with and controlling for the true complexities of material behavior in contemporary human societies should not be equated with mere cautionary tales in ethnoarcheology. By assuming such an equation, Janes has seriously underrated the value of his own observations and allowed some potentially generalizable processes to go unnoticed». Asimismo, cabe tener en cuenta a la hora de plantear hipótesis la particularidad del asentamiento de Willow Lake que, sin ser considerada una ocupación sedentaria, es una ocupación de larga duración en un emplazamiento usado por este grupo intensivamente durante décadas. Todo ello influye, sin lugar a duda, en las estrategias de mantenimiento del espacio interior y exterior.

Algunas de las antedichas 77 “expectativas” arqueológicas pudieron ser contrastadas posteriormente. En efecto, Robert Janes (1989), acompañado de otros dos arqueólogos y una familia Willow Laker, volvió al asentamiento en 1984 para realizar la excavación de uno de los tipis observados en el estudio anterior. El tipi escogido había sido ocupado intermitentemente durante 35 años y, al menos en 1975, había estado ocupado por dos unidades sociales, comportando un total de 13 habitantes (Janes 1989: 136).

La excavación del hogar central del tipi reveló ciertas contradicciones entre las observaciones etnográficas previas y la evidencia arqueológica. El hogar presentaba una configuración circular de piedras y contenía abundancia de huesos de conejo y de pato, así como otros objetos, principalmente clavos de hierro (usados para tender y secar las pieles de animales). Sin embargo, ninguno de los hogares observados en 1975 presentaba esta delimitación de piedras, y en sólo una ocasión se documentó el quemado intencional de restos en la hoguera de un tipi (Janes 1983: 30). Asimismo, también se encontró un hoyo de almacenamiento en el interior del tipi, el cual no había sido observado durante el período de trabajo etnográfico (Janes 1989: 135).

La excavación confirmó (o, al menos, no contradujo) el carácter flexible de las áreas de actividad observado etnográficamente. Los 258 restos arqueológicos recuperados en el interior del tipi son prácticamente un reflejo de las actividades observadas en 1975. No se identificó ninguna concentración discreta de categorías de restos que pudieran sugerir

áreas de actividad monofuncionales (Janes 1989: 136). La poca profundidad del hogar, unos 12 cm, en comparación con el uso intensivo de este tipi, también es coherente con la limpieza periódica de los hogares documentada etnográficamente.

La excavación también reveló una estratigrafía compleja debido a procesos post-deposicionales (fundamentalmente roedores atraídos por las larvas y otros insectos típicos de estos sedimentos con un elevado contenido en desechos comestibles) y a la reocupación intensiva. En este sentido, un hogar hallado en la periferia del tipi asociado a restos líticos, podría pertenecer a una ocupación anterior (Janes 1983: 134). El suelo del tipi mostraba una ligera depresión desde la periferia, usada básicamente para el almacenaje (Janes 1983: 60-65), hacia el hogar central, reflejando la concentración de la actividad humana en torno al hogar (Janes 1989: 132). Ello debió comportar un tráfico considerable y, sumado a los otros factores, resultó «in a a truly complex palimpsest of successive occupations that resists both horizontal control and stratigraphic precision».

En suma, un aspecto clave a destacar de esta contrastación arqueológica es que muestra las contradicciones que se crean al intentar interpretar los 35 años de ocupación de esta vivienda en base al “momento” etnográfico observado en 1975 (Janes 1989: 137).

4.2.1.2 *Inupiat (norte de Alaska)*

Otro trabajo etnoarqueológico fue llevado a cabo por Claudia Chang (1988) en Nauyalik, un campamento de caza y pesca Inupiat (norte de Alaska), que la autora estudió durante 11 días en julio de 1982. El método seguido incluyó el “estudio de tiempos-movimientos” de un hombre y una mujer adultos durante un período de 4 días, con atención especial al uso y descarte de herramientas u otros objetos. El área de actividad principal en el exterior de la casa correspondía al procesado de comida, y aunque Chang observa una clara división sexual del trabajo y de los instrumentos, «the food processing area does not represent a spatial partition between men’s and women’s activities since both man and woman used the same general area for cleaning fish and butchering caribou» (C. Chang 1988: 152). En general, no obstante, Chang detecta la existencia de lo que denomina «mental templates» (“plantillas mentales”) en base a las cuales se ordenaban espacial y temporalmente las actividades. Estos constructos mentales no habrían sido alterados por los cambios tecnológicos modernos (C. Chang 1988: 156). Por último, la autora también llama la atención sobre las áreas con baja densidad de restos que, aunque han generado un menor interés arqueológico, no

necesariamente se definen en negativo, pudiendo indicar áreas de actividad específicas, como la reparación de redes de pesca.

4.2.1.3 *Yupik-Ingalik (suroeste de Alaska)*

Aunque desde el punto de vista metodológico se desmarca del resto de estudios presentados y discutidos en el presente capítulo, presentando algunas limitaciones importantes debido al uso de datos arqueológicos y etnográficos indirectos, la fortaleza del trabajo de Williém A. Boismier (1991) radica precisamente en el planteamiento de una aproximación diferente, y en una premisa claramente formulada:

Tools and other items of material culture thus move from one behavioural context to another in their “life histories” on the basis of the organizational characteristics of the sexual division of labour. As they move their patterns of association with other items in the archaeological record produced by these contexts can be expected to vary in response to their changing roles within them (Boismier 1991: 189).

Así pues, el objetivo de Boismier es analizar cómo los distintos elementos de una “cultura material” se organizan mediante la división del trabajo y cómo esta división del trabajo puede contribuir al patrón de formación del registro arqueológico. En este sentido, el autor aprovecha para señalar la sorprendente ausencia de investigación o de debate sobre determinados aspectos de la organización tecnológica, como los que están relacionados con la división sexual del trabajo en la producción, uso y reparación de herramientas líticas, y sobre los correspondientes resultados arqueológicos.

Boismier presenta los resultados de un reanálisis en clave espacial de los restos recuperados en el yacimiento de Tulukaghogamiut (o Crow Village), un asentamiento permanente de invierno ocupado por el grupo cazador-recolector kusquqvagmiut, en el suroeste de Alaska. Este yacimiento había sido excavado en los años 1953-1954 y 1963 (Oswalt y VanStone 1967: 8-9). A partir de las fuentes etnográficas rusas del siglo XIX, se propuso una duración de la ocupación de 82 años entre 1830-1912 (1967: 4-7). La excavación reveló cinco viviendas, un *kashim* o casa de hombres, varios escondites de almacenamiento, silos y dos acumulaciones de desechos. De la información etnográfica se puede suponer que, de modo general, todas las casas estuvieron ocupadas simultáneamente. Las casas y las acumulaciones de desechos fueron excavados, pero el *kashim* no. Se recuperaron 1912 restos.

Para poder formular hipótesis que le permitan contrastar su premisa, Boismier recurre al completo registro etnográfico del grupo ingalik (cf. Osgood 1940). Los dos grupos,

kusquqvagmiut e ingalik, habitaban la misma zona, compartían patrón de asentamiento y, según Boismier, existió entre ambos un «considerable interchange of items, ideas and people» (Boismier 1991: 190). De esta manera, Boismier se interesa por la información etnográfica relativa a la división sexual del trabajo; las diferencias en el uso de los principales “contextos de comportamiento”, es decir, casas y *kashim*; la localización espacial de las diversas secuencias de trabajo de producción, uso, mantenimiento y descarte de herramientas. Se aislaron 176 ítems (agrupados en 26 categorías funcionales: ver Tabla 4.2) y se clasificaron en base a presencia/ausencia de 31 variables cualitativas agrupadas en 6 clases diferentes: 1) sexo de la persona que lo produce (y, en ausencia de mayor información, repara); 2) estación de producción; 3) localización de la producción: *kashim*, vivienda de invierno, vivienda de verano, ahumadero («Smoke House»), exterior; 4) sexo de la persona que lo usa/consume; 5) estación de uso; 6) localización de uso/consumo (ídem que anterior). Finalmente, Boismier calcula un índice de diversidad: $D = \frac{I-1}{\log N}$

Weapons	Instruments	Facilities: tended	Facilities: untended
Procurement Tools	Coping Tools	Transport: land	Transport: water
Wood Working Tools	Bone Working Tools	Skin Working Tools	Sewing Tools
Tool Manufacture	Multipurpose Tools	Food Consumption	Food Processing
Domestic Tool	Personal Adornment	Ritual	Games and Toys
Skin	Thread and Line	Clothing	Bags
Baskets	Mats and Covers	Miscellaneous	

Tabla 4.2 Categorías funcionales de 176 bienes producidos por grupos *ingalik* (a partir de Boismier 1991: 193, tabla 2).

Del análisis etnográfico, Boismier concluye que los hombres manufacturan una mayor variedad de bienes usados por ambos sexos que las mujeres. La división sexual del trabajo es aparentemente estricta, únicamente existiendo cooperación entre ambos sexos en dos categorías (“Facilities: tended” y “Transport: water”). En general, Boismier señala que sólo el 17,46% de los ítems fabricados por mujeres podrían ser recuperados arqueológicamente, frente a un 99% en el caso de los hombres (1991: 199). De los bienes que conforman la evidencia arqueológica, un 79% se llevan a cabo en el *kashim* por hombres adultos y jóvenes. Además, un porcentaje importante de lo que se fabrica en este contexto se usa o consume en otros contextos o en el área “doméstica”. Por último, tanto los desechos del interior del *kashim* o de las viviendas se evacuaban en depósitos secundarios exteriores (Osgood 1940).

La segunda parte del análisis de Boismier (1991: 200 en adelante) consiste en contrastar estas hipótesis con los restos arqueológicos del yacimiento de Crow Village. El autor detecta que la acumulación de desechos exterior asociado al kashim tiene el mayor número de bienes y la mayor diversidad de categorías funcionales. Efectivamente, se observan diferencias significativas en la distribución de las actividades de consumo alimentario entre las casas y el kashim, así como mayor presencia de restos vinculados a actividades rituales en el segundo contexto. Aunque en las casas y la acumulación de desechos exterior asociada los restos vinculados a actividades femeninas son dominantes, los resultados son más ambiguos, con algunas estructuras indicando un rango de actividades más amplio de lo esperado. En este sentido, en dos casas aparecen más restos asociados a actividades masculinas o rituales de lo esperado.

De este ejercicio de contrastación, Boismier extrae una serie de implicaciones para el análisis de la distribución espacial de los restos arqueológicos. En esencia, que la variabilidad en los patrones de asociación material de una superficie de ocupación están condicionados por la división sexual del trabajo y en la necesidad de asociar categorías funcionales para distinguir contextos de uso/consumo o producción (Boismier 1991: 211). El autor concluye con tono crítico, alertando sobre los déficits de los análisis espaciales anteriores:

Many analytical techniques and approaches tend to ignore or reduce in importance the variability inherent in intra-site distributions by focusing on parametric or global assumptions for recognizing associational and covariational patterning (Cf. Whallon 1984; Gamble this volume). It is these patterns of association and covariation which are “behaviourally significant” in regard to the organization of past behaviour rather than the distributions of individual types or classes (Boismier 1991: 211).

4.2.1.4 *Chipewyan (norte-centro de Canadá)*

En lo que corresponde a las latitudes árticas y subárticas del continente americano, es necesario referirse a los estudios etnoarqueológicos de Jarvenpa y Brumbach (1983; Brumbach y Jarvenpa 1997; Jarvenpa y Brumbach 2006). Desde finales de 1970 ambos autores han trabajado con un grupo dene, los chipewyan de norte-centro de Canadá, desarrollando distintas aproximaciones etnoarqueológicas (fundamentalmente entrevistas) y enfatizando la perspectiva de género: «we argue that gender, one of the most fundamental structuring principles for all human societies, is integral to the spatial organization of food procurement and processing» (Brumbach y Jarvenpa 1997: 415).

En su principal trabajo expusieron que tanto hombres como mujeres chipewyan cazaban y que la variabilidad en la organización espacial de esta actividad estaba relacionada con los diferentes patrones de movilidad de partidas masculinas y partidas femeninas, lo cual a su vez tenía consecuencias arqueológicas directas «since residues recovered from within a radius of several kilometers of a contemporaneous settlement site are likely to represent the women's activities (Brumbach y Jarvenpa 1997: 428). El espacio de los asentamientos contemporáneos también muestra una clara segregación espacial, con determinadas estructuras de almacenamiento de medios de producción vinculadas exclusivamente a un sexo (*ibid*: 428-9).

4.2.2 Desierto australiano

4.2.2.1 *Pintupi (Australia Occidental)*

El interés de Hayden (1976; 1979) por el estudio del uso, producción y descarte de los instrumentos líticos desde una perspectiva etnoarqueológica le condujo a analizar dos yacimientos localizados inmediatamente al sur del lago Macdonald, al norte de Australia Occidental, ocupados antes de mediados de 1940 por grupos Pintupi-parlantes. Ambos yacimientos, Ngarulurutja y Walukaritji, fueron ocupados en una única ocasión durante 7-21 días por un grupo de 4-5 personas, respectivamente. El interés de Hayden por ambos yacimientos deriva de su supuesta “excepcionalidad”, puesto que los informantes aborígenes aseguraban que en tales ocupaciones no había habido ni se habían utilizado herramientas metálicas (Hayden 1979). Un análisis estadístico de las asociaciones espaciales entre diferentes categorías de material arqueológico (fundamentalmente restos líticos, óseos y hogares) en los dos yacimientos fue presentado, en pleno auge de del debate sobre las áreas de actividad, por Spurling y Hayden (1984). A continuación, procedemos a describir los principales rasgos de estos yacimientos y las conclusiones alcanzadas en ambos trabajos.

En base a los datos etnográficos obtenidos de los informadores, así como de la literatura etnográfica, los autores concluyen que las actividades se llevaban a cabo de manera desestructurada en torno al foco central de uno o más “hogares dormitorio” (*sleeping hearths*). Varios pequeños fuegos se encendían frecuentemente por la noche para dar calor, aunque durante el día sólo se usaba uno. Era en torno a estos hogares que se dormía, cocinaba, comía, relajaba durante el día, se reparaban las herramientas de caza o recolección o se llevaban a cabo otros trabajos.

Las áreas dormitorio en torno a los hogares se intentaban mantener limpias de vegetación y a veces hasta se excavaban para obtener un área de descanso confortable. Los trabajos que generaban una cantidad “incómoda” de desechos, como cocinar o descuartizar animales de tamaño medio, el enderezamiento de las lanzas, o la talla lítica, habrían ocurrido fuera de esta área. Huesos grandes u otros restos molestos para dormir o caminar se solían arrojar unos 10 metros fuera del área de ocupación inmediata. Los huesos pequeños normalmente se dejaban caer en el lugar de consumo, en torno a los hogares, o se arrojaban a un lado. Los restos líticos de actividades llevadas a cabo cerca de los hogares no se descartaron a poco más de 1 o 2 metros del lugar de trabajo. Finalmente, la disponibilidad de sombra era uno de los factores determinantes en la localización de las áreas de actividad y, por tanto, de la disposición de los restos. Como señalan los propios autores, estas observaciones corroboran las hechas anteriormente por Yellen (1977) o Binford (1978).

En lo que respecta a las unidades sociales que ocuparon ambos yacimientos, tanto en Ngarulurutja como en Walukaritji hay dos focos de ocupación. En el primer yacimiento, los informadores indicaron que se trataba de dos jóvenes hombres solteros (área oriental) y los padres de uno de los jóvenes (un hombre y su primera mujer, ambos ancianos; área occidental). Ello habría estado refrendado también en la presencia de tres “losas de molienda” (*grinding slab*), usadas para machacar lagartos u otros propósitos similares, y que según la información etnográfica cada “unidad económicamente independiente” (en este caso, ambos cónyuges y cada persona soltera) disponía. Por su parte, en el yacimiento de Walukaritji los dos focos de ocupación habrían estado ocupados por hombres solteros jóvenes (3 al norte y 2 al sur). Los informadores luego explicarían que estos dos *tawara*, o campamentos de hombres solteros, formaban parte de un campamento más amplio, ocupado probablemente por 12 personas o incluso el doble, entre los cuales se incluirían las familias de como mínimo dos de los jóvenes. Sin embargo, en el momento de la excavación («Whether fearing that we would excavate all camps which would entail considerable work, or whether through misunderstanding»: Hayden 1979: 153) esta información no fue comunicada.

En Spurling y Hayden (1984), los autores critican las técnicas utilizadas hasta el momento en el análisis espacial de conjuntos de datos recuperados en yacimientos prehistóricos, así como el uso de cuadrículas, señalando que «statistically identified data patterns at archaeological sites may only be fortuitous consequences of a researcher’s

analytical results» (*ibid*: 225). Frente a esta situación, se proponen contrastar estadísticamente la hipótesis de que «data based associations of artifact classes have a corresponding interpretable set of associated behavioral events responsible for them» (*ibid*). Así pues, a partir de la información etnográfica sobre las actividades realizadas en Ngarulurutja y Walukaritji, y las conclusiones sobre el análisis de los restos arqueológicos de estos yacimientos (recogidas en Hayden 1979), los autores proponen una serie de asociaciones, fundamentalmente entre categorías tipológicas líticas, restos de fauna y las estructuras de combustión (véase Tabla 4.3). Sin entrar en consideraciones técnicas, cabe mencionar que los autores comprueban mediante el test de Fisher la probabilidad de que, por cada par de categorías, la hipótesis nula (independencia) pueda ser rechazada, utilizando diversos niveles de probabilidad y dos diferentes tamaños de unidad de observación (cuadrículas de 1x1 o 2x2). Los datos fueron previamente reordenados según su distancia de la media en valores binarios de presencia/ausencia en cada unidad de observación (siguiendo el método de Dacey 1973).

Los resultados de Ngarulurutja indican que la única asociación significativa es entre azuelas y raspadores, es decir, en relación con el trabajo de la madera. En Walukaritji, por el contrario, los resultados muestran un número considerable de asociaciones significativas: entre restos de fauna y hogares, y en menor medida hogares para cocinar; hogares y cuchillos; restos de conejo y lascas usadas; piedras machacadoras y hogares; núcleos y cuchillos; lascas usadas y azuelas usadas (pueden cumplir misma función). Además, los restos de las diferentes especies de fauna también muestran asociación, dado que son procesadas de la misma forma. Por otro lado, algunos materiales se excluyen mutuamente: en Walukaritji, hogares y restos de wallaby; en Ngarulurutja, huesos y escotaduras; en ambos yacimientos, lascas y hogares para cocinar, y núcleos y lascas.

Tabla 4.3 Actividades documentadas etnográficamente, mediante informadores, y su evidencia arqueológica en los yacimientos australianos de Ngarulurutja y Walukaritji (a partir de Spurling y Hayden 1984: 233-35).

Yacimiento	Actividad	Evidencia arqueológica
Ngarulurutja	Fabricación de azuelas	Núcleos / restos de talla / lascas
	Reemplazamiento de azuelas usadas	Azuelas amortizadas o inefectivas
	Mantenimiento de instrumentos de madera	Lascas (usadas) / raspadores / azuelas / escotaduras

Walukaritji	Consumo alimentario ¹	Lascas / cuchillos / huesos / hogares / machacadores de piedra
	Afilado de instrumentos cortantes para la obtención de madera	Lascas de rejuvenecimiento
	Manufactura de propulsores	Azuelas y posiblemente lascas (usadas)
	Manufactura y mantenimiento de punzas de lanza	Azuelas / raspadores / lascas (usadas) / escotaduras / posiblemente burines
	Enderezamiento de lanza	Laja de piedra / posiblemente mismos elementos que actividad superior
	Cocción de animales de tamaño mediano	Hogares / restos de wallaby, conejo o peramélido / lascas y cuchillos
	Consumo de animales pequeños y alimentos vegetales	Hogares dormitorio / machacadores de piedra / huesos / posiblemente lascas y cuchillos
	Talla lítica	Núcleos y restos de talla (lascas)
	Actividad ritual ²	Ocre

(¹) Excepto en el caso de esta actividad, el resto de las actividades de Ngarulurutja se llevaron a cabo en el área de ocupación oriental, por parte de los dos hombres jóvenes.

(²) Actividad no documentada etnográficamente.

En general, el experimento estadístico de Spurling y Hayden muestra que, sin la contrastación posible gracias a la información aportada por las personas que ocuparon ambos yacimientos, las asociaciones arqueológicas detectadas habrían incluido correspondencias simplistas o erróneas (1984: 236). Asimismo, aunque la evidencia arqueológica es similar (incluido la estructura general del yacimiento) las diferencias en cuanto a las asociaciones específicas entre Ngarulurutja y Walukaritji no debe sorprender dado que ambos yacimientos difieren en actividades llevadas a cabo, duración de la ocupación, y el número y edad/sexo de la composición de las personas que los ocuparon (Spurling y Hayden 1984: 236).

Respecto al método estadístico en sí, es interesante la reflexión que los autores llevan a cabo sobre el uso convencional del límite de la significancia. En su trabajo, demuestran que el uso de un límite menos estricto ($p < 0,30$) permite detectar determinadas relaciones espaciales conocidas etnográficamente. Sin embargo, como señalan los propios autores, en un yacimiento de pequeñas dimensiones no es sorprendente comprobar que aumenta el número de asociaciones fortuitas. También es importante retener la falta de estabilidad que muestran en este ejemplo las asociaciones significantes, apareciendo o desapareciendo según el tamaño de las celdas de la cuadrícula (en este caso, de 1x1 o 2x2).

Finalmente, aunque los límites potenciales en el planteamiento de hipótesis de este estudio etnoarqueológico deben ser tenidos en cuenta, Spurling y Hayden aportan dos argumentos al debate en torno a las áreas de actividad. Por un lado, se remarca que el “toolkit” arqueológico no indica necesariamente actividades diferentes dentro de una misma ocupación, sino que puede representar grupos realizando actividades intensivamente durante diferentes visitas a un mismo campamento (1984: 239). Por otro lado, observan que a pesar de que la presencia de áreas de actividad generalizadas es un factor responsable de “enmascarar” las relaciones espaciales entre instrumentos descartados durante la realización de una misma actividad, también debe enfatizarse que, bajo circunstancias especiales, áreas de actividad y toolkits pueden ser fácilmente discernibles:

Activities which take place in areas well separated from campfires may also form identifiable activity areas and toolkits (...) However, it would be unusual for most archaeological excavations to encompass more than one of these areas from a single occupation given the relatively characteristic large distance between loci (Spurling y Hayden 1984: 239).

4.2.2.2 *Alyawara (Australia central)*

Otro estudio etnoarqueológico que ha tenido bastante impacto es el análisis de O’Connell (1987) sobre la estructuración del espacio de los grupos alyawara. El modo de vida cazador-recolector de estos grupos aranda-parlantes de Australia central fue progresivamente abandonado en el período postcontacto y especialmente a partir de 1920. En la década de 1970 la mayoría vivía en grandes asentamientos semi-permanentes localizados cerca de haciendas europeas o en reservas. La mayoría dependía económicamente de las ayudas estatales, aunque hasta un 25% de la dieta todavía provenía de la caza y la recolección.

O’Connell se basa en sus propias observaciones realizadas durante un período de diez meses en los años 1973-75. Vivió y se focalizó en un asentamiento, Bendaijerum, en el que «conducted regular censuses and kept a continuously updated site map» (O’Connell 1987: 76). Además, recogió datos adicionales de otros seis asentamientos. En 1975 se recuperaron los materiales arqueológicos en superficie de asentamientos abandonados, incluyendo algunos estudiados durante el período 1971-72 por el etnógrafo W. W. Denham.

O'Connell (O'Connell 1987: 78) observa la existencia de tres tipos de "household": household nucleares (65-85% del total), household de mujeres (15-25%) y household de hombres (3-20%). La mayoría de las actividades se desarrollan en un área de tamaño variable (1-20 m de diámetro) en torno a la estructura de habitación principal. La localización exacta de estas actividades depende de cuatro factores: 1) la naturaleza de la actividad, como en el caso de dormir y de actividades tales como cocinar o enderezar instrumentos, que requieren fuego; 2) las condiciones meteorológicas, a nivel estacional pero también microvariaciones como cambios en la dirección del viento, tormentas o ventiscas; 3) la composición del household; y 4) la existencia de actividades en curso que interfieren con las nuevas, funcionando como polos de atracción o de rechazo a éstas, u otras atracciones como la afinidad personal o la existencia de grupos de trabajo de un mismo sexo ya establecidos. Estos dos últimos factores son más importantes en los households compuestos por un único sexo, debido a que existe una fluctuación más constante de personas, lo que hace que en estas áreas la localización de las actividades sea más variable.

O'Connell también describe la presencia de "áreas de actividad especial" externas al área de actividad principal, como zonas de sombra; hoyos para asar animales grandes, localizados en los márgenes del área de actividad principal o en el espacio entre household; áreas de reparación de vehículos a motor, conformados por un área abierta central de unos 10-20 m de diámetro y un área de descarte de piezas grandes circundante. Finalmente, áreas de defecación en los márgenes del asentamiento, segregados sexualmente.

El autor también aborda determinados aspectos como el espacio entre households, generalmente de unos 25-50 m en función de relaciones sociales y sobre todo de parentesco, y el movimiento de éstos a lo largo de una misma ocupación. Durante los 11 meses de observación, por ejemplo, los movimientos dentro del asentamiento abarcaron de 2 a más de 400 m. Un 20% consistieron en ligeras rotaciones de la estructura de habitación principal, mientras que el restante 80% comportó el establecimiento de nuevas áreas de actividad del household. Los principales factores de estos movimientos es la muerte de un miembro del household (38%) y los cambios en la composición de la población (30%). Otros factores de menor importancia son los conflictos personales entre miembros del household (menos del 5%), el clima o la distancia a la fuente de

agua, el deterioro de la estructura de habitación y, por último, la acumulación de desechos.

Estos dos últimos factores forman parte de las importantes “consecuencias arqueológicas del comportamiento alyawara”. O’Connell analiza estas consecuencias en el yacimiento de Gurlanda B (observado por Denham en 1971-72) y en un household ocupado por hombres al norte de Bendaijerum (observado por O’Connell a finales de 1974). Las historias de ambos yacimientos se conocen relativamente bien mediante una combinación de observación etnográfica directa y entrevistas con los antiguos ocupantes.

Las agrupaciones (*clusters*) de estructuras y desechos es un primer aspecto abordado por O’Connell. Etnográficamente se observa la presencia de concentraciones de desechos claramente definidas y asociadas con las estructuras presentes en el área ocupada por un household. Asimismo, el autor ha observado en Bendaijerum como, en un período relativamente breve de dos meses, estas acumulaciones de desechos comienzan a fusionarse. El análisis arqueológico de la densidad de desechos global en Gurlanda B es coherente con las antedichas observaciones, pudiéndose detectar acumulaciones que se extienden desde un área central donde se encuentran las estructuras hasta cubrir una superficie aproximada de 1500-2000 m² (1987: 90-91).

El trabajo de O’Connell tiene un interés relevante en lo que se refiere al análisis de la organización interna de las agrupaciones de desechos. En efecto, este autor observa que el patrón de distribución de los desechos depende de dos factores: la redundancia en la localización de las actividades, y el “size sorting” o distribución diferencial de aquéllos según su tamaño. En este caso, se contrastan las observaciones etnográficas con la evidencia procedente del antedicho household al norte de Bendaijerum y ocupado por un grupo de 7-10 hombres durante unos 30 días. Más del 76% del total de restos consistía en desechos alimentarios, principalmente huesos fragmentados (55%), contenedores metálicos de comida y bebida y sus respectivas tapas y anillas (21%). Por un lado, los resultados confirman como se esperaba que la densidad de restos es mayor en el área de actividad cubierta, en torno a las estructuras más utilizadas. Por otro lado, muestran que la longitud media de los desechos está inversamente correlacionada con la densidad de los restos (Figura 4.7). Dicho de otra forma, la mayoría de los objetos de grandes dimensiones (por encima de 11 cm) acaban en las zonas toss o acumulaciones

de desechos de la periferia, mientras que los de menores dimensiones (por debajo de 6 cm) permanecen en la zona central del yacimiento. En ocasiones esta zona es barrida, desplazando los objetos de dimensiones pequeñas e intermedias (6-11 cm) unos metros hacia los márgenes de la ocupación. De este modo, desechos de una misma actividad como las latas de refresco y sus anillas tienen una distribución espacial diferente; o a la inversa, desechos de actividades no relacionadas se conservan juntos, como es el caso de las cuchillas de afeitarse de doble hoja y las anillas del tabaco de mascar, ambas categorías de restos de dimensiones pequeñas. En definitiva, en los yacimientos de grupos alyawara el contraste entre desechos primarios y secundarios es muy agudo.

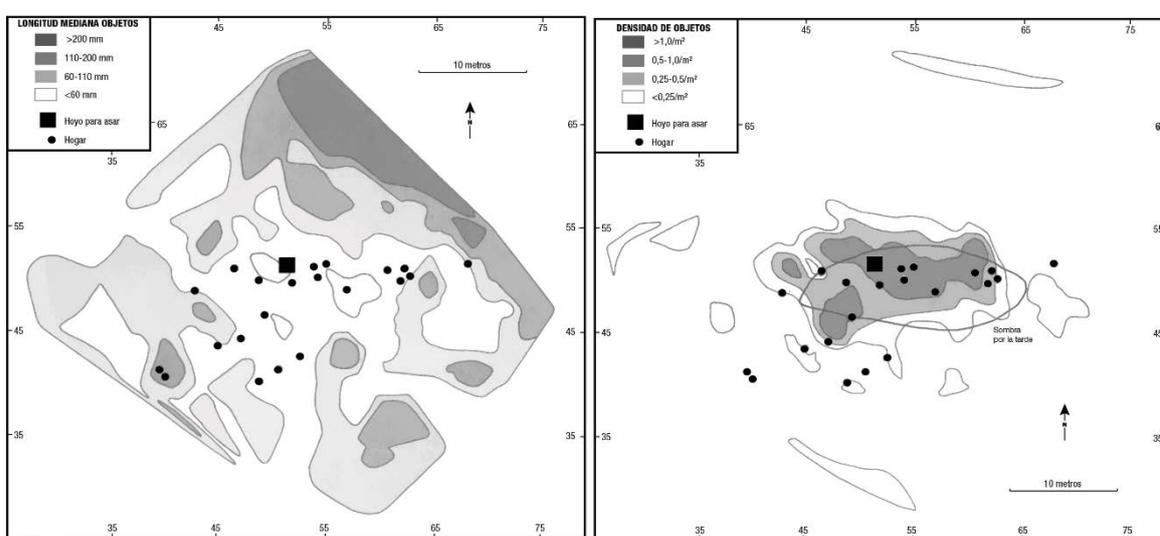


Figura 4.7 Mapa de contornos de la longitud media de objetos no textiles (izq.) y densidad desechos total ($N=972$, der.) en el área de actividad del household de hombres de Apulla en el yacimiento de Bendaijerum (a partir de O'Connell 1987: fig. 111 y 112). La cuadrícula es de 2 m².

Un tercer aspecto tratado por O'Connell (1987: 96-99) es la inferibilidad arqueológica asociada a las áreas de actividad especial. Estas áreas presumiblemente deberían producir agrupaciones discretas de desechos funcionalmente asociados en la periferia de las ocupaciones. Aunque las piezas descartadas de la reparación de automóviles en Gurlanda B confirman esta suposición, es cierto que se puede observar una mayor concentración de estos desechos en los households ocupados por hombres, ya que (entre otras probables razones) los niños de los households "nucleares" desplazan estas piezas grandes y llamativas. Además, O'Connell señala que a medida que aumenta la duración de la ocupación más probable es que estas áreas, en la periferia de la ocupación, queden solapadas con las acumulaciones de desechos grandes en los márgenes de la ocupación.

Las implicaciones arqueológicas de estos tres factores son obvias, proponiendo el autor que la definición de las áreas nucleares y de actividad seguramente es más posible en

yacimientos ocupados durante días y no meses, aunque tal vez en los márgenes del yacimiento en ocupaciones más largas. O'Connell termina su trabajo comparando sus conclusiones con las de Yellen (1977) y Binford (1978a; 1988):

All three groups share the practice of concentrating domestic activities in household areas, flanked by special activity areas. The !Kung pattern differs from the Alyawara in the smaller size of household areas, the lack of secondary refuse deposits, and the spacing between contemporaneously occupied household areas. These appear to be the product of differences in household population size, the length of time household areas are in use, and, less certainly, in the relative importance of inter-household food sharing and the presence of predators. The Nunamiut pattern is more distinctive in that it apparently entails a greater degree of activity segregation and localization within and between household and special activity areas, primarily as a function of food storage and extreme weather conditions. It may also display more seasonal variability than either the Alyawara or 'Kung patterns (...) These differences in turn suggest the existence of a broad continuum of variation in site structure paralleling Binford's (1980) forager-collector continuum; i.e., relatively simple undifferentiated patterns in site structure among foragers, and more complex patterns among collectors (O'Connell 1987: 105).

Asimismo, O'Connell (1987: 104) plantea dos implicaciones arqueológicas fundamentales para la arqueología de cazadores-recolectores: primero, la necesidad de llevar a cabo excavaciones más amplias con el objetivo de entender la estructura del yacimiento; segundo, que los datos espacialmente más informativos son aquellos encontrados con mayor probabilidad en contexto primario, es decir, materiales de pequeñas dimensiones como residuos de talla lítica, fragmentos de restos de fauna o plantas microfósiles.

4.2.2.3 *Kukatja/pintupi (noroeste de Australia)*

Nicholson y Cane (1991) llevaron a cabo trabajo de campo en el margen oriental del, cerca de la cordillera Stansmore, en el noroeste de Australia, durante un período de tiempo relativamente extenso (1980-84,1986-87). Su objetivo era realizar “mediciones precisas” de las relaciones espaciales en el interior de yacimientos ocupados por grupos aborígenes kukatja/pintupi (Cane 1984) que dejaron el desierto durante la década de 1950 y se establecieron en la misión de Balgo¹². Según los autores, estos grupos habrían tenido poco contacto con europeos (a pesar de la difusión de hachas de acero) hasta el establecimiento de la misión en 1942, por lo que los campamentos descritos podían ser representativos de «pre-contact camps» (Nicholson y Cane 1991: 291). También se

¹² Algunos yacimientos, de los que no se dispone información etnográfica por lo que no forman parte del análisis aquí presentado, habrían sido ocupados por grupos vecinos walmadjari (Nicholson y Cane 1991: 271).

estudiaron dos yacimientos más (campamentos 10 y 11) cuya ocupación fue atribuida a los célebres “Pintupi nueve”, una unidad social compuesta (o más bien *descompuesta*) por dos co-esposas y sus 7 hijos que permanecieron en el desierto hasta 1984.

La mayoría de estos yacimientos, que según los autores corresponden a la “última población del desierto por cazadores-recolectores”, fueron descritos por informantes que los habían ocupado o tenido alguna relación en el pasado. Un interés añadido de este trabajo es que, en neto contraste con estudios etnoarqueológicos anteriores (y posteriores), analiza una gran cantidad de campamentos con diferencias a nivel de composición de unidades sociales, de funcionalidad (generales, especializados o “sagrados”), y de características microambientales dentro de una estrategia de movilidad estacional que incluye ocupaciones al aire libre y en abrigos. Todo ello permite a Nicholson y Cane intentar generar una serie de modelos derivados de la evaluación de las relaciones entre la distribución espacial de los restos materiales en los yacimientos mediante la descripción etnográfica del uso del campamento.

Nicholson y Cane documentaron 34 abrigos, de los cuales 11 fueron investigados y mapeados al detalle. Menos uno, todos corresponden a la estación de lluvias, en Yungubalibanda. Según la información etnográfica, los abrigos habrían servido como unidad de habitación durante 1-10 días, o como lugar para desarrollar actividades ceremoniales, incluido en un caso un rito de iniciación masculino. El restante abrigo también fue ocupado con fines ceremoniales, en Ngandalarra, ocupación de otoño junto a un gran pantano y que representaba un lugar sagrado donde se realizaban ceremonias de iniciación.

El tamaño de los abrigos oscila de 10 a 65 m², con una tendencia a superar los 20 m² las ocupaciones con fines ceremoniales y a menos de 20 m² de superficie en las residenciales. Desde el punto de vista tafonómico, Nicholson y Cane detectan que la adecuación del espacio del abrigo previo a cada nueva ocupación ha mezclado el material arqueológico. Los restos líticos varían en cantidad (media de 10,4 por yacimiento) sin relación con el tamaño del área ocupada pero sí con el tipo de ocupación. Especialmente se observan cambios en las proporciones de los tipos de restos entre lugares de habitación y ceremoniales. Las categorías más frecuentes en aquéllos son lascas sin retocar y lascas usadas, en neto contraste con el predominio en los segundos de “manuportes” (56%), ocre (15%) y machacadores de piedra asociados.

También se encuentra ocre puntualmente en las ocupaciones residenciales, asociada por los informadores a las pinturas personales. Otro aspecto interesante es que los autores apuntan a una asociación entre la presencia de una o más mujeres en el campamento y la documentación de una “losa de molienda” y machacador asociado: «This is consistent with the belief that sex of camp occupants is discernible through the presence or absence of gender-specific artefacts» (Nicholson y Cane 1991: 304).

Los restos se distribuyen de manera diferencial por la superficie del abrigo: un 38% en el área inmediatamente exterior, 31% y 24% en el interior frontal y central respectivamente, y un 7% al fondo del abrigo. En el exterior se encuentran fundamentalmente los restos asociados a la talla lítica, al trabajo de la madera y a la preparación de comida. Ello, según Nicholson y Cane, indica tanto la realización de actividades domésticas frente al abrigo como la existencia de actividades de mantenimiento. Por otro lado, de los 25 hogares documentados, algunos posiblemente reusados, se desprende una correlación clara en el número de éstas y el número de ocupantes. El tamaño de dichas estructuras, con una media de 0,18 m², es menor en las ocupaciones ceremoniales. El 60% se concentran en el centro del abrigo, el 24% en el exterior y sólo un 8% en el fondo. Los hogares más grandes (ca. 0,5 m²), situados en el centro y en muy menor medida al fondo, son interpretados como hogares dormitorio. Estos resultados contrastan con el uso espacial de los abrigos en horticultores de Papúa Nueva Guinea (Gorecki 1991), donde se documenta un uso mayor del fondo del abrigo para dormir y para realizar casi todas las actividades, menos cocinar que se hace en el exterior.

En cuanto a los campamentos al aire libre, los autores documentaron 15 campamentos en seis lugares diferentes. De cuatro de estos yacimientos no se dispone información etnográfica y no son analizados. Siete de estos campamentos corresponden a tres episodios diferentes de ocupación (uno en la década de 1940 y los otros dos en la de 1950) en la garganta de Nabulabunda. Este lugar se ocupaba a finales de invierno y principios de la primavera, durante unos 4-6 semanas, antes del inicio de la estación seca. De campamentos de estación seca, uno que duró unas 3-4 semanas (Mindirr) y un pequeño campamento de viaje (Diedi). Los dos yacimientos restantes son los más recientes, ocupados por el grupo Pintupi. El análisis de Nicholson y Cane se centra en estos últimos y en los 7 de Nabulabunda.

Los autores no detectan una relación directa entre el tamaño de estos campamentos (5-43 m²) y la duración de la ocupación o el número de personas. Sí que constatan que al aumentar el número de ocupantes se incrementa el número de hogares dormitorio, mientras que el hogar para cocinar es común. Este último, contrariamente a lo que se desprende de la etnografía, no varía en función del tamaño del animal cocinado. Sobre la localización de las estructuras de combustión, Nicholson y Cane señalan que los hogares dormitorio están relativamente más cerca de la estructura de habitación que los hogares para cocinar, con respectivamente 1,78 y 1,93 m de media de distancia del paraviento. No obstante, los autores hacen notar una considerable superposición de los hogares como resultado de la topografía del emplazamiento y de la variación interna de los campamentos, lo que no permite proponer modelos de estructura espacial “fiables” (coincidiendo con O’Connell 1987 y Yellen 1977; Nicholson y Cane 1991).

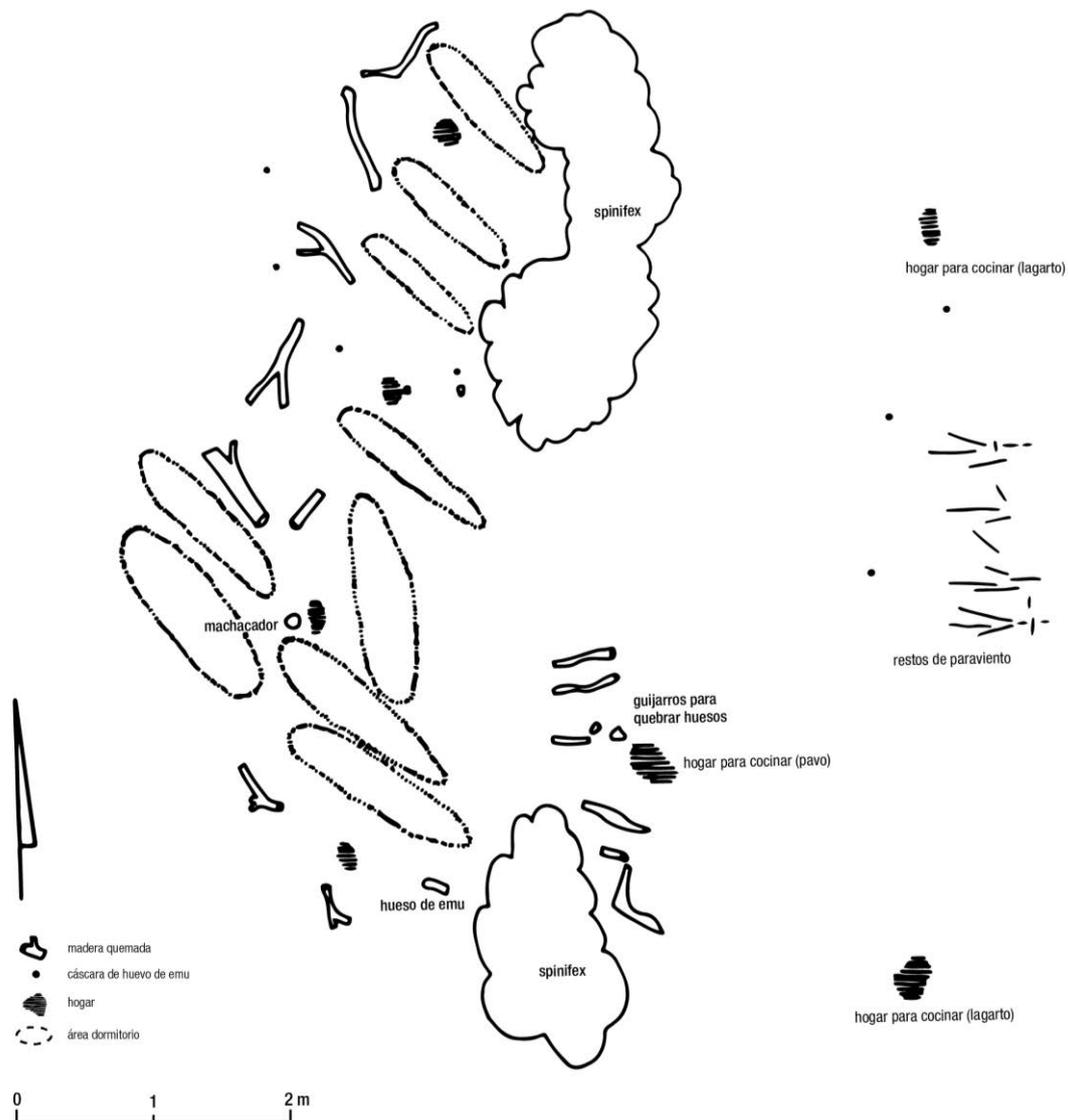


Figura 4.8 Campamento ocupado por los “nueve Pintupi”, una unidad social aislada que habitó en el desierto de Gibson (Australia) hasta 1984. Estaba formada por dos co-esposas (el marido había muerto) y 7 hijos adolescentes,

4 hombres y 3 mujeres. La planta irregular se debería según los autores a la topografía del emplazamiento (contra la cresta de una duna), aunque bien podría deberse a la particularidad social de este grupo (a partir de Nicholson y Cane 1991: fig. 23).

Coincidiendo con observaciones anteriores (véase Binford 1988, más arriba), y a pesar de excepciones como el campamento 11 (Figura 4.8), es posible reconocer un patrón de áreas dormitorio intercaladas por hogares y separadas con unas distancias considerablemente homogéneas (0,4-1,4 m). Sin embargo, a diferencia de lo defendido por Binford, los autores no perciben ninguna relación *mecánica* entre el tamaño del área dormitorio y el número de personas que duermen en él. Por el contrario, «the largest sleeping area recorded in the sites examined belongs to a man. Conversely the smallest belongs to a woman» (Nicholson y Cane 1991: 331). Pese a que sólo en seis casos se dispone de información sobre el sexo de las personas que ocupaban áreas dormitorio específicas, cuatro de estos relativos a mujeres, es interesante señalar que en estos casos la posición central y más cálida está ocupada por el hombre mientras que la mujer se sitúa en cualquiera de los flancos (Figura 4.9).

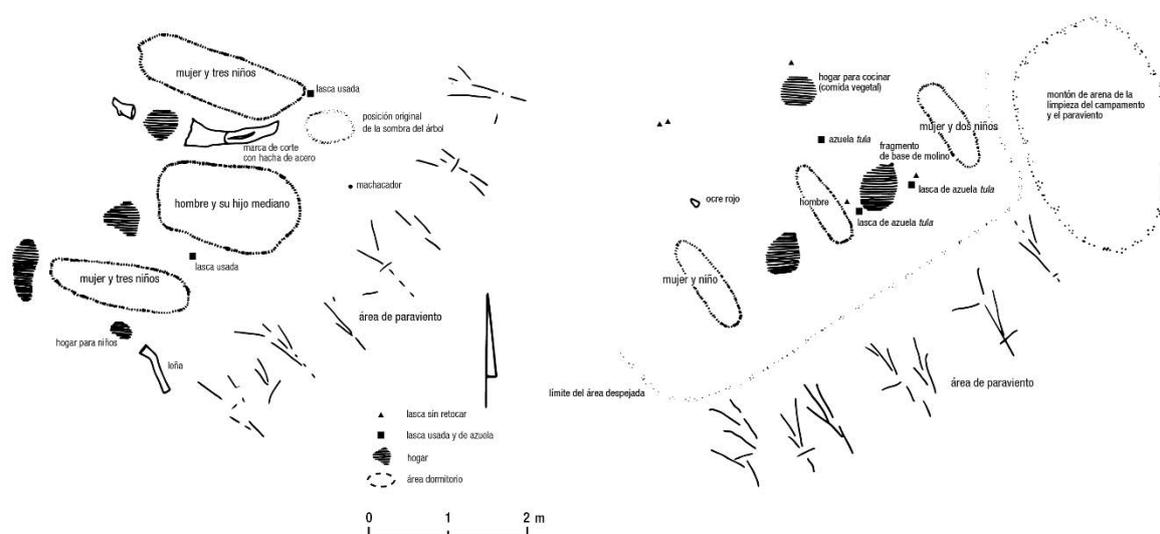


Figura 4.9 Planta de los campamentos 3 (izq.) y 1 (der.) del yacimiento de Nabulabanda (a partir de Nicholson y Cane 1991: fig. 14 y 16).

Nicholson y Cane tampoco perciben en los campamentos al aire libre ninguna relación entre la cantidad de “artefactos” y la duración o número de personas, aunque sí con el tipo de actividad llevada a cabo. La ratio de descarte es, en cualquier caso, muy reducida, especialmente en los yacimientos donde se documenta mediante marcas o testimonios el uso de hachas de acero. Estos valores sorprenden aún más si se comparan con la ratio aportada por Hayden (1979, más arriba), aunque los autores consideran que esta discrepancia pueda deberse a que éste interpretara como contemporáneos restos de diferentes ocupaciones. En relación con la distribución de la evidencia lítica, las

distancias respecto a las estructuras de habitación muestran mucha variabilidad (0,2-5,1 m con una mayoría de 1-2 m), aunque la mayoría de las actividades presumiblemente se realizan dentro del área protegida del viento y próximas al hogar. En efecto, la dispersión de estos restos en torno a la estructura de combustión cubre un área circular de 2,8 m de diámetro de media, una distancia similar a la documentada en otros contextos (p. ej. Wiessner 1974; Gould 1977: 33; Binford 1978a; Hayden 1979: 166). Asimismo, los desechos de “actividades domésticas” (losas de moler, lascas usadas, azuelas) están depositados más cerca del paraviento que actividades tales como producción lítica (especialmente en el caso de lascas sin retocar) o machacado de ocre o hueso.

Para acabar, Nicholson y Cane resaltan la influencia que tiene la composición social del grupo en la organización espacial del campamento (1991: 340). En lo que se refiere a detectar la composición social y sexual de estas ocupaciones, el único indicador arqueológico relativamente fiable parece ser las losas para moler semillas. Esta es una observación recurrente en la etnografía (p. ej. Peterson 1968: 568) y en otros trabajos etnoarqueológicos (Hayden 1979, más arriba; Gould 1980: 10). Nicholson y Cane (1991: 340) constatan esta asociación en el caso de los yacimientos en abrigo, siendo más complicado de reconocer en los yacimientos al aire libre, puesto que a veces se dejan en el lugar de procesado o se esconden a cierta distancia (como recoge Gould 1980: 10); además, señalan que la parte activa de estos instrumentos también pueden ser usados por los hombres para quebrar huesos.

4.2.3 Sabana Africana

4.2.3.1 *Hadza (Tanzania)*

El trabajo de O’Connell et al. (1991) se centra en la distribución espacial de las actividades que generan desechos en asentamientos de los grupos hadza orientales, al sur y este del Lago Eyasi (norte Tanzania). De los 600-800 individuos que en aquel entonces ocupaban este área, de 2500 km², el estudio se centra en unos 200 hadza que vivían como «full-time subsistence foragers» (O’Connell et al. 1991: 62). Los autores visitaron siete asentamientos durante 188 días repartidos en un período de 14 meses en 1985-1986, llegando a reunir aproximadamente 25.000 observaciones individuales mediante «a program of systematic behavioral scan sampling» (*ibid*: 69). Este método

consistía en recorrer el asentamiento a unas determinadas horas y registrar las actividades llevadas a cabo por cada individuo.

Los asentamientos hadza estudiados ocupaban una superficie de 550-1250 m², albergaban una población de 35-50 individuos, y se situaban a cierta distancia a pie (la media es de 15 minutos, el máximo 1 hora) de una fuente de agua estacionalmente disponible. O'Connell et al. (1991: 64) definen tres tipos de «sleeping groups»: familias nucleares, mujeres mayores (solteras o viudas, con sus hijas o nietas adolescentes solteras), y adolescentes del mismo sexo (usualmente hombres). El primero tiene una composición estable, con una media de 4-5 individuos. La composición de los otros dos grupos es más variable, pero en ninguno de los dos casos supera los cinco individuos.

Asimismo, los autores distinguen tres tipos de áreas de actividad (O'Connell et al. 1991: 64-68). En primer lugar, las áreas de «household», ocupadas por los respectivos «sleeping groups». Se trata de un área circular de 2-6 metros de diámetro, despejada de obstáculos. Generalmente, las estructuras de habitación (cabañas abovedadas o paravientos, según la estación) estaban posicionadas flanqueando sus respectivas áreas de actividad, aunque en ocasiones las cubrían o cerraban completamente. Las estructuras de combustión asociadas eran pequeñas, de unos 30 cm de diámetro, y se situaban en el centro de la cabaña o justo en el lado interior de la entrada. También eran comunes los hogares exteriores, relativamente pequeños y a 1-3 metros de la entrada de la choza. Finalmente, en lo que se refiere al mantenimiento del espacio, O'Connell et al. observan que estas áreas eran barridas frecuentemente y los hogares periódicamente vaciados de cenizas:

Much of the cleared material was deposited in secondary refuse areas along the edge of the activity area. There it appeared as a diffuse scatter, in dense circular or subcircular concentrations up to 2 m in diameter, or in well-defined windrows along the edge of the swept zone. Some size sorting occurred in disposal, depending on the hardness or penetrability of the ground surface in the activity area. Large items were always likely to be removed, but where sediments were soft or loose, some fraction of the smaller items were trampled into the ground rather than swept into secondary disposal areas (O'Connell et al. 1991: 67)

Los autores también detectan la existencia de «door middens» o pequeñas acumulaciones, de hasta 30 cm de diámetro, localizadas a un lado de la entrada de la cabaña y formadas por la depositación de restos pequeños de desechos alimentarios generados durante el consumo de alimentos en el interior de la estructura de habitación.

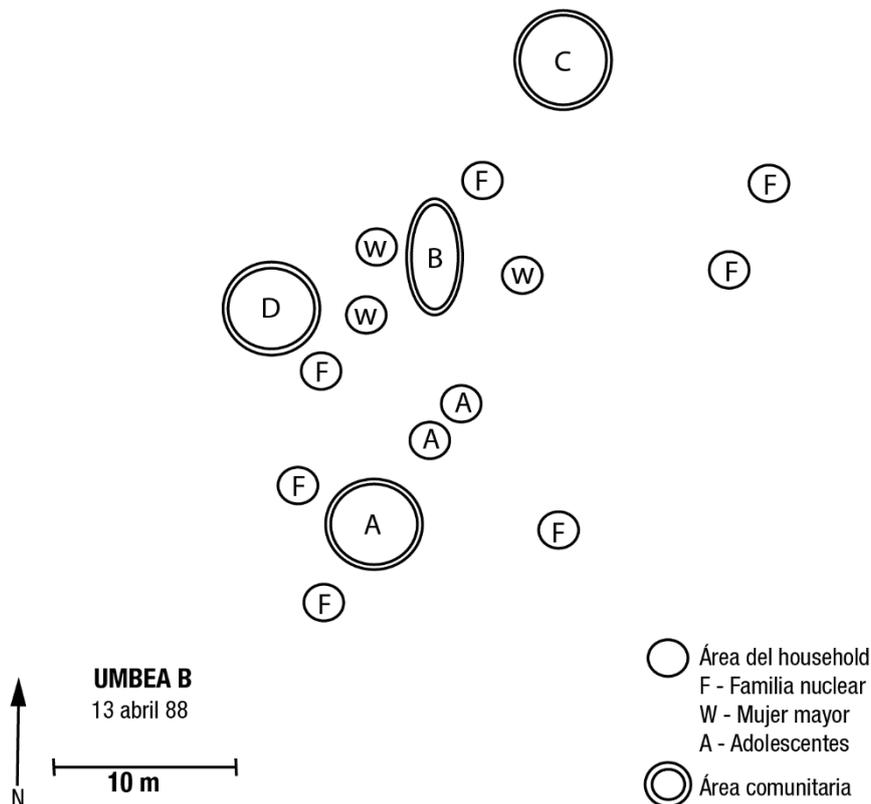


Figura 4.10 Distribución de áreas de actividad de household y comunitarias en el asentamiento hadza de Umbea B, 13 abril 1988

En segundo lugar, en los asentamientos hadza existían unas “áreas comunitarias”. En contraste con otros casos (p. ej. Yellen 1977) estas áreas, de unos 4-6 metros de diámetro, se usaban para el mismo abanico de actividades que las áreas de household, aunque no estaban asociadas a ninguna unidad social. Estas áreas, que contenían uno o más hogares y eran periódicamente barridas para despejarlas de desechos, estaban normalmente ocupadas por grupos segregados en función del sexo (ver FOTO). Esta segregación podía ser o bien espacial, con áreas usadas exclusivamente por un sexo; o bien temporal, con áreas usadas por ambos sexos, pero no simultáneamente. Finalmente, un tercer tipo de área documentada son las “áreas de actividad especial” formadas en torno a superficies de roca usadas como bases de molino, y asociadas a machadores de piedra; o las áreas de defecación en los márgenes del asentamiento.

De las 25,000 observaciones registradas, unas 1000 proceden de 9 días de muestreo en un mismo asentamiento, Umbea B, ocupado durante 21 días. O’Connell et al. (1991: 69) concluyen que la configuración espacial de las diferentes áreas de actividad se mantuvo estable a lo largo de la ocupación. Los autores llevan a cabo un análisis de las actividades que generan desechos en función del sexo y del tipo de área (Tabla 4.4), concluyendo que la mayoría de las actividades (86%) se llevan a cabo en el área

comunitaria. Asimismo, los resultados muestran diferencias muy marcadas en las actividades llevadas a cabo según el sexo. Las áreas periféricas comunitarias (C y D en Figura 4.10) estaban casi exclusivamente asociadas (97%) a actividades masculinas de reparación de armas, mientras que en áreas comunitarias centrales (A y B en Figura 4.10) o en las áreas de household hay una distribución más uniforme de las actividades en función del sexo.

Tabla 4.4 Actividades que generan desechos en un asentamiento hadza según sexo (H = hombre, M = mujer) y tipo de área (a partir de O'Connell et al. 1991: 70-71).

Actividad	Sexo actores			Áreas comunales				Áreas de household (n=12)					
	H	M	Total	A		B		C		D		n	%
				n	%	n	%	n	%	n	%	n	%
Mantenimiento de													
armas	129	0	129	18	46	27	47	57	97	16	100	11	41
vestimenta	4	10	14	5	4	4	7	2	3	—	—	3	11
herramientas	1	10	11	4	5	5	9	—	—	—	—	2	07
Procesado alimentos	2	42	44	12	21	21	37	—	—	—	—	11	41
Total	136	62	198	39	100	57	100	59	100	16	100	27	100

Los grupos hadza estudiados en este trabajo presentan tanto aspectos similares como diferentes en comparación a otros grupos cazadores-recolectores. Por un lado, llevan a cabo una proporción mucho menor de actividades en las áreas household o “nucleares” que grupos !kung (Yellen 1977) o alyawara (O'Connell 1987). Por otro lado, la segregación espacial de áreas en función del sexo también se ha documentado, incluso más pronunciada, en asentamientos alyawara o nunamiut (véase O'Connell 1987; Binford 1978b). Respecto a la estructura espacial del asentamiento, los autores señalan diferencias entre grupos que viven en ambientes similares, como los hadza, !kung y alyawara, lo que reflejaría «basic differences in local ecological circumstances» (O'Connell et al. 1991: 74).

Para acabar, O'Connell et al. (1991: 74) remarcan que los resultados de su trabajo sólo soportan débilmente las hipótesis comúnmente hechas en arqueología sobre la distribución diferencial de actividades. La principal implicación arqueológica que se puede extraer de estos resultados, siempre asumiendo que cada categoría de actividades deje residuos distintos, es la posibilidad de distinguir a través de la evidencia arqueológica entre actividades de hombres y de mujeres. Sin embargo, al menos en un

asentamiento hadza, existen limitaciones. Esta segregación del espacio solo es discernible en las áreas comunitarias periféricas, donde hay una ausencia de desechos asociados con las actividades de las mujeres.

4.2.3.2 *Kua Barsawa (Botsuana)*

Los grupos Kua Basarwa del Sandveld Occidental (Kalahari oriental) han gozado de una menor celebridad etnográfica que los grupos Ju/'honsai o los G/wi del Kalahari central, en gran parte por la importante interrelación con sus vecinos ganaderos. No obstante, a partir de mediados de la década de 1970 fueron objeto de varios estudios etnoarqueológicos por parte de un equipo de investigadores ligados a la Universidad de Nuevo México.

En efecto, Hitchcock (1982; 1987) y Kent y Vierich (1989) se han basado en observaciones etnográficas recogidas durante 1975-1979 para analizar los procesos de sedentarización y proponer factores que estructuran la organización interna de los asentamientos. En este sentido, Hitchcock (1987: 413-17) ha planteado que ésta depende de la intensidad de uso del espacio, el número de personas presente, el tipo de actividades llevadas a cabo, y la duración de la ocupación prevista. Según Kent y Vierich, que realizan una crítica importante al determinismo ecológico, este último factor es clave:

our sample includes enough diversity to delineate patterns, and those patterns all indicate that anticipated mobility, not simply the length of actual occupation, or ethnic affiliation, or economic pursuit, determines de size of habitations in terms of square meters per capita, the diversity of activity areas, and the size of hunts and/or number of storage facilities at a site (Kent y Vierich 1989: 127)

Estos autores también cargan contra la hipótesis de Binford (1978a: 331) de que se puede esperar que el número de actividades separadas espacialmente varíe en función del número de actividades diferentes llevadas a cabo simultáneamente por diferentes personas, defendiendo que «More activity-restricted areas are located at farming-oriented and at anticipated long-term sites than at other types of sites, independent of the number of inhabitants present» (Kent y Vierich 1989: 126).

Más interesante, desde el punto de vista del presente trabajo, son las observaciones presentadas por Bartram et al. (1991) sobre la estructura espacial de los asentamientos kua Barsawa, y sobre cómo esta estructura se refleja en los desechos de fauna. Este trabajo se enmarca en una investigación etnoarqueológica más amplia que tenía como

objetivo la documentación de los procesos de formación y la estructura de los asentamientos de estos grupos, centrándose en particular en restos de fauna con un alto grado de preservación arqueológica. Los 170 días de estudio entre septiembre de 1985 y agosto de 1986 permitieron documentar una amplia gama de actividades asociadas con la adquisición, procesamiento y descarte de carcasas animales a lo largo de un ciclo subsistencial anual. Además del registro observacional, se recuperaron la evidencia ósea de unos 30 asentamientos kua, representando más de 100 grandes mamíferos obtenidos y procesados.

De este modo, Bartram et al. (1991) abordan primero las “estrategias de movilidad residencial” de estos grupos, las cuales se destacan por su flexibilidad. En efecto, al compararlo con las observaciones sobre los mismos grupos previamente realizadas por Hitchcock (1982: 339), los autores pudieron constatar como éstas habían cambiado hasta invertirse por completo en menos de una década. Esta inversión estaría probablemente relacionada con la apertura de nuevos pozos artificiales (Bartram et al. 1991: 84). Asimismo, en diferentes momentos del año, los mismos individuos kua pueden variar de una dependencia completa de la economía de ganado a un modo de vida exclusivamente dependiente de la caza y la recolección. A partir de determinadas variables (estación, duración, tamaño de la población, superficie de ocupación, y tipo de actividades llevadas a cabo), los autores clasifican las diferentes ocupaciones observadas durante 1985-1986 en 4 tipos: a) campamentos base con variantes según la estación; b) campamentos temporales; c) campamentos especializados; d) localizaciones especializadas, es decir, como el anterior, pero sin llegar a pernoctar.

La cuestión más interesante es que, según Bartram et al. (1991: 91), existe una estructura básica del asentamiento al margen de variaciones en la duración de la ocupación, la estacionalidad, la función principal y el número de residentes. La disposición de las estructuras de habitación, sin embargo, sí que se ve claramente condicionada por las características físicas del espacio en sí mismo y la disposición de los elementos micro-geográficos como árboles o arbustos. Ello, a su vez, «strongly conditioned the subsequent perception and use of space, including the places that refuse generated in the household group should and should not be discarded» (1991: 98).

La unidad espacial básica es el “household cluster”, presente en prácticamente todas las ocupaciones, y variando en número según la estación. En general estaba ocupado por

una unidad familiar nuclear, aunque podían darse otras configuraciones sociales (adolescentes solteros del mismo sexo, adultos viudos...). Un “household cluster” siempre está compuesto por una cabaña o un paraviento (a veces por ambos). Prácticamente ninguna actividad diurna se realiza en el interior de las estructuras de habitación. El área interior de la estructura se mantenía relativamente libre de desechos u obstáculos, siendo barrida durante la construcción y ocasionalmente durante su uso. El lado cóncavo (la entrada) de la estructura siempre se orientaba hacia el oeste (Figura 4.11). El lado opuesto, oriental, era frecuentemente el único elemento generador de sombra, dando lugar a la conformación de un “área de actividad comunitaria” en el que se realizaban las mismas actividades, incluido el consumo colectivo. Ello resultaba en una estructura espacial funcionalmente bilateral oeste/este, nocturna/diurna, que no variaba con los desplazamientos del área nuclear (Bartram et al. 1991: 94).

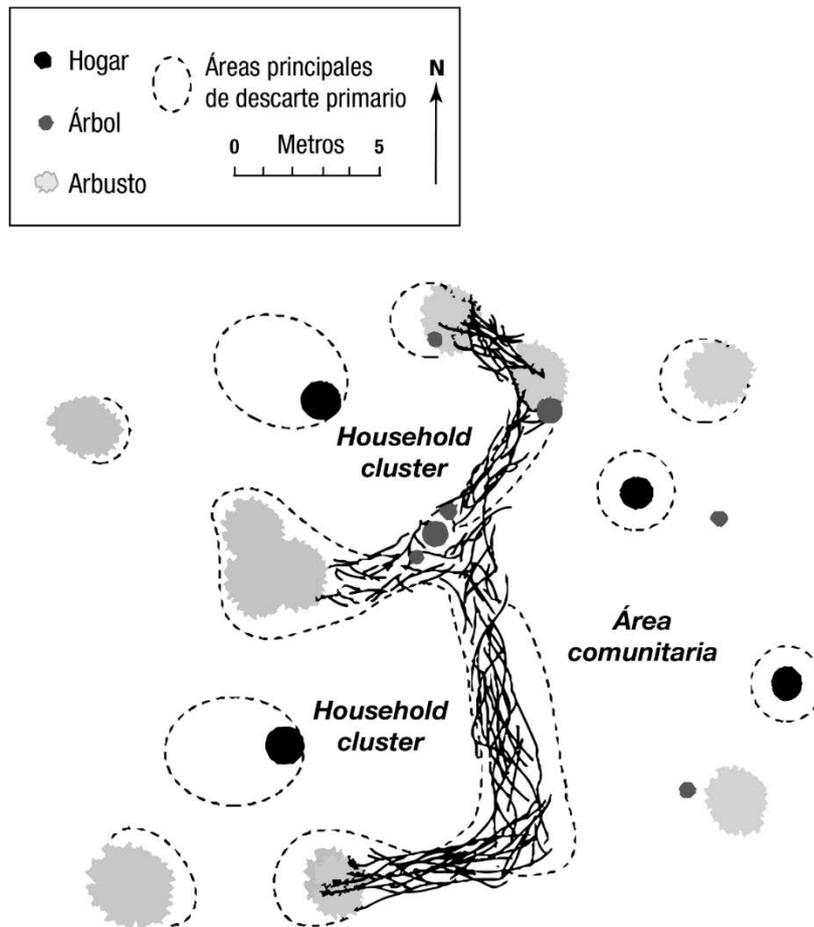


Figura 4.11 Representación esquemática de un grupo de households compuesto por dos household clusters y las principales áreas de descarte primario de restos de fauna (a partir de Bartram et al. 1991: fig. 3).

Las estructuras de combustión presentes en todos los tipos de asentamiento son el hogar principal frente a la estructura de habitación y un hoyo para asar en las áreas comunes,

aunque también se documentan numerosos hogares secundarios que varían en frecuencia en función de la duración de la ocupación. La limpieza del hogar principal implicaba el barrido o desplazamiento de las cenizas, formando un área con residuos adyacente a estos hogares principales y en el lado opuesto a la entrada de la cabaña o el paraviento. Periódicamente se vaciaban estas áreas en la periferia del asentamiento, generando “ashdumps” que contenían desechos de actividades llevadas a cabo cerca de los hogares y de la limpieza del interior de la estructura de habitación.

Respecto a la distribución de los restos de fauna, el descarte primario de los huesos ocurría en o junto a las áreas de consumo y carnicería. En las áreas de consumo colectivo, los huesos tendieron a ser descartados como desechos primarios en tres localizaciones específicas: 1) a unos metros de la entrada de la cabaña o el paraviento, en el hogar principal o en una “zona toss” (sensu Binford 1978a) en el lado más alejado del hogar; 2) en los arbustos, que actuaban como “imanes” al ser usados como objetivo para el lanzamiento de huesos; 3) dentro de la cabaña o paraviento, especialmente junto a los extremos de las paredes o, particularmente durante el consumo nocturno, en las paredes traseras o laterales de estas estructuras.

Una vez descartados, otros procesos operaban para modificar y/o mover los restos de fauna, como el “trampling” en restos pequeños y el “scuffage” (*sensu* Stevenson 1991, más arriba) en grandes. También los juegos infantiles, la acción de los cánidos, especialmente fuera de la estructura de habitación, y el carroñeo post-ocupacional. Los efectos del trampling son más evidentes en las ocupaciones más largas, sobre todo en las áreas nucleares, como resultado de las diferentes actividades y juegos; la acción de los cánidos, por su parte, es mayor en los campamentos de estación seca cálida, puesto que están más hambrientos.

Aparte de estos factores tafonómicos, Bartram et al. (1991) documentan la presencia de actividades de mantenimiento secundarias, fundamentalmente el lanzamiento de restos al fuego, en ocasiones destruyéndolos del todo. En algunas ocupaciones de larga duración, la actividad de mantenimiento del espacio genera acumulaciones de desechos secundarios o “ashdumps”, en la periferia del campamento y/o junto a los desechos primarios en los arbustos (aunque estos últimos suelen quedar depositados en el lado más cercano al hogar en torno al que están sentados los consumidores). Sin embargo, estas acumulaciones periféricas no parecen ser muy comunes. En los asentamientos de

corta duración de la estación húmeda, «There is a virtual absence of secondary refuse» (Bartram et al. 1991: 115). Más sorprendente, en un yacimiento como Kunahajina, una ocupación de 3 meses en un emplazamiento previamente ocupado, la disposición secundaria de desechos se reduce prácticamente a un barrido poco disruptivo (*ibid*: 127). Como consecuencia, la recurrencia espacial en las actividades generadoras de restos de fauna conforma un patrón espacial en que los límites de las estructuras de habitación ocupadas durante más tiempo quedan claramente perfilados.

Esta falta de disposición secundaria puede ser explicada por el desplazamiento de los “household clusters” cuando los desechos eran un obstáculo (Figura 4.12). Interesantemente, a pesar del cambio de posición y orientación, en los casos en que se observó este fenómeno las actividades siguieron llevándose a cabo en localizaciones equivalentes respecto al nuevo emplazamiento (Bartram et al. 1991: 98).

En líneas generales, la proporción de desechos secundarios frente a primarios permite discriminar entre tipos de asentamiento kua. La cuestión, por supuesto, es cómo distinguir arqueológicamente entre ambos tipos de descarte. Un paso necesario para ello es identificar otros aspectos del yacimiento que puedan sugerir la presencia de descarte secundario, como depósitos de desechos densos localizados en posiciones periféricas respecto al resto de estructuras del yacimiento.

Para acabar, el trabajo de Bartram et al. (1991: 142) presenta algunas inferencias sobre el consumo de carne y la distribución espacial de los restos de fauna. Dos constataciones son particularmente relevantes. La primera, es sobre el uso de estadísticas generales (p. ej., el NMI o número mínimo de individuos) computado a partir de conjuntos óseos, puesto que los resultados sobre la cantidad de carne disponible pueden estar sesgados debido a la redistribución de piezas entre household clusters individuales. Al menos en el caso kua, esta práctica se da sin importar el tamaño de la carcasa. Por otro lado, los autores observan en el caso de los bóvidos que los elementos esqueléticos que requieren mayor esfuerzo de procesado, debido a una menor accesibilidad de los tejidos, resultaban en una distribución espacial más concentrada cerca de los lugares de consumo como áreas nucleares y áreas a la sombra (Bartram et al. 1991: 142). Por consiguiente, elementos axiales, craneales y apendiculares distales (i.e. falanges de las pezuñas) hallados en contexto primario son indicadores arqueológicos de consumo secundario de animales; además, los huesos

largos de las extremidades se distribuyen tanto en localizaciones de consumo primario (lugar de procesado) como secundario, ya que estos huesos frecuentemente son quebrados para extraer la médula.

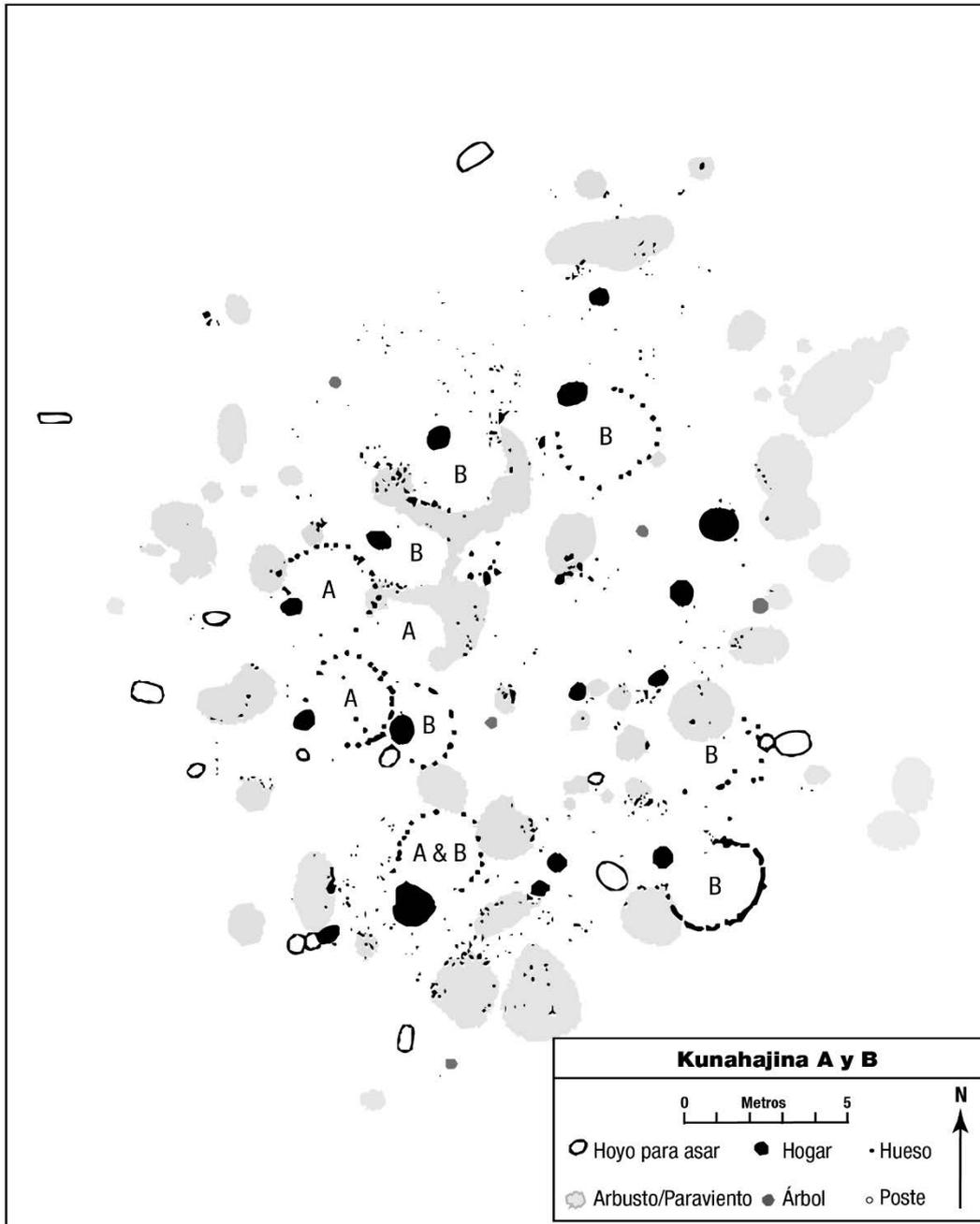


Figura 4.12 Planta de las dos ocupaciones documentadas en el yacimiento de Kunahajina, estación seca templada, 1986 (a partir de Bartram et al. 1991: fig. 15). La primera ocupación duró 8 noches (A); la segunda ocupación (B), tres semanas más tarde, se prolongó durante 3 meses. La estructura suroriental B se formó tras el abandono de la estructura que llevaba más tiempo siendo usada, desde la primera ocupación (etiquetada como "A & B").

4.2.4 Selva tropical

Un número mucho más reducido de trabajos etnoarqueológicos se ha interesado en profundidad por cuestiones relativas a la organización del espacio en grupos cazadores-recolectores tropicales, que habitan un ambiente muy diferente a los anteriores.

Un primer estudio a mencionar trató sobre los asentamientos de varios grupos efe mbuti de la Selva de Ituri, en Zaire (Fisher y Strickland 1989; Fisher y Strickland 1991). Los autores mapearon 30 campamentos y 201 estructuras de habitación desde junio de 1984 a junio de 1985. Excepto en 4 casos, el resto de los asentamientos estudiados habían sido previamente abandonados por días o incluso varios meses. En los otros 4 casos, se llevaron a cabo observaciones directas de manera intermitente durante un total de 47,5 horas, permitiendo llegar a conclusiones sobre la estructura del asentamiento y las áreas generales domésticas en torno a los hogares exteriores de las estructuras de habitación.

Gorecki (1991) presenta el análisis etnoarqueológico, mediante informadores, de una serie de abrigos ocupados por partidas de cazadores de cuatro grupos “étnicos” diferentes de horticultores y cazadores-recolectores de Nueva Guinea. Junto con el más arriba descrito (Nicholson y Cane 1991), este trabajo es de los pocos que ha considerado las ocupaciones en abrigo. Sin embargo, el estudio de Gorecki tiene, tal y como el mismo reconoce, algunas carencias: además de un sesgo masculino debido a que todos los informantes eran hombres (Gorecki 1991: 240), la falta de información sobre la frecuencia de las reocupaciones de los abrigos, sobre el número y sexo de las personas que los habitaron limita el análisis a la comparación intergrupo.

También en Nueva Guinea, aunque en este caso en grupos agrícolas, Pétrequin tuvo la oportunidad de observar etnográficamente el uso de un abrigo por parte de un grupo de hombres, detectando un uso normativizado del espacio que reflejaba el observado en las casas de hombres del asentamiento, en lugar de la división bipartita de las áreas domésticas (Pétrequin y Pétrequin 1988).

Uno de los grupos de selva tropical más celebre, al igual que su etnoarqueología, aunque presta atención a la construcción de los cobertizos y al espacio del asentamiento, no aporta información de relevancia para la discusión de este capítulo (véase más arriba, capítulo 3).

4.2.5 Litoral tropical

Prácticamente el único estudio etnoarqueológico sobre un grupo cazador-pescador-recolector en un ambiente de costa tropical, fue realizado de manera pionera por Betty Meehan (1975) con grupos Anbara (Arnhem Land, norte de Australia). Esta autora observó directamente y documentó con un considerable nivel de detalle los procesos de recolección, preparado y consumo de moluscos, actividad en la que las mujeres tenían un papel prácticamente exclusivo. Aunque de manera tangencial, Meehan también realiza observaciones sobre los procesos de depositación de los desechos de consumo de moluscos, que en los asentamientos involucra un patrón de disposición complejo:

Debris continued to be deposited on the periphery of each hearth complex. Food, including shells, was cooked in one of the hearths of each complex, the remains usually being left there for the time being at least. At regular intervals, every week or two, the entire area of the camp was cleaned up with rakes, sticks or feet. The rubbish was dumped in various areas around the periphery of the hearth complex, usually in areas that were unimportant in terms of use and access (...) Dogs also rummaged in these heaps especially when fresh food remains had been deposited on them (...) Sometimes debris from previous occupations was disturbed and incorporated into the contemporary rubbish heap (Meehan 1975: 168).

De esta manera, Meehan observa la formación de concheros densos y de hasta 0,5 m de altura, circundados por áreas de conchero delgadas, con conchas y otros restos de comida dispersos (Figura 4.13). Asimismo, las conchas se relocalizaban varias veces durante una misma ocupación, mezclándolas con las de ocupaciones anteriores o con conchas muertas que formaban parte de manera natural de la playa (Meehan 1975: 170).

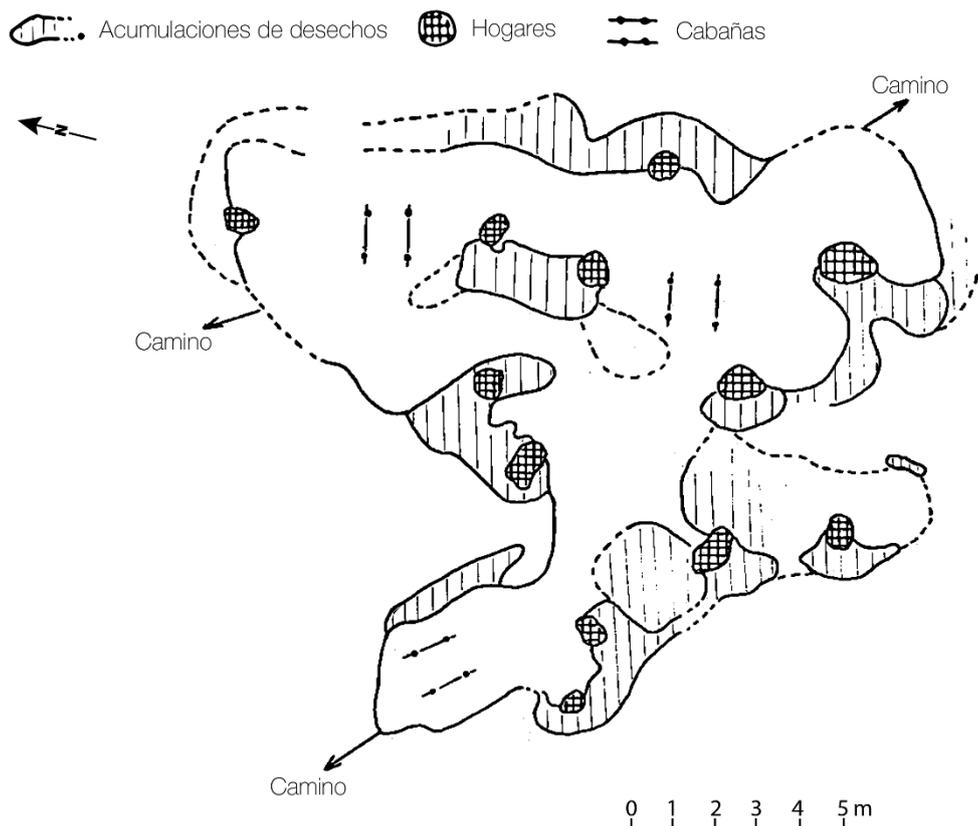


Figura 4.13 Distribución de estructuras y acumulaciones de desechos en Ngalidjibama, un sector del complejo de hogares de Djabalali, cerca de la desembocadura del río Blyth en Arnhem Land, Australia (a partir de Meehan 1975: fig. 7:5).

4.2.6 Tundra y taiga siberiana

4.2.6.1 Yamal nenets (Península Yamal)

En las dos últimas décadas prácticamente todos los estudios etnoarqueológicos sobre grupos móviles han tenido lugar en la tundra y taiga siberiana. Haakanson (2000) ha presentado un trabajo muy completo sobre las estrategias de movilidad y la organización intra-site de los grupos yamal-nenets, en la península de Yamal. Sus conclusiones están basadas en la gran cantidad de datos obtenida (incluyendo 42 horas de video y 15.000 fotografías) durante un período de trabajo de campo en 1994-1997 con grupos cazadores-pescadores y pastores de renos, según la estación. El autor, según su propio énfasis, adoptó un método de observación-participante con una considerable involucración en las actividades y la vida diaria de estos grupos, en combinación con una “aproximación émica” para ayudar en su interpretación (Haakanson 2000: 39-40).

En su trabajo, Haakanson (2000: 89-110) dedica una atención especial a los comportamientos diferenciales de hombres y mujeres, y a las implicaciones arqueológicas de ello. Las observaciones etnográficas relativas al espacio estrictamente

normativizado en función del sexo del interior de la estructura de habitación nenet, así como del espacio circundante, ya han sido expuestas previamente (véase capítulo 3). Cabe señalar algunas observaciones respecto a las actividades que generan residuos en el exterior del campamento. Debido a la división del espacio generada por la línea *siyangi*, las mujeres hacen todo su trabajo enfrente de las *chooms*. Ello también era más práctico, puesto que gran parte del trabajo consistían en talar madera y transportarla al interior. Esta actividad se desarrollaba en un área de 2,5 a 4 metros a la izquierda o derecha de la entrada, dependiendo del lado en el que abriera la puerta. Sin embargo, el hecho de que la mujer sigue trabajando la leña en el mismo lugar, sin cruzar la línea *singayi*, aun cuando durante una tormenta se traslada la entrada de la tienda al lado opuesto, entra en contradicción con una interpretación funcional (Haakanson 2000: 89-90). Los hombres, por su parte, raramente trabajan en el interior de la vivienda, llevando a cabo todas sus actividades en la parte trasera del campamento. Sólo se desvían de este patrón para trabajar los trineos localizados en el lado de la mujer.

En suma, Haakanson (2000: 212) detecta la misma organización del espacio en todos los campamentos yamal, en base a esta división interior y exterior del espacio en función del sexo. La distinción neta entre áreas de trabajo masculinas y femeninas es un patrón de comportamiento potencialmente visible en el registro arqueológico. No obstante, la influencia de otros factores culturales e ideológicos afectando a la vida diaria y el abandono de los campamentos, y por tanto a los procesos de formación del yacimiento, era observable etnográficamente pero mucho más difícil de discernir arqueológicamente (Haakanson 2000: 216). En cualquier caso, el autor remarca que estos campamentos contemporáneos de la Península Yamal presentaban una estructuración importante basada en “normas culturales/sociales” inculcadas de generación en generación: «When asked about what they were doing and why, Nenets all replied, “We have always done it this way.” No one could explain why» (*ibid*: 212).

En sus conclusiones, Haakanson (2000: 220) destaca que aunque sus observaciones coinciden con algunas hipótesis generales planteadas en estudios etnoarqueológicos anteriores, sobre todo ponen en entredicho determinadas de estas afirmaciones. Así, el autor señala que en el caso de los grupos estudiados la estructura espacial del asentamiento no está condicionada por variables ecológicas ni por factores como la duración (real o anticipada) del yacimiento o la estacionalidad. Haakanson tampoco observa en su caso de estudio que la edad fuera un factor estructurador importante en la

organización de los campamentos, mientras que el sexo lo es de manera evidente. Ello contradice determinadas afirmaciones, como que «the segregation of space based on gender correlates with hierarchical societies and is not found in non-western, egalitarian societies (Kent 1999). This is most definitely not the case with the Nenets, a non-hierarchical, egalitarian herding society» (Haakanson 2000: 221).

En definitiva, puede observarse cómo Haakanson abandona, a lo largo de su trabajo de campo, un interés inicial por los condicionantes medioambientales o ecológicos y termina focalizando sus reflexiones en el peso de los factores ideológicos y las normas sociales/culturales en el patrón de asentamiento y los procesos de formación arqueológicos, insistiendo en las particularidades culturales e históricas de cada grupo (Haakanson 2000: 209). Ello le conduce a abogar por la imposibilidad de extrapolar implicaciones arqueológicas a otros contextos, lo que, desafortunadamente, frena la discusión de algunos aspectos relevantes mencionados en el cuerpo del trabajo.

Recientemente, un estudio etnoarqueológico en los Urales polares se ha centrado en el análisis de yacimientos yamal nenets de invierno y principios de primavera abandonados durante el período 2001 a 2009 (Svoboda et al. 2011). Con un enfoque claramente arqueológico, y usando metodología básica similar a la usada en yacimientos del paleolítico superior, se registró la distribución espacial de los restos y estos se catalogaron de acuerdo con la zona en la que fueron hallados (ver más abajo). Todo ello estuvo guiado por las observaciones etnográficas realizadas durante el mismo mes de agosto del 2009, en grupos yamal nenet que habitaban asentamientos de verano (Svoboda et al. 2011: 31). Estas observaciones son coherentes con las presentadas por Haakanson (2000).

En los campamentos de invierno los restos de fauna eran básicamente de renos. En esta estación no se practicaba la pesca, así que su ausencia es reveladora. Sin embargo, en los campamentos de verano, donde esta actividad es importante, quedaría igualmente sesgada arqueológicamente al observarse que los desechos de pescado se daban a los perros (Svoboda et al. 2011: fig. 37; Binford 1978b: 256 hace una observación similar en grupos nunamiut). Los autores discriminaron mediante criterios funcionales entre una zona doméstica, una zona de actividad y una zona de toss (Figura 4.14). Respecto a

la observación arqueológica de la zona doméstica, Sbovoda et al. (2011: 40) no detectaron ningún alineamiento circular de restos de tamaño grande en torno a los márgenes de las *chum* excavadas. Aunque las dimensiones se correspondían con la etnografía, los límites precisos de estas áreas se caracterizaban por su indefinición. Interesantemente, en general los hogares no se hallaron en la posición original documentada etnográficamente, encontrando más bien áreas de redistribución de cenizas en la periferia. En dos de los yacimientos, se detectó en el interior de los supuestos *chums* áreas infantiles (Sbovoda et al. 2011: 41; véase también el trabajo posterior de Sázlová et al. 2014).

Las áreas de actividad fueron identificadas frente a las *chums* y entre ellas, recuperándose astillas y virutas de madera, así como fragmentos de huesos de reno. Entre otras diferencias entre yacimientos, los autores destacan la variación en la composición del conjunto de fauna, especialmente entre elementos esqueléticos axiales y apendiculares, lo que es interpretado como resultado del transporte. Finalmente, las zonas *toss* se hallaron en los límites traseros del campamento o en las laderas adyacentes, justo debajo de los campamentos. En el yacimiento de Slope, estas zonas *toss* se solapaban con restos de trabajo de madera.

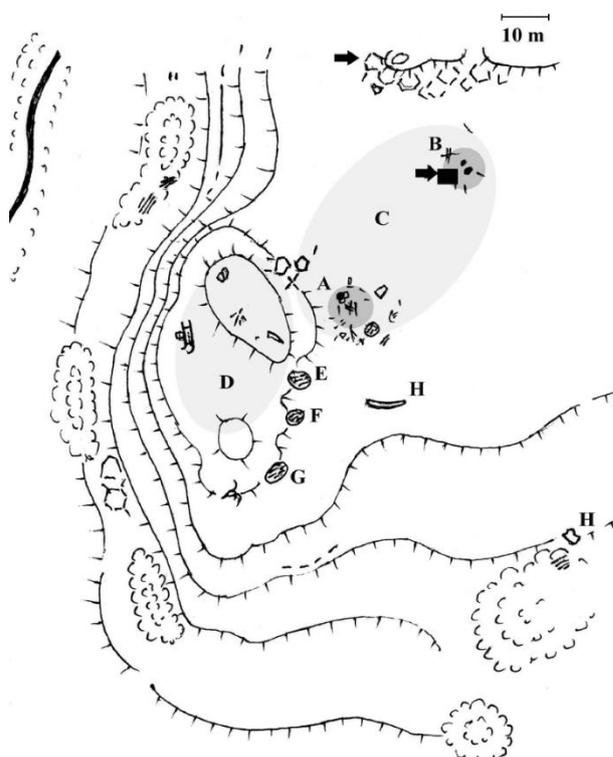


Figura 4.14 Planta del yacimiento Slope camp – lower, en Yangana Pe, mirando al norte (a partir de Sbovoda et al. 2011: fig. 6). Las letras indican las áreas principales identificadas. A-B: interior de las áreas domésticas (“chums”); C-D: áreas de actividad exterior; E-G: áreas *toss* periféricas; H: periferia. La flecha en B marca un área de juego infantil en la *chum*.

Las variaciones entre los tres yacimientos estudiados pueden deberse a factores como la distancia al núcleo urbano (i.e. tienda) más cercano, por la estructura demográfica del grupo ocupante y por los hábitos de sus ocupantes (Svoboda et al. 2011: 42). Para acabar, aunque el objetivo inicial de esta investigación etnoarqueológica era detectar huellas arqueológicas o archaeozoológicas que pudieran servir para discernir entre ocupaciones de grupos cazadores-recolectores o pastorales, un tema de interés para el paleolítico superior europeo, los autores reconocen que las evidencias reunidas son más bien escasas (*ibid*).

4.2.6.2 Evenki (Trans-Baikal)

A partir de 1997 un proyecto de investigación noruego llevó a cabo diversos estudios etnoarqueológicos con grupos cazadores de renos evenki de la región de Kalar, en el Trans-Baikal septentrional (Siberia, Rusia). Las observaciones etnográficas surgidas de estos estudios han sido presentadas en diversos trabajos (Grøn et al. 2002; Grøn y Kuznetsov 2003; Grøn y Kuznetsov 2004; Anderson 2006) y discutidas previamente (ver más arriba, capítulo 3). Los autores de estos trabajos describen una estricta organización sexual del espacio en los campamentos contemporáneos evenki, vehiculada a través de ideas mitológicas y cosmológicas. En una conclusión similar a la llegada por Haakanson (2000) para los grupos yamal nenets, Grøn y Kuznetsov (2003: 216) resaltan que el comportamiento ritual e ideológico debe ser considerado un agente importante de formación del yacimiento.

En 1998 se excavó el yacimiento de St. Martin 1, en el lago Chikalovski (Grøn y Kuznetsov 2003). Este yacimiento correspondía a una *dyutchar* de verano que, de acuerdo con la información oral y los propios hallazgos arqueológicos, fue reutilizada anualmente por tres familias distintas durante el período de 1930-1970. En el centro de la estructura se identificó una concentración discreta de tapas, balas y cartuchos mientras que en el suroeste se halló una concentración de boyas para red de pescar. A juzgar por la variedad de tipos y materiales de estos objetos, probablemente se habría acumulado durante los 40 años de uso intermitente de la *dyutchar*:

The fact that some types through time seem to have been deposited in the same zones, even though they were maybe not even deposited by the same group of inhabitants, can most reasonably be explained by assuming that the objects found were handled by persons seated in accordance with a general set of spatial rules as discussed above (Grøn y Kuznetsov 2003: 218).

Los autores señalan que la preservación de esta distribución recurrente debe entenderse dentro de la práctica observada en los grupos evenki de instalar en el interior de las viviendas un suelo de ramas o incluso de troncos finos, que se retiraba una vez abandonado el asentamiento. Este patrón minimizaría la eliminación o el desplazamiento de objetos pequeños usados en el interior de la *dyutchar*. Por el contrario, en el exterior, la superficie del asentamiento se mantenía ordenada y limpia, conduciendo incluso a la eliminación de objetos pequeños (Grøn y Kuznetsov 2003: 219). De hecho, se observó una compleja normativización de las actividades de mantenimiento del espacio exterior, vinculadas a concepciones espirituales. Desde la perspectiva arqueológica, estos procesos de redepósito tienen consecuencias fundamentales, implicando la manipulación ritual de los restos de fauna de manera diferencial según la especie, y su remoción del área central del yacimiento (*ibid*: 220).

En este trabajo, los autores también son testigos de la escala de los campamentos evenki, abarcando un extenso espacio circundante a las viviendas que incluía diferentes tipos de plataformas, estructuras de almacenamiento, áreas de sombra, áreas de actividad, hogares exteriores... Entre estos puntos se generaban áreas de considerable circulación. Asimismo, Grøn y Kuznetsov (2003: 219) observan que en los asentamientos de mayor duración las estructuras están localizadas más lejos que en los campamentos breves. Así, estos autores, coincidiendo con otros trabajos etnoarqueológicos, proponen una relación directa entre el área del asentamiento y la duración del período de ocupación.

4.2.6.3 *Dukha (norte de Mongolia)*

Una última de serie de trabajos etnoarqueológicos, impulsados desde 2012 por la Universidad de Wyoming, se han interesado por los grupos de pastores de renos dukha de la taiga de Siberia Occidental, en la provincia de Khövsgöl, norte de Mongolia (Surovell y O'Brien 2016; Brien y Surovell 2017; Haas et al. 2018). A diferencia de los estudios tradicionales de etnoarqueología espacial que se han centrado en el mapeo de estructuras y desechos, estos trabajos se caracterizan por un énfasis empírico en el «direct mapping of human behavior» (Surovell y O'Brien 2016: 143) que comportó la obtención de 5,486 imágenes mediante una combinación de fotogrametría 3D y cámara rápida. Dos de estos trabajos, en particular, se han centrado en una aproximación cuantitativa al “posicionamiento espacial humano”.

La hipótesis de partida de Surovell y O'Brien (2016: 145) es que la elección del lugar para llevar a cabo una tarea se rige por la "task efficiency": los individuos escogerán la localización en base a criterios de optimización o minimización del tiempo (i.e. distancia desde la posición actual). En este sentido, los autores plantean un modelo probabilístico según el cual algunas localizaciones serán más propicias que otras. Según los autores, en el caso dukha una de estas localizaciones es la entrada de la *ortz* (vivienda cónica), que actúa como un "atractor espacial" al comunicar el espacio interior y exterior. Para contrastar este modelo los autores seleccionan 959 observaciones (eliminando determinado "ruido" niños de menos de un año, etc.) ocurridas dentro de un área de 8 m de la entrada. Cabe señalar que de las 10 *ortzas* estudiadas en 2012, Surovell y O'Brien examinan en este trabajo tres en las que «the entire door-front áreas were usable for a wide range of activities» (2016: 148). Estos autores concluyen que «people do not use door-front spaces randomly but, instead, in a highly patterned way» (*ibid*: 150), sentándose para trabajar a cada lado de la entrada y no en frente. Asumiendo que las actividades llevadas a cabo generaran desechos arqueológicamente visibles, este patrón podría ser detectado por dos concentraciones de restos adyacentes separadas por un área de baja densidad de restos (Surovell y O'Brien 2016: 151).

Más adelante, Haas et al. (2018) han evaluado los datos relativos al uso del espacio interior de la *ortz*. En este caso también hay una hipótesis clara de partida: "occupancy", el número de individuos ocupando una casa simultáneamente, afecta a la dispersión en el uso del espacio interior. Ésta, a su vez, afectaría a la dispersión de restos arqueológicos. Los autores proponen que hay una serie de factores exógenos y endógenos que condicionan el uso sistemático del espacio de la vivienda, como «cultural idiosyncrasy, furniture, gender ideology, house form, household size, individual idiosyncrasy, light availability, seasonality, and warmth» (Haas et al. 2018: 4). Así, en épocas frías el uso interior de la *ortz* es más intensivo, específicamente el espacio en torno a la estufa central. Asimismo, como sucede en otros grupos siberianos, una *ortz* típica está dividida en un lado masculino y un lado femenino, con la entrada orientada al este y la cocina situada en el sureste. Haas et al. observan que la "matriarca" ocupa siempre los lugares al este-noreste de la estufa y que los individuos que subsecuentemente entran en la vivienda tienden a ocupar el espacio junto a los ocupantes previos en una especie de arco en torno a la estufa central (Figura 4.15).

Los autores analizan 4129 observaciones del uso de espacio en 19 *ortzas* observadas en seis campamentos entre julio del 2012 y junio del 2016. El análisis estadístico y cuantitativo de los datos permite concluir que existe una «central tendency in the use of space and that increasing occupancy significantly increases dispersion around the central tendency» (Haas et al. 2018: 12). De considerar únicamente las actividades que potencialmente dejarían evidencia arqueológica, esta relación se mantiene significativamente positiva, aunque su potencia predictiva desciende. En ambos casos, sin embargo, « systemic processes introduce considerable noise into the relationship with 79 percent of the variation left unexplained». Al analizar de manera combinada los datos de las 19 *ortzas*, este ruido aumenta hasta enmascarar totalmente la tendencia observada individualmente (*ibid*).

Para acabar, un aspecto interesante es que, frente al modelo etnográfico de espacio bipartito, los ocupantes prefieren ocupar el lado oriental de la *ortz*, en torno a la cocina, que actúa de “atractor espacial” (Figura 4.15). Aparentemente tanto hombres como mujeres muestran esta preferencia (Surovell y O’Brien 2018), aunque los datos sobre edad y sexo todavía no han sido publicados.

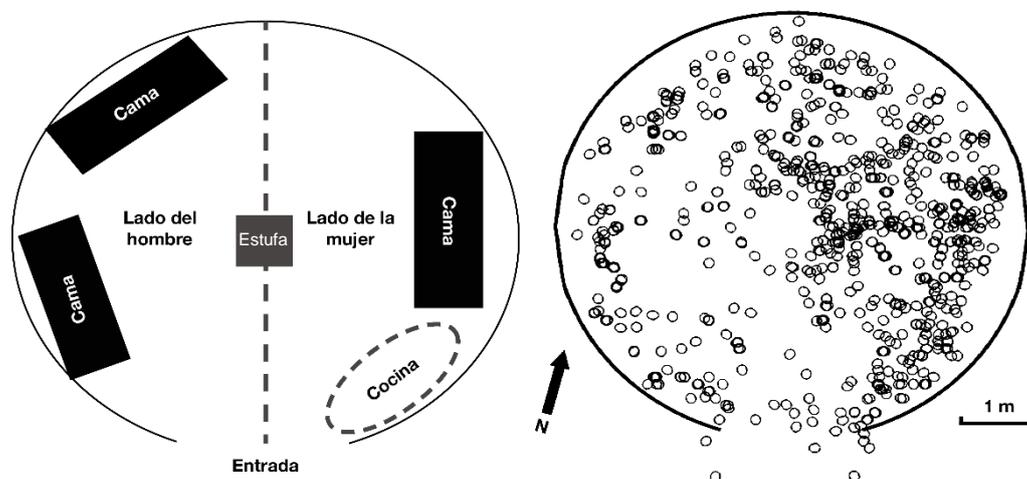


Figura 4.15 Izq. Diagrama general de la organización del espacio de una *ortz* de los grupos *dukha* del norte de Mongolia. Der. Distribución de cada persona a lo largo del período de observación en una *ortz* concreta (a partir de Surovell y O’Brien 2018). Nótese, además, las concentraciones de puntos correspondientes a las camas en el lado occidental.

4.3 El fin del principio o el principio del fin: valorando la aportación de la Etnoarqueología

En las páginas precedentes se ha intentado exponer de manera sintética, pero con exhaustividad, los datos obtenidos y las principales conclusiones propuestas por una serie de trabajos etnoarqueológicos desde finales de los años 1970 hasta la actualidad.

Como se habrá visto, la mayoría de los trabajos etnoarqueológicos del período 1970-1990 se concentran en tres áreas geográficas (Alaska/Canadá, África subsahariana y los desiertos de Australia). La consecuencia de este sesgo en los datos etnoarqueológicos es que los ejemplos más usados para la interpretación del registro prehistórico del Paleolítico Superior y Mesolítico provienen de grupos que habitan en medioambientes extremos como áreas polares o desiertos. Una respuesta a este sesgo es el interés de las últimas décadas por los grupos nómadas de pastores o cazadores de renos de Siberia que habitan en entornos de bosque y con abundante madera. Los estudios sobre grupos *foragers* tropicales, convertidos en paradigma del modo de vida cazador-recolector desde la década de 1980, no aportan elementos relevantes a la discusión sobre la organización del espacio, ya sea porque se han centrado en contextos muy específicos (por ej. los abrigo ocupados por grupos de hombres de Pétrequin y Pétrequin 1988; Gorecki 1991), en el nivel estructural del asentamiento (Fisher y Strickland 1989; 1991) o aparentemente no se documentado una organización del espacio (Politis 2009; Friesem et al. 2016 ver capítulo 3).

Así pues, a pesar de la incorporación de los grupos siberianos a la literatura etnoarqueológica, los estudios que se aproximan a la organización del espacio (incluidos los más recientes, p. ej. Coddington et al. 2016) siguen centrándose en tres biomas específicos (tundra/taiga, sabana seca, y desierto y semi-desierto cálidos). Las observaciones etnoarqueológicas se limitan, por tanto, a una parte de los grupos conocidos etnográficamente. Nada impide, además, como ha señalado Wunsch (1992) que puedan haber existido otras alternativas socio-económicas que no están representadas en el registro conservado hasta la actualidad.

Cabe añadir que muchas publicaciones fallan a la hora de especificar claramente el origen de ciertas observaciones, la duración del trabajo de campo o el razonamiento analógico seguido. Aunque en ocasiones no esté claramente expresado, algunos autores han basado sus interpretaciones arqueológicas en la información proporcionada por

personas que ocuparon esos yacimientos varias décadas atrás, o que simplemente recordaban que ese lugar se había utilizado. Como cualquier otra observación etnográfica, deben considerarse los problemas de comunicación (como ejemplifica Hayden 1979), los fallos en la memoria, o el sesgo de género y actualista por parte de los propios informadores “nativos”. Todo ello no debería sorprender ni tampoco restar interés a la interpretación émica de la realidad material, pero sí obliga a ser consciente de las limitaciones y a manejar dichas observaciones críticamente, como todo documento etnográfico. Sin ahondar en la cuestión, pues ha sido suficientemente debatida en la literatura antropológica y arqueológica, la misma o incluso mayor cautela debería mostrarse a la hora de trasladar observaciones directas o indirectas de grupos contemporáneos a *su* pasado reciente para interpretar datos arqueológicos. En cualquier caso, dichas analogías deben permanecer en el terreno de las hipótesis, y no utilizarse para frenar otras aproximaciones o levantar modelos con pies de barro. Ese desliz está muy arraigado como puede desprenderse de los comentarios de algunos autores que hemos visto, y que restan aplicabilidad a su propio modelo, en el sentido que enfatizan los particularismos para negar la posibilidad de analogías (obviamente) directas.

Asimismo, las contradicciones halladas por Janes (1989) entre la evidencia arqueológica y sus propias observaciones etnográficas diez años antes deberían servir de ejemplo para alertar sobre la “validez” (en tanto que elemento contrastador) de las conclusiones extraídas a partir de observaciones directas. Ello, en general, se enmarca en un debate sobre la diferente naturaleza de los datos etnográficos (Vila-Mitjà 2011), puntuales en el tiempo, y la evidencia arqueológica, materialización en sí misma del paso del tiempo. Esta contradicción se amplía en la aceptación de una “perspectiva conductual” que dirige el interés en el uso del espacio al estudio de las “pautas de comportamiento particulares” (véase una crítica en Wünsch 1992). En algunos casos esta aproximación se ha sostenido en períodos de observación de horas y días (p. ej. Binford 1978a; C. Chang 1988) que permiten percibir algunos patrones pero son demasiado breves para ser testigos de alternativas conductuales o percatarse de los sesgos propios. En los casos en que el período de observación ha sido más largo, el relato de los y las investigadoras ofrece una profundidad interpretativa mucho mayor (Janes 1983; O’Connell 1987; O’Connell et al. 1991; Bartram et al. 1991; Haakanson 2000).

Por otro lado, también hay que tener en cuenta el contexto etnográfico de estas observaciones. En algunos casos éstas corresponden a grupos que se han sedentarizado

(Binford 1978a; Brumbach y Jarvenpa 1997); que habitan en asentamientos semi-permanentes (O'Connell 1987) o estacionales con una reocupación anual (Janes 1983). Ello debe tenerse en cuenta a la hora de extraer ciertas conclusiones sobre el mantenimiento del espacio y la visibilidad arqueológica. No obstante, no significa que los grupos que seguían siendo móviles total o parcialmente en el momento de su estudio permitieran extraer conclusiones más “válidas”. Ningún grupo estudiado por la etnografía está exento de relaciones e influencias externas, de cambios tecnológicos, económicos y sociales. El grupo estudiado por Meehan (1975), que habían vuelto recientemente a un modo de vida cazador-recolector tras abandonar el asentamiento permanente en que estaban desde los años 1950, y en el cual las mujeres discuten sobre los métodos occidentales de anticoncepción (Meehan 1975: 191), es anecdóticamente ilustrador.

Si a todo ello se le suma que muchas generalizaciones, hipótesis y modelos formulados se han sostenido en un número muy reducido de yacimientos, y generalmente en casos de estudio particulares, no debería sorprender que los trabajos etnoarqueológicos hayan producido resultados limitados en su intento por generar modelos para interpretar el uso del espacio. Las asunciones de los primeros trabajos etnoarqueológicos se han demostrado insuficientes o inadecuadas para interpretar la evidencia arqueológica de otros grupos etnográficos. Las afirmaciones de algunos de estos trabajos posteriores también han sido rápidamente cuestionadas por otros ejemplos.

No obstante, esta revisión etnoarqueológica también pone de manifiesto algunos lugares comunes en estos trabajos. Por un lado, existe un cuestionamiento generalizado desde Yellen (1977) de la asunción tradicional en arqueología según la cual las actividades residenciales se realizaban en áreas espacialmente segregadas. Desde entonces los conceptos de “área de actividad nuclear”, “área de household”, “área doméstica” o “área de actividad general” han sido una constante, vinculados a la centralidad de los hogares en tanto que articuladores de las áreas de actividad. Aspectos como la escala de los yacimientos observados etnográficamente, mucho mayor que la de los yacimientos prehistóricos; la frecuente reocupación de los asentamientos o el desplazamiento de la estructura de habitación durante una misma ocupación, son aspectos sobre los que los trabajos etnoarqueológicos han llamado la atención.

Los diferentes trabajos también revelan la importancia de las actividades de mantenimiento primarias y secundarias, y en especial del “size-sorting”, enmascarando las relaciones espaciales, y hasta en algunos casos llegando a infrarrepresentar de manera decisiva los restos. En este sentido, también revelan el impacto de procesos post-depositacionales como el carroñeo o la habilitación del espacio por parte de nuevas ocupaciones. Finalmente, los diferentes trabajos presentan un escenario más bien pesimista, en el que se insiste en el carácter efímero de las ocupaciones breves, que impide la arqueologización del uso del espacio. Paradójicamente, en ocupaciones de larga duración las actividades de mantenimiento secundarias se encargarían de difuminar estas mismas relaciones espaciales.

Más allá de estos consensos más o menos generales, en la Tabla 4.5 se presentan 29 hipótesis sobre la organización del espacio en grupos cazadores-pescadores-recolectores recuperados de la información etnoarqueológica expuesta a lo largo de este capítulo. Cada hipótesis va acompañada de una propuesta de indicadores arqueológicos y de su grado de inferibilidad, este último ha sido procesado de manera intuitiva y se ofrece únicamente a modo de orientación. Aunque se considera que este conjunto de hipótesis puede ser un punto de partida útil, a modo de guía, para la investigación espacial de un yacimiento, también permite apreciar en global las limitaciones de esta aproximación.

Efectivamente, como ha sido señalado por Wunsch (1992: 173), en general las modelizaciones espaciales de carácter etnográfico han pretendido combinar el aislamiento de rasgos conductuales con una observación del carácter de la distribución de los restos materiales. Pese a su potencial heurístico inherente, este enfoque incluye aspectos restrictivos notables y excesivamente simplificados del estudio de la articulación espacial del registro arqueológico, basándose en simples analogías “funcionales” entre los datos arqueológicos y generalizaciones empíricas de datos etnográficos. O’Connell, entablando un debate sobre la “perspectiva conductual” y la elaboración de modelos que representen rasgos uniformes de la conducta humana, como en el modelo del yacimiento Mask (Binford 1978a), comenta:

Insofar as it appeals to such considerations as the importance of maintaining body heat in cold climates, the relative advantages of sitting upwind versus downwind of a smoky fire, and the influence of the physical principle of impenetrability as a determinate of the spacing of actors and potentially disruptive objects in a work space, it probably holds everywhere and accounts for the behavior it permits one to reconstruct. The key question is whether its application yields any important insights on past human behavior

and its evolution. It is difficult to see not only how it does but how it ever could. *Ethnoarchaeological models not only need to be explanatory with respect to behavior, but also need to explain something important about it* (énfasis añadido, O'Connell 1995: 219-20).

En este sentido, no se trata únicamente de una tendencia a sobrevalorar los aspectos funcionales que guían la organización del espacio en detrimento de la dimensión ideológica y social. De hecho, ésta no es infrecuente en las observaciones etnográficas y está presente en los diferentes trabajos etnoarqueológicos ya sea a modo de recordatorio o apunte final (Binford 1978a; Binford 1983) o de manera central (Whitelaw 1994; Haakanson 2000; Grøn et al. 2002; Grøn y Kuznetsov 2003). Ampliando el campo de visión, varios trabajos etnoarqueológicos han defendido que las relaciones sociales tienen un papel importante en la organización general del espacio de un asentamiento, especialmente en la disposición de las unidades sociales y la distancia entre ellas, tanto en grupos cazadoras-recolectoras (Whitelaw 1983; 1991; Binford 1991; Parkington y Mills 1991) como en nómadas pastores (S. Smith 1980; Cribb 1991; Brien y Surovell 2017).

Sin embargo, en lo que se refiere al análisis de la distribución de los restos materiales, incluso en trabajos etnoarqueológicos que enfatizan el aspecto social e ideológico de la organización del espacio se ha pre-asumido su invisibilidad arqueológica (Haakanson 2000) o se ha insistido en la dificultad de extrapolarlo a otros contextos (Whitelaw 1994; Grøn et al. 2002). Wunsch (1992: 173) ha criticado los modelos espaciales surgidos de los principales trabajos etnoarqueológicos señalando que el razonamiento analógico ha tendido a substituir la ausencia de métodos y/o instrumentos de análisis. De manera similar, el propio O'Connell (1995), que nunca acabó de quedar satisfecho de su trabajo altamente citado sobre la estructuración del espacio alyawara (1987; según señala Bird 2016: 154), ha resaltado que el problema de los análisis de la organización del espacio están basados únicamente en observaciones *a posteriori*. La ausencia de una teoría general hace que las predicciones espaciales provengan de observaciones empíricas y que produzcan inferencias inductivas que deban ser contrastadas en cada caso, incapaces de escapar a los problemas de la analogía directa etnográfica (como se ha mencionado arriba).

Ciertamente, aunque los contextos etnoarqueológicos abarcan una importante diversidad de materiales, la mayoría de los trabajos se han centrado en el análisis de restos que

podrían ser hallados en contextos prehistóricos, básicamente restos líticos y óseos. En unos pocos casos éstos han incluido restos malacológicos (Meehan 1975), vegetales (Yellen 1977; Whitelaw 1994) o industriales (Binford 1978a; O'Connell 1987; Svoboda et al. 2011). En cualquier caso, los restos líticos se han analizado siguiendo las tipologías morfológicas tradicionales o, en algunos casos, categorías funcionales genéricas (i.e. “lasca usada”, “cuchillo”: véase Spurling y Hayden 1984). Teniendo en cuenta la polifuncionalidad asociada a estos tipos morfológicos de herramientas no debe extrañar, pues, que su análisis indicara áreas de actividad polivalentes. De un modo parejo, los restos óseos se han tendido a considerar como una única categoría de descarte, las menos de las veces siendo discriminadas según tamaño, especie y/o elemento esquelético (Bartram et al. 1991).

Whitelaw (1994) y Grøn y Kuznetsov (2003) han demostrado con sendos casos de estudio que es posible aislar rasgos sociales recurrentes, característicos de las estrategias organizativa particulares de un grupo cazador-pescador-recolector, al menos en yacimientos etnoarqueológicos donde se dispone de la imagen etnográfica. El trabajo de Boismier (1991) es una excepción, al plantear un análisis de la evidencia arqueológica mediante categorías que van más allá de lo descriptivo y se vinculan a un contenido social, intentando abarcar los numerosos y diversos procesos de producción y consumo que intervienen en la formación de la evidencia arqueológica de un grupo en el espacio definido de un asentamiento. Sin tener en cuenta las limitaciones derivadas del origen de los datos analizados, los resultados son esperanzadores y demuestran que es en el estudio de los patrones de asociación o covariación, y no en la distribución individual de los tipos o clases, que los restos arqueológicos adquieren significado social (Boismier 1991: 211).

De esta manera, si el objetivo es responder a las preguntas sobre la organización social del espacio, es necesario plantear «herramientas analíticas que posibiliten contrastaciones independientes y permitan superar el componente subjetivo inherente a los enunciados observacionales sobre la distribución de los restos materiales» (Wünsch 1992: 173). En este sentido, mientras que los datos y las reflexiones aportadas por las aproximaciones de la “arqueología viva” o “arqueología etnográfica” se han mostrado muy útiles para completar los estudios etnográficos, se ha cuestionado su utilidad para la Arqueología prehistórica:

En realidad, la Etnoarqueología, sin entrar ahora en matices, posibilitó auténticos avances muy concretos en metodología arqueológica (...) Pero, una vez más, no enfrentó con la misma perspectiva los aspectos sociales sino que siguió con extrapolaciones a partir de analogías o incluso perdió el contacto lógico científico con la materialidad arqueológica. En último término, y visto con cierta perspectiva, creemos que el «hallazgo» de la Etnoarqueología ha contribuido de manera importante a NO investigar desde la propia Arqueología el cómo alcanzar estos aspectos sociales, organizativos, estas relaciones intergrupales y las causas de sus cambios (énfasis propio, Vila i Mitjà 2006: 64-65)¹³.

En definitiva, el escenario presentado en esta revisión sobre los trabajos etnoarqueológicos centrados en el análisis del espacio permite entender el colapso de esta línea de investigación a principios de los 1990. En el cierre de una de las compilaciones más importante de trabajos centrados en el análisis de la organización espacial, Kroll y Price (1991: 304-5) afirmaron:

we stand today at the threshold of the last step in the study of spatial patterning (...) In effect, we are at the end of the beginning of spatial analytical studies. We know that patterns of distribution contain important information. We have the methods necessary to define such patterns. We are now beginning to concentrate on what those patterns mean.

Como en tantas otras ocasiones, la revolución no estalló. Prácticamente tres décadas después, es evidente el avance técnico y metodológico en el análisis espacial, que en parte ha substituido el razonamiento analógico por un razonamiento “estadístico”. Sin embargo, el campo de los análisis espaciales permanece en el mismo umbral. En la siguiente parte de la tesis se desarrollará una aproximación arqueológica a la organización del espacio que pretende dar un paso a través del umbral.

¹³ Una idea similar ha sido recientemente defendida, con tono provocador, por Gosselain (2016).

Tabla 4.5. Principales hipótesis sobre la organización del espacio extraídas de los modelos u otros estudios etnoarqueológicos de grupos cazadores-pescadores-recolectores, organizadas temáticamente. ¹INF = grado de inferibilidad de menor (-) a mayor (+), propuesto de manera intuitiva.

N	Hipótesis espacial	Indicador arqueológico	INF ¹	Referencia
<i>Estructura general del espacio</i>				
1	Modelo de círculos concéntricos: detección de contexto sociales (nuclear, periférico)	Áreas centrales (nuclear) con concentración y solapamientos de restos en torno a hogares; áreas periféricas (especializadas) con poca diversidad de categorías	+++	Yellen 1977
2	La estructura del asentamiento y la topografía del emplazamiento condicionan la organización del espacio	Árboles y otros elementos microgeográficos; estructuras o concentraciones discretas de restos...	++	Binford 1983, Bartram et al. 1991 / Nicholson y Cane 1991
3	Reconstrucción temporal de una ocupación o sucesivas reocupaciones	Grado de meteorización de los restos óseos, marcas de <i>trampling</i> y profundidad de penetración de objetos de dimensiones similares; modelos de las tres zonas y ratio de actividades de mantenimiento primarios:secundarias; categorías de los restos (particularmente líticos) y origen de las materias primas	+++	Stevenson 1991 / Bartram et al. 1991
4	Existe una relación directa entre el número de ocupantes y el número de hogares para dormir, pero no con el hogar para cocinar, que es común	Identificación de diferentes tipos de estructuras de combustión (y caracterización p. ej. química)	+	Nicholson y Cane 1991
<i>Localización de áreas de actividad</i>				
5	En localizaciones periféricas (p. ej. a la sombra) se pueden identificar áreas de actividad	Concentraciones en áreas separadas de los hogares, con categorías de restos funcionalmente asociados	++	Spurling y Hayden 1984
6	Áreas de trabajo internas próximas a fuentes de luz	Identificación de entradas u otros accesos de luz al supuesto espacio cubierto	+	Binford 1983
7	El "área dormitorio" es un espacio «individual» donde se duerme, se come y se realizan otras actividades (reparación de herramientas...)	Restos de consumo individual en interior descartadas en lugar más próximo: a un lado de la entrada o en los extremos del paraviento; o en lado del hogar exterior cercano a la entrada (barrido), o en las paredes traseras o laterales de las estructuras	+	Binford 1983 / Bartram et al. 2001
8	La necesidad de refugio determina la cantidad de luz disponible de modo que: - luz = uso intensivo y compartimentado del espacio (interior) + luz = uso extensivo del espacio (exterior, p. ej. sombra)	Indicadores estacionales (restos de fauna, intensidad o temperatura alcanzada de la estructura de combustión...)	+	Yellen 1977, Hayden 1979, Binford 1983, O'Connell 1987, Bartram et al. 1991, Haal et al. 2018
9	Procesos de trabajo que generan residuos incómodos por su	Concentración o dispersión de restos en áreas separadas de los	+	Yellen 1977; Binford 1983;

<i>N</i>	<i>Hipótesis espacial</i>	<i>Indicador arqueológico</i>	<i>INF¹</i>	<i>Referencia</i>
	cantidad, olor u otras razones se sitúan en la periferia o alejados del área central	hogares, con categorías de restos funcionalmente asociados		O'Connell 1987
10	Ambos lados exteriores de la entrada de la estructura de habitación actúan como "atractores espaciales"	Dos concentraciones de restos adyacentes separados por un área de restos de baja densidad	+++	Surovell y O'Brien 2016
11	La presencia previa de grupos de trabajo (p. ej. en función del sexo) en determinados lugares de la ocupación, condiciona la localización de las actividades futuras	Agrupaciones extensas de restos de categorías funcionales variadas, que en espacios identificados como "domésticos" o "nucleares" aparecen segregados	+	O'Connell 1987, O'Connell et al. 1991
12	La localización de los hogares determina la localización de las actividades que requieren fuego (p. ej. cocinar, enderezar herramientas, dormir)	Asociación espacial de hogares y restos quemados	+++	O'Connell 1987
13	La composición de la unidad social condiciona la localización de las actividades		—	O'Connell 1987
14	Existencia de «mentales» ("plantillas mentales") en base a las cuales se ordenaban espacial y temporalmente las actividades		—	Chang 1988
15	Existe una normatividad social que afecta a la localización de las actividades dentro del área nuclear/doméstica/general		—	Whitelaw 1994 /Haakanson 2000, Grøn y Kuznetsov 2003
<i>Patrón de descarte</i>				
16	Las partes de un animal que requieren mayor esfuerzo de procesamiento tienden a concentrarse cerca de los lugares de consumo "secundario" y no en las áreas de consumo "primario" donde se procesa el animal	Distribución diferencial de elementos axiales, craneales y apendiculares distales, por un lado, y el resto de los elementos esqueléticos.	+++	Bartram et al. 2001
17	En los hogares exteriores la dirección del viento determina el lado usado	Zona toss en un lado del hogar, zona drop en el otro	+	Binford 1978a
18	En hogar exterior o interior: un lado libre para acceso de la persona que cocina	Lado del hogar con baja densidad de restos óseos opuesto a lado con alta densidad (en exterior: «distribución de restos tipo mariposa»)	+++	Binford 1983
19	Diferencias en el patrón de descarte de individuos trabajando en posición sedente o erguida	Sedente: Zona drop cerca de un hogar, posible forma de Y / Erguida: área central extensa con baja densidad de restos y zona toss en la periferia	+++	Binford 1978a/Stevenson 1991
20	Diferencia entre un individuo o varios individuos en torno al hogar	Un individuo: Restos en perpendicular al hogar, distancia ca. 1 m / Varios individuos: restos en semicírculo	++	Binford 1983
21	Áreas de actividad específicas que requieren de superficies	Áreas extensas con baja densidad de restos	+	Chang 1988

<i>N</i>	<i>Hipótesis espacial</i>	<i>Indicador arqueológico</i>	<i>INF¹</i>	<i>Referencia</i>
	amplias (p. ej. reparación de redes de pesca)			
22	La variabilidad en los patrones de asociación material de una superficie de ocupación está condicionada por la división sexual del trabajo	Covariación recurrente de las categorías de restos	+	Boismier 1991
<i>Actividades de mantenimiento</i>				
24	A mayor duración de la ocupación, mayor intensidad de las actividades de mantenimiento secundarias y, por tanto, menor integridad de las áreas centrales.	1) Distribución diferencial centro-periferia de los restos ordenados por tamaño; 2) cantidad y diversidad importante de restos en zonas periféricas; 3) solapamiento de las áreas de descarte primario y de los márgenes del área central y las áreas de descarte secundario periféricas	++++	O'Connell 1987
25	A mayor duración de la ocupación mayor solapamiento de las acumulaciones de descarte secundario	Diversidad de categorías funcionales de restos en concentraciones discretas de restos grandes	++++	O'Connell 1987
26	Consumo en interior de la estructura de habitación se deposita en "basureros de puerta"	Zona de alta densidad adyacente a áreas de baja densidad de restos, también con restos pequeños o asociados a zona drop proveniente.	++	O'Connell 1991
27	Mantenimiento diferencial e intensivo de un espacio interior	Ausencia de zona de descarte en el espacio definido como interno	++	Binford 1983
28	Mantenimiento "primario" del hogar implica el barrido o desplazamiento de las cenizas	Dispersión de cenizas y residuos quemados en el lado menos usado de un área de combustión	+++	Janes 1989, Bartram et al. 1991 / Svoboda et al. 2011
29	Componente ideológico de las actividades de mantenimiento del espacio	Ausencia de restos grandes, sobre todo de fauna, o de alguna especie en concreto; concentración en estructuras específicas	+	Haakanson 2000, Grøn y Kuznetsov 2003

5 Propuesta teórico-metodológica para una aproximación arqueológica a las normas sociales en sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras

A modo de recapitulación, cabe señalar que esta investigación ha arrancado con una revisión del registro arqueológico del Paleolítico Superior y Mesolítico europeo centrada en una determinada vía de acceso a la organización social de aquellos grupos prehistóricos que vivían de la caza, la pesca y la recolección: el análisis del espacio interno de un yacimiento. Dicho estado de la cuestión ha revelado un panorama más bien decepcionante (capítulo 1). Como respuesta se ha propuesto una revisión crítica de la literatura etnográfica, puesto que ha sido a partir de estos datos y en base a un razonamiento analógico explícito o, las más de las veces, implícito, que en las últimas décadas se ha llegado a consensuar cierta imagen del pasado pre-neolítico. Especialmente en la investigación arqueológica angloamericana y en los discursos postprocesuales, armados en torno al concepto de *gender* o *genderhood*, estos “consensos” han versado sobre aspectos de la organización social y de las relaciones sociales de dichos grupos, en particular sobre el eje sexual, relativizando la división del trabajo y del espacio.

A continuación, se ha visto que los datos etnográficos cuestionan determinadas afirmaciones sobre la supuesta “complementariedad” del trabajo o la ausencia de organización social-sexual del espacio que, en cualquier caso, deberían ser tomadas como hipótesis a contrastar y no servir de broche de ningún debate. Finalmente, en el capítulo anterior, la recuperación y lectura detallada de los trabajos etnoarqueológicos sobre la estructuración del espacio ha permitido entrever algunas (pocas) *posibles* correlaciones -basadas principalmente en analogías parciales- entre la evidencia entre la evidencia material y las relaciones sociales de grupos adscritos, *sensu lato*, a un modo de subsistencia cazador-pescador-recolector. Sin embargo, la observación de estas correlaciones no ha ido acompañada de la propuesta de métodos o instrumentos

conceptuales que permitan interpretar la distribución de restos materiales en contextos supuestamente similares, pero no observados etnográficamente.

La aproximación que se presenta a continuación y cuyo desarrollo ocupará el resto de este trabajo difiere de los distintos enfoques vistos hasta ahora en, al menos, dos aspectos fundamentales:

- Se formula de manera explícita en dos niveles, usando los términos propuestos por Gándara (Gándara 1990), una teoría sustantiva (el materialismo histórico) y una teoría mediadora, arqueológica, que va a hacer de nexo entre la primera y los restos materiales¹⁴. Se parte de la premisa de que estos últimos, los restos materiales, son restos (subproductos) de la actividad social y, por tanto, deberían ser analizados como tales y no únicamente en base a sus propiedades fisicoquímicas. La teoría arqueológica, por tanto, va a centrarse en el desarrollo de herramientas de análisis del análisis del espacio social (de las interrelaciones espaciales) y del tiempo (cálculo del valor social del producto). El objetivo, o el reto, va a ser tratar de articular ambas teorías con el fin de que las preguntas en el nivel sustantivo (histórico) puedan obtener respuestas en este mismo nivel.
- Se propone una contrastación a la formulación teórico-práctica mediante los datos arqueológicos de dos yacimientos asociados a contextos etnohistóricos de los grupos canoeros sub-actuales de Tierra del Fuego, específicamente en el Canal Beagle, Argentina.

¹⁴ Gándara (1990) diferencia entre «teoría sustantiva» y «teoría de la observación». Por razones que se explicarán más adelante, de momento nos referimos al segundo caso como teoría mediadora o arqueológica.

5.1 Posición teórico-metodológica

La historia del marxismo y, por consiguiente, del materialismo histórico, es la historia de una muerte permanentemente anunciada. Sin lugar a dudas, como a todo lo existente, le llegará su hora. Sin embargo, para desgracia de sus proclamadores, hay razones históricas por las cuales esa hora no ha llegado y los reiterados anuncios no son otra cosa que la expresión de sus deseos claramente incumplidos.

Luis F. Bate (Conferencia Inaugural del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Córdoba, septiembre de 1999)

5.1.1 La teoría sustantiva: el materialismo histórico

Sin querer entrar en una digresión epistemológica, cabe recordar que, como en el resto de las ciencias, y como con otros documentos históricos, el pensamiento positivista ha impregnado desde sus orígenes el desarrollo de la investigación arqueológica. La particularidad de la clase de datos manejada por la arqueología, los restos materiales, ha tendido a envolverlas de un falso halo de objetividad que permitía pensar en una posible lectura directa del pasado en los restos arqueológicos. Este supuesto implícito de la arqueología “tradicional” no comenzó a ser realmente combatido hasta la década de 1960, en especial desde la *New Archaeology*, y aunque a veces se presenta como una idea desterrada en la actualidad por los discursos hegemónicos postprocesuales, lo cierto es que ha conseguido pervivir, enmascarada, hasta nuestros días.

En efecto, una extensión de este supuesto es pensar que la actitud, el análisis y la descripción del o la arqueóloga frente a la “evidencia” deberían ser las mismas independientemente de su posicionamiento teórico. Pero ello no sucede realmente así:

Desde el momento mismo en que se interviene en la recuperación de los datos arqueológicos, y cuando se procede a su ordenamiento, se está produciendo una mediación teórica procedente de generalizaciones de fuente deductiva, que hacen que la ubicación histórica y social del científico más casto intervenga en la selección, identificación, priorización y codificación del dato. No hay teoría sin praxis ni praxis sin teoría (Argelés et al. 1995: 503).

Así, hasta en conceptos aparentemente anodinos existe un compromiso teórico inicial, consciente o inconsciente, explicitado o no, el cual comporta que, a pesar de partir de unos principios básicos, se puedan generar diferencias incluso al nivel de las descripciones.

En este sentido, cuando se advierte la ausencia de una teoría general en determinadas investigaciones, en realidad se está señalando la falta de coherencia entre una teoría de

la observación específica y una teoría sustantiva dada. Gran parte de las categorías con las que se manejan la(s) arqueología(s) contemporánea(s) surgen «de una teoría de la observación -no siempre enunciada sistemáticamente- preñada de enunciados idealistas tales como los que proceden del relativismo cultural, del particularismo histórico o del funcionalismo» (Argelés et al. 1995: 503). Dichos enunciados están presentes hasta en autores que supuestamente defienden una aproximación “materialista”. Bate (1992: 26) ha escrito, por ejemplo, sobre la inconsistencia de la posición materialista de Binford, calificándola de «realismo ingenuo». Desde luego, y de nuevo, la clase de datos manejada por la arqueología ha conducido a cierto énfasis en *lo material*, entendido de manera literal y fragmentando así la *realidad*: «As anthropologists we are interested in questions of symbolism and meaning, but as archaeologists we are inclined to examine such questions from a materialist point of view» (Gould 1980: 159-60). Cabe señalar que, a diferencia de lo que sucede en las arqueologías procesuales o post-procesuales norteamericanas, la discusión teórica ha jugado desde el inicio un papel central en la arqueología post-procesual británica. Ésta, sin embargo, se ha caracterizado por un interés ecléctico en postulados idealistas que tampoco han sabido o pretendido articular de manera coherente una teoría social con la práctica arqueológica. Efectivamente, en todas estas posiciones o aproximaciones se produce un «salto mortal» (según la expresión de Bate 1992 aplicada a Binford) desde la evidencia arqueológica hasta el plano sustantivo o de las respuestas. En perspectiva, se puede concluir que la carencia de una teoría sustantiva general (consciente y coherente) ha comportado en arqueología la proliferación de microteorías inconexas y difícilmente compatibles que, en el mejor de los casos, únicamente alcanzan a explicar aspectos limitados de la organización y el cambio social.

Frente a todo ello, el materialismo histórico tiene una ventaja importante, al contar con una teoría unificada, o en palabras de Gándara, un «conjunto unificado, coherente y elegante de principios sobre la jerarquía causal de ciertos elementos sociales» (Gándara 1990).

Hasta la actualidad, la llamada “arqueología social latinoamericana” ha hecho un esfuerzo importante de discusión teórica sobre el materialismo histórico, definiendo conceptos clave como “modo de producción”, “formación social” e “ideología”. Mientras que este debate ha tenido poca repercusión en la investigación angloparlante,

ha tenido un impacto importante en el desarrollo de diferentes materialismos históricos en Europa sudoccidental, específicamente en España.

El resultado ha sido que, en la actualidad, las aportaciones más interesantes de la arqueología marxista proceden de México, Sudamérica y Europa sudoccidental. Sin embargo, como ha señalado María Encarna Sanahuja Yll, a pesar de las interesantes contribuciones del feminismo en el materialismo histórico (capítulo 2),

la arqueología marxista suele obviar este hecho, tanto desde su perspectiva ortodoxa como crítica, y sigue apegada al androcentrismo distorsionador de la realidad imperante en las Ciencias Sociales. Bajo el supuesto de que el materialismo histórico trasciende la problemática de los sexos, se siguen utilizando categorías analíticas básicas que nos excluyen como mujeres y que, por tanto, nunca podrán dar cuenta de nuestra participación en la historia. Una vez más se oculta y enmascara mediante un universal supuestamente neutro, pero netamente masculino, una realidad que constituye uno de los problemas clave actuales, el de la diferencia sexual (Sanahuja Yll 2002a: 86).

Desde la década de 1980 un grupo de arqueólogas/os organizadas/os en torno a la Universidad Autónoma de Barcelona y al CSIC ha desarrollado una posición teórica (sensu Gándara 1993) propia a partir de la integración del materialismo histórico y las contribuciones del feminismo materialista, especialmente su crítica de la necesidad de desplazar el protagonismo exclusivo del paradigma de la producción de bienes (y de la sobrerepresentación de determinados tipos de bienes, véase crítica en Piqué i Huerta et al. 2008). En el marco de estos esfuerzos teóricos y metodológicos, se han ido desarrollando de manera independiente, aunque en interlocución con otros materialismos históricos de Francia, Rusia, Alemania, México, Venezuela, Perú, Norteamérica y por supuesto del resto de la península ibérica, distintas aproximaciones y propuestas, como la “teoría de la contradicción principal o del factor movilizador interno” de las sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras (Argelés y Vila 1993; Estévez Escalera et al. 1998; Vila y Estévez 2010; véase también el apartado §2.2.2) o la “teoría de la producción de la vida social” (Castro Martínez et al. 2002; Escoriza Mateu 2007).

El presente trabajo adopta la antedicha posición teórica, teniendo el materialismo histórico por teoría sustantiva para abordar el estudio de la organización social, entendida como el conjunto de las relaciones sociales que se establecen entre mujeres y hombres para producir lo necesario para su supervivencia y reproducir la sociedad (Vila-Mitjà 2011). Dado que, tal y como se ha expuesto, ésta representa una de las diversas corrientes desarrolladas entre las tradiciones generadas por el marxismo, se

hace necesario precisar los contenidos conceptuales que se le otorgan a términos teóricos que son comunes a las distintas líneas de pensamiento de orientación histórico materialista.

5.1.1.1 *Materialismo y dialéctica*

Dada la confusión (en ocasiones interesada) que envuelve el concepto de *materialismo*, se hace necesario destacar que éste no hace referencia a la clase de datos que se analizan, a unas supuestas “propiedades del mundo exterior”, según la expresión de Binford, sino con un posicionamiento filosófico respecto a la *realidad*. En concreto, la cuestión clave es la relación entre lo que denominamos realidad y el conocimiento de la realidad. En neta confrontación con el idealismo, que considera que no existe realidad independientemente de alguna forma de conocimiento de la misma, desde una posición materialista se afirma que la realidad existe independientemente de si es conocida o de cómo es conocida. Dada la prioridad de la existencia de la realidad respecto a su conocimiento, es posible conocer la realidad en tanto que ésta existe. La teoría no es otra cosa que la representación de la realidad en el nivel de la consciencia (Argelés et al. 1995: 504), por lo que ninguna categoría es inválida sólo por su marco teórico de origen; serán válidas si y sólo si sus enunciados reflejan la realidad (*ibid*: 503). Consecuentemente,

partiremos del principio lógico -y epistémico- de la prioridad de la teoría respecto al método. Partimos de lo que hasta ahora sabemos acerca de la realidad, de la teoría más corroborada (que siempre puede ser verdadera o falsa), para definir los procedimientos probablemente más adecuados para conocerla -para investigar lo que no sabemos- poniendo a prueba lo que suponemos que conocemos. Se avanza siempre de lo conocido a lo desconocido (Bate 1999).

El materialismo de Marx y Engels proporciona herramientas teóricas y metodológicas para el análisis de los procesos históricos y, en particular, del cambio social en las sociedades cazadoras-recolectoras. Una de ellas es la concepción de la realidad mediante la *dialéctica*, otro término que se ha prestado a interpretaciones *sui generis*, en parte por el uso indiscriminado que el propio marxismo ha hecho de este término aun para referirse a enfoques claramente mecanicistas.

Ante la confusión del término, avivada por las posturas metafísicas, Engels aclara en el *Anti-Dühring* que la dialéctica no es más que «la ciencia de las leyes generales del movimiento y la evolución de la naturaleza, la sociedad humana y el pensamiento»

(2003: 131). La ley fundamental de este movimiento es la ley del desarrollo en espiral o de la «negación de la negación» (*ibid*) según la cual todas las cosas contienen su opuesto, que está destinado a sustituirle y negarle. Esto es válido tanto para las cosas vivientes individuales, como para las sociedades: el desarrollo histórico es un proceso continuo y progresivo en el cual una forma se puede repetir a sí misma, pero a un nivel superior, enriquecida por los desarrollos anteriores, siendo la transición de una forma de movimiento a otra siempre un salto, un cambio cualitativo decisivo. Este es un aspecto clave al que volveremos más adelante.

La dialéctica, como filosofía, como forma de analizar y entender el mundo, rechaza la forma habitual de comprender la realidad, que es básicamente atomística. Es decir, a la manera de partes independientes operando juntas y uniformemente en un sistema en funcionamiento. La dialéctica, en cambio, nos muestra el mundo como un todo fluido hecho de relaciones que crea una serie de apariencias cambiantes. Estas relaciones están hechas de interacciones, de conflictos y oposiciones, antes que de armonía e integración (McGuire 1992: 91-92). La aplicación de la dialéctica al estudio de los fenómenos permite identificar los conflictos o contradicciones que se hallan en una relación, entre sus polos opuestos e interrelacionados recíprocamente, y cuya resolución da lugar a la singularidad concreta (lo fenoménico) que pretendemos analizar (Engels 1878: 26). La dialéctica también permite conciliar la contradicción entre cambios graduales cuantitativos y cambios bruscos cualitativos (Estévez 2005: 35).

En definitiva, se puede concluir¹⁵ que la realidad (la sociedad) es una totalidad, una “unidad de contradicciones interactuantes” (Patterson 1997), en la cual la suma de las partes interconectadas es menor que el todo. Es de esta manera, dialécticamente, y no desde perspectivas dualistas o estructuralistas, que deben entenderse las relaciones que los seres humanos, en todo tiempo y lugar, contraen y que pueden ser conceptualizadas como *relaciones sociales de producción* (Marx 2005: 4), pero también *de reproducción* (Pedraza Marín 2017: 134).

5.1.1.2 Primer antagonismo: la dialéctica producción-reproducción

¹⁵ Por cuestiones de espacio y de objetivos, no se puede ni se pretende captar la riqueza y complejidad de la discusión que debería envolver el uso de términos como materialismo o dialéctica.

En lo que respecta a las relaciones sociales de producción, el primer aspecto a tener en cuenta es que los seres humanos, como sujetos sociales, producen todo cuanto precisan para sobrevivir mediante la aplicación de *trabajo* al mundo material. El trabajo, por tanto, y en su definición marxista, es una relación que implica a los seres humanos y la materia, consistiendo en la capacidad humana de transformar intencionalmente la materia para satisfacer sus *necesidades* (Marx 1975: 43-48). Esta producción no es solo de índole material, como las actividades más inmediatamente vinculadas con la subsistencia (alimentación, vestimenta, protección, etc.), también es de carácter simbólico: producción de normas, representaciones simbólicas, etc., que resultan necesarios para el funcionamiento social y sin las cuales no sería posible su pervivencia. Las producciones ideacionales son tan necesarias para la existencia social como las producciones materiales (Pedraza Marín 2017: 126).

Además de estas relaciones sociales de producción, los seres humanos, como toda especie, deben reproducirse, pero en su caso nuevamente en sociedad, mediante procesos por los que nuevos sujetos nacen para insertarse posteriormente como adultos en las redes de relaciones sociales. Sin embargo, tradicionalmente los estudios sobre la reproducción han obviado los aspectos sociales, siendo analizada básicamente como un fenómeno biológico (véase la crítica de Caulfield 1985). En los pocos momentos que se refiere a la reproducción biológica, Marx también la trató como un fenómeno natural. Ello sorprende si se considera el papel central que tiene la reproducción de la fuerza de trabajo en la definición de la explotación capitalista. Sin embargo, cuando Marx describe la reproducción de la fuerza de trabajo se refiere únicamente a la producción de determinadas mercancías (alimento, vestido, vivienda), midiendo el valor de la fuerza de trabajo en función del tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Seguramente la «ideología machista» (Bate y Terrazas 2002: 13) que Marx compartía con sus contemporáneos debió influir en la aparente indiferencia de éste hacia el trabajo reproductivo de las mujeres, aunque Silvia Federici ha dado mayor importancia al momento histórico en el que Marx escribió su obra y específicamente las condiciones de la clase trabajadora en Inglaterra (la realidad en la que se movían y trataban de analizar Marx y Engels):

Aunque desde la primera fase de desarrollo del capitalismo, y en especial durante el periodo mercantilista, el trabajo doméstico se subsumió formalmente en la acumulación capitalista, no fue hasta principios del siglo XIX que el trabajo doméstico emergió como elemento clave de la reproducción de la fuerza de trabajo industrial, organizada por el

capital y para el capital, en función de las necesidades de la producción fabril (Federici 2013: 157).

Junto a este poderoso argumento, dicha autora también ha señalado que Marx erró en no reconocer la importancia del trabajo reproductivo porque compartía el mismo criterio que el capitalismo sobre qué constituye trabajo y qué no, y probablemente por las dificultades de clasificación que debía comportar una forma de trabajo no sujeta a valorización económica (Federici 2013: 158-59). Por todo ello, cuando Engels en 1884 enuncia explícitamente que «Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, a fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata» (2008: 42), es difícil dilucidar si ello significa una reivindicación del papel del trabajo reproductivo en consonancia con el desarrollo de la familia nuclear y el trabajo doméstico, o si Engels utiliza el término reproducción a la manera restringida de Marx. Lo que está fuera de toda duda es que los teóricos marxistas en general se han concentrado en el estudio y desarrollo de la producción *sensu stricto*, es decir, en aquellos procesos que revierten en nuevos objetos materiales, mostrándose «bastante más indiferentes hacia el trabajo reproductivo que el propio Marx, quien dedicó páginas enteras a la condición de los niños obreros» (Federici 2013: 159).

La relación entre estos dos conceptos es un aspecto teórico central. Desde una posición dialéctica y materialista como la expuesta más arriba, ambos representan los opuestos de una contradicción y, por tanto, se implican en una unidad (Lenin 1974: 345). Una no puede existir sin la otra y, a la vez, se excluyen mutuamente. Toda generación de un estado de materia comporta la incorporación y reiteración de su estado precedente. La producción comporta la modificación de un estado de la materia con la finalidad de crear uno nuevo. Implica, por lo tanto, la transformación de unas condiciones materiales objetivas para generar una nueva materialidad. En este sentido, se opone a la reproducción. No obstante, esta oposición dialéctica comporta una unidad donde ambos conceptos son inasimilables, pero también indisolubles.

En la producción de objetos la relación entre los factores productivos (objeto de trabajo, medios de trabajo, fuerza de trabajo y producto) es la asumida por la economía política clásica: los dos primeros comportan trabajo pretérito materializado en objetos y la fuerza de trabajo proviene de hombres y mujeres sujetos de esta actividad social. Como producto resultan otros objetos que pueden ser utilizados como medios de producción (medios de trabajo u objetos de trabajo) o consumidos para la renovación de la realidad

en la que se movían y trataban de analizar Marx y Engels. En este último caso, estos productos constituyen los objetos de trabajo de la producción de mantenimiento (Gassiot Ballbè 2001: 301).

La reproducción biológica se manifiesta en la recombinación de cadenas genéticas (nunca repetidas, nunca idénticas), y presupone la producción de nueva materia, diferente de la de los individuos que la han concebido y engendrado. Análogamente, cada ciclo nuevo de producción económica presupone una serie de inversiones materiales en fuerza de trabajo y medios de producción que resulta en diferentes objetos nuevos. En éstos, a su vez, se han reproducido los anteriores, tanto en términos del valor que se les ha transmitido mediante el trabajo como de las soluciones técnicas escogidas para producirlo pero siempre distintos debido a la experiencia socialmente acumulada y re-elaborada. Del mismo modo, la continuación de determinadas prácticas sociales, por ejemplo, a través del ritual o de otros componentes normativos de la conducta social humana, representa un esfuerzo por reiterar cierto estado de las cosas.

A su vez, la reproducción es un tipo particular de producción con sus propias características. En tanto que proceso productivo, la reproducción también involucra sujetos sociales que instituyen relaciones sociales, en este caso de reproducción. No obstante, la reproducción implica la ejecución de procesos de trabajo, asociados con la gestación, el parto, los cuidados y la socialización continuada hasta el desarrollo de sujetos adultos que pasarán a formar parte de nuevos procesos sociales, asegurando la pervivencia social en el tiempo: la reproducción de la sociedad y de la propia especie (Vila y Ruiz 2001; Vila y Estévez 2010; Pedraza Marín 2017: 134).

5.1.1.3 Segundo antagonismo: la dialéctica producción-consumo

En base a lo explicado más arriba, (Re-)Producción y consumo deben ser visto como dos actos o procesos opuestos en un mismo ciclo constante de transmisión de valor, desde la materia orgánica e inorgánica hacia el ser humano o, mejor dicho, el *ser social* (Bate 1989: 15). El consumo en su denominación común es el conjunto de actividades que tienen como objetivo hacer efectivo el valor de uso contenido en un producto (Gassiot Ballbè 2001: 322).

Así, los diferentes procesos productivos se pueden entender como una concatenación dialéctica de actos de producción-consumo. Cualquier actividad productiva necesita para iniciarse de una serie de objetos y sujetos (como fuerza de trabajo) que son consumidos / transformados cualitativamente en producto. En un mismo proceso productivo se solapan el uso y consecuentemente la pérdida de valor de medios de producción y la fuerza de trabajo con su reproducción en otros medios de producción y en nueva fuerza de trabajo. El primer segmento remite a la desvalorización de la materia social y el segundo a la valorización de otra materia social: el producto.

Marx (1975: 223) considera el consumo como un momento de los procesos productivos y distingue dos clases: el *consumo productivo*, que genera productos diferentes al consumidor/a, y el *consumo individual*, cuyo producto es el consumidor mismo. Gassiot Ballbè (2001: 322) ha expuesto acertadamente que a pesar de esta distinción Marx concebía todas las situaciones de consumo como productivas. La separación entre consumo productivo e individual respondería a la restricción del ámbito de la producción a la generación de nuevos objetos materiales. Haciendo extensiva la producción a todos los ámbitos de la vida social, Gassiot Ballbè (2001: 323) reformula y propone distinguir entre *consumo objetivo*, el cual es realizado por la fuerza de trabajo a través del trabajo y da como producto objetos/sujetos diferentes del consumidor; y *consumo subjetivo* que implicaría el consumo de medios de vida que efectúa la fuerza de trabajo y que da como producto la misma fuerza de trabajo reproducida o renovada:

El primer suposa la valorització d'objectes materials, nous o renovats, incloent en aquest aquells individus produïts per altres subjectes, com per exemple el de mitjans de producció i treball que reverteix en la cura d'una persona malalta o un infant, o en l'esmolament d'un ganivet. El segon suposa la valorització de la pròpia força de treball i té, com a unitat de mesura, la quantitat de mitjans de vida que es requereix per terme mig per restituir l'esforç derivat de cada jornada laboral (Gassiot Ballbè 2001: 324).

Aunque ambos procesos forman parte de los procesos productivos, el consumo subjetivo de un segmento de la sociedad puede ser, siguiendo a Marx, improductivo, al comportar una retirada de valor social de la producción, como es el caso de la burguesía en el sistema capitalista, pero también de otros colectivos en situaciones de explotación parcial o extendida (véase para lo segundo Castro Martínez et al. 2002).

5.1.1.4 La sociedad, una totalidad abstracta y concreta

La sociedad (la organización de relaciones que mujeres y hombres establecen para reproducirse produciendo) es a la vez una totalidad esencial, abstracta, y su negación dialéctica, una totalidad concreta.

El Grupo Oaxtepec de Arqueología social materialista-histórica ha propuesto una conceptualización según la cual se puede distinguir teóricamente el concepto de *formación social*, entendida como una unidad orgánica o totalidad dinámica conformada por un modo de producción¹⁶, las diversas actividades superestructurales institucionales y las formas de reflejo de la realidad (Bate 1989). Las relaciones entre estos niveles o dimensiones de la realidad son conceptualizadas desde una perspectiva materialista como de causalidad jerárquica (*ibid*: 15) aunque sería un error (no infrecuente) obviar que se configuran de diversas maneras en cada nivel de integridad, bajo el principio de diversidad y acción mutua (*ibid*: n. 6). Así, por un lado, el *modo de producción* y el *modo de reproducción* son las prácticas y relaciones sociales que integran lo que se ha denominado infraestructura de la sociedad o la base material del *ser social*. Respectivamente corresponderían a las relaciones sociales que organizan la reproducción económica de las condiciones materiales de la vida humana y las formas de su reproducción bio-social. Por otro lado, las instancias superestructurales comprenden dos esferas: la de la consciencia o *reflejo social* y la *institucionalidad*. En la realidad, a pesar de esta distinción analítica, base y superestructura, igual que el modo de producción y el modo de reproducción, «están necesariamente imbricadas entre sí» (Bate y Terrazas 2002: 13).

Con el concepto de *Modo de Vida* algunos autores se han referido a las «praxis específicas que adopta el modo de producción de una formación social en unas coordenadas espaciales y temporales concretas» (Veloz Maggiolo 1984; Vargas Arenas 1990; cf Estévez Escalera et al. 1998: n. 9) o a las particularidades de la formación social, «como "eslabones intermedios" entre el carácter esencial de la formación social y su manifestación fenoménica en la cultura» (Bate 1989: 19).

Al otro lado del Atlántico, Estévez Escalera et al. (1998: n. 9) debido a la ambigüedad de cómo se ha interpretado ese instrumento teórico de “Modo de producción” y su

¹⁶ El concepto de *Modo de Producción* se ha utilizado para referirse a la reproducción de la base material y de la vida social de una formación económico-social (Sanoja y Vargas 1978; Montané 1981; Bate 1986). Posteriormente se ha distinguido analíticamente entre un modo de producción y un modo de reproducción (ver Bate y Terrazas 2002).

intersección con el concepto idealista de “cultura”, han distinguido entre el concepto de *Modo de Producción* como «una particular articulación de las Relaciones sociales de producción y de reproducción determinada por una contradicción principal específica», y el sentido concreto de los *modelos de actuación socio-económica* o *estrategias organizativas* (Vila-Mitjà y Wünsch 1990; Wünsch 1992). De esta manera, la estrategia organizativa de una formación económico-social sería el conjunto de procesos de trabajo y reproducción articulado en el tiempo y espacio:

Esa estrategia organizativa no es aleatoria, sino que responde a una determinada organización de la relación entre las relaciones sociales de producción y las de reproducción [el modo de producción], y por lo tanto está ligada al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y a su relación con el medio ambiente (Estévez et al. 1998).

En otras palabras, una estrategia organizativa es la configuración particular o específica en el espacio y el tiempo de un determinado modo de producción, su expresión en una sociedad concreta.

Desde una perspectiva materialista histórica y feminista, la arqueología debe analizar la organización de las relaciones sociales inherentes y diferenciadoras de cada sociedad. Las estrategias organizativas que permiten la continuidad de la sociedad, asegurando la reproducción biológica y social, revelan un conjunto articulado de procesos de trabajo que dirigen la totalidad de actividades productivas y reproductivas (Terradas 2001; Estévez et al. 1998). En el seno de estas estrategias se erigen *sistemas normativos* con la finalidad de regular el funcionamiento social. Aunque producción y reproducción deben ser vistas como una totalidad, como una unidad de opuestos, alertándonos sobre el peligro de subdividir en exceso el proceso de producción de la vida social (Gassiot Ballbè 2001: 302) y caer en una concepción atomística de las relaciones sociales, no es menos cierto que las mujeres y los hombres se organizan para realizar todas las tareas de producción y reproducción en una determinada secuencia temporal y espacial (Estévez et al. 1998).

5.1.1.5 *El universo temporo-espacial y el espacio social*

Aunque no es posible profundizar en la reflexión teórica tanto como posiblemente sería necesario, y sobre todo agradable para el apetito intelectual, es importante llegados a este punto, y en vistas a los objetivos de este trabajo, detenerse en la discusión de un

concepto que ha tenido una prolongada elaboración filosófica pero que, al mismo tiempo, se presenta resbaladizo y “tramposo” teóricamente (al menos en las ciencias sociales), por polisémico, por *aparente* en el sentido común y en la experiencia individual fenoménica, como es el de “espacio”. En concreto, el concepto “espacio” desvinculado del concepto “tiempo”. Esta desvinculación, la abstracción del espacio, que se produce paradójicamente al aceptarlo tal y cómo se percibe, ha comportado que los argumentos y propuestas oscilen entre las categorías aristotélicas (y su recuperación kantiana) del espacio relativo al espacio absoluto, matemático de la razón cartesiana (Lefebvre 1974: 15-16). A finales de la década de 1960, y especialmente durante los años setenta, el “espacio” deja de ser concebido exclusivamente como un concepto geométrico, como un medio vacío, y se inicia una discusión sobre el “espacio”, entendido en tanto que “espacio geográfico” o “espacio social” (Lefebvre 1974: 15). Sin embargo, como ha sido señalado (Flores 2007a: 7), el péndulo siguió moviéndose hacia los extremos, oscilando entre el materialismo mecanicista de la “Geografía Tradicional” y el idealismo de la praxis de la “Geografía Radical”.

Se pueden destacar, en un primer momento de la discusión, tres aproximaciones fundamentales al concepto de “espacio social”¹⁷. En primer lugar, proveniente del campo de la sociología y de las posturas del marxismo estructuralista francés, la propuesta de Pierre Bourdieu del “espacio social” como un “espacio ideal”, un «campo abstracto humanamente construido de los eventos sociales» por medio del cual pretende posicionar los distintos agentes en un universo social constituido esencialmente por "relaciones simbólicas" de nominación y representación (Flores 2007a: 7; citando a N. Smith 2006: 71). Su análisis etnológico de la casa cabilia (bereber), interpretada como un «Microcosme organisé selon les mêmes oppositions et les mêmes homologues qui ordonnent tout l'univers» (Bourdieu 1972b: 51), y en especial su manera de aproximarse al papel de la mujer y su concepto de *habitus*¹⁸ han tenido un impacto

¹⁷ Aunque no se contemple aquí por el corte cronológico, cabe destacar la contribución pionera del sociólogo y filósofo francés Émile Durkheim, que ya en su tesis doctoral *De la division du travail social*, introduce el concepto de “espacio social” como una de los tres niveles que compondrían un modelo de sociedad, junto al “grupo social” y la “vida social” (Shimazu 1995).

¹⁸ A propósito del *habitus*, Bourdieu (2010: 73) dice que «The structures constitutive of a particular type of environment (e.g. the material conditions of existence characteristic of a class condition) produce *habitus*, systems of durable, transposable *dispositions*, structured structures predisposed to function as structuring structures, that is, as principles of the generation and structuring of practices and representations which can be objectively "regulated" and "regular" without in any way being the product of obedience to rules, objectively adapted to their goals without presupposing a conscious aiming at ends

considerable en la arqueología y etnoarqueología post-procesual de las décadas de 1980 y 1990 (p. ej. Donley 1982; Moore 1986; Yates 1991; Haakanson 2000) y en la denominada arqueología del *household* (véase Hendon 2006). Sin embargo, tanto desde la propia “Geografía Radical” (N. Smith 1990: 285) como desde una posición materialista histórica (Flores 2007a), se ha criticado que este concepto del espacio social es

un "espacio teórico abstracto" en el cual se observan "campos" independientes (económico, político, jurídico, artístico, etc.), o "relativamente independientes", en el que no se explica la articulación de los distintos campos dentro de la "estructura social", consecuencia de su desvinculación o supresión de las relaciones sociales de producción. Además, en ningún momento considera las relaciones que establecen los seres humanos con la naturaleza, ni como condición de existencia, pues excluye la base del ser social. Porque no entiende el espacio social como el desarrollo, en el más amplio de los sentidos, de la naturaleza humana y su impronta en el espacio- tiempo, y porque mantiene la dualidad entre el "espacio geográfico" (el "espacio real") y el "espacio social", sin señalar ni comprender la "relación entre ambos" (Flores 2007a: 7-8).

Frente a esta propuesta, hay que destacar la aportación fundamental en el ámbito anglosajón de la “Geografía Radical” de David Harvey (1979), Neil Smith (1990; 2006) y (en el mundo no anglosajón) de Milton Santos (1996; 2000). En general, los trabajos de la “Geografía Radical” beben tanto del marxismo, como de los planteamientos marxianos de la Escuela de Frankfurt y de otras corrientes de pensamiento críticas, como el anarquismo. A grandes rasgos, estos autores enfatizan el carácter dinámico y relativo a la actividad humana del “espacio” o “espacio geográfico”, en tanto que relaciones sociales objetivadas sobre el planeta, en tanto que producto social y, específicamente, de la incidencia de los procesos socioeconómicos que tienen lugar por la reproducción ampliada del capital. En este sentido, el concepto de “espacio social” de la “Geografía Radical” se asemeja al propuesto en su momento por Durkheim y se opone al de Bourdieu (Flores 2007a: 7-8). Asimismo, Harvey, que identifica dos niveles integradores de la relación entre el ser humano y el espacio, individual y de grupo, otorga una mayor importancia a la cultura en la conformación del espacio, observando «que se comparten las mismas imágenes, símbolos y sistemas de valores respecto al espacio, que se desarrollan maneras parecidas de comportamiento proxémico y de adoptar los significados del entorno, todo en base de una “imagen común” que proviene de normas de grupo» (Ardelean 2003: 25).

or an express mastery of the operations necessary to attain them and, being all this, collectively orchestrated without being the product of the orchestrating action of a conductor».

Pese a las diferencias, tanto Bourdieu como los autores de la “Geografía Radical” presentan argumentos y propuestas que se deslizan en el idealismo, y no necesariamente por el hecho de incidir en lo “simbólico” o lo “cultural”. Coincidiendo con la crítica emitida por Flores (2007a), estas concepciones del espacio social han tendido a mantener una dualidad entre la “sociedad” y el “espacio”:

mantiene una concepción abstracta, ideal, simbólica, subjetiva e inmaterial de la "sociedad" y "concreta", real, sensible, objetiva y "material" del "espacio". Concepción resultado de entender de una manera limitada la materialidad social, de lo real, de lo concreto, como físico sensible o perceptible, no como el "concepto del todo [social] ricamente articulado y comprendido” (Flores 2007a: 8).

Otras propuestas teóricas han partido de los argumentos engelsianos del *espacio-tiempo* como propiedad de la materia y de la *dialéctica de la naturaleza* (Flores 2007a: 6). Cabe destacar los trabajos durante la década de 1960 de la sociología urbana marxista, también del ámbito francés (aunque enfrentado al estructuralismo), de Henri Lefebvre (1974) y Manuel Castells (1980; 1983). Más recientemente, dos propuestas desde la arqueología social iberoamericana han abordado de manera diferente la cuestión del “espacio social” en el marco de la problemática arqueológica y antropológica de sociedades precapitalistas.

La primera de ellas proviene de Ciprian F. Ardelean (2003) que, desde una posición ontológica cercana a la de Castells, adopta su definición del espacio social como «una forma social o, también, como la organización social del espacio» (2003: 22; citando a Castells 1980). Si el espacio es una forma social, lo social, a su vez, se manifiesta a través de formas espaciales. Castells define la «producción de formas espaciales» como el conjunto de procesos que determinan la articulación concreta de elementos materiales sobre un espacio dado; o bien como la organización, respecto al espacio, de los individuos y grupos, de los medios de trabajo, de las funciones y actividades, etc. (1983: 63). Dicho de otro modo, el espacio social es equivalente a la “organización social del espacio” y a la “traducción espacial” de los distintos elementos que componen el sistema económico, el sistema político y el sistema ideológico. Esta interrelación e integración orgánica entre lo social y lo espacial se puede entender mejor cuando define los procesos que integran el modo de producción (la producción en sí) como “expresiones espaciales” de los componentes de las fuerzas productivas, es decir, de los medios de producción; mientras que el consumo sería la “expresión espacial” de la fuerza de trabajo (Castells 1980: 154).

Dado el desarrollo de la investigación arqueológica, es necesario tener en cuenta la observación de Castells sobre que «no hay teoría del espacio al margen de una teoría social general», es decir, «no existe teoría específica del espacio, sino simplemente despliegue y especificación de la teoría de la estructura social, de modo que permita explicar las características de una forma social particular, el espacio, y de su articulación con otras formas y procesos históricamente dados» (1980: 152). Ardelean refiere la siguiente cita como ilustración de la teoría espacial de Castells y, por consiguiente, de la suya propia:

(...) se corre el grave peligro de figurarse el espacio como una página en blanco sobre la que se inscribe la acción de los grupos y de las instituciones, sin encontrar otro obstáculo que la huella de las generaciones pasadas. Esto equivale a concebir la naturaleza como algo enteramente modelado por la cultura, mientras que toda la problemática social tiene su origen en la unión indisoluble de estos en dos términos, a través del proceso dialéctico mediante el cual una especie biológica particular (particular, puesto que está dividida en clases), el hombre [y la mujer], se transforma y transforma su medio ambiente en su lucha por la vida y por la apropiación diferencial del producto de su trabajo.

El espacio es un producto material en relación con otros elementos materiales, entre ellos los hombres [y las mujeres], los cuales contraen determinadas relaciones sociales, que dan al espacio (y a los otros elementos de la combinación) una forma, una función, una significación social (Castells 1980: 141; añadidos del presente autor entre corchetes).

Así pues, el espacio social no tiene que ser asumido como una abstracción, tampoco como un “lienzo” sobre el que se dibujan sombras de los procesos sociales (Ardelean 2003: 38). Asimismo, la relación existente entre lo social y lo espacial no es isomórfica, basada en un esquema simple causa-efecto de tipo bicondicional, respecto a lo cual Castells ha expuesto tres principios, a manera de conclusiones: no hay sistema cultural ligado a una forma dada de organización del espacio; la historia social de la humanidad no está determinada por el tipo de desarrollo de las colectividades territoriales; el medio ambiente espacial no está en la base de una especificidad de los comportamientos y de las representaciones (Castells 1980: 136; cf Ardelean 2003: 23).

La propuesta teórica de análisis del espacio social de Ardelean también tiene en cuenta las consideraciones de Bate (1998) sobre la totalidad de la sociedad y la concepción materialista del tiempo-espacio, al tiempo que toma prestado de Harvey (1979) la propuesta de definición de niveles integradores en la relación entre el ser humano y el espacio.

Ardelean (2003: 28) distingue cuantitativamente dos dimensiones físicas (la *dimensión físico-natural* y la *dimensión físico-producida* que respectivamente incluyen a todos los elementos del ambiente que no son modificados por acción antrópica y los resultados de ésta sobre la primera dimensión) y cualitativamente una *dimensión social* o *socio-económica*, referida al valor del espacio en el marco de la dinámica social y a la compatibilidad entre el espacio y la dinámica social. Además de estas dimensiones, Ardelean plantea el concepto de *extensión física*, entendido como el espacio que, cuantitativamente, necesita una sociedad y sus niveles analíticos internos para cumplir con sus funciones¹⁹. En este sentido, dicho autor (2003: 29-35) propone una jerarquía de niveles analíticos en el espacio social (espacio personal-particular-inscrito-adscrito) simétrica a la jerarquía de niveles socio-integrativos analíticos (individuo-productor-agente productivo-grupo social determinado²⁰). Estos niveles analíticos no tienen por qué ser un espacio físico, delimitable y medible²¹. Finalmente, los diferentes espacios adscritos se relacionarían y articularían para formar la unidad del espacio social, cuyos límites coinciden con los de la sociedad (*extensión física*). En definitiva, Ardelean ha definido el espacio social como una «totalidad sintética de segmentos jerarquizados y articulados respecto a su función en la dinámica de la sociedad» (2003: 26).

La segunda contribución teórica ha sido desarrollada por Alfredo Flores (2007a). A diferencia de la anterior, se desmarca explícitamente de las propuestas de la “Geografía Radical” y toma como punto de partida las aportaciones de Marx sobre el espacio-tiempo y la *dialéctica de la naturaleza* (Engels 1978), así como la obra de Lefebvre (1974). Para este autor, el concepto de espacio social «no es ni un mero producto físico de la relación del sujeto con el objeto, ni las relaciones abstractas del sujeto sin objeto, es más bien *la relación del sujeto con el objeto*» (énfasis añadido, Flores 2007a: 8). Por ello plantea la necesidad de «entender las relaciones reales entre el espacio (o espacio-

¹⁹ Como señala el propio autor, este concepto tiene un correspondiente en el estudio del registro arqueológico. Se trata de la *amplitud contextual*, que Bate (1998) define como «la magnitud del espacio continuo comprometido en el desarrollo de diversas actividades en un tiempo determinado». Ardelean considera este concepto, en cierta medida, como la «hipóstasis arqueológica de la extensión física del espacio social» (2003: 28).

²⁰ Ardelean se está refiriendo a lo que define de manera equivalente como *grupos sociales productivos* (GSP) o *grupos sociales determinados* (GSD), es decir, grupos socialmente significativos definibles básicamente a partir del criterio de la producción (2003: 14).

²¹ En el modo de producción capitalista, el agente productivo es el individuo, con lo que los niveles espaciales persona-particular-inscrito se superponen o incluso coinciden; pero en otros modos de producción el agente productivo o unidad mínima de producción podría involucrar a diferentes individuos productores, en cuyo caso el espacio inscrito sería el resultado de la articulación de diferentes espacios particulares, así como incluir los espacios personales de los individuos “pasivos” (como p. ej. niños; Ardelean 2003: 31-32).

tiempo) y la sociedad», eliminando las concepciones abstractas en que el “espacio” y la “sociedad” se presentan alienadas, a modo de dualidad. Esta dualidad caracteriza, como se ha podido ver, las propuestas de la geografía y la sociología, pero también, en mayor o menor medida, del resto de las ciencias sociales, incluida por supuesto la arqueología. Asimismo, Flores también critica las proposiciones que entienden el espacio social como la "proyección" o "concreción material" de las relaciones sociales, o como una dimensión de las mismas (2007a: 20). Por el contrario, el espacio social constituye la totalidad de las relaciones sociales que componen la sociedad: «la sociedad, en su totalidad, es el espacio (o, mejor dicho, parte del espacio) esgrimido como relación social. O, dicho de otro modo, la sociedad es el *espacio social*» (2007a: 6).

El espacio social es donde los seres humanos están en condiciones de desarrollarse como seres sociales (Flores 2007a: 12). En este sentido, el espacio social *contiene* la “sociedad concreta” porque comprende las formas socialmente aceptadas, y socialmente disponibles, en que se expresan las relaciones sociales entre los seres humanos en una sociedad determinada. El espacio social también *contiene* en un sentido más prosaico, en base a límites reales (dados los márgenes en que tiene lugar el desarrollo de sus fuerzas productivas) o límites impuestos socialmente (derivados de las relaciones sociales de producción, teórica y prácticamente podrían ser resueltos). En ambos casos se trata de límites sociales que están históricamente determinados según las condiciones generales de la formación social correspondiente (Flores 2007a: 13-14).

Como Ardelean, Flores parte de la posición materialista expresada por Bate (1998) en la que el tiempo y el espacio son propiedades objetivas de la materia, tanto como las leyes que rigen su desarrollo histórico. El espacio social, como el tiempo y el espacio *per se*, o mejor dicho la totalidad espacio-tiempo, existen en la realidad, como materialidad²². No. Pero a la vez el espacio-tiempo es subjetivo, es un espacio “relativo”, en tanto su aprehensión, apropiación, consumo y transformación social está compuesta de práctica humana, de una praxis determinada. Además, el espacio-tiempo es “relacional”, es decir, se produce, reproduce y transforma por las relaciones sociales que los seres humanos establecen entre sí y con la naturaleza. Así, espacio relativo (espacio-tiempo) y

²² No se puede olvidar que la Tierra en la que actúa la sociedad es una materialidad que existe independientemente de la presencia de las sociedades humanas. Por lo tanto, es una forma de análisis productivo considerar esta realidad como un producto de una transformación de una realidad pre-existente a su transformación en una secuencia continua no lineal.

espacio social no se corresponden absolutamente. Por un proceso contradictorio, el segundo es, en su dimensión, el primero, pero socializado, humanizado:

En el espacio social tiene lugar, como proceso histórico, lo mismo que en la naturaleza, la intrínseca y esencial vinculación del tiempo con el espacio, en tanto espacio-tiempo, pues uno es en tanto se hace en el otro. El tiempo se hace al desplegarse en el espacio, mientras el espacio se hace al desplazarse en el tiempo (Flores 2007a: 20).

Sin embargo, que el ser humano produzca el espacio y el tiempo *sociales*, no significa que el ser humano produzca el espacio-tiempo (véase Harvey 1996: 210, que se apoya en los postulados de Durkheim y Bourdieu, entre otros) o que el espacio es el resultado de la producción material (N. Smith 2006: 74-75). Significa que el ser humano produce las condiciones sociales de apropiación y transformación diferenciada históricamente determinada del espacio-tiempo: «Socialmente se produce el ritmo en que se estructura la dinámica de las relaciones sociales y la apropiación diferenciada del espacio-tiempo, por ello también se producen representaciones particulares sobre tales relaciones y sobre tal apropiación diferenciada del espacio-tiempo» (Flores 2007a: 24).

En su propuesta, Flores también proporciona un listado de elementos que constituyen el espacio social: el sujeto (individuos, grupos domésticos, grupos sociales y clases sociales); los medios e instrumentos de producción y los complejos artefactuales; el medio y el entorno construido; finalmente, los contenidos socialmente atribuidos (2007a: 25 y en adelante). Estos distintos elementos constituyen categorías de análisis del espacio social, aunque éste solo puede ser aprehendido en su unidad. Así, Flores advierte que estos elementos sólo constituyen el espacio social en tanto se encuentren en relación dialéctica en una totalidad, como sociedad concreta, y no aisladamente (como sucede en Santos 2000; cf Flores 2007a: 24). Aunque sin profundizar, resulta pertinente detenerse en dos de estos elementos.

Por un lado, el entorno construido es definido como trabajo objetivado históricamente incorporado al medio²³. En un momento dado, como consecuencia de su proceso de desarrollo, desencadenó un proceso de "emancipación" del medio, constituyéndose en el más importante ámbito del desarrollo social. El desarrollo, organización y/o distribución del entorno construido obedece a determinadas condiciones socioeconómicas históricamente determinadas, condiciones que, a su vez, tiende a reproducir y perpetuar

²³ En este sentido, medio y entorno construido son similares respectivamente a la dimensión físico-natural y a la físico-productiva de Ardelean (2003, ver más arriba).

en su nivel de existencia, como el resto de los elementos del espacio social, sin que exista necesariamente una absoluta correspondencia. No es, por tanto, la "forma espacial" o el "reflejo material" de la sociedad (Harvey 1979: 3-9; cf Flores 2007a: 43). El entorno construido, que presenta un desarrollo limitado hasta antes de las primeras sociedades de clase, no es ni más ni menos que una de las tantas formas en que los procesos sociales tienen lugar²⁴.

Por otro lado, es necesario detenerse en el elemento al que Flores se refiere como "contenidos socialmente atribuidos", es decir, creencias, ideas, representaciones, mitos, actitudes, sentimientos, conocimientos, etc. que configuran amplios sistemas de reproducción y reforzamiento social de las relaciones sociales que entablan entre sí y con la naturaleza (2007a: 48). Como señala este autor, tales contenidos son atribuidos socialmente a todos y cada uno de los distintos elementos del espacio social (incluyendo otros contenidos) en tanto condición necesaria para "explicar" el "lugar" de los individuos en el mundo. Sin embargo, los numerosos sistemas de representación conjugan lo percibido o vivido con lo concebido y lo imaginado. De tal modo que no existe necesariamente una correspondencia exacta entre las relaciones que crean en su práctica social y las representaciones producidas²⁵. En efecto, en la producción de determinadas representaciones sociales (p. ej. ideológicas, aunque no exclusivamente) ocurre un proceso de transposición o tergiversación de la realidad.

Este desfase entre la realidad y la representación de la misma ha podido observarse repetidamente durante la revisión de los materiales etnográficos relativos a la división sexual del trabajo y del espacio (capítulos 2 y 3). La observación de Grøn, puede servir a modo de ilustración:

One must distinguish between a person's formal social role and his/her real role in the group. According to my own observations, the more traditional of the Evenki in Siberia in their duktchars (tipi type of tents) and modern canvas tents maintain an organisational pattern where the kitchen storage area (Tjungal) is inside the entrance in the women's side of the dwelling. Thus the formal organisation of the dwelling-space clearly relates

²⁴ Desde otros presupuestos idealistas, Tim Ingold ha reparado en una idea similar: « In a statement that epitomises the building perspective, Amos Rapoport writes that 'the organisation of space cognitively precedes its material expression; settings and built environments are thought before they are built' (1994: 488). In the case of villagers, the environment is ready-built. In the case of nomadic pastoralists, it would seem, the environment, though thought, is never more than partially built. As for the hunter-gatherers, it appears that the building hardly gets started at all: indeed Rapoport refers to the camp sites of Aboriginal people of the Australian Central Desert as exemplars of the situation where the environment is thought but never built (...) they are supposed to inhabit a 'natural' rather than an 'artificial' environment» (Ingold 2000: 181).

²⁵

the women to food preparation. Meanwhile it is quite normal that women hunt – even big game – and in some families the wife is actually the family’s main hunter (Grøn 2003: 701).

En cualquier caso, es importante señalar el papel de estas “unidades de significación socialmente producidas” (la expresión es de Voloshinov, citado en Flores 2007a: 51) que estructuran y son estructuradas por las relaciones sociales. En el apartado anterior se ha hecho referencia a estas unidades como *normas sociales* (sensu Vila y Ruiz 2001; Vila y Estévez 2010), que es el término adoptado en este trabajo. El materialismo mecanicista ha tendido a concebir las denominadas “superestructuras” como simples epifenómenos de la “base” material, considerando estos aspectos como un apéndice que había que disipar para comprender las relaciones sociales entre los seres humanos. En el otro extremo, desde presupuestos idealistas, se han tomado estas representaciones, normas sociales o “unidades de significación socialmente producidas” como explicaciones (y no justificaciones) de la realidad observada (p. ej. en contexto de grupos cazadores-recolectores Saladin d’Anglure 1986; Grøn et al. 2002). Asimismo, los antedichos posicionamientos imposibilitan comprender «el proceso por medio del que las superestructuras inciden y transforman, a su vez, la base del ser social y con ello establecer y explicar los procesos de acción recíproca entre una y las otras» (Flores 2007a: 52).

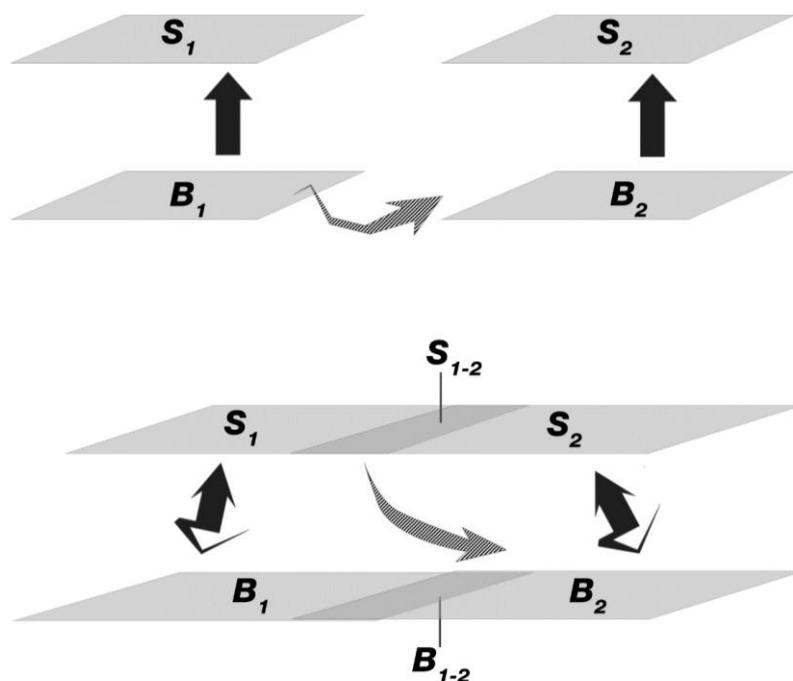


Figura 5.1. Esquema conceptual de la relación entre base (B) y superestructura (S) en el proceso de cambio histórico de la sociedad concreta 1 a 2: una conceptualización mecánica (arriba) y una dialéctica, según la “ley de desarrollo en espiral” o de la “negación de la negación” (abajo).

En definitiva, en las líneas precedentes se han presentado de manera resumida los principales argumentos y conceptos que han formado parte de la discusión sobre el espacio social desde posiciones marxistas (en un sentido amplio). Esta exposición ha permitido presentar, entre otros aspectos, la concepción materialista y dialéctica del espacio-tiempo y del espacio social, que coincide en lo fundamental con las consideraciones teóricas ya apuntadas desde el materialismo histórico y la arqueología paleomesolítica a lo largo del último cuarto del siglo XX (Estévez et al. 1984; Wünsch y Guillamón 1986; Wünsch 1989; Vila-Mitjà y Wünsch 1990; Wünsch 1992; Argelés et al. 1995). Sumado al resto de conceptos y planteamientos de la teoría sustantiva adoptada en este trabajo, ello permite proponer a continuación una teoría de la observación en arqueología coherentemente articulada.

5.1.2 Las teorías de la observación en arqueología

Binford (como Zajaruk) planteó, acertadamente, que «Los hechos observados del registro arqueológico son actuales y por si mismos no nos informan acerca del pasado» (1988: 23). Sin embargo, terminó planteando una oposición entre la vida social, dinámica, y un registro arqueológico, estático, que abortaba cualquier posibilidad de inferencia sobre la primera. Ello es importante porque le llevó a introducir en arqueología el concepto de «middle-range theory» o *teoría de alcance medio* (Binford 1977: 1-10), procedente de la sociología funcionalista²⁶, y aplicado a la observación directa de “conductas sociales” y sus correspondientes “conductas depositacionales” para poder entender así «cómo llegaron a existir esos materiales, cómo se han modificado y como adquirieron las características que vemos hoy» (1988: 23). Una vez observados y propuestos estos modelos etnoarqueológicos (actuales), el siguiente paso es su aplicación para interpretar la formación del registro arqueológico en base a un razonamiento analógico sustentado en la similitud de los propios datos (p. ej. raspador =

²⁶ En concreto, Binford lo adopta de Robert K. Merton, uno de los sociólogos funcionalistas más conocidos, el cual explica que «las teorías generales de los sistemas sociales (...) están demasiado lejanas de los tipos particulares de conducta, de organización y del cambio social para tomarlas en cuenta en lo que se observa y de las descripciones ordenadamente detalladas de particularidades que no están nada generalizadas. La teoría de alcance intermedio incluye abstracciones, por supuesto, pero están lo bastante cerca de los datos observados para incorporarlas en proposiciones que permitan la prueba empírica» (Merton 1980: 56, cf Bate 1992: n. 10).

raspador), del modo de asociación de éstos (i.e. patrones espaciales) o de una hipotética “base subsistencial”.

Al margen de lo problemático que puede resultar establecer analogías en base a un único criterio (p. ej. el consumo de una especie de animal) o a variables ecológicas que, respectivamente, pueden estar representadas o dar lugar a diferentes estrategias organizativas (Vila i Mitjà 2006); la aproximación binfordiana presenta un componente esencialista. En efecto, cuando Binford se refiere al registro arqueológico, estático, en realidad está describiendo *El* registro arqueológico (el del pasado). Lo que lo hace estático no es una relación particular entre éste y la “vida social” del pasado, diferente a la que pueda existir en el presente, sino el desconocimiento del contexto histórico-social en que aquél se formó. Frente a lo anterior, cabe destacar que:

- Los contextos arqueológicos no son estáticos, en el sentido de *fósil*, fijo, como ha puesto en evidencia una bien desarrollada investigación en los procesos post-depositacionales desde los trabajos pioneros de Schiffer (1972; 1978).
- Tanto en el pasado como en el presente, la relación entre actividad social y restos materiales es tal como para recuperar la primera a partir de la segunda (Gándara 1990).
- «Dado que la correspondencia determinada entre propiedades observables de materiales y contextos arqueológicos y las actividades y relaciones sociales inferibles no es biunívoca, se trata de determinar las diferentes *configuraciones alternativas* posibles a través de las cuales éstas se presentarían a la observación arqueológica» (énfasis en original, Bate 1992: 65).

Para el materialismo histórico, se trata, pues, de un problema ontológico. La teoría sustantiva, que se ocupa del objeto central de la investigación, es decir, de las características de los procesos histórico-sociales, está por encima de la infinita variedad de fenómenos que se presentan en la realidad concreta (Argelés et al. 1995: 505). La aproximación a los fenómenos requiere de la mediación de *teorías de la observación* (Gándara 1990) o *teorías mediadoras* (Bate 1993: 90), que sirven de puente «entre los fenómenos que corresponden al campo de lo sensible y contingente, y de las relaciones internas y esenciales que les dan origen, que no son perceptibles sensorialmente» (Argelés et al. 1995: 505). Teoría sustantiva y teoría de la observación deben

articularse coherentemente (Gándara 1990). La segunda, si bien debe tender a contener principios y procedimientos de valor universal, debe ser construida de acuerdo con la singularidad del campo fenoménico que estudia cada disciplina, a las formulaciones de base sustentadas en la teoría sustantiva a la que sirven, y a las categorías analíticas y enunciados empíricos que son relevantes a sus procesos gnoseológicos (Argelés et al. 1995: 505).

Por lo tanto, en la investigación arqueológica, estas teorías mediadoras o de la observación, a no confundir con las teorías de alcance medio (*sensu* Binford 1977: 1-10), deben explicar las conexiones objetivas entre la información empírica disponible y los datos observables (la historia de los contextos arqueológicos) y los objetos sustantivos de investigación (la historia de las sociedades), la cual posibilitaría la explicación de los fenómenos históricos estudiados. Bate (1993: 90-91) distingue tres problemas básicos a considerar: a) los *procesos de formación* de los contextos arqueológicos a partir de diversos contextos-momento; b) los *procesos de transformación* de los mismos, en que inciden diversos factores sociales y naturales; y c) las características de la *presentación* de materiales y contextos, como efecto de los referidos procesos.

5.1.2.1 Contextos arqueológicos y unidades "ideales"

Todo ello implica, en consecuencia, los procedimientos de recuperación, registro y análisis de los datos materiales y los contextos arqueológicos. Como ha sido señalado, «si los restos arqueológicos se asumen como restos de la actividad social» (Estévez y Vila, 1995: 20-21), el origen del trabajo empírico en arqueología es la identificación de la *unidad arqueológica socialmente significativa*. Así pues, el reto analítico consiste en detectar:

niveles discretos de relaciones (las frecuencias y la calidad de las interacciones entre humanos permiten establecer distintos niveles de agregaciones discontinuos) y de actividades sociales (las formaciones económico sociales tienen su tiempo y espacio discontinuos) (...) en la propia estructuración de los restos arqueológicos (Estévez et al. 1998: 19).

En definitiva, la aproximación arqueológica presentada en este trabajo pretende contrastar la hipótesis²⁷ de que a través del examen morfológico y estructural de los restos arqueológicos (regido por los principios básicos de superposición, asociación y

²⁷ Hipótesis formulada originalmente en Estévez et al. (1984) y desarrollada en Wunsch (1992).

de recurrencia), y de la descripción y análisis de estos mismos datos (en base fundamentalmente a los criterios de función, de producción, y de forma) es posible distinguir la ordenación en el tiempo y en el espacio de los procesos de trabajo (desde la producción hasta el consumo) implicados en el conjunto de estrategias organizativas que dirigen la dinámica de la producción y la reproducción social de una sociedad concreta. Es mediante este ordenamiento temporal y espacial de los datos arqueológicos, y en particular mediante la recurrencia de asociaciones de estos datos, que debería ser posible inferir alcances sociales.

5.1.2.2 *Espacio-tiempo, espacio y localización*

En el célebre trabajo que dio origen a la corriente denominada “arqueología espacial”, David L. Clarke (1977) propuso tres *niveles de agregación o resolución*: el nivel micro, el nivel semi-micro y el nivel macro. En las últimas décadas, tanto desde perspectivas procesuales como postprocesuales²⁸, se ha establecido una distinción genérica en la “arqueología espacial”, entre, por un lado, la escala *intra-site*, equiparable al nivel micro de Clarke y a los conceptos de *settlement* (asentamiento) o *site* (yacimiento); y, por otro lado, la escala *inter-site*, pudiéndose distinguir en este nivel el concepto de *landscape* (paisaje) que enfatiza el aspecto social, simbólico o experiencial / fenoménico, en contraste con una visión más economicista característica de conceptos como *site-catchment area* (de Higgs y Vita-Finzi 1972) o patrón de asentamiento (véase Brück y Goodman 1999).

Sin entrar en una discusión en profundidad de estos conceptos, cabe señalar que ambas escalas espaciales, como los niveles clarkianos, son “subsistemas de conveniencia” (Clarke 1977: 10; citado en Wünsch y Guillamón 1986: 52). Retomando la advertencia de Wünsch y Guillamón (1986: 52), y en razón de lo discutido previamente (§5.1.1.5), es necesario rechazar la supuesta arbitrariedad de los diferentes niveles de agregación e integrar dentro de una única óptica (una misma teoría general) los diferentes niveles de la realidad. Esta necesidad es igual de apremiante en la actualidad que entonces, dada la distancia técnica, metodológica y teórica que, en la práctica arqueológica, sigue separando los estudios que adoptan una escala *intra-site* o *inter-site*.

²⁸ Véase, entre otros muchos ejemplos, el reciente trabajo de Schmader y Graham (2015: 25-26) para la corriente procesual; y para las posturas postprocesuales la completa introducción al volumen editado por Brück y Goodman (1999).

Frente a los presupuestos idealistas que fundamentan la denominada “arqueología espacial”, la “arqueología del *household*” o, más en general, la concepción del espacio (y del tiempo) en la praxis arqueológica, se hace necesario apuntar dos consideraciones. La primera es sobre la variable “espacio” desarrollada en arqueología, que en realidad se refiere a un sistema de coordenadas en relación al cual se sitúa y se miden las localizaciones puntuales de los entes físicos en relación a un punto de origen arbitrario, situado aleatoriamente en cada yacimiento. Esta definición de espacio permite concluir que:

(...) no analizamos el espacio sino la localización y las relaciones de los objetos, agrupados en categorías de elementos dentro del marco espacial. La interpretación de este tipo de datos no se encuentra en el espacio sino en las categorías analíticas desarrolladas en relación a una teoría que las dote de significación, el énfasis se sitúa en el estudio de las relaciones de los objetos utilizando el espacio como un simple marco referencial (Wünsch y Guillamón 1986: 53-54).

De esta manera, en arqueología, el “análisis espacial” *sensu stricto* no estudia el espacio en tanto espacio-tiempo, que como se ha indicado anteriormente es relativo, homogéneo²⁹ y relacional, sino la *localización* de los objetos arqueológicos dentro de un sistema de coordenada relativo (Wünsch y Guillamón 1986; sobre el concepto de localización en arqueología véase Barceló 2002; Barceló y Maximiano 2012). Desde esta concepción einsteniana del espacio es posible afirmar que el análisis de la localización y las relaciones entre los entes físicos del universo espacio-tiempo es totalmente y perfectamente objetivable, cuantificable y, por tanto, matematizable (Guillamón y Wünsch 1986: 22). El problema es que, al centrarse en un único aspecto del universo temporo-espacial (la localización), acercamientos como los de la “arqueología espacial” provocan una descontextualización del análisis. Es más, el intento de descubrir un comportamiento o de formular unas leyes del comportamiento de los hallazgos arqueológicos no explica las causas de esta relación espacio-temporal, porque no tiene en cuenta que estos hallazgos no son productos naturales que se comportan según unas leyes propias, sino el de fruto de una realidad socio-económica concreta y, por tanto, sometidos a las leyes de comportamiento de las formaciones económico-sociales que las produjeron (Estévez et al. 1984: 647). En su lugar, hay que intentar integrar las diferentes categorías de elementos arqueológicos y los diferentes

²⁹ El espacio es homogéneo, al margen de que nosotros por necesidades de concreción lo midamos con diferentes escalas métricas y/o desde diferentes puntos de vista (Einstein, 1984; Einstein y Infeld, 1984; Weyl 1958; Hoffman, 1985).

aspectos de la realidad en un cuerpo teórico conjunto, dialéctico (Wünsch y Guillamón 1986: 54).

5.1.2.3 *Las subdivisiones del espacio social*

La segunda consideración, en consecuencia, se refiere a la descomposición analítica del espacio social o, mejor dicho, de la impronta objetivada (producida) del espacio social en el espacio- tiempo. La evidencia arqueológica se vuelve objetiva en el sentido de que existe independientemente de la actividad social arqueológica. Fuera de subdivisiones arbitrarias, es posible proponer distintos niveles de agregaciones discontinuos del espacio/actividad social (Estévez et al. 1984: 646), sin perder de vista la siguiente consideración:

La sociedad es una totalidad que existe como un sistema global de actividades, las cuales involucran un conjunto de espacios en diversas sucesiones temporales. El carácter unitario de la sociedad está dado porque —aun habiendo aspectos objetivos que permiten reconocer al carácter discreto de las dimensiones espacio-temporales de cada actividad— el movimiento de la totalidad está estructurado como una sucesión continua de manejos de espacios.

Esto implica que las diversas actividades desarrolladas por una sociedad comprenden un espacio total continuo, aunque el movimiento de la totalidad se dé como un uso diferencialmente discontinuo de segmentos de ese espacio (Bate 1998; citado en Ardelean 2003: 25).

Así pues, el estudio de las interrelaciones en el espacio social debe implicar un diálogo constante entre segregación e integración, entre análisis y síntesis, buscando los niveles jerárquicos de interacción de cada unidad analítica.

Siguiendo el esquema de investigación teórico-metodológica de Wünsch (1992), se puede plantear un proceso gradual lógico de incremento de la complejidad, partiendo de que el *objeto arqueológico* es la “unidad mínima operativa”³⁰, y de que el *patrón de asentamiento* se configura en teoría como «el reflejo de mayor alcance de un determinado modelo de actuación socio-económica, en tanto que resulta de la relación dialéctica entre las comunidades humanas y el medio³¹ ambiente, en el marco de la génesis dinámica del espacio social» (Wünsch 1992: 180).

³⁰ Puesto que, si no están interrelacionados en su contexto, los objetos arqueológicos, por ellos mismos, no pueden explicar nada exógeno a ellos (Estévez et al. 1984: 75).

³¹ Ese medio también es objetivo en el sentido que existiría igualmente si dejara de existir una sociedad que lo explotara en un momento dado.

Objeto arqueológico y patrón de asentamiento, unidad mínima y unidad máxima, han sido reconocidos e incorporados (a su propia manera) en el corpus teórico y en la práctica de las diferentes aproximaciones en arqueología. La situación es diferente respecto a las unidades analíticas internas a los lugares de ocupación o asentamientos³², que han sido objeto de un debate menor, aunque más abierto. En efecto, no es hasta la segunda mitad del siglo XX que algunos arqueólogos comenzaron a discutir sobre unidades superiores al objeto (Willey 1953; Winter 1972; K. C. Chang 1976; Flannery 1976). En el contexto de las sociedades precolombinas de Mesoamérica, y en concreto para el Valle de Oaxaca, Flannery y Winter (1976) propondrían los conceptos de *activity area* y *household cluster*, este último para referirse al conjunto de evidencias arqueológicas generadas por un grupo doméstico, diferenciándolo así del término *household* empleado en antropología en relación con el propio grupo doméstico (cf Jover-Maestre 2013).

El debate sobre el *activity area* o “área de actividad” tuvo su auge en el contexto de los trabajos etnoarqueológicos funcionalistas (véase Kent 1987) y, en consecuencia, ya ha sido discutido detalladamente en el capítulo 4. Baste recordar aquí que en los diferentes trabajos etnoarqueológicos del período 1970-1990 se percibió la inoperatividad de esta unidad analítica o de observación excepto en contextos particulares (p. ej. áreas de actividad especializadas). Ello no ha evitado, empero, la hegemonía de este concepto en la práctica arqueológica, a pesar de poderse incorporar a la extensa enumeración de conceptos *atrápalo-todo* y *explica-nada* en arqueología (expresión tomada de Lapi y Fernández 2008: 105 para la categoría género en arqueología).

El concepto de *household* requiere una consideración aparte, dada su extensión, sus presupuestos implícitos y las implicaciones arqueológicas que comporta. Whalen (1981), también en Oaxaca, esgrimió el término *household unit* para referirse a la “unidad doméstica”. Pero fue sobre todo a partir del trabajo de Wilk y Rathje (1982) que se introdujo el concepto *household* como unidad de análisis de la organización de las actividades sociales a microescala. Desde entonces hasta ahora, el uso del término

³² Puesto que escapa al marco espacial que ocupa al presente trabajo, centrado en el estudio de las relaciones internas de los asentamientos, no se entrará a debatir sobre las unidades analíticas superiores a este nivel, aunque su aprehensión es igualmente necesaria desde el punto de vista de la totalidad de las relaciones sociales.

household o “unidad doméstica” (Flores 2007b; Castro Martínez et al. 2013; Jover-Maestre 2013) se ha generalizado en arqueología. En consonancia, la denominada como *household archaeology* o arqueología de las unidades domésticas ha sido dotada de una considerable conceptualización teórica y proyección (p. ej. Hendon 1996; Allison 1999; para una extensa revisión de la formulación y aplicación de este concepto en la arqueología procesual y posprocesual, véase Souvatzi 2008; 2012).

El concepto de *household* también fue adoptado con entusiasmo por la arqueología anglo-americana feminista o de género (ver revisión en Bowser y Patton 2004; Hendon 2006). Según Tringham, el *household*, en tanto que unidad mínima de reproducción social, garantizaba la presencia de la mujer: «The “household scale of analysis” is the vehicle with which we may possibly make the invisible women of prehistory and their production visible» (1991: 101). Sin embargo, ya desde bien pronto se advirtió de que la visión restringida y atomizada de la unidad doméstica volvía a confinar a la mujer (o al “género” femenino) a un espacio doméstico en tanto que privado, en oposición al espacio público, confinamiento criticado por la antropología feminista (p. ej. M. Rosaldo y Lamphere 1974) desde hacía más de una década:

While a consideration of gender in household studies will unquestionably increase the archaeological visibility of women, paradoxically it will only contribute to a further reification of the link between women and home unless there is an accompanying awareness of women’s activities outside the domestic environment and of men’s activities within it (S. Lawrence 1999: 122).

Otro aspecto problemático del concepto de *household* es el de una asociación *a priori* de procesos de producción/consumo (“actividades domésticas”, cotidianas) y espacios particulares o sujetos sociales (Hendon 1996; Castro Martínez et al. 2013). También se ha señalado la asimilación acrítica entre unidad doméstica y espacio privado, la cual comporta determinadas preconcepciones implícitas. Por un lado, la idea de privacidad vinculada a intimidad, en la que cada individuo tiene su propio espacio, pero también a propiedad privada, como un valor supremo de libertad individual que se expresa en el espacio privado de la unidad doméstica (Castro Martínez et al. 2013: 95). El resto del espacio extra-doméstico, incluidos los lugares de trabajo especializado, es definido por oposición como “público”, sin tener en cuenta que éste puede corresponder a un espacio privado-apropiado (como paradójicamente sucede en la actualidad con p. ej. centros comerciales). Por otro lado, la noción de privado aplicado al espacio doméstico evoca el

sentido de la propiedad privada patriarcal, manteniendo la definición de un lugar de “patrimonio” (herencia) y “matrimonio” (unión conyugal) (*ibid.*).

Finalmente, también se ha remarcado la concepción de la unidad doméstica como unidad social homogénea (Hart 1992; Moore 1992; cf Pallarés 2000) y unidad analítica irreducible, equiparable a “familia” y ésta, tautológicamente, a la “casa” como estructura. Esto último ha conducido a una tendencia a sobrevalorar las características físicas de las formas arquitectónicas y sus significados simbólicos, relegando a posición marginal las actividades sociales que tienen lugar dentro y fuera de estas estructuras. Ello ha llevado a un interés en la arquitectura doméstica a partir de la década de 1990, con los objetivos de identificación de casas, cabañas y estructuras arquitectónicas en general (Kent 1990b; D. L. Lawrence y Low 1990; Blanton 1994; Steadman 1996; 2015a). Este aspecto ha limitado todavía más el interés por la investigación en contextos de cazadores-recolectores, puesto que es menos probable la preservación de estructuras análogas o, al menos, la construcción de éstas con materiales no perecederos. Así, la mayoría de trabajos toman como objeto de estudio asentamientos de la América latina precolombina (Bawden 1982; Hastorf 1991; Bermann y Estévez Castillo 1995; Hendon 1997; Sweely 1999; Robin 2003), de grupos prehistóricos o protohistóricos agrícolas de Norteamérica (Spector 1983; Vanderwarker y Detwiler 2002; C. S. Smith 2003; Williams-Shuker 2005; Heyman 2009; Kapches 2008; Creese 2012; Jordan 2014; Schmader y Graham 2015); de época clásica (Goldberg 1999; Nevett 1999), moderna (Gibb y King 1991) y contemporánea (Spencer-Wood 1999; Wall 2000; Kruczek-Aaron 2002; Wood 2002). En cuanto a la prehistoria europea, se ha centrado en cronologías del Neolítico europeo o posteriores (p. ej. entre otros Hodder 1984; Hingley 1990; Madella et al. 2013; Jover-Maestre y Torregrosa-Giménez 2017).

A pesar de la crítica a los presupuestos implícitos en la arqueología del *household*, la arqueología marxista, incluso desde posiciones materialistas históricas, ha manejado unidades de observación equivalentes (Manzanilla 1968; Flores 2007b; Castro Martínez et al. 2013; Jover-Maestre 2013). De este modo, por ejemplo, Flores (2007b; también Jover-Maestre 2013, que adopta la propuesta) considera únicamente dos unidades de observación fundamentales, las áreas de actividad y las unidades domésticas. Las primeras son concebidas como la manifestación empírica «de una o varias actividades, socialmente necesarias, simultáneas o sucesivas, que se realizan en un espacio definido, en asociación con los artefactos que participan en su realización así como con los

resultados de su acción, y reflejan el trabajo acumulado por la repetición de la misma» (Flores 2007b: 64; Jover-Maestre y Torregrosa-Giménez 2017: 136). La unidad doméstica, por su parte, constituiría «la manifestación empírica, en contexto arqueológico, del conjunto de actividades, temporal y espacialmente determinadas, practicadas de forma recurrente por todo grupo doméstico, y que son socialmente necesarias para la subsistencia y reproducción de sus miembros. Las formas culturales establecen las características de las actividades realizadas, así como el uso del espacio, aunque son numerosas las variables que pueden determinar su organización y distribución espacial» (*ibid.*).

Si bien es cierto que estos autores han tratado de articular dichas unidades analíticas con las principales categorías de su teoría sustantiva, dotándolas de contenido social e histórico, no es posible evitar arrastrar los problemas inherentes al uso de estas unidades. No se trata sólo de que el lenguaje sea político y de que ningún concepto teórico esté exento de un significado inmanente³³, dado su origen y formulación conceptual, que tarde o temprano acabará imponiéndose. Se trata sobre todo de su *operatividad* como unidad de observación del espacio social, entendido éste de manera dialéctica y con todas las consideraciones expuestas previamente. A modo de cierre, y como ha sido señalado:

The assimilation of the existing implicit social concept in the initial analytical category prevented to clearly draw up the material correlates from which household phenomena could be identified and assessed at an archaeological level. In this sense, this approach did not provide independent operative units to recognise the materiality of the practices developed in the space of habitat. Which are the distinct spatial features or which are the material markers of the “domestic” places, remained unknown under this framework; hence it is difficult to appraise the relevance of distinguishing these places from the rest of social space embedded in human practices (Briz i Godino et al. 2013: 25).

5.2 Propuesta de modelización de la organización del espacio social en asentamientos cazadores-pescadores-recolectores

Por todo lo expuesto, y en consonancia con la teoría sustantiva adoptada en este trabajo, se presenta a continuación una propuesta de modelización de la organización espacial, es decir, de la articulación interna del espacio social de un asentamiento enmarcado en

³³ No debe confundirse esta afirmación y, por tanto, contraponerse a la teoría de los significantes vacíos de Laclau y Mouffe centrada, precisamente, en el discurso político *sensu stricto* (y no en el discurso científico o teórico). En cualquier caso, no es éste el lugar (ni el autor) para revalidar o desautorizar dicha teoría.

una estrategia organizativa correspondiente al modo de producción cazador-pescador-recolector. El objetivo de esta modelización es que permita practicar una aproximación arqueológica a la organización social de estos grupos, en concreto a la división social-sexual del trabajo. Dicha propuesta toma como punto de partida la “hipótesis espacial” formulada por Estévez et al. (1984) y su definición de “unidades ideales” o unidades con contenido social significativo. Asimismo, esta modelización pretende ser una continuación de los planteamientos de Wunsch (1992) y de su propuesta metodológico-teórica de “análisis de las interrelaciones espaciales” (ANITES). No obstante, el modelo general planteado por este autor ha sido reformulado cuando se ha considerado conveniente en función del análisis de la información presentada previamente en este trabajo, fundamentalmente las conclusiones de la revisión de los datos etnoarqueológicos, así como en pos de una mayor coherencia en relación con los instrumentos conceptuales derivados de la teoría sustantiva.

5.2.1 Áreas internas de una unidad de ocupación

El marco de base es la **unidad de ocupación (UDO)** arqueológica entendida como el reflejo de una unidad organizativa de base, es decir, debe interpretarse en términos de *unidad social significativa* representativa de un modelo de actuación socio-económica o estrategia organizativa. Las UDO configuran **patrones de interrelación espacial (PIE)** que, conceptualmente, deben ser considerados la expresión, en términos de articulación espacial, de determinados segmentos de las estrategias organizativas. Instrumentalmente, los PIE se configuran como modelizaciones que sintetizan la delimitación y localización de las diferentes áreas internas articuladas en el marco de las UDO.

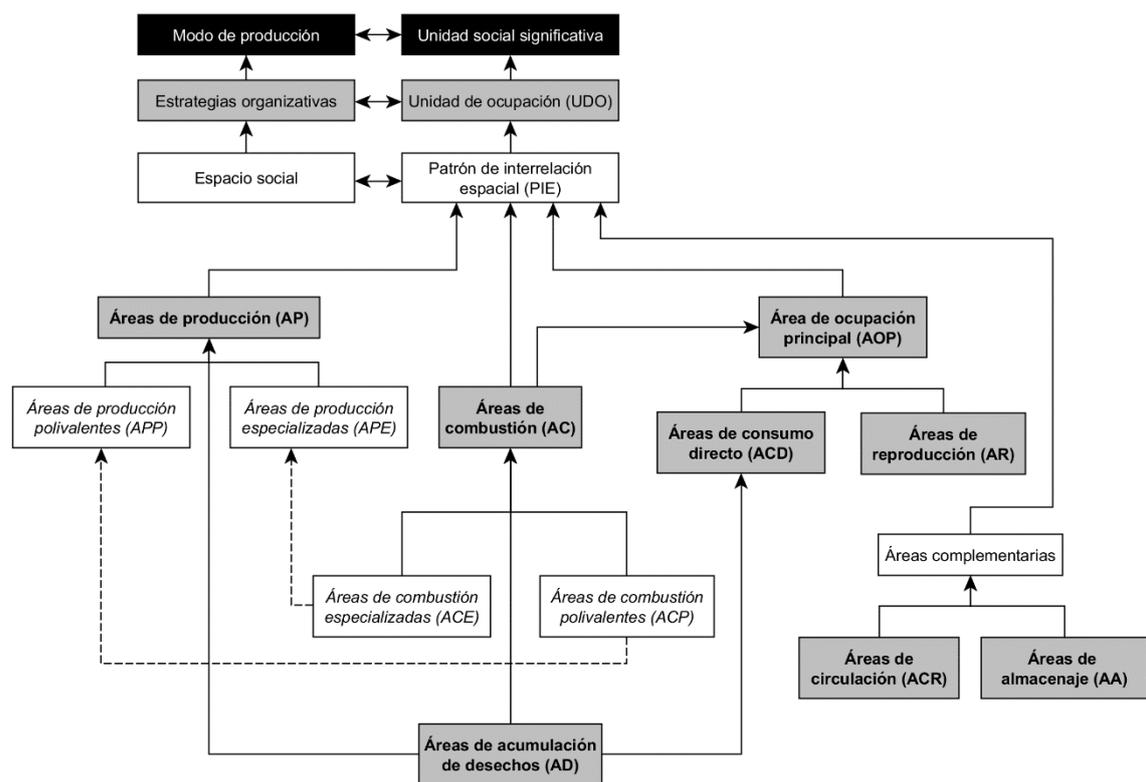


Figura 5.2 Modelización básica de las áreas internas de una UDO y su relación con las categorías histórico-sustantivas. Las flechas indican la dirección de la inferencia, de abajo a arriba, es decir, partiendo de las unidades de observación socialmente significativas (y sus elementos arqueológicos, no incluidos en este esquema) hacia las cuestiones de índole social e histórica.

La Figura 5.2 muestra las áreas internas definidas en el marco de una UDO, así como una propuesta de modelización de las relaciones entre éstas, a modo de hipótesis general. Cabe considerar que las estrategias organizativas de una sociedad concreta determinan los patrones de interrelación espacial (PIE) y, por tanto, la articulación de las diferentes áreas internas de una UDO. Pero las estrategias organizativas también regulan los niveles de autonomía entre las diferentes unidades sociales, es decir, la interacción entre dos o más unidades de ocupación (p. ej. en estrategias organizativas de carácter comunitario). Todo ello comporta que, aunque la propuesta de áreas internas o unidades socialmente significativas del espacio social pueden integrarse en un modelo general, las relaciones entre estas áreas internas sólo pueden ser concretas, correspondiendo a estrategias organizativas concretas, históricas.

El **área de ocupación principal (AOP)** se puede considerar como el módulo espacial a partir del cual se organiza la articulación de las restantes áreas internas³⁴. El AOP puede haber sido un área cubierta (total o parcialmente) o descubierta. En el primer caso, la

³⁴ Cabe recordar que se utiliza el término *interno* en tanto que está contenido en la unidad de ocupación (UDO), no en relación a la definición de un supuesto espacio interior/externo, como se hace evidente a continuación.

delimitación del AOP puede verse favorecida en el caso de contar con la presencia de asociaciones de elementos constructivos o de sustentación que indiquen su perímetro externo. La definición mínima de una AOP está formada por una o más áreas de consumo directo (ACD), de reproducción (AR), de combustión (AC) y de circulación (ACR).

Las **áreas consumo directo (ACD)** se relacionan exclusivamente con la ingestión de alimentos. A menudo resulta difícil la diferenciación más específica entre un área de preparación alimentaria y un área de consumo alimentario, pudiendo solaparse en el espacio (pero no en el tiempo). Las **áreas de reproducción (AR)** corresponderían a las áreas internas donde los diferentes individuos (hombres y mujeres) que ocupan la UDO descansan y se reproducen. Hace falta matizar que la ingesta de alimentos es, por supuesto, una actividad reproductiva fundamental. No obstante, la distinción se hace necesaria en base a una diferencia cuantitativa y cualitativa fundamental en lo que respecta a los procesos de producción involucrados y, por tanto, a los elementos arqueológicos que las objetivan. En este sentido, las áreas desprovistas de restos materiales, o en proporciones ínfimas, pueden reflejar una parte considerable del área de ocupación principal (AOP) o de otras áreas internas básicas. Se distinguen también de las **áreas de circulación (ACR)**, espacios libres necesarios para facilitar el movimiento de los ocupantes. Estas áreas visualmente “vacías” son por el momento difíciles de caracterizar analíticamente, aunque etnoarqueológicamente se ha podido relacionar la frecuentación de un área con la presencia de marcas de pisoteo y roturas, provocando de manera diferencial el hundimiento en el suelo arqueológico de pequeños fragmentos (en torno a los 5 cm) o la dispersión y arrinconamiento de restos de dimensiones mayores (capítulo 4).

El AOP suele estar asociado a una o más **áreas de combustión (AC)**. Estas áreas internas hacen referencia a la localización de una combustión con finalidad utilitaria. Son el resultado del aprovechamiento de la energía térmica para transformar la materia prima mediante procesos de producción, sin olvidar su potencial obvio como medio de producción de luz y calor. Se distingue entre **áreas de combustión polivalentes (ACP)** y **áreas de combustión especializadas (ACE)**. Las AC vendrán indicadas por asociaciones significativas de elementos de combustión (restos termoalterados, sedimento termoalterado, residuos de combustión como las cenizas y los carbones) bien delimitadas y fácilmente distinguibles.

Aunque la modelización propuesta parece establecer una diferencia mayor entre el área de ocupación principal (AOP) y las áreas de producción (AP), ello no tiene por qué ser así. En las **áreas de producción (AP)** se cumple cualquier proceso de trabajo individualizado, a excepción de la reproducción. Estas áreas pueden estar dentro de la AOP, en su periferia inmediata o en los lindes de la UDO. Se puede partir de una distinción entre áreas de producción polivalentes (APP) y áreas de producción especializadas (APE). Aunque por motivos prácticos se haya optado por su versión abreviada, en realidad se trata de áreas de producción y consumo indirecto. Así, por ej., uno de los elementos diagnósticos será precisamente el consumo de instrumentos en tanto que medios de producción de otros bienes materiales.

En el caso de las áreas de producción (AP) y las áreas de combustión (AC), la distinción entre áreas polivalentes y especializadas se debe entender como una categorización analítica preliminar que puede permitir evaluar adscripciones funcionales de especificidad variable. Su alcance real, en términos funcionales estrictos, dependerá del potencial informativo de las categorías analíticas procesadas como criterios discriminantes. En el caso de las áreas de producción, el solapamiento de diferentes procesos de trabajo que genera las APP, o la tendencia a la ubicación diferencial de ciertos procesos específicos que configura las APE, son dos estrategias diferenciables que originan tipos más o menos divergentes de PIE, aunque no necesariamente excluyentes. Ambas se ven condicionadas en grado variable por otros factores operativos de menor escala, entre los cuales podemos destacar:

- La gestión del mantenimiento periódico (limpieza y/o remodelación) de un área interna para asegurar su operatividad. El ritmo de mantenimiento vendrá influido por la superficie disponible, la intensidad del trabajo, por el volumen de residuos y desechos generados, y por el uso intensivo o regular de esta área interna dentro de un estadio de ocupación de larga duración.
- La ubicación diferencial (más o menos periférica) de ciertas áreas de trabajo como resultado de:
 - o la gran proporción de residuos que generan ciertos procesos de trabajo (organización del espacio).

- la necesidad de disponer de una superficie de trabajo extensa de determinados procesos de trabajo (medio de producción).
- La interconexión con áreas de combustión (AC) para la utilización de la energía térmica como elemento transformador de las propiedades de diversas materias (medio de producción).

Por su parte, las **áreas de acumulación de desechos** (AD) están relacionadas con la organización del espacio ocupado y se originan a partir del acondicionamiento y/o limpieza periódica del resto de áreas internas para mantener su operatividad, por lo que tendrán una configuración variable pero tendente a la heterogeneidad. Pueden o no estar ubicadas en la periferia de la superficie ocupada.

Finalmente, hay que considerar las **áreas de almacenaje** (AA), definidas como áreas dedicadas al aprovisionamiento y a la distribución, incluidas en la modelización en tanto que áreas complementarias. Estas AA se caracterizarían analíticamente por áreas con elementos arqueológicos particulares y homogéneos, sin indicadores de procesos de producción. Desde el punto de vista de la localización, pueden encontrarse en los márgenes internos de una AOP, pero también en otra localización del asentamiento. Asimismo, pueden o no estar asociadas a estructuras físicas de almacenaje.

Antes de proceder a exponer las herramientas analíticas con las que se pretende discriminar y establecer las relaciones entre las áreas internas de una unidad de ocupación, hace falta exponer algunas consideraciones generales. En primer lugar, señalar que la presente aproximación incide primeramente en el estudio de las relaciones internas establecidas en los lugares de ocupación o asentamientos. La UDO tiene un marcado carácter económico, *cotidiano*, en el sentido de que se ocupa de la de producción y reproducción de las condiciones de vida. Otros tipos de unidades socio-ideológicas pueden ser aisladas (políticas, religiosas o lúdicas). Sin embargo, hay que tener en cuenta que no se puede plantear una oposición, al menos *a priori*, entre económico-cotidiano y socio-ideológico, de la misma manera que no se puede asimilar este último factor a elementos políticos o religiosos (“rituales” o “ceremoniales”, que se diría). Partimos del presupuesto de que el espacio social cotidiano es también una unidad socio-ideológica (Vila et al. 2004; Mansur et al. 2007) y, por tanto, contiene una importante información sobre la organización social e ideológica (léase también institucional-normativo en sentido amplio). Como ya ha sido propuesto, en el centro de

las estrategias organizativas se erigen sistemas normativos, normas sociales que regulan los procesos de producción y consumo. Así pues, el objetivo es el aislamiento de rasgos sociales recurrentes característicos de las diversas estrategias organizativas, dejando de lado las especificidades de las “pautas de comportamiento particulares” (propias de una perspectiva conductual).

En segundo lugar, señalar que, a pesar del aislamiento analítico de estas áreas internas, es esperable una tendencia al solapamiento entre éstas. Esta tendencia debería ser más o menos marcada en función de la dinámica socio-económica del asentamiento. Para obtener un esquema preliminar sobre la dinámica de ocupación del asentamiento un primer criterio es la evaluación del grado de alteración postdeposicional. A otro nivel, debe evaluarse la mayor o menor incidencia de diversos factores socio-económicos globales (aspectos logísticos), que deberían jerarquizarse en función de su impacto:

- 1) el grado de estacionalidad del ciclo productivo y las diferencias ambientales estacionales que inciden en el mayor o menor número de actividades que se pueden realizar al aire libre;
- 2) la duración (relativa) de la ocupación
- 3) la eventual reocupación periódica del asentamiento determinada por el grado de movilidad de las estrategias organizativas.
- 4) la relación entre el número de ocupantes y la superficie disponible.

La obtención de esta dinámica permitirá, una vez identificadas las áreas internas y analizados los patrones de interrelaciones espaciales, verificar la hipótesis de una especialización del espacio ocupado, incluyendo la tendencia propuesta a la “especialización progresiva” del espacio ocupado (tal y como planteó Binford 1978a; 1983; véase capítulo 4). De verificarse se deberá valorar si la ubicación diferencial responde a una especialización de los procesos de trabajo y su mayor o menor incidencia dentro de las relaciones sociales de producción, como factor indicador de la existencia de una división social/sexual del trabajo.

Finalmente, hace falta una breve reflexión sobre el uso de analogías procedentes de contextos etnográficos o etnoarqueológicos. Como ha formulado elocuentemente

Gándara (1990: 51) la analogía etnográfica³⁵ es constitutiva de la teoría arqueológica, siempre y cuando se plantee en tanto que hipótesis y en relación a los principios involucrados en el primer tipo de operación (la teoría de la observación). Mientras que la historicidad de las leyes a las que llamamos a intervenir en la explicación sustantiva es más susceptible de tener rangos históricos más restringidos, los principios de la teoría de la observación bien pueden ser de carácter transhistórico, o al menos estar representados, empíricamente, en un rango histórico más amplio (*ibíd*).

5.2.2 Modelo general de una secuencia de producción y consumo

En el modelo de organización del espacio social propuesto la determinación funcional de las áreas internas proviene del análisis de las interrelaciones espaciales (asociaciones y recurrencias) de elementos arqueológicos generados por uno o más procesos de producción y/o consumo. Es, por lo tanto, imprescindible conceder una atención prioritaria a la profundización en la búsqueda de categorías relevantes y procesables, reflexionando sobre el funcionamiento operativo de estos procesos y la dinámica de las actividades productivas.

Los seres humanos necesitan, para su subsistencia y reproducción, obtener una serie de bienes materiales que usan y consumen. El conjunto de las etapas o fases necesarias e imprescindibles para la obtención de estos bienes materiales constituye un proceso de producción y consumo, es decir, un **proceso de trabajo** (Barceló et al. 2006). No obstante, y en coherencia con lo defendido al inicio de este capítulo, centrarse en los bienes materiales no debe significar perder de vista la dimensión global los procesos de producción y reproducción de la vida social. Si no se tienen en cuenta, cualquier análisis de la organización social de una sociedad concreta sería incompleto (Estévez et al. 1998).

Por lo tanto, el punto de partida son los bienes materiales, así como el presupuesto según el cual las actividades productivas incluyen un encadenamiento lógico de diversos procesos de producción y consumo. En efecto, los procesos de producción y consumo de bienes materiales tienen un carácter estratégico, pues se establece socialmente un objetivo, la consecución de un fin. Este carácter estratégico permite segmentar dichos procesos en una serie de secuencias que van desde la apropiación

³⁵ Entendiendo por analogía etnográfica, para empezar, las analogías originadas en la propia experiencia de la persona investigadora (por consiguiente, en la sociedad actual).

social de un recurso natural hasta su consumo. Estas secuencias están ordenadas en el tiempo (finalizando en el consumo, que a su vez es el inicio de un nuevo ciclo de producción) y se propone que tienen también una ordenación espacial. Sin embargo, cabe remarcar que este encadenamiento no sigue obligadamente una secuencia temporal y/o espacial estricta, es decir, no se puede asumir *a priori* que todas las secuencias de un proceso de trabajo se realizan necesariamente dentro de la misma área de trabajo o incluso dentro de un mismo asentamiento.

Esta ordenación espacial y temporal vendrá determinada por criterios de función (definido por la causalidad económico-social), por criterios de producción (en base a los procesos de trabajo y los factores implicados) y de forma (en la que participan elementos ideológico-normativos). La relación dialéctica entre estos criterios variará en función de las estrategias organizativas particulares y, por tanto, deberá ser identificada en cada sociedad concreta. Como hipótesis de partida se puede plantear que a medida que se avanza en la secuencia de producción-consumo de los bienes materiales el criterio de función perderá peso en detrimento del criterio de producción y finalmente de forma. Estas consideraciones deben guiar el análisis del contenido (función, producción y forma) y de las interrelaciones espaciales (organización del espacio social).

Estos procesos de obtención de bienes materiales comienzan por la búsqueda de materias brutas (recursos que se obtienen del medio), la aplicación sobre ellas de una determinada fuerza de trabajo para obtener materias primas, instrumentos y medios de trabajo que permitan seguir explotando los recursos para la producción de bienes aptos para su uso y consumo (Estévez et al., 1998). Puesto que la obtención de materias primas es el primer paso en la producción de esos bienes materiales, sería coherente organizar el análisis a partir de las estrategias de gestión de los diferentes recursos naturales.

Tabla 5.1. Correspondencia entre el objeto de trabajo y la secuencia de trabajo del modelo general de producción y consumo.

Materia	Trabajo
Recurso	Socialización
Materia bruta	Obtención
Materia prima obtenida	Extracción
Materia prima extraída	Elaboración
Materia primera elaborada	Transformación final

Complemento	Ensamblado
Bien de consumo directo o indirecto	Consumo
Bien de consumo revalorizado	Mantenimiento

En base a todo lo dicho y a las categorías que se han planteado en trabajos anteriores (Barceló et al. 2006), se ha modelizado una secuencia de obtención y transformación de recursos naturales, teniendo en cuenta la integración de éstos en otros procesos de producción... y así hasta la distribución y consumo. Durante la misma los productos pasarán por determinadas categorizaciones, aunque no necesariamente por todas (Tabla 5.1). El estado de la materia en cada una de las secuencias es producto de un trabajo concreto anterior, es decir, que cada secuencia comporta la *negación* del estado de la materia anterior³⁶. Sólo hay una excepción a esta regla, la primera secuencia o socialización, que hace referencia a los conocimientos y la información que circula, en cuanto que experiencia acumulada, en una sociedad o entre uno de sus segmentos sociales. En este sentido, puede interpretarse (Gassiot Ballbè 2001) como un acto reproductivo, más que productivo, ya que hace referencia al reconocimiento de las condiciones materiales objetivas como prerrequisito de la generación de nuevas condiciones. En cualquier caso, se definen a continuación cada una de las secuencias (y el estado de la materia correspondiente) de este modelo general de proceso de producción y consumo de un bien material:

1. **Socialización:** se trata de la conversión del recurso en materia bruta mediante un trabajo de reconocimiento. La Naturaleza proporciona distintos **recursos** que pueden ser sometidos a transformaciones por parte de la fuerza de trabajo con el objetivo de obtener unos bienes determinados. Los recursos constituyen la materialidad (mineral, vegetal y animal) existente en la Naturaleza, una vez que ha mediado un proceso de reconocimiento o *selección social* al ser considerados útiles para obtener bienes con determinado valor de uso. Aunque toda materialidad natural es un recurso potencial, la naturaleza es cognoscible según el desarrollo históricamente determinado de sus fuerzas productivas y de sus relaciones sociales correspondientes. Por tanto, sólo aquellas materias reconocidas y seleccionadas por una sociedad determinada que dispone de la

³⁶ «La superación "niega" [...] no en el sentido lógico del verbo negar, sino asumiéndola, tomándola y elevándola a un nivel superior. [...] Es una negación dialéctica" (Lefebvre 1974: 35).

tecnología para su aprovechamiento pasan a convertirse en recurso natural/materia bruta.

2. **Obtención:** El trabajo de obtención reúne los trabajos de localización de materias brutas, de selección, recolección inicial y traslado. La **materia bruta** es la que proviene directamente de la Naturaleza y es *individualizada e incorporada* a una dinámica socioeconómica. Cabe tener en cuenta que una misma materia prima puede obtenerse por medio de trabajos diferentes.
3. **Extracción:** toda materia bruta (mineral, vegetal o animal) que, sin haber sido elaborada o modificada en su forma o cualidad, tiene un trabajo de obtención acumulado (caza, recolección, transporte) es denominada **materia prima**. Las materias primas son sometidas nuevamente a un trabajo de *extracción*, proporcionando bienes consumibles y/o materias primas extraíbles. Algunos ejemplos de este tipo de trabajo son la evisceración, despellejamiento, troceado, etc.
4. **Elaboración:** materia prima modificada mediante la extracción transformada otra vez con el fin de obtener bienes: bienes instrumentales, útiles o componentes de nuevos bienes. Comporta trabajo de formatización (cambio de forma), cambio de cantidad (cortar, segmentar...), cambio de cualidad (cambio de propiedades físicas: pirotecnología, provocación de reacciones químicas).
5. **Formatización secundaria / transformación final:** materia prima modificada mediante la extracción transformada otra vez con el fin de obtener bienes (bienes instrumentales, útiles o componentes de nuevos bienes). Transformación para el consumo. En esta secuencia la dimensión ideológica (ideosocial) tiene mucho más peso que en las etapas previas, las cuales responden más a criterios de función y de producción.
6. **Ensamblado:** cambio de contexto. Ensamblado de componentes por superposición, inserción, yuxtaposición. Hay algunos bienes para los cuales se necesitan productos procedentes de distintos trabajos de transformación sobre diferentes tipos de materias primas.
7. **Consumo:** se consume el valor de uso contenido en un **producto**, es decir, en un bien de consumo directo/indirecto. Se trata de materia bruta que ha sido

transformada (obtenida, extraída, elaborada y/o ensamblada) mediante uno o varios procesos de trabajo y que es apta para su consumo. Ejemplo: parte procesada y cocinada de un animal; un instrumento, siempre y cuando pueda cumplir su función prevista (en caso negativo, ver rechazo).

8. **Mantenimiento o revalorización:** trabajo de reelaboración. La producción de mantenimiento alarga en el tiempo el valor de uso de los objetos de trabajo (p. ej. afilando un cuchillo y permitiendo su incorporación futura en nuevos procesos de trabajo).

5.2.3 Los elementos arqueológicos: residuos y desechos

El modelo previamente presentado parte del presupuesto de que los diferentes procesos de producción y consumo realizados dentro de una unidad de ocupación dan lugar a evidencias directas o indirectas, a interrelaciones espaciales distinguibles analíticamente mediante la aplicación de una metodología instrumental adecuada. En efecto, como consecuencia de la obtención de los bienes buscados (*el* producto), se derivan además serie de productos que pueden definirse como **subproductos**: productos secundarios que se obtiene además del principal en un proceso de trabajo. Es posible distinguir dos tipos:

- los **residuos**, entendidos como materia inservible que es resultado inevitable de la realización de un proceso de producción (transformación de una materia prima, *residuo de producción*) o del consumo/uso de un producto (*residuo de consumo*). También se puede diferenciar según su ontología en residuos físicos (p. ej. microlascas, fragmentos de lascas y láminas, virutas de hueso, astillas de hueso...) y residuos químicos (p. ej. en el sedimento o en las partes activas de los instrumentos).
- los **desechos** implican una cierta “conceptualización” antrópica. Así, pueden ser definidos como parte, porción o totalidad de una materia prima de la que se prescinde voluntariamente por no tener utilidad o ser considerada defectuosa (i. e. no apta para su función prevista) durante el proceso de producción y consumo, siendo excluidas de ese proceso de producción/consumo. A modo ilustrativo, se

trata de restos óseos de consumo o de descuartizamiento, instrumentos no funcionales, instrumentos desechados después de ser utilizados, etc. Es importante tener en cuenta que los desechos pueden ser recuperados para su reutilización con una función diferente a la original (p. ej. una preforma para punta de flecha fracturada durante el proceso de formatización, usada posteriormente como raspador; partes anatómicas no procesadas de un animal; núcleo lítico agotado...).

En base a esto se propone un análisis cuantitativo y cualitativo de estos sub-productos, enmarcadas dentro del modelo general de secuencias de producción y consumo dentro de unas estrategias organizativas históricas, buscando:

1. **Concentraciones significativas** de cualquier tipo de residuos o desechos.
2. **Asociaciones significativas de elementos diagnósticos**, entendiendo estos últimos como todas aquellas variables o categorías discriminantes que nos permiten el reconocimiento analítico de determinados procesos de trabajo o actividades.

Es importante tener en cuenta que el segmento de la realidad evidenciado en un conjunto de elementos arqueológicos no se puede deducir mecánicamente a partir de la cuantificación de las unidades (primer método), ni tan solo de la cualificación (segundo método). La cuestión es proceder mediante la jerarquización (sensu Estévez et al. 1984: 647) de estos conjuntos de elementos arqueológicos. Sin embargo, el objetivo de esta esta jerarquización no es buscar estructuras, ni patrones espaciales sino “interrelaciones espaciales de los elementos arqueológicos”, es decir, de las diferentes categorías seleccionadas. Ello es así porque la estructuración espacial de los elementos no explica necesariamente la función a la que responden las diferentes áreas internas, para ello hay que vincular el conjunto de elementos arqueológico a su función.

Respeto a la función, cabe recuperar aquí la máxima de los estudios etnoarqueológicos del siglo pasado: que los subproductos de una actividad indican el lugar de depositación en el presente (de su excavación), habida cuenta de los procesos post-depositacionales antrópicos y naturales. El lugar de depositación puede seguir siendo *a pesar de todo* el lugar primario de descarte. Esta posibilidad depende de diferentes criterios, como las propiedades físicas del resto (p. ej. el tamaño: véase capítulo 4); la dinámica de

ocupación; vinculada a la anterior, la organización del espacio social y la intensidad del trabajo de mantenimiento del mismo; y, por supuesto, la alteración provocada por procesos post-depositacionales (sensu Michael B. Schiffer 1972; Michael B. Schiffer 1978; Michael Brian Schiffer 1990). Asimismo, como ya se ha señalado, los subproductos (especialmente los desechos) resultantes de una secuencia cualquiera de producción o consumo pueden ser re-conceptualizados, reciclados y pasar a convertirse en materia prima en un proceso sucesivo.

La segunda consideración es la diferencia entre restos arqueológicos, y elementos o indicadores arqueológicos. Las dificultades de conservación de las materias orgánicas condicionan el análisis arqueológico a la hora de delimitar y adscribir funcionalmente las áreas internas, lo que ha comportado que tradicionalmente el análisis de los yacimientos paleomesolíticos se haya basado en su práctica totalidad en las asociaciones significativas de restos líticos y, en concreto, en la atribución funcional a partir de morfologías de restos líticos.

Consciente de estas limitaciones, en las últimas décadas un sector importante de la investigación arqueológica se ha enfocado en el desarrollo de técnicas y métodos de análisis de nuevas categorías de evidencia arqueológica, como pueden ser el análisis de huellas de uso, de micro- y macro-residuos orgánicos, etc... El propio sedimento ha pasado a percibirse como un elemento arqueológico más a analizar mediante técnicas micromorfológicas o químicas. A pesar de esto, como se ha visto en el capítulo 1, la mayoría de análisis espaciales se basan en distribuciones de macro-residuos minerales y, en algunos casos, orgánicos (óseos, antracológicos, malacológicos), sin tratar de integrar otros tipos de evidencia. Desde el punto de vista de la propuesta aquí presentada, si el objetivo primero es la identificación funcional de las áreas internas y la reconstrucción de la secuencia de procesos de producción y consumo, es fundamental la integración del máximo posible de categorías analíticas.

5.2.4 El cálculo del valor social de un producto

Hablar de organización de los procesos de trabajo es hablar, en otro plano, de gestión del espacio (dónde, en qué condiciones, realiza sus actividades cada segmento social), de los conocimientos o la información para realizar ese trabajo, y también de gestión del

tiempo: a qué debe dedicar su tiempo cada segmento de la sociedad, cómo y quién gestiona ese reparto (Estévez et al. 1998: 20).

Ya se ha argumentado el carácter relacional del espacio y el tiempo, en tanto que espacio-tiempo. Asimismo, se ha comentado que cuando el espacio se considera aisladamente, éste se convierte en un atributo del espacio absoluto del objeto arqueológico, la *localización*. De manera similar, se propone³⁷ que el tiempo, de manera aislada, puede considerarse un atributo del objeto arqueológico (de la materia). En el campo del espacio social, ello significa que el tiempo puede considerarse que puede servir para medir el *valor social* (real) de un producto. El planteamiento no es nuevo, todo lo contrario, es el fundamento del análisis dialéctico del funcionamiento de la circulación de capital:

Un valor de uso o un bien, por ende, sólo tiene valor porque en él está *objetivado o materializado trabajo* abstractamente humano. ¿Cómo medir, entonces, la *magnitud* de su valor? Por la *cantidad* de "sustancia generadora de valor" --por la cantidad de trabajo-- contenida en ese valor de uso. La cantidad de trabajo misma se mide por su *duración*, y el *tiempo de trabajo*, a su vez, reconoce su patrón de medida en *determinadas fracciones temporales*, tales como hora, día, etcétera.

Es sólo la *cantidad de trabajo socialmente necesario*, pues, o el *tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un valor de uso*, lo que determina su *magnitud* de valor (Marx 1975: 48, énfasis en original)

En la práctica, implica que es posible calcular el valor real de un objeto arqueológico (que es un resultado de la actividad social y, por tanto, un producto) a partir de sus propiedades inherentes puestas en relación con el resto de los bienes materiales producidos por una misma sociedad concreta (Barceló et al. 2006; Vila-Mitjà et al. 2010; Pérez-Rodríguez et al. 2016). En los procesos de producción y consumo de bienes materiales, y en concreto en el registro arqueológico que pueden generar estos procesos se puede acceder a la información sobre las relaciones sociales de producción (de bienes materiales) y sobre las relaciones sociales de reproducción (a través de los restos arqueológicos del consumo *individual/subjetivo/directo*, es decir, de la reproducción en cuanto que revalorización de la fuerza de trabajo, de mujeres y hombres).

³⁷ Siguiendo el planteamiento original del grupo DEVARA (Barceló et al. 2006).

6 Contrastación con el ejemplo etnoarqueológico de Tierra del Fuego

6.1 Los grupos yámana

Los Yámana eran uno de los grupos que habitaban la actual Isla Grande de Tierra del Fuego (Argentina), concretamente en las costas del canal Beagle e islas cercanas. Junto con los llamados Alakalufes formaban los pueblos canoeros magallánico-fueguinos. Además, en la Isla Grande habitaban los grupos Selk'nam y Haush, cazadores terrestres que ocupaban la parte oriental y septentrional, respectivamente (Figura 6.1).

6.1.1 Breve nota sobre el registro etnográfico

La información escrita y gráfica existente sobre estos grupos, y sobre los yámanas en particular, es rica tanto en cantidad como en diversidad. Por un lado, hace falta destacar las minuciosas descripciones de la *Mission Scientifique du Cap Horn* (Hyades y Deniker 1891) o los varios volúmenes del antropólogo religioso austriaco M. Gusinde (1937). Además de estos trabajos monográficos de carácter científico, existe un verdadero arsenal de noticias puntuales y relatos procedentes de autores que las plasmaron por escrito en circunstancias históricas y personales bien diferentes³⁸. Los, al menos, 94 viajes documentados en el canal Beagle entre 1501 y 1884 (Mameli 2003: 115) dieron lugar a muy diversos encuentros entre estos viajeros (navegantes, religiosos, comerciantes, naturalistas, botánicos, etnólogos, entre un largo etcétera) de distintas nacionalidades, y los grupos que vivían en el canal.

Entre las primeras fuentes escritas, cabe señalar el informe del vicealmirante holandés Shapenham en que se describe sus cinco días de estancia en la Bahía Nassau en febrero de 1624, brindando un panorama de casi todos los aspectos de la vida de sus habitantes (Gallez 1975). Aunque ha pasado desapercibido, éste se considera el primer relato sobre grupos canoeros de la isla Navarino (que, no habiéndose “descubierto” aún el canal Beagle, se creía unida a la Isla Grande). Más conocidas son las observaciones de L'Hermite, almirante holandés, durante sus trabajos hidrográficos en las costas australes

³⁸ Aunque todos compartían una misma condición: su sexo masculino.

de la Tierra del Fuego entre 1623 y 1634. Dos siglos más tarde, entre 1832 y 1834, tiene lugar el segundo viaje de Fitz-Roy, acompañado de Darwin a bordo de la nave Beagle. La visión negativa de Darwin, que describe a los grupos yámanas como «the most abject and miserable creatures I anywhere beheld» (1839: 104), pesará en el pensamiento europeo durante décadas, aunque él mismo se retractara más adelante. Así, Lubbock descubrió en su descripción de los grupos fueguinos una ilustración de aquellos hombres (*sic*) de la Edad de Piedra que crearon los concheros de la costa danesa:

The mound-builders (...) seem to have lived in very much the same manner as the Tierra del Fuegians, who dwell on the coast, feed principally on shell-fish, and have the dog as their only domestic animal. A good account of them is given in Darwin's *Journal...* (Lubbock 1913: 530).

En lo que respecta a los estudios etnográficos más extensos y detallados, cabe señalar los antedichos informes de la *Mission Scientifique...* de Martial (1888), Hyades (1884; 1885a; 1885b) y Hyades y Deniker (1891), cuyas observaciones corresponden a los períodos 1882-1883; o los volúmenes del antropólogo religioso Gusinde (1937), que trabajó entre 1918-1924. Existe también una riquísima información proporcionada por los misioneros ingleses T. Bridges (1866; 1869; 1874; 1879; 1876; 1886; 1987), Stirling (1864; 1868; 1870), Despard (1859; 1863); así como por otras fuentes (Spears 1895; Webster 1834; Wilkes 1845; Ellis 1857; Snow 1857; Bove 1883b; Bove 1883a; Lovisato 1884; Payró 1898; Furlong 1917; Koppers 1924; Lothrop 1928; L. Bridges 1952; Stambuk 1986).

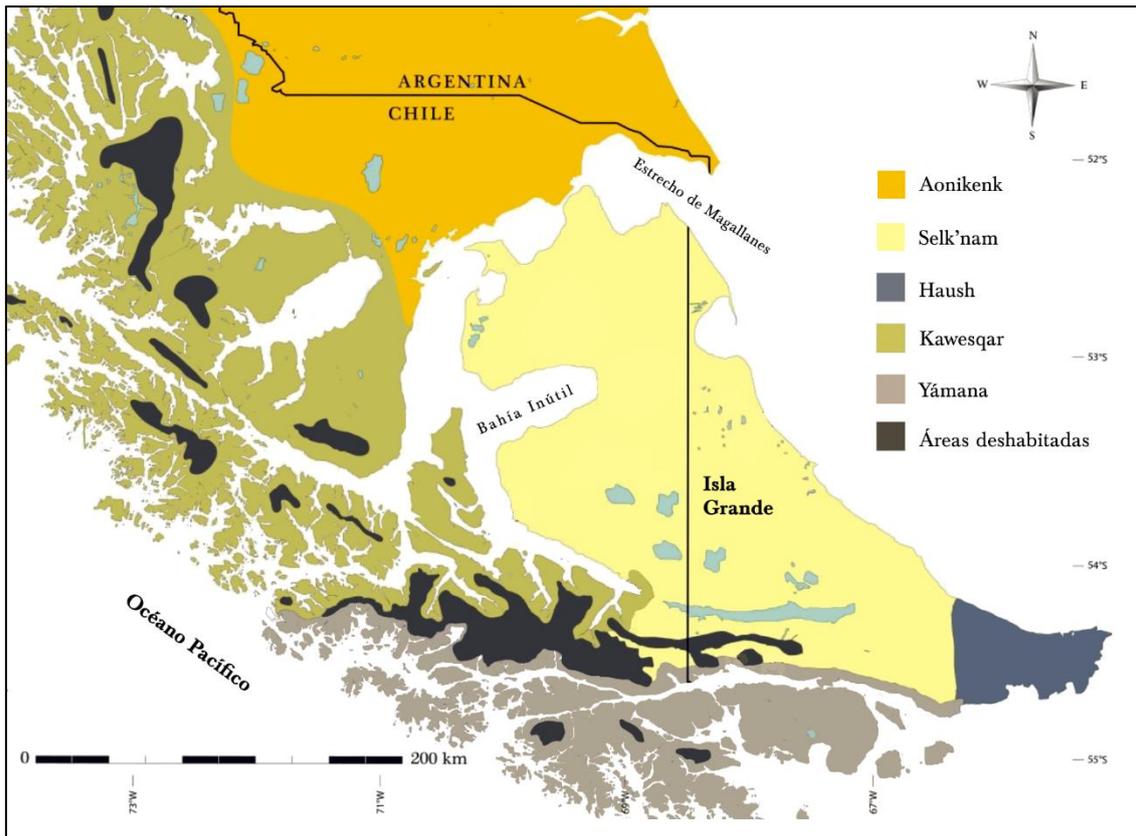


Figura 6.1 Mapa de Tierra del Fuego donde se representa la distribución de los distintos grupos etnográficos.

Como es de esperar, todas estas diferentes fuentes etnográficas no son homogéneas. Las contradicciones son numerosas, aunque ello no significa necesariamente errores, malinterpretaciones o sesgos (que también los hubo). Estas contradicciones se pueden explicar, tal y como se ha insistido en el capítulo anterior, por el salto cualitativo que implica ascender teóricamente de lo concreto (observaciones puntuales en el tiempo y en el espacio) a lo abstracto (*la sociedad etnográfica*).

Por otro lado, también se han podido detectar desviaciones considerables desviaciones entre los datos etnográficos y los datos arqueológicos, como por ejemplo en el consumo de determinadas especies de ave, o en la producción lítica, apenas registrada etnográficamente pero claramente representada en el registro arqueológico (Mameli et al. 2005; Terradas 2005). En esto último, cabe recordar de nuevo la distancia temporal que separa algunas observaciones, y la dinámica histórica de estos grupos. Así, en el informe Shapenham sí que se describe el uso de puntas de flecha y cuchillos líticos (Gallez 1975). Sin embargo, en un informe de 1765, es decir, en un período considerado todavía de contacto esporádicos con europeos, ya se mencionan ciertos cambios en la materia prima de los instrumentos:

Su instrumento para cortar había sido la piedra con los filos, que hace en partiendo, pero ya para este tiempo los más se habían proveído de algunos cuchillos, que hubieron de hallar en la Playa, y otros, que hacían ellos con arcos de Vasillas amarradas en unos palos (en Schindler 1996: 180).

En definitiva, el hecho de que se esté estudiando *la misma* sociedad tampoco justifica la aplicación mecánica de analogías etnográficas a la evidencia arqueológica. Sin embargo, toda esta información etnográfica, previo análisis crítico, puede ser usado en tanto que información susceptible de propuestas análogas y base para la generación de hipótesis a contrastar con un registro arqueológico concreto (Vila y Estévez, 2001). En este sentido, se hace necesaria la contrastación con otras fuentes, como el material gráfico o las colecciones de materiales etnográficos, con el objetivo de realizar un análisis crítico de la información etnográfica previo a cualquier análisis arqueológico.

Orquera y Piana (1999) han llevado a cabo un importante esfuerzo de recopilación de toda la información sobre la “vida material y social” (según su expresión) de los grupos yámana, procedente de las distintas fuentes escritas. Así pues, en los siguientes subapartados se va a presentar de manera sintética y tabulada los datos etnográficos directamente utilizados en la modelización de los procesos de producción y consumo de los grupos yámana realizada en este trabajo. Para una visión global de toda la información etnográfica consultada, se recomienda al lector a la antedicha obra de Orquera y Piana.

6.1.2 Estrategias organizativas y normas sociales

En general, las diferentes fuentes etnográficas coinciden a la hora de caracterizar el conjunto de estrategias organizativas de los grupos yámana. A grandes rasgos, se los ha descrito como grupos nómadas cazadores-pescadores-recolectores que vivían dispersados en unidades sociales económicamente autosuficientes, desplegando toda una serie de estrategias enfocadas a la explotación de los recursos del litoral marino, con la canoa como medio de transporte habitual. El ritmo de las estrategias organizativas no estaba determinado por un ciclo estacional marcado, aunque sí que se veía condicionado por las microvariaciones espaciales y temporales propios de la diversidad de biotopos de las costas del canal Beagle. Esto es lo que se ha definido como estrategias organizativas “especializadas en la no especialización” (véase Estévez y Vila 2006b).

Las diferentes fuentes etnográficas coinciden en atribuir a la división sexual del trabajo el papel articulador de dichas estrategias organizativas (Orquera y Piana 1999: 471 en adelante). Así, Hyades (Hyades 1885b: 412) afirmó que las actividades estaban «tan bien repartidas que nunca se produce el menor altercado a causa de la tarea por cumplir». Aunque la realidad destilada por el conjunto de observaciones etnográficas resulta un poco más compleja y contradictoria (§6.1.2.4, más adelante), es difícil cuestionar que en el centro de las estrategias organizativas yámana residía un estricto sistema normativo. Estas normas sociales sobre la división del trabajo según el sexo (a qué sexo le correspondía hacer qué) eran periódicamente (aunque sin un ritmo marcado) transmitidas a hombres y mujeres durante la ceremonia del *ciexaus*, y reafirmadas con la ceremonia masculina del *kina* (Vila y Ruiz 2001; Pedraza Marín 2013).

La impresión de los etnógrafos es que «the list of women's tasks is longer than that of the men's» (Cooper 1946: 96). Pese a ello, en general, los etnógrafos intentaron relativizar la situación; Gusinde concluyó que la aparente haraganería de los varones era sólo «bien merecido descanso» luego del cansancio a causa «de extraordinarias y esforzadas empresas» (1937: 654). La visión de los hombres yámana parece haber sido precisamente la contraria: «En mi país las mujeres (...) trabajan muy poco, están en la cabaña, pescan a veces» (James Button en Despard 1859: 167). Este debate ilustra la necesidad de cuantificar la contribución de los respectivos sexos (Vila-Mitjà et al. 2010; Pérez-Rodríguez et al. 2016). A continuación, se enumeran las diferentes actividades atribuidas a hombres y mujeres, así como a niños y niñas (previa iniciación o menarquía, respectivamente).

6.1.2.1 Procesos de trabajo que realizan individuos adultos masculinos

Actividad	Referencias etnográficas
Caza de pinnípedos	Fitz-Roy 1839: 185; T. Bridges 1869: 116; Hyades 1884: 567 y 1885b: 410; Koppers 1924: 96; Gusinde 1937: 649, ver también 459-460; Bridges 1952: 56
Caza de pinnípedos desde la costa	T. Bridges 1879: 158; Gusinde 1937: 596, ver también 460 y 868;
Caza de guanacos	Despard 1859: 52; Gusinde 1937: 649; Bridges 1952: 56
Caza de nutrias	T. Bridges 1869: 116; Hyades 1884: 567 y 1885b: 410; Martial 1888: 194; Gusinde 1937: 518-519 y 649; Bridges 1952: 56
Caza de ballenas	Gusinde 1937: 649; 1951: 208
Caza de zorros	Bridges 1952: 56
Caza de aves en general	T. Bridges 1869: 116; Hyades 1884: 567; Gusinde 1937: 649; Bridges 1952: 56
Caza de cormoranes	T. Bridges 1879: 157-158; Lothrop 1928: 157; Gusinde 1937: 509-510, 542, 868 y 869; 1951: 214; Bridges 1952: 94

Caza de pingüinos en pingüineras	Gusinde 1937: 506 y 1951: 213
Caza de pingüinos en el agua	Koppers 1924: 96; Gusinde 1937: 506 y 542
Caza de patos	Gusinde 1937: 513-515; Bridges 1952: 94;
Caza de cauquenes	Gusinde 1937: 511-513 y 542;
Caza de albatros de ceja negra	Despard 1863: 697;
Caza de delfines	T. Bridges 1879: 157-158
Captura peces grandes	Despard 1863: 697; Bridges 1952: 56; durante aicasis: T. Bridges 1876: 155; Gusinde 1937: 533 y 534; 1951: 207
Colaboración pesca de sardinas con canastos	Gusinde 1937: 534
Arponeo de peces	Koppers 1924: 96
Pesca con trampas	Gusinde 1937: 534
Troceo y evisceración de pinnípedos	Gusinde 1937: 397-398 y 561-562
Troceo y evisceración de guanacos	Gusinde 1937: 562 y 649
Troceo y evisceración de aves	Gusinde 1937: 516
Evisceración peces grandes	Gusinde 1937: 1229
Troceo y evisceración (sin especificar)	Hyades 1885a: 536; Gusinde 1937: 410, ver también pág. 1229 nota
Abatir árboles para obtener leña	Hyades 1884: 566 y 1885b: 410; Hyades y Deniker 1891: 220
Partir o cortar madera para las cabañas	Fitz-Roy 1839: 185; Gusinde 1937: 650;
Extracción corteza de los árboles para la confección de canoas	Fitz-Roy 1839: 185; Despard 1863: 679; Martial 1888: 203; Hyades y Deniker 1891: 350; Gusinde 1937: 424 y 649
Construcción y reparación de las canoas	Stirling 1864: 229 y 1870: 10; Martial 1888: 197 y 202; Hyades 1885b: 410 y 412; Hyades y Deniker 1891: 220; T. Bridges 1869: 116 y 1886: 210; Gusinde 1937: 649-650 y 940, 1951: 201; Bridges 1952: 56; ver también T. Bridges 1876: 59
Confección de remos	Stirling 1864: 229; T. Bridges 1869: 116; Gusinde 1937: 650
Desagotar el agua que filtraba dentro de las canoas	Wilkes 1844: 127; Snow 1857: 338
Remar ocasionalmente	Despard 1863: 696; Stirling 1864: 228; T. Bridges 1933: 503; Bridges 1952: 56
Confección de arpones	Stirling 1864: 229 y 1870: 10; T. Bridges 1869: 116; Hyades 1884: 567, 1885b: 410 y 1885a: 519; Hyades y Deniker 1891: 220 y 367; Gusinde 1937: 376
Confección de arcos y flechas	Stirling 1864: 229
Confección de hondas	T. Bridges 1869: 116
Confección de lazos para aves	Stirling 1864: 229
Coser los cueros	T. Bridges 1869: 116
Tallar la piedra	Martial 1888: 203
Confección correas de cuero	Hyades 1884: 567; Hyades y Deniker 1891: 220; Gusinde 1937: 483 y 650
Confección de cinceles de valva	Hyades y Deniker 1891: 220
Confección de separadores de mejillones	Gusinde 1937: 472
Confección de espátulas para recolectar moluscos o kalanas	Gusinde 1937: 471 y 937
Confección de horquillas para cangrejos o sirsas	Gusinde 473 y 937
Confeccionar mazas de danza para sus mujeres y juguetes para los niños	Gusinde 1937: 650
Adiestrar a los perros	Fitz-Roy 1839: 185
Amortajar cadáveres	Gusinde 1937: 1080
Confección de máscaras para el <i>kina</i>	Gusinde 1937: 1303
Concretaban trueques	Gusinde 1937: 650

6.1.2.2 *Procesos de trabajo que realizan individuos adultos femeninos*

Actividad	Referencias etnográficas
Pesca con línea desde piragua	Webster 1834: 182-183; Fitz-Roy 1839: 185 y 224; Darwin 1839: 236; Ellis 1857: 183; Gardiner 1857 (en Goodall y Caipillán 1995: 169); Despard 1859: 28 y 127; Stirling 1864: 229, 1868: 150 y 1870: 10; T. Bridges 1866: 201 y 210, 1869: 115, 1870: 131, 1874: 57, 1886: 218 y 1886: 210; 1933: 137-138 y 456; Bove 1883 a: 127 y 1883 b: 131; Lovisato 1884: 130; Spears 1895: 60-61; Payró 1898: 223; Gusinde 1937: 532-533
Pesca con canastos durante cardúmenes de sardinas	Gusinde 1937: 532-533
Recolección de erizos de mar y cangrejos desde piragua	Fitz-Roy 1839: 185; Ross 1847: 304; G. P.; Despard 1863: 697; Hyades 1885b: 412, 1885a: 521 y 523; Hyades y Deniker 1891: 369; Gusinde 1937: 526, 542, 597, 652 y 870;
Recolección de moluscos desde piragua	T. Bridges 1876: 58 y 1874: 57; Hyades 1885b: 412, 1885a: 522-523; Hyades y Deniker 1891: 368-369; Spears 1895: 59; Gusinde 1937: 522-523 y 525
Recolección moluscos en marea baja	Gusinde 1937: 523
Remar	Weddell 1825: 156; Webster 1834: 182; Wilkes 1844: 130; Fitz-Roy 1839: 185; Ross 1847: 306; Despard 1863: 696; Stirling 1864: 228; T. Bridges 1869: 115, 1886: 210, 1933: 448, 451, 495 y 503, 566; Bove 1883 a: 127 y 1883 b: 131; Lovisato 1884: 130; Hyades 1884: 567, 1885b: 412 y 1887: 332; Martial 1888: 190 y 197; Hyades y Deniker 1891: 304; Spears 1895: 57; Eizaguirre 1897: 109; Payró 1898: 225; Furlong 1917: 429; Gusinde 1937: 440, 595, 599, 651 y 940; Bridges 1952: 56
Amarrar y desamarrar canoas	Stirling 1864: 229; Despard 1863: 697; Gusinde 1937: 595 y 599.
Mantenimiento y reparación canoa	Fitz-Roy 1839: 185; Ross 1847: 306; Gusinde 1937: 940; Hyades 1885b: 412; Gusinde 1937: 441 y 595.
Preparación, manejo y cuidado del fuego de la canoa	Gusinde 1937: 651
Sacar del agua presas cazadas por el marido	Gusinde 1937: 515 y 597
Acarrear agua (principalmente las niñas)	Fitz-Roy 1839: 39 y 185; Stirling 1864: 228; T. Bridges 1869: 115 y 1886: 210; Hyades 1884: 567 y 1885b: 410; Gusinde 1937: 651, 723 y 838; Bridges 1952: 56
Evisceración de pescado	Gusinde 1937: 564 y 649; Lothrop 1928: 159
Desplumar y destripar las aves	Gusinde 1937: 410
Preparación embutidos	Gusinde 1937: 652
Poner a secar hongos	Gusinde 1937: 652
Cocinar	T. Bridges 1886: 210; Hyades 1885b: 410, 1887: 328 y 332; Gusinde 1937: 651, 652 y 939; Bridges 1952: 56
Cuidado del equipamiento doméstico	Martial 1888: 197
Confeccionar líneas de pesca	Fitz-Roy 1839: 185; Hyades 1884: 567 y 1885b: 412; Gusinde 1937: 529 y 652
Confeccionar pesos de línea con extremos escotados	Gusinde 1937: 529-530
Confeccionar canastos	Fitz-Roy 1839: 185; Stirling 1864: 229; Hyades 1884: 567 y 1885b: 412; Martial 1888: 197 y 202; Hyades y Deniker 1891: 220; Gusinde 1937: 376, 478, 486-488, 490 y 652
Confeccionar bolsas de cuero	Gusinde 1937: 652
Confeccionar bolsitas de tripa o de esófago	Gusinde 1937: 652
Confeccionar trenzas de tendones	Hyades 1995 a: 412; Hyades y Deniker 1891: 220; Gusinde 1937: 652
Confeccionar sogas de juncos	Hyades 1885b: 412; Gusinde 1937: 652
Confeccionar adornos (collares, tobilleras y brazaletes)	Fitz-Roy 1839: 185; Stirling 1864: 229; Martial 1888: 197 y 202; Hyades 1884: 567 y 1885b: 412; Hyades y Deniker

	1891: 220; Gusinde 1937: 651-652
Buscar tierras colorantes	Gusinde 1937: 652
Preparar cueros, pieles y tendones	Gusinde 1937: 652
Cuidado y transporte cueros, pieles y tendones	Gusinde 1937: 938
Transporte de cosas	Martial 1988: 197
Caza de cormoranes y patos-vapor (al menos en época tardía y en situaciones de ausencia del esposo)	Stambuk 1986: 16-17 y 73
Caza de guanacos con ayuda de perros	Stambuk 1986: 52

6.1.2.3 Individuos infantiles y adolescentes

Actividad femenina	Referencias	Actividad masculina	Referencias
Acopio de agua	Fitz-Roy 1839: 139; Gusinde 1937: 486 y 651	Ayudar en el amarre de la canoa y en la preparación de la choza	Gusinde 1937: 728
Acopio de leña	Gusinde 1937: 731	Cuidar el fuego que ardía en el centro de las canoas	Gusinde 1937: 595
Arreglar el techo de las chozas en forma que el humo saliera con prontitud	Gusinde 1937: 719	Matar aves a pedradas	Hyades 1884: 567
Asado de carne para los hermanos menores	Gusinde 1937: 719		
Cargar y descargar las canoas	Gusinde 1937: 731		
Confeccionar canastos	T. Bridges 1866: 183 y 1875: 214; Gusinde 1937: 731		
cuidado de los niños menores	Gusinde 1937: 709, 710, 719 y 731		
Cuidar el fuego en las canoas, llevando y trayendo tizones encendidos desde la canoa a la cabaña (al desembarcar) y viceversa (al embarcar)	Gusinde 1937: 434		
Desagotar el agua que filtraba en el interior de las canoas durante las navegaciones	Gusinde 1937: 486 y 595, 719		
Mantenimiento del fuego en las cabañas	Gusinde 1937: 719 y 731		
Pescar	Gusinde 1937: 731		
Preparar cueros	Gusinde 1937: 719 y 731		
Preparar sus propios adornos: trenzas de tendones para el cabello, collares, tobilleras y muñequerías; collares	T. Bridges 1866: 183; Gusinde 1937: 732 Gusinde 1951: 262		
Recoger huevos	Gusinde 1937: 535; 1951: 207		
Recolectar bayas y hongos	Gusinde 1937: 731		
Recolectar mariscos en la línea de costa	Hyades 1885a: 518; Hyades y Deniker 1891: 366; Gusinde 1937: 523-524, 719, 731		
Remar	T. Bridges 1866: 183		
Trenzar líneas de pesca	T. Bridges 1866: 183		

6.1.2.4 *Compartidas*

Existen algunos procesos de trabajo que Orquera y Piana (1999: 477) definen como “tareas compartidas”. En realidad, se trata, en primer lugar, de observaciones puntuales de individuos llevando a cabo actividades que normativamente no corresponden con su sexo. Ello coincide con la flexibilidad observada en la división sexual del trabajo discutida precedentemente (capítulo 2). En efecto, ningún proceso de trabajo excluye a un sexo de su realización, son las normas sociales las que aplican dicha exclusión. En segundo lugar, hay actividades que las fuentes etnográficas asignan contradictoriamente a un sexo u otro, como son la recolección de hongos, bayas, huevos y pichones; el acopio de leña; el prendimiento y/o mantenimiento del fuego.

En general, sin embargo, estas actividades tienden a estar asociadas a trabajo femenino, especialmente infantil. Finalmente, hay procesos de trabajo que se asocian alternativamente a un sexo o, explícitamente, a todos los integrantes de la unidad social (como sacar la canoa a tierra y luego echarla al agua; o construir las cabañas, incluidas las ceremoniales). Sin embargo, en estos últimos casos cabe tener en cuenta que la contradicción viene dada por la definición de la actividad en sí, que puede estar compuesta de procesos de trabajo realizados por sexos diferentes (p. ej. los adultos masculinos construían el armazón de la cabaña, mientras que mujeres, niñas y en menor grado niños se encargaban de su cobertura).

6.1.3 La producción de bienes materiales

Además de fuentes escritas, existe una importante colección de materiales etnográficos en museos americanos y europeos. Durante los proyectos etnoarqueológicos mencionados, se procedió a la revisión de estos materiales desde una perspectiva arqueológica, focalizando en los procesos de producción y buscando la contradicción con la etnografía (Estévez y Vila 2006a).

En este apartado se tratarán los procesos de producción de objetos que tienen su destino de consumo en los procesos de reproducción biológica y social. Para ello se producen objetos que tienen como función la extracción de materias primas y su procesado para confección de instrumentos de producción de otros bienes. Otros objetos intervienen en el ordenamiento del espacio habitado y la creación de condiciones que facilitan unas circunstancias de confort aceptables/aceptadas en las que la sociedad puede reproducirse

mediante la relación sujetos-objetos. Estos bienes se utilizan en la ordenación del espacio habitado (vivienda, mobiliario, mantenimiento y transporte), la adecuación física y social del cuerpo del humano (adornos, salud, higiene, reproducción, muerte); y, finalmente los que intervienen en la producción de la organización social e ideológica (objetos educativos, políticos e ideológicos).

A continuación, desplegamos en forma de cuadros las fases principales de producción de estos tipos de objetos documentados en la etnografía y en los propios materiales etnográficos: obtención de la materia prima, materia prima requerida, formatización, componentes y ensamblado final. Al mismo tiempo consignamos los instrumentos que intervienen en estos procesos y el uso/consumo final de los bienes producidos.

6.1.3.1 Producción de objetos de uso para el trabajo reproductivo (medios de vida)

Vivienda

No existe más que una reproducción de un modelo de una cabaña ritual en el Museo de St.Gabriel de Mödling. Por lo tanto, poco se puede decir directamente de las estructuras habitacionales de los grupos yámana. Existen sin embargo fotografías y numerosas descripciones, aunque éstas serán tratadas un poco más adelante (§6.1.4).

Canoa

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Corte, arrancar flexibilizar con fuego	3 tiras de corteza largas y 2 fragmentos menores	cutar y raspar una tira ahusada y dos con un lado convexo, dos piezas triangulares y dos alargadas y estrechas	tres trozos de corteza de 5m* para la quilla, dos trozos largos para las bordas y dos trozos triangulares para popa y proa	cosido con tiras barba de ballena de tres tiras de corteza. Atado de una borda de palos de calafate, Recubrimiento interno de cuadernas. Atado de travesaños de madera. Cosido de proa y popa, calafateado. Recubrimiento del fondo con tierra.
Cortar	tiras de barba de ballena/ tiras de fibras vegetales/ tendones trenzados	preparar la fibra para coser y atar y/o calafatear	hilo fuerte, fibras para calafatear	
recoger	arcilla, tierra con valvas		sustancia impermeable y aislante para calafatear y recubrir el fondo	
Instrumentos				Uso
Cuchillo valva o piedra, percutor, descortezador Cuña, palanca, correas, fuego		Cinzel cuchillo, raspador Machacador	Punzones, perforador (ensamblado)	Transporte

Remos

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Corte o tala	Rama gruesa de Nothofagus	Cortar y cepillar preformatear una tabla de madera mediante cuñas. Tallar y cepilarlos remos. Pulir la superficie de la madera	Arco de madera de Nothofagus Long.: 78-171 diam.ap.: 1,4-3,9 diam.t.: 1,5-3,4	Remo de madera de Nothofagus de entre 104 y 160 de longitud. Pala de entre 5 y 10,5 de ancho y 50 a 94 de longitud. Con sección lenticular y extremo redondeado. Separada por una suave carena de un mango de sección ovalada (3,5 a 4,3).
Recolectar	Mineral de ocre	raspar o pulverizar el ocre		Eventualmente teñido de rojo
Instrumentos				Uso
Hacha, cuchillo,		Cuñas, cuchillo,		Impulsar y dirigir la

cuñas		Machador		canoas
-------	--	----------	--	--------

Cubilete en materias animales

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
caza curtido y corte,	barba ballena, cuero	corte de una banda rectangular y de un circulo de cuero o de barba ballena.	Banda cuero o barba, circulo de cuero o barba	doblado y cosido de la banda formando cilindro. Cosido de la base circular con tendón o barba. Eventualmente atado de un asa vertical de junco.
corte	junco y tendón	trenzado de junco	asa de junco con alma	
Instrumentos				Uso
cuchillo, raspador		cuchillo	cuchillo, punzón [ensamblado]	Contener líquidos

6.1.3.2 Adecuación física y social del cuerpo humano

Cubresexo

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar, raspar	Trozo de cuero o piel	Perforar	Pieza triangular de 24-14x8-15 cms con dos ojales en ángulos lado corto	Atado de tira a los ojales de pieza triangular
Cortar	Tiras de cuero	Trenzar	Tira o lezna (LONG = 71 -86 cms)	
Instrumentos				Uso
Cuchillo, raspador		Cuchillo, pieza lítica		Vestido

Peines en maxilar de delfinado

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
descuartizado y descarnado serrado-fracturado	Maxilar o mandíbula de delfinado	Serrado-fracturado	Fragmento Hemimandíbula (L13-21cms.) o Maxilar (17-15,6)	

Instrumentos				Uso
Cuchillo		Cuchillo-pieza lítica		Peinado-Higiene

Peines en barba de ballena

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Descuartizado-recogida	Fragmento de barba de ballena	Tallado-raspado	Fragmento (L.=8,2-10,5 A=5-6) de barba de ballena con dientes (4-8) entallados (L.=3-7,5)	
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Cuchillo, raspador		Peinado-Higiene

Adorno de cuero (pulsera o tobillera)

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar, raspar	Tira rectangular de piel de guanaco o pinnípedo L = 20-16,5; A = 1,6-2,2	Agujereado de un ojal en cada extremo (o en 1 caso un ojal en un extremo)	Tira de piel rectangular (y en un caso) con un extremo afinado	Atado de la tira de tendón a los ojales o abotonado e introducción del extremo afinado de la tira en el ojal del otro extremo
Cortar	Tira de tendón	Trenzado	Trenza o hilo de tendón	
Instrumentos				Uso
Cuchillo, raspador		Cuchillo o punzón		Adorno de tobillo o muñeca

Collar de Photinulas

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Recogida	Photinula violacea	Pulimentar, punzar	Cuentas de Photinula pulidas (0,5 a 1,6cms)	Ensaltado de cuentas ordenadas y ligadas de las dos trenzas. Anudado en un extremo y ligado de ojal en el otro
Cortar	Fibras de tendón	Trenzar de a 3	1-2 trenzas de a 3-4 1 hilo de tendón o tiento (Long. 45-370cms . X=166cms)	
Recogida	Ocre	Raspado	polvo de ocre	Teñido (en un caso)
Instrumentos				Uso

Cuchillo		Arena húmeda, Raspador	Punzón (ensamblado)	Adorno
----------	--	------------------------	---------------------	--------

-Collar de segmentos de hueso de ave

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Limpieza y raspado	Huesos largos de ave	Raspado, serrado, quebrado, pulido quemados-teñidos de negro Incisiones paralelas	Cuentas de hueso (0,2 a 4,7cms). Con incisiones perimetrales paralelas (8 casos) y quemadas (1 caso)	Enhebrado de cuentas y atado en los extremos. 1 a 8 vueltas (L. media vuelta = 78 cms)
Cortar	Tiras de tendón	Retorcido o trenzado	Trenza de a 3-4 o hilo retorcido (Long. 62-638cms)	
Recogida	Ocre	Raspado	polvo de ocre	Hilo teñido de rojo
Instrumentos				Uso
Cuchillo Raspador		Cuchillo, Raspador		Adorno

-Collar de fibras de tendón

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	Fibras de tendón o tiento	Trenzado de a 3	6 a 26 haces de tendón o tiento trenzado	Ligado de haces de trenzas (L= 68-320 cms) en sentido transversal a intervalos. Anudado de los extremos. Teñido con mezcla de ocre y aceite animal
Cocinar	Aceite		Aceite	
Recogida	Ocre	Raspado	polvo de ocre	
Instrumentos				Uso
Cuchillo, Fuego		Raspador		Adorno

-Collar de cuentas de Teredo

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar o Intercambio	Tendón, cordel	Trenzado	Trenza o cordel europeo (L= 66-90 cms con media	Enhebrado de las cuentas. Ligado en

	europeo		de 74).	los extremos.
Recogida	Caparazón calcáreo <i>Teredo navalis</i>		3 a 10 cuentas de <i>Teredo navalis</i> (L=2 a 10 cms)	
Instrumentos				Uso
Cuchillo				Adorno

-Adornos de plumas (adornos cefálicos)

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Arrancar	Plumaz largas o plumón de avutarda o de penacho de cormorán	Perforación del cañón	Plumaz (L= 2,1-13 cms).	Ligado del extremo doblado o perforado del cañón de las plumaz con la trenza de tendón formando una banda o ristra de plumaz
Cortar	Tendón	Trenzado	Trenza de tendón (L = 75-55)	
Instrumentos				Uso
Cuchillo			Cuchillo o punzón	Ceremonial

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	Pellejo de albatros o cormorán	Cortado y raspado de un fragmento de piel dejando las plumaz Perforación de un agujero en cada extremo	Banda de piel (L = 41-36) con plumaz	Ligado de una trenza en cada extremo de fragmentos de piel
Cortar	Tendón	Trenzado	2 trenzas de tendón	
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Cuchillo, raspador, punzón		Ceremonial

6.1.3.3 PRODUCCIÓN DE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL E IDEOLÓGICA

-Pelota

Obtención de la materia prima	Materia prima	Formatización	Componentes	Ensamblado
-------------------------------	---------------	---------------	-------------	------------

	requerida			
Cortar	Ave	Cortar, raspar	Pellejo, plumas	Relleno y cosido de pelota (5,5x7cms)
Cortar	Tendón		Hilo	
Arrancar	Duvé		Relleno	
Instrumentos				Uso
Cuchillo, Raspador		Cuchillo, raspador	Punzón (ensamblado)	Juguete

-Políticos e ideológicos: Máscaras

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar, raspar	trozo triangular de corteza. o---- Trozo triangular de piel de lobo	perforar 2 aberturas para ojos	trozo de corteza o cuero. (H=48-68;Anch=50-69)	ligado de las aristas con barba o tira de cuero para dar forma cónica. Pintado de blanco con decoración de rayas o puntos en rojo.
Cortar, raspar	trozo de cuero o barba de ballena	Cortar	tira de barba de ballena o cuero	
Recogida	colorante rojo y blanco aceite	Machacar y mezclar	Pintura roja y blanca	
Instrumentos				Uso
Cuchillo, Raspador		Cuchillo, machacador	Mortero, espátula. Eventualmente espátula y paleta (ensamblado)	Ideológico (Ceremonia <i>Kina</i>)

- Políticos e ideológicos: Bastón pintado

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	Palo	Raspado de la superficie y regularizado de la sección. Acabado de un extremo apuntado y otro plano.	Palo pulido (H=25-45 cms)	Pintado del palo con zonas de color delimitadas por rayas, con líneas y puntos
Recogida	colorante rojo, negro y blanco	Machacar y mezclar	Pintura roja, negra y blanca	

	aceite			
Instrumentos				Uso
Cuchillo, Hacha		Cuchillo, raspador, paleta		Ideológico

6.1.3.4 PRODUCCIÓN DE BIENES

-Instrumentos de piedra: Pulidores líticos

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Recogida o intercambio	Roca granulosa (6 a 27x 4 a 11x7 x 4 cms aprox.)			
Instrumentos				Uso

-Instrumentos de piedra: Lascas o fragmentos de rocas con fractura concoidea

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Recogida	Roca básicamente de fractura concoidea	Desbastado con percutor lítico y, en algunos casos, formatizado con retocador de hueso	Fragmento o lasca de piedra	Ligado de lasca formateada a mango de madera con correa de cuero
Recogida	Fragmento de rama		Fragmento de madera	
Cortar	Correa de cuero	Cortar	Trozo de correa de cuero	
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Percutor, cuchillo		Múltiple (AO)

-Instrumentos con parte activa de valva: El raspador

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Recogida en playa	Un guijarro (3 casos), o trozo de madera alargado	Tallado y raspado de la madera de mango	Mango de piedra (16x3x5, 12x3,5x5, 17,5x2,5x4,5) o madera (19,5x3,2x5,2).	Ligado de cuchilla de valva al mango de piedra o madera mediante correa de cuero enrollada con 8, 11 o 13 vueltas. Entre mango y cuchilla se interpone un amortiguador vegetal o de cuero.
Recogida en playa.	Una valva de Mytilus	Fracturación charnela y lados	Trozo de valva triangular o	

	tamaño grande.	por percusión. Pulido del lado menor y, marginalmente, del dorso.	trapezoidal con filo biselado (4 a 4,1 long.).	
Cortar cuero.	Correa de cuero de pinnípedo. cortar		Trozo de correa.	
Recolección.	Musgo, pasto o viruta de madera.		Amortiguador vegetal o de cuero.	
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Martillo, pulidor, cuchillo		Múltiple (A0+CO)

- Instrumentos con parte activa de valva: Cuchillo de valva sin mango

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Fresca o recogida en la costa	<i>Aulacomya</i> (de 12,4x6,5)	Obtención de un filo biselado por pulido del extremo distal.		
Instrumentos				Uso
		Pulidor lítico		Corte fino AO?+CO

-Cuchillos de metal

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Intercambio	Fragmento lámina de hierro (zuncho de barril)	Golpeteo y afilado de un filo de hierro	Lámina de hierro corta (entre 3,4 y 4,7 de longitud por 3,5 y 6,5 de anchura) con un extremo tendiente a la convexidad afilado y en ocasiones (2) con un lado dentado. o----- Lámina de hierro alargada (entre 7 y 20 de long. por 2,2 y 6,5 de ancho) con un extremo redondeado y un lado afilado.	Inserción de lámina de hierro en la hendidura y ligado con correa de cuero (6-7 vueltas) o con trenza de tendón (múltiples vueltas) interponiendo en un caso tejido basto y en dos casos recubriendo la atadura con mastic.
Recogida	Fragmento de madera	Tallado y raspado de un trozo de madera, con	Mango de madera tallada (8,1-14 de long.x 2,5-4 de ancho)	

		confección de una hendidura en un extremo (el más ancho), o tallado y raspado de dos trozos de madera.	y a veces raspada de sección oval aplanada, con hendidura en un extremo o, en un caso, dos trozos de madera raspada de igual longitud con una cara plana.	
Corte	Correa	Corte de una tira de cuero	Fragmento de correa de cuero	
Corte	Fibras de tendón	Trenzado	Trenza de tendón	
Intercambio	Tejido		Amortiguador	
Síntesis por calor?	Mastic	Reactivación por calor	Mástic (2 casos)	
Instrumentos				Uso
Cuchillo valva		yunque, martillo, piedra afilar, cuchillo fuego		Múltiple (A0+CO)

-Producción de instrumentos con parte activa de hueso: Cuña de hueso de cetáceo

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Recolección en la playa o Limpieza de hueso fresco	Hueso de cetáceo	1) Percusión y corte con instrumento contundente. 2) Pulido en forma de cuña.	cuña de 5x3, 9x1,5.	
Instrumentos				Uso
Cuchillo		1) Cuchillo, hacha, cuña, percutor. 2) Pulidor		Partir corteza y madera (AO+CO)

-Producción de instrumentos con parte activa de hueso: Descortezador

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Recogida en la playa o limpiado y fragmentado de costilla de cetáceo o---- Desgajar y pelar rama	Fragmento de costilla de ballena o---- Rama de Nothofagus	Raspado y pulido de la superficie y de un extremo en forma de bisel doble.	Cuña de madera o hueso de longitud superior a 50 (72,8x3,2x1,4)	

Instrumentos				Uso
Cuchillos, percutores, cuñas		Raspador, pulidor		Extracción de corteza, usando la percusión AO + CO

-Producción de instrumentos con parte activa de hueso: Cincel de metapodio de guanaco

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Fractura transversal y longitudinal u oblicua. Limpieza de hueso	Metapodio de guanaco	Pulido de un bisel redondeado en forma de espátula	Cincel romo en metápodo de guanaco que conserva una epífisis o parte de ella	
Instrumentos				Uso
Percutor, cuchillo		Pulidor		cincel para madera o corteza AO+CO

-Producción de instrumentos con parte activa de hueso: Retocadores sobre metapodio de guanaco

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Limpieza de hueso, quebrantamiento o hendido longitudinal	Fragmento diáfisis de mamífero terrestre (pref. Metapodio de guanaco)	Raspado y pulido de un extremo romo con sección redondeada	Retocador sobre diáfisis de mamífero terrestre longitud 21 – 10 (con la mediana alrededor de 14). La parte activa es inferior a 1 cm ²	
Instrumentos				Uso
Percutor, cuchillo, cuña de piedra		Pulidor		Formatización de lascas de piedra por presión. AO+CO

-Producción de instrumentos con parte activa de hueso: Punzones sobre hueso de mamífero

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Limpieza de hueso	Hueso de mamífero (2 ulnas proximales cánido y 1 diáfisis no determinable posible guanaco)	Fractura oblicua por la mitad de la diáfisis (en un caso doble fractura) Pulimentado del extremo fracturado	Punzón sobre hueso largo de mamífero con un extremo aguzado y el otro sin formatizar	
Instrumentos				Uso

Cuchillo		Pulidor		Confección de cestos, trabajo de perforar piel y corteza AO+CO
----------	--	---------	--	--

-Producción de instrumentos con parte activa de hueso: Punzones sobre huesos largos de ave: punzones con punta de hierro

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Limpieza de hueso	Hueso de ave (tarso metatarso de cormorán)	Fractura oblicua en bisel por la mitad de la diáfisis	Fragmento hueso largo de ave (Long. 5,7)	Introducción por presión de la lezna metálica en la diáfisis del hueso o en el mango de madera
Corte	Fragmento de madera	Raspado y pulido. Perforación de un agujero en el extremo	Mango de madera sección redondeada con perforación en el extremo (Long = 14,2) o madera (Long = 9,2)	
Intercambio	Clavo	Pulido y afilado	Lezna de hierro (Long = 14,2-3,9)	
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Piedra de afilar		Confección de cestos, trabajo de perforar piel y corteza

6.1.3.5 INSTRUMENTOS DE OBTENCIÓN

-Líneas de pesca

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	cachiyuyo (2 casos- diam.0,2-0,4) o----- tendón (8 casos- 5 de cetáceo)	cortar hojas y vesículas flotadoras o----- trenzar tendón (de a 2 o de a 3-1 caso)	cachiyuyo limpio de hojas y flotadores o----- trenza de tendón long. 395-887	
Recogida directa	guijarro o----- guijarro ovalado o----- piedra de grano grueso?			
Instrumentos				Uso
Cuchillo				Pescar

-Cestos de pesca

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	Ramitas Nothofagus	A) Curvado y ligado de una circunferencia (diám. 22) con ramita de madera. B) Curvado de 4 ramitas, redobladas sobre si mismas y ligadas a la circunferencia anterior en sus dos extremos	Armazón de ramas de 22 de diam. x 21 de altura	Ligado de juncos envolviendo un armazón de tendencia cónica con la mayor anchura en la boca ancha.
Cortar	Juncos	Machacado, cortado y tratamiento térmico de trozos de junco	Fibras de junco	
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Cuchillo, fuego, machador		Pesca de pescado pequeño en cardúmenes (AO+CO+AA)

-Horquilla bifurcada (para mejillones)

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Corte	Trozo de rama de Berberis o Nothofagus (1 caso)	Tallado y raspado de una tabla de sección aplanada (lenticular u ovalada) con bisel romo en un extremo y el otro en doble bisel romo. Hendido longitudinal (hasta 19 cm) de este bisel. Templado al fuego del extremo hendido en un caso.	horquilla bifurcada (47 a 35 long. x 2,5 a 4 anchura y 1,2 a 2 de grosor). En un caso templada al fuego.	Ligado de la parte activa al bisel del mango con correa de cuero de lobo
Corte	Renoval de Nothofagus o rama de coihue o maytén	desbastado somero o tallado de una sección rectangular tallado de un bisel en el extremo mas grueso y apuntado el otro.	mango de longitud variable (300-141cm) de sección cuadrangular (2 casos) o redondeada	
Corte	correa de cuero de lobo marino	Corte	Trozo de correa de cuero de lobo marino	

Instrumentos				Uso
Cuña, percutor, cuchillo		cuchillo, fuego, cuña percutor.		Recolección de moluscos

-Horquilla multipuntadas

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar, (hendir)	Trozo de madera preferentemente de <i>Berberis</i> pero también <i>Brimys</i> o <i>Maytenus</i>	tallado, cepillado de una madera con un extremo en bisel (long. 26 - 23) o apuntado y el otro extremo hendido (profundizando hasta 12 - 40) en 4 púas cepilladas en punta aguda o roma y sección cuadrangular o redondeada. En dos casos hay señales de temple al fuego.	Horquilla de 4 (o en un caso 3) púas. Long. 59-80 Diám. 2,1-3,6	1) Introducción y ligado de crucecita de madera en la hendidura para separar púas. 2) ligado de la horquilla (en la parte del adelgazamiento o bisel) con una correa de cuero al mango de madera
Cortar, (Hendir)	tronco o vara de madera	tallado y/o cepillado de mango de madera	Mango de madera (de sección octogonal o redondeada). Long. 257 - 312	
Cortar (intercambio)	<i>Macrocistis</i> , trenzas de junco, pajas, correas de cuero o tendón, (cuerdas de esparto probablemente europeas).	Cortar	Elemento para atar	
Instrumentos				Uso
Cuña, percutor, cuchillo		Cuña, percutor, cuchillo, fuego.		Captura de equinodermos, caracolas, crustáceos marinos (AA)

-Lanzas

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Recogida, cortado, ¿serrado?,	Hueso de cetáceo	raspado, tallado, pulido	punta de hueso o madera, multiples dientes laterales.	Ligado de la punta en un encaste al

Percusión-hendido	Metápodo guanaco Costilla pinnípedo madera		Base con trabas o apuntada sección	extremo del mango.
Cortado, tallado	Tronco (canelo)	pelado,tallado, raspado, Entallado de surco longitudinales en el extremo	mango de madera con ranura longitudinal en un extremo y el otro extremo apuntado	
Cortado	segmento de correa de cuero de pinnípedo	segmento de correa de cuero		
Instrumentos				Uso
Cuchillo, cuña, instrumento de sierra (lítico)		Cuchillo, raspador, pulidor, instrumento lítico (gubia)		Caza, lucha?

-Arpones

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
recogida, cortado ?aserrado? Percusión-hendido	hueso cetáceo metápodo guanaco costilla pinnípedo madera	raspado, tallado, pulido	punta de hueso o madera, uno o dos dientes laterales. Base escutiforme o en espaldón simple	Encastado de la punta al extremo del mango. Ligado de una correa floja alrededor del encaste y atado de una correa a la lengüeta y al mango.
Corte, tallado	Tronco	Pelado, tallado, raspado, entallado en el extremo de una horquilla en V	Mango de madera con entalladura en un extremo y el otro extremo apuntado	
Cortado	Segmento de correa de cuero de pinnípedo		Segmento de correa de cuero	
Instrumentos				Uso
cuchillo, cuña, instrumento de sierra (lítico)		cuchillo, raspador, pulidor,		caza pinnípedos, cetáceos

-Daga

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	Rama madera (<i>Berberis</i>)	Raspar un mango con un extremo	Mango de madera (long.20,7-31) de	Ligado con tiento o tendón de punta al

		ahusado tallar hendidura (prof.2,5-3,5) en el otro extremo	sección ovalada (1 lenticular) (anch.1,2-1,9 x espesor 1-1.9) con una hendidura en extremo.	mango de madera de la daga (long. 28,6-40,3.)
Talla por percusión	lasca de obsidiana (antes roca de fractura concoidea) o vidrio	retocado por presión bifacial cubriente o marginal de punta aletas y pedúnculo	Punta bifacial (Long.4,9-7,2 Anch.2,4-3,6 Espesor 0,3-1,4) con aletas y pedúnculo (anch1,6-2,5).	
Corte	Tiento o tendón	Corte de fina tira	Tira fina para ligar	
Instrumentos				Uso
Cuchillo / Percutor		Raspador, cuchillo, retocador		Apuñalar pinnípedos (ao)

-Honda

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Corte	piel lobo marino (5), guanaco (4) o nutria	corte de cazoleta romboidal u ovalada (long.11-20x anch.4,8-9,5). Raspado por una (4) o las dos caras (12)	cazoleta (romboidal u ovalada) de cuero (12) o piel con pelo (4)	Cosido con tendón del extremo de trenzas a la cazoleta por la parte de afuera (6) y envolviendo (6) los extremos de la cazoleta
Corte	tendón o /y tiento	trenzado de 2 trenzas (de a 3-4 hilos). Nudos esféricos en uno o dos de los extremos. Envoltura (9) de los nudos de un extremo con tripa o tendón.	trenzas con bola o/y nudos en los extremos.	Teñido (3) con ocre (2).
(2) Corte	Trozo cuero o fibras vegetales	ligado (2) del trozo de cuero o amasijo de fibras vegetales al extremo de una trenza	una trenza con nudo en ambos extremos, y otra trenza con trozo de piel o vegetal envuelto en un extremo.	
(3) Machacar-raspar	Ocre		polvo de ocre	
Instrumentos				Uso
Cuchillo, Machacador (3)		Raspador, cuchillo		Caza de aves CO

-Trampa de lazos

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	1 a 39 tiras de barba de ballena	Raspada para adelgazarlas y flexibilizarlas. Anudadas sobre sí mismas con nudo corredizo y con un nudo en el otro extremo	lazos corredizos (de 1 a 39) de barba de ballena de diáms. (18-42) variables	ligado por el nudo del extremo de los lazos a la cuerda de tendón a intervalos regulares (10, 15, 20) fijos o móviles
Cortar	tiras de tendón de guanaco, cetáceos o pinnípedos	trenzado de a tres o dos de una cuerda	cuerda de tendón (de 100 a 700 de long.)	
Instrumentos				Uso
Cuchillo				Atrapar aves en tierra (AA)

-Lazos con mango

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	renoval de <i>Nothofagus</i> o <i>Maytenus</i>	cortar, raspar una vara de 1,5 de diam.	Mango	ligado con tendón del extremo de lazo de barba de ballena al extremo de vara
Cortar	Barba de ballena	cortar, raspar para adelgazar y flexibilizar tira de barba de ballena Ligar la tira con nudo corredizo sobre si misma. Ligado de un nudo en el otro extremo	lazo corredizo	
Cortar	Tira de tendón o cuero	Eventualmente trenzado	Tira o trenza de tendón o cuero	
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Cuchillo, raspador		Caza cauquenes, patos, cormoranes y pingüinos

-Redes

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Caza, desollado, descuartizado y cuertido de la piel	Cuero de pinnípedo o tendón de guanaco	Cortado de tiras de cuero Trenzado de a dos de fibras de tendón	Tiras de cuero (0,3) Trenzas de tendón	Anudado de una red (150-200 de long*60-95 ancho) con malla de 6 a 16 de luz. En un un caso reforzada en un lado por una trenza de a 3 de tendón con una lazada fija en cada extremo
Instrumentos				Uso
Cuchillo, raspador		Cuchillo		Captura de animales (AO+AA)

-Arco

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Corte	rama de Nothofagus	raspar y cortar para obtener una sección ovalada con una ligera carena o una sección triangular. Cepillar y pulir una superficie redondeada o facetada. Doblar en arco. (distancia a la cuerda: 6,5-23) Cortar y pulir ahondando una o dos ligeras estrangulaciones en los extremos (en 7) a modo de retén.	Arco de madera de Nothofagus Long.: 78-171 diam.ap.: 1,4-3,9 diam.t.: 1,5-3,4	Pintado de la madera con colorante rojo (3) o blanco (3). Ligado y arrollado de la cuerda en un extremo y ligado en el otro.
Corte	trozo de piel de lobo marino (1), guanaco (2), tripa (6) o tendón (15)	trenzar una cuerda de tripa o tendón.	Cuerda (long.83-161)	
Raspar	mineral blanco o rojo	machacar y mezclar polvo mineral y grasa	pintura roja o blanca	
Instrumentos				Uso
cuchillo, raspador para colorante		cuchillo, raspador, pulidor, machacador		Caza de aves y mamíferos terrestres

-Flecha

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Arrancar	una o dos plumas	cortar y recortar transversalmente y longitudinalmente	dos fragmentos (long=3,6-4,6) de pluma (negra,marrón, gris o blanca) seccionada por el cañón.	atado de emplumadura en un extremo y de la punta en el encastre del otro con tiento o tendón. Eventualmente refuerzo con mástic de la parte proximal y de la inserción de la punta.
Cortar	Rama	pelar, serrar dos	astil ligeramente	

	<i>Berberis</i>	extremos, cepillar, enderezar con fuego pulir, cortar incisión proximal (en U y distal en V)	ahusado de sección circular, con entalladura en los dos extremos o apuntado en uno de ellos	
Cortar	Tira de tiendo o tendón	cortar tira fina	hilo de tendón o tiendo	
Recoger	Masa de origen lítica, vítrea o ósea	tallar por percusión y retoque por presión o pulido	punta de limbo triangular y pedúnculo de vidrio europeo, roca metamórfica o hueso	
¿intercambio?	Materia resinosa	calentamiento	mastic	
Instrumentos				Uso

6.1.3.6 BIENES CONDICIONANTES: ÚTILES DE MANTENIMIENTO

-Carcaj

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Caza, desollado y tratamiento de la piel	Cuero de pinnípedo	cutre de un rectángulo (81 a 83cms. long. por 17 a 33,2 de ancho), de un óvalo (de 5 a 14 de diámetro) y de una tira de 10 hasta 75 cms. de cuero.	Rectángulo y base ovalada de cuero. Tira de cuero para el asa	Doblado del rectángulo y cosido longitudinal de los bordes, dejando la parte con pelo como parte externa. Cosido a él, la base oval. Cosido de un asa de cuero o tiendo trenzado a la costura
Cortar	tendón guanaco (16), tripa retorcida (1) o barba ballena (2)	Preparación de fibras para coser y de una trenza de tiendo (4 casos)	Hilo de coser	
Instrumentos				Uso
cuchillo y raspador		Cuchillo y punzón (ensamblado)		Recipiente para guardar y transportar flechas (AO+CO)

- Bolsos, bolsones y saquitos

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
caza descuartizado y limpieza	esofago, intestino o estómago pinnípedo	limpieza y cortar un segmento de entre 28 y 44 cms. long.	estómago o intestino, hilo de tendón o trozo de junco.	contenedor de estómago o intestino pinnípedo (28 a 44 long. y 7,3 a 19,5 de anch.) cosido en uno o dos extremos con tendón o junco.
cortar	tendón o junco			
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Cuchillo		contenedor de colorantes o grasa. (AO)

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Descortezado	trozo rectangular de corteza de lenga (de entre 75 y 25 de ancho por de entre 7 y 23 de altura)	Regularización y limpieza de la superficie interna y, en un caso, de las dos. Recortado de un círculo corteza (de entre 8 y 24 de diam.)	Cilindro y circulo de corteza	Cosido de un extremo de la banda de corteza sobre el otro con junco(8), barba de ballena (5) o fibra vegetal(2). Cosido de la base circular sobre uno de los extremos.
cortar	Fibras de junco u otros vegetales, tiras de barba	trenzado de trozo de cuerda de fibras vegetales	hilos o trenzas vegetales	Cosido de una ramita en la boca como refuerzo (6). Pasado de un asa de junco (6), barba de ballena (4), fibra vegetal trenzada (1) o madera (1). Impermeabilización de las costuras con musgo o material vegetal.
Instrumentos				Uso
cuchillo, descortezador		raspador, cuchillo, punzón		transporte y desagote de agua (AO)

-Cubos confeccionados con materias vegetales

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Corte y descortezado	Segmento de tronco de árbol y trozo de madera	Vaciado, raspado y regularizado de las superficies interna y externa de un cilindro y de un círculo de madera	Cilindro de madera (altura 14,3-9,5 x diam. 14,5-17) vacada y círculo de madera	Encajado de la base en el cilindro de madera, atado del asa de barba o trenza de junco a la boca mediante dos perforaciones opuestas. En un caso teñido en rojo de la superficie.
cortar	Tira de barba o juncos	Trenzado	Tira de barba o trenza de junco	
Instrumentos				Uso
Hacha, (descortezador), cuchillo		Cuchillo, raspador y perforador (taladro)		transporte y desagote de líquidos (AO)

Cajas de corteza

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Corte y descortezado	Madera de Nothofagus o Drimys o corteza	Cortar, raspar	2 tiras rectangulares de madera (0,4 a 0,6 grosor y de 7 a 12 ancho) y 2 círculos madera (diám. de 26 a 37cms.)	cosido, con varias costuras, los extremos sobrepuestos de la tira de madera formando cilindro. Cosido del cilindro a su base circular mediante barbas o fibras vegetales. Perforado de 2 pares de agujeros en los laterales del cilindro.
cortar	Fibras vegetales o barbas de ballena	Trenzado	Tira de barba de ballena o trenza de junco	
Instrumentos				Uso
Cuchillo, descortezador		Cuchillo, raspador	Punzón (ensamblado)	transporte y almacenamiento de elementos varios (AO)

Canastos y cestas

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar y arrancar	Haces de juncos, ramas de madera e hilo de tendón	Ablandado al fuego y masticado Doblado en círculo y atada	Tiras de junco Círculo de madera	trenzado de un canasto de junco con dos asas pequeñas y ligado de una cinta de tendón o trenza de junco o piel para unir dos asas en

		con tendón		un tipo.
Eventualmente cortar	Tira de piel, madera o tendón		Cinta para asa	trenzado con incorporación de un alma de madera en la boca y ligado de una cinta de madera, tendón o junco a modo de asa, en otro tipo.
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Cuchillo, punzón		Recipiente para guardar objetos y ayuda en la recolección de mariscos (AO+CO)

-Útiles para beber: Tubos sorbedores

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Pelado de hueso de ave	hueso largo de ave long. 22 a 25,4 anch 0.9 a 2,5	Aserrado de las epifisis. Raspado y pulido de la superficie y extremos	cilindro de hueso de ave pulido	
Instrumentos				Uso
Cuchillo de valva, piedra o metal y raspador de metal, piedra o vidrio		Cuchillo, raspador de piedra o metal y pulidor de piedra abrasiva		sorber agua de charca, turbera o recipientes

-Útiles para preparación de alimentos: omoplatos de Lobo

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Caza, desarticulado y pelado del hueso	escapula de otaria	Cortado de la epifisis y de la espina. En dos casos se retoca la forma del perímetro	Hueso plano (27,5-32 long. y de 23 a 28 de anchura) con epifisis y espina cortadas y perímetro regularizado	
Instrumentos				Uso
arpón, cuchillo, raspador para hueso		cuchillo de piedra o metal		plato (ao)

- Útiles para preparación de alimentos: Recipientes en caparazón de moluscos

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
-------------------------------	-------------------------	---------------	-------------	------------

recolección	Valva de Mytilus (>10 cms.) o de Voluta		Caparazón de molusco no modificado	
Instrumentos				Uso
Eventualmente horquilla para pesca.				Recipiente para colorantes (AO) o bebidas

- Útiles para preparación de alimentos: Varilla para hongos

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Arrancar	Rama	Raspar	Ramita pelada apuntada	
Instrumentos				Uso
		Raspador		Almacenar hongos

TERMOTECNOLOGÍA

-Tenazas para fuego

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	Rama de Berberis (o Nothofagus) L = 45-64 cms.	Pelar, raspar y hendir	Rama pelada (diam. 1,4-2,2 cms.), hendida longitudinalmente (hendidura L=32-55 cms.) y con los extremos hendidos romos	
Instrumentos				Uso
cuchillo o hacha		Cuchillo, raspador y hendidor		Manipulación de las brasas

MATERIAS PRIMAS O USO DIRECTO

-Materias primas de origen animal: Pieles

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Caza	cuerpo pinnípedo o guanaco	Pelado y raspado, curtido	Piel con ojales (L= 1,5cms. Perimetrales)	Piel de guanaco, cobertor de piel de Arctocephalus australis (60x70) remendado
Cortar	Tendón	Trenzado	Hilo de tendón	
Instrumentos				Uso
Arpón, cuchillo		Cuchillo, raspador	Punzón (ensamblado)	Materia prima, cobertor

- Materias primas de origen animal: Correas de piel

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Caza, desollado, curtido	Piel de pinnípedo	Cortar una tira de piel continua (2100-610 cms. Long. *4,5-0,5 anch*0,4-0,9 esp.)	Tira de piel	en 4 casos atado de un nudo en el extremo. En dos de ellos se abre un hojal reforzado con un nudo.
	En un caso: tendón de guanaco	Cortar hebra de tendón	En un caso: hebra de tendón de guanaco	En un caso se unen los extremos de dos tiras con tendón de guanaco
Instrumentos				Uso
Cuchillo, raspador		Cuchillo, punzón (ensamblado)		Variado (CO+AA)

-Vísceras

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	fragmento de intestino de pinnípedo o cetáceo	Retorcido y tensado	cuerda o cuerdas de intestino retorcido	trenzado de a 3 de una o dos trenzas
Instrumentos				Uso
Cuchillo				Componente

-Tendones

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	Tendón	Torcer	Hilo	Hilo de tendón teñido
Pulverizar	Ocre		Colorante	
Instrumentos				Uso
Cuchillo / Raspador, machador				Componente

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar	Tendón de mamífero marino	Trenzar	Trenza de a 2 o 3 (grosor 0,3-0,5 cms)	
Instrumentos				Uso
Cuchillo				Componente

-Materias primas de origen vegetal: juncos

Obtención de la materia prima	Materia prima requerida	Formatización	Componentes	Ensamblado
Cortar (segar)	Juncos (<i>R. grandiflora</i>)	Secado, machacado, flexibilizado	Fibras de materia vegetal	Trenzado de a 2 hasta 6 de dos o tres haces de fibras de una cuerda (L=40-750 *1,8*1,4 cms.)
Instrumentos				Uso
Cuchillo		Machador, fuego		Atar items

6.1.4 La organización del espacio social

El registro etnográfico cuenta con una cantidad importante de descripciones sobre las estructuras de la vivienda cotidiana (véase Orquera y Piana 1999: 273-89)³⁹. Uno de los aspectos más tratados por las fuentes es el tipo de estructura, distinguiéndose de dos tipos: cupuliforme y cónica. Las primeras se habrían hecho con ramas delgadas y flexibles, mientras que las segundas con ramas más gruesas (de hasta 13,7 cm de grosor: Hyades y Deniker 1891: 342). Los diferentes autores han propuesto diferentes factores estacionales, ambientales y/o cronológicos (en función de la disponibilidad de hachas de metal) para dar cuenta de la diferencia entre ambas. Ninguno de estos factores es conclusivo por sí solo. En general, se observó que uno y otro tipo de estructura tenían distribución geográfica diferente, estando las cupuliformes más presentes en el oeste y las cónicas al este. Gusinde (1937: 357-58) trató de relacionarlo con el tipo de bosque en las respectivas áreas; aunque, como él mismo señaló, la decisión de levantar una estructura conoidal o cupuliforme dependía más bien de las condiciones de la vegetación en el lugar que se decidiese desembarcar (Gusinde 1937: 355).

Aunque en general varios observadores señalan que las estructuras cónicas son de mayor tamaño que las cupuliformes, cabiendo el doble de personas (Fitz-Roy 1839: 429), en la práctica las estimaciones del diámetro para ambos tipos de estructura son similares, con una tendencia hacia los 3 metros de diámetro. Tampoco parece haber habido diferencias apreciables en cuanto al resto de características señaladas por las fuentes:

³⁹ Toda la información que no está explícitamente referenciada en este apartado, corresponde a información contenida en varias fuentes y que se puede consultar en la obra de Orquera y Piana (1999).

- La preparación del suelo del interior de la estructura: en general, los autores describen tanto la limpieza del área previa al levantamiento de la estructura como la existencia de una depresión que podía alcanzar en profundidad entre 30 cm hasta 1 m., aunque es difícil saber si este ahondamiento había sido provocado o se reutilizaba una depresión natural o una combinación de ambas. En cualquier caso, ello habría servido para aumentar la protección frente a los fuertes vientos.
- La instalación en el centro del área principal de ocupación de un área de combustión, así como también se observan fogones complementarios (brasas) más pequeños en la periferia para calentarse. También se documenta la existencia de fogones en el exterior de la estructura, junto a la entrada.
- La dinámica de ocupación de una misma estructura era breve, de unos pocos días. Según Gusinde (1937: 371), sólo motivos excepcionales (p. ej. el aprovechamiento de una ballena varada) justificaba que se permaneciera por más tiempo en un mismo lugar; aun así, superadas aproximadamente las dos semanas, se trasladaba la ocupación a unos pasos de distancia.
- Cuando se abandonaba una cabaña, no se la destruía. El viento y la lluvia que atravesaban sus paredes la limpiaban, y al poco tiempo era de nuevo habitable. En consecuencia, al reocuparse un lugar, la vieja estructura estaría ya disponible, con necesidad solamente de algunas reparaciones; esto explicaría la brevedad de los tiempos consignados para construir las estructuras (de media hora a unas pocas horas)⁴⁰. Cabe señalar que, en la región del canal Beagle, la disponibilidad de madera no constituye problema, por lo cual no se justificaba que los elementos estructurales de la vivienda fueran transportados de un lugar a otro. Las pieles con las que se cubría el armazón, en cambio, sí que eran transportadas en la canoa. La destrucción definitiva de la estructura de la vivienda podía deberse al deterioro por el paso del tiempo o por acción del fuego, si en la cabaña había ocurrido alguna muerte (Hyades y Deniker 1891: 379).

Por otro lado, las fuentes etnográficas aportan cifras variables en cuanto al número de personas que conforman una misma unidad de ocupación. Algunos autores lo han estimado en cinco o seis personas (Webster 1834), o en una “familia” (Gusinde 1937:

⁴⁰ Réplicas experimentales han mostrado que la mayor parte del tiempo lo ocupa la búsqueda de ramas para levantar el armazón.

354), mientras que Snow (Snow 1857) halló 22 personas dentro de una misma cabaña, y según Hyades y Deniker (1891: 343) podían dormir hasta veinte o más personas. Sin embargo, probablemente en estos casos los autores se están refiriendo a las “viviendas multifamiliares” descritas por Gusinde (1937: 371), aunque según este se levantaban sólo en la región occidental y en contextos poco frecuentes, como el caso de ballenas encalladas o de presumirse inviernos rigurosos. Éstas habrían podido albergar de tres a seis familias juntas, y se construían en un lugar apropiado siguiendo el modelo de las estructuras cupuliformes, pero con dimensiones mayores. Se dejaban dos aberturas para entrar y salir, cubiertas con cueros de pinnípedos. Siempre según Gusinde, en el interior se prendía por lo general una única área de combustión, extendida a todo lo largo del área ocupada, pero también podía haber una por unidad social; éstas se instalaban a los lados de la choza, cada una en un espacio fijo que podían estar delimitado mediante ramas plantadas verticalmente (Hyades y Deniker 1891: 342, nota 1).

6.1.4.1 *Uso normativizado del espacio social*

En cuanto a la organización del espacio social, la información que se puede extraer de las fuentes etnográficas es menor en cantidad. Respecto al área cubierta por la estructura, se señala que los y las ocupantes permanecían largos ratos acucillados alrededor del fuego (Hyades 1884: 557; Gusinde 1937: 367; Webster 1834; Lovisato 1884; Martial 1888), en postura agachada debido a la poca altura de aquélla (Spegazzini 1882: 163). De ser muchos, rodeaban el área de combustión central en dos o tres apretadas hileras concéntricas (Lovisato 1884).

En cuanto a normas sociales directamente relacionadas con el ordenamiento o la división del espacio social (la localización de individuos en un lugar determinado), la información etnográfica recoge tres aspectos. En primer lugar, tal y como se expuso anteriormente (capítulo 3; ver también la Figura 6.2), existía una división sexual del espacio, aunque no estricta, en base al eje de la entrada: hombre y mujer solían sentarse a cada lado de la entrada.

En segundo lugar, son varios los autores que señalan la existencia de una ubicación determinada para la esposa o esposas del “jefe de familia” (Martial 1888; Gusinde 1937: 645, 754; T. Bridges 1987: 114, 173, 628). En este sentido, Gusinde recoge que la segunda mujer se llama *uidag (aki)*, nombre que viene dado porque su lugar «en la

choza del marido es del lado superior o interior» (Gusinde 1937: 754). Gusinde toma la definición de Bridges (1987), el cual en su diccionario recoge la manera de denominar a las diferentes mujeres con términos geográficas-espaciales. Curiosamente, también parece haber una relación entre el concepto Oeste y la segunda y tercera esposa. De esta manera:

- «A doorway, the entrance into a house (...) The first wife whose place is the door side of her husband» (1987: 628).
- «at or on the upper, inner, or Western side or end of (...) The second wife, when there are two, because her place was on the upper or inner side of her husband in the wigwam» (1987: 114).
- «The one, or that furthest Western, as the Westernmost of a chain of islands. The latest of three wives, i.e. the one whose place is furthest from the door of the wigwam» (1987: 173).

En tercer lugar, la etnografía también documenta la segregación de niños y niñas en el área de descanso (área de reproducción) durante la noche. Hyades y Deniker (1891: 573) dicen expresamente «Pendant la nuit, les garçons et les filles forment d'ailleurs des groupes separees suivant les sexes». Por su parte, Gusinde insiste en varios momentos sobre la segregación espacial de niños y niñas:

- «la madre prepara la cama del varón separada de la de la niña, en la pequeña zona familiar», de la misma manera que « En la canoa se sientan este y aquella, cada uno a un lado del fuego» (1937: 709).
- «Los yámana son demasiado inteligentes como para separar totalmente a los niños de un sexo de los del otro, infundiéndoles un temor exagerado. Nadie impide que los niños estén juntos en público y en lugares abiertos; pero se cierra el camino a la escapada clandestina, que se busca conscientemente para sustraerse a la observación» (1937: 710).
- «El comportamiento de los adultos propicia, no poco, el alejamiento de los niños de uno y otro sexo» (1937: 711).
- «Los padres y adultos ya han enseñado a sus hijos desde su primera juventud a tratar sólo con sus iguales. Dicen muy abiertamente. "Si no acostumbramos 'a nuestros

hijos desde temprano, que los varones sólo deben tener trato con los varones y las niñas sólo con las niñas, *no lograremos más tarde mantener separados a ambos sexos*. ¡Entonces no obedecen a sus padres a pesar de las amenazas y se permiten todo tipo de secretos!" (énfasis añadido, 1937: 718).

Por último, queda señalar una observación de Martial, según el cual, en situaciones de mucha gente, «pequeñas lumbres suplementarias [en la periferia, se entiende] en cuya intermediación se ponen las mujeres y los niños que no han podido encontrar colocación cerca de la principal» (2005: 218).

Todos estos comentarios etnográficos deben ser considerados con precaución, puesto que como se ha comentado con anterioridad suelen ser observaciones puntuales, y una norma implica por esencia una recurrencia. El vocabulario, en este sentido, podría considerarse más significativo. En cualquier caso, estas supuestas pautas sociales deben ser tomadas como hipótesis a verificar durante el análisis de las interrelaciones espaciales.

6.1.4.2 Localización de áreas de producción y consumo

La información etnográfica es suficientemente detallada como para permitir elaborar una hipótesis general de partida sobre la localización de determinadas áreas de producción y consumo (Tabla 6.1). Por supuesto, se trata de un modelo incompleto, debido a una atención menor recibida en las fuentes etnográficas en comparación con otros aspectos como las técnicas o estrategias implicadas en los procesos de producción, o la descripción formal y estilística de los bienes materiales. Y, sobre todo, hace falta insistir, se trata de un modelo, una hipótesis a verificar. Por último, cabe señalar que se incluyen también los procesos de reproducción, aunque en esta fase de la presente propuesta no se va a plantear, de momento, su investigación.

Tabla 6.1 Localización de determinados procesos de producción y consumo según los datos etnográficos sobre los grupos yámana.

Actividad	Referencia	1	2
Comer, dormir, conversar	Hyades y Deniker 1891: 344	U	AOP
Cocinar	Gusinde 1937: 564	M	AOP + AC
Cocinar moluscos	Gusinde 1937: 564		AOP + AC/EC

Descamar pescado y cocinar en brasas	Gusinde 1937: 564	M	AOP + AC/EC
Eviscerar, limpiar y desplumar (plumas grandes)	Gusinde 1937: 543	M	UDO (playa o riachuelo)
Desplumar (plumas pequeñas) y cocinar	Gusinde 1937: 543	M	AOP + AC
Eviscerar y descuartizar animales grandes	Gusinde 1937	H	UDO
Curtido de la piel	Gusinde 1937	M	UDO
Mantener el fuego	Lothrop (1928 a: 180); Gusinde (1937: 582)	M	AOP + AC → AD
Fabricación de puntas de arpón	Hyades y Deniker 1891: 220	H	AOP
Cinceles de valva	Hyades y Deniker 1891: 220	H	AOP
Correas de cuero	Hyades y Deniker 1891: 220	H	AOP
Canastos	Hyades y Deniker 1891: 220	M	AOP
Collares de conchillas	Hyades y Deniker 1891: 220	M	AOP
Pinturas faciales		M	AOP
Trenzas de tendones	Hyades y Deniker 1891: 220	M	AOP
Mantenimiento (barrido)	Colvocoresses 1852; Lothrop 1928, 131	-	AOP
Mantenimiento (secundario)	Martial (1888: 189)	-	AOP → AD
Mantenimiento preventivo (toss)*	Gusinde (1937: 408-410)	U	AOP + AC
Parto	Copper 1946, 97	M	AOP
Necesidades fisiológicas	Gusinde 1937	U	Periferia UDO

Columna 1: Colectivo social al que se le atribuye la realización de la actividad: M = Mujer; H = Hombre; U = Toda la unidad social. Columna 2: Localización de la actividad: AOP = Área de ocupación principal; UDO = Unidad de ocupación (fuera AOP); AC = Área de combustión; AD = Área de desechos. Las flechas indican origen y destino de la unidad analítica; + uso combinado.

(*) Desechos de producción de alimentos, pieles, cuero... arrojados al fuego para su destrucción.

De los diferentes datos etnográficos, incluido el material gráfico, se pueden deducir la localización de otros procesos de trabajo. Así, el hecho de que los arpones ensamblados se clavaran en la entrada de la choza o en un lateral (Gusinde 1937: 221), puesto que no cabían en el interior de la estructura del AOP, permite deducir que la producción del mango de los arpones (raspado, pulido de madera) se llevaba en el exterior de la AOP, presumiblemente en el lado exterior de la entrada a la AOP.

Por último, los datos etnográficos también permiten definir el contenido esperado en las subunidades de conchero o áreas de desecho (Tabla 6.2).

Tabla 6.2 Materiales observados (etnográfica y/o arqueológicamente) en concheros yámana

Restos materiales	Referencia
Valvas	Gusinde (1937: 583)
Cenizas	Gusinde 1937: 585-589; Lothrop (1928: 178)
Huesos de pinnípedo	Spencer [1929] 1951: 59, 62 y 63
Huesos de ave	Spencer [1929] 1951: 59, 62 y 63
Huesos de ballena	Spencer [1929] 1951: 59, 62 y 63
Puntas de flecha	Spencer 1929 (59, 62 y 63))
Instrumentos	Spencer [1929] 1951: 59, 63 y 74
Desechos de producción lítica	Gusinde 1937: 585-589; Lothrop (1928: 178)

Piedras termóforas	Gusinde (1937: 583)
Restos humanos	Furlong: 1917: 429; Gusinde 1937: 583; Spencer 1951: 74 y 85

6.2 El registro arqueológico del canal Beagle (Tierra del Fuego)

6.2.1 El medio natural

Los yacimientos estudiados están situados en la Isla Grande de Tierra del Fuego (Argentina), en la costa norte del canal Beagle. Esta isla es la mayor de las islas que forman el archipiélago fueguino, que se extiende al sur del Estrecho de Magallanes hasta el Cabo de Hornos. Topográficamente en la Isla Grande encontramos dos áreas contrastadas. Al norte predomina la llanura, al sur y al oeste se extiende un relieve abrupto formado por los últimos contrafuertes de la Cordilla de los Andes, aquí llamada Cordillera Fueguina. A pesar de que la altitud no es excesiva (la máxima es 1450 m), la proximidad del mar, la humedad constante y la latitud hacen que junto al canal Beagle el límite de la nieve permanente se baje hasta los 900 m. Actualmente el hielo se encuentra confinado a las altitudes. Aunque no existen ríos de gran caudal, sí hay muchos riachuelos fruto del deshielo que proveen de agua potable a lo largo de la costa.

El clima puede considerarse frío y húmedo, con influencia oceánica que modera la amplitud térmica diaria y estacional, y con vientos predominantes del SO. Un alto porcentaje de los días el cielo está nublado. La temperatura media anual es de 5,3° C. Enero es el mes más cálido con una media de 9,2 °C y julio el más frío con 1,1 °C positivo (Piqué i Huerta 1999: 92-93).

El viento es un elemento muy importante en el área, su componente predominante es del SO. Sólo se verifican 32 días al año con calma total. Se observa una variación anual en intensidad, por debajo de la media en otoño-invierno y por encima en primavera-verano. Así, el viento se convierte en la característica climática más condicionante, sobre todo cuando la exposición al viento se combina con bajas temperaturas, ya que da la impresión de baja sensación térmica.

Las precipitaciones, de baja intensidad, se distribuyen homogéneamente durante todo el año. Lluvia durante casi todos los días, produciendo alrededor de 535 mm anuales. La nieve es relativamente abundante de mayo a septiembre. La variabilidad estacional es

muy importante en términos de radiación solar. En verano, las horas diurnas llegan a ser cerca de 18 horas continuadas, mientras que en invierno apenas son 7 las horas de luz.

A nivel geológico, las cordilleras de la Isla Grande se adscriben a la formación terminal de los Andes de la Tierra del Fuego. Sobre un basamento metamórfico altamente deformado (Formación Lapataia), de edad paleozoica, se apoya la Formación Lemair (Jurásico medio a superior), compuesta por rocas piroclásticas ácidas. Sobre esta formación se asientan las diferentes facies de la Formación Yahgan (Cretáceo inferior), caracterizadas por la presencia de rocas pelíticas, ofiolíticas y secuencias turbidíticas que permiten reconstruir los diversos ambientes de su sedimentación. Finalmente, depósitos glaciales y aluviales constituyen extensas llanuras de turba (Terradas 2001: 187).

La vegetación al sur de la Isla Grande es de tipo boscosa, arbustiva y de pastizal. En lo que se refiere a las plantas leñosas, se encuentra dominada principalmente por el bosque magallánico perennifolio y el bosque magallánico caducifolio. Los árboles del género *Nothofagus* son los componentes dominantes de estos bosques, básicamente lenga (*Nothofagus pumilio*), ñire (*Nothofagus antártica*) y guindo (*Nothofagus betuloides*). Las comunidades arbustivas se encuentran principalmente en los márgenes y los claros del bosque, compuesto por *Berberis buxifolia* (calafate), *Berberis illicifolia* (michay), el maitén o leña dura (*Maytenus magellanica*), o el canelo (*Drimys winteri*), este último especialmente en bahías separadas con humedad abundante. Además existen en la isla más de 500 especies de plantas no leñosas, aunque hay gran disponibilidad de comestibles de origen vegetal (Mameli y Estévez 2004: 35).

En el interior de la Isla Grande tampoco existe gran cantidad de especies animales. Entre la fauna silvestre nativa de la isla vinculada al ambiente terrestre destaca, en primer lugar, un herbívoro terrestre, el guanaco (*Lama guanicoe*). También figura el zorro colorado (*Dusicyon culpaeus lycoides*), roedores silvestres (p. ej. *Akodon sp.*) y murciélagos (*ibíd.*: 36). La riqueza de especies animales es mucho mayor en las costas marinas de los canales fueguinos: pinnípedos, nutrias, aves, mejillones y otros moluscos, crustáceos y peces, y en algunas ocasiones determinados cetáceos (*ibíd.*: 37). El ciclo estacional determinaba la abundancia y variación de las especies animales más importantes, excepto en el caso de algunas aves y, por supuesto, de los mejillones. Sin embargo, toda la franja litoral del canal Beagle ofrecía unas condiciones homogéneas y

no excluyentes desde el punto de vista de las condiciones de subsistencia humana (Orquera y Piana 1999).

6.2.2 El medio histórico

La Isla Grande de Tierra del Fuego es un lugar privilegiado para este tipo de investigación. La costa del Canal Beagle tiene un ecosistema relativamente poco alterado, con una alta visibilidad y abundancia de yacimientos arqueológicos. Además, desde 1975 la zona es objeto de un extenso trabajo arqueológico que ha permitido recuperar una secuencia cronológica con hasta seis milenios de antigüedad (p.ej. yacimientos de Túnel I, 6680 ± 210 BP, o Lancha Packewaia, 4020 ± 70 BP: Orquera y Piana 2009).

6.2.3 El proyecto de investigación sobre etnoarqueología en la costa norte del canal Beagle

Durante el primer proyecto, “Contrastación arqueológica de la imagen etnográfica de los canoeros magallánico-fueguinos de la costa norte del Canal Beagle” (1986-1994) el objetivo fue caracterizar en lo esencial la imagen etnográfica de la sociedad yámana (Estévez y Vila-Mitjà 1996) y averiguar si la propuesta de Contradicción Principal (Estévez et al. 1998) funcionaba, y en qué medida, para este tipo de sociedades que no controlan la reproducción de sus recursos. La realización del proyecto requirió primero el análisis crítico y la sistematización de las fuentes escritas e iconográficas, así como la revisión desde una óptica arqueológica de la casi absoluta totalidad de los materiales de los museos etnográficos (Estévez y Vila-Mitjà 2006a). El siguiente paso fue la evaluación arqueológica, mediante la primera excavación de un asentamiento, Túnel VII, un conchero de la época del contacto europeo localizado en la costa sur de la Isla Grande de Tierra del Fuego.

En el siguiente proyecto “*Marine Resources at the Beagle Channel prior to the industrial Exploitation: An archaeological Evaluation*” (1994-1997), el objetivo fue investigar la curva de temperatura paleoclimática a lo largo de los últimos 6.000 años y realizar una aproximación general al sistema de explotación de recursos a lo largo de la

escala temporal considerada (Albero et al. 1997). En este sentido, se compararon los recursos marinos representados en el registro arqueológico con los etnográficos y los actuales para evaluar las desviaciones y las modificaciones ocurridas. Se excavaron dos yacimientos arqueológicos, Lanashuaia (Piana et al. 2000) y Alashawaia, contemporáneos a Túnel VII pero situados a 60 km de distancia y enclavados en un biotopo bien distinto, para evaluar la variabilidad en los asentamientos y contrastar las hipótesis surgidas en las campañas anteriores.

A continuación, con el proyecto “Sociedad y Ritual de los últimos cazadores-recolectores del Canal Beagle (Argentina)” (2000-2001) se cubrieron los aspectos relacionados con los procesos de reproducción social. Dada la importancia crítica de los procesos de mantenimiento del sistema a través de las actividades específicamente destinadas al refuerzo de los roles sexuales-sociales y, al mismo tiempo, de la criticalidad de la información que se puede obtener a partir de las actividades funerarias, necesitábamos excavar un contexto singular vinculado a actividades no cotidianas de reproducción social y un contexto funerario. Con tal objetivo se localizó y excavó la choza ritual construida en la Estancia Remolinos (Vila 2004; Vila et al. 2004), en la cual se había celebrado en 1920 una ceremonia Ciexaus. Esta ceremonia colectiva de iniciación fue registrada minuciosamente por Gusinde (1937). Asimismo, también se excavó el contexto funerario Mischiuen III, el enterramiento de una mujer joven en un abrigo rocoso (Vila, Casas, et al. 2006).

Al año siguiente (2001-2002), el objetivo principal del proyecto “Desarrollo de nuevos sistemas de registro tridimensional” fue la incorporación de un sexto yacimiento – Mischiuen VIII– con el objetivo de experimentar sobre el uso de GIS y el registro digital de imágenes computarizadas para facilitar la recuperación de un registro tridimensional, su evaluación en tiempo real y la representación estratigráfica detallada de las subunidades aisladas con el método desarrollado para su excavación.

Los dos proyectos desarrollados entre 2002 y 2005: “Sociedad y ritual en grupos cazadores-recolectores: El uso del bosque como espacio ritual entre los Selk’nam de Tierra del Fuego” y “Ritual en grupos cazadores-recolectores: Espacios rituales y espacios domésticos entre los Selk’nam de Tierra del Fuego (Argentina)” tuvieron como objetivo investigar sitios rituales y de habitación selk’nam junto a la costa oriental de Tierra del Fuego. En este marco, se analizó la variabilidad de dos yacimientos

relacionados, *Ewan I* y *Ewan II* (Vila-Mitjà et al. 2004, Piqué y Mansur 2012), evaluando su posible caracterización mediante el registro arqueológico.

A modo de síntesis, en el desarrollo de los proyectos descritos se han llevado a cabo excavaciones arqueológicas en cinco asentamientos, en dos inhumaciones y en dos cabañas ceremoniales de las agrupaciones indígenas fueguinas yámana y selk'nam.

6.2.4 Los yacimientos analizados

Los yacimientos Túnel VII y Lanashuaia I se excavaron en el marco de los proyectos descritos en el apartado anterior, por lo que su selección obedece a que presentaban características que permitían contrastar las hipótesis de trabajo planteadas en estos mismos proyectos. Los resultados de la excavación y el análisis de ambos yacimientos han sido publicados y, especialmente en el caso de Túnel VII, existe un número muy abundante de trabajos en el que se describen todos los aspectos de interés. A continuación,

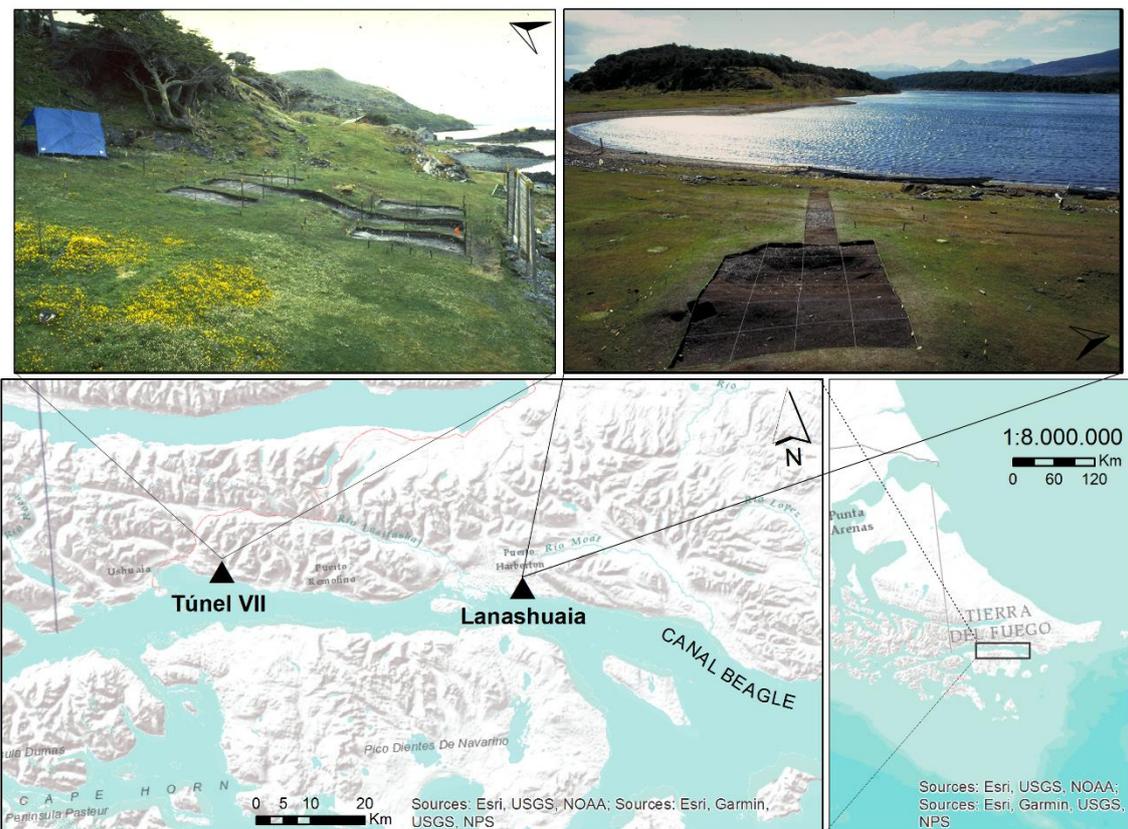


Figura 6.3 Mapa del canal Beagle con la localización de los dos yacimientos tratados en este trabajo

6.2.5 El yacimiento de Túnel VII

Túnel VII está situado en la playa de una pequeña cala abrupta (40x20 m) en la orilla norte del Canal Beagle (54° 49' 15'' S, 68° 09' 20'' W) (Orquera 1995: 47).

La excavación abarcó un área de 32m² dejando al descubierto una UDO consistente en una corona de residuos compuesta por depositaciones de concheros en cuyo centro una concavidad rellena mayoritariamente de humus había sido originalmente el centro de una serie de cabañas superpuestas. Una serie de pequeños hoyuelos en esta corona se pudieron interpretar como los agujeros de palos que sostuvieron la superestructura de dichas cabañas sucesivas de planta circular con un diámetro aproximado de 3.5m (Estévez y Vila 2006). Estas estructuras se corresponden con las cabañas normales yámana descritas en la información etnográfica (ver Piana y Orquera 2010). El sitio fue datado mediante el radiocarbono y la dendrocronología hacia el final del siglo XVIII y principios del XIX (Piana and Orquera 1995).

El sistema de excavación desarrollado permitió aislar pequeñas subunidades estratigráficas de conchero y humus intercalados con lo que fue posible diseccionar el palimpsesto en una secuencia muy fina. (Orquera 1995). En el centro de la UDO se identificaron 11 asociaciones de elementos de combustión, con un grosor variable y coherentemente estratificado de sedimentos termoalterados cuya superposición permitió identificar y aislar 10 episodios de ocupación (Wünsch 1991; Orquera 1995; Piquè 1999). (Figs. 6.4 y 6.5). Excepto el área de combustión más reciente (AC1) y la AC4 el resto fueron prendidas sobre una base preparada consistente en una superficie de pequeños guijarros (para una revisión exhaustiva del registro puede consultarse el repositorio <https://digital.csic.es/handle/10261/164703>).

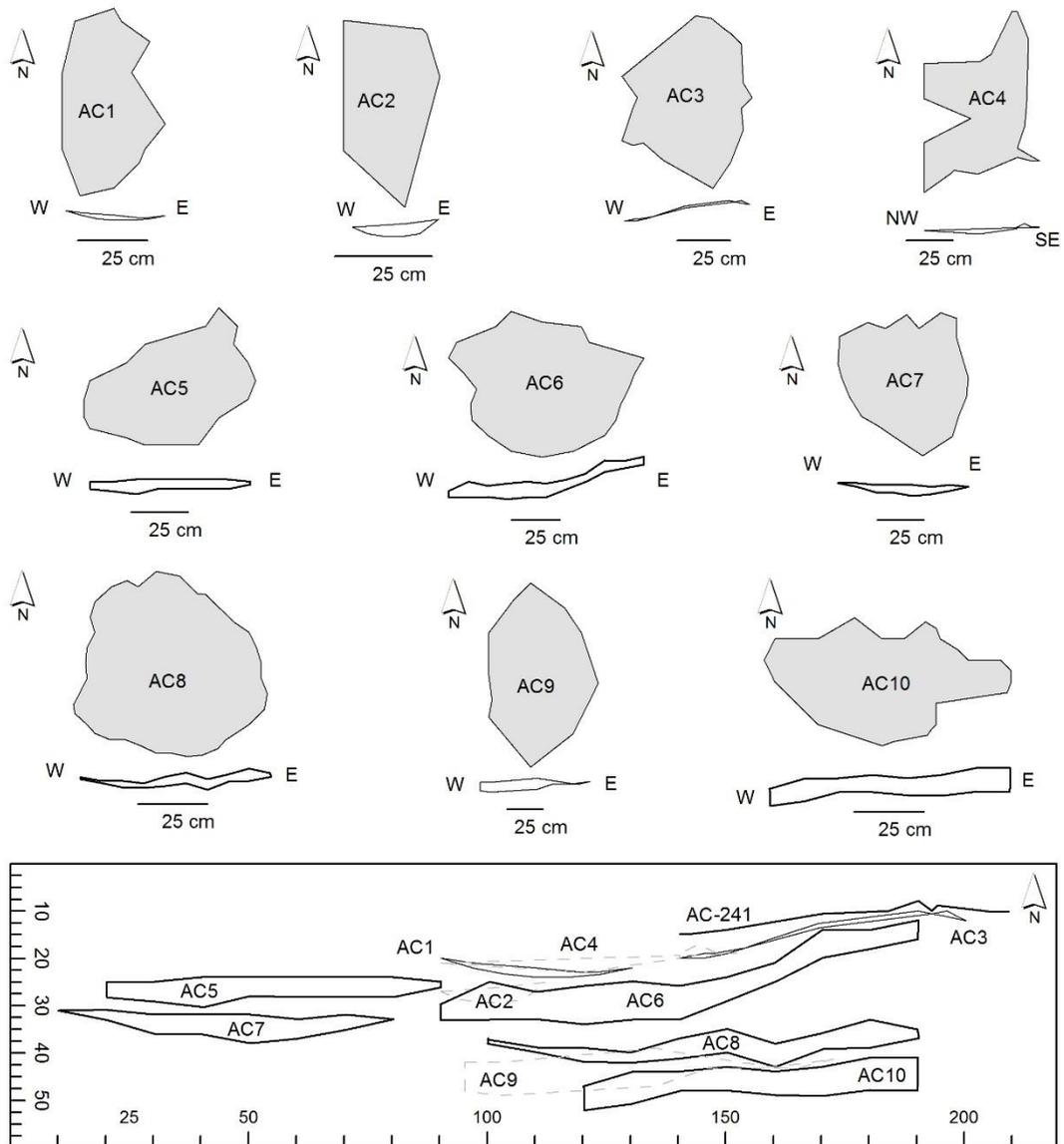


Figura 6.4. Arriba: plantas de las ACs de Túnel VII Abajo: secciones EW en la coordenada Y (N-S) = 150 cm mostrando las superposición de los sucesivos fogones. Las líneas punteadas representan los fogones que son cortados en otra coordenada Y.

Entre esas capitas termoalteradas un sedimento humoso separaba unos hogares de los siguientes con la excepción del AC6 que reutilizó el mismo espacio que el anterior AC8. (Fig. 6.4 y tabla 6.3). Esta evidencia permitió identificar pues al menos 9 o 10 episodios sucesivos de ocupación (denominados desde el A, el más antiguo, hasta el J, el más reciente). Después de esta última ocupación la concavidad que marcaba la ubicación central de la cabaña fue colmatada con depósitos procedentes de otro centro de ocupación y con humus formado después de la última ocupación yámana. (Estévez and Vila 2006; Vila et al. 2009).

Se han realizado ya análisis estadísticos y distribucionales parciales (Wünsch 1995; Estévez y Clemente Conte 2013; García-Piquer y Estévez 2018), análisis del contenido de moluscos (Verdún-Castelló 2011) y de las correlaciones espaciales de las sub-unidades estratigráficas (Vila et al. 2009). La microestratigrafía y los estudios de los procesos de formación del sitio han sido también contrastados con los análisis de estacionalidad y los remontajes y rearticulaciones del material faunístico (Verdún et al. 2010). También se han realizado análisis micromorfológicos para verificar esos procesos de formación del sitio (Balbo et al. 2010; Villagran et al. 2011) y se ha acabado recientemente el análisis de la composición química de los sedimentos de los hogares.

Tabla 6.3. resumen de los datos contextuales y estacionales de las áreas de combustión de Túnel VII.

Muestra	Contexto	Episodio	estación	long. ocupación	Temp ^g	Intensidad térmica
AC10	AC10(B470)	AB	Invierno	Corta	500-600	MEDIA
AC9	AC9(B467)	C	Invierno	Corta	—	BAJA
AC7	AC7(B440)	D	Ver-Otoño	Corta-Larga	—	ALTA
AC8	AC8(B425)	E	Invierno	Larga	500-600	MEDIA
AC6	AC6(B395)	F	Primavera	Larga	MIXTA	BAJA
AC5	AC5(B365)	G	Otoño-Invierno/ Prim.-Verano	Corta	350-450	BAJA
AC4	AC4(B290)	H	Prim.-Verano	Corta-Larga	350-450	MEDIA
AC3	AC3(B290)	H	Prim.-Verano	Corta-Larga	—	MEDIA
AC2	AC2(B290)	H	Prim.-Verano	Corta-Larga	—	MEDIA
AC1	EC1(B290)	H	Prim.-Verano	Corta-Larga	—	MEDIA
—	AC1(B241) ⁹	J	Ver-Otoño	Corta	—	—



Figura 6.5. Túnel VII mostrando el área AC1 (a) y dos superficies de sedimentos termoalteradas superpuestas. Estructuras de combustión de Lanashuaia I: sección E-W del área de combustión central AC3 (c); guijarros termoalterados junto a sedimentos con elevado contenido graso (d); Otra acumulación de guijarros termoalterados al occidente sin asociación de sedimentos grasos (e).

5.2.5 El yacimiento de Lanashuaia I

Lanashuaia I se ubica a 60 km al Este de Túnel VII (54° 52' 48.79'' S, 67° 16' 22.77'' W), en un biotopo muy diferente de relieves suaves. LI es una de las estructuras anulares que cubren un istmo entre las bahías interior y exterior de la península de Cambaceres (Piana et al. 2000). La excavación cubrió 114 m², afectando a una UDO y toda el área circundante (Verdún et al. 2015). Al igual que en el yacimiento anterior, una serie de huellas de palos marcaban el perímetro de una cabaña de circa 3–4 m de diámetro (Fig. 6.6#), cuya entrada estaba orientada hacia la playa. El área central había sido ligeramente re-excavada al principio de la ocupación aprovechando el relieve original de una antigua berma de tormenta (Verdún et al. 2015). A diferencia de Túnel VII, la evidencia de LI sugiere un solo o, como máximo, dos episodios de ocupación. (Verdún et al. 2015).

Se utilizó el mismo sistema de excavación que en Túnel VII, identificando finas subunidades estratigráficas. Aquí se identificaron 3 áreas de combustión principales: el

hogar central (AC3), que fue prendido probablemente en dos momentos consecutivos en el centro de la concavidad había producido una termoalteración muy gruesa (3 a 4 cm) alongada (80 × 50 cm) de los sedimentos (Fig. 6.5c). Un segundo hogar estaba situado a la entrada de la cabaña (AC1) y fue prendido parcialmente sobre los mismos guijarros de playa y una depositación de conchas (subunidad C15). Después fue cubierto por más depositaciones de conchas (subunidad C10) lo que permitió la conservación de cenizas y carbones. Finalmente otro hogar (AC-B11) estaba prendido directamente sobre los guijarros basales, situado al aire libre detrás de la cabaña y rodeado de un área con residuos de talla (Verdún et al. 2015).

Existían también otras pequeñas estructuras de combustión menores y puntos con sedimentos termoalterados: EC60, EC60-2 and EC2. Esta última estructura está encima de una superficie preparada de pequeños (1cm. de diámetro) guijarros termoalterados. Estas estructuras están rodeadas y cubiertas con sedimentos que se han interpretado como vaciados y limpieza de sedimentos de hogares. La mayor parte de estas asociaciones de elementos de combustión fueron tapadas por la subunidad de conchero principal (C5). Finalmente se localizaron 3 acumulaciones de guijarros termoalterados de tamaño medio en el exterior de la cabaña: una al Este en la parte trasera y en la base del conchero (Fig. 6.5e). y otras dos acumulaciones una al Sur y otra al Sudoeste de la cabaña están junto a manchones de sedimento negruzco con alto contenido de grasa (Fig. 6.5d).

7 Métodos

7.1 Modelización de los procesos de producción y consumo

Se ha diseñado un modelo de análisis de los bienes materiales de la sociedad yámana a partir de la categorización de una secuencia de trabajo partiendo desde la socialización del recurso natural hasta el consumo y mantenimiento del producto, pasando por las sucesivas etapas de transformación de la materia prima. El siguiente modelo ha sido aplicado a cada bien material registrado etnográfica o arqueológicamente. Se hace énfasis en los diferentes subproductos que pueden producirse en cada una de estas etapas, entendida su asociación como significativa a la manera de un indicador arqueológico. La información necesaria para la generación de cada modelo concreto procede de diversas fuentes:

- 1) del análisis *arqueológico* (de producción) de los objetos adscritos a grupos yámana que forman parte de las colecciones de diversos museos etnográficos del mundo (REFS); **análisis de producción y de forma**
- 2) del análisis crítico y contextualizado de la literatura etnográfica (REFS); **análisis de forma**
- 3) del análisis de la evidencia arqueológica recuperada en yacimientos de la costa del canal Beagle y, fundamentalmente, en Túnel VII; **análisis de producción**
- 4) de las conclusiones extraídas de diferentes experimentaciones con procesos de producción con el objetivo de poder analizar la antedicha evidencia arqueológica, especialmente en lo que hace referencia a los procesos de producción-consumo de los bienes instrumentales en materia lítica y ósea; **análisis de producción y función**
- 5) finalmente, de hipótesis extraídas de un análisis general de la causalidad económico-social en sociedades con unas relaciones sociales y un desarrollo tecnológico propio del *modo de producción* cazador-recolector-pescador. **Análisis de función**

En total se han generado en torno a un centenar de modelos de producción-consumo correspondientes a la práctica totalidad de bienes materiales analizados, incluyendo: bienes de consumo directo (alimentos y bebida) y de consumo indirecto. Entre estos

segundos se ha discriminado según un criterio de finalidad, distinguiendo entre *bienes instrumentales* o herramientas (que participan activamente en el proceso de producción); *bienes utilitarios* o útiles (que participan pasivamente en el proceso de producción, principalmente como receptores o contenedores de materia prima); *bienes productores de las condiciones de vida* o BPCV; por último, *bienes reproductores de las condiciones de vida* o BRCV.

La generación de este modelo en general y de cada uno de los modelos particulares tiene un doble objetivo: 1) calcular la variable tiempo en cada secuencia de trabajo (y su acumulación en el bien material consumido) en base al *valor real u objetivo*; 2) proporcionar un modelo completo de los restos arqueológicos (es decir, de los subproductos) que indican un área de producción.

Para facilitar el entendimiento de los modelos expuestos en el próximo apartado, cabe señalar unas pocas consideraciones. En primer lugar, y por razones analíticas anteriormente expuestas, se ha segmentado cada proceso de producción y ordenado temporalmente con una dirección Naturaleza-Hombre/Mujer. Sin embargo, y en coherencia con la argumentación también desarrollada más arriba, se ha intentado reflejar en los modelos esta unidad de opuestos entre producción-consumo, la constante circulación de una etapa de la materia a otro. Así, cada materia prima es potencialmente incluida como **Bienes** socialmente acumulados, los cuales a la vez intervienen a través del **Trabajo** en cada etapa de la secuencia. Finalmente, los **Bienes de consumo** en tanto que productos pueden ser almacenados, amortizados y/o consumidos. En el caso de su consumo, en el caso de los bienes de consumo indirectos, pueden ser desechados o sometidos a un trabajo de mantenimiento, reañadiendo valor para un posterior consumo, generando un ciclo de consumo-mantenimiento-consumo hasta su descarte final.

En segundo lugar, no existe una identidad entre todas las etapas de la materia prima. Por ejemplo, una materia bruta (individualizada) corresponde en número a la materia obtenida; sin embargo, de una materia prima obtenida se pueden extraer una serie de materias primas (extraídas), cada una de las cuales puede convertirse potencialmente (socialmente) en objeto de trabajo de otro proceso de producción. El resto de la materia prima obtenida no extraída pasa a ser un subproducto del trabajo de extracción. De la misma manera puede suceder durante la etapa de elaboración o formatización. En el modelo, se registran fuera del circuito y se remarcan en subrayado.

En tercer lugar y último lugar, se ha procedido a señalar en el modelo los diferentes bienes instrumentales, utilitarios y/o BPCV que intervienen en cada etapa de la secuencia de trabajo (izquierda), así como la descripción de las actividades concretas a las que corresponden (derecha). Aquellas actividades cuya ejecución es opcional y deriva de gustos personales (p. ej. pintar un arco) o particularidades de la materia prima (p. ej. enderezar mediante acción térmica una costilla), especialmente en el caso del trabajo de elaboración y/o formatización final, han sido registradas entre [entre corchetes].

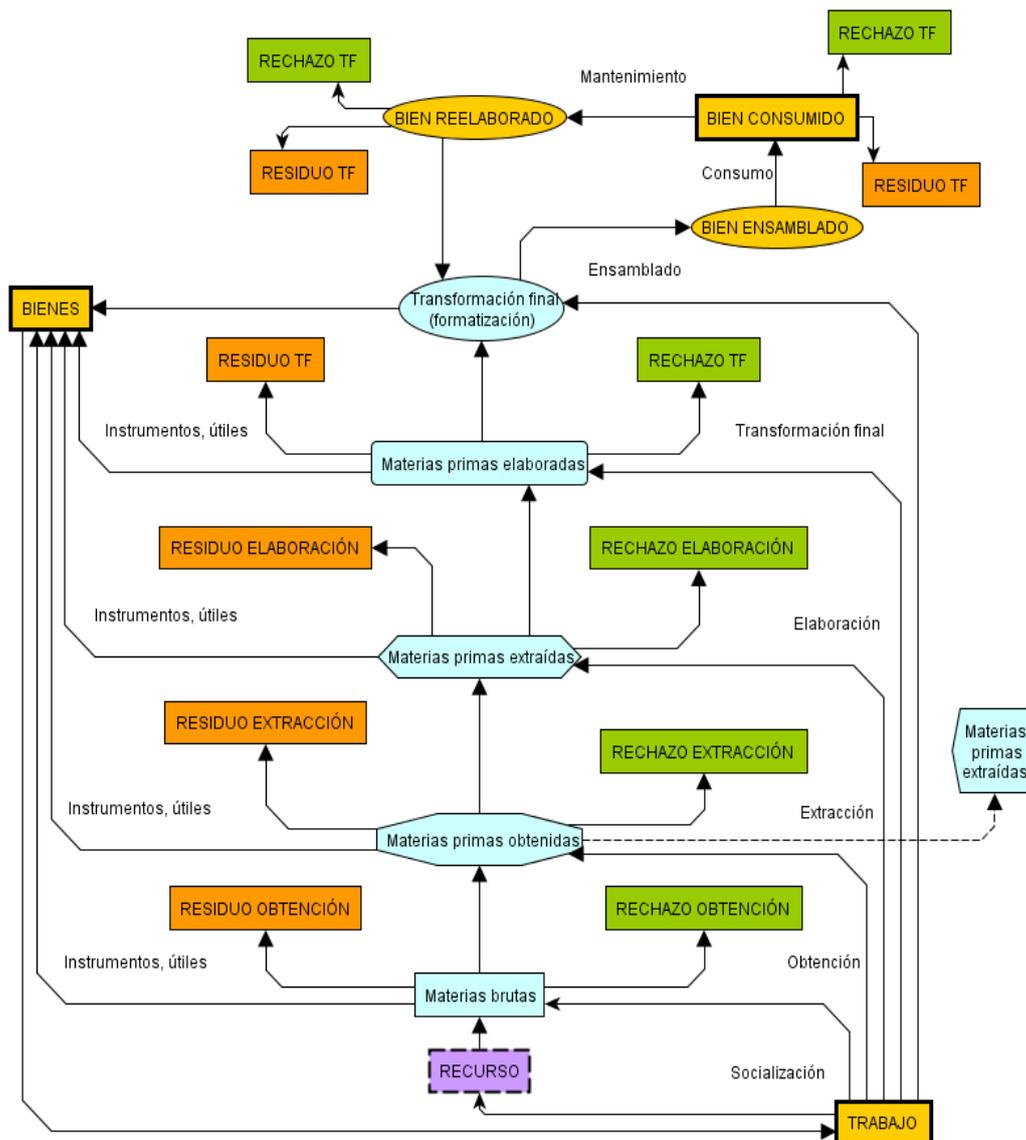


Figura 7.1 Esquema-base para la modelización de los procesos de producción y consumo yámana

7.2 El cálculo del valor social

7.2.1 Índices para el cálculo del valor real de los bienes materiales

El cálculo del valor real de los bienes materiales de la sociedad yámana se realizado a partir de la aplicación de los índices propuestos en trabajos anteriores (Barceló et al. 2006; Vila-Mitjà et al. 2010; Pérez-Rodríguez et al. 2016).

Estos índices han sido aplicados a cada secuencia de cada uno de los procesos de producción modelizado. En el caso de las secuencias de obtención de la materia prima, se aplican los siete índices. A partir de la secuencia de extracción, solamente se aplican 3 índices (TT, CT y FT):

Tiempo de trabajo (TT)

1. Directo
2. Jornada parcial
3. Jornada completa
4. Varias jornadas

Tiempo de acceso relativo (TAR)

5. < 500 m
6. 500-5km
7. 5-20 km
8. > 20 km

Peso transportado (PT)

1. < 5 kg
2. 5-20 kg
3. 20-40 kg
4. 40 kg

Disponibilidad temporal (DT)

1. Constante
2. Frecuente
3. Cíclico
4. Esporádico/aleatorio

Disponibilidad espacial (DE)

1. Continua
2. Discontinua
3. Concentrada
4. Puntual

Complejidad técnica (CT)

1. Directa, sin instrumentos
2. Simple, con 1 instrumento
3. Simple, con más de 1 instrumento
4. Compleja, con varios instrumentos

Fuerza trabajo (FT)

1. Una persona
2. Dos personas
3. Unidad social simple
4. Colectivo

Cabe señalar que el valor real resultante de la aplicación de estos índices será un valor relativo, es decir, este valor sólo tiene un sentido en relación con el valor del resto de

bienes materiales yámana, ya que depende del tiempo socialmente necesario para producir un bien material x en una misma sociedad.

Al margen de la cuantificación, con motivos clasificatorios, también se asignó a cada secuencia de trabajo la siguiente información:

	Sexo trabajo (SX):	Localización secuencia (LOC):	Inferibilidad (INF)
M	Masculino	1 Exterior	1 Directa
F	Femenino	2 Periferia externa	2 Indirecta
m	Infantil masculino	3 Periferia	3 Inferenciable
f	Infantil femenino	4 Interior	4 No visible
		5 Sin determinar (interior o periferia)	

Índice de amortización (IA) = tiempo hasta la amortización (y desecho) del bien producido.

- 1 = Inmediata (1 día)
- 2 = Rápida (1 – 10 días)
- 3 = Moderada (10 – 60 días)
- 4 = Larga (Más de 60 días)

7.2.2 Propuesta de índices cárnicos para el cálculo del valor de uso de los bienes de consumo directo

Con el objetivo de elaborar un índice de utilidad cárnica o, lo que es lo mismo, de calcular el valor de uso de una pieza de carne extraída y elaborada, se ha procedido a la extrapolación de los pesos medios de los animales en concreto y su aplicación a los pesos de carne por parte anatómica obtenidos en réplicas experimentales publicadas. Ello se ha podido llevar a cabo en el caso de los pinnípedos (James M. Savelle et al. 1996; Borella et al. 2014), de los guanacos (De Nigris y Mengoni Goñalons 2005) y aves (Tivoli y Pérez 2009).

Pinnípedos:

En el caso de los pinnípedos, hay información abundante y existe el detallado trabajo de Savelle et al. (1996) y de Schiavini (1993). También se ha utilizado otras fuentes de información, sobre todo para caracterizar a neonatos (Borella et al. 2014; Borella et al. 2016).

Tabla 7.1 Pesos por edad de las dos especies de pinnípedo en el canal Beagle

Edad	Años	Otaria flavescens		Arctocephalus Australis	
		M	H	M	H
Neonato	0 a 12 meses	17 – 50	10 – 40	5,5 – 19,1	3,3 – 11,9
Juvenil	1-5	50 - 150	40 - 80	27,2 – 55,2	16,7 – 32,8
Subadulto	5-8	150 - 250	80 - 120	60-2 – 120	35,6 – 39,9
Adulto	>8	250 - 354	120 - 144	120 – 200	41,5 – 55

Guanacos:

Se han calculado los valores por adulto, juvenil y cría a partir de los valores aportados por De Nigris y Mengoni (2005) para una llama adulto macho. Puesto que un guanaco tiene menos grasa que una llama, se han ponderado los valores en base al peso.

Aves:

Calcular la contribución al consumo vía individuos es esencial para conocer qué proporción del animal es aprovechable como alimento (i.e. el peso cárnico) e idealmente calcular el rendimiento nutricional (grasa, proteínas y kilocalorías). Los valores necesarios para estimar la cantidad de carne potencialmente aprovechable en aves específicas son limitados. Hasta el momento, los trabajos sobre índices de utilidad cárnica son escasos, y se han centrado principalmente en aves de tamaño considerable como rheas, emus y moas (Garvey et al. 2010; Giardina 2006; Smith 2011). La única excepción conocida por el autor es el trabajo de Tívoli y Pérez (2009) respecto al cauquén común.

Es por ello que generalmente se ha tendido a aplicar una ratio genérica para calcular el peso cárnico aviar, como la propuesta por White (1953). Este autor fue el primero en proponer que la diferencia de aporte cárnico por individuo debía ser medido en términos de la cantidad de carne “aprovechable” por cada especie. En el caso de las aves, White propuso considerar el 70% de la masa corporal aviar como carne aprovechable (White 1953: Tabla 14). Sin embargo, hace falta señalar que White basó sus cálculos en cantidades generalizadas a partir de estudios etnográficos del uso de animales de mayor tamaño que las aves (Best 2014: 113), las cuales habrían implicado probablemente un menor descarte y procesamiento: por ejemplo, en muchos casos las aves se despluman pero no se despellejan previamente a su cocción (Serjeantson 2009: 204).

En este sentido, Humphrey (1976) ha estimado el peso de la carne en aves en un 50% del peso del individuo (citado en Schiavini 1993: Tabla 3, 354). Por su parte, Coy (1982) calculó la relación entre el peso de los huesos y el peso de las carcasas de diez aves y siete mamíferos. El porcentaje de masa ósea en las aves oscilaba entre 4,2% en una agachadiza común (*Gallinago gallinago*) y 9% en un cisne blanco (*Cygnus olor*). El porcentaje de hueso es ligeramente inferior en las aves que en los mamíferos, aunque el rango no es muy diferente (5,3% para un *Sus scrofa* y 10,5% para un lobo salvaje). Según Coy, los animales con mayor porcentaje de masa ósea habrían muerto posiblemente después de haber perdido gran parte de su grasa corporal debido a una pobre alimentación; así, aquellos que tienen un bajo porcentaje de masa ósea reflejarían más fielmente la ratio en animales sanos (Serjeantson 2009: 93; Tabla de Coy en *ibid*:94, Table 4,7). Por último, cabe señalar que en su trabajo sobre el índice de utilidad cárnico del cauquén común, Tívoli y Pérez (2009) calculan un 55% de peso de carne y un 8,10% de masa ósea para el individuo analizado.

El uso de índices generalistas, tanto para aves como para el resto de animales, ha sido criticado de diversas maneras. Por un lado, se ha demostrado que las ratios de masa corporal:masa cárnica no sólo varían entre especies salvajes y domésticas, sino también con la edad, sexo y los cambios estacionales en el tamaño corporal (Smith 1985: 116). En efecto, uno de los problemas de calcular la cantidad de carne a partir del MNI en mamíferos es el uso del peso de un animal adulto para extrapolar la carne de un conjunto que puede contener restos de individuos maduros e inmaduros. Las aves inmaduras también pueden contener más grasa que sus equivalentes adultos; además, las aves juveniles pueden pesar incluso más que las adultas proveyendo más comida por captura y maximizando recursos (Best 2014: 121). Ello es una consideración importante para las aves marinas debido a la cantidad considerable de grasa en los individuos juveniles (en el caso de albatros errantes, por ejemplo, su masa corporal es aproximadamente 2 kg mayor: Shaffer et al. 2001). Sin embargo, y según Serjeantson (2009: 95), las aves salvajes son raramente capturadas como comida antes comenzar a volar, momento en el cual ya han alcanzado su peso adulto.

Así pues, con el objetivo de realizar una estimación sobre la contribución al consumo de las aves en los yacimientos de Túnel VII y Lanashuaia, se ha procedido a calcular el rendimiento cárnico de las especies aviares a partir de valores estandarizados de una misma especie. Para ello, y en primer lugar, se intentó reunir las masas corporales más

precisas disponibles en la literatura zoológica (Dunning 2008; Humphrey et al. 1970; Hockey 2005; Lislevand 2007; Livezey & Humphrey 1986; Cabot & Tjitte de Vries 2003; Weick 2006). Siempre que ha sido posible se ha adoptado la media de las masas realizada sobre el mayor número de ejemplares, teniendo en cuenta el sexo y la variable geográfica.

El objetivo de este trabajo no era, sin embargo, el cálculo de la biomasa o el rendimiento cárnico a partir de la masa total de los individuos. Como ha sido señalado por otros autores, es importante tener en cuenta que estos valores están sesgados a menos que se deriven de la biomasa del ave individual y no de su masa total (Best 2014:113). Es más, siguiendo la distinción de Lyman (1979) entre “carne disponible” y “carne consumida”, lo que se pretende en este trabajo, igual que con los restos de mamíferos consumidos, es calcular el valor de consumo. Para ello, se ha aplicado un índice de valor a la cantidad de carne potencialmente consumida en los restos óseos de aves (o sus correspondientes “porciones” anatómicas) de los yacimientos de Túnel VII Y Lanashuaia. Se ha aplicado los valores del MUI de un cauquén común (Tivoli y Pérez 2009) a las dimensiones de cada elemento esquelético arqueológico, en base al tamaño del hueso y a la cantidad diferencial de carne según la parte (proximal, medial, distal) de los huesos largos (Estévez, Mameli y Goodall 2002).

7.3 Análisis de las interrelaciones espaciales

Para el análisis de las interrelaciones espaciales se han utilizado diversos métodos y técnicas. En el presente trabajo se exponen las relacionadas con:

- modelización del espacio-tiempo 2D y 3D de los yacimientos (tiempo añadido para ver la dinámica de ocupación);
- Análisis de las subunidades estratigráfica;
- El estudio de los remontajes de los restos de fauna;
- Procedimientos geoestadísticos (Ordinary Kriging).

Para su elaboración se ha utilizado el programario de ESRI ArcGis 10.3, en concreto ArcMap y ArcScene. También se ha utilizado el lenguaje estadístico R (aunque aquí sólo aparece puntualmente). Ninguno de los métodos utilizados es nuevo, al contrario,

están bien incorporados en el análisis espacial, incluido cada vez más el Kriging. Así que no es necesario exponerlos aquí. El lector hallará, si la necesita, varios trabajos de arqueología enfocados a este tema.

obtención y bienes condicionantes (cubiletes, cubos, cestos...). Cabe destacar también instrumentos como los raspadores o los cuchillos enmangados. Por otro lado, la importancia en términos de valor de los instrumentos de hierro debe entenderse por la dificultad de obtención, al asumir que deben ser extraídos de elementos de hierro esporádicamente encontrados como cinchas de barril arrastrados por la marea a la playa. Finalmente, los bienes que, en conjunto, más valor acumulan son los medios de reproducción.

La Figura 7.2 amplía la información al añadirle la aportación realizada por cada agente social (individuos masculinos y femeninos adultos, masculinos y femeninos infantiles). El resultado es una aportación de valor real más compleja, en la que en muy pocos casos los diferentes procesos de transformación de las materias primas que intervienen en la producción final de un bien material provienen de un único agente social. Sin embargo, ello se observa en algunos medios de reproducción, como juguetes para niños confeccionados por adultos masculinos. La única tendencia apreciable a simple vista es la importancia del valor generado por los individuos infantiles femeninos, en comparación con el prácticamente inexistente de los masculinos.

El gráfico de dispersión de la Figura 7.3 muestra la proyección del valor producido por cada agente social sobre el valor consumido. No debe confundirse con valor de consumo directo, sino que se refiere la cantidad de valor producido por un agente para posterior uso/consumo de otros agentes. El resultado es claro y muestra dos patrones observables:

- 1) en el caso de individuos infantiles masculinos y femeninos, la regresión es netamente lineal: las niñas producen más valor y también se apropian de más, precisamente a consecuencia del hecho de que los niños apenas intervienen en los procesos de producción (sin embargo, hay que tener en cuenta que consumen, al menos, como el resto de individuos);
- 2) en el caso de los adultos, el patrón es diferente. Los hombres producen ligeramente más pero se apropian de un valor relativamente mayor del que les correspondería.

La situación se invierte, evidentemente, si consideramos únicamente las categorías de sexo, sin tener en cuenta la edad. En este caso, el sexo femenino estaría produciendo manifiestamente un valor mayor del que estaría consumiendo.

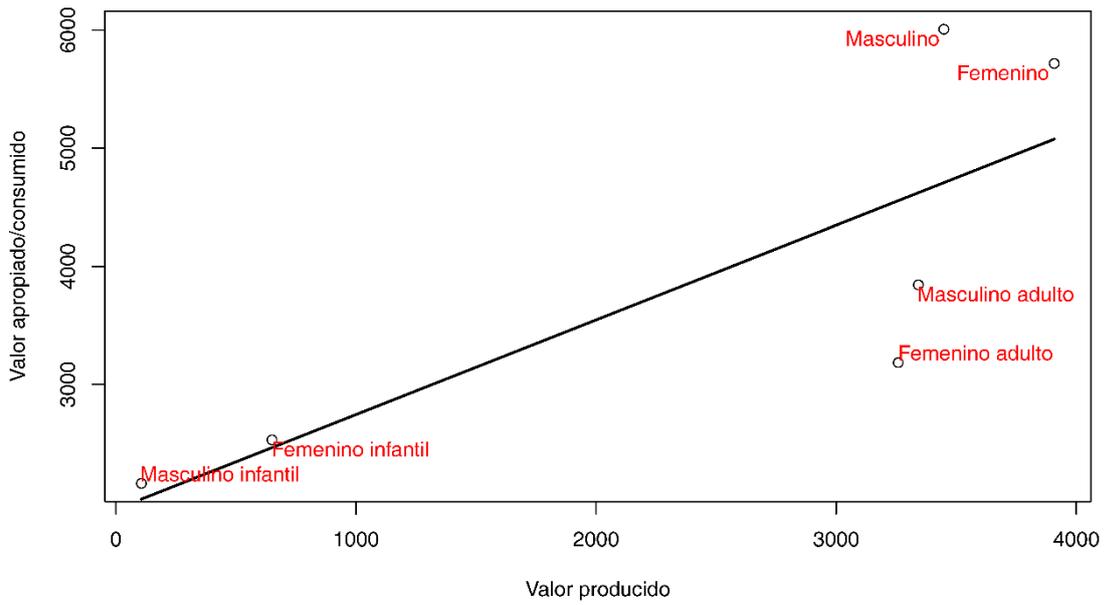


Figura 7.3. Gráfico de dispersión del valor producido y consumido por cada agente social, así como por ambos sexos agrupados.

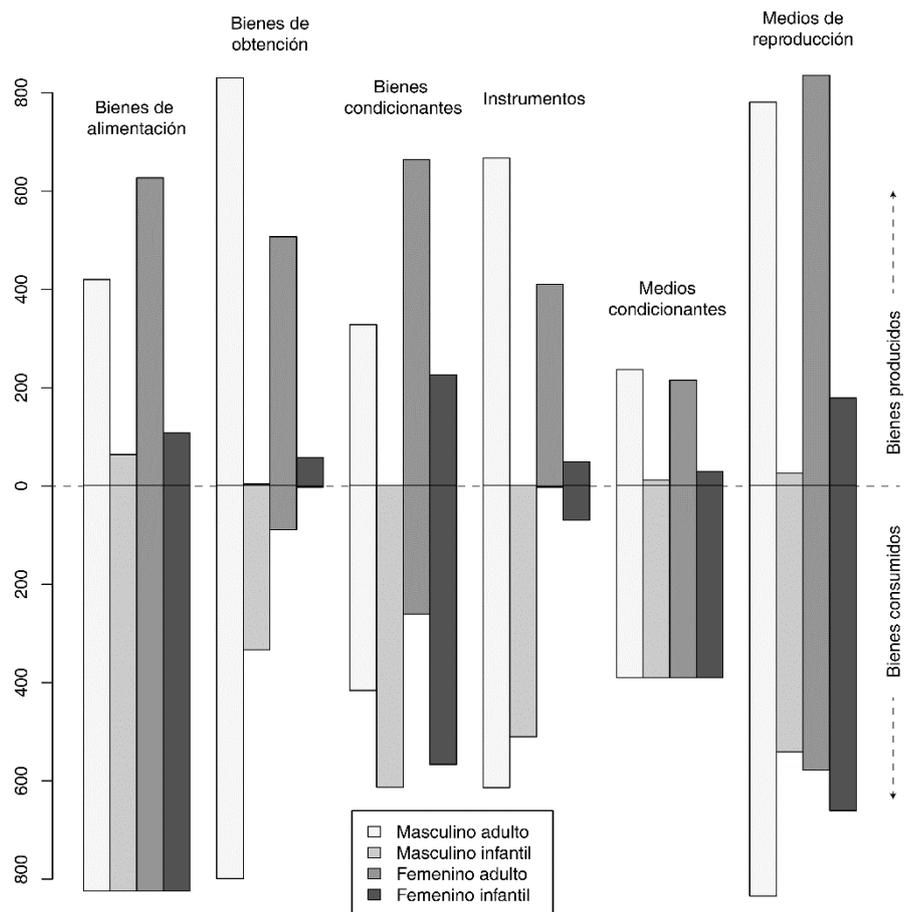


Figura 7.4. Gráfico de barras en que se contraponen el valor total de bienes producidos y bienes consumidos en función del agente social.

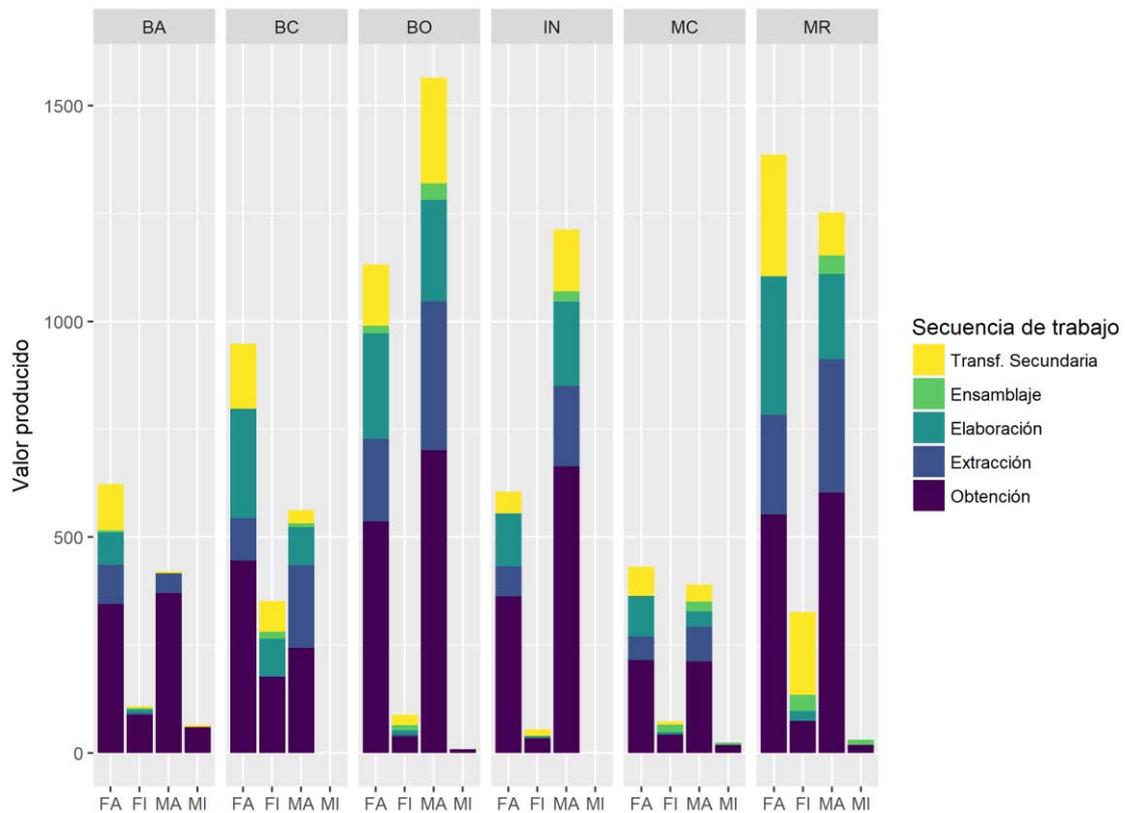


Figura 7.5. Distribución del valor real por secuencias de trabajo en función del tipo de bien material (FA = Femenino adulto; FI = Femenino Infantil; MA = Masculino adulto; MI = Masculino infantil).

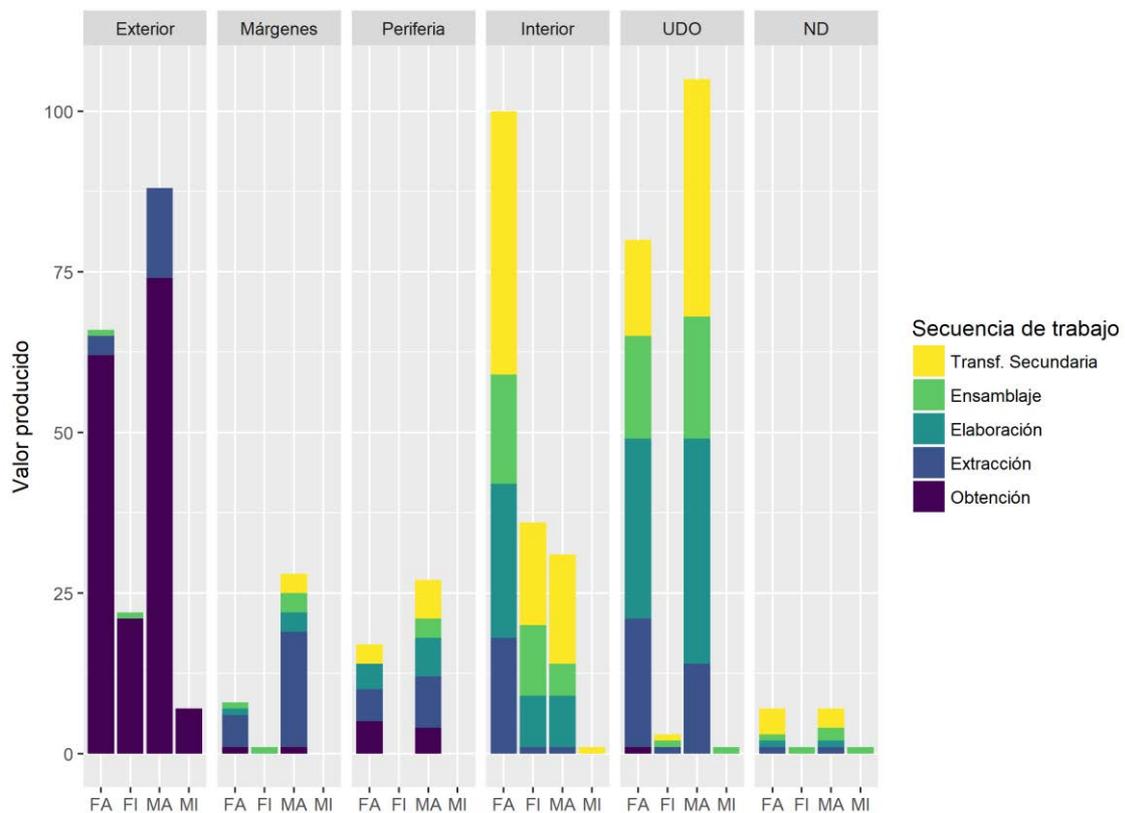
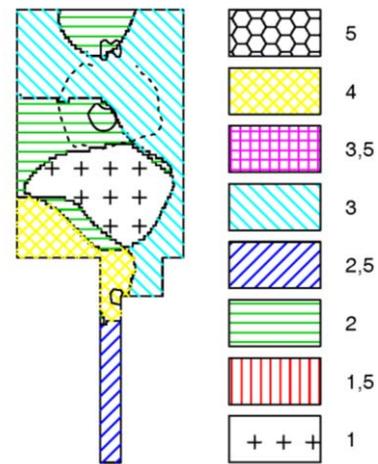


Figura 7.6 Distribución del valor real por secuencias de trabajo en función del área interior del asentamiento y del agente social que las lleva a cabo (FA = Femenino adulto; FI = Femenino Infantil; MA = Masculino adulto; MI = Masculino infantil).

7.2 Lanashuaia

Un paso previo al análisis de las interrelaciones espaciales es determinar la dinámica de ocupación y post-ocupación, tratando de caracterizar aquellas áreas con un grado mayor de alteración que podrían estar indicando procesos tafonómicos de origen natural o antrópico. Para ello, en primer lugar, es necesario apoyarse en la interpretación del yacimiento llevada a cabo por el análisis de la evidencia arqueológica (especialmente de los restos



de fauna) y de la dinámica de sedimentación del yacimiento o de un área en particular. Además, también se ha recurrido a tres técnicas concretas:

- El análisis de los remontajes en combinación con la delimitación de subunidades realizada durante la excavación, que ha permitido obtener un esquema general de las relaciones entre subunidades, así como cuantificar su importancia.
- El análisis del grado de meteorización de los restos de fauna, teniendo en cuenta las diferencias físicas y, por tanto, la mayor o menor sensibilidad o exposición a dichos procesos tafonómicos.
- El análisis de otros indicadores de alteración de origen probablemente antrópico, aunque no necesariamente, como son las evidencias de rodado y de pisoteo de los restos de fauna.

Figura 7.7 Predicción sobre el grado de meteorización con el paquete spatstats de R.

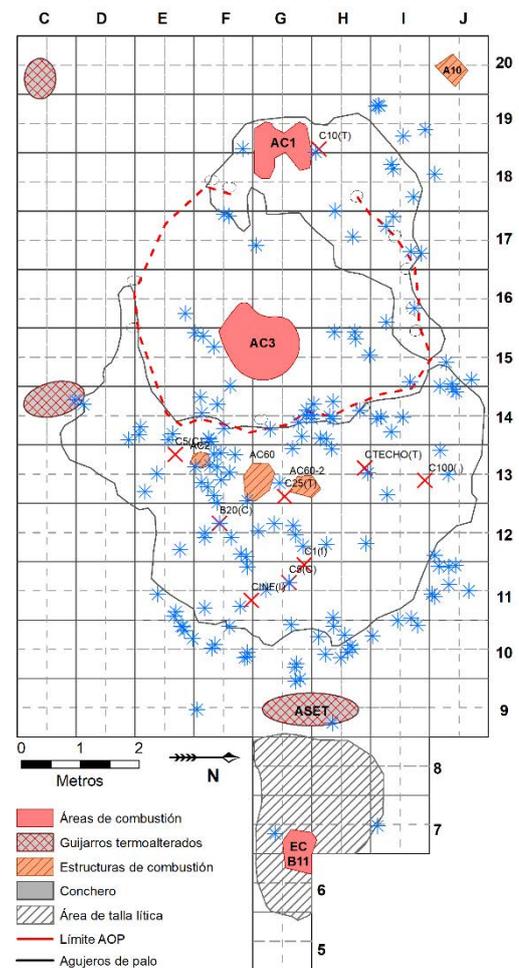


Figura 7.8. Distribución de los restos con marcas de rodado (asterisco azul) o pisoteo (cruz roja)

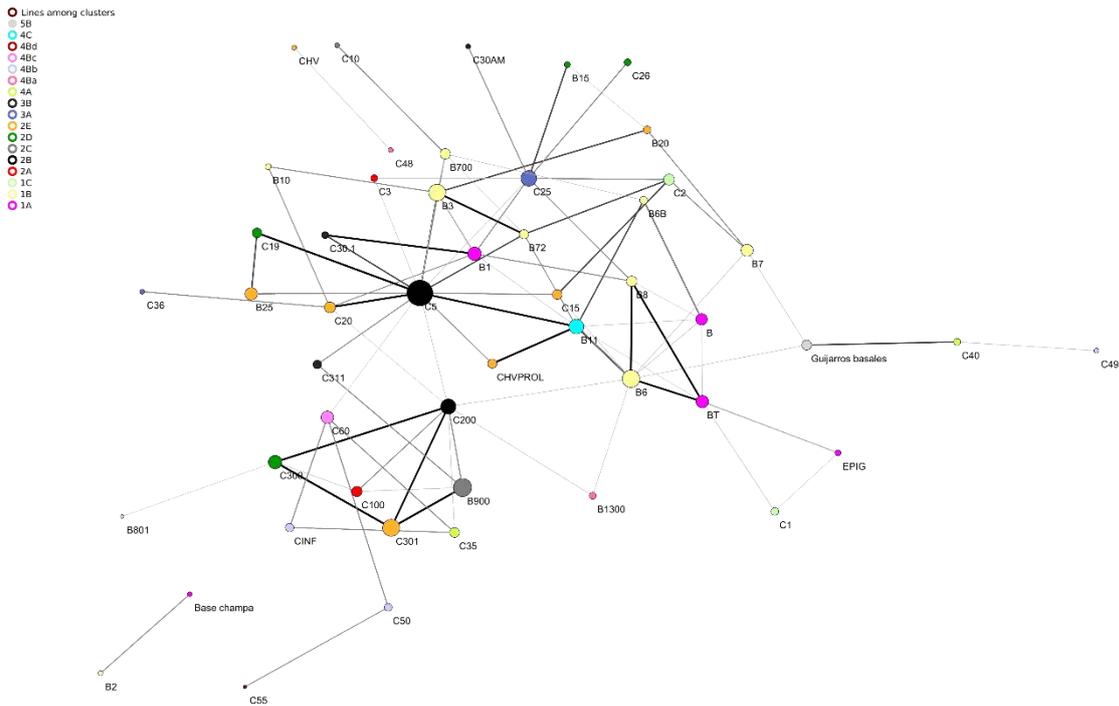


Figura 7.9 Grapho de las subunidades, las conexiones representan remontajes. El tamaño de los nodos (subunidades) está en función del degree o grado de conexiones (= remontajes). C5 (en negro en el centro) corresponde al conchero principal. Los colores corresponden a las diferentes subsecuencias de ocupación.

En la Figura 1.1.se puede ver cómo el área del conchero principal es el área donde los restos se hayan menos meteorizados. Por otro lado, la expresión de los remontajes a modo de grapho es una forma de evaluar la consistencia del esquema estratigráfico. En efecto, a partir del remontaje estratigráfico de estas subunidades y del análisis de restos de fauna se han determinado varios momentos de ocupación de Lanashuaia (Sola Amorós 2018).

En segundo lugar, el análisis de las concentraciones de las categorías generales o, mejor dicho, de su predicción, ha permitido detectar varias áreas diferencias:

- el área de la AOP, en torno al AC3, dibujando un arco en todo el lado oeste de esta área de combustión. Esta área se muestra relativamente libre de restos, especialmente hacia el noroeste.
- el área de AC1 y el conchero oeste, caracterizado por restos de uso de instrumentos en hueso de ave y guanaco, básicamente punzones.
- el área al este de la AOP, interpretado como el conchero principal.
- un área más hacia el este aún, en el que no hay restos de fauna y sí una gran cantidad de restos líticos.

En cuanto a los diferentes procesos de extracción y elaboración de las materias primas, y comenzando por los residuos y desechos de la preparación de pescado, se detectan dos tendencias: residuos asociados a asociaciones de elementos de combustión, en particular con AC1 en la periferia de la AOP y con dos de las tres acumulaciones de piedras termoalteradas que se encuentran fuera de la AOP. En el sur es donde esta asociación se muestra más intensa, con un mayor número de residuos de pescado. Por otro lado, también se observa una distribución en media luna en el lado norte del conchero principal, que puede interpretarse como desechos de producción y/o consumo. Se han reconocido pocos instrumentos que hayan intervenido en este proceso de producción. Interesantemente, de los 6 instrumentos, dos se hayan en la AOP, en una zona cercana a AC1; otros 3 en relación con la acumulación de piedras termoalteradas del este.

En cuanto a los procesos de extracción y elaboración de guanaco, los restos de guanaco se concentran de manera relativamente homogénea en el centro-sur del conchero oriental (Figura 7.15). Sin embargo, la interpolación del valor de uso (cantidad de carne) de cada fragmento recuperado aumenta su visibilidad en la periferia occidental de la AOP, especialmente al sur de AC1. El remontaje de una premolar evidencia la relación entre estos restos más dispersos con la concentración principal al este. Al noreste del conchero principal también hay una concentración importante de restos de guanaco, especialmente elementos de las extremidades.

Procesos de extracción y elaboración de cetáceo: en la base del conchero principal se encuentra la concentración de costillas de cetáceo ya reparada durante la excavación. Al norte del AOP hay una importante concentración de fragmentos esponjosos, que puede ser interpretada como los residuos o desechos de la producción de sopa. En esta área y hacia el norte también se ha detectado la existencia de machacamiento de huesos de guanaco para posible aprovechamiento de médula.

La especie avifaunística mejor representada es la gaviota cocinera, cuyos restos aparecen concentrados en un área similar al de los restos de guanaco.

Del análisis de la asociación de elementos diagnósticos, se han podido distinguir los siguientes patrones de interrelaciones espaciales:

- Un área de producción polivalente asociado a los siguientes procesos de producción:

- trabajo de materias blandas con punzones de ave y guanaco (en un caso de cetáceo), así como en menor medida la producción de punzones en sí misma representada por un desecho de producción. Para la fabricación de punzones se utilizaban huesos largos de las extremidades de aves. En este sentido, cabe señalar el remontaje de dos fragmentos de diáfisis de húmero de un ave marina grande, probablemente un albatros (Figura 7.16), que conectan el área AC1 con lo que se va perfilando como un área de desechos. El fragmento en el sector nordeste está quemado, lo cual refuerza el sentido de la dirección.
- Producción de cuentas de collar en valva.
- Trabajo de materias primas de origen vegetal (sólo un instrumento).
- Preparación de pescado (dos instrumentos)
- Machacado de huesos de guanaco de bajo rendimiento (cráneo/mandíbula, extracción de médula de huesos largos?), podría estar asociado a presencia de yunque.
- Posible producción (o descarte) de pesos de línea para la pesca.
- Un área opuesta, al otro lado del AC3, caracterizada estar situada entre la presencia de desechos de producción de arpones de cetáceo, una cuña ósea de cetáceo usada y restos de producción de instrumentos líticos y un desecho de núcleo de talla biplar.
- En el área de baja densidad de restos del AOP, se detectan puntas de flecha usadas (Figura 7.21). Ello podría considerarse como un aporte en animales cazados o como resultado la reparación de los instrumentos de obtención, de las flechas. En este contexto, el hecho de hallar estos restos en solitario reforzaría la idea de un área de descanso. La etnoarqueología ha mostrado numerosos ejemplos de reparación de las armas en lugares así.

Por todos estos indicios, y en base a la información etnográfica de que se dispone para el caso yámana (ver capítulo 6), se considera apropiado identificar dos áreas de producción, una a cada lado del AC, asociadas con procesos productivos atribuidos a la mujer yámana (AP – oeste) y, en menor grado de seguridad, al hombre (AP – este).

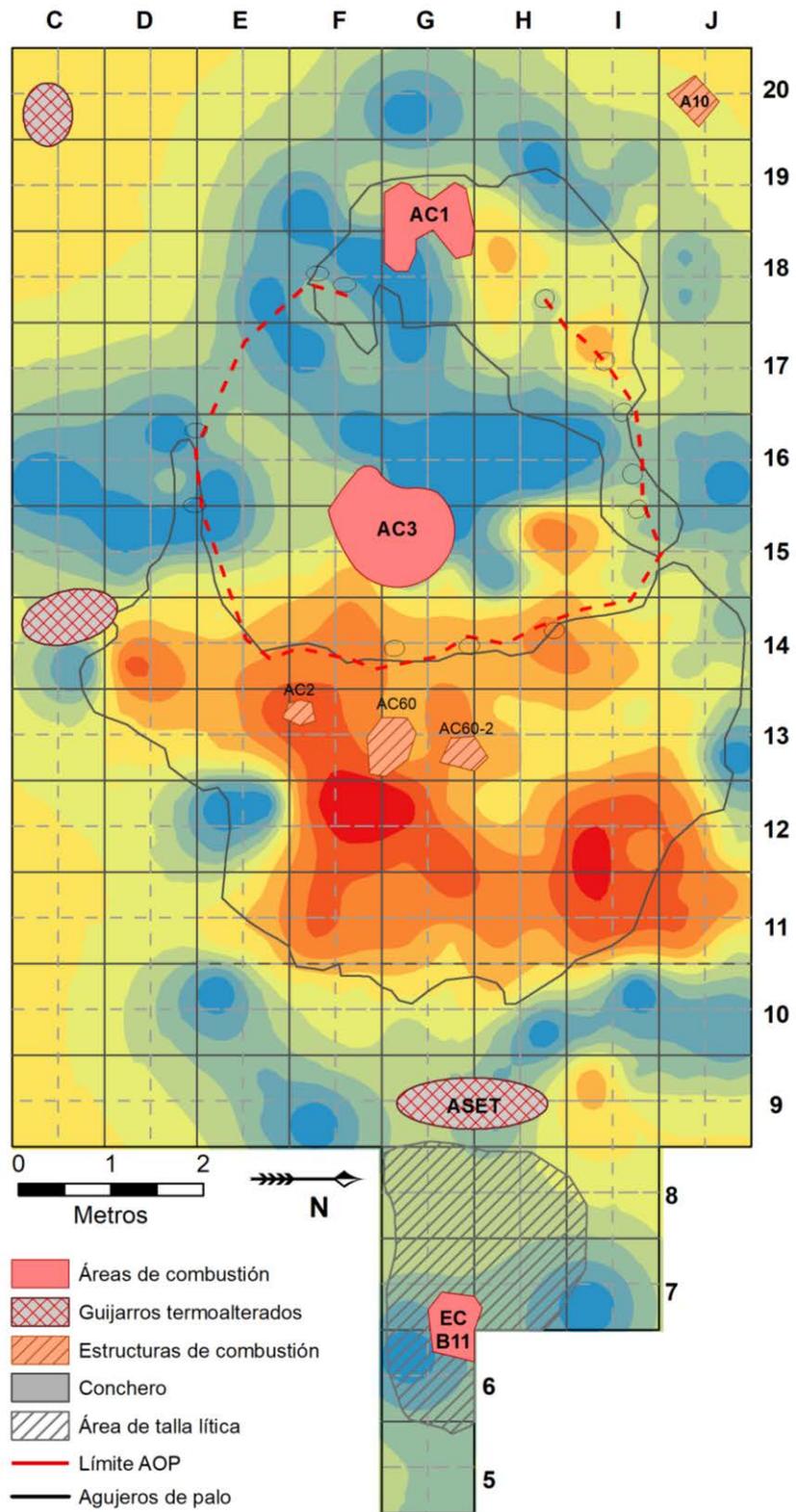


Figura 7.10 Interpolación de la restos asociados a la categoría general fauna.

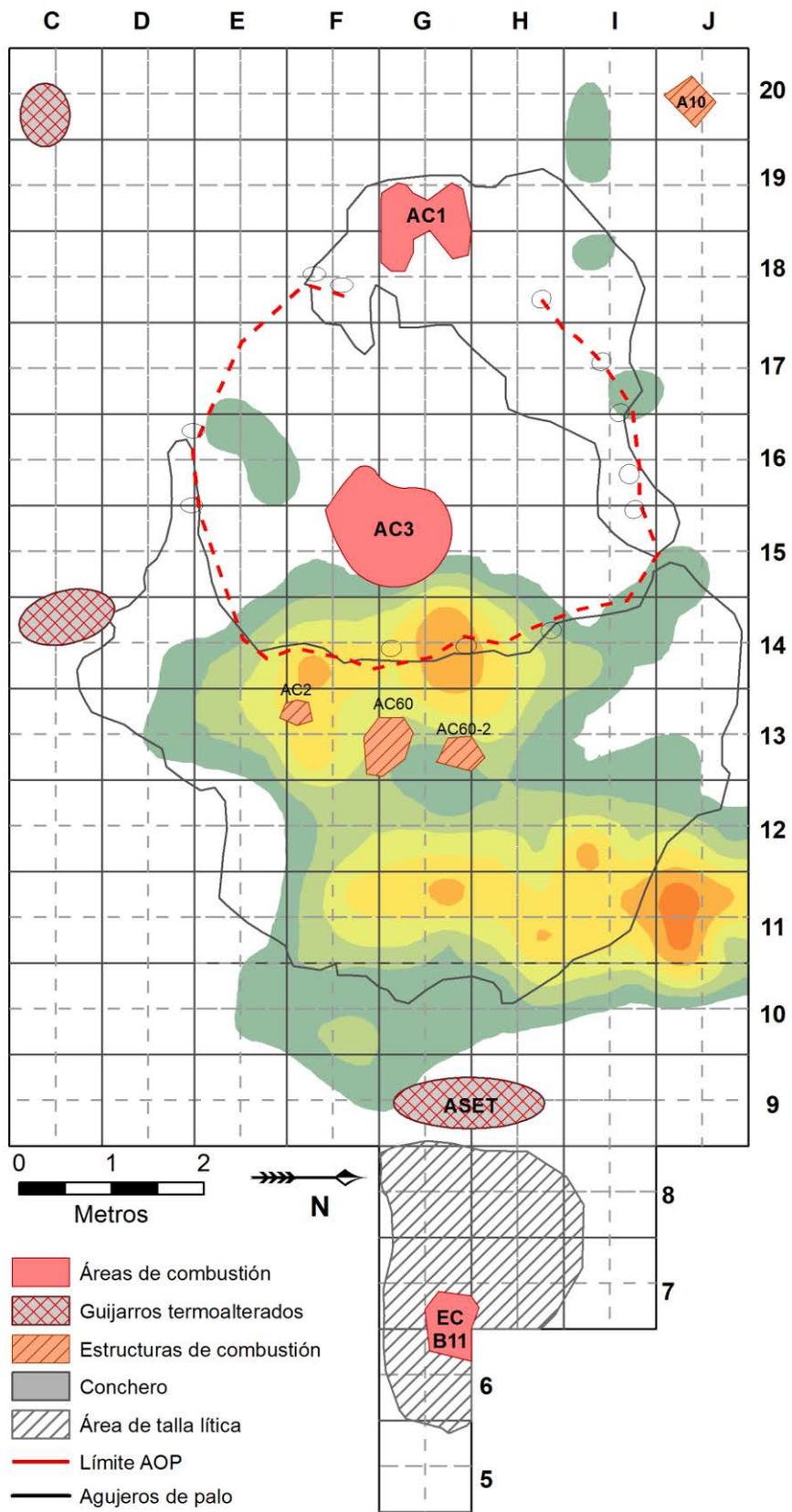


Figura 7.11. Interpolación del número de restos de pinnípedo.

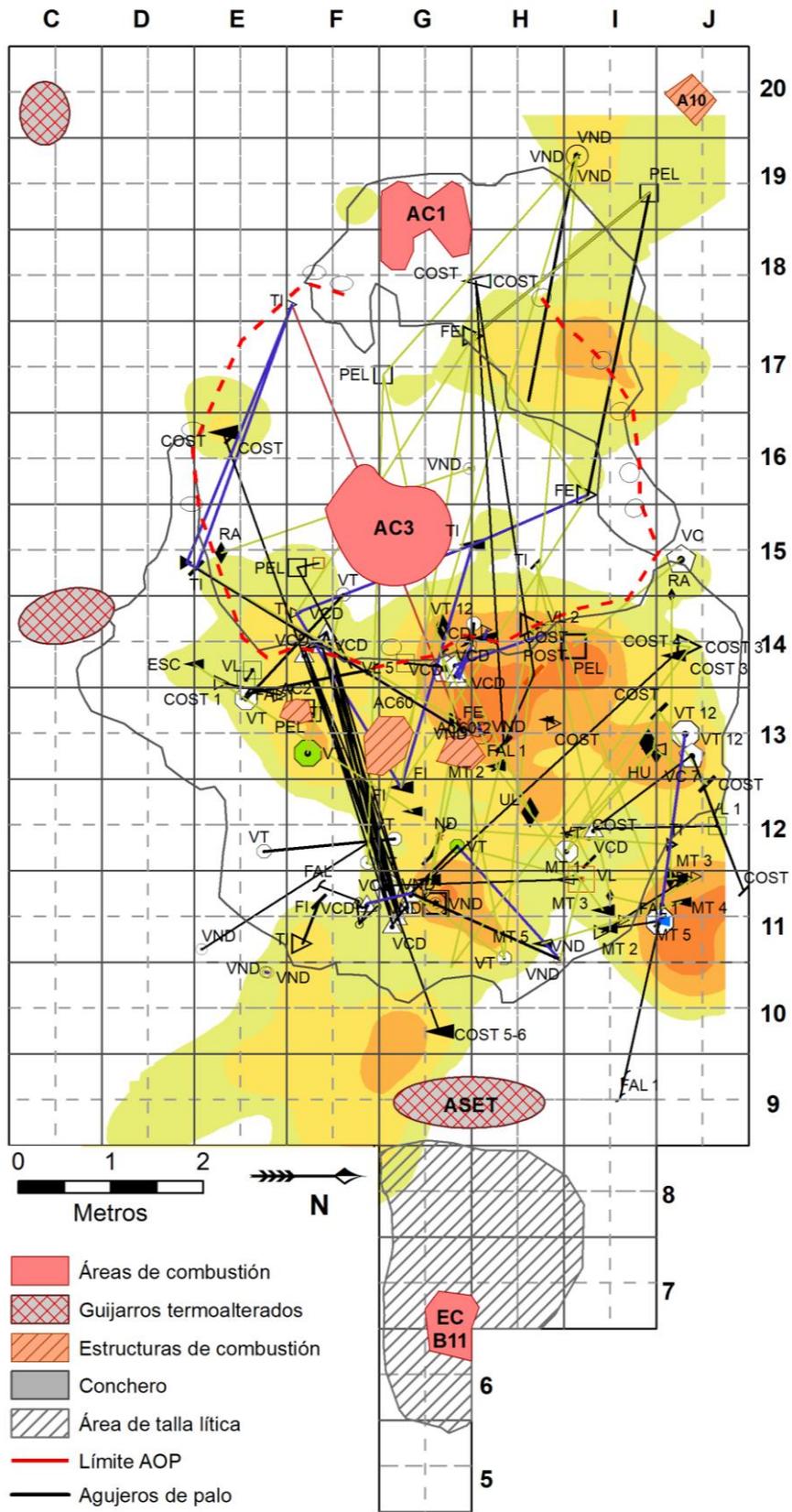


Figura 7.12 Interpolación del valor de uso de los residuos y desechos de pinnípido con superposición de remontajes.

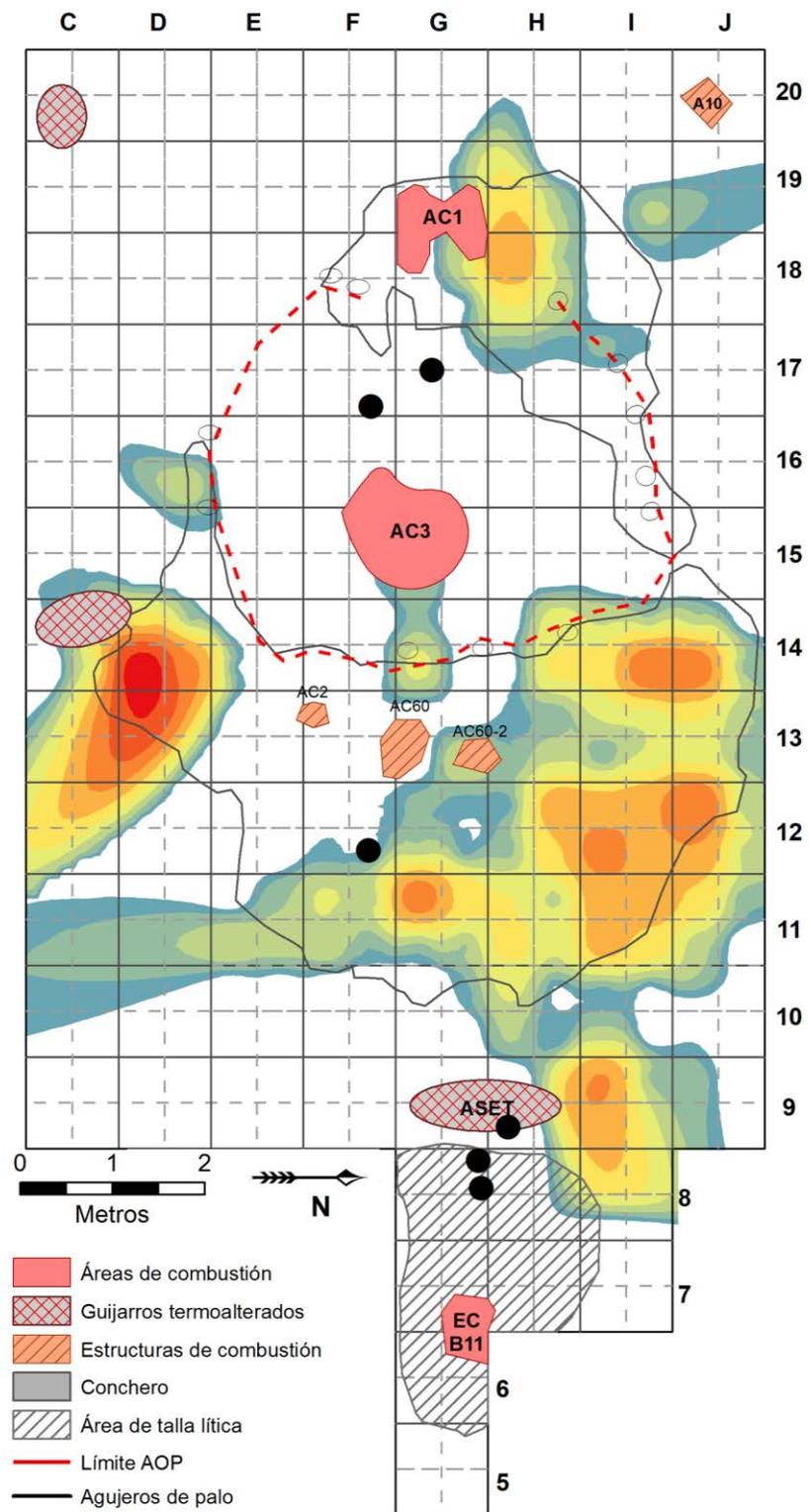


Figura 7.13 Interpolación de los residuos y desechos de pescado y superposición de instrumentos con huellas de uso de trabajo de pescado.

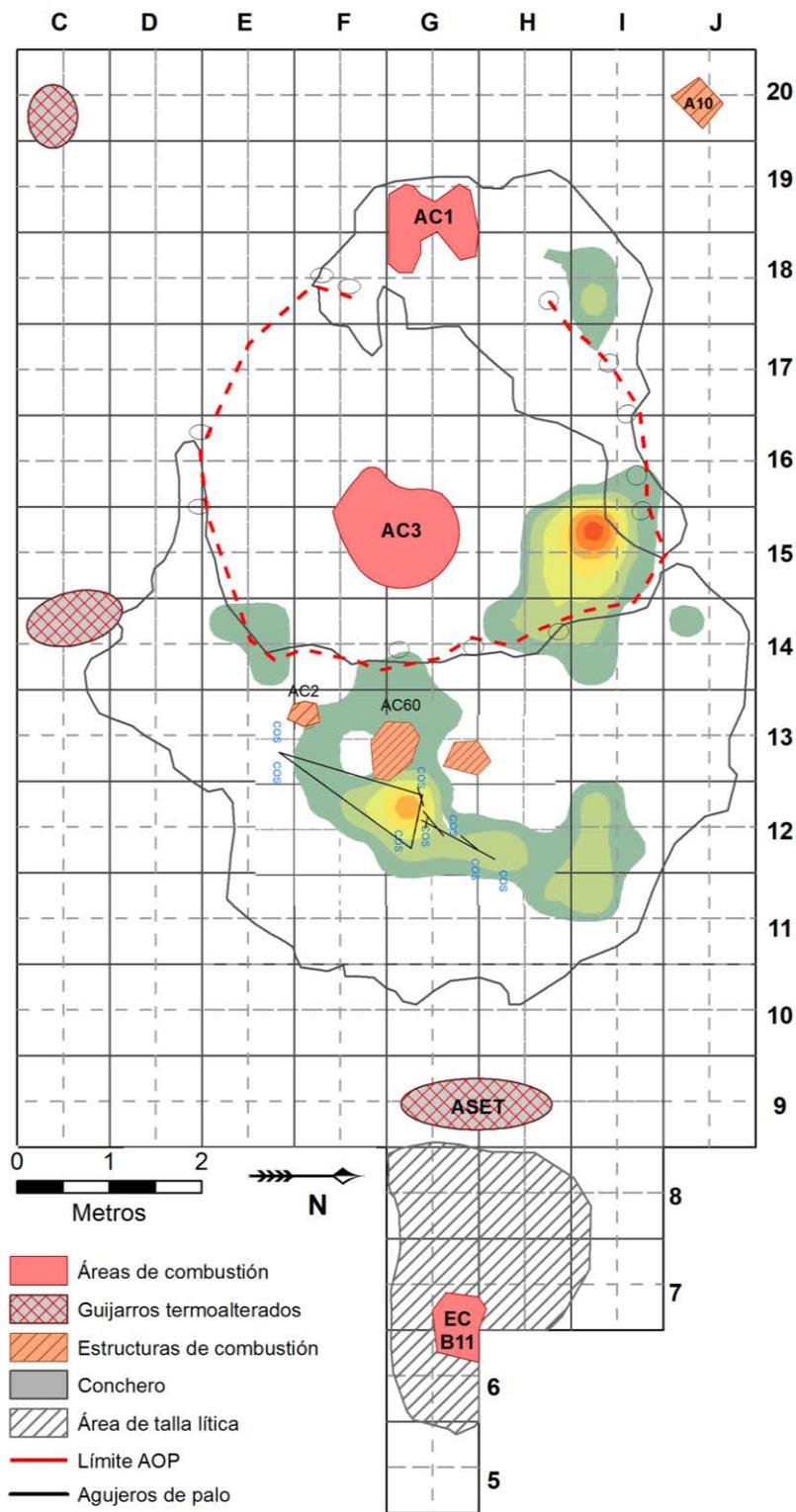


Figura 7.14. Interpolación de residuos y desechos de cetáceo.

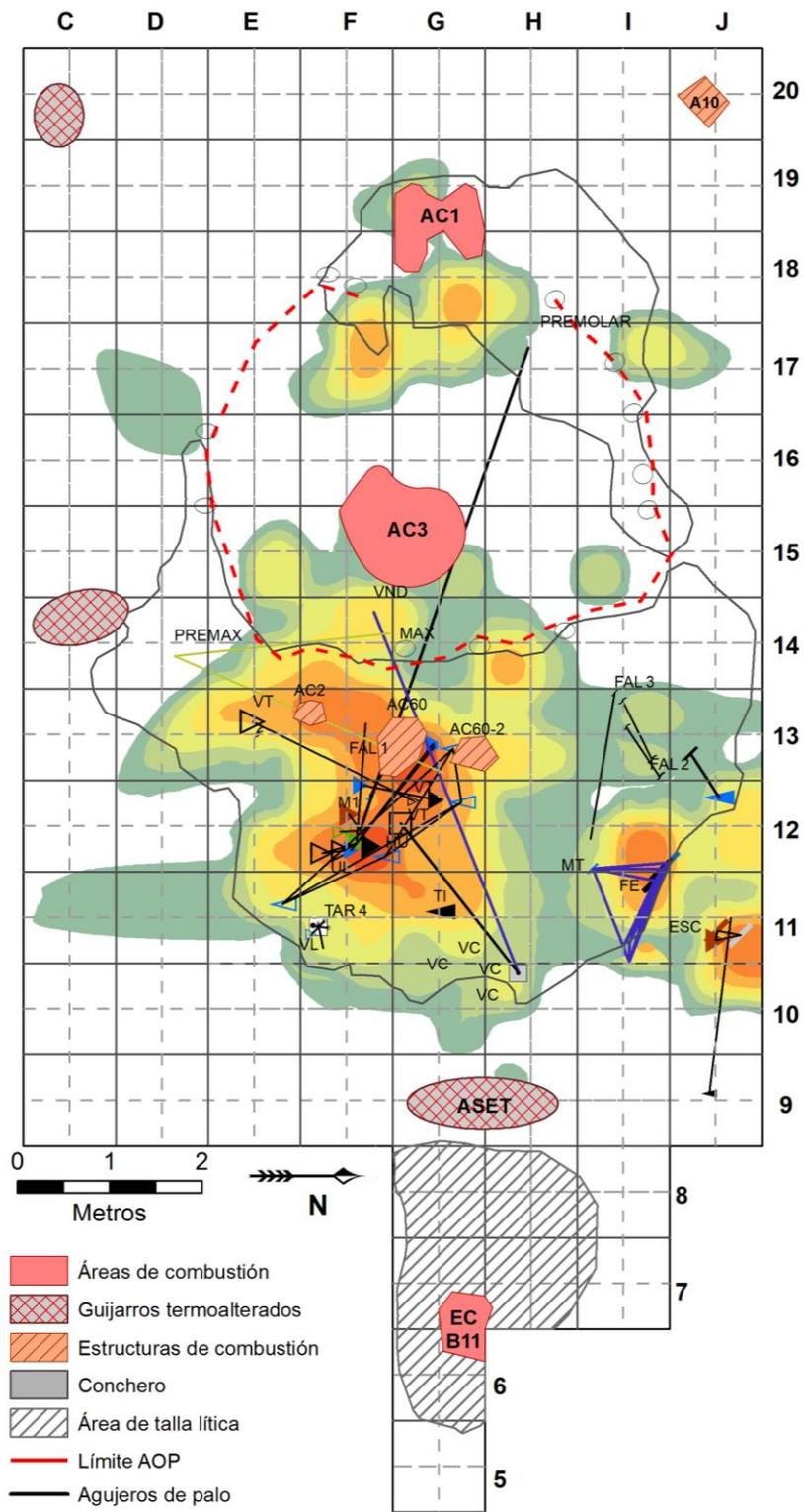


Figura 7.15. Interpolación de los residuos y desechos de guanaco, y superposición de remontajes.

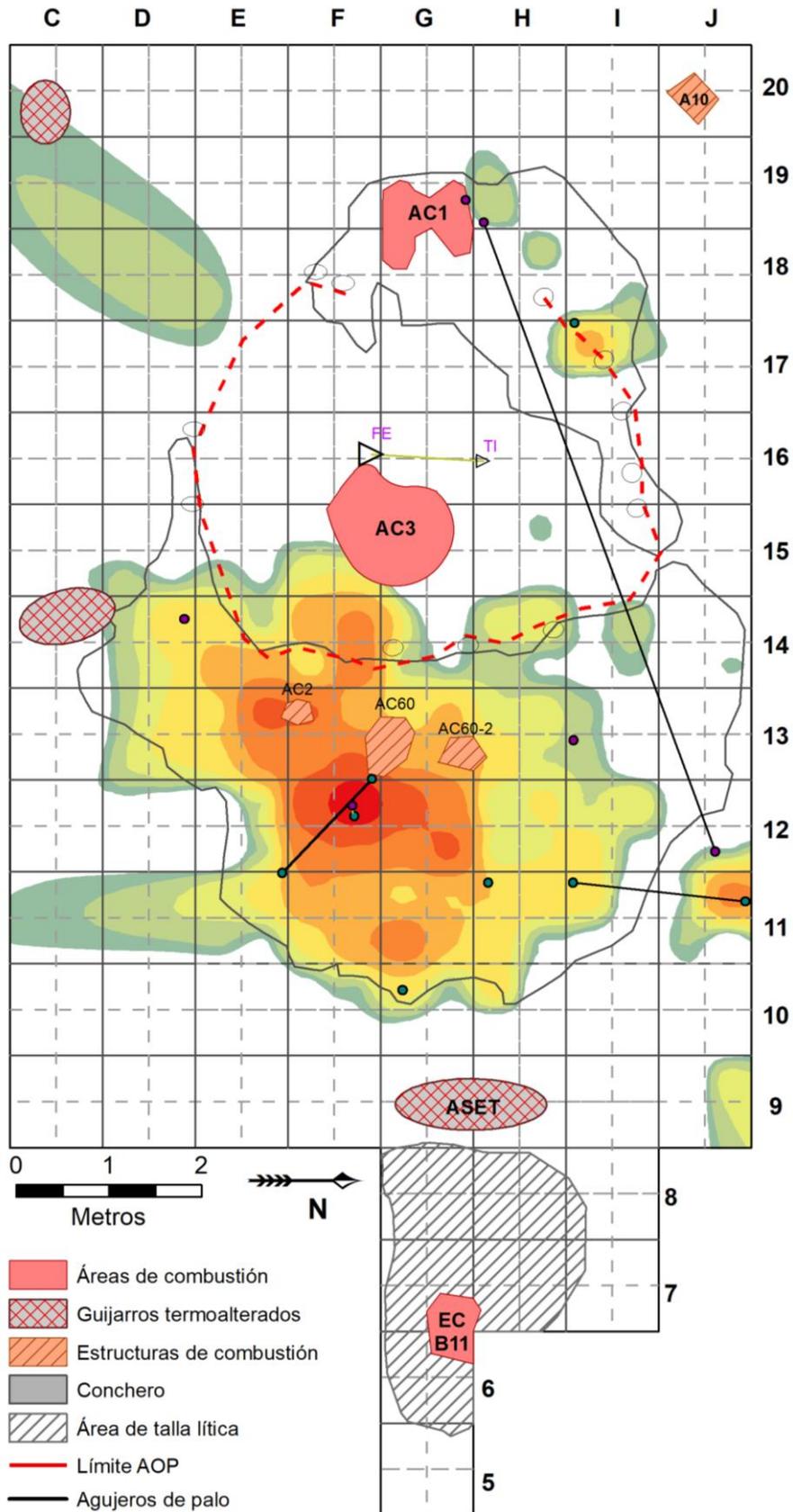


Figura 7.16. Interpolación de los residuos y desechos de ave con superposición de remontajes correspondientes a cormorán (puntos verdes), aves marinas grandes (puntos lilas); Pingüino rey (en el centro del AOP).

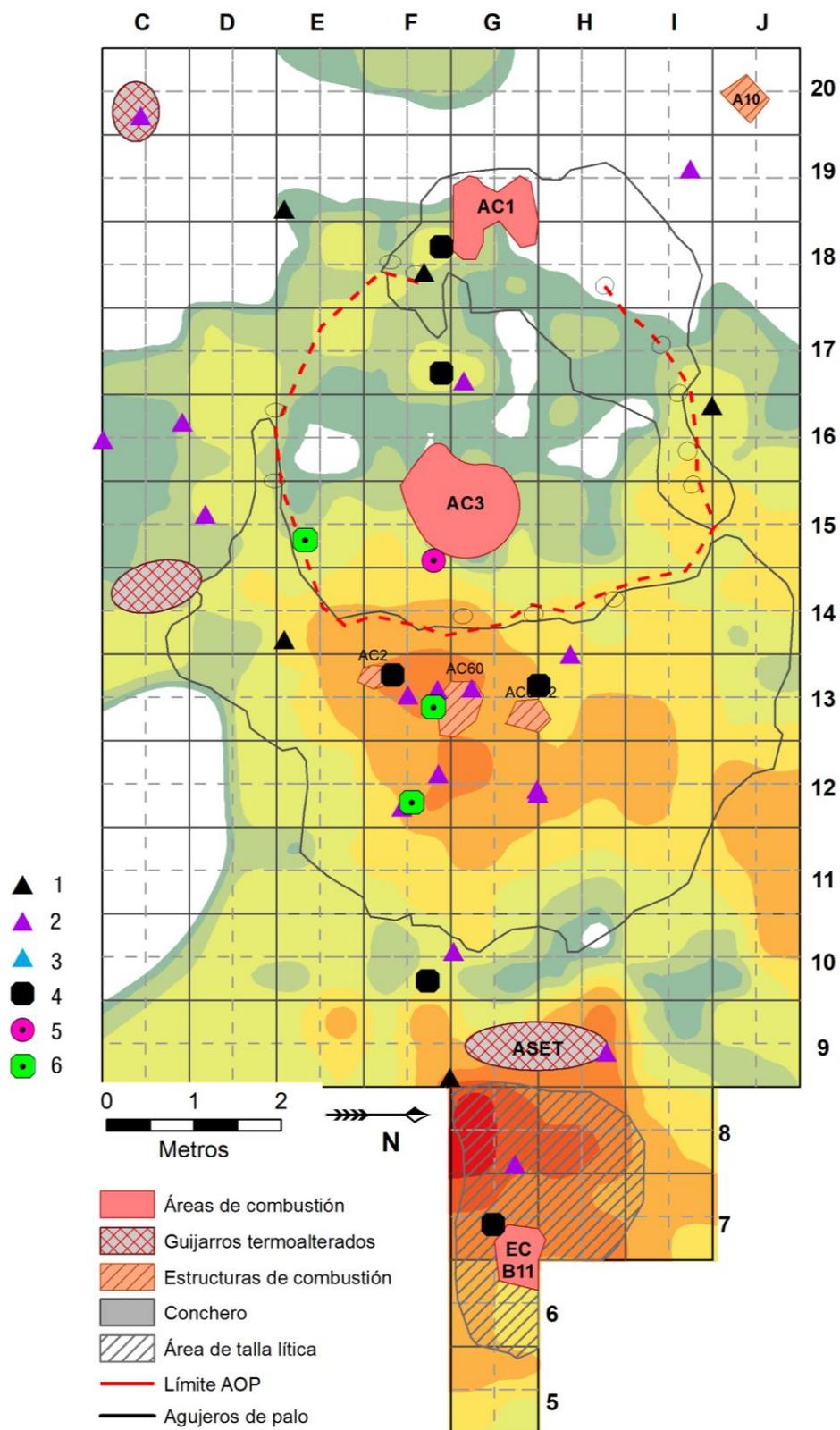


Figura 7.18. Distribución de 1 = alisador-pulidor de materia prima dura; 2 = percutor usado; 4 = yunque usado; 5 = desecho de núcleo bipolar; 6 = desecho de producción de instrumentos de piedra.

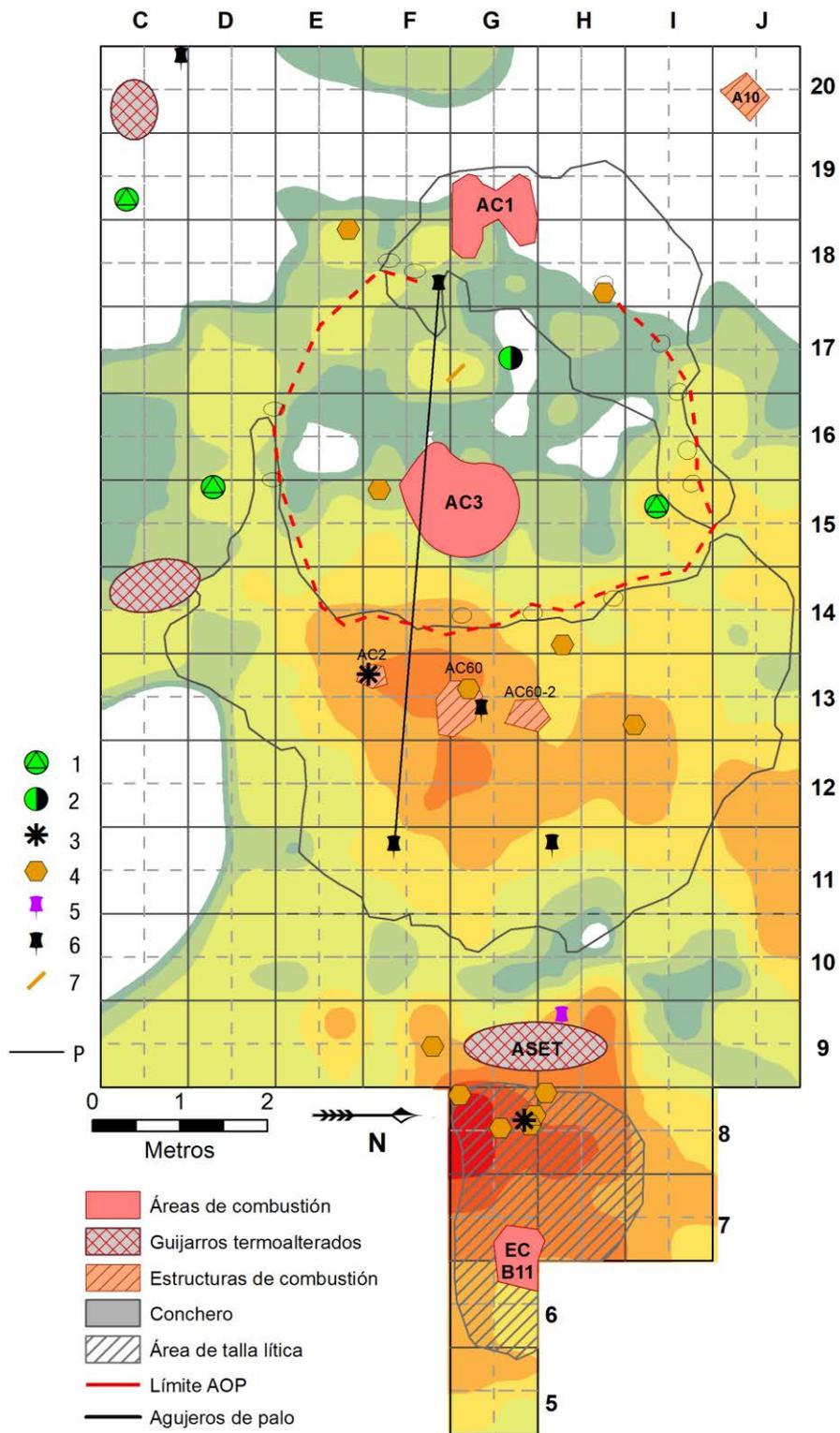


Figura 7.19. Distribución de instrumentos con huellas de uso de haber trabajado: 1 = pigmentos; 2 = plantas; 3 = valva; 4 = piel seca (raspar); 5 = Percutor para tallar cinturas (pesos de línea); 6 = Peso de línea; 7 = piel fresca (cortar)

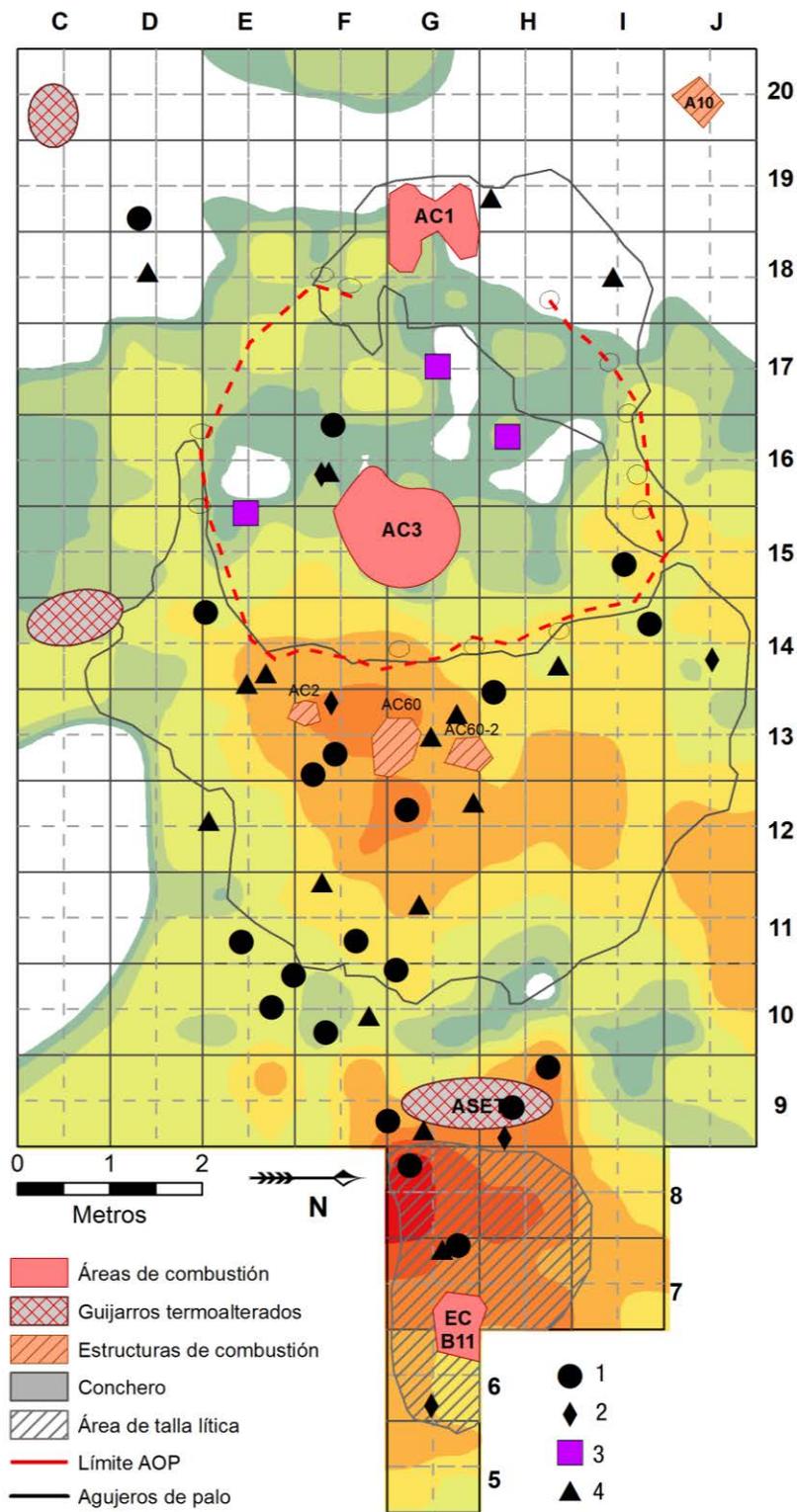


Figura 7.20 Distribución de 1 = cuchillo de carne (carnicería); 2 = Cuchillo de piel; 3 = Punta de flecha usada; 3 = cuchillo de carne (posible descarnado).

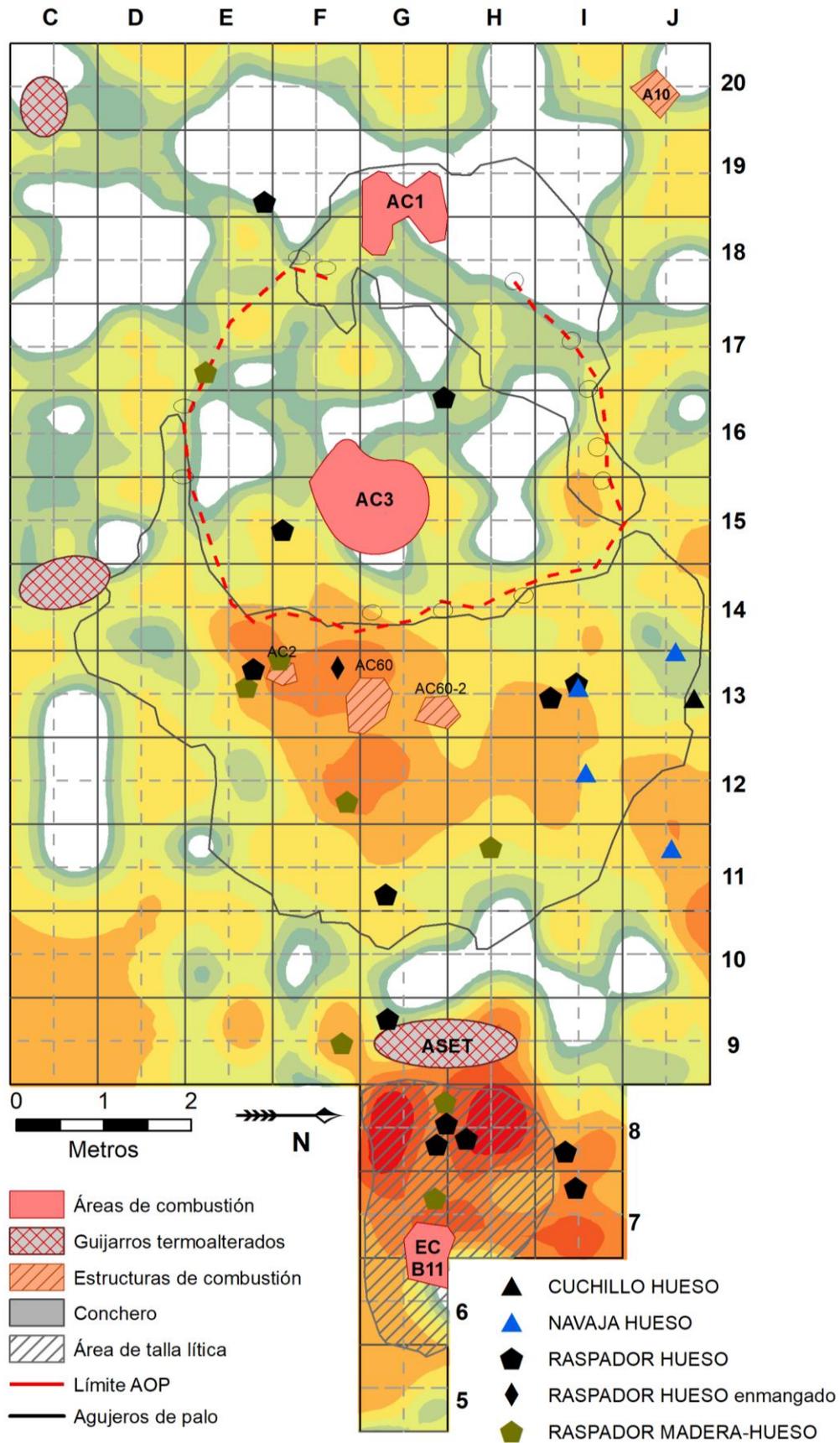


Figura 7.21 Distribución de los instrumentos con huellas de uso de haber trabajado hueso

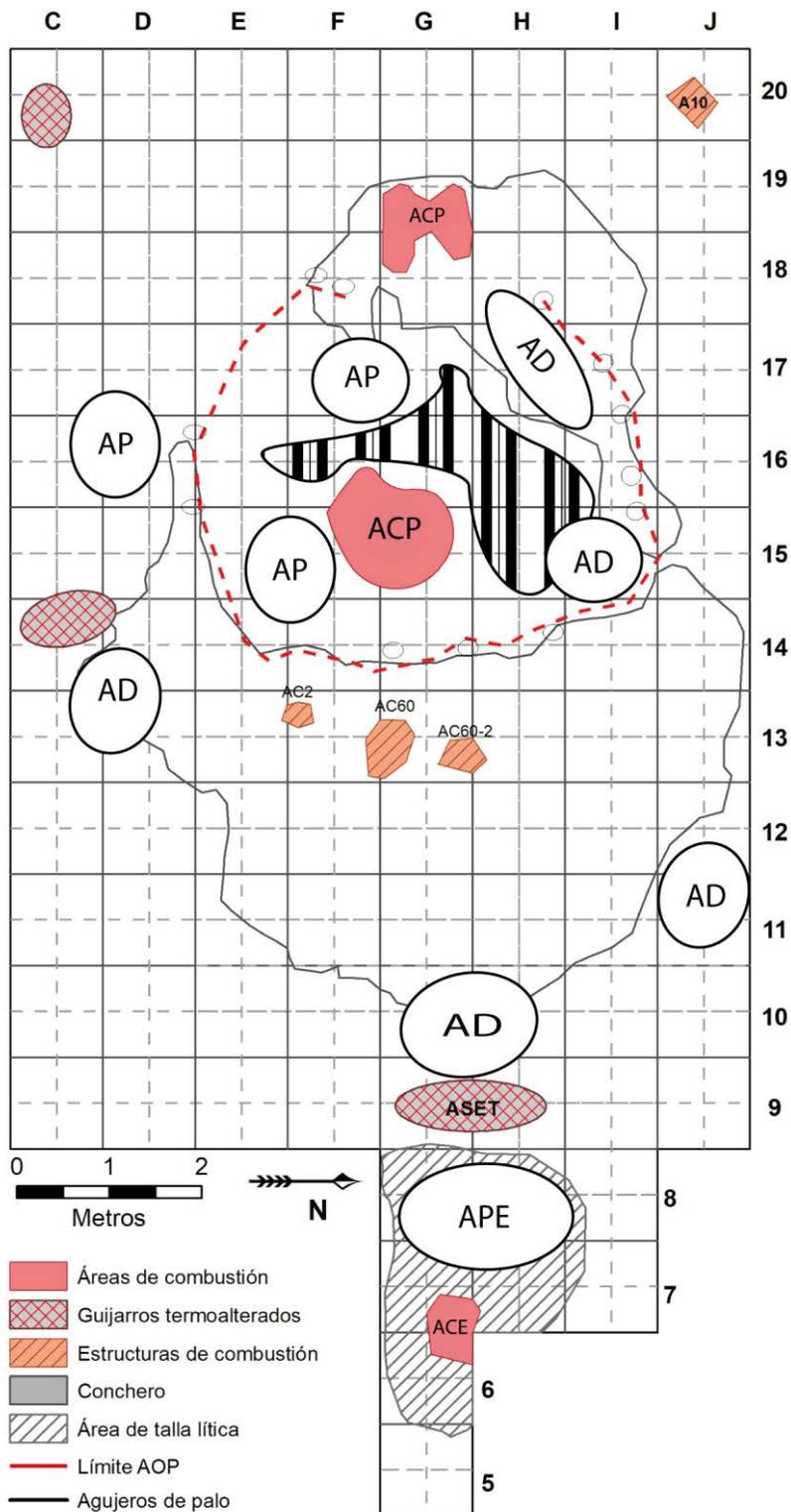


Figura 7.22 Propuesta tentativa de áreas internas de Lanashuaia a partir del análisis de las interrelaciones espaciales. El área del centro a rayas se propone como área de descanso o reproducción.

7.3 Túnel VII

Tanto los procesos sedimentarios como la dinámica de ocupación hacen de Túnel VII un yacimiento muy diferente del anterior, especialmente porque las interrelaciones espaciales no deben ser tomadas solo como espaciales, sino también como temporales. Un aspecto fundamental, por tanto, es depurar bien su secuencia estratigráfica. La modelización 3D se ha mostrado muy útil en este caso, al facilitar el entendimiento de la complejidad estratigráfica (la secuencia de superposición en 3D se puede consultar en el Apéndice IV, en el CD que acompaña el trabajo).

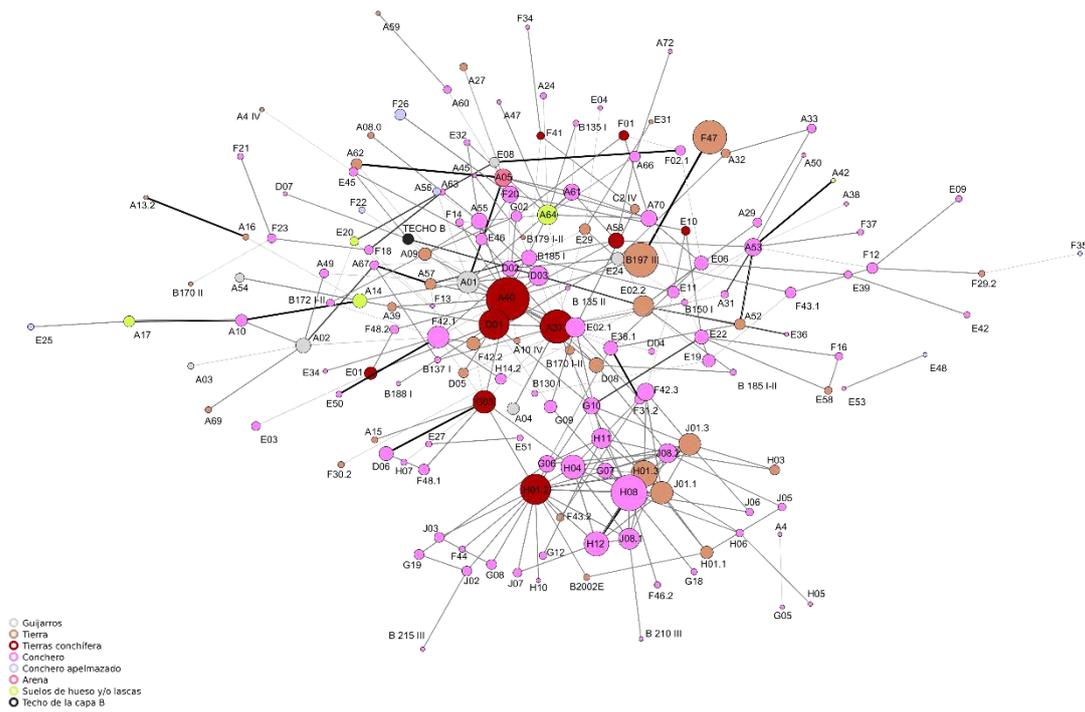


Figura 7.23 Grapho a partir de los remontajes de Túnel VII. Los dos últimos episodios aparecen más aislados (culo de botella de la parte inferior del gráfico) mientras que el resto subunidades están muchas más interconectadas, lo cual nos informa de lo complejo de la secuencia.

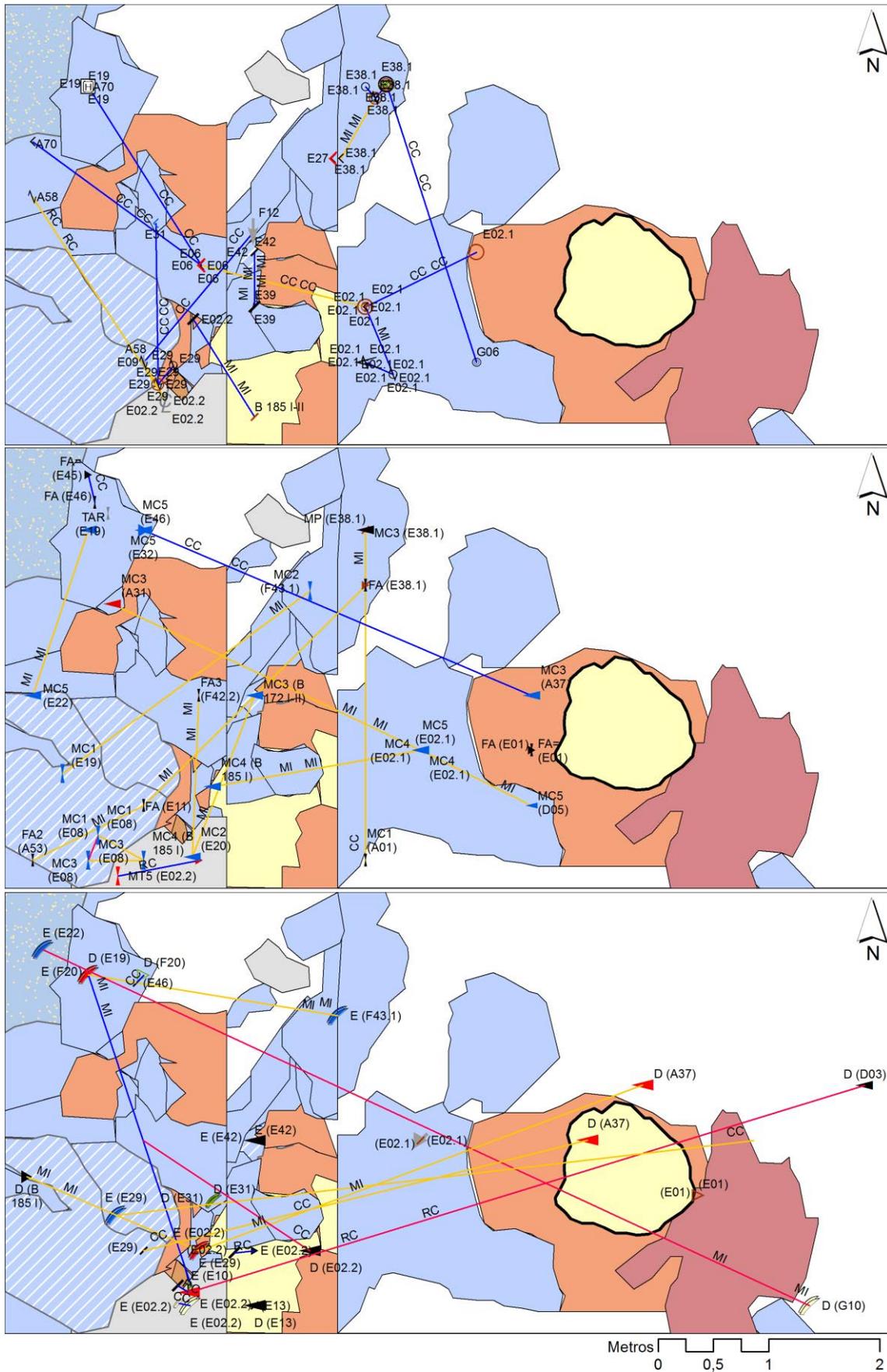


Figura 7.24 Análisis de remontajes de restos de pinnípedo en un mismo episodio (E), de arriba a abajo: restos de cráneo y mandíbula; restos de las aletas; y fragmentos costillas

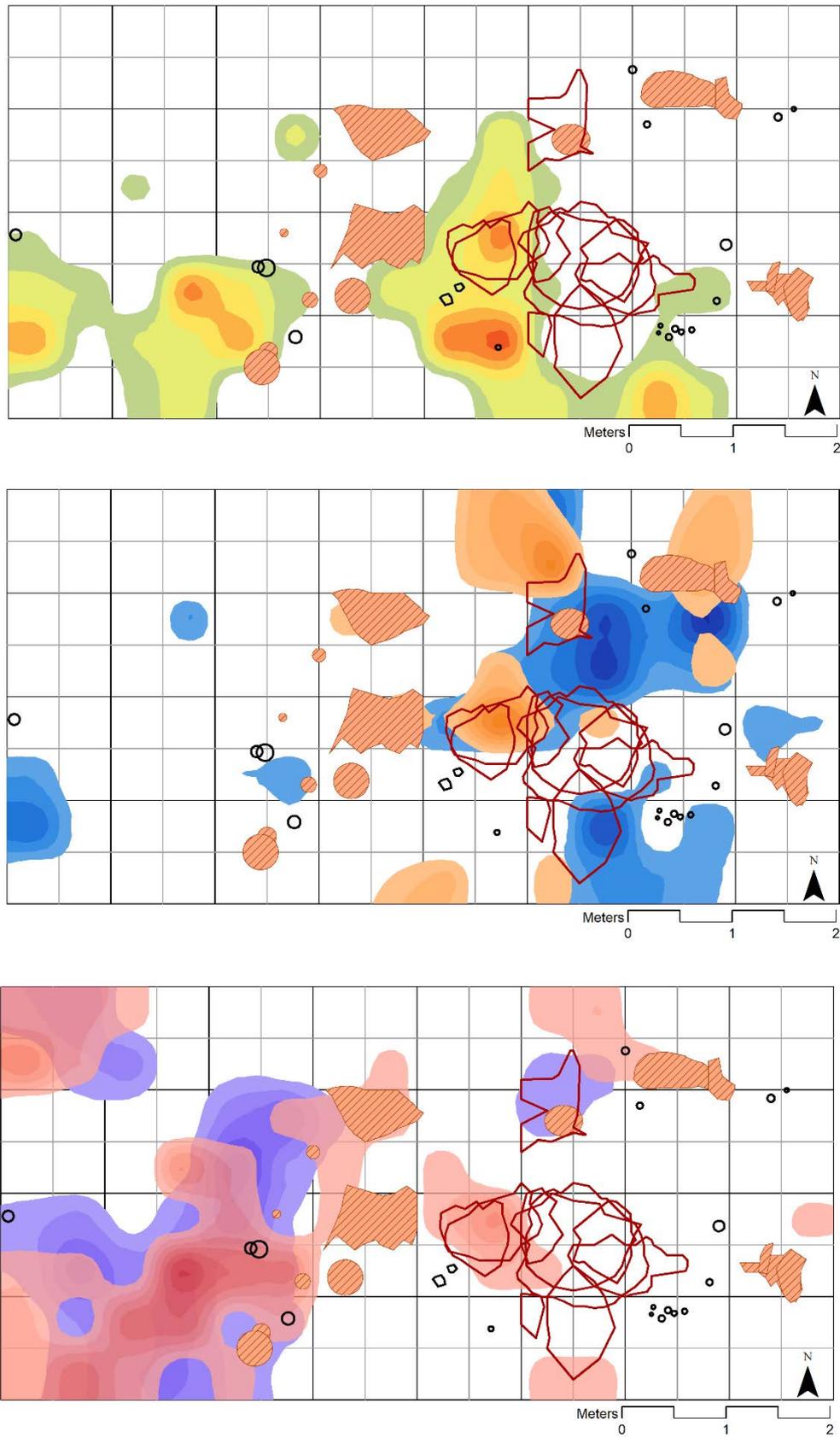


Figura 7.25 Algunos ejemplos de interrelaciones espaciales recurrentes en Túnel VII, arriba a abajo: trabajo de madera; producción de cuentas de hueso en ave (naranja) y huesos de ave susceptibles de ser materia prima (azul); raspadores que han trabajado piel y elementos anatómicos de animales asociados a trabajo de despellejamiento. En el centro, superposición de todas las áreas de combustión del yacimiento.

8 Conclusiones

El presente trabajo se ha ido desarrollando en base a sucesivas preguntas de investigación que pretendían dar cuenta de la problemática inherente a determinadas asunciones de la arqueología en la actualidad. Como se ha podido ver, y especialmente hace algunas décadas, muchas de estas asunciones se plantearon como necesaria respuesta a un reduccionismo extremo en relación con el modo de funcionar de los grupos cazadores-pescadores-recolectores. Sin embargo, esta reacción, válida y comprensible en su intención original, no implica que determinados argumentos, llámense relativistas, tengan que ser aceptados sin más.

Este recorrido por una cadena de problemáticas nos ha llevado hasta debates propios de diferentes disciplinas (la arqueología, la etnografía, la etnoarqueología), aunque siempre con un mismo objeto de estudio: las normas sociales y la organización social de la producción y la reproducción de las condiciones vida. Ello nos ha permitido verificar algunos elementos que ya habían sido intuitos o propuestos con anterioridad a modo de hipótesis inicial a partir del estudio de un único o de un número más reducido de ejemplos de grupos etnográficas.

Mientras que el capítulo 1 y 2 han servido para indicar las coordenadas en las que se mueve la problemática tratada, la relativamente completa revisión del registro etnográfico llevada a cabo en el capítulo 3 ha permitido desmitificar ciertas concepciones sobre los grupos cazadores-pescadores-recolectores, según las cuales no existiría organización social del espacio (u organización del espacio social, que es lo mismo) o, de existir, no respondería a argumentos de sexo. Por el contrario, se ha visto como algunas de las preocupaciones de estos grupos, y que se recogen en la etnografía, suelen tener relación con el control de las relaciones sociales de reproducción: así, en no pocos casos se segrega a partir de la infancia o de la adolescencia en grupos de un mismo sexo. Las normas sociales relativas a este aspecto pueden adoptar diferentes formas y aún más variados ritmos. En ocasiones son más estrictas por la noche, o en momentos del año en que la necesidad de recordar la norma es mayor. En este sentido, espacio social y organización social son expresiones diferentes de una misma realidad: la división del espacio social puede actuar como mecanismo para naturalizar la división

sexual del trabajo, y al revés, esta división se utiliza para justificar la división del espacio.

En cuanto al capítulo cuarto, se ha visto como la etnoarqueología ha presentado casos de estudio verdaderamente interesantes, pero en general ha errado en determinados planteamientos o en determinadas autolimitaciones (fundamentalmente, de reflexión teórica) que han acabado minando su propio razonamiento analógico. Ello ha tenido como consecuencia que la etnoarqueología, en tanto que disciplina, ha aportado más a los estudios etnográficos que a la propia metodología arqueológica, supuestamente su razón de ser.

Por todo ello, y con el escenario esbozado en el primer capítulo como telón de fondo, evidenciando la necesidad de dar un paso más allá, esta última parte de la investigación ha estado enfocada a la presentación de una propuesta teórico-metodológica, bien articulada con una teoría sustantiva (el materialismo histórico) igualmente presentada, para el análisis de la organización del espacio social. Esta propuesta se sostiene, como aspecto caracterizador, en la defensa, frente a presupuestos de raíz más estructuralista, de un análisis basado en las interrelaciones espaciales de los elementos arqueológicos.

Creemos que la contrastación de este modelo mediante su aplicación a dos yacimientos etno-históricos de Tierra del Fuego ha permitido valorar el potencial de esta aproximación, especialmente a la hora de integrar el análisis de base estadística, cuyo objetivo principal ha sido aislar tendencias, con una investigación más cualitativa que pone el énfasis en la definición y asociación de categorías para detectar así unidades de observación socialmente significativas. Por supuesto, la propuesta aquí presentada debe ser vista por lo que es, una aproximación. En este sentido, queda pendiente explorar ciertas vías, calibrar el modelo y, sobre todo, contrastarlo con otros ejemplos etnoarqueológicos para evitar así los problemas inherentes a cualquier modelo basado en un solo caso. Esta será, por tanto, la línea a seguir a continuación.

Bibliografía

- Abramova, Zoya A. 1992. «Organisation des habitats dans la Plaine Russe et en Sibérie à l'époque magdalénienne». En *Le Peuplement magdalénien: paléogéographie physique et humaine : Colloque de Chancelada, 10-15 octobre 1988*, 391-98. Paris: C.T.H.S.
- Achino, Katia Francesca, y Juan Antonio Barceló. 2018. «Spatial Prediction: Reconstructing the "Spatiality" of Social Activities at the Intra-Site Scale». *Journal of Archaeological Method and Theory*. doi:10.1007/s10816-018-9367-1.
- Albrecht, Gerd, Hubert Berke, y François Poplin. 1983. *Naturwissenschaftliche Untersuchungen an Magdalénien-Inventaren vom Petersfels, Grabungen 1974-1976 Recherches scientifiques sur les inventaires Magdaléniens du Petersfels, fouilles 1974-1976*. Tübingen: Verlag Archaeologica Venatoria, Institut für Urgeschichte der Universität Tübingen.
- Alexianu, Marius. 2013. «The saturated model: A first application in world and Romanian ethnoarchaeology». En *Contesting Ethnoarchaeologies: Traditions, Theories, Prospects*, 211-25. New York: Springer. doi:10.1007/978-1-4614-9117-0_11.
- Allison, Penelope M., ed. 1999. *The Archaeology of Household activities*. London: Routledge. doi:10.1111/j.1095-9270.2009.00244_6.x.
- Amorós, Celia. 1991. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos, Editorial del Hombre.
- Anderson, David G. 2006. «Dwellings, Storage and Summer Site Structure among Siberian Orochen Evenkis: Hunter-Gatherer Vernacular Architecture under Post-Socialist Conditions». *Norwegian Archaeological Review* 39 (1): 1-26. doi:10.1080/00293650600703894.
- Ardelean, Ciprian F. 2003. «Una propuesta teórica de análisis del espacio social». *Boletín de antropología americana* 39: 7-39. doi:10.2307/40978219.
- Argelés, Teresa, A. Bonet, Ignacio Clemente, Jordi Estévez, Juan Gibaja, Luis G. Lumbreras, Raquel Piqué, et al. 1995. «Teoría para una praxis: Splendor realitatis». *Actas dos Trabalhos de Antropologia e Etnologia XXXV* (1): 501-7.
- Argelés, Teresa, y Assumpció Vila. 1993. «De la contradicció, o de la diferència a l'explotació». *L'Avenç*, 1-3.
- Audouze, Françoise. 1992. «L'occupation magdalénienne du Bassin Parisien». En *Le Peuplement magdalénien: paléogéographie physique et humaine : Colloque de Chancelada, 10-15 octobre 1988*, 345-55. Paris: C.T.H.S.
- Bailey, Geoff. 1981. «Concepts, time-scales and explanation in economic prehistory». En *Economic Archaeology*, editado por A. Sheridan y G.N. Bailey, 97-117. Oxford: British Archaeological Reports.
- . 2007. «Time perspectives, palimpsests and the archaeology of time». *Journal of Anthropological Archaeology* 26 (2). Academic Press: 198-223. doi:10.1016/j.jaa.2006.08.002.
- Baker, M. 2000. «Gender: Enabling Perspective or Politically Correct Term? An Analysis of how Gender and Material Culture are Viewed by 1990s Academia». En *Gender and Material Culture in Archaeological Perspective*, editado por Moira Donald y Linda Hurcombe, 56-68. New York: Palgrave Macmillan.
- Balikci, Asen. 1970. *The Netsilik Eskimo*. New York: Natural History Press.
- Balme, Jane, y Wendy Beck, eds. 1995. *Gendered Archaeology: The Second Australian Women in Archaeology Conference*. Canberra: ANH Publications.
- Barceló, J. A. 2002. «Archaeological Thinking : Between Space and Time». *Archeologia e Calcolatori*, n.º 13: 237-56.

- Barceló, J. A., Ivan Briz, Ignacio Clemente, Jordi Estévez, L. Mamelí, A. Maximiano, F. Moreno, et al. 2006. «Análisis etnoarqueológico del valor social del producto». En *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, Treballs d, 189-207. Madrid: CSIC.
- Barceló, J. A., y Alfredo Maximiano. 2012. «The Mathematics of Domestic Spaces». En *The Archaeology of Household*, editado por Marco Madella, G. Kovács, B. Berzsényi, y Ivan Briz, 6-22. Oxford: Oxbow.
- Barceló, J. A., y Maria Pallarés. 1998. «Beyond GIS : the archaeology of social spaces». *Archaeologia e Calcolatori* 1 (January): 47-80.
- Bargalló, Amèlia, Maria Joana Gabucio, y Florent Rivals. 2016. «Puzzling out a palimpsest: Testing an interdisciplinary study in level O of Abric Romaní». *Quaternary International* 417: 51-65. doi:10.1016/j.quaint.2015.09.066.
- Bartram, Laurence E., Ellen M. Kroll, y Henry T. Bunn. 1991. «Variability in Camp Structure and Bone Refuse Patterning at Kua San Hunter-Gatherer Camps». En *The Interpretation of Archaeological Spatial Patterning*, editado por Ellen M. Kroll y T. Douglas Price, 77-148. New York: Plenum Press. doi:10.1007/978-1-4899-2602-9_5.
- Bate, Luis Felipe. 1986. «El modo de producción cazador recolector o la economía del salvajismo». *Boletín de Antropología Americana* 13: 5-31.
- . 1989. «Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica». *Boletín de Antropología Americana* 19 (18): 5-29.
- . 1992. «Del registro estático al pasado dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico». *Boletín de antropología americana* 26: 49-68.
- . 1993. «Teoría de la cultura y arqueología». *Boletín de Antropología Americana* 27: 75-93.
- . 1998. *El proceso de investigación en arqueología*. Barcelona: Crítica.
- Bate, Luis Felipe, y Alejandro Terrazas. 2002. «Sobre el modo de reproducción en sociedad pretribales». *RAMPAS Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* V: 11-41.
- Bawden, Garth. 1982. «Community Organization Reflected by the Household: a Study of Pre-Columbian Social Dynamics». *Journal of Field Archaeology* 9: 165-81.
- Bebel, Auguste. 1891. *La femme et le socialisme*. Paris: Éditions Georges Carré.
- Bell, Diane. 1993. *Daughters of the Dreaming*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Benhabib, Seyla. 1995. «Feminism and Postmodernism: an uneasy alliance». En *Feminism Contentions: a philosophical exchange*, editado por Judith Butler, D. Cornell, y N. Fraser, 17-34. New York: Routledge.
- Bermann, Marc, y José Estévez Castillo. 1995. «Domestic Artifact Assemblages and Ritual Activities in the Bolivian Formative». *Journal of Field Archaeology* 22: 389-98.
- Berndt, Catherine H. 1950. *Women's changing ceremonies in northern Australia*. Paris: Hermann.
- Bertelsen, R., A. Lillehammer, y J. R. Næss. 1987. *Were they all men? An examination of sex roles in prehistoric society*. Stavanger: Arkelogisk museum i Stavanger.
- Bertran, Pascal, Jean-Guillaume Bordes, Dominique Todisco, y Luc Vallin. 2017. «Géoarchéologie et taphonomie des vestiges archéologiques : impacts des processus naturels sur les assemblages et méthodes d'analyse». En *TaphonomieS. Ouvrage du Groupement de recherches "Taphonomie, Environnement et Archéologie*, editado por J Ph Brugal, 123-56. Paris: CNRS-INEE, Editions des Archives Contemporaines.
- Binford, Lewis R. 1977. «For Theory Building in Archaeology». *For Theory Building in Archaeology*. New York: Academic Press.
- . 1978a. «Dimensional Analysis of Behavior and Site Structure : Learning from an Eskimo Hunting Stand». *American Antiquity* 43 (3): 330-61.
- . 1978b. *Nunamiut ethnoarchaeology*. *Journal of Archaeological Science*. London: Academic Press. doi:10.1016/0305-4403(79)90067-0.

- . 1980. «Willow Smoke and Dogs' Tails: Hunter-Gatherer Settlement Systems and Archaeological Site Formation». *American Antiquity* 45 (01): 4-20. doi:10.2307/279653.
- . 1981. «Behavioural Archaeology and the "Pompeii Promise"». *Journal of Anthropological Research* 37 (3): 195-208.
- . 1983. *In Pursuit of the Past: Decoding the Archaeological Record*. London: Thames and Hudson.
- . 1988. *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Barcelona: Crítica.
- . 1991. «When the goings gets tough, the tough get going: Nunamiut local groups, camping patterns and economic organisation». En *Ethnoarchaeological approaches to Mobile Campsites: Hunter-Gatherer and Pastoralists Case Studies*, editado por C. S. Gamble y W. A. Boismier, 25-138. Michigan: Ann Arbor.
- . 2001. *Constructing frames of reference: an analytical method for archaeological theory building using ethnographic and environmental data sets*. Berkeley: University of California Press.
- Bird-David, Nurit. 2009. «Indigenous architecture and relational senses of personhood: A cultural reading of changing dwelling styles among forest-dwelling foragers». *Design Principles & Practices: An International Journal* 3 (5): 203-10.
- Bird, Douglas W. 2016. «The roots of the question: Surprise Valley, Alyawarra, and the early development of James F. O'Connell's ethnoarchaeology». *Journal of Anthropological Archaeology* 44. Elsevier Inc.: 149-57. doi:10.1016/j.jaa.2016.07.013.
- Birket-Smith, Kaj. 1953. *The Chugach eskimo*. København: Nationalmuseets publikationsfond.
- Blankholm, Hans Peter. 1987. «Maglemosian Hutfloors: an Analysis of the Dwelling Unit, Social Unit and Intra-site Behavioural Patterns in Early Mesolithic Southern Scandinavia.» En *Mesolithic Northwest Europe: Recent Trends*, editado por P Rowley-Conwy, M Zvelebil, y HP Blankholm. Sheffield: University of Schieffield.
- . 1991. *Intrasite spatial analysis in theory and practice*. Aarhus: Aarhus University Press.
- Blanton, R. E. 1994. *Houses and households, a comparative study*. New York: Plenum Press.
- Boas, Franz. 1888. «The Central Eskimo». En *Sixth Annual Report of the Bureau of American Ethnology to the Secretary of the Smithsonian Institution, 1884-1885*, 6:399-670. Washington: Government Printing Office. doi:E51.U55.
- Bodenhorn, Barbara. 1993. «Gendered spaces, public places: public and private revisited on the North Slope of Alaska». En *Landscape: politics and perspectives*, editado por Barbara Bender, 169-204. Oxford: Berg Publishers.
- Bodu, Pierre, Michèle Julien, Boris Valentin, y Gregory Debout, eds. 2006. *Un dernier hiver à Pincevent : les Magdaléniens du niveau IV0*. Paris: CNRS Editions.
- Boismier, William A. 1991. «Site formation among subarctic peoples: an ethnohistorical approach». En *Ethnoarchaeological approaches to Mobile Campsites: Hunter-Gatherer and Pastoralists Case Studies*, editado por C. S. Gamble y W. A. Boismier, 189-214. Michigan: Ann Arbor.
- Borella, Florencia, G. L. L'heureux, y M. F. Grandi. 2014. «Osteometric Analysis of South American Sea Lions (*Otaria flavescens*) Pups From Patagonia. An Assessment of Their Use as Indicators for Seasonality in Archaeological Sites». *International Journal of Osteoarchaeology*, n.º August 2015. doi:10.1002/oa.2392.
- Borella, Florencia, G. Lorena L'Heureux, Damián G. Vales, y Enrique A. Crespo. 2016. «Exploring body size of modern South American fur seal (*Arctocephalus australis*) for osteometric studies in zooarchaeological remains from northern Patagonia, Argentina». *Quaternary International* 391 (August 2015). Elsevier Ltd: 82-89. doi:10.1016/j.quaint.2015.07.038.
- Bosinski, Gerhard. 1981. *Gönnersdorf. Eiszeitjäger am Mittelrhein*. Koblenz: Schriftenreihe der Bezirksregierung Koblenz 2.
- . 1990. *Homo sapiens : l'histoire des chasseurs du paléolithique supérieur en Europe : 40000-10000 avant J.-C.* Paris: Errance.
- . 1992. «The representation of female figures in the Rhineland Magdalenian». *Proceedings of the*

Prehistoric Society 57: 51-64.

- Bosinski, Gerhard, Francesco D'Errico, y Petra Schiller. 2001. *Die Gravierten Frauendarstellungen von Gönnersdorf*. Stuttgart : Franz Steiner.
- Bourdieu, Pierre. 1972a. *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Genève: Librairie Droz.
- . 1972b. «La maison ou le monde renversé». En *Esquisse d'une Théorie de la Pratique précédé de Trois Études d'Ethnologie Kabyle*. Genève: Librairie Droz.
- . 2010. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bove, Giacomo. 1883a. *Informes preliminares presentados a SSEE los Ministerios del Interior y de Guerra y Marina de la República Argentina*. Buenos Aires: Instituto Geográfico Argentino.
- . 1883b. *Patagonia - Terra del Fuoco. Mari Australi*. Genova: Tipografia del R. Istituto de' Sordo-Muti.
- Bowdler, Sandra. 1976. «Hook, Line, and Dilly Bay: An Interpretation of an Australian Coastal Shell Midden». *Mankind* 10 (4): 248-58.
- Bowser, Brenda J., y John Q. Patton. 2004. «Domestic Spaces as Public Places: An Ethnoarchaeological Case Study of Houses, Gender, and Politics in the Ecuadorian Amazon». *Journal of Archaeological Method and Theory* 11 (2): 157-81. doi:10.1023/B:JARM.0000038065.43689.75.
- Bradley, Candice. 1993. «Women 's Power, Children's Labor». *Cross-Cultural Research* 27 (May 1993): 70-96.
- Bridges, Lucas. 1952. *El último confín de la tierra*. Buenos Aires: Emecé editores.
- Bridges, Thomas. 1866. «Manners and Customs of the Firelanders». En *A Voice for South America*, editado por Paternoster-Row William Macintosh, 24, 181-84. London.
- . 1869. *The South American Missionary Magazine*. Editado por Rev. Wm. Walter Kirby. Vol. III. London: William Macintosh, 24, Paternoster-Row.
- . 1874. *The South American Missionary Magazine*. Vol. VIII. London: William Macintosh, 24, Paternoster-Row.
- . 1876. *The South American Missionary Magazine*. Vol. X. London: William Macintosh, 24, Paternoster-Row.
- . 1879. «Cartas y fragmentos del diario personal». *South American Missionary Magazine*.
- . 1886. *The South American Missionary Magazine*. Vol. XX. London.
- . 1987. *Yahgan Dictionary*. Editado por Nathalie P. de Goodall. Ushuaia: Zagier y Urruty Publicaciones.
- Brien, Matthew, y Todd A. Surovell. 2017. «Spatial Expression of Kinship among the Dukha Reindeer Herders of Northern Mongolia». *Arctic Anthropology* 54 (1): 110-19.
- Briggs, Jean L. 1970. *Never in anger : portrait of an Eskimo family*. Cambridge: Harvard University Press.
- Brightman, Robert. 1996. «The sexual division of foraging labor: Biology, taboo, and gender politics». *Comparative studies in society and history* 38 (4): 687-729.
- Briz i Godino, Ivan, Débora Zurro, Myrian Álvarez, y Assumpció Vila. 2013. «The Integrity of Social Space: Hunters-Gatherers at the End of the World». En *The Archaeology of Household*, editado por Marco Madella, Gabriella Kovacs, Brigitta Kulcsarne-Berzsenyi, y Ivan Briz i Godino, 23-43. Oxford and Oakville: Oxbow Books.
- Brown, Judith K. 1970. «A Note on the Division of Labor by Sex». *American Anthropologist* 72: 1073-78.
- Brück, Joanna, y Melissa Goodman. 1999. *Making places in the prehistoric world: themes in settlement archaeology*. London: Routledge. doi:10.4324/9780203029305.
- Brumbach, Hetty Jo, y Robert Jarvenpa. 1997. «Ethnoarchaeology of Subsistence Space and Gender: A Subarctic Dene Case». *American Antiquity* 62 (3): 414-36.
- Cahen, Daniel, Lawrence H. Keeley, y F. L. Van Noten. 1979. «Stone Tools, Toolkits, and Human Behavior in Prehistory». *Current Anthropology* 20 (4): 661-83.

- Casati, Claudio, y Lasse Sørensen. 2011. «Two hut structures from an Early Mesolithic Site at Ålyst (Denmark)». En *Site-internal spatial organization of hunter-gatherer societies : case studies from the European Palaeolithic and Mesolithic*, editado por Sabine Gaudzinski-Windheuser, Olaf Jöris, Martina Sensburg, Martin Street, y Elaine Turner, 175-86. Mainz: Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums.
- Castells, Manuel. 1980. *La cuestión urbana*. 7.^a ed. México: Siglo XXI editores.
- . 1983. *Problemas de investigación en la sociología urbana*. 10.^a ed. México: Siglo XXI editores.
- Castro Martínez, Pedro V., Nicolau Artigas Escanilla, Trinidad Escoriza Mateu, Joaquim Oltra i Puigdomènech, y Tamer Sarkis Fernández. 2013. «Domestic Units, Definition and Multiformal Archaeological Appearance. Economy and Politics in Unlike Domestic Prehistoric Groups of the Western Mediterranean». En *The Archaeology of Household*, editado por Marco Madella, Gabriella Kovacs, Brigitta Kulcsarne-Berzsenyi, y Ivan Briz i Godino, 86-111. Oxford and Oakville: Oxbow Books.
- Castro Martínez, Pedro V., Trinidad Escoriza Mateu, y Ma. Encarnación Sanahuja Yll. 2002. «Trabajo, reciprocidad y explotación. Prácticas sociales, sujetos sexuados y condiciones materiales». En *IX Congrès d'Antropologia FAAEE Barcelona*.
- Caulfield, Mina Davis. 1985. «Sexuality in Human Evolution: What Is "Natural" in Sex?» *Feminist Studies* 11 (2): 343-63. doi:10.2307/3177928.
- Chang, Claudia. 1988. «Nauyalik Fish Camp: An Ethnoarchaeological Study in Activity-Area Formation». *American Antiquity* 53 (01): 145-57. doi:10.2307/281160.
- Chang, K.C. 1976. *Nuevas perspectivas en arqueología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chewings, C. 1936. *Back in the Stone Age*. Sydney: Angus and Robertson.
- Christensen, Marianne, y Nicole Pigeot. 2004. *Les Derniers magdaléniens d'Étiolles : perspectives culturelles et paléohistoriques : l'unité d'habitation Q31*. Paris: CNRS.
- Clarke, David L. 1977. *Spatial archaeology*. London: Academic Press.
- Codding, Brian F., David W. Zeanah, Rebecca Bliege Bird, Christopher H. Parker, y Douglas W. Bird. 2016. «Martu ethnoarchaeology: Foraging ecology and the marginal value of site structure». *Journal of Anthropological Archaeology* 44: 166-76. doi:10.1016/j.jaa.2016.07.011.
- Collier, Jane F., y Michelle Zimbalist Rosaldo. 1981. «Politics and gender in simple societies». En *Sexual meanings: the cultural construction of gender and sexuality*, editado por S. Ortner y H. Whitehead, 275-329. Cambridge: Cambridge University Press.
- Conkey, Margaret W., y Janet D. Spector. 1984. «Archaeology and the Study of Gender». *Advances in Archaeological Method and Theory* 7: 1-38.
- Cooper, John M. 1946. «The Yahgan». En *Handbook Of South American Indians*, editado por Julian H. Steward, v. 1:81-106. Bulletin. Washington: U.S. G.P.O.
- Creese, John L. 2012. «The domestication of personhood: A view from the northern Iroquoian longhouse». *Cambridge Archaeological Journal* 22 (3): 365-86. doi:10.1017/S0959774312000455.
- Cribb, Roger. 1991. «Nomads in Archaeology». *New Studies in Archaeology*, 267. doi:10.2307/282206.
- Dacey, Michael F. 1973. «Statistical Tests of Spatial Association in the Locations of Tool Types». *American Antiquity* 38 (3): 320-28. doi:10.2307/279719.
- Darmangeat, Christophe. 2010. «Le marxisme et l'origine de l'oppression des femmes: une nécessaire réactualisation». *revue Agone*, n.º 43: 23-46.
- Darwin, Charles R. 1839. *Journal and Remarks. Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836... Vol. III*. London: Henry Colburn.
- David, Nicholas, y Carol Kramer. 2001a. *Ethnoarchaeology in action*. Cambridge. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 2001b. «Site structures and activities». En *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge: Cambridge University Press.

- De Nigris, Mariana E., y Guillermo L. Mengoni Goñalons. 2005. «The guanaco as a source of meat and fat in the Southern Andes». En *The Zooarchaeology of Milk and Fats and Dairying*, editado por J. Mulville y A. K. Outram, 160-66. Oxford: Oxbow Books.
- Desbrosse, René, y Janusz K. Kozłowski. 2001. *Les Habitats préhistoriques : des australopithèques aux premiers agriculteurs*. Paris : Editions du C.T.H.S.
- Despard, G. Packenham. 1859. *The voice of pity for South America*. London: J. Nisbet & Co.
- . 1863. «Fireland; or, Tierra del Fuego.» *Sunday at Home* X. London: 676-80, 696-98, 716-18, 731-734 y 744-748.
- Dibble, Harold L., Philip G. Chase, Shannon P. McPherron, y Alain Tuffreau. 1997. «Testing the Reality of a “Living Floor” with Archaeological Data». *American Antiquity* 62 (4): 629. doi:10.2307/281882.
- Djindjian, François. 2013. «Les structures d’habitat du Gravettien en Europe». En *Les Gravettiens*, editado por Marcel Otte, 163-89. Paris: Errance.
- Dobkin de Rios, Marlene, y Brian Hayden. 1985. «Odorous differentiation and variability in the sexual division of labor among hunter/gatherers». *Journal of Human Evolution* 14 (3): 219-28. doi:10.1016/S0047-2484(85)80063-4.
- Domínguez-Rodrigo, Manuel, y Lucía Cobo-Sánchez. 2017. «The spatial patterning of the social organization of modern foraging Homo sapiens: A methodological approach for understanding social organization in prehistoric foragers». *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 488. Elsevier B.V.: 113-25. doi:10.1016/j.palaeo.2017.06.008.
- Domínguez Rodrigo, Manuel. 1994. *El origen del comportamiento humano*. Madrid: Editorial Librería Tipo.
- Donley-Reid, Linda W. 1990. «The Swahili house: a structuring space». En *Domestic architecture and use of space*, editado por Susan Kent, 114-26. Cambridge: Cambridge University Press.
- Donley, Linda W. 1982. «House power: Swahili space and symbolic markers». En *Symbolic and structural archaeology*, editado por Ian Hodder, 63-73. Cambridge: Cambridge University Press. doi:10.1017/CBO9780511558252.007.
- . 1987. «Life in the Swahili town house reveals the symbolic meaning of spaces and artefact assemblages». *The African Archaeological Review* 5 (1): 181-92. doi:10.1007/BF01117092.
- Durkheim, Emile. 1893. *The Division of Labor in Society*. Chicago: Free Press.
- Efimenko, Petr Petrovič. 1958. *Kostenki 1*. Moskva: Izdat. Akad. Nauk SSSR.
- Ellis, John Alexander. 1857. *The voice of pity for South America*. London: Wertheim Macintosh and Hunt.
- Endicott, Karen Lampell. 1999. «Gender relations in hunter-gatherer societies». En *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, editado por Richard B. Lee y Richard Daly, 411-18. Cambridge: Cambridge University Press.
- Engels, Friedrich. 1978. *Dialéctica de la naturaleza*. Madrid: Akal editor.
- . 2003. «Anti-Dühring». *Marxists Internet Archive*. Moscú: Instituto del Marxismo-Leninismo & Editorial Progreso. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/anti-duhring/index.htm>.
- . 2008. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Engelstad, Ericka. 2007. «Much More than Gender». *Journal of Archaeological Method and Theory* 14 (3): 217-34. doi:10.1007/s10816-007-9035-3.
- Escoriza Mateu, Trinidad. 2007. «Desde una propuesta arqueológica feminista y materialista». *Complutum* 17: 201-8.
- Estévez Escalera, Jordi, Assumpció Vila, Xavier Terradas, Raquel Piqué, María Ángela Taulé, J Gibaja, y G. Ruiz. 1998. «Cazar o no cazar, ¿ es ésta la cuestión?» *Boletín de antropología americana*, n.º 33: 5-24.
- Estévez, Jordi. 2005. *Catástrofes en Prehistoria*.
- Estévez, Jordi, Pepa Gasull, Vicente Lull, Encarna Sanahuja, y Assumpció Vila-Mitjà. 1984. «L’arqueologia

- com a arqueologia». *L'Avenç*, 75-80.
- Estévez, Jordi, y Assumpció Vila. 1996. «Etnoarqueología: el nombre de la cosa». En *Treballs d'Etnoarqueologia 1*, editado por Jordi Estévez y Assumpció Vila, 1:17-23. Bellaterra: CSIC i UAB.
- . 2006a. «Colecciones de museos etnográficos en arqueología». En *Treballs d'Etnoarqueologia*, 6, 241-53.
- . 2006b. «Variability in the lithic and faunal record through 10 reoccupations of a XIX century Yamana Hut». *Journal of Anthropological Archaeology* 25 (4): 408-23. doi:10.1016/j.jaa.2006.03.007.
- Estévez, Jordi, Assumpció Vila, Xavier Terradas, Raquel Piqué, Manuel Taulé, Juan Gibaja, y Guillermina Ruiz. 1998. «Cazar o no cazar ¿Es ésta la cuestión?». *Boletín de Antropología Americana* 33 (Dic.): 5-24.
- Faegre, Torvald. 1979. *Tents: Architecture of the Nomads*. Anchor Press/Doubleday. doi:MU ELLIS GN414.3.T45 F33; cbclipping --Virtual Nomad notebook.
- Falcón, Lidia. 1981. *La Razón feminista*. Barcelona: Ed. Fontanella.
- Federici, Silvia. 2013. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficante de sueños. doi:10.1017/CBO9781107415324.004.
- Fewster, Kathryn J. 2007. «The role of agency and material culture in remembering and forgetting: An ethnoarchaeological case study from Central Spain». *Journal of Mediterranean Archaeology* 20 (1): 89-114. doi:10.1558/jmea.2007.v20i1.89.
- Fisher, John W., y Helen C. Strickland. 1989. «Ethnoarchaeology Among the Efe Pygmies, Zaire: Spatial Organization of Campsites». *American journal of physical anthropology* 78 (June 1984): 473-84.
- . 1991. «Dwellings and fireplaces : keys to Efe Pygmy campsite structure». En *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile Campsites. Hunter-Gatherer and Pastoralist Case Studies*, editado por C. S. Gamble y William A. Boismier, 215-37. Michigan: Ann Arbor.
- Fitz-Roy, R. 1839. *Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle Between the Years 1826 and 1836: Describing Their Examination of the Southern Shores of South America, and the Beagle's Circumnavigation of the Globe (Vol. 2)*. London: Henry Colburn.
- Flannery, K. V. 1968. «Archaeological Systems Theory and Early Mesoamerica». En *Anthropological Archaeology in the Americas*, editado por B J Meggars, 67-87.
- . 1976. *The early Mesoamerican Village*. New York: Academic Press.
- Flannery, K. V., y M. Winter. 1976. «Analyzing household activities». En *The early Mesoamerican Village*, 34-44. New York: Academia Press.
- Flores, José Alfredo. 2007a. «La "sociedad concreta" como contenido esencial del espacio social». *Boletín de Antropología Americana* 43: 5-60.
- . 2007b. *Patrón de asentamiento e inferencia social. Una propuesta metodológica para la construcción de inferencias sociales*. México: INAH.
- Foley, Robert. 1981. «A Model of Regional Archaeological Structure». *Proceedings of the Prehistoric Society* 47: 1-17. doi:10.1017/S0079497X00008823.
- Fretheim, Silje Elisabeth. 2017. «Mesolithic dwellings: An empirical approach to past trends and present interpretations in Norway». Norwegian University of Science and Technology.
- Friedl, Ernestine. 1975. *Women and Men: An Anthropologist's View*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Friesem, David E., y Noa Lavi. 2017. «Foragers, tropical forests and the formation of archaeological evidences: An ethnoarchaeological view from South India». *Quaternary International* 448. Elsevier Ltd: 117-28. doi:10.1016/j.quaint.2016.06.036.
- Friesem, David E., Noa Lavi, Marco Madella, P. Ajithprasad, y Charles French. 2016. «Site formation processes and hunter-gatherers use of space in a tropical environment: A geo-ethnoarchaeological approach from South India». *PLoS ONE* 11 (10): 1-30. doi:10.1371/journal.pone.0164185.

- Furlong, Charles Wellington. 1917. «Tribal distribution and settlements of the fueguians, comprising nomenclature, etymology, philology and populations». *The Geographical Review* III (3): 170-87.
- Gabucio, Maria Joana, Isabel Cáceres, Florent Rivals, Amèlia Bargalló, Jordi Rosell, Palmira Saladié, Josep Vallverdú, Manuel Vaquero, y Eudald Carbonell. 2018. «Unraveling a Neanderthal palimpsest from a zooarcheological and taphonomic perspective». *Archaeological and Anthropological Sciences* 10 (1): 197-222. doi:10.1007/s12520-016-0343-y.
- Gallez, Pablo J. 1975. «El descubrimiento de la bahía Nassau (aguas fueguinas, 1624)». *Karukinká* 11: 2-21.
- Gamble, Clive. 1990. *El poblamiento paleolítico de Europa*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Gamble, Clive S., y William A. Boismier, eds. 1991. *Ethnoarchaeological approaches to mobile campsites: Hunter-gatherer and pastoralist case studies*. Ethnoarcha. Michigan: Ann Arbor. doi:10.2307/281940.
- Gándara, Manuel. 1990. «La analogía etnográfica como heurística: lógica muestral, dominios ontológicos e historicidad». En *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera*, editado por Y. Sugiura y M.C. Serra, 43-82. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas. Universidad autónoma de México.
- . 1993. «El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social». *Boletín de Antropología Americana* 27: 5-20.
- . 2006. «La inferencia por analogía: más allá de la analogía etnográfica». En *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, editado por Assumpció Vila-Mitjá y Jordi. Estevez, Serie de T, 13-23. Madrid: IMF-CSIC.
- Gassiot Ballbè, Ermengol. 2001. «Anàlisi arqueològica del canvi cap a l'exploració del litoral». Universitat Autònoma de Barcelona.
- Gelhausen, Frank. 2011. *Siedlungsmuster der alleroedzeitlichen Federmessergruppen in Niederbieber, Stadt Neuwied / Frank Gelhausen*. Mainz: Verl. des Römisch-Germanischen Zentralmuseums.
- Gelhausen, Frank, Jan F. Kegler, y Stefan Wenzel. 2004. «Latent dwelling structures in the Final Palaeolithic: Niederbieber IV, Andernach-Martinsberg 3, Berlin-Tegel IX». *Notae Praehistoricae* 24: 69-79.
- Gero, Joan M., y Margaret W. Conkey, eds. 1991. *Engendering archaeology: women and prehistory*. Oxford: Basil Blackwell.
- Gibb, James G., y Julia A. King. 1991. «Gender, Activity Areas, and Homelots in the 17th-Century Chesapeake Region». *Historical Archaeology* 25 (4): 109-31.
- Goldberg, Marilyn Y. 1999. «Spatial and Behavioural Negotiation in Classical Athenian Houses». En *The archaeology of household activities*, 142-61. London: Routledge.
- Golovnev, A. V., y G. Osherenko. 1999. *Siberian Survival: The Nenets and their Story*. Ithaca, New York: Cornell University Press.
- González-Ruibal, Alfredo. 2014. *An archaeology of resistance: materiality and time in an African borderland*. Lanham: Rowman & Littlefield. doi:10.1080/0067270X.2014.960664.
- González-Ruibal, Alfredo, Almudena Hernando, y Gustavo G. Politis. 2011. «Ontology of the self and material culture: Arrow-making among the Awá hunter-gatherers (Brazil)». *Journal of Anthropological Archaeology* 30 (1): 1-16. doi:10.1016/j.jaa.2010.10.001.
- Goodale, Jane C. 1971. *Tiwi Wives: a study of the women of Melville Island, North Australia, Seattle and London*. Hamilton: University of Washington Press.
- Gorecki, Paul P. 1991. «Horticulturalists as hunter-gatherers: rock shelter usage in Papua New Guinea». En *Ethnoarchaeological approaches to Mobile Campsites: Hunter-Gatherer and Pastoralists Case Studies*, editado por C. S. Gamble y W. A. Woismier, 25-137. Michigan: Ann Arbor.
- Gosselain, Olivier P. 2016. «To hell with ethnoarchaeology». *Archaeological Dialogues* 23 (2): 215-28. doi:10.1017/S1380203816000234.
- Gould, Richard A. 1969. «Subsistence behavior among the Western Desert Aborigines of Australia». *Oceania* 39: 253-74.

- . 1970. «Journey to Pulykara». *Natural History* 79 (10): 56-57.
- . 1977. *Puntutjarpa Rockshelter and the Australian desert culture*. *Anthropol. Papers of the Amer. Museum of Nat. History*. New York: American Museum of Natural History.
- . 1980. *Living Archaeology*. *New Studies in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1984. «Archeology: Archaeological Ethnography among Mackenzie Basin Dene, Canada. The Arctic Institute of North America, Technical Paper 28. Robert R. Janes.» *American Anthropologist* 86: 1016-17.
- Graham, Martha. 1994. *Mobile farmers: an ethnoarchaeological approach to settlement organization among the Rarámuri of northwestern Mexico*. Ethnoarcha. Ann Arbor: International Monographs in Prehistory.
- Graham, Martha, Carol Raish, y Lynne Sebastian. 1982. «Site structure and Nunamiut ethnoarchaeology». *Haliksa'i* 1: 110-19.
- Grigoletto, Frédéric, Iluminada Ortega, Joseba Rios, y Laurence Bourguignon. 2008. «Le Châtelperronien des Vieux Coutets (Creysse, Dordogne). Premiers éléments de réflexion». En *Les sociétés du Paléolithique dans un Grand Sud-Ouest de la France: nouveaux gisements, nouveaux résultats, nouvelles méthodes*. *Journées SPF, Université Bordeaux 1, Talence, 24-25 Novembre 2006*, 245-59. Paris: Société Préhistorique Française.
- Grøn, Ole. 1989. «General Spatial Behaviour in Small Dwellings: a Preliminary Study in Ethnoarchaeology and Social Psychology». En *The Mesolithic in Europe: Papers pres. at the 3. Internat. Symposium, Edinburgh, 1985*, editado por Clive Bonsall, 99-105. Edinburgh: John Donald Publishers Ltd.
- . 1995. *The Maglemose Culture: The reconstruction of the social organizations of a mesolithic culture in Northern Europe*.
- . 2003. «Mesolithic dwelling places in south Scandinavia: their definition and social interpretation». *Antiquity* 77 (298): 685-708.
- . 2011. «Ethnoarchaeology in Denmark - a very preliminary investigation». En *Arheologija un Etnografija*. Riga.
- . 2014. «Human spatial Behaviour in dwellings and social Psychology». En *Dwellings, Identities and Homes, European Housing Culture from the Viking Age to the Renaissance*, editado por Mette Svart Kristiansen y Kate Giles, 29-38. Højbjerg: Jutland Archaeological Society.
- . 2017. «Bum-spaces in Mesolithic debitage distributions – positions adopted by individuals in dwellings as indicated by artefact concentrations». En *Nie tylko krzemienie - Not only flints. Studies dedicated to prof. Lucyna Domanska at the 45th anniversary of her scientific and didactic work and on her 70th birthday*, 73-87. Lodz: The Institute of Archaeology, University of Lodz.
- Grøn, Ole, y O Kuznetsov. 2004. «What is a hunter-gatherer settlement? An ethno-archaeological and interdisciplinary approach.»
- Grøn, Ole, y Oleg Kuznetsov. 2003. «Ethno-archaeology among the Evenkian forest hunters. Preliminary results and a different approach to reality». En *Mesolithic on the move : papers presented at the Sixth International Conference on the Mesolithic in Europe, Stockholm 2000*, editado por Lars Larsson, 216-21. Oxford: Oxbow Books.
- Grøn, Ole, Oleg Kuznetsov, y Torunn Klokkernes. 2002. «The tent in the middle of the world». ... of the *International & Interdisciplinary Hunter- ...*, n.º Binford 1978: 1-9.
- Guillamón, C, y Germà Wünsch. 1986. «Cap a una "objectivació" de la dimensió espacial en Arqueologia». *Arqueologia Espacial. Revista del Seminario de Arqueologia y Etnologia Turolense* 7: 21-31.
- Gusinde, Martin. 1931. *Die Feuerland Indianer. Band 1. Die Selk'nam; vom Leben und Denken eines Jägervolkes auf der grossen Feuerlandinsel*. Mödling-Wien: Verlag der Internationalen Zeitschrift.
- . 1937. «Die Feuerland-Indianer [The Fuegian Indians]». En . Expeditions. Modling Bei Wein: Anthropos-Bibliothek.
- . 1982. *Los Indios de Tierra del Fuego. Tomo I. Los Selk'nam. Segunda parte: La vida económica*.

- Buenos Aires: Centro argentino de etnología americana.
- . 1986. *Los indios de Tierra del Fuego. Tomo II. Los Yámana. Segunda parte: La vida económica*. Buenos Aires: Centro argentino de etnología americana. doi:10.1017/CBO9781107415324.004.
- . 1991. *Los Indios de Tierra del Fuego. Tomo III. Los Halakwulup*. Buenos Aires: Centro argentino de etnología americana.
- Haakanson, Sven David. 2000. «Ethnoarchaeology of the Yamal Nenets: Utilizing emic and etic evidence in the interpretation of archaeological residues». Harvard University. doi:10.16953/deusbed.74839.
- Haas, Randall, Todd Surovell, y Matthew O'Brien. 2018. «Occupancy and the Use of Household Space Among the Dukha». *Ethnoarchaeology* 10 (1). Taylor & Francis: 1-15. doi:10.1080/19442890.2018.1440510.
- Hamilakis, Yannis, y Aris Anagnostopoulos. 2009. «What is Archaeological Ethnography?» *Public Archaeology* 8 (2-3): 65-87. doi:10.1179/175355309X457150.
- Harrison, Rodney, y John Schofield. 2010. *After Modernity Archaeological Approaches to the Contemporary Past*. Oxford: Oxford University Press. doi:10.1017/CBO9781107415324.004.
- Hart, Gillian. 1992. «Imagined Unities: Constructions of "The household" in Economic Theory». En *Understanding Economic Process*, editado por S. Ortiz y S. Lees, 111-29. Lanham: University Press of America.
- Harvey, David. 1979. *Urbanismo y desigualdad social*. México: Siglo XXI editores.
- . 1996. *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell.
- Hastorf, Christine A. 1991. «Gender, Space, and Food in Prehistory». En *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, editado por Joan M. Gero y Margaret W. Conkey, 132-59. Oxford: Basil Blackwell.
- Hayden, Brian. 1976. «Curation: old and new». En *Primitive Art and Technology*, editado por J. S. Raymond, B. Loveseth, C. Arnold, y G. Reardon, 47-59. Calgary: University of Calgary, Archaeological Association.
- . 1979. *Paleolithic Reflections: Lithic Technology of the Western Desert Aborigines*. Canberra: Australian Institute of Aboriginal Studies.
- . 1981. «Subsistence and Ecological Adaptations of Modern Hunter-Gatherer». En *Omnivorous Primates*, editado por R.S.O. Harding y G. Telek. New York: Columbia University Press.
- Hendon, Julia A. 1996. «Archaeological Approaches to the Organization of Domestic Labor: Household Practice and Domestic Relations». *Annual Review of Anthropology* 25: 45-61.
- . 1997. «Women's Work, Women's Space, and Women's Status Among the Classic Period Maya Elite of the Copan Valley, Honduras». En *Women in Prehistory: North America and Mesoamerica*, editado por Cheryl Claassen y Rosemary A. Joyce, 33-46. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- . 2006. «The Engendered Household». *Handbook of Gender in Archaeology*, 171-98.
- Henry, Auréade, y Isabelle Théry-Parisot. 2014. «From Evenk campfires to prehistoric hearths: Charcoal analysis as a tool for identifying the use of rotten wood as fuel». *Journal of Archaeological Science* 52: 321-36. doi:10.1016/j.jas.2014.09.005.
- Henry, Donald. 2012. «The palimpsest problem, hearth pattern analysis, and Middle Paleolithic site structure». *Quaternary International* 247 (1): 246-66. doi:10.1016/j.quaint.2010.10.013.
- Hernando, Almudena. 2000. «Hombres del Tiempo y Mujeres del Espacio: individualidad, poder y relaciones de género.» *Arqueología Espacial. Revista del Seminario de Arqueología y Etnología Turolese* 22: 23-44.
- Heyman, Marjorie A. W. 2009. «Analyzing social space: interpreting spatial patterning at archaeological sites using Ethnoarchaeological data». Michigan State University. doi:10.1017/CBO9781107415324.004.

- Hietala, Harold, ed. 1984. *Intrasite spatial analysis in archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press. doi:10.1016/B978-0-8155-2037-5.00024-1.
- Hingley, Richard. 1990. «Domestic Organisation and Gender Relations in Iron Age and Romano-British Households». En *The Social Archaeology of Houses*, editado por R. Samson, 125-48. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Hitchcock, Robert. 1982. «The Ethnoarchaeology of Sedentism: Mobility Strategies and Site Structure among Foraging and Food Producing Populations in the Eastern Kalahari Desert, Botswana». University of New Mexico.
- . 1987. «Sedentism and site structure: organisation changes in Kalahari Basawara residential locations». En *Method and Theory for Activity Area Research*, editado por Susan Kent, 374-423. New York: Columbia University Press.
- Hodder, Ian, ed. 1982a. *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1982b. *Symbols in Action. Ethnoarchaeological Studies of Material Cultures*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1984. «Burials, houses, women and men in the European Neolithic». En *Ideology, Power and Prehistory*, editado por Daniel Miller y Christopher Tilley, 51-68. Cambridge: Cambridge University Press. doi:10.1016/S0969-4765(04)00066-9.
- Hodder, Ian, y Clive Orton. 1972. *Spatial Analysis in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hoffecker, John F. 2002. *Desolate landscapes : Ice-Age settlement in Eastern Europe*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Hurtado, A Magdalena, y Kim R Hill. 1990. «Seasonality in a Foraging Society: Variation in Diet, Work Effort, Fertility, and Sexual Division of Labor among the Hiwi of Venezuela». *Journal of Anthropological Research* 46 (3): 293-346. doi:10.1086/jar.46.3.3630428.
- Hurtado, M, K Hawkes, K Hill, y H Kaplan. 1985. «Female subsistence strategies among Ache\rhunter-gatherers in Eastern Paraguay». *Human Ecology* 13 (1): 1 –27.
- Hyades, Paul. 1884. «Notes sur l'hygiène et la médecine chez les Fuégiens de l'archipel du Cap Horn». *Revue d'Hygiène et de Police Sanitaire* 6 (7). Paris: G. Masson: 550-90.
- . 1885a. «La chasse et la pêche chez les fuégiens de l'Archipel du Cap Horn». *Revue d'ethnographie* IV: 514-53.
- . 1885b. «Une année au Cap Horn». *Le Tour du Monde* 49: 385-416.
- Hyades, Paul, y J. Deniker. 1891. *Mission scientifique du Cap Horn. 1882-1883. Tome VII. Anthropologie, Ethnographie*. Paris: Gauthier-Villard.
- Ingold, Tim. 2000. *The Perception of the Environment: Essays on livelihood, dwelling and skill. The Perception of the Environment - Essays in livelihood, dwelling, and skill*. London and New York: Routledge. doi:10.1207/S15327884MCA0902.
- Janes, Robert R. 1983. *Archaeological Ethnography Among Mackenzie Basin Dene, Canada*. Calgary, Alberta: Arctic Institute of North America.
- . 1989. «An ethnoarchaeological model for the identification of prehistoric teepee remains in the Boreal forest». *Arctic* 42 (2): 128-38.
- Jarosová, Lenka. 1997. «Spatial Distribution of Artifacts». En *Pavlov I - Northwest*, 169-78. Brno: Academy of Sciences of the Czech Republic, Institute of Archaeology.
- Jarvenpa, Robert, y Hetty Jo Brumbach. 1983. «Ethnoarchaeological Perspectives on an Athapaskan Moose Kill». *Arctic* 36 (2): 174-84. doi:10.14430/arctic2260.
- . , eds. 2006. *Circumpolar Lives and Livelihood. A Comparative Ethnoarchaeology of Gender and Subsistence*. Lincoln and London: University of Nebraska Press.
- Jelinek, Jan. 1982. *Большой иллюстрированный атлас первобытного человека*. Praga: Artiya.
- Jenness, Diamond. 1922. *The life of the Copper Eskimos. Landmarks in anthropology*. Ottawa: F. A.

Acland.

- Jochim, Michael A. 1988. «Optimal Foraging and the Division of Labor». *American Anthropologist* 90 (1): 130-36. doi:10.1525/aa.1988.90.1.02a00100.
- Jordan, Kurt A. 2014. «Enacting gender and kinship around a large outdoor fire pit at the Seneca Iroquois townley-read site, 1715-1754». *Historical Archaeology* 48 (2): 61-90. doi:10.1007/BF03376928.
- Jorgensen, J. G. 1999. «Codebook for Western Indians data». *World Cultures* 10 (2): 144-293.
- Jöris, Olaf, Martin Street, y Elaine Turner. 2011. «Spatial analysis at the Magdalenian site of Gönnersdorf (Central Rhineland, Germany). An introduction». En *Site-internal spatial organization of hunter-gatherer societies: case studies from the European Palaeolithic and Mesolithic*, editado por Sabine Gaudzinski-Windheuser, Olaf Jöris, Martina Sensburg, Martin Street, y Elaine Turner, 53-80. Mainz: Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums.
- Jöris, Olaf, y Thomas Terberger. 2001. «Zur Rekonstruktion eines Zeltes mit trapezförmigem Grundriss am Magdalénien- Fundplatz Gönnersdorf / Mittelrhein – eine »Quadratur des Kreises«?» *Archäologisches Korrespondenzblatt* 31: 163-72.
- Jover-Maestre, Francisco Javier. 2013. «Las áreas de actividad y las unidades domésticas como unidades de observación de lo social: de las sociedades cazadoras-recolectoras a las agricultoras en el este de la Península Ibérica». En *De la estructura doméstica a espacio social. Lecturas arqueológicas del uso social del espacio*, editado por Sonia Gutiérrez Lloret y Ignasi Grau Mira, 13-38. Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante.
- Jover-Maestre, Francisco Javier, y Palmira Torregrosa-Giménez. 2017. «Las unidades domésticas de los primeros grupos neolíticos en el Este de la península ibérica». *Munibe Antropologia-Arkeologia* 68 (1): 135-54. doi:10.21630/maa.2017.68.03.
- Julien, Michèle, y Claudine Karlin. 2002. «Un habitat saisonnier de plein air au Tardiglaciaire: l'exemple d'un campement à Pincevent (Seine-et-Marne)». *Géologie de la Préhistoire: méthodes, techniques, applications*, 1399-1413.
- Kaberry, Phyllis M. 1939. *Aboriginal woman: sacred and profane*. London: George Routledge.
- Kapches, Mima. 2008. «The Spatial Dynamics of Ontario Iroquoian Longhouses». *American Antiquity* 55 (1): 49-67.
- Keeley, Lawrence H. 1995. «Protoagricultural practices among Hunter-Gatherers. A cross-cultural survey». En *Last Hunters-First Farmers. New Perspectives on the Prehistoric Transition to Agriculture*, editado por T. Douglas Price y Anne Birgitte Gebauer. Santa Fe, Nuevo Mexico: School of American Research Press.
- Kent, Susan. 1984. «Analyzing Activity Areas». Albuquerque: University of New Mexico.
- . , ed. 1987. *Method and theory for activity area research: an ethnoarchaeological approach*. New York: Columbia University Press.
- . 1990a. «A cross-cultural study of segmentation, architecture, and the use of space». En *Domestic Architecture and the Use of Space*, editado por Susan Kent, 127-52. Cambridge: Cambridge University Press.
- . , ed. 1990b. *Domestic Architecture and the Use of Space*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1991. «Partitioning Space: Cross-Cultural Factors Influencing Domestic Spatial Segmentation». *Environment and Behavior* 23 (4): 438-73. doi:10.1177/0013916591234003.
- . 1998. «Invisible Gender - Invisible Foragers. Hunter-Gatherer Spatial Patterning and the Southern African Archaeological Record». En *Gender and Prehistory in Africa*, editado por Susan Kent, 39-67. Walnut Creek, California: Altamira Press.
- Kent, Susan, y Helga Vierich. 1989. «The myth of ecological determinism: Anticipated mobility and site spatial organization». En *Farmers as Hunters: The Implications of Sedentism*, editado por Susan Kent, 96-130. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kind, Claus-Joachim. 1985. *Die Verteilung von Steinartefakten in Grabungsflächen: ein Modell zur*

- Organisation alt- und mittelsteinzeitlicher Siedlungsplätze*. Tübingen: Archaeologica Venatoria.
- Klein, Richard G. 1969. *Man and culture in the late pleistocene : a case study*. San Francisco: Chandler Publishing Company.
- — —. 1973. *Ice-age hunters of the Ukraine*. Chicago [etc.] : The University of Chicago Press.
- Klíma, Bohuslav. 1963. *Dolní Vestonice : vyzkum táboriste lovcu mamutu v letech 1947-1952*. Praha: Nakladatelství Československé akademie ved.
- — —. 1997. *Pavlov I Northwest : the upper paleolithic burial and its settlement context*. Brno: Archeologický ústav Akademie.
- Klíma, Bohuslav, y Jiří Svoboda. 1994. *Pavlov I : excavations 1952-1953*. Liège: Université de Liège.
- Knight, Chris. 1991. *Blood Relations: menstruation and the origins of culture*. New Haven and London: Yale University Press. doi:10.1080/09612029300200068.
- Koetje, Todd A. 1987. *Spatial patterns in Magdalenian open air sites from the Isley Valley, Southwestern France*. Internatio. Oxford: B.A.R.
- — —. 1994. «Intrasite Spatial Structure in the European Upper Paleolithic: Evidence and Patterning from the SW of France». *Journal of Anthropological Archaeology* 13 (2): 161-69. doi:10.1006/jaar.1994.1011.
- Kollontai, Alexandra. 1921. *Conférences à l'université Sverdlov sur la libération des femmes*. Paris: Éditions «La Brèche».
- Koppers, Wilhelm. 1924. *Unter Feuerland-Indianern*. Stuttgart: Verlag Strecker und Schröder.
- Korotayev, A. 2001. «An Apologia of George Peter Murdock. Division of Labor by Gender and Postmarital Residence in Cross-Cultural Perspective: A Reconsideration». *World Cultures* 12 (2): 179-203.
- Kroll, Ellen M., y T. Douglas Price, eds. 1991. *The Interpretation of Archaeological Spatial Patterning*. New York: Plenum Press.
- Kruczek-Aaron, Hadley. 2002. «Choice flowers and well-ordered tables: Struggling over gender in a nineteenth-century household». *International Journal of Historical Archeology* 6 (3): 173-86. doi:10.1023/A:1020333103453.
- Kuznetsov, Oleg V. 2007. «Ethnoarchaeological approach to Late Paleolithic settlements and habitation structures (Transbaikal, Siberia)». En *Les civilisations du renne d'hier et d'aujourd'hui : approches ethnohistoriques, archéologiques et anthropologiques. XXVIIe rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes*, 111-25.
- Lancelotti, Carla, Joan Negre, y Jonas Alcaina. 2017. «Intra-site spatial analysis in ethnoarchaeology». *Environmental Archaeology* 22 (in pre (0)). Taylor & Francis: 1-11. doi:10.1080/14614103.2017.1299908.
- Lapi, Bárbara, y Diana Sarkis Fernández. 2008. «Género y materialismo histórico: ¿Una relación imposible? Algunas reflexiones desde la antropología social y una propuesta teórico-metodológica transdisciplinaria». En *Mujeres y arqueología: nuevas aportaciones desde el materialismo histórico*, editado por Trinidad Escoriza Mateu, María Juana López Medina, y Ana Navarro Ortega, 105-56. Granada: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura.
- Larrière-Cabiran, Marylène. 1993. «Organisation et utilisation de l'espace dans une unité d'occupation magdalénienne à Étiolles (Essonne, France) : l'habitation A17». Paris 1.
- Lawrence, Denise L., y Seta M Low. 1990. «The Built Environment and Spatial Form». *Annual Review of Anthropology* 19 (1): 453-505. doi:10.1146/annurev.an.19.100190.002321.
- Lawrence, Susan. 1999. «Towards a feminist archaeology of households: Gender and household structure on the Australian goldfields». En *The Archaeology of Household Activities*, editado por Penelope M. Allison, 121-41. London: Routledge.
- Leacock, Eleanor. 1978. «Women's Status in Egalitarian Society: Implications for Social Evolution». *Current Anthropology* 19 (2): 139-64. doi:10.1086/202159.

- Lee, Richard B., y Richard Daly, eds. 1999. *The Cambridge encyclopedia of hunters and gatherers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lee, Richard B., y Irven DeVore. 1968. *Man the hunter*. Chicago: Aldine.
- — —. 1976. *Kalahari Hunter-Gatherers : studies of the IKung San and their neighbors*. Cambridge, Mass. : Harvard University press.
- Lee, Richard Borshay. 1992. «Art, Science, or Politics? The Crisis in Hunter- Gatherer Studies». *American Anthropologist* 94 (1): 31-54.
- Lefebvre, Henri. 1974. «La production de l'espace». *L'homme et la société* 31-32: 15-32. doi:10.3406/homso.1974.1855.
- Leibowitz, Lila. 1986. «In the Beginning ...: The Origins of the Sexual Division of Labour and the Development of the First Human Societies». En *Women's Work, Men's Property: The Origins of Gender*, 43-75. London: Verso.
- Lenin, Vladimir Ilich. 1974. *Cuadernos filosóficos*. Madrid: Ed. Ayuso.
- Leonova, N.B., y E.V. Min'kov. 1988. «Spatial analysis of faunal remains from Kamennaya Balka II». *Journal of Anthropological Archaeology* 7 (3): 203-30. doi:10.1016/0278-4165(88)90008-6.
- Leonova, Natalia, Sergey Nesmeyanov, Ekaterina Vinogradova, y Olga Voeykova. 2015. «Upper Paleolithic subsistence practices in the southern Russian Plain: paleolandscapes and settlement system of Kamennaya Balka sites». *Quaternary International* 355 (enero): 175-87. doi:10.1016/j.quaint.2014.10.004.
- Leroi-Gourhan, André, y Michel Brezillon. 1966. «L'habitation magdalénienne n° 1 de Pincevent près Monterau (Seine-et-Marne)». *Gallia préhistoire* 9 (2): 263-385. doi:10.3406/galip.1966.1264.
- Leroi-Gourhan, André, y Michel N. Brézillon. 1972. *Fouilles de Pincevent : essai d'analyse ethnographique d'un habitat magdalénien : la section 36*. Paris: Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Levi-Strauss, Claude. 1956. «The Family». En *Man, Culture and Society*, editado por H Shapiro. New York: Oxford University Press .
- Lips, Julius E. 1947. «Notes on Montagnais-Naskapi economy (Lake St. John and Lake Mistassini bands)». *Ethnos: Journal of Anthropology* 12 (1-2): 1-78. doi:10.2307/1005576.
- Loeffler, David. 1999. «Vuollerim: Six Thousand and Fifteen Years Ago». *Current Swedish Archaeology* 7: 89-106.
- — —. 2003. «Some observations concerning the relationship between distribution patterns, floor size and social organisation». En *Mesolithic on the move : papers presented at the Sixth International Conference on the Mesolithic in Europe, Stockholm 2000*, editado por Lars Larsson, 239-48. Oxford: Oxbow Books.
- Lothrop, Samuel Kirkland. 1928. *Indians Of Tierra Del Fuego*. New York: Museum of the American Indian, Heye Foundation.
- Lovisato, Domenico. 1884. «Appunti etnografici con accenti geologici sulla Terra del Fuoco». *Cosmos di G. Cora VIII*, (IV) 97-108 y (V) 129-151.
- Lubbock, John. 1913. *Prehistoric times, as illustrated by ancient remains, and the manners and customs of modern savages*. London: Williams and Norgate.
- Lucas, Gavin. 2012. *Understanding the Archaeological Record*. Cambridge University Press. doi:10.1017/CBO9780511845772.
- Lumley, Henry de. 1969. *Une Cabane acheuléenne dans la Grotte du Lazaret, Nice*. Paris: Société préhistorique française.
- Luxemburg, Rosa. 1925. *Introducción a la economía política*.
- Lyons, Diane. 1992. «Men's houses: women's spaces: an ethnoarchaeological study of gender and household design in Dela, North Cameroon». Simon Fraser University.
- Madella, Marco, Gabriella Kovacs, B. Berzsenyi, y Ivan Briz i Godino. 2013. *The Archaeology of*

- Household*. Oxford: Oxbow Books.
- Malinowski, Bronislaw. 1913. *The family among the Australian aborigines; a sociological study*. London: University of London Press.
- Malinsky-Buller, Ariel, Erella Hovers, y Ofer Marder. 2011. «Making time: “Living floors”, “palimpsests” and site formation processes - A perspective from the open-air Lower Paleolithic site of Revadim Quarry, Israel». *Journal of Anthropological Archaeology* 30 (2). Elsevier Inc.: 89-101. doi:10.1016/j.jaa.2010.11.002.
- Mameli, Laura. 2003. «La gestión del recurso avifaunístico por las poblaciones canoeras del archipiélago fueguino». Universidad Autónoma de Barcelona.
- Mameli, Laura, y Jordi Estévez. 2004. *Etnoarqueozoología de aves: el ejemplo del extremo sur americano*. *Treballs d'Etnoarqueologia*, 5. Madrid: CSIC.
- Mameli, Laura, Jordi Estévez, y Ernesto Luis Piana. 2005. «Deep Impact: Stones in bones. Some thoughts about the ethno-archaeology contrast. A view from Tierra del Fuego (Extreme South of America)». En *Lithic Toolkits in ethnoarchaeological Contexts*, editado por Xavier Terradas, BAR Intern. Oxford: Archaeopress.
- Man, Edward Horace. 1885. *The Aboriginal Inhabitants of the Andaman Islands*. London: Royal Anthropological Institute.
- Mandelbaum, David G. 1940. *The Plains Cree*. New York: American Museum of Natural History.
- Mansur, Estela, Raquel Piqué, y Assumpció Vila. 2007. «Réflexions théoriques et méthodologiques pour l'étude du rituel chez les chasseurs-cueilleurs. Apports de l'ethnoarchéologie des sociétés de la Terre de Feu». En *Chasseurs-cueilleurs. Comment vivaient nos ancêtres du Paléolithique supérieur*, editado por Sophie A. de Beaune, 143-50. Paris: CNRS Editions.
- Manzanilla, L. 1968. *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. México: IIA-UNAM.
- Marlowe, Frank W. 2010. *The Hadza. Hunter-Gatherers of Tanzania*. Los Angeles: University of California Press.
- Marshall, Lorna. 1959. «Marriage among !Kung Bushmen». *Africa* 29 (04): 335-65. doi:10.2307/1157925.
- Martial, Louis-Ferdinand. 1888. *Mission Scientifique au Cap Horn (1882-1883) (Tome I.) Historie du voyage*. Paris: Gauthier-Villars.
- . 2005. *Misión al cabo de Hornos. La expedición francesa a Tierra del Fuego en la Romanche. Julio de 1882 a setiembre de 1883*. Ushuaia: Zagier & Urruty Publications.
- Marx, K. 1975. *El capital: crítica de la economía política. Tomo I. El proceso de producción del capital. Volumen I*. México, D.F.: Siglo XXI editores.
- . 2005. *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Mathieu, Nicole-Claude, ed. 1985. *L'Arraînement des femmes : essais en anthropologie des sexes*. Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- McGuire, Randall H. 1992. *A Marxist archaeology*.
- Mead, Margaret. 1949. *Male and Female: A Study of the Sexes in a Changing World*. New York: William Morrow & Company, Inc.
- Meehan, Betty Francis. 1975. «Shell bed to shell midden». Australian National University. doi:10.2307/280547.
- Meltzer, David J. 2011. *Lewis Roberts Binford, 1931-2011: A biographical memoir*. Washington DC: National Academy of Sciences. doi:10.4067/S0717-73562011000300001.
- Montané, Julio C. 1981. «Sociedades igualitarias y modo de producción». *Boletín de Antropología Americana* 3: 71-89.
- Moore, Henrietta L. 1982. «The interpretation of spatial patterning in settlement residues». En *Symbolic and structural archaeology*, editado por Ian Hodder, 74-79. Cambridge: Cambridge University Press.

- . 1986. *Space, text and gender. An anthropological study of the Marakwet of Kenya*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1987. «Problems in the analysis of social change: an example from the Marakwet». En *Archaeology as longterm history*, editado por Ian Hodder, 85-104. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1992. «Households and gender relations: the modelling of the economy». En *Understanding Economic Process*, editado por S. Ortiz y S. Lees, 131-48. Lanham: University Press of America.
- Morgan, Lewis Henry. 1877. «Ancient Society». *Search* 166: 560. doi:10.4159/harvard.9780674865662.
- . 1881. *Houses and house-life of the american aborigines*. Washington: Government Printing Office.
- Moseler, Frank. 2011. «Spatial analysis of concentration K-IV of the Magdalenian site of Gönnersdorf». En *Site-internal spatial organization of hunter-gatherer societies : case studies from the European Palaeolithic and Mesolithic*, editado por Sabine Gaudzinski-windheuser, Olaf Jöris, Martina Sensburg, Martin Street, y Elaine Turner. Mainz: Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums.
- Murdoch, John. 1892. *Ethnological results of the Point Barrow expedition. Ninth annual report of the Bureau of Ethnology to the secretary of the Smithsonian Institution, 1887-'88*. Washington D.C.: Government Printing Office. doi:10.1071/EC12481.
- Murdock, George Peter. 1949. *Social structure*. New York: Macmillan.
- . 1967. *Ethnographic atlas*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- . 1981. *Atlas of World Cultures*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Murdock, George Peter, y Caterina Provost. 1973. «Factors in the division of labor by sex: A cross-cultural analysis». *Ethnology* 2.
- Murdock, George Peter, y Douglas R. White. 1969. «Standard Cross-Cultural Sample». *Ethnology* 8 (4): 329-69.
- Na'amneh, Mahmoud, Mohammed Shunnaq, y Aysegul Tasbasi. 2008. «The Modern Sociocultural Significance of the Jordanian Bedouin Tent». *Nomadic Peoples* 12 (1): 149-63. doi:10.3167/np.2008.120109.
- Nadel, Dani, Ehud Weiss, y Hartmut Tschauner. 2011. «Gender-specific division of indoor space during the Upper Palaeolithic? A brush hut floor as a case study». En *Site-internal spatial organization of hunter-gatherer societies : case studies from the European Palaeolithic and Mesolithic*, editado por Sabine Gaudzinski-Windheuser, Jöris Olaf, Martina Sensburg, Martin Street, y Elaine Turner, 263-73. Mainz: Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums.
- Narotzky, Susana. 1995. *Mujer, mujeres, género. Una investigación crítica al estudio de las mujeres en las Ciencias Sociales*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Nash, Mary. 2004. *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimiento*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nelson, Maragret, Donna Glowacki, y Annette Smith. 2002. «The impact of women on household economies: a Maya case study». En *In Pursuit of Gender: Worldwide archaeological approaches*, editado por Sarah Milledge Nelson y Myriam Rosen-Ayalon, 125-54. Walnut Creek, California: Altamira Press.
- Nevett, Lisa C. 1999. *House and Society in the Ancient Greek World*. Cambridge: Cambridge University Press. doi:10.1017/CBO9781107415324.004.
- Nicholson, A., y S. Cane. 1991. «Desert camps: analysis of Australian Aboriginal Proto-historic campsites». En *Ethnorchaological approaches to Mobile Campsites: Hunter-Gatherer and Pastoralists Case Studies*, editado por C. S. Gamble y W. A. Boismier, 25-137. Michigan: Ann Arbor.
- Novák, Martin. 2005. «Pavlov I - Southeast. Review of spatial distributions». En *Pavlov I - Southeast. A Window Into the Gravettian Lifestyles*, editado por Jiří Svoboda, 53-71. Brno: Academy of Sciences of the Czech Republic, Institute of Archaeology,.
- . 2006. «Spatial analysis of Paleolithic sites. Distribution of artifacts at the Gravettian sites of

- Pavlov and Kašov». *Přehled výzkumů* 47: 40-68.
- . 2011. «Spatial Distribution Patterns». En *Pavlov. Excavations 2007-2011*, editado por Jiří Svoboda, 117-287. Brno: Academy of Sciences of the Czech Republic, Institute of Archaeology.
- . 2013. «Spatial distribution of faunal remains and artifacts». En *Predmostí. Building an authentic museum*, editado por Jiří Svoboda, 28-79. Brno: Academy of Sciences of the Czech Republic, Institute of Archaeology.
- O'Connell, James F. 1979. «Site Structure and Dynamics Among Modern Alyawara Hunters». Vancouver, B.C.
- . 1987. «Alyawara Site Structure and Its Archaeological Implications». *Society for American Archaeology* 52 (1): 74-108.
- . 1995. «Ethnoarchaeology needs a general theory of behavior». *Journal of Archaeological Research* 3 (3): 205-55. doi:10.1007/BF02231450.
- O'Connell, James F., Kristen Hawkes, y Nicholas G. Blurton Jones. 1991. «Distribution of refuse producing activities at Hadza residence base camps: implications for analyses of archaeological site structure». En *The interpretation of archaeological spatial patterning*, editado por Ellen M. Kroll y T. Douglas Price, 61-76. New York: Plenum Press.
- Olive, Monique. 1988. *Une Habitation magdalénienne d'Étiolles: l'unité P15*. Marne: Centre National de la Recherche Scientifique.
- Olive, Monique, y Nicole Pigeot. 1992. «Les tailleurs de silex magdaléniens d'Étiolles: vers l'identification d'une organisation sociale complexe?» En *La Pierre préhistorique : actes du séminaire du Laboratoire de Recherche des Musées de France, 13 et 14 décembre 1990*, editado por M. Menu y Ph. Walter, 173-85. Paris: Laboratoire de Recherche des Musées de France.
- Orquera, Luis Abel, y Ernesto Luis Piana. 1999. *La Vida material y social de los Yámana*. Buenos Aires: Eudeba.
- . 2009. «Sea Nomads of the Beagle Channel in Southernmost South America: Over Six Thousand Years of Coastal Adaptation and Stability». *The Journal of Island and Coastal Archaeology* 4 (1): 61-81. doi:10.1080/15564890902789882.
- Ortega, Iluminada, Joseba Rios, Juan-José Ibáñez, Jesús González, Eric Boëda, y Farid Sellami. 2006. «L'occupation de l'Aurignacien ancien de Barbas III (Creyesse, Dordogne): résultats préliminaires sur la fonction du site». *Paléo* 18: 115-42.
- Osgood, Cornelius. 1940. *Ingalik Material Culture. Yale University publications in anthropology, no. 22*. New Haven: Publications in Anthropology, Yale University.
- Osipowicz, Grzegorz. 2017. «Ludowice 6 site, western habitation: A silica plant processing female gatherer campsite?» *Journal of Archaeological Science: Reports*, n.º May. Elsevier: 1-13. doi:10.1016/j.jasrep.2017.08.019.
- Oswalt, Wendell, y James W. VanStone. 1967. *The Ethnoarchaeology of Crow Village, Alaska*. Washington: U.S. Government Printing Office.
- Pallarés, Maria. 2000. «Género y espacio social en arqueología». En *Arqueología Espacial. Espacios de Género en Arqueología*, editado por Paloma González, 22.ª ed., 61-92. Teruel: Seminario de Arqueología y Etnología Turoense.
- Parkington, John, y Glenn Mills. 1991. «From space to place: the architecture and social organisation of southern African mobile communities». En *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile Campsites. Hunter-Gatherer and Pastoralist Case Studies*, editado por C. S. Gamble y William A. Boismier, 355-70. Michigan: Ann Arbor.
- Patterson, Thomas C. 1997. «Arqueología, historia y el concepto de totalidad: análisis marxista y el surgimiento de la civilización». *Boletín de Antropología Americana* 31: 99-110.
- Payró, Roberto Jorge. 1898. *La Australia Argentina: excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego é Isla de los Estados; con una carta-prólogo del general Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: La Nación.

- Peacock, Nadine R. 1991. «Rethinking the Sexual Division of Labor: Reproduction and Women's Work among the Efe». En *Gender at the Crossroads of Knowledge: Feminist Anthropology in the Postmodern Era*, editado por Micaela di Leonardo, 339-60. Berkeley and Los Angeles, California.
- Pedraza Marín, Diego. 2013. «Las ceremonias y el mundo simbólico en la producción y reproducción sociales de las sociedades Yámana y Selk'nam de Tierra del Fuego». *RAMPAS Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*.
- . 2017. *El concepto de prestigio en arqueología prehistórica*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Pérez-Rodríguez, Assumpció Vila-Mitjà, y Jordi Estévez-Escalera. 2016. *Inequalities in "Egalitarian" Societies: The Calculation of Real Value as a Way to Visualize Social Distance*. Editado por Stefano Biagetti y Francesca Lugli. *The Intangible Elements of Culture in Ethnoarchaeological Research*. Springer International Publishing. doi:10.1007/978-3-319-23153-2.
- Pétrequin, Anne-Marie, y Pierre Pétrequin. 1988. «Ethnoarchéologie de l'habitat en grotte de Nouvelle-Guinée: Une transposition de l'espace social et économique». *Bulletin du Centre Genevois d'Anthropologie* 1: 61-82.
- Pidoplichko, I. G. 1998. *Upper palaeolithic dwellings of mammoth bones in the Ukraine : Kiev-Kirillovskii, Gontsy, Dobranichevka, Mezin and Mezhirich*. Oxford: Archaeopress.
- Pigeot, Nicole. 1987. *Magdaléniens d'Étiolles : économie de débitage et organisation sociale : l'unité d'habitation U5*. Paris: Éd. du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Piqué i Huerta, Raquel. 1999. *Producción y Uso del combustible vegetal: Una evaluación arqueológica. Treballs d'Etnoarqueologia*, 3. Madrid: CSIC y UAB.
- Piqué i Huerta, Raquel, y María Estela Mansur. 2012. «Arqueología del Hain: investigaciones etnoarqueológicas en un sitio ceremonial de la sociedad selknam de Tierra del Fuego: implicancias teóricas y metodológicas para los estudios arqueológicos». CSIC, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Piqué i Huerta, Raquel, Assumpció Vila i Mitjà, Marian Berihuete Azorín, Laura Mameli, Carmen Mensua, Andrea Toselli, Ester Verdún, y Débora Zurro. 2008. «El mito de "la Edad de Piedra " los recursos olvidados». En *Mujeres y arqueología: nuevas aportaciones desde el materialismo histórico*, editado por Trinidad Escoriza Mateu, María Juana López Medina, y Ana Dolores Navarro Ortega, 59-105. Granada: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura.
- Politis, Gustavo G. 2009. *Nukak: Ethnoarchaeology of an Amazonian People*. Walnut Creek: Left Coast Press. doi:10.1086/592439.
- . 2015. «Reflections on Contemporary Ethnoarchaeology». *Pyrenae* 46 (1): 41-83. doi:10.1344/Pyrenae2015.vol46num1.3.
- Praslov, N. D., y A. N. Rogachev. 1982. «Palaeolithic of the Kostenki-Borshchevo area on the river Don. 1879-1979». *Results of field investigations*. Leningrado, 245-57.
- Radcliffe-Brown, Alfred Reginald. 1964. *The Andaman Islanders*. New York: Free Press. doi:10.1038/scientificamerican0599-82.
- Ramos Muñoz, José. 1999. *Europa prehistórica: cazadores y recolectores*. Madrid: Sílex.
- Reiter, Rayna R. 1975. *Toward an Anthropology of Women*. New York: Monthly Review.
- Rios-Garaizar, Joseba, y Iluminada Ortega Cordellat. 2014. «Flint Workshop or Habitat? Technological and Functional Approaches towards the Interpretation of Site Function in Bergerac region Early Aurignacian». En *International Conference on Use-Wear Analysis. Use-Wear 2012*, editado por Joao Barreriros, Nuno Bicho, y Juan Gibaja Bao, 127:162-72. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing.
- Robin, Cynthia. 2003. «New directions in Classic Maya household archaeology». *Journal of Archaeological Research* 11 (4): 307-56. doi:10.1023/A:1026327105877.
- Rosaldo, Michelle, y Louise Lamphere, eds. 1974. *Woman Culture Society*. Stanford: Stanford University Press.

- Rosaldo, Michelle Zimbalist, y Jane M. Atkison. 1975. «Men the hunter and woman. Metaphors for the sexes in ilongot magical spells». En *The interpretation of symbolism*, editado por R Willis. New York: Halsted Press Book.
- Sacks, Karen. 1976. «State Bias and Women ' s Status». *American Anthropologist* 78 (3): 565-69.
- — —. 1979. *Sisters and wives : the past and future of sexual equality. Contributions in women ' s studies ; no. 10*. Westport: Greenwood Press.
- Saladin d'Anglure, Bernard. 1986. «Du foetus au chamane : la construction d'un " troisième sexe " inuit». *Études/Inuit/Studies* 10 (1-2): 25-113.
- Salius Gumà, Jesús. 2013. «Etnoarqueomusicología: El rol de la producció de sons en la reproducció social de les societats caçadores-recol·lectores». Universitat Autònoma de Barcelona.
- Sanahuja Yll, Ma. Encarnación. 2002a. *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Madrid: Universitat de València. Instituto de la mujer.
- — —. 2002b. *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Universitat de València.
- Sánchez-Romero, Laura, Antoni Canals, Alfredo Pérez-González, Belén Márquez, Marina Mosquera, Theodoros Karampaglidis, Juan Luis Arsuaga, y Enrique Baquedano. 2017. «Deshaciendo el palimpsesto: una aproximación a la secuencia cultural de la ocupación neandertal del abrigo de Navalmaíllo, Pinilla del Valle (España)». *Trabajos de Prehistoria* 74 (2): 225. doi:10.3989/tp.2017.12192.
- Sanderson, Stephen K., Alex D. Heckert, y Joshua K. Dubrow. 2005. «Materialist Theories of Gender Inequality : A Cross-Cultural Test». *Social Forces* 83 (4): 1425-42.
- Sanoja, Mario, y Iraida Vargas. 1978. *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*. Caracas: Monte Avila Editores.
- Santos, Milton. 1996. *De la totalidad al lugar*. Barcelona: Oikos Tau, S. A. Ediciones.
- — —. 2000. *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Savelle, J. M. 1984. «Cultural and Natural Formation Processes of a Historic Inuit Snow Dwelling Site, Somerset Island, Arctic Canada». *American Antiquity* 49 (3): 508. doi:10.2307/280357.
- Savelle, James M., Max T. Friesen, y Lee R. Lyman. 1996. «Derivation and Application of an Otariid Utility Index». *Journal of Archaeological Science* 23 (5): 705-12. doi:10.1006/jasc.1996.0066.
- Sázellová, Sandra, Jiří Svoboda, y Martin Novák. 2014. «Detecting the children zone at the abandoned Nenets campsites: An ethnoarchaeological example from the Polar Ural Mts., Russia». En *The Dolní Věstonice Studies*, 20:57-60. Academy of Sciences of the Czech Republic, Institute of Archaeology in Brno; Masaryk University, Department of Anthropology at Faculty of Science.
- Schiavini, Adrián. 1993. «Los lobos marinos como recurso para cazadores-recolectores marinos: El caso de tierra del Fuego.» *Latin American Antiquity* 4 (4): 346-66. doi:10.2307/972072.
- Schiffer, Michael B. 1972. «Archaeological Context and Systemic Context». *American Antiquity* 37 (2): 156-65.
- — —. 1978. *Formation Processes of the Archaeological Record*. *Journal of Archaeological Science*. Salt Lake City: University of Utah Press. doi:10.1016/0305-4403(89)90075-7.
- Schiffer, Michael Brian. 1990. «Contexto Arqueológico y Contexto Sistémico». *Boletín de Antropología Americana* 20: 81-93.
- Schindler, Helmut. 1996. «Un informe etnográfico sobre los onas del año 1765». *Runa* 22: 177-85.
- Schmader, Matthew F., y Martha Graham. 2015. «Ethnoarchaeological observation and archaeological patterning: A processual approach to studying sedentism and space use in pitstructures from central New Mexico». *Journal of Anthropological Archaeology* 38 (junio): 25-34. doi:10.1016/j.jaa.2014.09.004.
- Sensburg, Martina. 2007. *Die räumliche Organisation der Konzentration Ila von Gönnersdorf : Struktur und Dynamik eines magdalénienzeitlichen Siedlungsbefundes am Mittelrhein*. Mainz: Römisch-Germanisches Zentralmuseum.

- Sensburg, Martina, y Frank Moseler. 2008. *Die Konzentrationen IIb und IV des Magdalénien-Fundplatzes Gönnersdorf (Mittelrhein)*. Mainz: Römisch-Germanisches Zentralmuseum.
- Shahack-Gross, Ruth. 2017. «Archaeological formation theory and geoarchaeology: State-of-the-art in 2016». *Journal of Archaeological Science* 79. Elsevier Ltd: 36-43. doi:10.1016/j.jas.2017.01.004.
- Shimazu, Toshiyuki. 1995. «Durkheim's Theory of Social Space». *Annals of the Association of Economic Geographers* 41 (1): 20-36. doi:10.20592/jaeg.41.1_20.
- Silberbauer, George B. 1963. «Marriage and the Girl's Puberty Ceremony of the G/wi Bushmen». *Africa: Journal of the International African Institute* 33 (1): 12-24.
- Simek, Jan F. 1984. *A K-means Approach to the Analysis of Spatial Structures in Upper Paleolithic Habitation Sites Le Flageolet I and Pincevent Section 36*. BAR. International Series. Oxford: British Archaeological Reports Ltd.
- Sirina, Anna A. 2006. *Katanga Evenkis in the 20th Century and the Ordering of their Life-world*. Edmonton: CCI Press.
- Skaarup, Jorgen, y Ole Grøn. 2004. *Mollegabet II : a submerged Mesolithic settlement in southern Denmark*. Oxford: Archaeopress (BAR International Series).
- Slocum, Sally. 1975. «Woman the Gatherer: Male Bias in Anthropology». *Anthropological Theory: A Brief Introductory History*, 399-408. doi:10.1016/j.coviro.2013.06.011.Epub.
- Smith, Craig S. 2003. «Hunter-gatherer mobility, storage, and houses in a marginal environment: an example from the mid-Holocene of Wyoming». *Journal of Anthropological Archaeology* 22 (2): 162-89. doi:10.1016/S0278-4165(03)00017-5.
- Smith, Neil. 1990. *Uneven Development - Nature, Capital, and the Production of Space*. Brasil: Blackwell.
- . 2006. *La producción de la naturaleza. La producción del espacio*. México: Sistema Universidad Abierta-Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, Biblioteca Básica de Geografía.
- Smith, Susan. 1980. «The environmental adaptation of nomads in the West African Sahel: a key to understanding prehistoric pastoralists». En *The Sahara and the Nile: Quarternary Environments and Prehistoric Occupation in Northern Africa*, editado por M. A. J. Williams y H. Faure, 467-87. Rotterdam: A. A. Balkema.
- Snow, W Parker. 1857. *A Two Years' Cruise Off Tierra Del Fuego*. London: Longman, Brown, Green, Longmans, & Roberts.
- Soffer, Olga. 1985. *The Upper Paleolithic of the Central Russian Plain*. San Diego: Academic Press.
- . 2000. «Gravettian technologies in social contexts». En *Hunters of the Golden Age: The Mid Upper Palaeolithic of Eurasia 30,000 - 20,000 BP*, editado por Wil Roebroeks, Margherita Mussi, Jiří Svoboda, y Kelly Fennema, 59-76. Leiden: University of Leiden.
- Solway, J. S., y Richard B. Lee. 1992. «Foragers, Genuine or Spurious?: Situating the Kalahari San in History». *Current Anthropology* 33 (1): 187-224. doi:10.1086/204024.
- Souvatzis, Stella G. 2008. *A social archaeology of households in Neolithic Greece : an anthropological approach*. Cambridge studies in archaeology. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 2012. «Space, Place, and Architecture: A major Meeting point between Social Archaeology and Anthropology?» En *Archaeology and Anthropology Past, Present, and Future*, editado por D. Shankland, 173-96. London: Berg.
- Spears, John R. 1895. *The Gold Diggings of the Cape Horn*. London: G. P. Putnam's Sons.
- Spector, Janet D. 1983. «Male/Female task differentiation among the Hidatsa: toward the development of an archaeological approach to the study of gender». En *The Hidden Half: Studies of Plains Indian Women*, editado por Patricia Albers y Beatrice Medicine, 77-99. Lanham: Albers, Patricia Medicine, Beatrice.
- Spegazzini, Carlos. 1882. «Costumbres de los habitantes de la Tierra del Fuego». *Anales de la Sociedad Científica Argentina* XIV: 159-81.
- Spencer-Wood, S. M. 1999. «The world their household: changing meanings of the domestic sphere in

- the nineteenth century». En *The Archaeology of Household Activities*, editado por P. M. Allison, 162-89. London and New York: Routledge.
- Spurling, Brian E., y Brian Hayden. 1984. «Ethnoarchaeology and Intrasite Spatial Analysis: A Case Study from the Australian Western Desert». En *Intrasite spatial analysis in archaeology*, editado por H. Hietala, 224-41. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stambuk, Patricia. 1986. *Rosa Yagán (el último eslabón)*. Santiago de Chile: Ed. Andrés Bello.
- Stammler, Florian. 2005. *Reindeer Nomads Meet the Market. Culture, Property and Globalisation at the «End of the Land»*. Münster: Lit-Verlag.
- Steadman, Sharon R. 1996. «Recent research in the archaeology of architecture: beyond the foundations». *Journal of Archaeological Research* 4 (1): 51-93. doi:10.1007/BF02228838.
- . 2015a. «Household Archaeology and Architecture: Socioeconomy and Beyond». En *Archaeology of Domestic Architecture and the Human Use of Space*. Walnut Creek: Left Coast Press.
- . 2015b. «The mobile architecture of hunter-gatherers and nomadic pastoralists». En *Archaeology of Domestic Architecture and the Human Use of Space*, 69-101. Walnut Creek: Left Coast Press.
- Sterling, Kathleen. 2014. «Man the Hunter, Woman the Gatherer? The Impact of Gender Studies on Hunter-Gatherer Research (A Retrospective)». En *The Oxford Handbook of the Archaeology and Anthropology of Hunter-Gatherers*, editado por Vicki Cummings, Peter Jordan, y Marek Zvelebil, 1-30. doi:10.1093/oxfordhb/9780199551224.013.032.
- Stevenson, Marc G. 1991. «Beyond the Formation of Heart-Associated Artifact Assemblages». En *The interpretation of archaeological spatial patterning*, editado por Ellen M. Kroll y T. Douglas Price, 269-99. New York: Plenum Press.
- Stevenson, Marc G. 1985. «The Formation of Artifact Assemblages at Workshop/Habitation Sites: Models from Peace Point in Northern Alberta». *American Antiquity* 50 (1): 63-81.
- Stirling, H. Waite. 1864. *A voice for South America*. Vol. XI. London: William Macintosh, 24, Paternoster-Row.
- . 1868. *The South American Missionary Magazine*. Editado por Rev. Wm. Walter Kirby. Vol. II. London: William Macintosh, 24, Paternoster-Row.
- . 1870. «Cartas publicadas». *South American Missionary Magazine*.
- Street, Martin, y Elaine Turner. 2013. *The faunal remains from Gönnersdorf*. Mainz: Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums.
- Surovell, Todd A., y Matthew O'Brien. 2018. «Dukha Ethnoarchaeological Project». Accedido agosto 22. <https://sites.google.com/site/dukhaethnoarch/home>.
- . 2016. «Mobility at the scale of meters». *Evolutionary Anthropology* 25 (3): 142-52. doi:10.1002/evan.21487.
- Svoboda, Jiří. 1991. *Dolní Vestonice II - western slope*. Liège: Otte.
- Svoboda, Jiří, Miroslav Králík, Vera Culíková, Sárka Hladilová, Martin Novák, Miriam Nyvltová Fisáková, Daniel Nyvlt, y Michaela Zelinková. 2009. «Pavlov VI : an Upper Palaeolithic living unit». *Antiquity* 83: 282-95.
- Svoboda, Jiří, Martin Novák, Sandra Sázelová, y Jaromír Demek. 2016. «Pavlov I: A large Gravettian site in space and time». *Quaternary International* 406: 95-105. doi:10.1016/j.quaint.2015.09.015.
- Svoboda, Jiří, Sandra Sázelová, Pavel a. Kosintsev, Vlasta Jankovská, y Martin Holub. 2011. «Resources and spatial analysis at actual Nenets campsites: Ethnoarchaeological implications». *Journal of Anthropological Archaeology* 30 (1): 30-43. doi:10.1016/j.jaa.2010.10.002.
- Sweely, Tracy L. 1999. «Gender, Space, People, and Power at Ceren, El Salvador». En *Manifesting Power: Gender and the Interpretation of Power in Archaeology*, editado por Tracy L. Sweely, 155-71. London: Routledge.
- Tabet, Paola. 1979. «Les Mains, les outils, les armes». *L'Homme* 19 (3): 5-61.

doi:10.3406/hom.1979.367998.

- Tanner, Adrian. 1979. «Bringing home animals: religious ideology and mode of production of the Mistassini Cree hunters». New York: St. Martin's Press, 233. doi:10.1525/ae.1981.8.1.02a00310.
- Tanner, N., y A. L. Zihlman. 1976. «Women in evolution». *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 1 (3): 585-608.
- Terradas, Xavier. 2001. *La Gestión de los recursos minerales en las sociedades cazadoras-recolectoras*. Madrid: CSIC.
- , ed. 2005. *Lithic Toolkits in Ethnoarchaeological Contexts*. BAR Intern. Oxford: Archaeopress.
- Testart, Alain. 1986. *Essai sur les fondements de la division sexuelle du travail chez les chasseurs-cueilleurs*. Paris: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- Thuren, Britt - Marie. 1992. «Del sexo al género - un desarrollo teórico, 1970-19901». *Antropología*, n.º 2: 1-20.
- Tindale, Norman B. 1935. «Initiation among the Pitjandjara Natives of the Mann and Tomkinson Ranges in South Australia». *Oceania* 6 (2): 199-224. doi:10.1002/j.1834-4461.1935.tb00180.x.
- . 1972. «The Pitjandjara». En *Hunters and gatherers today: a socioeconomic study of eleven such cultures in the twentieth century*, 217-68. Prospect Heights, Ill.: Waveland Press.
- . 1974. *Aboriginal tribes of Australia: their terrain, environmental controls, distribution, limits, and proper names*. Berkeley: University of California Press.
- Tivoli, Angélica M., y Analía F. Pérez. 2009. «Rendimiento económico del cauquén común (*Chloephaga picta*, Familia: Anatidae)». En *Arqueología de la Patagonia - Una mirada desde el último confín*, editado por Mónica Salemme, Fernando Santiago, Myrian Álvarez, Ernesto Piana, Martín Vázquez, y María Estela Mansur, 853-64. Ushuaia: Editorial Utopías.
- Tringham, Ruth E. 1991. «Households with faces: The challenge of gender in prehistoric architectural remains». En *Engendering archaeology: women and prehistory*, editado por Joan M. Gero y Margaret W. Conkey, 93-131. Oxford: Basil Blackwell.
- Turnbull, Colin M. 1965. *The Mbuti Pygmies: an ethnographic survey*. New York: American Museum of Natural History.
- Tylor, E. B. 1889. «On a Method of Investigating the Development of Institutions; Applied to Laws of Marriage and Descent». *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* 18: 245-72.
- Vanderwarker, Amber M., y Kandace R. Detwiler. 2002. «Gendered Practice in Cherokee Foodways: A Spatial Analysis of Plant Remains from the Coweeta Creek Site». *Southeastern Archaeology* 21 (1): 21-28.
- Vargas Arenas, Iraida. 1990. *Arqueología, ciencia y sociedad: ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económico social tribal en Venezuela*. Caracas: Editorial Abre Brecha.
- Vargas Díaz, Juan Pablo. 2010. «Etnoarqueología de la producción de los artefactos líticos de molienda. Dos casos de estudios Guanajuato y Michoacán». El Colegio de Michoacán, México.
- Veloz Maggiolo, Marcio. 1984. «La arqueología de la vida cotidiana: matices, historia y diferencias». *Boletín de Antropología Americana* 10: 5-21.
- Vila-Mitjà, Assumpció. 2011. «¿Es posible obtener una muestra etnográfica para trabajar en arqueología prehistórica?» En *Mesoamérica. Debates y perspectivas*, 95-114. Zamora (México): El Colegio de Michoacán.
- . 2014. «Silent Violence: structural violence in the social management of reproduction», 1-10.
- Vila-Mitjà, Assumpció, y Teresa Argelés. 1986. «Determinació del caràcter d'un lloc d'ocupació per les activitats que s'hi desenvolupen».
- Vila-Mitjà, Assumpció, Teresa Argelés, y Raquel Piqué. 1991. «La importancia de llamarse hombre en Prehistoria». *Revista de arqueología*, 6-9.
- Vila-Mitjà, Assumpció, Jordi Estévez, Daniel Villatoro, y J Sabater-Mir. 2010. «Archaeological materiality

- of social inequality among hunter-gatherer societies». En *Archaeological invisibility and forgotten knowledge. Ethnoarchaeology huntergatherers ephemeral cultural aspects*, editado por Karen Hardy, 202-10. Oxford: Archaeopress BAR International Series 2183.
- Vila-Mitjà, Assumpció, y Germà Wünsch. 1990. «Un pequeño paso antes del gran salto: buscando como preguntar (o investigación teórico-metodológica en Tierra del Fuego)». *Xàbiga*, n.º 6: 19-29.
- Vila, Assumpció. 2004. «Proyectos etnoarqueológicos en Tierra del Fuego». *Bienes Culturales* 3: 193-200.
- Vila, Assumpció, A Casas, y O Vicente. 2006. «Mischiuen III, un contexto funerario singular en el Canal Beagle (Tierra del Fuego)». *Revista española de antropología americana* 36 (1): 47-61.
- Vila, Assumpció, y Jordi Estévez. 2010. «Naturaleza y Arqueología: la reproducción en sociedades cazadoras-recolectoras o la primera revolución reproductiva». *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, n.º 12: 9-23.
- Vila, Assumpció, Raquel Piqué, y Estela Mansur. 2004. «Etnoarqueología de rituales en sociedades cazadoras-recolectoras». En *Catalunya-América. Fonts i documents de recerca*, 284-94. Barcelona: Institut Català de Cooperació Iberoamericana.
- Vila, Assumpció, y G. Ruiz. 2001. «Información etnológica y análisis de la reproducción social. El caso Yamana». *Revista Española de Antropología ...*, n.º 31: 275-91.
- Vila, Assumpció, Andrea Toselli, Ivan Briz, y Débora Zurro. 2006. «Trasvase acrítico de categorías etnográficas a la práctica arqueológica». En *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, 337-48. CSIC.
- Vila i Mitjà, Assumpció. 2006. «Propuesta de evaluación de la metodología arqueológica». En *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, 61-76. Madrid: CSIC.
- Waguespack, Nicole M. 2002. «Caribou sharing and storage: Refitting the Palangana site». *Journal of Anthropological Archaeology* 21 (3): 396-417. doi:10.1016/S0278-4165(02)00006-5.
- . 2005. «The Organization of Male and Female Labor in Foraging Societies: Implications for Early Paleoindian Archaeology». *American Anthropologist* 107 (4): 699-709. doi:10.1525/aa.2005.107.4.666.
- Wall, Diana diZerega. 2000. «Family Meals and Evening Parties: Constructing Domesticity in Nineteenth-Century Middle-Class New York». En *Lines that divide: historical archaeologies of race, class, and gender*, editado por James A. Delle, Stephen A. Mrozowski, y Robert Paynter, 109-41. Knoxville: University of Tennessee Press.
- Watanabe, H. 1968. «Subsistence and ecology of northern food gatherers with special reference to the Ainu». *Man the hunter.*, 69-77.
- Webster, William Henry Bayley. 1834. *Narrative of a Voyage to the Southern Atlantic Ocean*. London: Richard Bentley.
- Weiss, Ehud, Mordechai E. Kislev, Orit Simchoni, Dani Nadel, y Hartmut Tschauer. 2008. «Plant-food preparation area on an Upper Paleolithic brush hut floor at Ohalo II, Israel». *Journal of Archaeological Science* 35 (8): 2400-2414. doi:10.1016/j.jas.2008.03.012.
- Wenzel, Stefan. 2009. *Behausungen im späten Jungpaläolithikum und Mesolithikum Nord-, Mittel- und Westeuropas*. Mainz: Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums.
- . 2011. «The Magdalenian dwelling of Orp East (Belgium) and its spatial organization». En *Site-internal spatial organization of hunter-gatherer societies : case studies from the European Palaeolithic and Mesolithic*, 141-58. Mainz: Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums.
- Whalen, M. E. 1981. *Excavations at Santo Domingo Tomaltepec: evolution of a formative community in the Valley of Oaxaca, Mexico*. Ann Arbor: Museum of Anthropology, University of Michigan.
- Whallon, Robert. 1978. «Settlement Anthropology. Review of J. Yellen "Archaeological approaches to the present."» *Science* 200 (7 abril): 43.
- White, Douglas R., Michael L. Burton, y Lilyan A. Brudner. 1977. «Entailment Theory and Method : A Cross-Cultural Analysis of the Sexual Division of Labor». *Behavior Science Research* 12 (1): 1-23. doi:10.1177/106939717701200101.

- Whitelaw, Todd M. 1983. «People and space in hunter-gatherer camps: a generalising approach in ethnoarchaeology». *Archaeological Review from Cambridge* 2 (2): 48-66.
- . 1991. «Some Dimensions of Variability in the Social Organisation of Community Space Among Foragers». *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile Campsites. Hunter-Gatherer and Pastoralist Case Studies*, 139-88.
- . 1994. «Order without architecture: functional, social and symbolic dimensions in hunter-gatherer settlement organization». En *Architecture and Order. Approaches to Social Space*, editado por Michael Parker Pearson y Colin Richards, 217-43. New York: Routledge.
- Wiessner, Polly W. 1974. «A functional estimator of population from floor area». *American Antiquity* 39 (2): 343-50. doi:10.2307/279593.
- Wilk, Richard R., y William L. Rathje. 1982. «Household Archaeology». *American Behavioral Scientist* 25 (6): 617-39. doi:0803973233.
- Wilkes, Charles. 1845. *Narrative of the United States' Exploring Expedition: During the Years 1838, 1839, 1840, 1841, 1842*. Vol. 1. London: Whittaker and Co.
- Willey, G R. 1953. *Prehistoric settlement patterns in the Viru Valley, Perú*. Washington D.C.: Smithsonian Institution.
- Williams-Shuker, Kimberly Louise. 2005. «Cayuga Iroquois households and gender relations during the Contact period: An investigation of the Rogers Farm site, 1660s - 1680s». *ProQuest Dissertations and Theses*. University of Pittsburgh.
- Wilmsen, Edwin N. 1989. *Land filled with flies: A political economy of the Kalahari*. Chicago: Chicago University Press. doi:10.1016/S0006-3207(96)00084-5.
- Winter, M. 1972. «Tierras Largas: aformative community in the Valley of Oaxaca, Mexico». University of Arizona.
- Wissler, Clark. 1910. *Material Culture of the Blackfoot Indians*. New York: American Museum of Natural History.
- Wood, Margaret. 2002. «Women's Work and Class Conflict in a Working-Class Coal-Mining Community». En *The Dynamics of Power*, editado por Maria O'Donovan, 66-87. Carbondale: Center for Archaeological Investigations. Southern Illinois University.
- Wünsch, Germà. 1989. «La organización interna de los asentamientos de comunidades cazadoras-recolectoras: el análisis de las interrelaciones espaciales de los elementos arqueológicos». *Trabajos de Prehistoria*, n.º c: 13-33.
- . 1992. «La organización del espacio interno de los asentamientos de comunidades cazadoras-recolectoras: revisión crítica y alternativas». *Xama* 4 (5): 261-218.
- Wünsch, Germà, y C Guillamón. 1986. «Aproximació crítica a l'anàlisi "sincrònica" dels assentaments de Caçadors-Recol·lectors». *Arqueologia Espacial. Revista del Seminario de Arqueologia y Etnologia Turolese* 7: 51-62.
- Wylie, Alison. 1985. «The Reaction Against Analogy». *Advances in Archaeological Method and Theory* 8: 63-111.
- Yates, T. 1991. «Habitus and Social Space: Some Sugesstions about meaning in the Saami (Lapp) tent ca 1700-1900». En *The Meaning of Things. Material Culture and Symbolic Expression*, editado por Ian Hodder. London: Harper Collins Academic.
- Yellen, John E. 1977. *Archaeological Approaches to the Present: Models for Reconstructing the Past*. New York: Academic Press.
- Zihlman, A. L. 1978. «Women in evolution, Part II: Subsister and social organization among early hominids». *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 4-20.
- . 1981. «Women as Shapers of the Human Adaptation». En *Woman the Gatherer*, editado por F Dahlberg. London: Yale University Press.